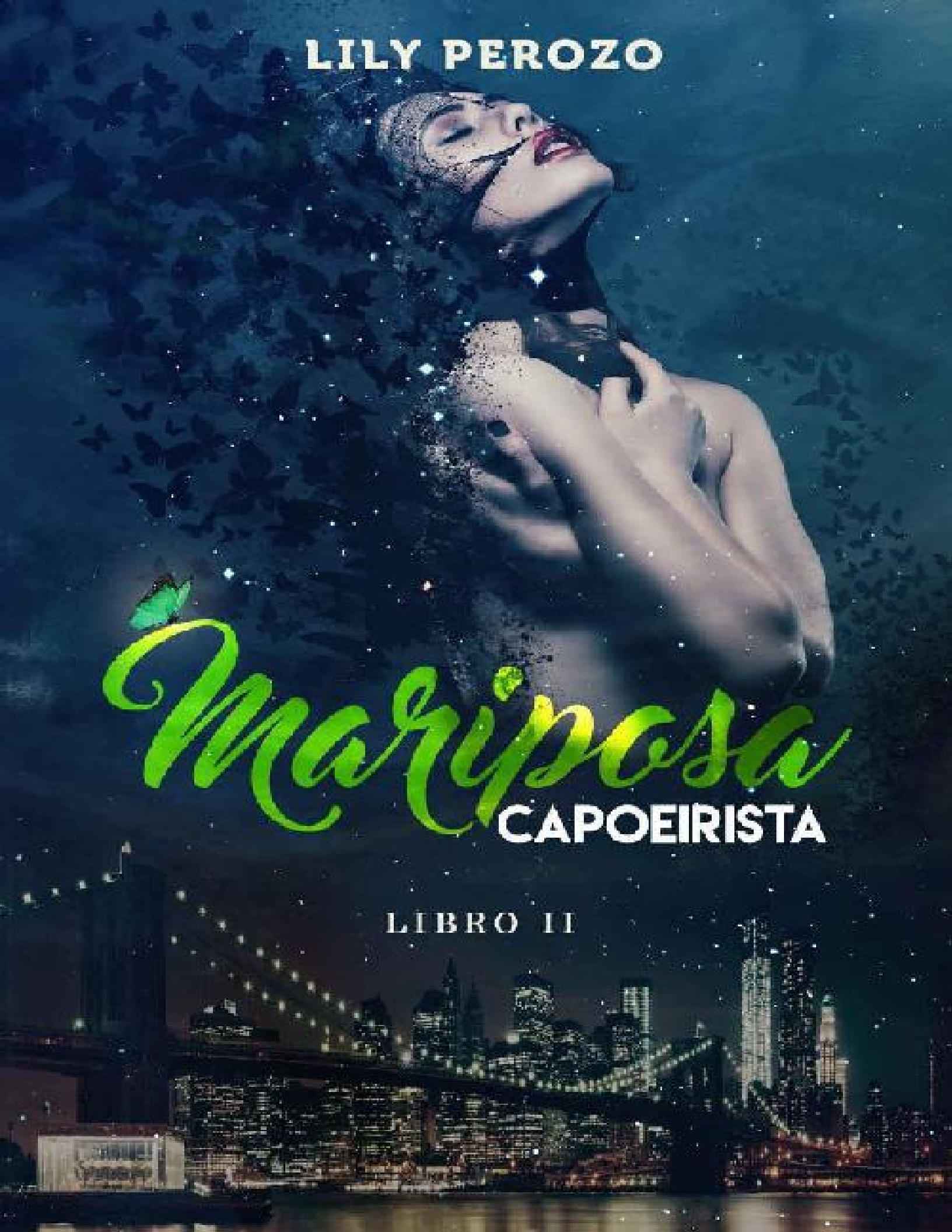


LILY PEROZO

Mariposa
CAPOEIRISTA

LIBRO II



LILY PEROZO



LIBRO II

Copyright © 2018 Lily Perozo
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Isabel Quintín
Primera Edición: marzo 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Las chicas buenas van al paraíso, las malas
se convierten en almas errantes.

Jim Steiman.

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[CAPÍTULO 38](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[CAPÍTULO 47](#)
[CAPÍTULO 48](#)
[CAPÍTULO 49](#)
[CAPÍTULO 50](#)
[CAPÍTULO 51](#)
[CAPÍTULO 52](#)
[CAPÍTULO 53](#)
[CAPÍTULO 54](#)

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

DEDICATORIA

Una vez más a cada persona que les dan oportunidad a mis historias, que sin importar la realidad que cada una pueda vivir, se adentra a un mundo que surge de mi imaginación y que con mucho cariño comparto con ustedes.

A ti que vives esta historia.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Dios que me mantiene con vida para poder seguir haciendo esto que tanto me gusta.

A mi familia, que a pesar de la distancia siguen siendo mi mayor fuente de apoyo.

A Jessica Fermín Murray, por ser quien dedique tanto tiempo y paciencia a corregir mis locuras para que queden presentable para ser publicado.

Esta vez, agradezco también a Isabel Quintín, por el diseño de esta hermosa portada que quedó estupenda.

A mis lectoras betas: Rhoda Ann y Georgina Maio, gracias a ustedes puedo percibir cómo impactará en las demás lectoras la historia y hace que mis nervios mermen un poco.

Al incansable equipo de pre venta, conformado por chicas que hacen lo posible para que la historia llegue a todas quienes no cuentan con los medios para adquirirlo en los portales: Andrea Aljaro, Jessica Fermín, Lina Perozo, Fernanda Díaz, Lizeth Flores, Sandra Ordoñez, Danitza Pereira, Gri Del Moro, Beatriz (Castle Ville), Fátima Nevado, Evelin Figueroa, Dayana Ortiz, Pilar Rodriguez, Brenda Muñoz.

Por último, pero no menos importante los grupos de Facebook e Instagram: Sras. Garnett, Las Garnett, DMAV Phrases, Libros que dejan huellas, Lover Henry Jamie FSOG, y todos lo que en algún momento dedican publicaciones para mis historias.

¡GRACIAS!

PRÓLOGO

El vuelo de la aerolínea Portugália, proveniente de Lisboa acababa de aterrizar en Río de Janeiro, provocando que la mezcla de emoción y nervios en Naomi alcanzara sus niveles más altos; estaba temblando, no podía controlar la sonrisa ni los fuertes latidos de su corazón mientras se aferraba a la chaqueta de cuero color chocolate.

Apenas el avión se detuvo se quitó el cinturón de seguridad y se levantó de su asiento, buscó en la cabina superior su equipaje de mano y esperó ansiosa a que abrieran.

Cuando por fin pudo salir, se sintió aliviada de poder caminar y estirar las piernas después de permanecer sentada por casi diez horas, solo esperaba que valiera la pena y que Oliver fuese tan encantador en persona como lo era a través de una pantalla.

Al pasar por migración le preguntaron el motivo de su visita, quiso gritar a los cuatros vientos que ahí la esperaba el amor de su vida, pero prefirió solo decir que su estadía era por vacaciones.

Antes de salir de aduanas decidió entrar a un baño, porque necesitaba desesperadamente arreglar su presencia, jamás se permitiría que Oliver la viera como estaba, un completo desastre.

Frente al espejo se animó a dejar de lado los nervios, ya que había hablado bastante con él y existía la confianza suficiente como para que consiguiera controlar sus emociones.

Cuando estuvo satisfecha con su aspecto caminó a la salida. No tuvo que buscar mucho para dar con su amor cibernético, era más alto de lo que imaginaba, y de un porte mucho más fuerte, con una sonrisa que provocó que las rodillas empezaran a temblarle mientras avanzaba.

—Hola —dijo llegando hasta él, perdiéndose en esos ojos grises que lucían mucho más claros en persona.

—Hola. —Se acercó y le plantó un beso en cada mejilla, sorprendiéndola gratamente—. ¿Cómo estuvo el viaje? Permíteme ayudarte. —Se ofreció

tomando la maleta.

—Gracias —dijo sonrojada y extasiada con el seductor perfume de ese hombre. Era mucho más de lo que había imaginado; definitivamente, la cámara no le hacía justicia—. Bien, tranquilo, aunque hubo momentos en los que pensé que nunca llegaría —comentó caminando a su lado.

—Supongo que estabas tan ansiosa como yo... —Guardó silencio por pocos segundos y la miraba a los ojos azules—. Realmente eres preciosa.

—Gracias. —Sonrojada se puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. Tú también eres muy guapo. —Se aventuró a decir lo que pensaba.

—Gracias, ¿te quedarás conmigo? —preguntó por los planes que ya había hecho.

—Eh..., no sé... Creo que es muy pronto. Apenas nos estamos conociendo. Prefiero quedarme en un hotel, no quiero incomodarte...

—Jamás me incomodarías, si lo que más he deseado durante todo este tiempo es poder estar contigo. Anda, quédate conmigo, verás que la pasaremos muy bien... No te arrepentirás.

—De acuerdo, acepto. —Cedió con una sonrisa nerviosa, era la primera vez que se arriesgaba de esa manera, posiblemente estaba loca para irse con un hombre que tan solo conocía a través de internet, pero ya había viajado desde su país para conocerlo, ahora no iba a echarse para atrás.

—Así me gusta —dijo con gran entusiasmo al tiempo que llegaban al auto y guardaba la maleta grande en la cajuela, porque ella prefirió llevar su equipaje de mano en el asiento.

Como todo un caballero, se ofreció a abrirle la puerta, pero antes de que pudiera subir al auto la sujetó por el brazo e inició una caricia en ascenso, sin apartar sus pupilas de la boca provocativamente femenina; subió la mano hasta su nuca, para evitar que se alejara, y le plantó un tierno beso en los labios, que poco a poco fue ganando más terreno e intimidad.

Naomi se alejó apenas centímetros de ese hombre que con tan solo el roce de su lengua y labios provocó que todo lo que les rodeaba desapareciera.

—Besas muy bien —confesó con el pecho agitado, buscando con su mirada los ojos grises del chico.

—Las cosas pueden ponerse mucho mejor. —De manera implícita le hacía una propuesta, que para ella fue demasiado sexual; entretanto, él le sonreía con malicia y lascivia.

—Espero que así sea. —Casi jadeó y retrocedió un poco.

Él le permitió que subiera y se puso en marcha.

—Iremos a mi casa para que descanses, por la noche te llevaré a conocer la ciudad, ¿te parece? —preguntó, conduciendo a alta velocidad, dejando en evidencia la habilidad que poseía.

—Sí, me parece buena idea, aunque realmente no estoy cansada, no creas que llegaré a dormir.

—Tampoco pretendo obligarte a que lo hagas, pedí permiso en el trabajo por esta semana, así que tengo todo mi tiempo exclusivamente para ti. —Soltó la palanca de velocidades y le posó la mano en el muslo.

Ella miró el toque que le quemaba, y para no perder la cordura tan pronto, llevó su mano a la de él, quien automáticamente entrelazó los dedos.

Naomi admiraba el varonil perfil, que era poseedor de una nariz recta, unos labios incitadores, que ya había tenido la fortuna de probar y le había gustado más de lo normal; unas cejas gruesas pero perfectamente recortadas y una mandíbula que gritaba reciedumbre.

Ella estaba totalmente preparada para ese momento, realmente sabía que el motivo de su viaje era por fin hacer realidad todas esas fantasías que se habían prometido a través de una pantalla.

Durante el trayecto, él le explicaba algunas cosas de la ciudad, le nombraba los lugares, le señaló en la distancia y en lo alto al Cristo Redentor; ella se mostró fascinada de conocer poco a poco la ciudad.

Le explicó que el sector donde vivía se llamaba Jardim Itanhangá, Naomi no le dio mucha importancia porque realmente no tenía idea de dónde quedaba el lugar, lo poco que conocía era porque se había dado a la tarea de averiguar por internet.

Cuando entraron a la propiedad fue amor a primera vista, ante ella se presentó una casa de tres pisos de líneas rectas, rodeada por un impecable jardín lleno de palmeras reales y una vista increíble de la Pedra da Gávea, o eso creía; suponía que era la misma que había visto por fotos en algunos blogs.

—Me dijiste que vivías en un apartamento —comentó algo extrañada del lugar al que la había llevado.

—Así es, pero por ahora me estoy quedando en casa de mis padres, ellos están de viaje. Después te llevaré a mi apartamento. ¿Te parece?

—Sí, está bien, no tengo problema —respondió con la mirada puesta en la lujosa casa.

Oliver estacionó frente a la entrada principal, se volvió hacia Naomi y con gran ternura le acarició la mejilla, recorriendo lentamente con la mirada el hermoso y sonrojado rostro enmarcado por el sedoso cabello castaño; sin

dejar de acariciarla, deslizó las yemas de sus dedos hasta poner detrás de la oreja un mechón de pelo; se apoderó del lóbulo rozándolo con delicadeza, al tiempo que le sonreía.

—¿Te gustó el beso de hace un rato? —preguntó con voz baja y algo ronca.

Naomi movió la cabeza de manera afirmativa, sin poder contener un suspiro y una sonrisa nerviosa; temía que Oliver pudiera escuchar el latido desesperado de su corazón o la sintiera temblar.

—Naomi, eso no es suficiente, ¿por qué no me lo dices? —La instó con una sonrisa lobuna y un seductor guiño de ojo.

—Sí, me gustó mucho —susurró y fue ella quien buscó la boca masculina.

Volvieron a besarse con las ganas que traían acumuladas por el tiempo en el que su contacto se limitaba a ser exclusivamente visual. Le dieron rienda suelta a sus manos, que empezaron a pasearse por los cuerpos calientes y latentes.

—Es mejor que entremos —propuso Oliver con la respiración ahogada y la mirada perdida en los ojos azules, al tiempo que le acariciaba con la yema del pulgar el labio inferior.

Ella solo asintió con entusiasmo, agarró una bocanada de aire y le regaló una sonrisa.

Él bajó del auto, caminó por delante de este y le abrió la puerta, para ayudarla a bajar.

Naomi estaba fascinada con la atención que Oliver le brindaba, se aferró a la mano que él le ofrecía; pero antes de bajar, se volvió para agarrar su bolso que estaba en el asiento trasero.

—No hace falta, déjalo ahí, después venimos por él. —Le pidió con una encantadora sonrisa, y ella obedeció; bajó sin nada más que la ropa que llevaba puesta.

Tomados de manos subieron los escalones de mármol Bellagio que conducían a la puerta principal; al entrar, a Naomi le extrañó no ver ningún mueble en la propiedad, y al escuchar que la puerta tras ellos se cerraba fue inevitable que se sintiera nerviosa; pero no quería parecer paranoica, por lo que intentó hacer una broma para relajarse.

—Al parecer tus padres no son muy amantes de los muebles.

—Te dije que están de viaje, pero se me olvidó comentarte que la casa está en venta, ellos piensan irse del país.

—Entiendo —dijo en voz baja, tratando de que esa explicación convenciera a sus nervios.

Empezaron a subir las escaleras, mientras ella admiraba hacia abajo la amplitud de la sala, y después sus ojos se posaron en la impresionante lámpara de cristal de Baccarat que parecía una espiral, la cual quedaba justo en el centro del salón.

—Quiero que conozcas la habitación principal, es donde nos quedaremos —comentó de manera muy casual.

La mente de Naomi solo fue invadida por todas las escandalosas ideas con la que podían aprovechar ese espacio, e inevitablemente empezó a sonrojarse por el calor que emanaba desde su interior.

—Estoy preparada para conocerla. —Su voz se escuchó ronca, porque en su garganta el deseo estrangulaba a la razón.

—Me gusta, debes estar totalmente preparada para todo lo que te espera —dijo prometedor, sonriéndole con divina malicia.

Justo en el momento en que Oliver abrió la puerta ella avanzó con una sonrisa, pero inmediatamente clavó sus pies en el suelo al ver que el lugar también estaba vacío, excepto por un colchón tirado en el piso.

Su mirada se movió rápidamente por el lugar, encontrándose a un hombre de piel clara y pelo negro como la noche, parado en el umbral de una puerta; y con la punta de una navaja se limpiaba las uñas.

Casi de forma inmediata una ráfaga de destellos la cegó, aun así, pudo percatarse de otro hombre que se tapaba la cara con una cámara, a la que le apretaba con ágil maestría el obturador, capturando todas las emociones que se le reflejaban en el rostro.

Otro, de cabello cobrizo y ojos claros, a los que no podía definirle el color estaba junto a la ventana con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa malévol.

Naomi se sintió abrumada por una mezcla de sentimientos que empezaron a azotarla, primero la invadió una desesperación violenta, avasalladora al sentirse tan vulnerable y estúpida; retuvo un sollozo que se le aglomeró en la garganta; después, con la misma violencia con la que había surgido esa agobiante sensación también se replegó, dejando a su paso una senda de rabia que la impulsó a retroceder un par de pasos, con la inminente intención de huir del lugar.

Pero esa resolución interna que empezaba a inundarla se vio interrumpida por un fuerte empujón, que la obligó a dar varios pasos hacia adelante.

—O... Oliver, ¿qué está pasando? —preguntó tartamudeando por el miedo, y girándose para mirar al chico que la había llevado hasta ahí. Podía escuchar

cómo los pasos de los otros hombres hacían eco en su cabeza al acercarse.

Los ojos grises del chico pasaron de ser hermosamente cálidos a dos témpanos de hielo en una fracción de segundo, ahora parecían mirarla con odio.

—Por tu bien, te sugiero que te quedes tranquila. —Su voz tenía un tono duro y tajante, y los ojos de Naomi se llenaron de lágrimas.

En ese momento sintió cómo la sujetaron por uno de sus brazos y la hicieron volver.

—¡No! —Forcejó para que la soltara el hombre que segundos antes tenía la navaja en las manos, pero a cambio recibió una fuerte bofetada que literalmente la hizo ver estrellas—. ¿Qué... qué van a hacerme? —preguntó con la boca inundada en lágrimas.

—¡Sin preguntas! —Le exigió agresivamente y le soltó otra bofetada—. No se hacen preguntas. —Volvió a pegarle.

Los azotes fueron tan rápidos e inesperados, que para ella el dolor y el miedo parecieron fundirse junto a los destellos de la cámara fotográfica que paraba por contados segundos.

Comprendió que debía permanecer callada, pero de su boca se escapó un sollozo seguido de otro, hasta que rápidamente su cuerpo empezó a estremecerse por el llanto, siendo consciente de que acababa de llegar al infierno.

Con los ojos nublados por las lágrimas vio cómo el hombre de pelo cobrizo y chaqueta de cuero negra le entregaba un grueso fajo de billetes a Oliver.

—Dame dos semanas y te tengo otra —dijo con una sonrisa de íntima satisfacción mientras recibía el dinero y lo revisaba ligeramente.

—Ya sabes, ten cuidado, no quiero que pongas en peligro a la organización; ya la cagaste lo suficiente con lo de la hija de Mendes —advirtió el hombre que parecía estar al mando.

—Lo sé, lo sé, pero dijiste que no querían que nadie más se enterara, que no querías a nadie haciendo preguntas —dijo sin atreverse a mirar a Naomi, quien lloraba mientras era zarandeada por su compañero para que se calmara.

—No, no queremos... ¿Alguien más te ha visto? —preguntó irritado por el llanto de la mujer, por lo que se volvió—. ¡Calla a esa perra! —exigió a grito.

Naomi quiso callarse, dejar de llorar, pero los nervios no se lo permitían, aun sabiendo que podían lastimarla por eso. Y así pasó, el hombre la empujó contra el colchón, dejándola todavía más aturdida; inevitablemente su instinto

de supervivencia se activó y empezó a luchar, pero recibió como castigo un puñetazo en la nariz.

El dolor la mareó y la hizo jadear, intentó girarse pero no lo consiguió, porque el hombre la sostuvo por los hombros, hundiéndola en el colchón; empuñó un pañuelo y a la fuerza se lo metió a la boca, lo empujó con sus dedos hasta el fondo de su garganta; tan hondo, que le provocó arcadas.

Agradeció al cielo cuando él dejó de hundir el pedazo de trapo y ella se concentró en respirar por su adolorida nariz; esta vez se quedó muy quieta, porque estaba realmente agotada, mientras miraba a esos ojos negros que estaban totalmente vacíos, carentes de afecto o compasión.

—Solo un hombre —comentó el supuesto Oliver, una vez que pasaron del berrinche de Naomi.

—Un hombre, ¿sabes lo que eso significa...? —reprochó el aparente líder.

—Ya me encargué de eso.

—¿Lo hiciste? —preguntó entre irónico y molesto.

—Sí, lo hice —dijo irritado al ver que ponía en duda sus habilidades.

—Espero que no te haya salido mal, recuerda que nuestra misión es mantenernos en secreto.

—Sí, lo sé muy bien, pero no tuve otra opción, debía deshacerme del maldito... Está descuartizado y enterrado en varios lugares.

—¿Y si lo encuentran? —cuestionó sobre la posibilidad.

—Puedes estar tranquilo, nadie lo encontrará; ya sabes cómo es todo en este país.

—Imagina si lo hacen —interrumpió, realmente le molestaba que las cosas salieran mal.

—No lo harán —aseguró Oliver, sin poder evitar sentirse nervioso, porque bien sabía el precio que se pagaba por las equivocaciones.

—Sabes que solemos hacer las cosas perfectas, no queremos errores; todo lo hacemos de forma precisa, y un desaparecido por tu cuenta no es algo limpio, no es más que un reguero de mierda.

—Ya está hecho, solo investigan al asesino en serie, no a la organización —dijo sin inflexiones en la voz, para tranquilizar a su interlocutor.

—Solo espero que esto no nos dé complicaciones, porque ya sabes... —Lanzó su advertencia.

—Créeme, todo estará bien. —Le palmeó el hombro para tranquilizarlo—. Ahora debo irme.

—¿Dónde está la documentación de la perra?

—En el auto, me desharé de eso. —Miró a Naomi en el colchón con un pañuelo atragantándola, le salía sangre de las fosas nasales y abundantes lágrimas de los ojos, mientras su compañero la mantenía inmóvil al estar sentado ahorrajadas sobre ella y el otro seguía fotografiándola.

Su mirada gritaba súplica, y suponía que era su nombre el que ahogadamente pronunciaba.

—¿No quieres disfrutar de este bombón antes de irte? —dijo el que la tenía inmóvil, apretándole fuertemente un seno—. Después de todo, es tu presa.

—No —dijo con desinterés—. Está buena, pero tengo otros asuntos más importantes.

—Por lo menos puedes decirle tu verdadero nombre, para que no siga nombrando al equivocado —sugirió con una sonrisa malévola.

—Dejemos que lo imagine. —También sonrió, se dio media vuelta y se marchó sin condolerse por el destino que le deparaba a la chica de veintiún años que había contactado por internet y que exitosamente consiguió hacer que viniera desde Portugal.

Salió de la lujosa casa y subió al auto, condujo hasta un lugar realmente apartado; después, caminando con el equipaje de Naomi se adentró al espeso bosque, donde quemó todo lo que ella había llevado. No se marchó hasta asegurarse de que todo estuviese totalmente en cenizas.

Mariposa
CAPOEIRISTA

CAPÍTULO 1

El Chrysler negro de cuatro puertas se detuvo frente al Hospital Municipal Miguel Couto, uno de los más antiguos de Río de Janeiro, y que a pesar de las dificultades sociopolíticas, seguía prestando un servicio decente a la comunidad.

Marcelo Nascimento miró a través del cristal tintado del lujoso auto, el logo que representaba al Morro Dos Hermanos con una cruz blanca, mientras esperaba pacientemente a que su chofer le abriera la puerta.

Al bajar, sintió cómo inmediatamente el calor del clima veraniego se le metió en el cuerpo, suponía que no debía estar a menos de cuarenta grados; de inmediato se arrepintió de haber abandonado la comodidad de su auto, pero no tenía opción, así que suspiró, y con el movimiento relajado de sus dedos se abotonó la chaqueta del traje de tres piezas que llevaba puesto. Dirigió la mirada gris hacia el hombre moreno a su lado, resuelto a cumplir con el inoportuno acontecimiento que se le había presentado.

—Ve a dar una vuelta, te llamaré en cuanto esté por salir. —Le ordenó con el tono impersonal y decisivo que lo caracterizaba. Sin ser plenamente consciente de que era el centro de atención de algunas miradas de la gente que estaba sentada en las escaleras del frente.

—Sí señor. —Movió la cabeza de manera afirmativa mientras cerraba la puerta, ratificando que había entendido la orden de su jefe.

A pesar del intenso calor que lo agobiaba, Marcelo subió con gran pasividad los escalones que lo condujeron a las puertas dobles de cristal de la entrada, ignorando soberbiamente a los hombres, que parados a cada lado, resguardaban el lugar.

Pensó que al entrar tendría la indulgencia de disfrutar de un aceptable cambio de temperatura, pero apenas lo notó; lo que dejaba claro que el aire acondicionado era totalmente precario. El ambiente era insoportable no solo por el calor sino también por el ajetreo de personas, quiso acercarse a recepción a preguntar, pero ver a la robusta mujer, agitada por atender a quienes esperaban, lo hizo desistir.

Así que en el vestíbulo del hospital sacó su teléfono del bolsillo del pantalón, al tiempo que trataba de aislarse totalmente de todo lo decadente que le rodeaba, deseando terminar cuanto antes con eso y largarse de allí. Marcó

al número que ni siquiera había registrado y que insistentemente lo había llamado durante toda la mañana; después de haber perdido la paciencia, le pidió a su secretaria que llamara a ese número, porque él desde su teléfono no atendería a ningún desconocido; la noticia que le dieron no lo sorprendió para nada, pues desde hacía muchos años esperaba que algo como eso sucediera.

João estaba con la mirada fija a través del cristal de la ventana, observando atentamente cómo una paloma que había montado su nido en el alero, alimentaba a sus pichones, los que con un tembloroso movimiento de sus alas carentes de plumas le exigían atención, mientras él tomaba de su quinto café; ya no encontraba en qué poner su atención, tratando de recargar sus niveles de paciencia y aguardar estoicamente por alguna noticia de su amigo.

Una vez más el teléfono le vibraba en el bolsillo del pantalón, lo sacó y al ver el remitente se sintió aliviado de que fuera quien tanto esperaba y no un compañero de trabajo para preguntar cómo seguía Cobra.

—He llegado, ¿dónde lo tienen? —preguntó Marcelo sin rodeos y sin fijar la mirada en la gente humilde que lo rodeaba, todas con la preocupación y el cansancio marcando sus facciones.

—Sube al primer piso, a la derecha —respondió el moreno de ojos verdes, al tiempo que se levantaba de la silla metálica. Se bebió de un trago lo que le quedaba del café y aplastó el vaso al empuñarlo. Sin sorprenderse ante la falta de cortesía de Marcelo, quien no se tomó la molestia de saludarlo.

—Está bien. —Se echó a andar hacia los ascensores y terminó la llamada.

Ambos sabían que entre ellos no había más que la correcta cortesía, por lo que no perdían su tiempo en dilatar una comunicación que no les interesaba mantener.

João lo vio llegar, reafirmando que era la misma mierda que Cobra, que no solo físicamente eran casi idéntico, sino que la arrogante actitud también los determinaba, aunque evidentemente, los diferenciaba el abismal estatus social.

La desigualdad de clases en Brasil era muy grande, heterogénea e inhumana, y muchas veces dentro de la misma familia. Alexandre y Marcelo eran el claro ejemplo de esa injusticia social.

—¿Qué le pasó? —preguntó Marcelo, llegando hasta João, mostrándose imperturbable con las manos dentro de los bolsillos del pantalón hecho a su medida.

Al moreno no le extrañó en lo más mínimo su austero comportamiento, no esperaba de él ningún tipo de alteración, mucho menos un atisbo de

preocupación, por lo poco que conocía del gemelo de su amigo, sabía que era un completo egoísta, que solo velaba por sus propios intereses.

—No lo sé, lo encontramos esta mañana. —Hizo una pausa, dirigiendo la mirada a las sillas metálicas, tratando de encontrar fortaleza; no conseguía nada con aparentar que no le afectaba la situación de su amigo—. Está irreconocible, pensé que estaba muerto...

—Resume Moreira... —Lo interrumpió con gran apatía.

—Sé que tu hermano te importa una mierda —dijo con dientes apretados, conteniendo las ganas de partirle la nariz—. Si recurrí a ti es porque no creo que sobreviva, y no seré yo quien les avise a tus padres. —Agarró la chaqueta de cuero de la silla con la clara intención de marcharse.

—¿Por qué no me avisaste antes? —cuestionó juntando ligeramente las cejas, en un claro reproche.

—Estuve llamándote toda la maldita mañana, pero supongo que estabas más preocupado por alisarte el pelo que por atender el teléfono. —Miró con desdén su lustroso peinado—. Ni siquiera a Luana le contestaste. —Empuñaba la chaqueta, provocando que los nudillos se le pusieran blancos, al tiempo que la impotencia corría desbocada, inundando cada recoveco en él.

—¿Ella lo sabe? —Mostró un poco más de interés cuando la nombró—. No supuse que fuese una emergencia, por eso no le devolví la llamada. —Se excusó vagamente.

—Por ella fue que imaginé que algo no andaba bien con Cobra, anoche se comunicó conmigo... —João quiso decirle que estaba muy preocupada; tanto, que le inquietó que estuviese llorando, pero prefirió no hacerlo, pues sabía que no merecía tantas explicaciones—. No le di importancia, supuse que estaría tomándose unas cervezas o andaba de putas y no quería ser molestado. —Claro, él no se lo dijo de esa manera a Luana; intentó tranquilizarla con otras palabras—, pero ella volvió a llamarme por la mañana, ya que Cobra seguía con el teléfono apagado... Me dijo que no la había llamado ni siquiera para preguntar por Jonas, entonces sí me preocupé y lo llamé; al no tener respuesta aproveché que acababa de llegar al trabajo y rastree su chip. —Volvió a hacer una pausa para respirar—. No le he dicho nada porque sé que lo primero que hará será decírselo a tu madre.

—No fue un accidente —aseguró Marcelo sin que su voz se alterara.

—No, alguien casi lo mató a golpes y lo dejó botado en Ciudad de Dios.

—Supongo que es alguna cuenta pendiente de una de las tantas mierdas en las que se mete. Sabía que tarde o temprano le pasaría, ese es el precio que le

toca pagar por su tan anhelada pasión; seguramente estaba en alguna roda o quizá en cosas peores.

—No, Cobra no va a rodas en Ciudad de Dios, nunca visita ese lugar... Estoy seguro de que es algo más, y voy a investigarlo. —Avanzó un par de pasos, con la certeza de que Marcelo no iba a perturbarse en absoluto por la situación del hermano.

—¿A dónde vas? —preguntó al ver que Moreira pensaba marcharse.

—Debo trabajar, no puedo quedarme más tiempo. Estoy hasta el cuello y no puedo ausentarme.

—¿Y piensas dejarme a cargo de Alexandre? —La incredulidad se reflejó en su rostro—. También tengo cosas importantes que atender, puedo asegurar que mucho más que las tuyas.

—Es tu hermano, no el mío. Pero por si lo has olvidado y el parecido no es suficiente, aprovecha y hazte una prueba de ADN, tal vez eso te refresque la memoria y cree conciencia familiar en ti —reprochó ante el descaro del hombre.

—Es mi hermano, pero no mi problema... Alexandre no es mi responsabilidad —protestó, renuente a quedarse en ese maldito lugar en el que se sentía sofocado.

Alexandre se había metido en algún lío, con quién sabe qué tipo de gente, y lo menos que deseaba era que a él lo relacionaran con su hermano. No iba a pagar por las cuentas pendientes de su gemelo.

—Cuando ingresó, el doctor dijo que tu hermano estaba grave, una hora después me dijo que presenta un pronóstico reservado. ¿Sabes lo que eso significa? Significa que en cualquier momento pueden salir por esa puerta... —Señaló a su derecha—, y decirte que Alexandre ha muerto.

Marcelo se quedó en silencio, mirando al lugar que João le indicaba, como esperando a que en ese instante se abriera la puerta y le dieran esa noticia, y no supo identificar la sensación que germinó ante esa posibilidad.

—Supongo que se lo ha buscado, a nadie le dan una paliza por nada... —dijo regresando la mirada a João, queriendo sacudirse la extraña sensación—. Alexandre no hace más que dar dolores de cabeza y ensuciar mi reputación, desde que se adentró por primera vez a una maldita favela echó a la mierda cualquier posibilidad de un buen futuro. Desde hace mucho estábamos preparados para que algo como esto pasara. —Caminó hasta las sillas metálicas y de mala gana pero sin perder elegancia se sentó.

—Sé que todo lo que te importa es tu reputación, quizá si te hubieses

comportado como un buen hermano, si tú y tu familia no le hubiesen dado la espalda cuando más lo necesitó, hoy día las cosas fuesen totalmente diferentes, pero solo dejaron que se hundiera.

—Mis padres ya le brindaron apoyo, aún siguen haciéndolo, a pesar de todo lo que hizo. Y no voy a discutir de temas familiares contigo —dijo con amargura, queriendo alejar de su memoria recuerdos difíciles para todos, sobre todo para él.

—Tampoco me apetece discutir con alguien a quien solo le interesa su propio bienestar... Si tienes noticias me llamas; mientras, intentaré averiguar quién lo agredió de forma tan brutal, porque a mí sí me interesa. Tu hermano es un gran hombre, no un bueno para nada como piensas —dijo João, sintiendo que la rabia mermaba de a poco, al ver que mostraba algo de compasión por su gemelo.

Marcelo vio marchar a Moreira, mientras se resignaba a esperar alguna noticia de Alexandre, solo anhelaba que no demoraran tanto; fueran buenas o malas, que le informaran cuanto antes. Su tiempo era muy valioso como para estar perdiéndolo sentado en un hospital de mala muerte.

Se cruzó de piernas y suspiró, tratando de armarse de paciencia, posando la mirada en la paloma y los pichones que minutos antes captaban la atención de João.

Después de un par de minutos empezó a revisar su teléfono y vio varias llamadas perdidas de Luana, quiso comunicarse con ella, pero prefirió no hacerlo; tampoco les avisaría a sus padres, no iba a angustiarlos, mucho menos quería que sufrieran la incertidumbre que podría provocarles el estado de Alexandre.

Al fin se decidió a llamar a su chofer y le pidió que se fuera a casa, que si lo necesitaba se lo haría saber; también llamó a su secretaria, y muy en su contra, le ordenó que cancelara los pendientes de esa tarde.

João subió al auto que había comprado con la ayuda de un crédito bancario, del que todavía debía varias cuotas, lo puso en marcha y salió del hospital con un nudo de pensamientos robándole casi toda la atención; su cabeza parecía una máquina de vapor trabajando incasablemente, tratando de hacer conjeturas, queriendo adivinar quién le había hecho eso a su amigo; e irremediablemente le llegaban destellos de recuerdos del momento en que guiándose por el impreciso GPS lo encontró.

El mismísimo Dios, otro ser divino o tal vez fue su adiestrada intuición

quien lo acercó al borde de la quebrada de aguas negras; al ver el cuerpo deseó que no fuese él, pero al mismo tiempo con el corazón acelerado empezó a bajar con precaución por el declive de arena negra por la humedad, y aguantaba la respiración para poder soportar el olor a cloaca.

Se agarraba a la maleza y se apoyaba con el culo, tratando de mantener el equilibrio con sus talones; a medida que se acercaba se hacía más grande la certeza de que ese era Cobra.

Cuando por fin llegó al fondo de la quebrada y giró el cuerpo, no tuvo más dudas; a pesar de tener el rostro casi desfigurado y estar cubierto por sangre y barro pudo reconocerlo.

—¡Ay mierda! —Soltó la exclamación ahogada por la falta de aliento y los nervios—. Cobra, hermano... Cobra. —De manera inmediata sacó su teléfono del bolsillo trasero del vaquero y marcó a su jefe, mientras intentaba encontrar el pulso de su amigo—. Jefe, envíe a los bomberos, pero ya... Nascimento no está bien, temo que esté muerto.

—¿Cómo que está muerto? ¿Acaso no sabes reconocerlo? —preguntó su jefe, quien le había dado permiso para que fuera a ver lo que pasaba con Nascimento, quien esa mañana había faltado al trabajo.

—No lo sé, posiblemente estoy muy nervioso, tiene los latidos demasiado lentos, o quizá sí esté muerto. No lo sé, pero necesito a los bomberos, está en una quebrada en Ciudad de Dios. —Miró hacia arriba, calculando la altura—. Y no creo que yo solo pueda sacarlo.

—Está bien, pásame la ubicación.

—Sí, sí —dijo siendo títere de los nervios.

Terminó la llamada e hizo lo que su jefe le pidió, después se concentró en tratar de encontrarle el pulso a Cobra, y sintió un gran alivio al percibir contra las yemas de sus dedos el débil latido.

Por experiencia sabía que no podía moverlo, porque por mínimo que fuera podía costarle la vida.

Se quitó la camiseta y empezó a limpiarle la cara, y cada vez se impresionaba más de ver lo que habían hecho con su amigo. Le pareció una eternidad hasta que llegaron los bomberos en compañía de su jefe.

Se necesitaron cuatro hombres, camilla y cuerda para sacarlo de ahí. De inmediato se lo llevaron al hospital y él decidió seguir a la ambulancia; durante el trayecto llamó a su novia para que le llevara una camiseta al hospital, ya que la de él la había guardado en una bolsa para preservarla, porque sabía que sería necesaria en la investigación que iniciaría para

descubrir quién o quiénes estaban detrás de lo que le sucedió a su amigo.

Exactamente en el momento que estaba sobre la balanza y con el medidor de grasa corporal en las manos, se arrepintió absolutamente de haberle informado a Cristina que había regresado del viaje y quería volver a trabajar.

—Bien Elizabeth, tienes un ligero aumento de grasa y masa corporal — anunció la nutrióloga al ver en el medidor y la balanza los resultados—. Puedes bajar y regresar a la camilla. —Le solicitó a la paciente mientras caminaba al escritorio, para anotar en la tabla de datos los resultados arrojados.

Elizabeth no podía evitar preocuparse, porque sabía que su agente le daría un buen regaño.

—¿Cuánto? —preguntó Cristina, mostrándose realmente mortificada, como si le estuviesen anunciado el fin del mundo.

—Cinco kilos cuatrocientos gramos —respondió una vez que terminó de ingresar los datos y se giró hacia la agente de Elizabeth Garnett.

—¡Casi seis kilos! ¡Por Dios Elizabeth! ¿Qué has hecho? —preguntó Cristina, mostrándose alarmada.

Elizabeth solo hundió la cabeza entre sus hombros, arrepintiéndose de haberle aceptado a Cobra todos los pedazos de pizza y cerveza que le ofreció.

—No tienes mucho de qué preocuparte Cristina, el porcentaje que debe inquietarte es el de la grasa corporal, y ese realmente subió muy poco. El aumento se debe más que todo al crecimiento de los músculos —intervino la nutrióloga.

—No, debe regresar a su peso habitual, todos sus porcentajes deben estar perfectamente alineados; no más músculos no más grasa. La mínima variación interfiere en la sesión de fotos que tiene en dos semanas, también se viene el Fashion Week.

—Lo entiendo Cristina, pero no podemos llevar el organismo de Elizabeth a los extremos, sé que tu deber como su agente es que esté visualmente perfecta para el público, pero mi deber como nutrióloga es que esté totalmente saludable, y haré lo que sea conveniente para su salud.

—Estoy de acuerdo con la doctora Connelly —comentó Elizabeth—. Haré lo posible para bajar el nivel de grasa, pero no voy a...

La mirada inquisidora de Cristina se fijó en Elizabeth y la interrumpió:

—No tendrías que estar en esta situación si hubieses controlado la boca como te lo pedí...

—Estaba de vacaciones Cristina, ¿qué esperabas? Algunas veces también quiero hacer cosas normales.

—Comer sano es completamente normal, no ensuciarte el organismo con caprichos chatarras.

—Algunas veces el organismo también necesita de ese tipo de alimentos —habló Connelly, tratando de salvar a Elizabeth del regaño—. No debes ser tan dura...

—Elizabeth sabe perfectamente que tiene un contrato firmado. Supuse que la época de ser irresponsable ya había pasado.

—Aumentar cinco kilos no es sinónimo de irresponsabilidad; simplemente, estoy un tanto harta de todo esto..., de tantas exigencias —dijo Elizabeth abriéndose de brazos y los dejó caer pesadamente, tratando de contener la molestia que empezaba a sentir, por cómo su agente siempre pretendía dominarla; sí, la mayor parte del tiempo era buena amiga, era como una madre, pero no creía justo que por un simple error terminara juzgándola tan duramente—. Si aumento uno o cinco kilos para eso existe el maldito Photoshop.

—No son cinco, son seis... —recalcó Cristina, quien no iba a intimidarse ante el berrinche de Elizabeth.

—Realmente solo es un poco más de cinco kilos, no compliques las cosas Cristina, creo que estás exagerando demasiado —habló la nutrióloga.

No quería que presionaran de más a Elizabeth, porque por su consultorio habían pasado demasiadas modelos padeciendo de anorexia, como consecuencia de las mismas exigencias que estaba haciendo la agente en ese momento, y lo que menos esperaba era que Cristina terminara perturbando la autoestima de Elizabeth. Desvió la mirada hacia su cliente.

—No te preocupes cariño, sé que eres una chica muy responsable, te diste el placer de disfrutar tus vacaciones y eso está genial —dijo con complicidad, fijando sus ojos marrones en la joven sentada sobre la camilla—. Te voy a poner una dieta rica en proteína magra y fibra, vas a eliminar los carbohidratos por dos semanas; y vas a combinar los ejercicios con Omega tres, seis y la L-Carnitina. —Se levantó del asiento y caminó hasta la camilla—. Quítate la bata —pidió cariñosamente.

Elizabeth bajó sin poder ocultar que seguía molesta, no conseguía aminorar su sentir, aunque Connelly se esforzara por tratar de dejar en el olvido el incidente; en ese momento deseó tener un poco más de la actitud de Cobra,

mandar a la mierda todo eso y quedarse con lo que verdaderamente le hacía feliz, que era la capoeira.

Se daba cuenta en ese momento de que lo extrañaba demasiado y solo llevaba un día sin verlo, estúpidamente le entraron ganas de llorar, pero se obligó a tragarse las lágrimas mientras se desabrochaba la bata quirúrgica, quedando con su diminuta ropa interior.

—Esta es otra de las razones por las que me tiene preocupada. —Cristina señaló la ligera marca del raspón en la rodilla.

—Ya te dije que fue un accidente, no me lo hice por gusto —dijo con la mandíbula tensada por la molestia.

—Creo que te preocupas demasiado Cristina, esto se puede cubrir con maquillaje; además, el aumento de peso no se nota para nada —dijo mientras medía la cintura de Elizabeth y después más abajo—. Solo las caderas han aumentado un par de centímetros, igual que las piernas —comentó al pasar la cinta métrica por cada extremidad—. Y evidentemente, es masa muscular. Tienes unas piernas envidiables...

—No para la pasarela, en este mundo debe tenerlas más estilizadas.

—Connelly, ya no intentes convencerla; definitivamente, no ha sido un buen día para Cristina —expresó ya totalmente fastidiada y decidida a no seguir discutiendo—. ¿Puedo vestirme? —preguntó con las más fervientes ganas de largarse del lugar; o mejor dicho, de poner kilómetros de distancia de su agente.

—Sí claro, la rutina de ejercicios será mayormente cardiovasculares y circuitos de pesas, las máquinas con el peso mínimo —hablaba mientras enrollaba la cinta métrica—. De todas maneras, le haré llegar esta información a tu instructor.

—Bien. —Movió la cabeza de manera afirmativa y se fue al baño, donde se puso el pantalón de cuero negro, la blusa en el mismo color y las botas de cuero marrón de tacón alto. Agarró su cartera y la gabardina beige.

Salió y caminó a la salida del consultorio, resuelta a alejarse cuanto antes de su agente; necesitaba un respiro o terminaría mandándola a la mierda.

—Elizabeth, ¿puedes esperar? Comprendo que estés molesta, pero todo lo que hago es por tu...

—Cristina, verdaderamente no quiero esperar. —Dirigió su mirada hacia la nutrióloga—. Connelly, me envías todo al correo por favor.

—Eso haré, y Elizabeth..., no es necesario que te presiones. —Le sonrió con franqueza.

Elizabeth asintió, abrió la puerta y salió, encontrándose en la sala de espera a Luck, quien se había ofrecido a acompañarla.

—Nos vamos. —Su tono era de hastío.

Luck dejó la revista que estaba hojeando sobre la mesa de cristal y se levantó, percatándose del estado de ánimo de Elizabeth, por lo que soltó un ligero silbido ante la sorpresa.

—Al parecer las cosas no están bien —dijo acoplándose a su paso, pues parecía ser arrastrada por un vendaval al taconear con energía, y con la misma beligerancia pulsó el botón del ascensor.

—Estoy harta Luck, verdaderamente estoy cansada. —La voz se le tornó ronca por las ganas de llorar, pero no iba a hacerlo, aunque las lágrimas se le agolparan en la garganta.

—Fue Cristina —aseguró, consciente de los problemas que Elizabeth venía presentando con su representante.

—Sé que quiere lo mejor para mi carrera. —Entraron al aparato y ella aprovechó para bajarse los lentes dorados que llevaba en el pelo, necesitaba ocultarle que los ojos se le estaban llenando de lágrimas—. Pero desde hace un año aproximadamente siento que me exige más de lo que puedo dar. —La barbilla empezó a temblarle por el esfuerzo de estar conteniendo el llanto.

Él sabía que Elizabeth estaba por llorar, la conocía muy bien como para no predecir lo que estaba sintiendo. Le subió los lentes una vez más, dejándoselo como un cintillo; vio los ojos gris azulados ahogados en lágrimas, y con la mano libre le sostuvo la temblorosa barbilla.

—Lo que te puedo aconsejar es que la dejes, despídela... Creo que ambas ya están saturadas y necesitan darse un tiempo. —Se acercó y le dio un tierno beso en el pómulos.

Elizabeth, que no pudo seguir conteniéndose le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas colgándose a él, quien la abrazó fuertemente.

—No puedo hacer eso Luck. —Sollozó escondiendo el rostro en el cuello de su novio—. Cristina ha estado a mi lado desde que tengo uso de razón, no puedo simplemente despedirla... Creo que quien tiene problemas soy yo...

—No es así, he sido testigo de que te está presionando más de lo debido, posiblemente ella también está cansada y por eso está más irritable —decía acariciándole el pelo y tranquilizándola.

En ese momento las puertas del ascensor se abrieron en el tercer piso y entraron dos mujeres que parecían ser madre e hija. Ellos se separaron, pero no lo suficiente como para dejar de abrazarse.

Elizabeth, a través del espejo se percató de que la más joven miraba disimuladamente a Luck, lo hizo cada vez que pudo mientras duró el corto trayecto hasta el primer piso.

Antes de salir, ella volvió a ponerse los lentes e hizo lo mismo con la gabardina que le llegaba por debajo de las rodillas, aún no entraba completamente el otoño, pero el clima en Nueva York era tan impredecible que esa mañana amaneció muy frío, por lo que tomó provisiones antes de abandonar su hogar.

Decidió reservarse lo que había pasado en el ascensor con la chica, comprendía que Luck arrastrara miradas, era un espécimen prácticamente perfecto, era tan lindo que muchas veces se sentía opacada por él.

Caminaron tomados de manos por la acera hasta el estacionamiento cercano, en el que habían dejado el auto.

—¿Te sientes mejor? —preguntó apretándole más la mano.

—Más o menos...

—Habla con Rachell, ella sabrá qué aconsejarte; también creo necesario que te sinceres con Cristina, dile las cosas que no te agradan. Recuerda que eres tú quien le paga...

—Pero el hecho de que le pague no quiere decir que no valore su trabajo, después de todo, su misión es guiarme.

—En eso tienes razón, pero habla con ella. Necesitas aclarar la situación antes de que el problema se haga mayor. Es mejor terminar la relación laboral y quedar como amigas a arruinar todo por no plantear los problemas a tiempo.

Exactamente en el momento que Elizabeth subió al asiento del copiloto del Ferrari de Luck, escuchó su teléfono dentro de su cartera, rápidamente lo buscó, y al encontrarlo se percató de que quien la llamaba era su padre; lo cual la extrañó, pues suponía que debía estar atestado de trabajo.

—¡Hola papi! —saludó tratando de parecer animada.

—Hola pequeña...

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas así... ¿Sucedo algo? —preguntó sin poder controlar ese instinto analítico que había heredado precisamente de él.

—No, todo está bien, solo quería saber cómo va tu día.

—Genial, ahora mismo estoy con Luck, acabamos de salir de la consulta con Connelly. —Sonrió al escuchar a su padre carraspear cuando nombró a su novio.

—¿Tienes algo planeado para esta tarde?

—No, pero si quieres salir conmigo aprovéchame, que es mi única tarde libre; después de hoy tendré encima una avalancha de compromisos.

—Ahora resulta que dentro de poco tu padre también tendrá que pedirle cita a Cristina para poder verte.

—Más o menos. —Rio divertida ante sus ocurrencias—, aunque jamás permitiría que pusieran en agenda al gran amor de mi vida.

—¿Sigo siendo tu gran amor?

—Siempre papá.

—Supuse que ahora lo sería tu... novio.

—Son amores distintos, pero igual de importantes. —Divertida le hizo señas a Luck, para que supiera que su padre estaba con otro ataque de celos.

Luck sonrió y negó con la cabeza al tiempo que ponía en marcha el deportivo rojo.

—Ni siquiera debería competir con otro hombre por ti, sabes que nadie, absolutamente nadie te amará más que yo.

—Lo sé papá, lo sé —dijo enternecida. Él, sin saberlo, le levantaba el ánimo—. No me ha dicho dónde y a qué hora quiere que nos encontremos señor fiscal.

—Corazón, ¿puede ser a las seis, en el café Gorilla de la quinta?

—Sucedo algo malo, ¿cierto? ¿Es por lo de Priscila? —preguntó al tiempo que se le borraba la sonrisa.

—Sí, algo tiene que ver, pero más que todo es para que pasemos tiempo juntos mientras nos tomamos un café. —confesó Samuel, tratando de evitar que su hija se sintiera mal.

—Está bien, ahí estaré... Supongo que necesitan mi confesión. Ya no trates de adornar todo con osos de peluches y arcoíris, que ya no soy una niña, sé perfectamente cómo funciona el mundo adulto.

—No quisiera que tuvieras que pasar por esto cariño.

—Tranquilo papá, lo sé... Te quiero papi.

—Yo también mi mariposa, cuídate. Y dile a Luck que conduzca con cuidado y te lleve a casa.

—Eso haré. —Empezó a lanzarle besos, y Samuel sonreía complacido.

—Te quiero mi niña.

—Yo te adoro. —Terminó la llamada y regresó su teléfono a la cartera.

CAPÍTULO 2

Elizabeth abrió la puerta principal de su casa, encontrándose con Esther, quien organizaba los cojines del sofá. Caminó hasta ella y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Buenas tardes Tetê —saludó cariñosamente a la mujer que había estado a su lado durante toda su vida.

—Hola mi niña, has llegado temprano. —En un gesto de infinita ternura le acarició la mejilla.

—Así es, se supone que todavía estoy de vacaciones, que me quedan dos semanas libres, pero ya me han concertado reuniones y evaluaciones... Me voy a descansar un rato, que en tres horas debo encontrarme con papá, y ese señor sí que no me da días libres. —Sonrió y le guiñó un ojo.

—Ve, tómate un respiro mi niña —dijo sonriente—. Si deseas algo te lo llevo a la habitación.

—No, estoy bien... Por cierto, tendré que cumplir con una dieta cero carbohidratos, después te paso el plan, para que se lo des a Muriel.

—Está bien, espero que no sea por mucho tiempo, no te quiero ver tan flaquita.

—Lo sé. —Sonrió, volvió a darle otro beso y se fue a su habitación.

Al entrar lanzó la cartera y la gabardina sobre la cama, después se dejó caer pesadamente sobre el colchón y se quitó las botas, al tiempo que liberaba un gran suspiro, para soltar la tensión que Cristina le había provocado.

Anhelaba poder seguir sin compromisos y no tener que volver a la fastidiosa rutina del modelaje.

Buscó su teléfono en la cartera, al revisarlo vio una llamada perdida de su agente, pero lo que menos deseaba era hablar con ella en ese momento, por lo que sencillamente la ignoró y entró a la aplicación de mensajería instantánea.

Sentía la necesidad de ver a Cobra, pero su foto de perfil era un berimbau; inmediatamente se arrepintió de no haberse traído un recuerdo más visual de él.

Necesitaba mirarlo, aunque su cuerpo parecía haber memorizado los

ardientes besos y caricias que todavía latían en su piel; pero nada se comparaba con la necesidad de querer perder su mirada en los ojos grises. No pudo contener la necesidad que nacía en su corazón y empezó a teclear un mensaje para él.

¡Hola Gatão!

Supongo que debes estar trabajando, aunque todavía no sé a qué te dedicas.

Envió esas primeras palabras y siguió escribiendo.

Solo te escribo para hacerte saber que te extraño y que me arrepiento de no habernos tomado alguna foto juntos; a mi parecer, eres demasiado serio, tal vez eso fue lo que me cohibió, pero tranquilo, me encargaré de eso, prometo trabajar arduamente para que seas un hombre más expresivo y menos complicado.

Recuerda que esta noche tenemos un compromiso... Estoy muriendo por verte.

Con una sonrisa cargada de ilusión lo envió, esperando tener la fortuna de que él pudiera leerlo en ese momento.

Por cierto, lo olvidaba.

Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero... Ups, creo que te agobiaré con mis sentimientos.

Le adjuntó el emoticón de una niña sonrojada, y sin arrepentimientos lo mandó.

Si él hubiese estado conectado le habría encantado poder conversar un rato, pero evidentemente no lo estaba, por lo que salió del contacto de Cobra y entró al grupo que tenía con sus primas y Aninha.

Saludó y la única que le contestó fue Hera. Empezaron a escribirse, ella le dejó saber que estaba muy aburrída y también le comentó del problema que tuvo con Cristina. Su prima prácticamente le aconsejó lo mismo que Luck.

Hera no pudo evitar quejarse por los guardaespaldas que su padre les había puesto, consideraba que era una decisión extremista, pero lo que

realmente lamentaba era que ninguno contaba con el atractivo suficiente para por lo menos divertirse.

Ambas se carcajearon por un buen rato, a pesar de la distancia siempre la pasaban muy bien.

Elizabeth miró la hora y se percató de que cuando hablaba con sus primas el tiempo pasaba muy rápido. No le quedó más opción que despedirse, no quería llegar tarde a su cita.

Se duchó rápidamente, se vistió con algo cómodo, se hizo una coleta y se maquilló muy al natural.

Decidió irse en taxi, pues estaba segura de que su padre insistiría en traerla de regreso.

Cuando llegó al café vio a su padre esperando por ella en una de las mesas al fondo del salón, la pared tenía el papel tapiz de la reconocida marca en rojo y negro, a su lado derecho había una gran ventana.

Cuando él se percató de su presencia se levantó con una perfecta sonrisa cargada de amor y orgullo, esa que siempre le regalaba.

Elizabeth se acercó y le plantó un beso en la mejilla; como respuesta, él le dio un abrazo reconfortante.

—Espero no haberte hecho esperar mucho tiempo —dijo mientras se ubicaba en el asiento frente a él.

—No te preocupes cariño, hace muchos años que tu madre me enseñó a tener paciencia —comentó sonriente y agarró la carta.

Elizabeth hizo lo mismo y paseó su mirada por el menú; inevitablemente, la voz de Cristina reprochándole el aumento de peso resonó en su cabeza, mortificándola.

Aún no decidía qué pedir cuando llegó la chica que atendía las mesas, escuchó a su padre pedir un capuchino grande y un croissant; posiblemente ella hubiese pedido lo mismo, pero bien sabía que no podía.

—Para mí un té orgánico de Rooibos. —Se decidió al fin, al tiempo que cerraba la carta y se la entregó a la chica de ojos verdes y pelo rubio rizado. Una vez que la dejaron a solas con su padre suspiró y puso su total atención en él—. Y bien, ¿qué sucede?

—Hoy recibí una llamada de Souza. Como sabes, están en la etapa preliminar del caso... Cariño, sé que es difícil para ti hablar sobre el tema. —Fue cuidadoso con sus palabras, lo que menos pretendía era preocuparla.

—Lo entiendo papá... —Intentaba decir algo más, pero su padre quiso continuar.

—Estoy seguro de que no tuviste nada que ver con lo que le pasó, pero necesitan tu declaración. Souza está dispuesto a enviar una comisión rogatoria para interrogarte y así evitar que vayas... Pero este caso es complejo, por lo que si no se logra nada hablaré directamente con Costa, y si no me lo aprueba lo gestionaré hasta con el mismo canciller de ser necesario.

Esta vez fue ella quien lo interrumpió.

—No tengo problemas en ir...

—No, de ninguna manera...

—Papá, no tengo nada que esconderle, no le hice nada a Priscila. —Sus pupilas se movieron nerviosas, y aunque no era culpable de lo que le había pasado a Priscila, empezó a sentirse perturbada.

—Lo sé, pero en este momento no regresarás a Brasil, no voy a permitirlo porque ir a ese interrogatorio representa un peligro para ti... Si quise que habláramos sobre esto es porque en unos días te llegará la citación, y cuando eso suceda quiero que me avises inmediatamente.

—Pero papá, no quiero que piensen que oculto algo, o peor aún, que tengo algo que ver; y es lo que pensarán si no voy.

En ese momento llegó la chica con sus pedidos en una bandeja.

—Capuchino y croissant para el señor —anunció al tiempo que ponía sobre la mesa y frente a Samuel la taza de café y el pan—. Y té orgánico de Rooibos para la señorita. Espero que lo disfruten —deseó con una amable sonrisa.

—Gracias —dijeron ambos.

Una vez que la chica se marchó, continuaron con el motivo de esa reunión.

—Sé que definitivamente heredaste la terquedad de tu madre, y al parecer, no escuchas lo que te digo...

—Sí te escucho papá, pretendes que evada la ley, usando quién sabe qué artimañas, solo porque pretendes sobreprotegerme.

—Disculpa señorita —dijo entre irónico y molesto—. ¿Desde cuándo tu padre se basa en artimañas para hacer su trabajo o hacer algo que pueda perjudicarte? Jamás haría nada que vaya en contra de los preceptos jurídicos.

—Nunca papá —susurró apenada—. Lo siento. —Bajó la mirada al líquido marrón de su té.

—Cariño. —Suavizó su voz—, entiendo que no quiero que nada malo te pase, que haré todo lo que esté a mi alcance y más para mantenerte a salvo.

—Pero papá, no debes temer, seguro que no me pasará nada. Ese asesino no me buscará precisamente a mí.

—Supongo que lo mismo pensaba Priscila. Todos creemos que no pueden pasarnos cosas malas, pero lo cierto es que estamos expuestos. —Estiró su mano y sujetó la de su hija, ella rápidamente se aferró al agarre—. Te prometo que haré las cosas bien. Ya le pedí a Souza que solicite una comisión para que vengan aquí a realizar el interrogatorio.

—Eso suena como algo difícil de conseguir.

—Cuando te llegue la citación debo solicitarlo por escrito, hablaré con quien tenga que hablar, moveré todas mis influencias con tal de evitar que vuelvas a Brasil.

—Lo dices como si no quisieras que yo vuelva a mi país. —Pronunciar esas palabras provocó un gran nudo en su garganta, al imaginar que nunca más vería al hombre del que se había enamorado—. ¿Y mi abuelo, mis tíos, Hera, Helena...? ¿Piensas que también debemos olvidarnos de ellos, simplemente por mi seguridad?

—No es así pequeña, en cuanto capturen al infeliz que siembra la amenaza en la ciudad podremos volver.

Elizabeth le dio un sorbo a su té, pensando en cuánto tiempo llevaría eso. Mientras ella se moría por ver a Cobra, empezaba a sospechar que la distancia no iba a ser fácil.

—Está bien. —Devolvió la taza a la mesa—. En cuanto me llegue la citación te avisaré, solo espero que encuentren a ese asesino cuanto antes.

—Así será, por mi parte, estoy haciendo lo posible para colaborar con el caso... Por cierto, ¿cómo te fue con Connelly?

—Bien, con ella muy bien... Tengo que empezar una dieta, porque aumenté de peso.

—Te veo perfecta, no lo creo necesario.

—Papá, aunque tuviera una horrible verruga en la punta de la nariz tú me verías perfecta. —Sonrió con ternura.

—Por fortuna tienes buenos genes. Tu madre es preciosa y tu padre bastante atractivo, debes agradecer eso —dijo divertido.

Elizabeth se carcajeó ante la presunción de su padre; definitivamente, como él no habían dos.

—Créeme, estoy muy agradecida. —Le siguió el juego mientras observaba cómo tomaba de su capuchino.

—¿Y con quién te fue mal? —preguntó Samuel de pronto, tomándola por sorpresa.

—Con nadie, ¿por qué lo preguntas? —respondió nerviosa.

—Dijiste que con Connelly te fue bien, lo que me hace pensar que tuviste problemas con alguien más. ¿Discutiste con Luck?

—No, con Luck todo está bien... ¿Por qué siempre que imaginas que puedo tener un problema crees que Luck sea la razón?

—No lo sé, posiblemente sentido de protección... Si no fue Luck, ¿con quién fue?

—No es precisamente un problema..., solo un tanto de presión... Fue con Cristina, se molestó porque aumenté de peso.

—Eso no es razón para molestarse.

—Lo sé, es una tontería, pero también sé que es su responsabilidad informarme cuando hago cosas que afectan mi trabajo.

—Elizabeth, ni tu madre ni yo te hemos juzgado por aumentar de peso, para nosotros siempre serás perfecta, eres una chica atlética y saludable, no necesitas dejar de comer ni angustiarte con las calorías que consumes... Ya hemos tenido la conversación de lo perjudicial que puede ser obsesionarse con el peso.

—Sí, desde que cumplí los once años. —Recordaba que su padre siempre le ayudaba a comprender los valores alimenticios, para que comiera sano, aunque era algo casi innecesario, ya que en su casa predominaba ese tipo de comida; tanto su padre como su madre siempre cuidaban de su salud y apariencia.

Lo que a ellos verdaderamente les mortificaba era que dejara de comer, porque podría desarrollar algún tipo de trastorno alimenticio, como le había pasado a su tía Megan, quien constantemente también conversaba con ella sobre ese tema.

Samuel no le dijo nada, pero decidió que llamaría a Cristina para conversar sobre su manera de presionar a su hija, lo que menos deseaba era que la trastornara a cambio de una carrera como modelo.

En ese momento el teléfono de Samuel empezó a vibrar en el bolsillo interno de su chaqueta; al sacarlo, se dio cuenta de que era Rachell.

—Es tu madre. —Le anunció a Elizabeth—. No puede vivir sin escuchar mi voz —bromeó y vio cómo su hija sonreía y negaba con la cabeza—. Hola.

—Hola amor, ¿estás ocupado? —preguntó ella al otro lado de la línea, mientras revisaba un catálogo de muestras de telas.

—Sí, muchísimo. En este instante me encuentro reunido con una hermosísima mujer. ¿Te parece si hablamos después?

Elizabeth le hizo un gesto de reproche. Si ella fuera su madre lo mandaría a

la mierda.

—Bien, como quieras. No interrumpo tu amena reunión —pronunció tajante, terminando la llamada sin molestarse en esconder su molestia.

Samuel le remarcó inmediatamente pero no lo tomó, tuvo que marcarle insistentemente para que lo hiciera.

—Cariño, es con Eli con quien estoy reunido. —Le dijo apenas le contestó.

—Eres imbécil Samuel Garnett —reprochó sin poder dejar de estar molesta.

—Sé que estás celosa, pero en serio, estoy con Elizabeth; solo quería jugarte una broma. —Se disculpó.

—Ahora sí que estás en aprietos —dijo Elizabeth sonriente—. Al parecer la broma te ha salido cara.

—Saluda a tu madre. —Le pidió, ofreciéndole el teléfono.

—¿Ahora quieres que te ayude? —Elizabeth no paraba de reír, totalmente divertida al ver a su padre en apuros. Solo su madre conseguía ponerlo así de nervioso. Estaba segura de que le estaban dando el regaño de la semana.

—Anda mariposa, saluda a tu madre. —La instó una vez más.

Ella no pudo negarse al ver la cara de perro regañado de su padre, se apiadó de él y recibió el teléfono.

—Hola mamá —habló de buena gana—. Puedes estar tranquila, estoy con él.

—¡Cariño!, ¿cómo estás? —preguntó Rachell, enternecida al cambiar drásticamente de estado de ánimo.

—Bien, teniendo una conversación de padre e hija... Ya sabes cómo es —frunció graciosamente la nariz.

—Imagino. —Sonrió—. Solo lo llamaba para preguntarle si llegaría a tiempo para la cena.

—Ya le pregunto. —Elizabeth miró al apuesto hombre maduro frente a ella —. Quiere saber si vas a cenar en casa.

—Sí, nos iremos directo para allá en unos minutos. —Le avisó Samuel.

—Sí, ahí estaremos.

—Amor, ¿será que pueden pasar a buscar a Violet? —Casi suplicó para que fueran por su hija menor, quien estaba en el apartamento de Thor.

—Sí, no te preocupes mamá, pasaremos por ella.

—Gracias cariño. Te amo... Por cierto, dile a tu padre que esta bromita se la cobro.

Elizabeth soltó una carcajada al escuchar la amenaza.

—Se lo diré para que esté preparado. ¡Adiós y besos!

—Besos pequeña.

Rachell terminó lo llamada y siguió con lo que estaba haciendo, al parecer, ella fue la única que se encontró con mucho trabajo al regresar de vacaciones.

Samuel pagó la cuenta, y en compañía de su hija, fue hasta Upper West Side, al apartamento de su primo, donde Violet pasaría sus tardes hasta que empezara las clases.

Contó con la fortuna de encontrarse a Thor y Megan, a quienes saludó en medio de los cinco terremotos que se le aglomeraban en las piernas y casi no le permitían caminar. Era imposible ponerle atención a uno solo; mientras Megan y una de las niñeras intentaban alejarlos, él trataba de brindarles su cariño.

Adoraba a los hijos de Thor y su hermana como propios, pero fuese mucho más fácil si fuera uno a la vez.

—¡Tío Sam, tío Sam, tío Sam! —coreaban, saltando a su alrededor.

—Devon, déjalo respirar, ya te cargará, espera —suplicaba Megan al ver cómo la niña tironeaba de la mano de Samuel.

El fiscal la cargó a ella y a Iker al mismo tiempo, mientras que Elizabeth se hacía cargo de Aston.

Thor, sin ningún esfuerzo se llevó a Claire y Morgana sobre los hombros.

—Tío, llévame a tu casa, llévame —pedía Devon, acunándole las mejillas para que la mirara—. Quiero ver el perrito de Violet.

—Sí, el fin de semana te llevaré, lo prometo.

Megan e Isabel, una de las niñeras, consiguieron llevarse a los niños al salón de juegos; en ese momento apareció Violet, quien corrió hasta su padre, viéndolo como su salvador.

—¡Papi! —Se abrazó a su cintura, y Samuel empezó a acariciarle el pelo.

Los primos aprovecharon para conversar un rato, poniéndose al día con lo acontecido durante las vacaciones. Thor esperaba ir a Brasil en unos días, para disfrutar de las últimas semanas de vacaciones de sus hijos. Había querido ir antes, pero tuvo algunos compromisos laborales que se lo impidieron.

Elizabeth estaba abrazada a su casi padre. En su memoria estaba muy presente cada momento vivido junto a Thor y Megan, y cómo la habían tratado siempre, como si fuera más que una sobrina.

Megan regresó para poder dedicarles tiempo a su hermano y sobrinas, pero no había alcanzado a sentarse cuando llegó su hijo mayor.

—Buenas noches —saludó Mathew, caminando hacia su tío.

—Matt, ¿realmente no piensas dejar de crecer? —comentó Samuel, al tiempo que se ponía de pie para darle un abrazo, un beso en una mejilla mientras le palmeaba la otra, ofreciéndole cariño a un sobrino mucho más alto que él y con una textura más fuerte—. ¿Cómo estás?

—Hambriento —confesó, recibiendo de buen agrado el cariño de su tío.

—Nunca se le quita el hambre —intervino Thor, admirando al hijo que lo hacía recordar su mejor época.

—Hola enana —saludó a Violet, acuclillándose frente a su primita y le apretaba cariñosamente la nariz.

Violet lo miraba con los ojos brillantes y el pequeño corazón latiéndole con prisa, nerviosa de ver a su hermoso primo. Para ella era tan apuesto, que no podía evitar sentir eso que la emocionaba, aunque Elizabeth le hubiese dicho que no podía concebir ese tipo de sentimientos por él.

—Hola Matt —saludó sonrojándose, hasta el punto de que las pecas casi se le escondieron, y no pudo decir nada más.

—Cada vez estás más grande y más bonita.

—¿En serio te parezco bonita? —preguntó, poniéndose un mechón de pelo detrás de la oreja, en un inocente gesto de coquetería.

—Eres preciosa. —Volvió a apretarle la nariz y se levantó, dirigiendo su mirada hacia Elizabeth, a quien saludó chocando ágilmente su mano con la de ella, algo que habían practicado durante años, y que para sus padres parecía demasiado complicado.

—Mamá, ¿qué hay de comer? —preguntó, dirigiendo la mirada a Megan.

—No sé cariño, hoy no pude encargarme del menú. Le pedí a Trina que se ocupara.

—Vaya independencia —bromeó Samuel—. Ser autónomo es cocinarse uno mismo.

—No jodas tío, dudo mucho que papá y tú se prepararan su propia comida. —Rio y se fue a la cocina.

—No puedo defenderte, a la fecha mi especialidad sigue siendo cereal y leche —dijo Thor alzándose de hombros.

—Creo que Megan te consiente demasiado.

—Si esta tampoco sabe cocinar. —Thor codeó a su mujer de forma divertida, y ella no pudo evitar reír, porque él tenía razón. Todos rieron de buena gana.

Luego de un rato Samuel y sus hijas se despidieron.

—¿Por qué tan callada pequeña? —Le preguntó Samuel a Violet, que iba recargada en su costado en la parte trasera del auto.

—Estoy cansada.

—¿Cansada? ¿Y de qué? —interrogó divertido y a la vez sorprendido.

—Nunca pensé decir esto, pero estoy cansada de tanto jugar —respondió y le arrancó una carcajada al fiscal.

—Ya quisiera estar cansado de jugar y no de trabajar —comentó sujetándole una de las suaves manos.

—Seguro que si tuvieras que jugar con cinco mini terremotos terminarías agotado —suspiró evidenciando su estado.

—Supongo que tienes razón, pero si no quieres venir todos los días a casa de tus tíos no te obligaré.

—Me gusta, me gusta mucho estar con mis primos, aunque son muy inquietos...

—Todos los niños a esa edad lo son... Tú eras un huracán.

—¿Era? —ironizó Elizabeth, quien hasta el momento había mantenido toda su atención en el teléfono, esperando encontrar una respuesta de Cobra—. Todavía lo es.

—No lo soy, solo que tú, como ya eres adulta, crees que soy inquieta cuando expreso mi felicidad. —Se defendió Violet.

—Violet, no le hables así a tu hermana.

—Lo siento papi, pero ella empezó.

—Solo digo la verdad...

—¿Pueden dejar de discutir?

Las dos se volvieron a mirarlo al mismo tiempo.

—No estamos discutiendo —dijeron al unísono.

—Bien, entonces fin del tema; y la que lo siga se queda sin mesada este mes.

Ambas guardaron silencio, Elizabeth sabía que su padre hacía eso como medida de control hacia Violet, porque ella no necesitaba para nada las mesadas de su padre. Desde que cumplió el sexto mes de nacida empezó a contar con su propio dinero, y poco a poco, con cada publicidad a lo largo de su vida, lo había convertido en una generosa fortuna.

Así que volvió a concentrarse en su teléfono, reteniendo los dedos para no escribirle otro mensaje, porque lo que menos deseaba era parecer insistente.

Violet se abrazó a su padre, disfrutando como nada el calor y aroma paternal, pero también tratando de ganarse aún más el amor del hombre que

más quería.

CAPÍTULO 3

Nunca en su vida había hecho un sacrificio tan grande como esperar por más de cinco horas en un hospital público, sentado en una silla realmente incómoda mientras soportaba un calor casi inhumano. Durante ese tiempo el teléfono se le había descargado, pero aprovechó su última llamada para pedirle a su chofer que le llevara el cargador y alguna bebida refrescante.

Ya no era ni la sombra del hombre que había llegado a ese lugar, debió quitarse la chaqueta, el chaleco y la corbata en busca de comodidad. Se encontraba totalmente desesperado por largarse del sitio, y al mirar su reloj, que era una verdadera muestra de su excentricismo, maldijo estar perdiendo sus horas en las prácticas de Jiu-Jitsu, por estar en medio de la incertidumbre de lo que pasaba con Alexandre.

Por tercera vez en cinco horas Moreira volvía a llamarlo, ya reconocía el número que no pensaba registrar en su teléfono.

—Todavía no sé nada —dijo apenas contestó, ya cansado de su insistencia.

—No puede ser, ha pasado mucho tiempo, ¿cómo es posible que no te digan nada? Exige que te informen maldita sea —explotó João, quien no era poseedor de la mínima paciencia.

—Si tanto te interesa, ¿por qué no vienes tú y lo haces? No jodas Moreira, estoy haciendo demasiado con perder mi tiempo en este puto lugar.

—No voy porque estoy tratando de averiguar qué fue lo que pasó con tu hermano, no corriendo por Ipanema, mirándole el culo a las mujeres.

—Bueno, entonces no exijas una mierda, en cuanto me den noticias te llamo. —No esperó a que le dijera nada más, simplemente terminó la llamada y soltó un ruidoso suspiro, que parecía ser más la vía de escape a su rabia y cansancio.

Hizo varias respiraciones profundas y contó lentamente hasta diez; sin embargo, no consiguió serenarse, mucho menos encontrar estoicismo para seguir ahí, así que repitió la acción; pero solo había contado hasta seis cuando la voz de una mujer lo interrumpió.

—Familiares de Alexandre Nascimento. —Se asomó a la sala de espera una mujer delgada y de baja estatura, con una voz demasiado enérgica para una persona de su tamaño.

A Marcelo le llevó varios segundos procesar la información de que era el único familiar ahí presente de Alexandre. Se levantó sintiéndose extraño, no podía definir si se sentía preocupado o ya totalmente hastiado de toda esa situación.

—Yo —dijo acercándose a la mujer de ojos oscuros, que llevaba el pelo cubierto por un gorro quirúrgico.

—¿Cuál es su parentesco? —preguntó, esperando la respuesta para anotarla en la historia clínica del paciente.

Marcelo pensó que la enfermera le estaba tomando el pelo, por lo que no pudo evitar juntar ligeramente las cejas en un gesto de tácita molestia, pero al ver que ella lo miraba con una expresión de impaciencia, no le quedó más que responder.

—Hermano —respondió con voz rasposa al tener que aceptarlo, porque desde hacía muchos años Alexandre dejó de ser sangre de su sangre, para convertirse en un traidor—. Gemelo —ironizó, y ella lo miró con presunción ante el tono que usó—. Aclaro que es una pregunta estúpida la que acaba de hacer, porque el parecido es evidente.

—Cuando lo vea me dirá si sigue pensando que hago preguntas estúpidas —acotó en una actitud incisiva y se dio media vuelta—. Sígame por favor, el doctor Lucchetti necesita hablar con usted.

Marcelo siguió a la diminuta figura que caminaba con un aire jactancioso. Le pareció que era demasiado altanera para trabajar con el público, sobre todo en el área de la salud, donde debía ser más empática y amable.

La mujer lo guio por un pasillo, atravesando varias puertas, hasta que llegaron a una sala rectangular en la que se hallaban dos hombres ataviados con batas médicas.

—Buenas noches —saludó Marcelo, al tiempo que la enfermera altanera le entregaba la tabla electrónica en la que estaba la historia clínica de Alexandre a uno de los hombres.

—Es el hermano. —Le informó moderadamente—. Gemelo. —Volvió a usar ese tono de voz petulante.

Marcelo tuvo toda la intención de darle una dosis de humildad, para que apreciara con verdadera pasión su trabajo, pero prefirió mantenerse callado y dedicarle una severa mirada.

—Buenas noches señor Nascimento. —Le tendió la mano el médico, que evidentemente era mucho mayor que su compañero—. Soy el doctor Lucchetti, neurólogo. Mi compañero es el doctor Theo Batista, traumatólogo.

Marcelo recibió la presentación mientras le daba un apretón de mano a cada uno y movía la cabeza de manera afirmativa.

—¿Cómo está Alexandre? —preguntó mostrándose levemente interesado.

—La situación de su hermano es bastante crítica, aunque hemos hecho todo lo posible para mantenerlo controlado —habló el neurólogo.

Caminó hasta una pared que tenía la mitad cubierta con una persiana, la que subió, dejando al descubierto una ventana; y tras el cristal estaba Alexandre en una cama, conectado a varias máquinas que lo mantenían con vida.

—Por lo que tuvimos que inducirlo al coma, tiene una fuerte contusión cerebral. Sospechamos que sufrió algún impacto fuerte, las tomografías nos muestran inflamación en el cerebro, y como en este no hay espacio para que esa inflamación drene, la presión aumenta y lo aprisiona, restringiendo muchas funciones importantes del órgano... De alguna manera debemos evitar que la inflamación baje al tronco del encéfalo, nuestra única opción es intentar reducir las necesidades de energía del cerebro, el coma ayuda a disminuir la presión arterial y permite que descanse. —Siguió con su mirada en el perfil del hombre que estaba viendo al gemelo totalmente indefenso y luchando por su vida en esa cama—. También lo sometimos a hipotermia terapéutica, para bajar la temperatura corporal, eso ayuda a que la presión intracraneal sea baja.

—Entiendo, pero va a despertar, ¿cierto? —preguntó desviando la mirada nuevamente al doctor, después de torturarse lo suficiente al ver a Alexandre respirando con la ayuda de una máquina—. Es decir, se pondrá bien, ¿no?

—Está en una situación crítica, es imposible predecir algo. Vamos a esperar a que la inflamación seda totalmente para poder hacerle otros estudios, si el resultado es favorable procederemos a retirar la sedación y evaluar el verdadero grado de lesión neurológica. Si es que despierta. —Las últimas palabras las dijo en voz muy baja.

Marcelo sintió que cada poro de la piel se le erizó y un gran nudo se le atoró en la garganta, seguido de una fuerte necesidad de tragarlo, mientras solo pensaba en sus padres. Ni siquiera deseaba pensar en la posibilidad de tener que llamarlos y decirles lo que estaba pasando, quería esperar las cuarenta y ocho horas para ver cómo evolucionaba; pero si sus progenitores se enteraban de que pretendía ocultarles algo como eso, estaría en problemas.

—Además de la contusión cerebral... —El otro médico lo sacó del estado de aturdimiento en el que se encontraba—, tiene fracturas en varias costillas, la tibia de la pierna izquierda, mandíbula, nariz y en el arco zigomático derecho.

—Supongo que eso es mínimo, comparado con la inflamación cerebral —comentó Marcelo con la voz espesa por las emociones que lo golpeaban. Por extraño que pudiera parecer, solo le preocupaba la incurable herida que la muerte de Alexandre pudiera provocarles a sus padres.

—Sí, es mínimo, pero también es preocupante, dado el estado en que se encuentra —explicó devolviéndole la tabla electrónica a la enfermera, quien había permanecido a su lado, en silencio—. ¿Es usted su único familiar?

—No. —Volvió la mirada una vez más hacia Alexandre. Sabía que era su hermano porque así se lo habían informado, pero desde donde estaba no podía identificarlo, porque el tubo que le entraba por la boca no le dejaba apreciarlo. Solo veía un cuerpo cubierto hasta el pecho por una sábana celeste.

—Le sugiero que le informe a los más cercanos.

—Eso haré, muchas gracias por todo lo que han hecho por él.

—Es nuestra misión.

—¿Puedo ir a casa? Necesito ducharme y avisar a mis padres.

—Sí, claro. No creo que el paciente pueda presentar algún tipo de mejoría en las próximas cuarenta y ocho horas.

—Antes de que se marche puede darle un número de contacto a la enfermera, para ingresarlo en la historia médica, solo por si se presenta una emergencia —sugirió el neurólogo.

—Sí, por supuesto. —Movi6 la cabeza de manera afirmativa y mir6 a la presuntuosa mujer.

Le dict6 el número y después se despidió. Se fue a su apartamento con la firme intención de quedarse bajo la regadera por mucho tiempo, posiblemente hasta que encontrara la resolución para llamar a sus padres.

Elizabeth pinchaba y pinchaba la hoja de lechuga que no podía distinguir claramente, porque su mirada estaba nublada por sus pensamientos, que en ese momento estaban totalmente dirigidos a Cobra.

Anhelaba poder largarse cuanto antes a su habitación para verlo y escuchar

su voz, pero debía esperar a que terminara la hora de la cena; su padre no admitiría que se levantara antes de la mesa.

—Cariño, ¿sucede algo? —preguntó Rachell, posando su mano sobre la de su hija mayor, después de que Samuel le hiciera una serie de señas y gestos, indicándole la actitud taciturna de Elizabeth—. Cariño... ¿Eli...?

—¿Ah? ¿Sí mamá? —inquirió un tanto sorprendida al salir del ensimismamiento en el que se encontraba.

Violet soltó una risita, por lo que Elizabeth miró nerviosamente a los presentes, encontrándose con los ojos de todos puestos en ella.

—¿Te sientes bien? —Rachell continuó, tanteándole una mejilla.

—Sí, perfecta —contestó, tratando de recobrar la compostura.

—Si es así, ¿por qué no comes?

—Realmente no tengo apetito...

—Elizabeth, sabes perfectamente que no es sano que saltes tus comidas —intervino Samuel—. No quiero obligarte a comer, no es como debe ser, pero si por alguna razón te ha afectado el comentario de Cristina, tomaré cartas en el asunto.

—No, no es eso papá, solo estoy ansiosa... —Se detuvo antes de que su lengua la expusiera con su padre—. En unos minutos tengo una conversación importante... Es sobre trabajo, algo que he esperado por mucho tiempo.

—Si es tan importante para ti, podrás retirarte de la mesa en cuanto termines.

—Papá, ya no soy una niña.

—Lo sé, pero evidentemente no lo parece, si tengo que reprenderte para que comas.

—No es necesario que la obligues papá, en algunas ocasiones simplemente no se tiene apetito; y no creo que porque se salte una comida vaya a terminar enferma. Elizabeth es lo suficientemente madura como para no permitir que ideas estúpidas aniden en su cabeza —comentó Oscar, quien estaba sentado al otro lado.

—Si es a eso a lo que le temes puedes estar tranquilo —dijo Elizabeth, descubriendo preocupación en los ojos de su padre—. Antes de que algún comentario de Cristina me afecte, prefiero terminar mi relación laboral con ella.

—¿Qué pasó con Cristina? —Rachell se mostró sorprendida ante los comentarios que giraban en torno a la agente de Elizabeth, su amiga, a quien con ojos cerrados le había confiado la integridad de su hija.

—No es nada mamá, no te preocupes... Solo que aumenté algunos kilos en los días que estuvimos en Río... Y eso tiene preocupada a Cristina, pero voy a deshacerme de ellos de forma sana, así que no es necesario que te atormentes. —Alargó la mirada hacia su padre—. ¿Puedo retirarme a mi habitación por favor? —suplicó con las pupilas fijas en los fascinantes ojos color mostaza.

—Está bien, puedes —concedió Samuel.

—Gracias, por eso te amo —dijo con una brillante sonrisa al tiempo que se levantaba de la silla—. Y para que no te vayas a la cama preocupado, me llevaré esto. —Agarró el plato con la ensalada mediterránea y caminó con paso apresurado.

—¡Cómo los manipula! —Sonrió Oscar, consciente de que su hermana mayor casi siempre se salía con la suya.

—Bueno, a cenar, que se enfría la comida —ordenó Samuel, deseando que su hija verdaderamente se comiera la ensalada.

Elizabeth corrió a la cama, donde había dejado el teléfono; lo agarró y empezó a revisarlo con una mano, porque en la otra mantenía el plato. El corazón le latía fuertemente, anticipándose al momento que había esperado durante todo el día.

Se sentó en la cama y dejó el plato a un lado, sintiéndose un tanto decepcionada porque Cobra no había respondido a sus mensajes; sus latidos pasaron de ser acelerados a ser dolorosamente lentos.

Si antes, por la emoción no podía pasar bocado, ahora que estaba desilusionada mucho menos; no podía evitar sentirse triste y molesta al mismo tiempo.

Se animó a pensar que había tenido mucho trabajo y por eso no había podido revisar el teléfono.

—Sí, posiblemente sea eso. Sé que su horario es algo extraño y estricto. — Se dijo pinchando un trozo de aceituna negra—. Solo tengo que ser paciente y esperarte... No creo que seas de ese tipo de hombres que ilusionan a las mujeres para después ignorarlas... —No podía evitar sentir que un gran nudo de dudas anidaba en su pecho, a pesar de que de la boca para afuera fuese optimista—. Sería estúpido que un hombre como tú termine rechazándome.

Se sentía tan impaciente, a punto de morderse las uñas; pero reaccionó a tiempo, antes de volver a caer en las redes de esa manía que ya había superado en la adolescencia.

Miró la hora una vez más en su teléfono, sabía que Alexandre ya debía estar en su apartamento, así que amarrando fuertemente el orgullo, les dio

rienda suelta a sus dedos y volvió a escribirle.

Gatão, supongo que debes estar ocupado. Espero ansiosa que podamos hablar, pero si esta noche no tienes tiempo, necesito que me lo dejes saber... Para no importunarte.

Lo envió esperando menguar su impaciencia, pero realmente eso no pasó, comenzaba a sentirse estúpida; porque nunca ningún hombre la había puesto en esa situación.

Por su propio bien decidió comerse varios bocados de su ensalada, los cuales masticó lentamente, porque necesitaba alimentarse para estar saludable y conseguir calmar su ansiedad.

Las próximas dos horas las pasó prácticamente con la mirada clavada en el teléfono, esperando a que le respondiera. Estaba tan molesta que sentía unas ganas de llorar casi incontrolables, solo esperaba que la excusa que él le diera fuera lo suficientemente convincente como para que pudiera creerle.

Ya cansada de su actitud tan estúpida, dejó el teléfono en la cama y se fue al baño.

Se duchó con agua fresca por un largo rato; sin embargo, todo el tiempo que estuvo bajo la regadera lo hizo con el único propósito de nivelar sus emociones, y si Alexandre llamaba que esperara, como lo había hecho ella.

Al salir se puso un pijama de short y camiseta, y regresó a la cama, donde sin poder evitarlo volvió a revisar su teléfono, pero Cobra no había dado ningún tipo de señal.

Cuando sus padres entraron para darle las buenas noches, hizo un gran esfuerzo por mostrarles que estaba muy bien; no quería preocuparlos, aunque bien sabía que no sospecharían que su nostalgia era por Alexandre, sino por la reprimenda que le había dado Cristina.

Después de recibir sus besos cargados de amor, su padre se llevó el plato que ella dejó sobre la mesita de noche.

Justo en el momento en que su teléfono empezó a sonar el corazón se le subió a la garganta, producto de la más pura emoción, provocando que olvidara en un segundo toda la molestia que la había embargado; no obstante, con la misma rapidez con que la impactó la felicidad se esfumó, dando paso a la decepción, pues quien la llamaba era Paulo, no Cobra.

No quería contestarle, pero él insistió y terminó vencéndola.

—Hola Paulo —saludó sin expresar ningún tipo de emoción.

—Hola Elizabeth, ¿cómo estás?

—Bien... Bueno..., todavía sorprendida y abrumada por lo que pasó con Priscila, ¿y tú cómo estás?

—Bien, aunque mi agobio es por tu partida tan repentina... ¿Sabes? Hoy me interrogaron en la delegación, preguntaron por lo nuestro y no supe qué decirles... Estoy algo nervioso.

—¿Por lo nuestro? No entiendo... ¿O por tu relación con Priscila?

—También por lo que tuve con ella, pero se centraron más en mi relación contigo... Creo que no ha sido buena idea que te hayas marchado sin dar explicaciones. No quiero que esto me afecte porque yo no tengo nada que ver, pero si estás ocultando algo...

—Espera Paulo, ¿qué estás intentando decir? ¿Estás loco? —preguntó alterada—. No le hice nada a Priscila...

—La amenazaste Elizabeth —discutió interrumpiéndola.

—Pero fue en un momento de ira, jamás le haría algo como eso a nadie... Me molesta que me creas capaz de eso —mencionó indignada.

—Solo intento comprender por qué te fuiste justamente el día después de que Priscila apareció muerta.

—No fue decisión mía sino de mi padre.

—Entonces es tu padre quien cree que con su poder puede sacarte de todo esto...

—¡Paulo! —Lo cortó alterándose todavía más—. No hables de lo que no sabes, ¿cómo es posible?

—Lo siento Elizabeth. —Bajó el tono de voz, tratando de tranquilizarse—. Estoy nervioso, no sé qué hacer. Todos me miran como el principal sospechoso.

—Si no tuviste nada que ver, no tienes de qué preocuparte.

—Lo dices porque no es a ti a la que siguen a todas partes, haciéndote miles de preguntas.

—Siento lo que está pasando Paulo, de verdad lo siento por ti, por Priscila..., por todos. —No pudo evitar que las lágrimas subieran a su garganta—. Ella no debió morir, mucho menos de esa manera tan cruel... No tienes idea de lo mal que me siento, porque a pesar de todo lo que pasó recientemente, fuimos amigas desde pequeñas. Ella vino a varios de mis cumpleaños, yo fui a los de ella, viajamos juntas... —Sollozó al recordar a la Priscila compañera y no a la celosa enamorada de Paulo—. Sé que hice mal, nunca debí mirarte sabiendo que ella verdaderamente estaba interesada en ti.

Las cosas se salieron de control tan rápido que me hace sentir culpable no haber hecho las paces con ella, no de verdad; porque sé que cuando lo hicimos en la academia todavía había rencor en ambas.

—Eli, no tienes que culparte por nada, mi relación con ella nunca fue algo serio y ella lo sabía, siempre lo supo. Juro que en ningún momento le hice falsas promesas. Sí, siento no haber podido corresponder a sus sentimientos, pero no podía estar al lado de una chica que había dejado de interesarme, no era justo para ella, tampoco para mí —habló en voz mansa, tratando de quitarle el cargo de conciencia que la torturaba—. Si nunca quise hacerle daño emocional, mucho menos podría habérselo hecho físicamente.

—Lo sé, lo sé. —Elizabeth sorbía las lágrimas mientras afirmaba.

—Siento haberte llamado tan tarde, pero necesitaba hablar contigo, necesitaba que estuvieras conmigo en esto. Me hiere que quieran hacerme sentir culpable, que crean que pude hacerle algo a Priscila, mientras descuidan al maldito que la asesinó. —Sollozó roncamente.

—No te preocupes, solo es un procedimiento de rutina. A mí también van a interrogarme. Comprendo que estés nervioso.

—¿Vendrás? —preguntó con sumo interés.

—No lo sé, no sé si mi papá lo permita. Teme por mi seguridad y la de mi hermana.

—Lo entiendo, si fuera tu padre habría hecho exactamente lo mismo. ¿Cómo te sientes en Nueva York?

—Bien, tratando de regresar a la realidad.

—Después de que todo esto pase me gustaría visitarte. ¿Puedo?

—Paulo... —Elizabeth agarró una bocanada de aire para encontrar el aplomo—. No soy quién para prohibirte que vengas, pero no sé si podamos vernos. Recuerda que estoy con Luck.

—Lo recuerdo a cada segundo, aun así me gustaría verte, solo como amigos.

—No sé, déjame pensarlo, ¿te parece? —Trató de ser precavida.

—Sí, confío en que volvamos a vernos. Prometo no causarte problemas con Luck. —Prefirió llamarlo por su nombre antes de aceptar que era el novio de la chica que a él le quitaba el sueño.

—De acuerdo, ahora debo dejarte, es algo tarde y debo descansar. Mañana tengo un compromiso temprano.

—Descansa, te envío besos.

—Gracias, descansa también.

Elizabeth terminó la llamada sin poder evitar experimentar que cierta angustia anidara en su pecho. Sabía que Paulo estaba en una situación extremadamente difícil, entre las investigaciones policiales y los sentimientos hacia ella.

No pudo evitar recriminarse haber sido tan apresurada y haberle dado falsas ilusiones cuando apenas se conocían, no se dio tiempo para que la primera impresión arrolladora que había tenido de él se disipara, sino que a lo loco se arriesgó a lo desconocido.

Inevitablemente saltó nuevamente a su memoria el motivo que la había sacado de la ensoñación que Paulo había significado, por lo que revisó una vez más el teléfono. Decidió que era hora de dormir, debía levantarse muy temprano para ir a ejercitarse, pero por más que lo intentó no consiguió desconectar su cerebro de la imagen de aquel hombre de rizos cobrizos, ojos peligrosos y un sentido de protección inigualable.

CAPÍTULO 4

Al despertar, lo primero que Elizabeth hizo fue revisar el teléfono, temiendo haberse quedado profundamente dormida y no haberlo escuchado, pero con dolor se dio cuenta de que absolutamente nadie había intentado comunicarse con ella en las últimas horas.

Una vez más sintió que la rabia y las ganas de llorar la golpeaban, pero se prometió a sí misma no volver a intentar comunicarse con Cobra, ya no iba a humillarse más; si él quería algo con ella que se encargara de dar el próximo paso.

Se quedó en silencio mirando al techo de su habitación, tratando de erradicar la decepción que se apoderaba de su ser. Escuchó algunos ruidos provenientes del gimnasio, donde todos los días sus padres se ejercitaban por lo menos dos horas antes de irse a sus trabajos.

Lo que le hizo recordar que debía empezar con su rutina para perder los kilos que había ganado, por lo que se sacudió de todas las emociones que la mantenían en cama y se fue al baño.

Después de casi una hora estaba lista, pero bien sabía que no podía realizar su rutina en casa, por lo que solo desayunó algo ligero y salió, necesitaba del plan de entrenamiento de su instructor.

En el gimnasio, Jimmy la obligó a concentrarse en lo que estaba haciendo, no le daba tiempo más que para beber agua; la llevó al extremo de su máxima resistencia. Sin aliento, totalmente despeinada y empapada en sudor se prometía que nunca más volvería a tomar cerveza, mucho menos a comer tanta pizza.

Al regresar a casa comió su merienda, y antes de ducharse habló por teléfono con Luck, quien ese día estaría muy ocupado, pues comenzaba las grabaciones de un comercial. Pautaron verse para almorzar en compañía de algunos amigos.

Elizabeth estaba por entrar el baño cuando tocaron a su puerta. Caminó y abrió, encontrándose a Esther parada en el umbral.

—Cariño, te busca Cristina, no supe qué decirle, dijo que sabía que

estabas en casa.

—Está bien, no te preocupes Tetê, dile que suba —concedió y soltó un suspiro, esperando que Cristina no llegara a arruinarle el día, más de lo que ya estaba.

Aprovechó para quitarse la ropa deportiva y se quedó con un albornoz. Volvieron a llamar a la puerta y la hizo pasar.

—Adelante —ordenó al tiempo que se rehacía la coleta.

Cristina entró con un ligero gesto de arrepentimiento en la cara.

—Buenos días Elizabeth, ¿estás ocupada? —preguntó, avanzando dentro de la habitación.

—Buenos días, de hecho sí. Estaba por ducharme porque a las diez tengo que estar en DNA —respondió refiriéndose a la famosa agencia de modelaje para la que trabajaba.

—Si quieres puedo acompañarte... —Esperaba que le diera una respuesta, pero como no lo hizo continuó—: Elizabeth, sé que ayer no tuvimos un buen día, te pido disculpa si me mostré demasiado preocupada.

Ella había tomado la decisión de pedirle disculpas, sabía que se había excedido un poco; pero que Samuel Garnett la llamara a primera hora del día, camuflando su reproche tras un inusual saludo, hizo que tuviera que dejar unos pendientes de lado y anteponer a la modelo por encima de cualquier cosa.

—Fue más que eso Cristina, ya no soy una niña de doce años, eso debes comprenderlo; no puedes reprenderme delante de todo el mundo como si fueras mi madre, quien por cierto, nunca lo ha hecho.

—Lo entiendo, solo me dejé llevar por la confianza que le tenemos a Connelly, lo siento mucho; sabes que te adoro y que solo deseo lo mejor para ti.

—Lo sé, voy a olvidar tu ataque de histeria y me voy a esforzar lo suficiente para perder en dos semanas lo que aumenté, así podrás estar tranquila. Pero no quiero que una situación igual vuelva a repetirse, porque de ser así, lamentablemente tendremos que dejar de lado nuestra relación laboral —determinó, aunque usó un tono de voz agradable.

—Está bien, solo que debes comprender que si algo sale mal contigo es sobre mí en quien cae la responsabilidad.

—No es así Cristina, si aumento un par de tallas los medios dirán: «Elizabeth Garnett ha engordado». Ellos atacan directamente a la modelo, no piensan en nadie más.

—Pero quiero evitar que eso te suceda, las críticas podrían destruirte; no

de manera profesional, sino emocional. Hasta ahora has vivido dentro de la burbuja de la perfección.

—Supongo que algunas veces es bueno salir de esa burbuja, sería bueno experimentar lo que se siente ser criticada.

—De acuerdo, si esa es tu decisión voy a respetarla y te concederé la libertad que desees; solo podría darte algunos consejos.

—Cristina, siempre nos hemos llevado muy bien, eres como mi madre, has estado a mi lado en todo momento y lo agradezco, así como ahora agradezco que te esfuerces por comprenderme.

—Siempre Elizabeth.

—Ahora debo darme prisa, no quiero llegar tarde; y sí, puedes acompañarme.

—Estaré encantada, ve a ducharte, no quiero que llegues tarde por mi culpa.

—¿Podrías por favor buscarme ropa?

—Ya sabes que es mi especialidad. —Dejó la cartera Chanel sobre la cama y se fue al vestidor.

Durante el trayecto hacia la agencia siguieron conversando sobre todos los proyectos de Elizabeth. Debían preparar con tiempo la gira que tendría por algunos países europeos, también le recordó que debía decidir si iba a aceptar la campaña publicitaria de una reconocida marca de trajes de baño, para poder agendar el viaje a Tailandia, donde se haría la sesión de fotos.

—Es en noviembre, ¿cierto?

—Sí, la segunda semana.

—No creo que pueda, para esa fecha tengo que viajar a Brasil.

—¿Pasarán la Navidad allá?

—No, bueno, no lo sé. No sé si mis padres puedan ir, pero yo tengo que ir para los ensayos del carnaval... ¡Cristina! —dijo sorprendida—. Es que no te he contado, voy a participar en el carnaval de Río.

—Lo haces casi todos los años.

—Pero esta vez es distinto, lo haré como «passista», y necesitaré de tu ayuda, porque mi padre todavía no está convencido de permitírmelo; claro, de igual manera lo haré, pero quiero que él esté orgulloso ese día, que vaya a verme.

—¡Felicidades Eli! Sé cuán importante es para ti ser passista en un carnaval, y supongo que Samuel también debería sentirse orgulloso, porque estás siguiendo los pasos de tu abuela.

—Pero él no quiere, no está de acuerdo, más que todo por el vestuario.

—Samuel Garnett sigue siendo tan protector y anticuado. —Le palmeó una pierna—. Te ayudaré a convencerlo.

—¡Ay, gracias! —No pudo evitar abrazarla.

A pocas calles de llegar el teléfono de Elizabeth empezó a repicar, ella lo buscó rápidamente mientras su corazón anhelaba que fuese Alexandre. No pudo evitar desilusionarse y alegrarse al mismo tiempo, al ver que era Wagner.

—¡Hola!, pensé que te habías olvidado de mí —contestó emocionada y ansiosa por escucharlo.

—¡Hola! Bueno..., no te había llamado porque no sabía si sería correcto hacerlo.

—No seas tonto Gavião, sabes que puedes llamar cuando quieras. ¡Te extraño! —chilló de la emoción.

—También te extraño, estoy seguro de que mucho más de lo que lo haces tú, ya que supongo que me extrañas de la misma forma en que lo haces con Cobra, o tal vez a él lo añoras más —reclamó con sutileza, pues no quería discutir, solo entender.

—Wagner, yo... —Las palabras se le atoraron en la garganta, sabía que las cosas iban a complicarse.

—No me dijiste que también te habías hecho su amiga, no entiendo Elizabeth... ¿Por qué ocultármelo? ¿Qué ganabas con eso? Solo me veías la cara de estúpido, mientras yo te ofrecía incondicionalmente mi amistad.

—Gavião, no sé cómo explicártelo... Antes de conocerte, tuve la oportunidad de compartir con Cobra, fue quien me ayudó cuando fui el primer día a la roda y tú huiste.

Era muy difícil hablar de eso, porque no quería lastimarlo y porque tampoco podía expresarse claramente con él, cuando tenía a Cristina al lado y estaba segura de que apenas nombrara «favela» «tiroteo» «pozo» ella llamaría a su padre y se lo contaría todo; entonces sí estaría en graves, muy graves problemas.

—Sé que debemos hablar sobre esto, pero ahora no es un buen momento, estoy llegando a una agencia de modelaje para atender un asunto muy importante y estoy en compañía de mi agente. —Rogaba para que entendiera el mensaje y no se molestara—. ¿Te parece si hacemos una videollamada esta noche? Quiero verte.

—Está bien, comprendo; sé lo complicado que es mantener nuestro secreto. Hablaremos en la noche.

—Genial, dale un beso a Pirata de mi parte.

—Lo haré, ¿y para mí?

—Un beso para ti también bobo. —Sonrió divertida.

—Te extraño, no tienes idea de cuánto —confesó con nostalgia.

—Yo también lo hago, pero te dije que cuando quieras puedes venir a visitarme y le mostraremos a los de mi academia lo que es la verdadera capoeira.

—Te visitaré muy pronto, después no te quejes.

—Jamás lo haría, adiós.

—Adiós Elizabeth.

Una vez que terminó de hablar con Wagner, le contó a Cristina con quién había conversado y que lo conoció durante las vacaciones.

Ya en DNA, ella y otras compañeras se reunieron con el coordinador de eventos, quien les anunció que en dos meses tendrían un desfile en el hotel The Beekman.

Donde Pierpaolo Piccioli, director creativo de Valentino, haría la presentación de su colección Preinvierno, a beneficio de la Asociación de Investigación Médica para la Esclerosis Lateral Amiotrófica.

A cada una le entregaron el calendario de actividades en los que se pautaba fechas para pruebas de vestuario y desfile, además de algunas grabaciones para la promoción de la obra benéfica en diferentes medios.

Se despidió de Cristina, quien regresó a su oficina para seguir buscándole lucrativos contratos, y ella fue a encontrarse con Luck para el almuerzo.

Su novio la recibió en la entrada del restaurante con un discreto pero tierno beso en los labios, y una brillante sonrisa.

—Hola guapo. —Lo saludó sonriente, acariciándole la nuca y guiñándole un ojo.

—Hola mi gata preciosa. —Fruunció la nariz graciosamente y le agarró la mano para guiarla a la mesa donde estaban sus acompañantes, todos pertenecientes al excéntrico mundo del modelaje neoyorquino, por lo que eran objetivo de más de una fotografía.

Elizabeth los saludó con afecto, y como era de esperarse, los temas de conversación se centraron en desfiles de moda, campañas publicitarias, compras, viajes y fiestas.

Sin embargo, ella no podía estar totalmente concentrada. De pronto, tanta banalidad empezó a aburrirle, y casi todo el tiempo se la pasó revisando su teléfono. Seguía sin saber nada de Cobra, lo que la ponía de muy mal humor,

así que antes de arruinar la reunión decidió marcharse justo al terminar de comer, utilizando como excusa una reunión con su madre.

Se despidió de Luck con varios besos en los labios, de los que se aprovecharon sus amigos para hacerles fotos y subirlas a las redes.

—Ya —dijo ella, tapando con la mano el teléfono de Ivon, una de las chicas presentes.

En medio de risas se levantó de la mesa, Luck la acompañó a la salida, para asegurarse de que subiera a un taxi seguro.

Elizabeth llegó al extravagante y lujoso rascacielos donde estaban las oficinas comerciales de la firma Winstead. Desde ese lugar se coordinaban todos los proyectos a nivel mundial, era ahí donde su madre estaba al mando de un prestigioso equipo de profesionales de la moda, que se encargaban de mantener la marca posicionada en la preferencia de la élite nacional e internacional.

—Buenas tardes Mercedes —saludó a la secretaria de su madre.

—Hola Elizabeth, muy buenas tardes. ¿Cómo estás? —preguntó con una amable sonrisa.

—Muy bien, gracias. Y mi mamá, ¿estará ocupada?

—En este momento no, hace poco que llegó de un almuerzo.

—Entonces voy a entrar. —Le avisó sonriente y caminó hacia la puerta. Abrió lo suficiente como para asomar medio cuerpo—. Buenas tardes —canturreó, sorprendiendo a su madre, que estaba totalmente concentrada en el monitor y no se percató de que habían abierto.

—¡Hola cariño! —dijo entusiasmada al tiempo que se quitaba los lentes de lectura—. No te quedes ahí, ven aquí. —Le tendió una mano.

Elizabeth, con una sonrisa imborrable, caminó hasta ella.

—No te levantes —pidió antes de que su madre se pusiera de pie. Al acercarse le dio un beso y un abrazo—. ¿Qué haces? —preguntó echándole un vistazo al monitor.

—Reviso la última muestra digital de esta cartera, necesitan la aprobación.

—Es linda, me gustan mucho los detalles en las asas.

—Sí, voy a aprobarla. Espero que me guste la prueba física tanto como la digital, esta semana debe llegar el cuero desde Marrakech.

—Confío en que quedará genial —comentó mientras acercaba la imagen—. Las costuras son perfectas..., y me encanta el detalle del broche. ¿Cuándo la piensas presentar?

—Si queda como deseo, para la colección de invierno... —Desvió la

mirada del monitor a su hija—. ¿Hablaste con Cristina?

—Sí, ya hicimos las paces —respondió sonriente y caminó hasta el sofá blanco que estaba a la izquierda del escritorio.

Rachell se levantó de su asiento y caminó para sentarse junto a ella.

—Cariño, tu padre me contó del interrogatorio. Deja que él se encargue del asunto... No quiero que te expongas.

—Lo sé mamá, pienso seguir los consejos de papá, pero solo por ahora. Recuerda que tengo un compromiso muy importante al que no debo faltar..., y también personas a las que quiero ver.

—Supongo que una de esas personas es el hombre que fue a buscarte a la boutique... El que fue a despedirte al aeropuerto.

—Se llama Alexandre, y sí, deseo mucho verlo, no tienes idea de cuánto; pero no sé si él esté sintiendo lo mismo... Ya no —expresó con tristeza y temor de quedarse sola con el sentimiento que Cobra prometió sería de los dos.

—¿Por qué lo dices cariño? —preguntó preocupada al notar la nostalgia que rápidamente embargó a su niña. Empezó a acariciarle el pelo con ternura.

—Solo es una tontería. —Se mordió ligeramente el labio y sus ojos esquivaron los violeta.

—Verdaderamente no creo que sea una tontería.

—Sí, lo es.

—Si me lo cuentas podría ayudarte. Anda, dime qué sucede pequeña. —La instó sin dejar de acariciarla.

—Mamá, no es cómodo hablar contigo sobre esto.

—Elizabeth, me desconciertas, ¿cómo que no es cómodo? Somos más que madre e hija y socias, somos amigas, las mejores. Me has contado cosas tan difíciles... —Rachell repentinamente dejó de hablar, porque empezó a hacer conjeturas—. ¿Está casado?, ¿es eso? Y te has enamorado... —Soltó lentamente las palabras, jamás imaginó que su hija podría estar en una situación semejante.

—Eso ya lo habíamos hablado mamá. —Decidió no seguir con el tema, porque no quería que se enterara de que no le había preguntado sobre su estado civil. Prefirió creer en lo que le había dicho y no averiguar todas las cosas que él se reservaba; lo cierto es que le aterraba descubrirlo—. Todo está bien, solo que lo extraño horrible. Jamás imaginé que sería tan difícil estar separados, solo eso.

—Entonces lo quieres de verdad.

—Eso creo.

—¿Cómo que eso crees? ¿Acaso no estás segura de lo que sientes? — preguntó sonriente al percibir confusión en los ojos de su hija.

—Sí lo quiero, ¡ay mamá! Tú debes saber de lo que te estoy hablando.

—Lo sé, entiendo que estés confundida con lo que estás sintiendo en este momento, y posiblemente te molesta no identificarlo, pero no te compliques con eso, solo vívelo y no trates de comprenderlo.

—Estando lejos de Alex no es fácil vivir mis sentimientos, creo que todo será más difícil con tantos kilómetros de por medio; mucho más ahora que papá está en una etapa muy alta de paranoia.

—Elizabeth, sabes muy bien que lo de tu padre no es simple manía. Fuiste testigo de lo que pasó con Violet... —Le sujetó la mano y se la apretó con fuerza—. Entiende que ustedes son lo más importante para nosotros, que si algo malo llegará a pasarles, no podremos superarlo.

—Lo entiendo, pero estoy segura de que al lado de Alexandre no me pasará nada malo.

—No podrás estar con él en todo momento cariño. —Le puso un mechón de pelo detrás de la oreja y después le acarició la mejilla—. Sé lo bonito que se siente estar así de enamorada, sé todas esas emociones tan intensas que se despiertan con tan solo pensar en la persona que tanto te gusta, y ese deseo casi irrefrenable de querer estar en sus brazos... Sé que te mueres por dedicarle cada segundo de tu tiempo, pero debes restarle un poco de importancia al enamoramiento y prestarle más atención a la razón, más si corres peligro.

—¿Estaría mal si lo invito a que venga unos días? Se podría quedar en tu apartamento...

—¿Cuál apartamento? —preguntó, tratando de ocultar su sorpresa.

—Ay mamá, no te empeñes en ocultarlo... Ese al que te escapabas con papá algunas veces.

Rachell se sonrojó, lo que la hizo sentir tonta, porque ya no era una jovencita a la que tendría que avergonzarle el nidito de amor que compartía con su marido.

—Está bien, veo que nos has pillado. —Se rindió a la curiosidad de su hija—. Por mí no hay problema, podrá quedarse ahí todo el tiempo que quiera. Pero si piensas hacer eso, es necesario que hables primero con tu padre y con Luck, debes sincerarte con ambos.

—No será fácil —confesó en medio de un resoplido.

—Estoy segura de eso, sobre todo por tu padre, que no sé si será capaz de aceptar a un hombre mayor para ti.

—No veo por qué no, Alexandre es un hombre responsable. Mamá, me gusta tanto, me gusta que sea tan serio, tan maduro... —Suspiró, totalmente ilusionada—. Es valiente, fuerte, realmente fuerte. No hay miedo en sus ojos, y eso me derritió totalmente. Sí, definitivamente fueron sus ojos cargados de valentía los que me robaron el corazón. Es todo lo que siempre he soñado... Y pude descubrirlo desde el mismo día que lo conocí. Mamá, ¿crees en el amor a primera vista?

—Siempre he creído en la atracción a primera vista. Mi único amor a primera vista fue David Gandy. —Sonrió cómplice—. Porque con tu padre fue rechazo e ira, creo que no se puede esperar mucho más de alguien que intenta atropellarte.

—Empiezo a sospechar que algo está muy mal conmigo. —Soltó una risita entre nerviosa y divertida—. Mi primer encuentro con Alexandre no fue para nada idílico, pero si lo pienso bien, fue perfecto. Aunque humilló mi mejor técnica de capoeira, lo que me enfureció, el corazón se me aceleró cuando me dijo algo tan simple como «moça»... Mamá, ¿cómo supiste que lo que sentías por papá era amor? Es decir, ¿existió alguien más aparte de él y Gandy que te hiciera comparar?

—Sí, antes de tu padre tuve una relación con un hombre llamado Richard, era o es inglés, no he tenido noticias suya en mucho tiempo. Era un buen hombre, mi primer sentimiento hacia él sin duda alguna fue gratitud, pero también llegué a amarlo, no con la misma intensidad y no de la misma manera en que lo hago con tu padre, que aunque muchas veces he querido asesinarlo, sé que sin él mi vida no tendría sentido —confesó con toda la confianza que le tenía a su hija. Lo hacía porque sabía que la única manera de ganarse su complicidad era siendo totalmente sincera con ella.

—Entonces, ¿es completamente normal que no siempre te lleves bien con el hombre que amas? —comentó feliz de descubrir que sus desacuerdos con Alexandre no tenían por qué ser un motivo de rompimiento.

—Créeme, con el hombre que amas es con el que menos te llevas bien, pero también es con el que pasas los mejores momentos de tu vida... No todo es felicidad, el amor no significa ser feliz todo el tiempo, sino que a pesar de los desacuerdos y desilusiones, aún cuentas con la valentía de perdonar y seguir adelante, de ponerte en los pies de esa persona y comprender que así como puede tener aciertos también tiene desaciertos.

—Es tan lindo todo lo que me dices mamá, sé que has tenido mucha paciencia con papá. —Sonrió sujetándole la mano.

—¡Mucha! —También sonrió dulcemente—. Eso sí, no puedes soportar ni justificar humillaciones. Jamás confundas el significado del amor, porque ningún hombre que te ame limitará tus sueños. No se pueden camuflar la coacción, los maltratos físicos y verbales con el amor, jamás. Tu misión es identificarlos y sacarlos de tu vida a tiempo —aconsejó, temiendo que su hija eligiera al hombre equivocado.

—Eso lo tengo muy claro, y Alexandre no es así mamá. Es protector, es cariñoso y algunas veces... No sé explicártelo, pero me dice unas palabras tan hermosas, que nada tienen que ver con su apariencia.

—Me gustaría tener la oportunidad de conocerlo, prometo no darle ningún sermón, porque estoy segura que de eso se encargará tu padre, solo quiero asegurarme de que sea un buen hombre... Aunque todavía eres tan joven mi niña, eres mi chiquita...

—Mamá, no estoy diciendo que quiera casarme e irme de casa, solo que creo que ahora sí estoy enamorada, solo eso.

—Lo sé cariño, sé que todavía es muy pronto para formalizar algo con ese señor, apenas lo conoces. Quiero que sepas que apoyo tus decisiones, como siempre lo he hecho, solo espero que escuches mis consejos.

—Lo haré.

Siguieron conversando por algunos minutos más, hasta que llegó Mercedes, para recordarle que estaban esperando su aprobación.

Elizabeth aprovechó para irse a su oficina, la cual no se encontraba muy lejos de la de su madre. Tenía pendiente la revisión de los bocetos de los frascos que tendría la nueva edición de su perfume.

CAPÍTULO 5

Después de dos días, Elizabeth volvía a verle la cara a Wagner, pero esta vez a través de una pantalla; y no solo su rostro, también el pecho y abdomen, porque no llevaba puesta camiseta; y las pequeñas argollas en sus rosados pezones inevitablemente atrajeron su mirada.

No podía evitar estar nerviosa, pues no sabía cómo afrontar la situación; tal vez si Cobra y él no fuesen rivales las cosas serían menos complicadas, pero que ellos no se toleraran convertía el momento en una pesadilla.

—¿Dónde está Pirata? —preguntó entusiasmada, tratando de dilatar al máximo el punto central de la conversación que habían dejado a medias.

—En este momento destrozándome otro par de zapatos... ¡Pirata, ven aquí! —Palmeó el colchón a su lado—. Ven aquí muchacho. —Lo llamó chasqueando los labios.

En segundos el bull terrier subió a la cama, brincando con gran energía sobre Wagner, quien intentaba controlarlo; apenas era un cachorro, pero se notaba la fuerza que poseía, y los músculos que se le marcaban no dejaban opción a dudas.

—¡Hola Pirata! —Lo saludó Elizabeth, mientras el dueño intentaba que mirara a la pantalla del portátil, pero los animales muy poco lograban fijar su atención en esas cosas—. Pirata, mira... ¡Ey! ¡Pirata!

Después de varios intentos el animal pareció reconocer su voz y empezó a ladrarle a la pantalla. Elizabeth no pudo evitar reír, feliz de que se percatara de su presencia, mientras Wagner la miraba embelesado.

—Ya, vete a jugar... Fuera de aquí —ordenó empujando juguetonamente al perro fuera de la cama, pero Pirata no quería obedecer, por lo que tuvo que quitarse la coleta con la que se sostenía los *dreadlocks* y la lanzó al otro lado de la habitación; de inmediato el cachorro salió disparado a buscarla.

—Qué hermoso, se nota que es un jugueteón —dijo Elizabeth en medio de risas.

—Sí que lo es, tiene demasiada energía; últimamente me despierta para que lo saque a pasear por las madrugadas.

—¿Cómo vas con las clases?

—Muy bien, bueno..., estoy haciendo mi mejor esfuerzo... Pero no quiero hablar de estudios en este momento, prefiero que sea de Capoeira, que es lo que verdaderamente nos une. Ya sabes, es nuestro terreno —chasqueó los labios en un gesto jovial.

Elizabeth sabía hacia dónde dirigía la conversación, tragó saliva para prepararse, mientras mentalmente armaba un mapa conceptual con cada una de las palabras que utilizaría para evitar que se enfureciera con ella.

—¿Sobre qué quieres que hablemos? —Repuso en un acto de valentía.

—Cuéntame qué pasó después de que los hombres de Fabio irrumpieran en la roda y yo huyera como un cobarde.

—No sé, no lo recuerdo muy bien, todos salieron corriendo, ese momento fue muy confuso. —Evitó mirar a la pantalla, al tiempo que se ponía un mechón de pelo detrás de la oreja, como uno de sus gestos más comunes de cuando estaba nerviosa.

—No hablo de todos en general, solo quiero saber lo que pasó contigo... Sabes a dónde quiero llegar Elizabeth.

—Como ya te dije, todo fue muy confuso, en un instante estaba luchando contra Cobra y al otro él prácticamente me arrastraba por los callejones de Rocinha. Me llevó a un lugar seguro y ahí esperamos a que todo se calmara.

—¿Cuánto tiempo estuviste sola con él? ¿Te hizo algo? Ese tipo es un animal... Si te hizo daño juro que se lo haré pagar...

—¡No! —soltó—. No me hizo daño, solo me protegió. Hablamos como una hora nada más, fue amable... Al menos en ese tiempo, no sé por qué crees que es mala persona. Es algo raro sí, parece ermitaño y agresivo, pero... No me hizo daño, te lo aseguro —explicó con el corazón latiéndole a mil en la garganta, sin atreverse a decirle sobre su relación con Alexandre, porque en esos momentos no sabía si realmente seguía existiendo algo entre ellos, ya que Cobra no la había vuelto a contactar. Solo quedaría en ridículo delante de su amigo, quien paradójicamente era el enemigo del hombre que amaba.

—Creeré en tu palabra, pero no te confíes de él, no sé por qué pero no me genera la mínima confianza.

—Está bien...

—Después de eso, ¿has vuelto a hablar con él?

—Gavião, ¿realmente pretendes interrogarme? —Fingió divertirse con la actitud de su amigo.

—No, te aseguro que no.

—¿Vas a ir el sábado a Rocinha? —preguntó, tratando de seguir hablando de capoeira, pero haciendo a un lado el tema de Cobra.

—Está en mis planes, pero estoy seguro de que no será lo mismo sin ti. Voy a extrañarte, ¿qué se supone que le diga a los que pregunten por ti?

—Que lamentablemente se terminaron mis vacaciones, pero te prometo volver en diciembre e iré dispuesta a dar la pelea.

—Les haré llegar tu mensaje alto y claro —dijo sonriente, sin poder apartar su mirada de ella, deseando poder tocarla.

—Quisiera seguir hablando contigo, pero tengo que levantarme muy temprano. Me están castigando porque aumenté cinco kilos, tengo que ir a primera hora a entrenar...

—Te ves perfecta, posiblemente solo sea masa muscular, lo que sería comprensible debido a que estabas empleando mucha más fuerza en la capoeira.

—También abusé con las comidas, imposible no hacerlo en casa de mi abuelo.

—Supongo que te consienten más de la cuenta... Voy a dejarte descansar.

—Está bien, también trata de dormir, que en un par de horas deberás sacar a pasear a Pirata.

—No me lo recuerdes. —Se carcajeó divertido—. Besos. —Se despidió lanzándole un beso a la pantalla, y Elizabeth correspondió de la misma manera.

Ambos finalizaron la llamada con una sonrisa, Elizabeth aprovechó para revisar algunas cosas en el portátil, después se fue al baño y regresó lista para irse a la cama. Antes de quedarse dormida miró una vez más en su teléfono los mensajes que le había enviado a Cobra, seguían sin siquiera ser vistos.

Puso de rodillas su orgullo y le marcó, cuando el teléfono empezó a repicar el corazón se le instaló en la garganta, pero después de dos tonos se fue directo al buzón de voz. Esperanzada, volvió a intentarlo, pero esta vez no hubo ningún tono; fue la operadora que le avisó que no podría comunicarse con él por mucho que lo deseara.

Elizabeth estuvo segura de que eso solo significaba una cosa, que le había restringido las llamadas. Inmediatamente un nudo de lágrimas se le formó en la garganta y una presión en el pecho empezó ahogarla. No sabía qué había hecho mal para que la rechazara.

—Si no quieres hablarme vete a la mierda Alexandre —chilló dolida y sintiendo que el corazón empezaba a rompersele.

Arlenne permanecía al lado de su hijo, sujetándole la mano, suplicándole silenciosamente que luchara, que no se dejara vencer. Habían pasado dos días desde que Marcelo les diera la terrible noticia, y desde entonces era como estar caminando sobre una cuerda floja, con el corazón latiendo muy lentamente.

Le besaba el dorso de la mano, mojándolo con sus lágrimas, porque no podía besarle en la cara, debido a lo inflamada que estaba; cuando lo vio se impresionó tanto que estuvo a punto de caer a los pies de la cama. Estaba irreconocible, si no fuera por sus rizos cobrizos y el tatuaje en el hombro le costaría creer que era su hijo.

Con las horas, la cara dejó de estar considerablemente roja para tornarse violácea, verde y en algunas zonas casi negra. Los ojos solo eran dos líneas oscuras, que se perdían entre tanta hinchazón.

Seguía a la espera de los resultados de la tomografía que le habían hecho minutos atrás, rezaba para que mostrara mejoría y empezaran a suspenderle el coma, porque necesitaba desesperadamente que Alexandre despertara y le dijera que a pesar de estar tan golpeado estaba bien, que iba a mejorar y saldría de eso; que iba a seguir siendo ese guerrero inalcanzable, ese hombre al que tanto admiraba.

En el momento en que el doctor Lucchetti entró a la habitación ella empezó a limpiarse las lágrimas y la agonía se hizo más intensa.

—¿Qué resultados tiene? —preguntó sin levantarse de la silla ni soltarle la mano a su hijo.

—La inflamación ha disminuido, pero no tanto como esperaba —comunicó con un gesto de congoja que no podía ocultar—. No es conveniente suspender el coma todavía, porque si despierta no podrá controlar los nervios y volveríamos al punto de partida. —Vio cómo la mujer se llevó una mano al pecho y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas—. Lo siento señora Nascimento, pero creo que lo mejor es mantenerlo sedado hasta que la inflamación ya no represente ningún peligro.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo con la voz rota por las lágrimas—. Sé que es lo mejor para él.

—Definitivamente sí, vamos a esperar veinticuatro horas más y repetiremos el procedimiento —dijo llevándose las manos a los bolsillos de

la bata médica.

—Está bien doctor. —Asintió con la cabeza mientras trataba de convencerse a sí misma de que lo mejor era esperar. Alexandre necesitaba tiempo para recuperarse, y a ella no le importaba cuánto tardara.

Una vez que el doctor salió de la habitación, ella llamó a su marido para informarle del resultado, inevitablemente rompió en llanto, al tiempo que le apretaba la mano a su hijo.

Guilherme, a través del teléfono le pedía que tratara de calmarse, él se encontraba en la clínica, y en cuanto terminara su turno iría al hospital para hacerle compañía y ver a su hijo. En medio de esa promesa terminaron la llamada; sin embargo, Arlenne seguía sin encontrar consuelo, solo deseaba despertar cuanto antes de esa pesadilla.

Cuando Marcelo llegó a la habitación encontró a su madre llorando, no pudo evitar preocuparse, suponía que no había salvación para Alexandre.

—¿Qué sucede mamá? —preguntó caminando hasta ella.

—No mejora, no mejora —respondió sorbiendo los mocos y limpiándose las lágrimas—. El doctor dijo que su cerebro sigue muy inflamado. ¿Quién pudo haberle hecho esto Marcelo? ¿Quién?

—Siendo totalmente sincero, creo que este hospital es una mierda, no saben nada. Voy a hacer los trámites para llevarlo a una clínica. —Decidió en ese momento. No lo hacía por Alexandre, porque verdaderamente le daba igual lo que pudiera pasar con él, lo hacía por sus padres y por Luana, porque no quería que ellos sufrieran.

—No sé si sacarlo sea prudente, no lo creo... El doctor Lucchetti es uno de los mejores neurólogos. —Ella sabía perfectamente que el médico que estaba atendiendo a su hijo era un especialista.

—Mamá, lo que no quiero es verte llorar, no quiero que estés preocupada... Ve a casa y descansa, aquí no harás nada más que agobiarte.

—No voy a dejarlo solo y sé que tú no puedes cuidarlo.

—No, no puedo; tengo cosas importantes que atender. Y nada de esto estuviera pasando si dejara de lado la maldita obsesión por la capoeira... No sabe más que dar problemas —expresó con resentimiento.

—No sabemos lo que pasó, no creo que haya sido por eso... Posiblemente sea por su trabajo, no sé... Además, eso ahora no importa, solo quiero que se recupere. Sé que estás molesto con él. —Clavó sus ojos ahogados en lágrimas en las pupilas de Marcelo—. ¿Algún día harán las paces? ¿Algún día vas a perdonarlo? Marcelo, Alexandre es tu hermano gemelo, se supone que

deberían ser unidos...

—Pero no lo somos, nunca lo fuimos...

—Sí lo fueron, a los dos les dimos el mismo amor, el mismo cariño... No entiendo qué pasó, en qué momento cambió todo entre ustedes.

—Sí lo sabes mamá, sé que lo sabes. —Se dio media vuelta y salió de la habitación. Lo que menos le interesaba era hablar de un tema que nunca se había tocado, estaba seguro de que todos lo sabían y nadie dijo nada en ningún momento.

A pesar de que Elizabeth se quedó dormida muy tarde en la madrugada por estar llorando, se levantó muy temprano con un terrible dolor de cabeza, producto de la rabia, el dolor y el llanto.

Lo primero que hizo fue tratar de poner en alto su orgullo, así que agarró su teléfono, y con la rapidez que la furia les proporcionaba a sus dedos tecleó casi de manera endemoniada, sin pensar en cada palabra que escribía, solo permitiéndole a la rabia que la utilizara como una marioneta.

Ya no te esfuerces tanto en rechazarme, puedes irte a la mierda Alexandre, no pienso molestarte más. Si algún día te dignas a leer mis mensajes ignora todo lo que te escribí, porque ya todo eso que dije sentir se evaporó. Ahora solo me siento estúpida por haberme fijado en un hombre tan egoísta y cavernícola como tú, cuando a mis pies se rinden miles, todos mejores. Reemplazarte no será para nada difícil.

Será un placer pagarte con la misma moneda, por lo que desde este instante te bloqueo de mi teléfono y de mi vida.

Espero no tener que verte nunca más.

Seguido del mensaje, en medio de lágrimas de rabia y dolor lo borró totalmente de su teléfono, ni siquiera lo bloqueó, porque sabía que tenerlo ahí sería una estúpida tentación en la que podía caer, y por su orgullo era mejor asegurarse de no hacerlo.

Dejó el teléfono en la cama y se fue al baño, bajo la regadera siguió llorando, no tenía ganas de salir, solo quería sacarse la ira que llevaba dentro.

Salió y se fue al gimnasio, no tenía opciones, porque a pesar de todo, debía

continuar con su vida y sus compromisos.

Otro día en que Jimmy la obligó a cumplir con una rutina realmente intensa, pero al menos durante ese tiempo lloró y gritó por el agotamiento físico y no por el dolor emocional.

De regreso a su casa, Esther la recibió con un sobre manila.

—Mi niña, te han venido a notificar esto. Dijeron que es una citación judicial de Brasil —anunció con evidente preocupación.

Aunque Elizabeth ya se lo esperaba no pudo evitar que los nervios la invadieran, sabía que debía recibir el sobre, pero sus músculos no reaccionaban a las órdenes que el cerebro le daba.

Se recordó que solo era una citación, que su padre iba a intervenir para que todo fuese más fácil para ella. Recordar eso le dio el valor para agarrar el sobre.

Sin abrirlo caminó al sofá de la sala, donde se sentó y empezó a darle vueltas; después de casi un minuto, decidió llamar a su padre.

Él le atendió tras el tercer tono.

—Hola papá, llegó la citación, ¿qué debo hacer?

—Cariño, tráelo enseguida a mi oficina.

—Sí papá, me cambio y salgo para allá.

CAPÍTULO 6

Sentada frente al escritorio de la oficina del fiscal general del Estado de Nueva York, Elizabeth observaba atentamente cómo leía a grandes rasgos la citación que le había llegado desde Brasil.

—No tienes nada de qué preocuparte cariño, como te había dicho, solo necesitan tu declaración; te están dando un plazo de doce días hábiles para que te presentes. Es tiempo suficiente para que pueda pedir que venga una comisión a interrogarte aquí.

—Papá, creo que es totalmente innecesario que intervengas, en serio, puedo ir a Brasil. Si quieres puedo hacerlo con guardaespaldas —propuso, porque lo que menos quería era darle de qué hablar a sus compañeros de la academia en Río.

—De ninguna manera, si quieren interrogarte que lo hagan aquí... Puedes ir a cumplir con tus compromisos, yo me quedo con esto. —Guardó el documento en el sobre y lo metió en un cajón a su derecha.

—¿Me estás echando? —preguntó, fingiéndose indignada.

—No, quisiera tenerte aquí todo el día, pero tengo asuntos importantes que atender, y supongo que tú también. Hablamos en la casa princesa. —Se levantó mientras Elizabeth lo seguía con la mirada—. Ven aquí. —Le pidió ofreciéndole los brazos.

Ella se levantó y caminó hasta él, quien la esperaba con los brazos abiertos y una sonrisa que hacía brillar sus ojos color mostaza.

Enseguida ella se refugió en él y se dejó reconfortar por ese abrazo paternal que le profesaba tanto amor.

—Te adoro pequeña, ahora deja todo en mis manos y no te preocupes por nada.

—Papá, siempre me has protegido tanto, quieres hacerte cargo de todos mis problemas, que verdaderamente temo el día en que no puedas hacerlo; no creo que sepa cómo enfrentarlos por mí misma.

—Eso no pasará, juré que siempre estaría a tu lado y así será. —Le dio un beso en el pelo—. Mi pequeña mariposa.

A Elizabeth le encantaba cada vez que su padre la mimaba de esa manera, porque inevitablemente volvía a sentirse una niña.

Probablemente fuera culpa de Samuel Garnett que ella no consiguiera ser una mujer lo suficientemente sensata. Sabía que muchas veces tenía actitudes de niña malcriada, pero era imposible desprenderse de eso, cuando no había tenido la necesidad de crear a su alrededor ningún escudo de fortaleza para protegerse, porque siempre alguien más lo había hecho por ella.

Apenas Elizabeth abandonó la oficina, Samuel buscó en su móvil el número del fiscal general brasileño; intentaría primero con el que consideraba su amigo. De no ser posible, tendría que recurrir al canciller.

Tras varios tonos el fiscal atendió la llamada.

—Garnett, ¡qué honor que estés llamando! —saludó con un tono agradable y protocolar.

—Costa, ¿cómo te va? —preguntó en el mismo tono.

—Bien, casi igual que la última vez que nos vimos en Noruega. ¿Cómo está la familia?

—Bien, muy bien... Pensando seriamente en agregar un miembro más —comentó con la confianza que le tenía a su colega y amigo.

—Suerte con eso, pensé que ya habías dado por cerrada la fábrica.

—También lo pensé, pero supongo que es un capricho de viejo —dijo sonriente, dirigiendo su mirada a una de las fotos familiares que tenía sobre el escritorio.

—Mientras, te puedes dar el gusto. Pero dime, ¿a qué se debe el honor de tu llamada? No creo que solo me extrañaste de pronto y quisiste saber de mi vida —rio de buena gana.

—Perspicacia de fiscal. —Samuel hizo el comentario de buena gana—. Ciertamente, te estoy llamando porque existe un pequeño inconveniente en el que mi hija mayor está involucrada.

—¿Elizabeth? ¿Qué sucede con ella?

—Está relacionado con lo sucedido a la hija de Mendes.

—¿Qué tiene que ver eso con tu hija?

—Priscila y Elizabeth iban a la misma academia de capoeira en Río, y estábamos de vacaciones allá cuando pasó el homicidio. El punto es que necesitan interrogar a Elizabeth, pero no es seguro que regrese a Brasil, sabes que corre peligro... El hijo de puta eligió a una víctima que estaba relacionada con mi hija... Sabes de lo que te hablo.

—Entiendo Samuel, pero eso es un procedimiento que no puedo evitar,

legalmente ella debe cumplir.

—Sé que tiene que hacerlo, pero no quiero que viaje a Río, mucho menos sola, y no podré acompañarla porque tengo asuntos a los que no puedo faltar. Mi hija corre peligro mientras ese hijo de puta esté libre, burlando a las autoridades. Y no permitiré que Elizabeth pise nuevamente la ciudad hasta que sea seguro. Sé que puedes designar una comisión para que venga y la interroge aquí.

—Sí, puede ser... Pero Garnett, sabes que eso representará un gasto que el Estado no va a cubrir.

—No te preocupes por eso, apruébalo que yo correré con todos los gastos de boleto aéreo, alojamiento, viáticos...; todo irá por mi cuenta. Te los hospedo en el Marriot si deseas. Solo confirmame si será en el consulado o dónde y mi hija ahí estará. Ella nada tuvo que ver, pero sé cómo son estos procedimientos, por lo que estoy en toda la disposición de brindar mi colaboración.

—Está bien Garnett, enviaré la comisión, pero necesito que me hagas llegar la petición por escrito para poder aprobarla y notificarla al fiscal adjunto que lleva el caso.

—Sí, enseguida te la envío.

—Está bien, la espero.

—Costa, muchas gracias por comprender. —Samuel sintió que un gran peso lo abandonaba.

—Como padre te entiendo, así que no te preocupes. ¿Cómo está la más pequeña?

—Cada vez más grande, ya uno parpadea y son unas mujeres. Y Murilo, ¿por fin decidió qué estudiar?

—Sí, arquitectura. Justo en este momento se está preparando para entrar en *The Bartlett*, se va a Londres.

—Seguro que le irá muy bien, Brasil cuenta con reconocidos arquitectos, eso ya es una plataforma muy estratégica para triunfar.

—Eso espero, aunque lo importante es que estudie lo que quiera. Después de una discusión con mi mujer, comprendí que lo mejor para él es que se forme en lo que desea, que lo mejor es soltarle un poco la rienda a que termine revelándose. La peor época de uno como padre es cuando los hijos entran en la adolescencia.

—No lo dudo ni por un segundo. —Sonrió Samuel, porque le estaba costando con Oscar, quien la mayoría del tiempo era tranquilo, pero cuando se

imponía no había quién lo hiciera cambiar de parecer. No tenía la más remota idea de dónde había heredado un carácter tan obstinado.

Siguieron conversando de la familia por un buen rato, hasta que Samuel tuvo que terminar la llamada cuando su secretaria le recordó el compromiso que tenía en la corte esa tarde.

Elizabeth, a pesar de que había borrado el número de Cobra, esperaba ansiosamente la llamada de algún número brasileño desconocido; todavía guardaba la esperanza de que él se comunicara con ella y le dijera cualquier cosa, aunque fuese una mentira, porque en el punto en que se encontraba estaba segura de que le creería. Solo tendría que decirle «hola moça» para perdonarlo, porque lo amaba locamente.

No sabía cómo había llegado a ese punto; pero ahí estaba, sufriendo por un hombre que jamás imaginó que encajaría en su vida, mucho menos que tendría el poder de robarle el más fuerte de los sentimientos.

Sabía que había perdido el orgullo, que su dignidad estaba por el suelo por el simple hecho de preferir amarlo a odiarlo.

Las horas y los días pasaban y no tenía ningún tipo de señal, pensó que con el tiempo dejaría de extrañarlo con tanta intensidad, pero no era así; por el contrario, pasaba todas las noches llorando, suplicando que se comunicara con ella. Seguramente si no hubiese borrado su número le hubiese escrito en varias oportunidades.

Había dejado de asistir al gimnasio y también de comer, porque el apetito se le había ido al diablo, solo quería quedarse encerrada en su habitación, sin hablar con nadie de lo que le estaba pasando.

Ni siquiera a sus primas les había contado que Cobra la había usado, prometiéndole amor para después desecharla, dejándole el corazón en mil pedazos.

Ellas le recriminarían el haber involucrado sentimientos, se suponía que eso no debió pasar, pero maldita ella que creyó en todas sus promesas, en personificar a su guerrero añorado en un desgraciado sin vergüenza.

Su familia solo le hacía más difícil llevar el desamor, porque trataban de inmiscuirse y hurgar en su dolor, no respetaban su decisión de sufrir sin tener que darles explicaciones. Por lo que le tocaba inventar mil y una mentiras, fingir que estaba muy bien.

No solo sus padres sospechaban que algo le estaba pasando, también Cristina y Luck, porque por mucho empeño que pusiera en sus labores, no conseguía estar totalmente concentrada, y los maquillistas parecían ponerse de acuerdo para escupirle en la cara su aspecto tan deplorable.

Por su falta de concentración y entrega empezó a ganarse más de un regaño, y ella, que llevaba furia contenida, la drenaba con todo aquel que le hiciera algún reproche.

Luck y ella solo vestían unos vaqueros, mientras eran fotografiados para la publicidad de una reconocida marca.

—Elizabeth, necesito una sonrisa más natural, te quiero más relajada. —Le pidió el fotógrafo

Ella se removió ligeramente sobre el cuerpo de su novio, quien estaba acostado en el suelo con ella encima de su espalda; sentía el calor de su piel contra sus pechos desnudos, y se esforzó por sonreír.

—Perfecto, mucho mejor... Ahora muérdele el hombro a Luck —ordenó quien prácticamente llevaba el control.

—No tan fuerte —dijo Luck sonriente, echándole un vistazo por encima del hombro.

Ella sonrió y le mordió lo suficientemente fuerte como para que sus dientes se vieran clavados en su piel, pero no tanto como para hacerle daño. Inevitablemente en ese momento saltaron a su memoria todas las veces que había mordido los hombros de Cobra, y todo el esfuerzo que le costó recuperar su buen humor se fue a pique.

—Elizabeth, un gesto más sensual, más provocativo... Le falta fuerza a tu mirada.

—¿Qué sucede gata? —preguntó Luck susurrándole, consciente de que ella no estaba concentrada en el momento.

—Estoy incómoda, ¿podemos probar de otra manera? —Casi suplicó, queriendo ganar un poco de tiempo para recomponerse anímicamente.

—Está bien —concedió el director de fotografía—. Siéntate Luck, y a Elizabeth que lo haga entre tus piernas, mientras le cubres los pechos con las manos y le besas el cuello. Elizabeth, te necesito relajada; supongo que nada de esto debería ser complicado para ninguno de los dos.

Elizabeth se levantó, resguardándose los pechos e hizo lo que le pidió el director. Sintió las manos calientes de Luck cubriéndola, al tiempo que ella ladeó la cabeza, para que él tuviera mayor comodidad y se notara más relajada.

—¿Mejor? —Le preguntó Luck, antes de empezar a besarle el cuello.

—Supongo.

—Bien, muy bien —anunciaba el fotógrafo.

—Cariño, pon tu mano derecha sobre la de Luck, y la izquierda la llevas hacia atrás, como si estuvieses sujetándole la entrepierna. Necesito una cara extasiada, sé que disfrutas de esto, no tienes que cohibirte.

Elizabeth así lo hizo, intentó mostrarse sensual, cerrar los ojos y separar ligeramente los labios, simulando un jadeo.

Pero eso para el fotógrafo no era suficiente, y ella verdaderamente estaba cansada.

—Dejémoslo hasta aquí —pidió ella.

—Faltan otras tomas.

—No estoy cómoda.

—Lo sé, me he dado cuenta, pero debemos terminar las fotos.

—Ahora no quiero —protestó, segura de que por más que se esforzara no conseguiría dejar de pensar en Cobra en todo momento, y no era justo, porque estaba entre los brazos de Luck.

—No es que no quieras, tienes que hacerlo Elizabeth... ¿Qué tanto te puede costar hacer unas fotos sensuales con tu novio?

—Mi vida privada no es un circo para que sea de tu entretenimiento. —Se levantó molesta sin cubrirse los senos y caminó con decisión entre reflectores y pantallas verdes, abandonando el plató ante la mirada atónita de vestuaristas, maquillistas, técnicos, fotógrafo, director y Luck.

Después, todos clavaron la mirada en el novio.

—Disculpen un minuto —pidió este y salió corriendo a los vestidores, donde encontró a Elizabeth sentada, poniéndose las botas de tacón—. Gata, ¿qué pasó? ¿Te sientes bien? —preguntó al entrar y se acuclilló frente a ella, poniéndole el pelo detrás de las orejas.

Elizabeth levantó la cabeza, sin importarle que Luck viera sus lágrimas.

—No pasa nada —dijo con la voz ahogada, como resultado de contener el llanto.

—Tus lágrimas dicen lo contrario, ¿qué sucede cariño? Sabes que puedes confiar en mí... Me lastimaría mucho que ahora no lo hicieras.

—Es muy complicado Luck, estoy cansada... —Sollozó y se abrazó a él, pegando sus senos desnudos al pecho caliente de su novio—. Estoy cansada.

—Eli, creo que es más que eso. Desde que regresaste de Brasil te he notado extraña... Sé que algo pasó y no quieres contarme —confesó aferrado

a ella mientras le acariciaba la espalda.

—Pasaron muchas cosas; y ahora, regresar aquí... me cuesta, me siento presionada, solo eso... Creo que no estoy en un buen momento, necesito un respiro, porque no quiero terminar odiando lo que siempre me ha apasionado.

—Si no quieres seguir modelando infórmasele a Cristina, para que deje de estar buscándote contratos... Sabes que voy a apoyarte siempre, que conmigo contarás en todo momento; y si crees que ahora necesitas un respiro, yo haré lo posible para que así sea.

—Creo que he modelado durante mucho tiempo y verdaderamente me siento agobiada.

—Has modelado durante toda tu vida, desde que tenías seis meses... Creo que es tiempo de que te tomes un descanso de por lo menos dos años, posiblemente que busques hacer otras cosas, distraerte de todo esto... Recuerda que lo importante es que te sientas bien, aunque no seas mi compañera de modelaje. Igual te seguiré amando mucho cariño. —Hizo más fuerte su abrazo.

—Yo también Luck, gracias... Sabes que también te amo. No sé qué haría sin ti, si no estuvieras a mi lado en este momento. —Apretó su abrazo todo lo que pudo.

—Siempre —dijo sofocado y rio por la fuerza que ella empleaba—. Vas a romperme las costillas.

—Lo siento. —Se disculpó mientras sentía que su ánimo mejoraba, pero no lo suficiente como para llenar esa sensación de vacío que venía torturándola desde algún tiempo.

Se alejó y empezó a acariciar el perfecto y suave rostro de Luck, mientras le daba las gracias con la mirada.

—¿Vas a volver a la sesión?

—No creo, realmente no tengo ánimos.

—Entonces voy a decirles que nos vamos, te disculparé y les pediré otra fecha para las fotos que faltan.

—Está bien —asintió—. Por favor.

Luck salió del camerino y ella terminó de vestirse; inevitablemente empezó a llorar nuevamente, en el momento que fijó su atención en la música que sonaba de fondo, porque le recordaba a Cobra. Casi todas las canciones que escuchaba le recordaban a él, las de amor y las de desamor; daba igual.

Sentía que tenía un agujero en el alma, que cada vez se hacía más profundo; por momentos sentía que no podía soportar más y quería salir corriendo y

subirse al primer avión que la llevara a Río, para enfrentar a Alexandre, pero en realidad le aterraba que terminara hiriéndola todavía más.

Luck volvió a entrar y la encontró llorando, ella intentó secarse las lágrimas en vano.

—Elizabeth, ¿qué pasa? Por favor, dime la verdad, porque sospecho que lo que te afecta va más allá de toda la presión de tu carrera.

—No es nada Luck, en serio, no es nada.

—Lo hay, sé que algo te pasa —aseguró poniéndose firme delante de ella.

—¡No estoy bien! —explotó, sintiendo que no conseguía nada con seguir escondiendo que estaba sufriendo—. Nada está bien. —Sollozó molesta con ella misma, no con Luck—. Pero no puedo contarte, no puedo... Solo quiero irme a casa —dijo pasándose el dorso de la mano por debajo de la nariz para limpiarse los mocos y las lágrimas.

—Comprendo. —Se mostró derrotado—, pero quiero que sepas que cuando desees hablar de ello estaré dispuesto a escucharte; me preocupa verte así, porque siempre has sido una chica alegre, extrovertida... Eres tú la que me anima la mayor parte del tiempo, quien me hace ver el lado bueno de las cosas... Me preocupas gata. —Le acunó el rostro y le limpió las lágrimas con los pulgares, mientras fijaba su mirada en la de ella—. Te llevaré a casa y quiero que descanses.

—Sí, por favor —suplicó, rehuyéndole la mirada.

Él la llevó a casa, en medio de abrazos y caricias se despidieron.

Elizabeth se fue directamente a su habitación, le fue imposible no recordar todas esas promesas que Cobra le había hecho y que alimentaron sus ilusiones; él hizo polvo la experiencia que ella había tenido con los hombres, donde exitosamente no involucraba sentimientos y disfrutaba exclusivamente del placer sexual. Suponía que él era un experto en hacer trizas la independencia femenina.

Se fue al baño y se metió en la bañera por mucho tiempo, hasta que estuvo a punto de quedarse dormida. Supo que no era buena idea seguir en el agua, por lo que salió, se puso un pijama, apagó todas las luces y se metió en la cama.

Poco tiempo después Violet entró para informarle que la cena ya estaba servida, pero ella fingió estar dormida; sin embargo, su hermanita la zarandó.

—¿Qué pasó enana? —Simuló despertar.

—Papi dice que bajas a cenar.

—No tengo hambre, déjame dormir por favor. Dile que estoy cansada, hoy

tuve una sesión de fotos —dijo mirando el rostro de su hermanita, que se veía iluminado a medias por la luz del pasillo que se colaba por la puerta abierta—. Cuando me levante como algo. —Se giró, dándole la espalda.

—Está bien, ¿te enciendo la luz del velador?

—No pequeña, gracias. Déjalo así, ve a comer.

Violet salió y cerró la puerta con cuidado. Ella también sospechaba que algo le pasaba a su hermana, pero prefería reservárselo.

Le dijo a su padre lo que Elizabeth le había dicho, y él quiso ir a ver cómo estaba, pero su madre le pidió que la dejara tranquila, que seguramente solo necesitaba descansar.

CAPÍTULO 7

Habían pasado cinco días desde que el cerebro de Alexandre había disminuido los peligrosos niveles de inflamación, por lo que el doctor Lucchetti procedió a retirarle lentamente el coma; sin embargo, seguía sin despertar y sin mostrar ningún tipo de reacción a los estímulos que era sometido.

Arlenne y Guilherme miraban con gran preocupación al médico que revisaba los signos vitales de su hijo, pero en sus gestos no mostraba ningún atisbo de satisfacción.

—Lucchetti, ¿podrías decirnos qué sucede? ¿Va a despertar sí o no? — Guilherme hizo la pregunta que nadie se había atrevido a realizar, porque todos estaban colgados a la esperanza de que reaccionara, pero ya había pasado mucho tiempo.

—Silva, esto es un proceso lento, lo sabes —comentó el médico, que como colega, aunque sus especialidades eran distintas, sabía que Guilherme lo entendía—. Podrían pasar horas, días, semanas...; incluso meses para que se reanime. Su recuperación dependerá de cuán afectado se encuentre su cerebro.

—Doctor, sé que mis conocimientos como odontóloga nada tienen que ver con la neurología... —intervino Arlenne, que compartía con su esposo la misma profesión y clínica desde mucho antes de que nacieran sus hijos—. Pero con mis nociones de medicina entiendo que cuanto más tiempo pase la persona en coma peor será el resultado, y eso es lo que me tiene verdaderamente preocupada.

—Entiendo tu preocupación Arlenne. —Trató de disimular el suspiro a través del cual buscaba valor—. Honestamente, diría que es implícitamente imposible que Alexandre vuelva a ser el mismo que era antes del accidente. En el mejor de los casos, podría haber discapacidades en la comunicación, la memoria, movilidad e independencia. En el peor, que permanezca en un estado de «bajo despertar», es decir, con poca consciencia de lo que le rodea, quizás dé algunas respuestas de comodidad e incomodidad, ciclos de estado de alerta; y ocasionalmente, parecerá que reconoce o que hace un intento para

comunicarse, pero nada más. —Al decir eso vio cómo de los ojos de la señora Nascimento bajaron dos lagrimones, que solo expresaban la angustia y el dolor que podía sentir una madre en su situación.

Guilhreme le pasó un brazo por encima del hombro para tratar de reconfortarla, aunque los ojos del hombre de cabello crespo también se habían cristalizado.

—No es justo para Alex. —Sollozó la mujer, sujetándole la mano a su hijo, la cual tenía algunos raspones en los nudillos.

—Lucchetti, no voy a rendirme, no voy a desconectarlo si es eso lo que estás tratando de sugerirnos —dijo el hombre con una firme actitud, aunque la voz la tuviera rota por las emociones.

—No, de ninguna manera es esa mi intención. Alexandre está en forma, es relativamente joven, y según los estudios que le hemos realizado, estuvo consciente inmediatamente después del accidente, lo que sugiere que no es una lesión cerebral devastadora. Así que todavía tiene el potencial para un resultado favorable. Solo debemos esperar a que el cerebro recupere poco a poco las funciones, porque los efectos de los medicamentos tardan en desaparecer. Solo hay que darle tiempo, pero tampoco quiero crearles falsas esperanzas. Mientras no despierte, no podremos saber si tiene algún daño cerebral.

A la madre de Alexandre ese estado de zozobra la mantenía mortificada, solo quería que despertara, que su hijo superara ese momento tan difícil para toda la familia.

—Voy a esperar todo el tiempo que mi hijo necesite —comentó Arlenne—. Porque sé que va a despertar, usted no lo conoce doctor, pero es un hombre fuerte. Estoy segura de que no se dejará vencer por esto, ha estado en situaciones considerablemente peores y ha sabido levantarse.

Lucchetti sabía que no podía alimentar esperanzas en la mujer, y sin encontrar nada más que decir asintió, dándole la razón, pero por su parte no podía asegurar nada.

Se despidió y salió de la habitación, dejando al paciente con sus padres.

Arlenne siguió llorando en silencio, mientras miraba a su hijo y no dejaba se sujetarle la mano, mientras que Guilherme fijaba su vista en ella, con un gran nudo de lágrimas en la garganta, pero no podía mostrarse débil; al contrario, debía ser ese pilar al que ella se aferrara.

—Cariño, vamos a la casa, necesitas descansar. Llamaré a Luana para que lo cuide por unas horas.

—No Guilherme, estoy bien... Quiero quedarme aquí.

—Te ves agotada...

—Pues no lo estoy, quiero estar con él. Ahora nos necesita, ya una vez le dimos la espalda, no es justo que lo hagamos de nuevo...

El marido la interrumpió antes de que siguiera con la culpa que tanto la atormentaba.

—Nunca le dimos la espalda, solo le enseñamos a ser responsable por sus actos...

—No lo disfraces, bien sabes que lo dejamos solo cuando más nos necesitó. Si le hubiésemos tendido la mano, si hubiésemos sido más generosos con él, la vida de nuestro hijo hubiese sido menos adversa, menos dolorosa. —Volvió a romper en llanto—. Fue nuestra culpa Guilherme, lo sabes bien.

—Arlenne, ya te has martirizado lo suficiente, por favor —suplicó devastado—. Deja de pensar en eso, Alexandre logró salir adelante, es momento de que tú también lo hagas.

—¿Crees que verdaderamente logró superarlo? Que nuestro hijo sea celosamente reservado con sus sentimientos no quiere decir que haya olvidado lo que pasó.

—Posiblemente no, pero no tenemos porqué vivir en el pasado; ya nada se puede hacer...

—Exactamente por eso, ya nada se puede hacer con el pasado, pero ahora que puedo quiero estar a su lado, quiero que sienta que cuenta conmigo, que cuenta con su madre, ahora.

—De acuerdo —concedió en medio de un suspiro—. Si tu decisión es quedarte aquí voy a respetarla. —Se acercó y le dio un beso en los cabellos y otro en los labios—. Si reacciona, por mínimo que sea, me avisas —suplicó mientras le limpiaba las lágrimas con los pulgares. Si no tuviese una cirugía programada en cuatro horas se habría quedado con ella, pero debía cumplir con su trabajo.

Arlenne movió la cabeza de manera afirmativa y recibió el beso que su marido le plantó en los labios, después lo vio marcharse y regresó la mirada a su hijo, que si no fuera por ese tubo que le atravesaba la garganta pensaría que estaba plácidamente dormido.

La hinchazón del rostro había disminuido, pero seguían claras las huellas de la golpiza que le habían dado; tan solo de imaginar por todo el sufrimiento que su hijo tuvo que pasar, el corazón se le hacía pedazos.

—Voy a ponerte música. —Le dijo y la puso en su teléfono, el que dejó

sobre la mesa que tenía al lado. Apenas con las yemas de sus dedos empezó a acariciarle pacientemente los vellos de los antebrazos, fijando sus pupilas en lo que hacía—. Por eso estoy aquí. —Empezó a cantar en voz baja—. He venido a cuidar de ti, voy a protegerte, te haré sonreír, voy a entenderte y escucharte, y cuando estés casando te cantaré para que puedas dormir... —Se limpió las lágrimas y se tragó otras tantas que la ahogaban y no le permitían seguir con la canción, pero lo que más deseaba era que su hijo supiera que estaba ahí, por lo que continuó—: Voy a secar cualquier lágrima que puedas derramar, desviaré todo mal de tu pensamiento, estaré contigo en todo momento sin que me veas, haré todo, todo lo que desees... —En ese momento vio a través del cristal a Moreira, quien caminaba hacia la puerta; segundos después entró a la habitación, sin darle tiempo a secarse las lágrimas.

—Buenas tardes señora Arlenne —saludó el moreno de ojos verdes, que vestía pantalón estilo cargo, negro y camiseta en el mismo color, con la placa colgándole del cuello. Agradecía que por lo menos no llevara el arma de reglamento encima, porque de solo verla la ponía nerviosa.

—Buenas tardes João, ¿cómo te va? ¿Ya terminaste el turno? —preguntó con la preocupación que ser madre le proporcionaba.

—Bien, sí, por hoy. No quise irme a casa sin saber cómo seguía —comentó acercándose a la cama y mirando a su amigo, que estaba exactamente como lo había visto la tarde anterior.

—No hay novedad, el doctor dice que solo debemos esperar —comentó la señora, estirando la mano para acariciarle los rizos cobrizos, mientras se obligaba a no derramar más lágrimas.

—Solo se está dando unas largas vacaciones —dijo sonriente, con el único propósito de darle ánimos a la madre de su amigo, pero internamente seguía muy preocupado.

—¿Qué han averiguado? ¿Ya saben quién le hizo esto?

—Todavía no, se está haciendo lo posible pero es difícil. En el lugar solo se recolectaron algunas huellas de zapatos, que no pertenecen a ninguno del equipo de bomberos ni paramédicos... Alexandre estaba en un lugar muy contaminado, imposible encontrar alguna prueba que nos ayude; tampoco se pudo encontrar mucho en él; los doctores lo limpiaron antes de que se pudiera recolectar algún tipo de ADN. Solo esperamos a que despierte y nos dé más información.

Arlenne soltó un sonoro suspiro ante la impotencia que sentía de saber que quien lastimó a su hijo seguía libre, y por más que se dijera que lo importante

era que Alexandre siguiera con vida, eso no era suficiente, necesitaba que se hiciera justicia.

—¿Y si no conoce a quien le hizo esto? —preguntó con la mirada puesta en el rostro de su hijo.

—Creo que sí. No fue un robo, tenía todas sus pertenencias y encontraron su moto accidentada a una calle de su apartamento, lo que nos hace suponer que fue de ahí que se lo llevaron. Lo único que hace falta es el teléfono, posiblemente es una prueba donde haya recibido algún tipo de amenaza o simplemente alguien lo encontró en la calle y aprovechó para quedárselo o venderlo... Es imposible descartar cualquier posibilidad.

—Entonces, ¿solo nos queda esperar? —dijo en medio de un suspiro de resignación.

—Así es, por ahora solo eso nos queda. —João dejó de mirar a Alexandre y fijó su mirada verde en Arlenne—. Se le nota agotada, creo que debería ir a descansar.

—Ya lo sé... No entiendo por qué todo el mundo insiste en pedirme lo mismo. No quiero ir a ningún lado, no lo dejaré solo.

—Perdone..., es que... Bueno —dijo algo incómodo—. Afecta verla así...

—No puede impresionarte João, supongo que ves a gente exhausta y destrozada todo el tiempo en tu trabajo.

—Sí, pero el hecho de que sea usted y que sea Alexandre quien está en esa cama hace que sea menos parte de mi trabajo, es algo más real... No sé si me explico.

—Sí, lo entiendo. Pero no te preocupes por mí, no tienes idea de la fortaleza que puede tener una madre... Es inagotable, aunque físicamente se note, internamente puedo pasarme una vida aquí, sin moverme ni siquiera para ir al baño.

—Admiro eso... —Guardó silencio por más de un minuto—. Debo marcharme, regresaré por la mañana.

—Gracias João, me encargaré de hacerle saber a mi hijo lo preocupado que has estado por él y lo mucho que has ayudado.

—Es que esto no le saldrá gratis, le tocará brindarme unas cuantas Skol bien heladas. —Caminó hasta donde estaba Arlenne y le plantó un beso en cada mejilla—. Estoy seguro de que Cobra saldrá de esto. —Le brindó palabras de consuelo, al tiempo que le acariciaba el pelo—. Trate de dormir, aunque sea en ese incómodo sillón. —Señaló el asiento en una esquina de la habitación.

—Posiblemente lo haga, ve con Dios.

—Gracias.

Cuando el hombre se marchó, la señora siguió con la mirada puesta en su hijo, mientras las canciones se sucedían una detrás de otra, creando un ambiente de relajación total.

Empezó a pasar sus dedos entre los brillantes rizos cobrizos de su hijo, una combinación perfecta heredada del cabello rubio de ella y del castaño de Guilherme.

—Siguen siendo muy suaves, aunque están un poco enredados —dijo sonriendo con ternura—. ¿Recuerdas cuando Marcelo y tú tenían cinco años? Siempre se le hacían nudos y no les gustaba que los peinara, por lo que decidieron uno al otro cortárselo, picotearon esos hermosos rizos que le llegaban al cuello. Pasé como una semana llorando... ¿Lo recuerdas? —preguntó sin dejar de acariciarle el pelo.

En ese momento sintió cómo movió los dedos de la mano que ella le sostenía, e inmediatamente el corazón se le aceleró en un estallido de felicidad.

—¡Oh por Dios! ¡Alex, cariño!... ¡¿Me escuchas?! Sé que acabas de mover los dedos, no creo estar enloqueciendo... Alex, mamá está aquí, a tu lado. Por favor, hazme saber que vas a recuperarte —suplicó con la mirada puesta en la mano masculina, sin atreverse a soltarlo para llamar por ayuda. Empezó a besarle el dorso y a susurrarle—. Alex, sé que moviste los dedos cariño, lo sé... —Se esforzó por agarrar el teléfono sin soltarle la mano y marcó a la extensión de enfermería, donde el doctor Lucchetti le dijo que debía llamar por si surgía una emergencia.

—Enfermería, buenas noches. —Le habló un hombre que por su tono de voz parecía ser joven.

—Buenas noches, llamo de la habitación trecientos dos de cuidados intensivos, mi hijo movió los dedos.

—¿Está segura señora? —preguntó.

Inevitablemente hizo dudar a Arlenne, pero en ese momento Alexandre volvió a hacer otro ligero movimiento, y a ella se le iba a explotar el corazón de felicidad.

—¡Sí, sí...! ¡Acaba de hacerlo una vez más! —respondió y la emoción la obligó a llorar.

—Enseguida le aviso al doctor. No presione al paciente a que responda a los estímulos.

—No lo haré, gracias..., gracias. —Colgó el teléfono, percatándose de que estaba temblorosa—. Sé que me escuchas, todo va a salir bien mi niño... —Volvió a besarle el dorso de la mano y mentalmente suplicaba que volviera a darle otra señal de que iba a despertar.

El doctor Lucchetti entró en compañía de una enfermera.

—¿Movi6 los dedos o le apret6 la mano? —pregunt6 en su camino hacia la cama, al tiempo sacaba una pequeña linterna del bolsillo de su bata médica.

—Los movió, un par de veces —inform6 Arlenne.

El doctor rode6 la cama y con la ayuda de la linterna revis6 las pupilas del paciente, quien en ese momento apret6 ligeramente la mano de su madre.

—Alex, ¿me escuchas? —pregunt6 Arlenne, sintiendo que poco a poco el alma le volvía al cuerpo.

—No lo presiones.

—Pero me apret6 la mano cuando le ilumin6 los ojos... Es buena seña, ¿no?

—Sí, muy buena. Est6 despertando, pero esto puede llevar minutos, horas..., hasta días; est6 reaccionando a los estímulos, pero es impreciso saber en qué momento despertará.

El doctor empez6 a monitorear la frecuencia respiratoria y cardíaca, presión arterial, pulsioximetría y gasometría arterial.

—Pero ¿es buena noticia?

—Sí, que tenga la capacidad de apretar quiere decir que no tiene daño cerebral severo. En dos horas repetiré estas pruebas, para ver si es capaz de respirar por sí solo... ¿Estás preparada para una larga noche? —pregunt6 mirando a Arlenne Nascimento.

—¡Sí! ¡Definitivamente sí! —Movi6 la cabeza con contundencia, sin poder apartar la mirada de su hijo.

Ella llam6 a su marido, quien lleg6 dos horas después, justo cuando el doctor Lucchetti comprobaba si estaba listo para respirar por sí solo, pero les inform6 que todavía no. Sabía que era debido a las fracturas en las costillas, pero en cuanto despertara, confiaba en que podría tener más control sobre eso.

A primera hora de la mañana lleg6 Marcelo, en compañía de Luana, pero no les permitieron entrar a la habitación, por lo que tuvieron que quedarse en la pequeña sala de espera, al otro lado del cristal, mientras a Jonas lo habían dejado en el apartamento de Marcelo, al cuidado de una de las mujeres del servicio.

La chica de cabello castaño claro y ojos grises se paraba de vez en cuando

frente al cristal, mientras que Marcelo permanecía sentado; muchas veces más pendiente del teléfono que de todo lo que le rodeaba. En verdad no estaba en ese lugar por decisión propia, sino porque su padre lo había llamado y le exigió que fuera.

En la habitación, Arlenne y Guilherme esperaban pacientemente a que Alexandre hiciera algo más que apretar la mano de vez en cuando o presentara movimientos rápidos de los ojos, debajo de los párpados.

Ya habían pasado más de catorce horas desde que hiciera el primer movimiento, pero no despertaba, como tanto anhelaban sus padres que lo hiciera. El único avance que había hecho era conseguir respirar sin tener un tubo atravesándole la garganta.

El tiempo pasaba lentamente, agotando a los presentes, quienes no se movían del lugar. Y cuando se sumaba la hora veinte, el momento más esperado se dio.

Alexandre abrió los ojos, dejándolos fijos en la nada.

—¡Despertó! ¡Ha despertado! —exclamó Arlenne, pero su hijo parecía no escucharla—. ¡Alex! ¡Alexandre hijo mío!...

—Es mejor darle tiempo, esperemos a que asimile lo que pasa —recomendó el neurólogo.

Guilherme contuvo entre sus brazos a su mujer, mientras el doctor le daba tiempo al paciente, antes de monitorearlo; cuando lo vio mover las pupilas en dirección a donde estaban los padres, supo que no había sido solo un impulso más, provocado por los nervios. Él estaba coordinando ese movimiento.

Luana y Marcelo, al ver el movimiento dentro de la habitación se levantaron y caminaron hasta el cristal. Ella pegó las palmas al vidrio, mientras Marcelo la abrazaba.

—¿Dónde estoy? —preguntó totalmente desconcertado y con la garganta seca.

—Cariño, Alex... —Arlenne intentó que las lágrimas no se le derramaran, pero fue imposible—. Estás en un hospital, pero todo está bien mi vida, ahora lo estamos.

En ese momento se acercó el doctor Lucchetti.

—Alexandre, necesito que respondas algunas preguntas —comentó el doctor, tratando de obtener su atención, pero visiblemente estaba perturbado—. Alexandre, ¿sabes cuál es tu apellido?

El paciente lo miró con el ceño fruncido, dilatando la angustia en el doctor, que estaba esperando su respuesta. Le llevó casi un minuto dar la respuesta.

—Nascimento.

—¿Sabes dónde estás? ¿Qué te pasó? —Continuó el habitual interrogatorio.

Alexandre solo movió la cabeza, negando en dos oportunidades.

—¿Puedes decirme cuántos dedos te estoy mostrando? —Le expuso cuatro dedos.

La mirada gris se paseó por los dedos del hombre que tenía en frente, pero la desvió y volvió a mirar a sus padres. Los reconocía, pero sentía que una gran nube blanca estaba nublándole la razón, se sentía casando y atontado.

—Alex, ¿cuántos dedos te estoy mostrando? —Lucchetti repitió su pregunta.

—Cuatro, son cuatro. ¿Qué hago aquí? —Volvió la mirada una vez más hacia su madre.

—Tuviste un accidente cariño, ¿no lo recuerdas?

—No, no sé... —Desvió la mirada y vio a Luana pegada al cristal, pero al ver a Marcelo abrazándola, inevitablemente la espina de los celos le torturó el corazón; por lo que decidió concentrar su atención en otra cosa—. ¿Por qué no puedo recordarlo? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unos días, pero poco a poco vas a mejorar. —Le dijo Guilherme con la voz ronca por las lágrimas que le anidaban en la garganta.

—¿Te sientes cansado?

—Sí. —Se quedó en silencio y volvió a fijar su mirada en Luana, quien estaba llorando. Inevitablemente empezó a forzar su cerebro e un intento por recordar, pero de pronto todo volvió a quedarse en blanco. Aunque tenía los ojos abiertos, no podía enfocar su mirada en nada, era como si una espesa neblina no le permitiera mirar.

—Alex. —Fue Arlenne quien volvió a llamar su atención.

—¿Dónde estoy? —Repitió la pregunta inicial—. ¿Qué me pasó?

—Te dije que estábamos en un hospital, que tuviste un accidente... —Se acercó y le acarició los rizos.

—No lo recuerdo, ¿cómo pasó?

—No lo sabemos, pero no te preocupes por eso ahora. —Le dio un beso en la frente.

En los siguientes minutos volvió a quedarse en blanco y a hacer las mismas preguntas, era como estar despertando cada diez o doce minutos.

El doctor le pidió al padre que lo acompañara y le sugirió a Arlenne que no presionara al paciente.

El neurólogo le explicó que Alexandre estaba presentando pérdida de memoria a corto plazo, lo cual podría ser por efectos del sedante; de no ser así ni presentar cambios en las próximas horas, lo tendrían que someter a terapia psiquiátrica, para que pudiera adaptarse nuevamente al entorno; así mismo, empezaría con fisioterapia, para asegurar su pronta recuperación.

No logró pasar despierto la hora, volvió a quedarse profundamente dormido. Lucchetti les explicó que era totalmente normal, que en su organismo todavía había rastros de los sedantes.

CAPÍTULO 8

La comisión compuesta por tres policías judiciales, enviada desde Río de Janeiro para interrogar a Elizabeth Garnett arribó al Aeropuerto Internacional John F. Kennedy, donde fueron recibidos por un chofer que los llevó a una camioneta blindada, para conducirlos al hotel Marriot, en el que Samuel Garnett les había reservado una suite para cada uno.

Le había prometido a Costa que los trataría como si fuesen de la realeza británica, y eso estaba haciendo. Había programado absolutamente todo para los servidores públicos, desde su traslado del aeropuerto hasta los postres que degustarían, incluyendo una visita guiada por la ciudad, por si no la conocían.

Samuel decidió acompañar a Elizabeth hasta el consulado brasileño, donde le habían cedido un salón bien amueblado para el proceso que llevarían. Ambas partes acordaron que era el mejor lugar.

—Papá, ya no soy una niña, por favor..., por favor, me avergüenzas — chilló Elizabeth, tratando de hacerle cambiar de parecer, mientras caminaba a su lado por el pasillo que los conducía al salón donde los esperaban—. No soy culpable de nada, pero contigo al lado me hace sentir como si lo fuera... Imagina lo que pensarán los policías cuando me vean entrar siendo escoltada por ti... Se preguntarán qué demonios hago con un abogado si no tengo nada que ver con lo que le pasó a Priscila.

—Ya te dije que no voy a interferir, no pretendo entrar en plan de abogado. Me mantendré en silencio...

—Sí, tratando de intimidarlos. —Lo interrumpió.

—No es esa mi intención, lo único que quiero es brindarte apoyo emocional. Y que no se hable más.

Elizabeth resopló, rodó los ojos y dejó caer los hombros, en señal de derrota. Adoraba a su padre, pero en momentos como ese, en los que era tan testarudo, no lo soportaba.

—Espero que tu «apoyo emocional» sea solo eso. No te quiero interviniendo, así que amarra tu lengua.

—Elizabeth, deja el drama... Cada vez te pareces más a tu madre.

—Y tú a cada minuto te haces más controlador —reprochó y tocó a la puerta, casi de manera inmediata se la abrieron.

Ante los ojos grises de Elizabeth se presentó un hombre de piel clara, pelo negro, ojos marrones y un atractivo hoyuelo en el mentón; aunque estaba con un clásico traje blanco y negro, no aparentaba tener más de treinta años.

—Buenos días —saludó sonrojada por la vergüenza que le provocaba que la vieran llegar en compañía de su padre, como si fuese una chiquilla a la que se llevaba al jardín de infancia.

—Buenos días señorita Garnett, adelante por favor —pidió recorriéndole el rostro con la mirada, tratando de disimular su interesante escrutinio—. Buenos días señor Garnett —saludó al fiscal, quien le ofreció la mano y él correspondió al humilde gesto.

—Buenos días oficial, no voy a interferir, solo me quedaré por aquí —dijo desviando la mirada hacia la silla que estaba junto a la puerta.

El policía asintió, cerró la puerta y se quedó de pie a su lado.

—Señorita Garnett, tome asiento por favor. —Le pidió otro, señalándole la silla al otro lado de la mesa—. Soy el oficial Pedrosa.

—Mucho gusto oficial. —Elizabeth saludó mientras se sentaba, después puso la cartera en la silla de al lado. Frente a ella y al otro lado de la mesa habían dos policías, el que la invitó a sentarse y otro de fuerte contextura, semblante serio y pelo canoso; pero no parecía mayor, posiblemente las canas le habían salido a muy temprana edad.

—¿Desea algo de tomar? ¿Café, té, agua...? —Le ofreció, mientras ella miraba a la videocámara que estaba fijada en un trípode sobre la mesa.

—Agua, por favor —pidió volviendo la mirada al oficial Pedrosa.

El policía que estaba parado al lado de Samuel caminó hasta la mesa asistente, donde había un servicio de agua, café, té y galletas. Le sirvió en un vaso y se lo llevó; no pudo evitar mirarla a los ojos mientras posaba el vaso frente a Elizabeth Garnett.

—Gracias —dijo ella fijando su mirada en los ojos marrones y le sonrió con cortesía.

Él le devolvió el gesto, pero de forma mucho más seductora. Como buen brasileño no podía perder la oportunidad de tratar de conquistarla, sin importarle que tuviera al padre de la chica respirándole en la nuca. No le quedó más que regresar a su puesto junto a la puerta.

Elizabeth volvió a mirar a los dos hombres que estaban frente a ella, pero se concentró en el que tenía una libreta, un moreno de ojos miel y cabeza

rapada.

—No es necesario que mire a la cámara. —Le dijo Pedrosa, mientras ponía en funcionamiento el aparato.

—Está bien. —Elizabeth no podía evitar sentirse nerviosa, aunque no tuviera nada que ver con lo que pasó, esos hombres la intimidaban.

—Señorita Elizabeth Garnett, ¿sabe usted por qué está siendo interrogada? —Empezó el hombre, sin darle ningún aviso.

—Sí, por lo que le pasó a Priscila Mendes —respondió con claridad.

—¿Conocía a la señorita Mendes?

—Sí, éramos compañeras de Capoeira.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace muchos años. —Sus pupilas se movieron ligeramente al lente de la cámara, pero rápidamente la volvió al funcionario que la interrogaba.

—¿Puede ser más específica? Exactamente, ¿hace cuántos años que conocía a la señorita Mendes?

—Eh... —Elizabeth empezó a sacar mentalmente la cuenta, la conoció cuando tenía siete u ocho años, no podía saberlo con exactitud; quiso pedirle la respuesta a su padre, porque estaba segura de que él sí lo sabía, pero no se atrevió a mirarlo.

—Quince o dieciséis años... No lo recuerdo muy bien, éramos muy niñas cuando nos conocimos.

—¿Cómo define su relación con la señorita Mendes?

—Amigable. —Fue lo único que pudo decir.

—Amigable no fue lo que dijeron sus compañeros en la academia —comentó sin quitar sus ojos miel de los grises de Elizabeth, quien tragó en seco—. Según la mayoría, la señorita Mendes y usted tuvieron una pelea.

Elizabeth se sintió traicionada por los que creía sus amigos, no entendía cómo habían echado a la basura tantos años de compañerismo y complicidad solo por un pequeño incidente, y sin remordimiento alguno la acusaban de esa manera. Inevitablemente un remolino de lágrimas empezó a ahogarle la garganta, sintió la imperiosa necesidad de buscar una vez más seguridad en la mirada de su padre, pero no deseaba que dudaran de su inocencia, por lo que arañó fuerza en su interior.

—Así es señor, tuvimos una pelea, pero antes de eso fuimos amiga. Vino varias veces de vacaciones a mi casa, hicimos viajes juntas... Mi tío Thiago es padrino de su hermana menor...

—Entonces, ¿eran unidas?

—Sí señor.

—¿Por qué pelearon?

—No lo sé, fue mientras practicábamos capoeira... Son situaciones que pasan...

—¿Usted le hizo alguna amenaza?

—No señor. —Se apresuró a negar.

—Según sus compañeros sí lo hizo. —Enfatizó la afirmación.

Elizabeth necesitaba tiempo, por lo que bebió un poco de agua para calmar los nervios y la rabia que le provocaba saber hasta dónde la habían hundido sus supuestos amigos, quienes al parecer solo intentaban culparla.

—Fue en un momento de molestia, los ánimos estaban descontrolados.

—¿Conoce a la señorita Celina Bitencourt? —prosiguió.

Elizabeth supo inmediatamente que las cosas iban a complicarse todavía más, aunque no tuviera nada que ver, presentía que viviría un momento realmente incómodo delante de su padre.

—Sí —carraspeó—. Es otra compañera de la academia.

—Ella asegura que usted atacó a la señorita Mendes por celos, y debido a eso también la amenazó.

—No, no es así... Fue Priscila quien me dio un golpe indebido... No sé si ella estaba celosa por mi técnica.

—La señorita Bitencourt no se refería precisamente a ese tipo de celos. Declaró que usted estaba celosa de que la señorita Mendes hubiese tenido una relación con el señor Paulo Morais, y que la veía como una amenaza para su nueva conquista.

—Paulo y yo solo somos amigos, no tenía por qué ver a Priscila como una amenaza.

—Según sus compañeros, su relación con el señor Morais no era solo de amistad. Expusieron haberlos visto en situaciones más comprometedoras, y en más de una ocasión los vieron irse juntos mucho antes de terminar la clase. — El hombre cumplía con su trabajo, sin importarle que el padre estuviese presente.

Elizabeth quiso enterrar la cabeza en la mesa, quería morirse de la vergüenza, pero no por los policías, sino por su padre. Podía adivinar el sermón que le esperaba apenas saliera de ese lugar.

—No tengo por qué dar explicaciones de mi vida privada —dijo en un ataque de nerviosismo—. Yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a

Priscila, y siento que haya sido víctima de un degenerado.

—Lo entiendo señorita Garnett, solo son preguntas de rutina. Nuestra misión es tratar de unir cada cabo suelto, para poder llegar al asesino.

—Pues creo que están buscando en el lugar equivocado, dudo que alguno de los integrantes de la academia tenga algo que ver. ¿Por qué no se concentran más en las evidencias recolectadas? Qué se yo, buscar en otra parte, comparar con las otra víctimas...—inquirió molesta y como medio de defensa por haberla expuesto delante de su padre.

Samuel estaba poniendo todo de su parte para no intervenir, pero le estaba costando demasiado seguir sentado en el rincón, en silencio; se sentía como un niño regañado, pero más que eso decepcionado de su hija por lo que acaba de enterarse.

—Sabemos perfectamente cómo hacer nuestro trabajo señorita Garnett, no necesitamos los consejos de una súper modelo —dijo con autoridad, pero tratando de ser respetuoso, solo por el padre de la altanera chica.

—Pues debería, porque parecen que están un tanto perdidos con la investigación. —Satirizó todavía más molesta.

—Tuvo una relación con el señor Morais, ¿sí o no? —interpeló con otra pregunta, obviando inteligentemente los berrinches de la señorita.

—Ya dijo que tiene los rumores de la academia, entonces para qué pregunta. —Ella no podía evitar estar a la defensiva, porque la estaban hundiendo delante de su padre, y no sabía cómo reaccionar ante esa amenaza.

—Porque necesito que me responda —dijo incisivo—. ¿Sí o no?

—Sí, aunque fue cuestión de un par de días, nada serio ni por lo que tuviera que sentir celos de nadie —respondió con contundencia—. Hasta donde sé, Paulo y Priscila habían terminado mucho antes de que yo llegara... No sé qué tiene que ver eso con lo que le pasó a ella... Relaciones de años terminan un día, y al día siguiente alguna de las partes encuentra otra pareja. No entiendo por qué se imponen en ese tema.

—Solo tratamos de hacer nuestro trabajo de la mejor manera, ¿amenazó a la víctima?

—Tuvimos una pelea en medio de la práctica, debido a que me dio un golpe prohibido, y sí, en un momento de furia la amenacé, pero ¿acaso usted no ha dicho cosas sin pensar y sin sentir las en un momento de rabia?

—Sí, pero estas personas no han sido vilmente asesinadas. Además, no soy yo el interrogado.

—Pues deberían... Deberían empezar a depurar desde dentro, quizá el

asesino esté infiltrado en la policía y por eso aún no lo atrapan. No se puede confiar en nadie.

—Eso lo tomaremos en cuenta —comentó—. Pero todo en su debido momento. Ahora prefiero concentrarme en usted... ¿Cuál fue exactamente la amenaza que le hizo?

—No lo recuerdo, ya le dije que fue en un momento de furia. Dije muchas cosas que no puedo recordar.

—¿Cómo se enteró de lo sucedido a la señorita Mendes?

—Me lo comentó un compañero de la escuela, me llamó y me lo dijo.

—¿Cómo se llama ese compañero?

—Bruno... Bruno Giordani, pero supongo que ya lo habrán interrogado —dijo consciente de que los ánimos entre su interrogante y ella se habían caldeados.

El policía no dijo nada, solo anotó el nombre en la libreta, como si no fuese suficiente con que ella lo hubiese dicho a la cámara.

—Bien, en cuanto señorita Garnett. De ser necesario aclarar otros puntos con usted se lo haremos saber en su momento. Muchas gracias por su colaboración. —Le concedió que se retirara y apagó la videocámara.

—Es un placer poder asistir a la justicia de mi país —ironizó, agarró su cartera que estaba en la silla de al lado, se levantó y caminó a la salida.

—Espérame afuera —pidió Samuel.

Elizabeth sabía que su padre estaba muy molesto con ella, podía identificarlo por su mirada dura y su voz rasposa. Acotó su solicitud y salió de la oficina, seguida por el policía que había permanecido en la puerta.

Caminó con beligerancia por el pasillo, sintiendo que las mejillas le ardían y el nudo de lágrimas amenazaba con ahogarla; se sentía muy avergonzada, porque se había esforzado demasiado para ser la niña perfecta delante de su padre, y la habían expuesto de la peor manera.

Con Samuel Garnett no era lo mismo que con su madre, con él simplemente no podía conversar acerca de sus conquistas, porque no iba a comprenderlo. Inevitablemente, su padre seguía viéndola como una niña a la que apenas le toleraba como novio a Luck.

Para él, ella nunca dejaría de ser su niña consentida; si estuviera en su poder, la mantendría subida en un altar o dentro de una caja de cristal, con la pureza intacta. No por cuestión de machismo, sino porque temía que algún hombre jugara con ella y le rompiera el corazón.

Pero Samuel Garnett no había podido evitar que eso sucediera, no había

sido Paulo, mucho menos Luck; otro había destrozado su corazón cargado de las falsas promesas que le había hecho, y que ella estúpidamente había creído.

A ciegas creyó en todas sus mentiras, y ahora estaba sufriendo las consecuencias, porque se encontraba totalmente rota; jamás se imaginó en una situación semejante, y no podía evitar odiarse por sentir ese ahogo, esa desolación que la embargaba desde hacía tres semanas; nada lograba consolarla, mucho menos conseguía olvidarlo.

Lo que más le enfurecía era que ni siquiera tenía ninguna manera de comunicarse con Alexandre para gritarle, insultarlo con el único propósito de sacarse todo lo que llevaba dentro, de escupirle en la cara ese amor que había hecho germinar en ella, y al que no había correspondido; mejor aún, si pudiera tenerlo en frente y golpearlo, hacerlo con todas sus fuerzas y tantas veces hasta agotar totalmente su energía lo haría complacida, pero no tenía ninguna manera de desahogarse; y llevar todas esas emociones por dentro solo la estaban consumiendo dolorosamente.

—¿Acaso me han detenido? —preguntó al sentir los pasos del hombre detrás de ella. Se detuvo repentinamente y se volvió.

—No, solo te escolto.

—Pues no es necesario, no necesito que nadie me cuide... —dijo con altanería, pero se detuvo al darse cuenta de que estaba siendo grosera y que el hombre solo era amable—. Lo siento. —Se disculpó casi entre dientes.

—No te preocupes, sé que un interrogatorio pone a cualquiera de mal humor —comprendió, dirigiéndose a ella en portugués, como lo habían hecho hasta el momento.

Elizabeth tenía ganas de decirle que ojalá fuera solo el interrogatorio y no todo lo que estaba sufriendo.

—Así es —mintió.

—Te acompaño. —Hizo un ademán con su mano, indicándole el camino.

—Gracias. —Caminó con él a su lado.

—Disculpa. —Sacó su teléfono del bolsillo del pantalón ante una llamada entrante—. Necesito contestar —anunció al ver la pantalla.

Las pupilas curiosas de Elizabeth se fijaron en el teléfono del hombre, logrando ver el nombre de «Moreira» en el remitente. Inmediatamente pensó en el amigo de Alexandre y el corazón se le aceleró. Se sintió estúpida por no poder controlar sus emociones, sabía perfectamente que no era el mismo, porque no era más que uno de los apellidos más comunes de Brasil.

—Está bien, aquí me quedaré —dijo sentándose en un sofá de cuero

marrón que estaba en la sala de estar, y siguió con su mirada al hombre alto de pelo negro sedoso y prolijamente peinado.

—Moreira —saludó y caminó en sentido contrario a donde estaba Elizabeth, dándole la espalda al tiempo que se metía la mano libre en el bolsillo del pantalón, lo que provocó que la tela se pegara al voluminoso y duro trasero.

Elizabeth tuvo la seguridad de que él se ejercitaba y que bajo ese traje había un cuerpo perfectamente esculpido, pero ella estaba más interesada en la conversación que en la tentadora anatomía del policía.

—¡Excelentes noticias! Me tranquiliza saber que ha despertado, ¿ya dijo quién lo agredió? —Guardó silencio por varios segundos, escuchando atento lo que la persona al otro lado le decía—. Mierda... ¿Y qué dicen los médicos? Supongo que es algo temporal... —En ese momento Samuel salió de la oficina—. Tengo que dejarte, me comunicaré contigo en un par de horas, así me explicas mejor. —Terminó la llamada, regresó el teléfono a su bolsillo y se dirigió hacia el fiscal—. Los acompañaré a la salida.

—No es necesario, nos espera el chofer en el estacionamiento —dijo Samuel y le tendió la mano—. Gracias por todo.

—No tiene que agradecer, es mi trabajo. —Recibió la despedida y después posó su mirada en la atractiva hija del fiscal de Nueva York—. Hasta luego señorita.

—Hasta luego —dijo Elizabeth, mientras en su cabeza seguía martillando la conversación que el hombre acababa de tener con el tal «Moreira».

Elizabeth caminó al lado de su padre, quien se mantenía en silencio y con la mirada al frente. Sabía que estaba molesto con ella por lo que había descubierto.

Esa mandíbula tensada, ese andar decisivo de Samuel Garnett la asustaba, porque esa había sido su actitud previa a los pocos pero fuertes regaños que le había dado.

No sabía si era prudente iniciar un tema sobre eso, no podía adivinar si su padre deseaba que ella le diera su versión, que le explicara lo que había pasado con Paulo o que lo dejara en el olvido, aunque bien sabía que su padre no era de los que olvidaba.

En el estacionamiento fue él quien le abrió la puerta del auto.

—Sube. —Le pidió con aspereza.

Una vez que Elizabeth entró prefirió mantenerse en silencio, tratando de ordenar sus atormentados pensamientos.

—Papá. —Cortó el mutismo con delicada precaución—. ¿Qué hablaste con los policías mientras estuve fuera?

—Nada importante, nada que tuviera que ver contigo —respondió manteniendo la mirada al frente y las emociones descontroladas.

—¿Estás molesto? —Sabía que era una pregunta realmente estúpida, porque Samuel Garnett más que molesto estaba furioso.

—No sé si estoy molesto, pero no creo prudente que hablemos en este momento; prefiero que lo hagamos cuando las cosas se enfríen, no quiero decir algo que pueda lastimarte.

—Entonces sí que lo estás, y sé que es por lo de Paulo...

—Elizabeth. —La interrumpió—. Por favor, no quiero hablar sobre eso, no quiero que nombres a ese hombre que se aprovechó de ti, porque mi único deseo en este momento es buscarlo y hacerle daño...

—Papá, no se aprovechó de mí... —Tragó el nudo de temor que se le formaba en la garganta para darle paso a la valentía.

—No intentes defenderlo... —rugió en voz baja.

—No, no lo estoy defendiendo, solo digo la verdad. Paulo no se aprovechó de mí, es justo que sepas que también fue mi decisión, me pareció un chico muy atractivo y con un carácter muy espontáneo, así que salimos un par de veces, pero te juro que solo fueron unos besos... —Intentaba explicar, notando cómo la cara y las orejas de su padre se tornaban cada vez más rojas. Sabía que estaba molesto, o peor aún, decepcionado, pero no podía callar como una cobarde y permitir que se hiciera millones de teorías. Era mejor aclarar las cosas, por muy duro que pudiera ser.

—No sé si confiar en lo que me dices. Se supone que tienes tu pareja, que no tendrías por qué estar buscando besos en otros chicos... Elizabeth, no sé qué pensar en este momento, estoy ahora mismo en un proceso de negación, en el que no puedo creer en nada, ni siquiera en lo que me estás diciendo, porque eres mi hija, mi niña..., y jamás te creería capaz de hacer algo que enlodara la inocencia que no quiero que pierdas... —Se llevó las manos a la cabeza y luego se las pasó por el rostro—. Apenas trato de asimilar que has crecido, trato de aceptar que tienes un novio, que amas a otro que no sea yo, como para ahora enterarme por terceros de que sales con dos chicos a la vez. Entiende que para mí tú no puedes ser culpable de nada, sé que son ellos, sé cómo son los hombres.

—Papá, siento haberte decepcionado, sé que así es como te sientes, aunque no quieras decirlo, porque prefieres sufrir en silencio antes de decir algo que

pueda herirme... Estoy apenada contigo, realmente lo estoy —confesó obligándose a no llorar, suponía que debía ser fuerte en ese momento, porque donde empezara a llorar, solo se mostraría como una niña, esa que Samuel Garnett se negaba a dejar ir—, porque sé que no puedes verme como a una mujer...

—Aquí no importa lo que yo sienta o cómo te vea, lo que importa eres tú... ¿Qué haces besándote con ese infeliz? ¿Acaso no quieres a Luck?

—Sí lo quiero.

—Entonces, ¿por qué besas a otro? Pareciera que no lo quisieras de verdad, y créeme, nada me haría más feliz que eso fuese cierto, porque tendría una nueva oportunidad para tener totalmente tu amor.

—Papi, siempre tendrás todo mi amor, te amo de manera distinta y sé que lo sabes, pero los celos no te dejan verlo.

Samuel se mantuvo en silencio, sabía que ella tenía razón, pero no podía aceptarlo; no la quería con Luck ni con ningún otro, posiblemente porque ninguno de ellos se había ganado su confianza, no al nivel de poner una de las cosas más preciadas que tenía en sus manos. Estaba seguro de que no existía nadie más en el mundo que cuidara de su niña como lo hacía él, nadie más estaba dispuesto a dar su vida por ella, por su bienestar; no había otro hombre con el suficiente valor para merecerla.

—Elizabeth, no quiero que ningún malnacido juegue contigo, no quiero que te hagan daño... —Le llevó la mano a la mejilla y con ternura le acarició el pómulo. Vio cómo aprisionó entre sus dientes el labio inferior, y los ojos se le inundaron—. No quiero que te rompan el corazón mi pequeña.

Elizabeth asintió con la cabeza mientras luchaba con las lágrimas que querían salir. Le esquivó la mirada, para que no se diera cuenta de que su corazón ya estaba hecho pedazos.

—Estoy segura de que Luck no lo hará.

—Más le vale... Es mejor que le adviertas que si te lastima tu padre podría enloquecer y llevarlo al sótano, donde lo usaría como blanco de práctica para su colección de cuchillos y armas.

—Si Luck llegara a lastimarme, prefiero tenerlo en cautiverio por un par de meses en el sótano mientras lo torturamos, después lo soltamos en el patio, dándole la opción de escapar, pero realmente terminaríamos cazándolo como a una bestia... —explicó limpiándose un par de lágrimas que corrieron por sus mejillas, mientras intentaba levantarse el ánimo—. Pero estoy segura de que no tendremos necesidad de volvernos unos psicópatas. —Sonrió, entrelazando

sus dedos con los de él—. Perdóname papá, no sé por qué lo besé, creo que solo quería divertirme un poco, posiblemente me deslumbré... Sé que debo valorarme más.

—Elizabeth, no pierdes valor por besar a otros chicos, tu valor no depende de tu sexualidad, sino del ser maravilloso que eres. Solo que debes respetar al hombre que ahora comparte contigo, porque supongo que no te gustaría que Luck estuviera con otras chicas.

Ella se quedó en silencio, imaginando si su padre se enterara de cómo era su relación con Luck; seguro que pondría el grito al cielo o le daría un ataque al corazón.

—No, realmente no me gustaría. —Intentó creerse su mentira para que su padre le creyera.

Se quedó en silencio por un largo tiempo mientras pensaba en la posibilidad de que Luck la cambiara por otra, y realmente no pudo evitar sentir celos.

—Mariposa. —Le sujetó la mano y la miró a los ojos—. Solo te diré una cosa: para mí los besos de tu madre son únicos, son totalmente distintos a los de otras mujeres. Tuve la oportunidad de besar muchas bocas, pero cuando tuve la de tu madre, ya ninguna otra me atraía. No sé si las cosas con las mujeres funcionen igual que con los hombres, no sé si las cosas han cambiado y hoy día el amor ya no tiene tanta importancia... Tal vez la magia que anteriormente se encontraba en la persona que complementaba a la otra dejó de existir.

—No papá, la magia sigue existiendo —dijo sonriente al recordar que cuando estaba con Alexandre todo lo que los rodeaba parecía desaparecer, y nada más que él le importaba. Junto a él parecía que todos los sentidos se intensificaban, podía ver cada vello cobrizo en sus poros; su toque era tan perfecto que le quemaba la piel y la hacía temblar; el sabor e intensidad de sus besos eran irremplazables. Definitivamente, eso tenía que ser la magia de la que hablaba su padre—. Y lo sé porque he tenido la oportunidad de comprobarlo —dijo tratando de aislar de sus pensamientos al hombre que amaba para que su padre no notara su sufrimiento—. ¿Sigues molesto conmigo?

—No, realmente en ningún momento he estado molesto contigo, sino con ese tal Paulo —confesó echándole un vistazo a la casi interminable fila de autos—. Me quedaré aquí. —Le avisó a su hija y al chofer, luego le acunó la cara y le dio un beso en la frente.

—Todavía te quedan tres calles.

—Las caminaré, se me hará más tarde si me quedo a esperar a que el tráfico avance. —Le dijo y miró al chofer a través del espejo retrovisor—. Llévala a casa. —Le ordenó y bajó.

Ella se quedó mirando cómo se alejaba con ese paso decidido, como si fuera el puto dueño de la ciudad. Algunas mujeres se volvían a verlo, y ella estuvo segura de que si su madre estuviese ahí se moriría de celos.

CAPÍTULO 9

Llevaba dos días pidiendo un maldito teléfono, porque necesitaba comunicarse con Elizabeth, precisaba saber de ella y que supiera que no la había olvidado, pero cuando por fin consiguió que João le prestara el suyo, no pudo recordar el número; todavía sufría de lagunas mentales, que por más que se esforzaba, no conseguía llenarlas. Eso inevitablemente lo frustraba, trayendo consigo un terrible dolor de cabeza y un insistente hormigueo que le recorría el cerebro.

El doctor le decía que no debía preocuparse ni esforzarse, que poco a poco conseguiría llenar los vacíos; aprovechó su situación para decir que tampoco recordaba quién o quiénes lo habían dejado en esa condición, pero claro que lo recordaba, lo hacía muy bien; tenía muy presente en su memoria la cara del maldito que casi lo asesina; sin embargo, no iba a denunciarlo, porque él mismo se encargaría de eso. No iba a permitir que lo llevaran a ningún juicio, no quería que lo encerraran por algunos años; su plan era mucho más radical y preciso, juraba que todo el dolor que había pasado y que todavía sufría ese hijo de puta lo pagaría al doble.

Intentaba seguir con el juego didáctico que el doctor le había recomendado para reforzar su memoria, pero realmente le parecía tan estúpido y lo hacía sentir como un niño de tres años. En el momento que levantó su mirada gris de las cartas y miró al cristal vio que su madre llegaba con Jonas en brazos; inevitablemente su corazón latió desbocado de felicidad, apreciando como nada ese pequeño momento. Pensar que estuvo a punto de perderse verlo crecer provocó que la angustia se le instalara en la garganta.

El corazón se le disparó en latidos y no pudo evitar sonreír de felicidad al ver a Jonas con su mirada gris cargada de inocencia y brillante por la emoción.

—¡Papi! —exclamó con una gran sonrisa, estirando los bracitos, queriendo acercarse cuanto antes.

Arlenne tuvo que apresurar el paso antes de que el niño saltara de sus brazos.

—Hola pequeño, ven aquí. —Alexandre le ofreció sus brazos.

—Ten cuidado... Cuidado. —Le pidió Arlenne al tiempo que se lo entregaba. Sabía que su hijo todavía estaba convaleciente y que un mes no había sido suficiente para que sanara sus heridas.

—Ya lo tengo, está bien mamá... Puedo cargarlo. —Lo acostó sobre su pecho, y el niño lo abrazó—. ¿Me has extrañado? —preguntó acariciándole la espalda, sintiendo cómo el más puro amor lo reconfortaba.

—Sí. —Movi6 la cabeza, afirmando para reforzar sus palabras—. Av6 no quer6 traerme. —La acus6 sin remordimientos.

—No pod6a... Dile a papi la buena noticia.

—¿Me tienes una buena noticia? —pregunt6 Alexandre, alej6ndolo para mirarlo a los ojos.

—S6, ya no uso pa6ales para dormir —confes6 con una gran sonrisa y los ojos brillantes de orgullo propio.

—¡Por fin dej6 de mojar la cama! —complet6 Arlenne.

—Esa es una muy buena noticia, ya eres todo un hombre.

—S6, as6 como t6 papi... ¿Ahora s6 puedes pasearme en la moto?

—S6, ya te lo hab6a prometido.

—¿Puede ser ahora?

—No, ahora no... El doctor no me deja salir. —Lo sent6 a un lado, percat6ndose de que la curiosidad de Jonas era tentada por las cartas que estaban sobre la mesa auxiliar—. ¿Ves esto? —Se palme6 el yeso y el ni6o movi6 la cabeza, asintiendo—. No permite que me mueva, pero cuando me lo quiten te llevar6 a pasear en la moto.

—¿Falta mucho tiempo? —curiose6, clavando sus pupilas en las de Alexandre.

—Unas semanas, eso es poco. —Le explic6 con infinita ternura—. ¿Quieres jugar con esto? —propuso mostr6ndole las cartas, despu6s mir6 a su madre y le gui66 un ojo, mientras ella los observaba sonriente.

—S6, pero no s6 c6mo.

—Te ense6ar6. —Volte6 las cartas—. Se llama juego de memoria, cada una tiene un par, es decir, que hay otra igual a esta. —Le mostr6 una que ten6a una nube—. Y debemos adivinar cu6l es. Las pondr6 todas aqu6 y debes recordar d6nde est6 la pareja. ¿Entiendes? —Le pregunt6, pero el ni6o lo mir6 con dos grandes interrogantes en sus hermosos ojos grises. Alexandre sonri6 y le agit6 el cabello, despeinando los sedosos rizos dorados—. Mejor juguemos, que la pr6ctica es la mejor forma de aprender. —Desvi6 la mirada hacia su madre—. ¿Quieres jugar mamá?

Arlenne sin dudarle se sentó al borde de la cama, dispuesta a compartir con ellos.

—Como las damas van primero, empiezo yo. —Le dio la vuelta a la primera, descubriendo la imagen de un barco. Intentó adivinar dónde podría estar la otra, pero no contó con suerte y expuso una estrella.

—Debes mirar muy bien las imágenes y recordar dónde están —explicó Alexandre a Jonas, quien asintió.

Arlenne volteó una vez más las cartas.

—Es tu turno Jonas. —Lo instó cariñosamente.

El niño volteó una de las que había usado Arlenne, la de la estrella.

—¿Esta? —preguntó posando su dedito sobre la que estaba en la esquina derecha.

—La que quieras —respondió Alexandre, que estaba más atento a la cara del pequeño que al juego. Adoraba ver lo inteligente que era, suponía que se debía a que todo el tiempo estaba rodeado de adultos.

Jonas volteó esa, y la suerte estaba de su lado, porque se encontró con el par de la estrella.

—¡Es igual! —dijo emocionado.

—Has ganado —dijo sonriente Alexandre—. Recoge las cartas, ahora son tuyas, y tienes otra oportunidad para jugar.

El niño recogió las cartas y las puso sobre su regazo, aplaudió y volvió a jugar, pero perdió y fue el turno para Alexandre.

Cada jugador aprovechó su turno para poner a prueba su memoria y tratar de salir vencedor.

—El doctor Lucchetti dijo que pensaba darte de alta la próxima semana, ¿crees que es prudente? —preguntó Arlenne mientras Jonas pensaba qué carta descubrir—. Lo importante es que te sientas totalmente recuperado.

—Si fuese mi decisión ya me habría largado de aquí desde hace una semana. Tengo cosas importantes que atender...

—Por el trabajo no te preocupes, no te están presionando para regresar.

—No es por eso, son cosas más personales —comentó sintiendo que la ansiedad volvía a invadirlo.

—¿Necesitas cosas del apartamento? Podría buscarlas...

—No, en el apartamento no hay nada que necesite.

—Está bien, pero podría ir a organizar y abrir las ventanas para que circule el aire, supongo que al ser una edificación tan vieja debe concentrarse la humedad. —Sabía que ese lugar en el que moraba su hijo era tan precario

que ella vivía angustiada de saberlo ahí, pero no había forma de convencerlo para que buscara algo mejor. Comprendía que era mucho más fácil por su trabajo que se quedara en Río, pero tenía la posibilidad de estar en un sitio mucho mejor que esa pocilga que habitaba.

No sabía si era alguna manera de castigarse o simplemente que desde hacía muchos años dejó de ser dependiente de las comodidades y se conformaba con tan poco.

Llevaba tanto tiempo implorando a Dios que le regresara a su hijo, que Alexandre volviera a ser ese chico soñador, alegre, ese joven espontáneo que fantaseaba con irse a recorrer el mundo como corresponsal de *National Geographic*. Porque aunque estudió fotografía y se especializó en paisajismo, no se había esforzado mínimamente por cumplir sus sueños; era como si los hubiese enterrado.

Contrariamente de recuperarlo, cada vez era más obstinado, más amargado; como si vivir para él solo fuese una obligación y no disfrutara de los momentos y las personas que la vida le había otorgado.

—De eso me encargaré personalmente, no quiero que nadie entre en el apartamento...

—Está bien. —Arlenne interrumpió su negativa—. Sé perfectamente lo celoso que eres con tus cosas. Solo pretendía brindarte mi ayuda.

—Ya es suficiente con lo que haces —dijo posando su mirada en Jonas, quien lo invitaba a jugar—. No quiero agregar un motivo más en la interminable lista que Marcelo ha hecho de todos los favores que te debo —comentó resentido al tiempo que volteaba una carta seguida de la otra, y como no le estaba prestando atención al juego, no ganó la partida, así que le cedió el turno a su madre.

—Sabes que no le presto atención a los comentarios de tu hermano, me hace feliz ayudarte.

—Pues deberías, también es tu hijo.

—Ambos lo son y los amo por igual. Nada tiene que ver la estúpida rivalidad que se ha formado entre ustedes. Daría mi vida por Marcelo, al igual que lo haría por ti; así que ningún comentario negativo de alguno de los dos hará que mi amor de madre disminuya. Y si lo que te preocupa es lo que pueda decir tu hermano...

—No, no es eso —intervino antes de que su madre siguiera insistiendo—. Deja que yo mismo me encargue de mis cosas, de las que evidentemente aún puedo —dijo mirando una vez más al niño, porque sería ingrato de su parte no

aceptar que sus padres ya le tendían la mano lo suficiente.

Lo que menos deseaba era poner más carga sobre sus hombros, además de que contaba con algunas colecciones fotográficas que nadie podía ver; y sabía perfectamente que Arlene deseaba empaparse de su vida, por lo que no desaprovecharía la oportunidad de estar sola en su apartamento para husmear entre sus cosas.

—Está bien, pero cuando te den de alta iremos en compañía de alguien que nos ayude con la limpieza, aunque pretendas ser muy fuerte, todavía estás muy débil y debes estar en un lugar esterilizado, y dudo mucho que ese sitio en el que vives lo esté.

—Siento que estás tratándome como a un niño, y no me agrada en absoluto.

—Puede no agradarte; sin embargo, aunque tengas treinta y cinco años y te hayas independizado desde que alcanzaste la adolescencia, sigues siendo mi hijo, lo que me brinda la total autoridad para aconsejarte sobre lo que considero sea lo mejor para ti.

Alexandre prefirió no discutir con su madre, bien sabía que no le ganaría; era el único ser sobre la faz de la tierra que conseguía hacerlo callar. No pudo evitar mostrar en sus facciones el descontento, y miró a Jonas, quien lo veía sonriente; seguramente a él también lo había regañado en varias oportunidades, y en ese instante se sentía totalmente identificado.

Elizabeth por fin había terminado con una extenuante sesión fotográfica *fitness*, para una reconocida marca de ropa deportiva, que duró más de siete horas y que se llevó en las instalaciones de un gimnasio, donde tuvo que emplear algunos ejercicios.

No solo era el centro de enfoque de los fotógrafos y las cajas de luces, sino también de los asistentes al recinto deportivo, que seguía abierto a sus clientes, pero con espacios limitados, para que se pudiera realizar la sesión fotográfica.

Tuvo más de catorce vestuarios, desde *jumpsuit* hasta diminutos bikinis, también diferentes calzados deportivos, distintos estilos que conseguían darle con maquillaje, peinado, y en algunas ocasiones aceitándole el cuerpo.

Salió del baño del gimnasio con un conjunto de chándal negro y rojo, se despidió del equipo de trabajo, caminó a la salida; pero antes de que las puertas del ascensor se cerraran un brazo se interpuso, impidiéndolo;

inmediatamente reconoció a uno de los fotógrafos.

—Casi no lo alcanzo —dijo sonriente entrando al aparato, llevando consigo la cámara—. ¿Tienes quién te lleve a casa? —preguntó fijando su mirada color miel en la de ella.

—Vine en mi auto —respondió, observando al hombre que no aparentaba tener más de treinta años, con una pronunciada barba castaña clara y pelo en el mismo color.

Era atractivo, no podía negarlo, con unas cejas pobladas y perfectamente recortadas, y una nariz recta. Llevaba una camiseta negra y un cárdigan gris, tejido, que se pegaba a sus definidos y prominentes brazos.

Sabía que físicamente era atractiva para él, durante la sesión de fotos no dejaba de mirarla, estaba segura de que la insistencia de sus ojos iba más allá de simple trabajo. Era muy común que modelos y fotógrafos se relacionaran; de hecho, en un par de oportunidades, años atrás, había tenido encuentros sexuales con un fotógrafo canadiense, pero en ese entonces no tenía sus sentimientos comprometidos con nadie más.

Ahora sencillamente no podría siquiera sonreírle a ese hombre e insinuarle que podrían irse a la cama, porque estúpidamente sentía que estaría traicionando a un maldito que solo jugó con sus sentimientos. Su orgullo dolorido le gritaba que se llevara al fotógrafo a la cama, que disfrutara del sexo y que olvidara al ingrato que la había ignorado por más de un mes, pero aunque odiaba a Cobra no podía serle infiel, porque su corazón todavía no aceptaba que entre ellos las cosas no habían funcionado; seguía aferrada a un halo de esperanza, aguardando a que en cualquier momento la llamara y le diera una explicación. Inevitablemente eso la aterraba, porque muy en el fondo sabía que él no tendría que suplicarle, ni siquiera tendría que inventar alguna mentira para que ella pudiera perdonarlo.

Nunca le había dado tanta importancia a un hombre como para considerar perdonarlo después de algo como eso, lo que estaba sintiendo era algo enfermizo, totalmente patético porque no podía odiarlo como empezaba a odiarse a sí misma.

—Te invito a cenar, en la otra calle hay un restaurante muy bueno, un sitio muy acogedor.

—Es una invitación muy tentadora. —Sonrió tratando de ser amigable ante los intentos de seducción del chico—, pero mi novio me está esperando. —Era vergonzoso tener que recurrir a Luck como excusa para librarse de esa proposición sin ser descortés.

—Lo entiendo, no te preocupes. —Justo en ese momento las puertas del ascensor se abrieron en el sótano del edificio—. Por cierto, saliste genial en las fotos, no necesitarán tanta edición.

—Gracias, supongo que volveremos a vernos en un par de días para evaluar el resultado final —dijo saliendo del ascensor.

—Así es.

—Adiós, descansa. —Deseó Elizabeth, caminando hasta su deportivo negro de último modelo.

—Igual tú. —El fotógrafo subió a su jeep.

Una vez librada de la red de seducción del apuesto chico, Elizabeth encendió el poderoso motor de su auto; sin embargo, no lo había puesto en marcha cuando escuchó el repicar de su teléfono; con rapidez lo buscó dentro de su cartera, como lo había hecho desde hacía un mes, esperando encontrarse con algún número brasileño desconocido, pero una vez más volvía a desilusionarse al ver que quien la llamaba era su madre.

—Hola mamá —saludó tratando de mostrarse animada, pero en su pecho se fortalecía la decepción.

—Hola cariño, ¿todavía estás con Nike? —preguntó Rachell con voz amorosa.

—Acabo de terminar.

—¿Vendrás a cenar?

—No, voy saliendo para la academia.

—Elizabeth, ¿no crees que es muy tarde?

—Mami. —Miró su reloj de pulsera—, son las nueve menos cinco, te prometo que llegaré antes de la medianoche.

—Está bien, pero mantenme informada —pidió, consciente de que no iba a lograr que su hija desistiera de ir a practicar.

—Eso haré, avísale a papá.

—De acuerdo, cuídate mucho pequeña.

—Te quiero mami.

—Yo también princesa.

Terminó la llamada y le escribió a Luck, avisándole hacia dónde se dirigía; se puso en marcha hacia la academia, ya que no había podido asistir desde su regreso a Nueva York.

Al llegar saludó a sus compañeros, la mayoría eran neoyorkinos; sin embargo, había algunos brasileños, además de los Mestres, quienes residían en la ciudad de manera temporal, mientras terminaban sus estudios.

Con bolso en mano se fue al baño, donde se cambió el chándal por su uniforme; minutos después regresó preparada para su primera roda de la noche.

Imposible que su mente no fuera bombardeada por imágenes de la roda en la favela, pensar que ella estuvo en medio de tanta adrenalina, luchando con hombres tan rudos en un lugar considerado extremadamente peligroso le parecía totalmente surreal, como si hubiese sido un sueño, pero bien sabía que no había sido así, porque todo lo vivido con Cobra era demasiado palpable como para que solo fuese una treta de su subconsciente.

Sabía que debía controlarse y volver a su aburrida técnica de solo acrobacias, nada de fuertes golpes ni empujones, nada de palabras soeces ni incitadoras a la violencia.

Cuando practicaba capoeira el tiempo se le escurría como agua entre los dedos, sentía que tan solo llevaba minutos cuando el Mestre informó que finalizaban por ese día.

Terminaron con una sesión de estiramientos, después se despidieron y se marcharon. Elizabeth aceptó la invitación de unos compañeros para ir a comer, se unió al grupo de tres chicas y cinco chicos.

Se fueron a un restaurante a pocas calles de la academia, donde empezaron a conversar de lo que les apasionaba, pero también de cosas personales.

Realmente lo estaban pasando muy bien, todos reían ante las anécdotas contadas; el grupo se dejaba sentir en el local, que exclusivamente ofrecía alimentos orgánicos.

Elizabeth pidió permiso para contestar la llamada de Luck, caminó al pasillo que llevaba a los baños, para que la música instrumental no interfiriera en su conversación.

—Hola *uomo* —saludó cariñosa y divertida—. ¿Cómo estás?

—Cansado, exhausto... Apenas termina la grabación. Estoy tratando de encontrar la fuerza para poder conducir a casa.

—Cariño, imagino lo agotado que estás... Estoy a un par de calles, si quieres vienes y te vas conmigo a casa, podremos dormir juntos; mi casa está mucho más cerca que la tuya.

—Estoy cansado, pero si acepto ir a dormir contigo estaré muerto, tu padre me matará...

—No seas tonto Luck, papá no te hará daño. Ya está aceptando lo nuestro... Ven, te espero en Counter, y ni se te ocurra dejarme plantada. —Le advirtió.

—Está bien, voy saliendo para allá.

Elizabeth le lanzó un beso y terminó la llamada, percatándose en ese momento de que casi era medianoche, por lo que le marcó a su madre.

—Mamá, en un rato llego a casa, estoy con los chicos de la academia en Counter. Luck vendrá por mí para irnos a casa, pero no le digas nada a papá, déjalo dormir... Que no quiero que haga sentir mal a Luck con sus comentarios cargados de celos.

—Está bien cariño, no te demores.

—No te preocupes, que estoy en un lugar seguro. Ahora debo regresar a la mesa. Adiós.

Terminó la llamada y fue con sus compañeros, donde siguió conversando animadamente con ellos, se moría de ganas por decirles que había ido a una favela en Río y había asistido a las rodas callejeras, pero eso era un secreto que no iba a compartir con nadie, porque no quería arriesgarse a que ningún miembro de su familia se enterara.

A los pocos minutos llegó Luck, ya todos lo conocían y habían compartido con él.

Elizabeth ya les había informado que se marcharía en cuanto llegara su novio, por lo que Luck hizo saludo y despedida al mismo tiempo. Caminaron abrazados hasta el estacionamiento, donde ella había dejado su auto.

Durante el trayecto conversaron de todo lo que habían vivido durante ese día, y al llegar a la residencia Garnett, Elizabeth agradeció que no hubiera nadie en la sala, por lo que se fue con él directo a su habitación.

—Espera aquí, voy a la habitación de Oscar por un pijama. Si quieres puedes ir duchándote.

—Gracias, anhelo una buena ducha de agua caliente.

Elizabeth se fue a la habitación de su hermano, tocó a la puerta en un par de oportunidades, pero no recibió respuesta, así que entró, encontrándose con los auriculares puestos, sumergido en los videojuegos; inyectándose el cerebro con toda esa propaganda que les hacían a los terroristas a través de un juego.

—¿Por qué no avisas antes de entrar? —preguntó quitándose los auriculares.

—Lo hice en varias oportunidades, y aunque estén demoliendo la casa no podrías darte por enterado si tienes puesto eso —dijo señalando el aparato negro con plateado que le colgaba del cuello.

—Da igual, ¿qué haces aquí? —preguntó, celoso de que invadieran su espacio. Si había un lugar sagrado para él, en el que nadie debía interrumpir era ese.

—Vine por un pijama, Luck se quedará a dormir conmigo.

—¿Y papá lo sabe?

—No, y tú no se lo vas a decir. —Le advirtió.

—No me interesa tu vida amorosa, busca lo que necesitas y sal.

—Sí, eso haré señor cascarrabias. —Caminó al vestidor, y mientras buscaba las prendas recordó que Oscar era amigo de Cobra; y al parecer, conocía mucho más de él de lo que podía saber ella, quien había compartido momentos mucho más íntimos. Con pijama en mano regresó a la habitación, y su hermano una vez más se había puesto los auriculares, pero ella se los quitó —. Oscar, ¿puedo hacerte una pregunta? —comentó, abrazada a la ropa de su hermano, al tiempo que se sentaba a su lado.

—No tengo preservativos, puedes pedírselos a papá.

—No seas estúpido. —Le dio un empujón—. No necesito nada de eso, es sobre Alexandre que quiero preguntarte. ¿Has hablado con él? —Trató de tragar los latidos desaforados que se le instalaron en la garganta, y no tenía el valor para mirarlo a los ojos.

—¿A qué se debe esa pregunta? ¿Por qué te interesa Cobra?

—¿A mí? —Se llevó la mano al pecho y negó con la cabeza antes de responder—: No, a mí no me interesa, es que hoy recordé..., recordé que lo habían invitado a una comida en casa del abuelo, como agradecimiento por haberte salvado la vida en Leme.

—¿Un mes después lo recuerdas? —comentó irónico—. Envidio tu agilidad mental.

—Como sea, no me interesa. —Se levantó decidida a marcharse, no pretendía ser la burla de su hermano menor.

Oscar soltó una carcajada, consciente de que la había hecho molestar.

—Ya Eli, no seas tan radical, cada vez te pareces más a mamá.

Elizabeth se volvió. Al parecer, los hombres de la familia se habían puesto de acuerdo para hacerle creer que su madre y ella eran casi idénticas.

—No, no he sabido nada de él, y ya es muy tarde para llamarlo. Lo haré mañana. Supongo que ha estado ocupado con el trabajo, por lo que le pasó a tu amiga.

Elizabeth quiso desearle suerte con eso, o posiblemente a Oscar sí le contestaría; suponía que no iba a ser tan cobarde de quitarle también la amistad a su hermano.

—¿Te refieres a Priscila? —preguntó desconcertada y con el corazón aún más alterado.

—Sí, supongo que solo han asesinado a una de tus amigas —dijo mientras seguía moviendo con agilidad los dedos en el control, sin despegar la mirada de la pantalla del televisor.

—No seas tan insensible Oscar. —Lo reprendió—. ¿Qué tiene que ver Alexandre con eso?

—No soy insensible, solo digo las cosas como son; Y es su trabajo, Cobra es fotógrafo de la policía. Es fotógrafo forense —comentó, justo en el momento que le disparaba en la cabeza a uno de sus oponentes en el videojuego.

Elizabeth supo en ese instante que estuvo cerca y al mismo tiempo muy lejos de adivinar a lo que Cobra se dedicaba, sabía que algo tenía que ver con la policía, por la forma en la que actuaba, por el misterio que siempre lo rodeaba, pero también muchas veces su sangre fría la hizo dudar y hacer suposiciones al otro extremo.

—No lo sabía... —Se recordaba que su hermano no imaginaba que ella estaba perdidamente enamorada de ese hombre—. Solo lo vi un par de veces... Si hablas con él lo saludas de mi parte.

—Está bien, ahora fuera de mi habitación.

Elizabeth salió totalmente aturdida, no podía definir cómo se sentía. Por un lado estaba feliz de saber un poco más de Cobra, de que por fin había resuelto una de sus mayores dudas en cuanto a él, pero también seguía decepcionada, porque bien sabía que ser fotógrafo forense no era excusa suficiente para que no se hubiese comunicado con ella en tanto tiempo.

Sin poder controlar sus labios empezó a sonreír y el corazón le latía deprisa, al tener la certeza de que todas las veces que Cobra le dijo que estuvo trabajando había sido cierto.

—Mierda —masculló al recordar que no le había avisado a su madre que había llegado. Se apresuró y caminó a su habitación, pasó de largo al baño, donde se encontró a Luck todavía duchándose—. Aquí está el pijama, en el mueble de la esquina encontrarás un cepillo de dientes nuevo. Regreso en un rato, voy a decirle a mamá que ya llegué. Si no lo hago te tocará soportar el sermón también.

—Está bien cariño, ve tranquila.

CAPÍTULO 10

Elizabeth tocó la puerta de la habitación de sus padres, su madre le abrió, y en medio de un susurro, la mandó a pasar.

—Veo que tienen una pequeña intrusa —murmuró Elizabeth, al ver a Violet dormida al lado de su padre, quien tenía la laptop sobre el regazo.

—En unos minutos la llevaré a su habitación, ¿cómo te fue en la academia? —preguntó Samuel, quitándose los lentes de lectura y palmeó a un lado de la cama, invitándola a sentarse.

—Bien, disfruté mucho —dijo sentándose cerca de su progenitor—. ¿Has tenido noticias sobre el caso de Priscila?

—No, sigue estancado... Souza está haciendo lo humanamente posible para encontrar al asesino.

—Solo espero que puedan encontrarlo cuanto antes, aunque esta vez se ha tardado para sumar otra víctima a su lista, ya ha pasado más de un mes —dedujo Elizabeth, consciente de que el *modus operandi* del asesino en serie se repetía mensualmente.

—Posiblemente sabe que le están pisando los talones, por eso se ha cohibido, pero no debe tardar en cometer un error. Si es alguien psicológicamente inestable, no podrá controlarse, su instinto asesino lo dominará tarde o temprano, va más allá de su racionamiento... Y realmente es lo que estoy esperando, porque si no actúa en una semana, tendré la certeza de que es mucho más que un psicópata —aseveró, totalmente seguro del proceder de un asesino en serie. Había estudiado innumerables casos como para hablar con propiedad.

—Prefiero que estés equivocado papá, porque de ser así, otra chica morirá de forma tan aberrante. Y no me parece bien que deban esperar a que asesine a alguien para que puedan atraparlo.

—Lo sé cariño, Souza y su equipo están haciendo todo para capturar a ese infeliz, fui testigo de ello. Pero en un lugar con tanta población y tantos sitios donde esconderse es sumamente difícil. Sería más fácil hallar la aguja en el pajar...

—¿Por qué no dejan de lado esa conversación?, es algo perturbadora — intervino Rachell, vestida con el pijama de seda en color gris perla—. No quiero que tengas pesadillas cariño.

—Sí, tu madre tiene razón, mejor ve a descansar, ya es tarde.

—Ustedes también —dijo acercándose a él y plantándole un beso en la mejilla, al tiempo que se dejaba abrazar con infinita ternura—. Si quieres la llevo a su cama —propuso mirando a su hermanita rendida.

—No, déjala un poco más —solicitó Samuel, acariciándole la frente a su hija menor.

—Está bien. —Negó con la cabeza y sonrió; definitivamente, su padre estaba totalmente hechizado ante Violet—. Descansa papi.

—Tú también pequeña.

—Te acompaño a tu habitación. —Se ofreció Rachell, para poder hablar con su hija sin que Samuel escuchara.

—Gracias mamá.

Ambas salieron bajo la enamorada mirada de Samuel Garnett.

—¿Viniste con Luck? —preguntó Rachell una vez que estuvieron en el pasillo.

—Sí —susurró—. Lo dejé dándose una ducha, está agotado... Bueno, realmente estamos exhaustos. —Elizabeth sabía que debía hablar con su madre sobre la decisión que había tomado de darse un tiempo fuera del mundo del modelaje. Debía conversarlo con ella antes de hacerlo con alguien más, pero bien sabía que ese no era el momento adecuado y tampoco contaba con la valentía.

—Sabes que por mí no hay problema, Luck puede venir a dormir contigo todas las noches que desee, pero tu padre no lo entenderá del mismo modo... Mañana espera a que se haya ido para que Luck pueda salir de la habitación, si no quieres adelantar el apocalipsis.

—Mamá, pero en algún momento deberá entenderlo.

—Sí, seguro que lo hará, pero no creo que mañana sea ese día. —Le puso un mechón de pelo detrás de la oreja, después le acunó el rostro y le dio un beso en la frente—. Ahora ve a descansar.

—Te quiero mami.

—Yo te adoro pequeña.

Elizabeth entró a su habitación y se encontró a Luck acostado en la cama, revisando su móvil, por lo que se lanzó a su lado, quedando acostada bocabajo y apoyada sobre sus codos; se quedó admirándolo, y él también

volvió sus ojos hacia ella. Ambos sonrieron cómplices.

—Te quiero gata.

—Y yo a ti, ven aquí. —Le pidió ofreciéndole los brazos, y se fundieron en un abrazo que duró algunos minutos, reconfortándose en silencio—. Voy a dejarte descansar mientras me ducho.

—Está bien, con razón sentía un mal olor —dijo divertido.

—Tonto —expresó sonriente. Rompió el abrazo y salió de la cama—. Te apagaré la luz para que puedas dormir.

Bajo el agua Elizabeth no pudo desconectar su cerebro ni un solo instante de lo que Oscar le había confesado acerca de Cobra. Todavía no podía creerlo, por fin sabía un poco más de él, así mismo el sentimiento que la embargaba se hacía inútilmente más poderoso, porque ya no era correspondido.

Salió del baño envuelta en una toalla, el frío la hizo estremecer, y en su carrera al vestidor pudo ver que ya Luck estaba dormido.

Se puso un pijama de pantalón y camiseta, se aplicó crema humectante en el rostro y salió dispuesta a dormir, por lo que con cuidado se metió bajo las sábanas y buscó el calor de su novio.

Deseaba dormir nada más acostarse, pues estaba muy cansada; pero no podía desconectar su cerebro, el muy curioso no le permitía conciliar el sueño, y antes de terminar despertando a Luck, decidió salir de la cama.

Se puso un abrigo, se calzó las pantuflas; y con laptop en mano, salió al balcón de su habitación, evitando encender la luz.

Se sentó en el acolchado huevo de mimbre, en medio de la penumbra que creaba esa noche sin luna; paseó su mirada por el jardín, donde algunas farolas alumbraban entre los árboles, y una ráfaga helada de viento la hizo estremecer, por lo que se cerró más el abrigo.

Agarró una bocanada de aire álgido al tiempo que encendió la computadora. Lo primero que hizo fue abrir un buscador, en el que tecleó: asesino serial en Río de Janeiro.

Eso arrojó muchos resultados, posiblemente le mostraba todos los degenerados a través de la historia que habían aterrado a la ciudad, así que trató de filtrar la información y le agregó el nombre de Priscila Mendes.

El corazón redujo sus latidos hasta hacerlos dolorosos y le dificultaba la respiración, además de una agónica presión en el pecho. Era primera vez que buscaba noticias sobre la muerte de Priscila, e inevitablemente la turbaba; todavía no podía creerlo, y había evitado a toda costa empaparse de la

situación, porque se sentía muy mal de haber terminado enemistada con ella.

Tenía miedo de lo que pudiese encontrar, no quería abrir cualquier sitio de noticias y hallarse con una foto amarillista, de las que solían alardear los periódicos. Priscila no merecía que la expusieran de esa manera, pero más allá de su temor se imponía su curiosidad, por lo que entró al primer enlace.

Solo se encontró con la noticia y una fotografía de Priscila al lado de su padre, irremediamente se le formó un nudo de lágrimas en la garganta al leer a grandes rasgos la noticia, después fijó su mirada en la chica, trayendo a su memoria algunos de los buenos momentos compartidos; prefería recordarla como amiga y no a la chica atacada por los celos.

Regresó al listado de resultados y eligió el segundo, no iba a detenerse a leer más sobre lo que le había pasado a su compañera, porque todavía estaba intentando tragarse las lágrimas; solo miró las fotos que acompañaban la noticia, y sus pupilas se fijaron en una en específico.

De inmediato se levantó del acolchado asiento que la balanceaba suavemente, y como si la laptop se hubiera prendido en llamas, la dejó sobre el asiento.

—No, no puede ser, ¡ay por Dios! —Se llevó las manos a la cabeza y empezó a caminar de un lado a otro en el balcón, mientras intentaba asimilar lo que acababa de ver en esa imagen; después de pasearse varias veces por el frío lugar, abrazada al cárdigan, volvió hasta el huevo que colgaba de la viga de acero del balcón y se acuclilló frente a él.

Estudió cuidadosamente la foto, descubriendo que no se había equivocado en la primera impresión, ese que estaba inclinado junto al bulto negro era su padre, y se lo reafirmaba la leyenda de la fotografía, pero el hombre que estaba a su lado, apuntando la cámara fotográfica hacia lo que suponía era el cuerpo de Priscila era Cobra, no tenía dudas, aunque llevara los rizos cubiertos por el pasamontaña, era Cobra, y estaba junto a su padre.

Toda ella empezó a temblar, imaginando muchas cosas, queriendo saber qué sintió Alexandre en ese momento, si le habría dicho algo al fiscal.

—No, no creo que le haya contado nada de lo nuestro, ya papá me habría castigado de por vida o lo habría matado a él. —Trató de apaciguar sus nervios al hablar consigo misma.

Se quedó como una tonta, mirando exclusivamente a Cobra. Vestido enteramente de negro, se veía tan hermosamente peligroso, y sin proponérselo los ojos se le llenaron progresivamente de lágrimas, así como el vacío en su pecho estalló, engulléndola a un pozo sin fondo.

Le dolía mucho pensar que ese amor que le juró y que era completamente falso, todo había sido una maldita mentira. En ese momento sufría como nunca lo había hecho, pero confiaba en que con el tiempo ese doloroso sentimiento se le pasaría, no podría durarle toda la vida, estaba segura.

Terminó de rodillas sobre el piso frío, y con las manos se cubrió el rostro para poder llorar libremente, no solo sentía dolor, sino que también sentía mucha rabia en contra de él, pero sobre todo, en contra de ella misma.

La mayoría del tiempo sentía la imperiosa necesidad de subir al primer avión e ir a Río a pedirle explicaciones, pero su orgullo no se lo permitía, no iba a rebajarse, mucho menos a implorarle amor a ningún hombre.

Si él había decidido terminar sin siquiera darle una explicación, ella no tenía por qué ir a buscar absolutamente nada. Iba a dejarlo en el olvido, como él lo había hecho con ella.

Se restregó la cara para quitarse las lágrimas, le dio varios manotazos al teclado para salir de las páginas, no iba a verlo más, no quería verlo nunca más. De un golpe seco cerró la máquina, la agarró y entró a la habitación, donde Luck seguía durmiendo. La dejó sobre el escritorio y se fue al baño, donde la sorprendió la mañana con los ojos irritados de tanto llorar.

Antes de que Luck despertara se metió en la cama junto a él y fingió estar dormida, escondiendo su rostro para que no la viera, aunque inevitablemente estaba segura de que eso pasaría.

Cuando le tocó enfrentar el momento, trató de idear la mejor de las mentiras; le dijo que había pasado con alergia gran parte de la noche.

Todavía no salían de la cama cuando Violet entró sin avisar, provocando que los corazones se alteraran; y la pequeña también se mostró sorprendida.

—Lo siento, lo siento Eli. —Se cubrió el rostro con las manos—. No sabía que Luck estaba aquí.

—No te preocupes enana, ven —pidió enternecida al ver la vergüenza pintando de rojo la cara de su hermanita—. No pasa nada.

—Hola Violet —saludó el joven saliendo de la cama y dejándole ver a la niña que estaba adecuadamente vestido.

—Hola Luck, ¿se van a casar? —preguntó a quemarropa, llevada por su curiosidad.

—No, todavía no —respondió sonriente y después miró a Elizabeth.

—¿Por qué duermen juntos si no se van a casar?

A Luck se le atoraron las palabras en la garganta sin saber qué decir.

—Es que Luck... —intervino Elizabeth—, vino a cuidarme, porque anoche

tenía alergia.

—Pero si estás enferma puedes ir a dormir con mami y papi —siguió Violet, sin poder comprender.

—Es que sí fui, pero resulta que una personita estaba ocupando el lugar de los enfermos —comentó divertida.

—Esa era yo —dijo sonriente—. Es que quería conversar con papi, necesitaba hacerle unas preguntas sobre una película muy vieja que vi con tío Thor, donde un señor descubre que su esposa ya no lo ama, y entonces ella se busca otro novio, pero el esposo, molesto, intenta asesinarla. Se lo llevan a prisión y él se hace su propio abogado. Yo le dije a tío que eso era mentira, que no era posible; pero él insistía en que sí se podía, me explicaba pero es que si se trata de cosas de abogados no le creo a él sino a mi papi. —Echó el cuento ante la divertida mirada de Elizabeth y Luck.

—¿Y qué te dijo papá?

—Que mi tío tenía razón, que sí se puede —dijo sonriente—. Supongo que eso lo aprendió de papi.

—Seguramente. —Sonrió Elizabeth—. Ahora dime a qué viniste.

—Solo vine a preguntarte si me vas a ayudar con el proyecto de mañana, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo. Lo haremos esta tarde, no tengo ningún compromiso pendiente.

—¡Gracias! Me voy, que se me hace tarde. Adiós Luck.

—Adiós Violet..., espero que no tengas muchos novios en la escuela.

—No, no tengo. Todos son feos, y el único bonito es algo tonto —dijo sonriente.

—¡Vaya! Veo que ser selectiva es algo que tienen las mujeres de esta familia. —Sonrió divertido y sorprendido.

Elizabeth sonrió al tiempo que negaba con la cabeza. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla a su hermanita.

—No es ser selectiva, es que estoy segura de que merezco un novio que esté a la altura de mi belleza e inteligencia —confesó con los ojos puestos en Luck.

El chico trató de contener la carcajada, producto de la sorpresa que le provocaba ese comentario tan locuaz en una niña de tan solo ocho años.

—Seguramente encontrarás a ese chico que te merezca —prometió sonriente.

—Claro, así como Elizabeth esperó por ti, y ahora tiene al novio adecuado

para una súper modelo —dijo totalmente convencida de que Luck era el novio perfecto para su hermana, a otro sencillamente no lo aceptaría; solo él podía ser su cuñado, y no perdonaría que Elizabeth lo cambiara por otro.

—Gracias por la consideración. —Luck le acarició con los nudillos la delicada barbilla mientras sonreía.

—Violet, vamos a dejar esta conversación para otro momento. Ahora ve, que no debes llegar tarde a la escuela —intervino Elizabeth con ternura.

Violet salió sonriente de la habitación, Elizabeth y Luck se fueron al baño para lavarse los dientes.

—Ya, no digas nada —rio Elizabeth, salpicándolo con agua en el rostro, al ver la mirada sagaz que Luck le había dedicado en todo momento mientras se lavaban los dientes. Estaba segura de que se sentía demasiado seguro de sí mismo después del comentario de Violet.

—Tú misma lo escuchaste, soy perfecto para ti —dijo con el ego rozando la estratósfera.

—Sabes muy bien que te falta algo de suma importancia para que seas mi novio perfecto. —También le salpicó el rostro—. El amor no lo es todo. —Le guiñó un ojo, agarró la toalla de mano y se secó el rostro.

—La fidelidad no tiene que ver con el amor, a ti te amo; todo lo demás solo es pura distracción.

—Sí, seguramente por el momento, hasta que aparezca algo mejor.

—Nada será mejor que tú cariño. —Le plantó un sonoro beso en la mejilla—. Ya no seas tan celosa; además, sé... No solo lo sé, estoy totalmente seguro de que hubo alguien durante tus vacaciones, alguien que amenaza con ser más importante que yo. Y eso sí que tendría mis celos a punto de estallar...

Inmediatamente Elizabeth se tensó y se alejó de su abrazo.

—No quiero hablar de eso ahora.

—¡Lo sabía! Sabía que algún carioca te tuvo entretenida.

—No voy a hablar de eso.

—¿Desde cuándo me ocultas lo que te pasa?

—No pretendo ocultarte nada Luck, solo que ahora no es el momento. Voy a ver si ya papá se marchó, para que podamos bajar a desayunar. —Se excusó, escapándose de la habitación.

CAPÍTULO 11

Alexandre había sido dado de alta, y con los días se fue sintiendo mucho mejor; lo único que le impedía ser completamente independiente era el maldito yeso de la pierna, que según el doctor Batista, todavía debía esperar una semana más para poder retirarlo.

No le gustaba que su madre lo tratara como a un lisiado y que lo visitara más de lo deseado, algunas veces en compañía de Luana, para dejarle todo preparado, como si fuera un anciano que no podía valerse por sus propios medios.

Sentirse limitado lo había vuelto más cascarrabias, y algunas veces no era lo suficientemente agradecido con las personas que lo estaban ayudando. Suponía que su malhumor no era exclusivamente debido a su lenta recuperación, sino porque no había hallado una manera de comunicarse con Elizabeth; y estaba seguro de que ella debía estar pensando de él lo peor, que la había olvidado, pero ni siquiera durante su inconciencia logró hacerlo, porque mientras estuvo en coma, soñó un par de veces con ella; era lo más nítido que tenía en su memoria.

Estaba sentado en el sofá, mirando sin realmente ponerle atención a la programación, solo esperaba ansioso la llegada de Moreira. Debía aprovechar que estaba solo para poder hacer lo que tenía planeado, porque estaba seguro de que su madre no le iba a permitir hacer tal cosa, y ella no debía tardar en aparecerse con la cena.

Segundos después Moreira entró para acabar con su preocupación.

—¿Lo trajiste? —preguntó echándole un vistazo al bolso deportivo del moreno.

—Sí, aquí está, pero sigo pensando que es una locura, ¿por qué mejor no vas al hospital y dices que ya no soportas esa mierda? —propuso dejando caer el bolso en el sofá al lado de Cobra.

—Porque no importa lo que diga, no me lo van a quitar —aseguró abriendo el maletín y sacó el esmeril manual que le había solicitado—. Conéctalo. —Le

pidió ayuda, porque para poder hacerlo él mismo debía ponerse de pie, y eso le llevaría mucho más tiempo.

João acató la petición y en segundos el ruidoso sonido del aparato irrumpió en el apartamento.

Alexandre intentaba deshacerse del yeso con el cortador eléctrico, pero con cada segundo que la hoja de acero rozaba, el calor dentro de la escayola aumentaba.

—Mierda..., mierda. —Se quejó ante el quemón que sentía al cortarlo.

—Como Arlenne se entere de que fui yo quien te trajo el esmeril me cortará las pelotas.

—No te preocupes por Arlenne, de ella me encargo yo —dijo tomándose un poco de tiempo para que bajara la temperatura.

Después de varios minutos, en los que João lo veía sufrir, le sugirió otra opción.

—Creo que es mejor si remojas el yeso, supongo que se ablandará.

—Sí, es buena idea. —Agarró las muletas que estaban a un lado del sofá, y con la ayuda de su amigo se levantó. Se fue al baño, donde puso a llenar la tina—. Trae el esmeril. —Le pidió, porque no pensaba hacer el recorrido una vez más con el maldito yeso puesto.

Se sentó al borde de la bañera y metió la pierna debajo del chorro de agua, esperando que se ablandara.

Moreira llegó y conectó, dejándolo cerca de Alexandre.

—Espero que no te electrocutes, ya burlaste a la muerte una vez, no creo que permita que te le escapes a la segunda.

—Sé lo que hago. —Estaba impaciente—. Por cierto, busca en ese mueble, donde están los frascos de medicamentos.

João abrió el cajón, encontrando varios potes y cajas con medicamentos.

—¿Qué quieres que haga?

—El frasco amarillo, vacíalo en la encimera, que dentro está la memoria... ¿Hablaste con Juninho?

—Sí, pero Cobra, creo que es una locura, no debes hacerlo... Van a sospechar.

—No me interesa si sospechan o no, necesito el dinero.

—¿Cuánto necesitas? Yo te puedo prestar, pero no te arriesgues, que las cosas están complicadas.

—No posees la cantidad que necesito. Me voy a Nueva York.

—¡Qué mierda dices! Estás loco hermano, ¿acaso te enloqueció *la boceta*

de luces de la modelito?

—Necesito hablar con Elizabeth, es más que solo sexo João. De ella deseo más que lo que tiene entre las piernas, bien lo sabes.

—Ya te lo he dicho un millón de veces, si no recuerdas su número, ábrete una puta red social y escríbele.

—No quiero aclarar las cosas a través de mensajes, quiero disculparme por todo el tiempo que estuve ausente, quiero decirle cada palabra mirándola a los ojos, quiero poder tocarla y pedirle perdón...

—¿Perdón por qué?, si no fue tu culpa. En vez de estar pensando en irte a una ciudad que nunca en tu vida has pisado, mejor esfuéstrate por recordar o por lo menos averiguar quién fue el que casi te manda a las rodas del infierno —amonestó sorprendido, al darse cuenta de que la obsesión de su amigo parecía estar alcanzado niveles peligrosos.

—Eso no me interesa ahora, ya habrá tiempo para todo lo demás. Mi prioridad es Elizabeth. —Sacó la pierna del agua y la apoyó en el borde de la bañera—. Solo dime si estás conmigo en esto o no, igual te tocará el porcentaje de siempre.

—Está bien, lo voy a hacer. —Agarró el chip que contenía invaluable información y se lo guardó en uno de los bolsillos delanteros del pantalón—. Pero no lo hago por el dinero, sino por ayudarte... Solo espero que no regreses con el rabo entre las piernas. Esa chica no es para ti amigo, apenas es una niña y parece ser voluble. No estás para entregar tu corazón a alguien que no sabrá qué hacer con él.

—La conozco más de lo que te imaginas, sé que es una mujer valiente

—Caprichosa... —contradijo.

—Amorosa.

—Mimada. —Volvió a estar en desacuerdo.

—La conozco Moreira, desde hace mucho... Mucho antes de que la vieras en Rocinha.

—Entonces, ¿estás pasando por un proceso bioquímico en el hipotálamo, debido a la segregación de dopamina que te produce la jovencita?

—¿Qué? —preguntó confundido.

—¿Que si estás enamorado? —Le aclaró.

—Sí, no gano nada con negarlo.

—Está bien, si tú lo dices. —Ironizó alzando las manos a modo de rendición, dándose por vencido—. Haré mi mejor esfuerzo por cambiar el concepto que tengo sobre esa muchachita; a todo esto, ¿no crees que es apenas

una niña como para que te tenga cometiendo semejantes locuras? Es decir, imaginé que tus preferencias serían mujeres con la madurez suficiente de afrontar lo que conlleva una relación seria. ¿Has imaginado lo que dirán tus padres cuando se enteren? Sin mencionar que vas a romperle el corazón a Luana, y que tu adorado hermano te juzgará sin compasión.

—No me interesa lo que los demás piensen, es mi vida y quiero vivirla. He esperado mucho tiempo por Elizabeth, y ahora que la tengo no voy a renunciar a ella para darle gusto a otros. —Encendió una vez más el esmeril y siguió con su intento de cortar el yeso, mientras João observaba atentamente lo que hacía.

—Bien, veo que pareces un adolescente que no escucha razones, y mucho menos harás caso a mis consejos —bufó mientras negaba con la cabeza—. Esto es patético, toda esta situación.

—Lo sé y no me interesa, puedes burlarte todo lo que te dé la gana. —Le restó importancia al comentario de su amigo, porque estaba más concentrado en liberarse de la maldita escayola.

—No me estoy burlando, solo estoy siendo cruelmente sincero... Déjame ayudarte con esa mierda. —Se acuclilló y le quitó el cortador.

—Con cuidado, que no quiero regresar a un hospital por lo que me resta de vida.

João se concentró en su trabajo, siendo lo más precavido posible.

—Ya casi. —Dejó de lado el aparato y procedió a separar con las manos las láminas de yeso.

Siguió otro poco con la ayuda de Alexandre, hasta que finalmente consiguió liberarse.

—¡Por fin! —Jadeó moviendo la pierna.

—¿Cómo la sientes? ¿Te duele?

—No, para nada —dijo flexionando la extremidad, le parecía que habían pasado años desde que lo había hecho por última vez—. Ahora ve con Juninho, dile que ya el precio está fijado, ni un real menos.

—¿Cuánto te darán?

—Lo suficiente como para cubrir el viaje a Nueva York y poder quedarme por dos semanas, antes de que tenga que volver al trabajo, además del porcentaje de Juninho y el tuyo.

—¡Así te estarán ofreciendo! —Sonrió mordaz.

—Si la quieren que paguen lo que cuesta.

—Sigo pensando que es muy arriesgado.

—Ya te dije que no me importa.

—Es tu problema, pero antes de ir con Juninho voy a llevar esto... —dijo recogiendo el esmeril—, al apartamento de Bruna, porque mi suegro irá a buscarlo mañana a primera hora.

—Está bien, me llamas en cuanto estés con Juninho.

João movió la cabeza de manera afirmativa y le palmeó el hombro.

—Levanta el culo y camina, a ver si estás tan bien como dices.

Alexandre se levantó y apoyó el pie, sintiendo un ligero hormigueo, además de eso, estaba en perfectas condiciones; pudo caminar sin ninguna complicación, por lo que acompañó a João a la salida.

Elizabeth suponía que no iba a ser una conversación para nada fácil, sin embargo, le sorprendía la manera en que la miraban sus padres, quienes estaban sentados frente a ella.

—Mamá, sé que tu mayor deseo es que siga con mi carrera de modelo, porque has puesto todo tu empeño en ello desde que tengo uso de razón —comentó percibiendo en los ojos violetas de su madre un dejo de tristeza, aunque sus labios le estuviesen regalando una sonrisa tranquilizadora.

—No cariño, no soy quién para imponerte lo que debas hacer con tu vida. Sé que estás cansada y lo comprendo —confesó con ternura mientras apretaba sus dedos entorno a los de Samuel, quien le sujetaba la mano—. Necesitas alejarte un tiempo. Admito que es un tanto difícil decir adiós a la imagen oficial de la firma Winstead, pero antes que mi modelo eres mi hija, y deseo lo mejor para ti.

—Lo sé mamá, y no quedas sola, cuentas con las mejores y más cotizadas modelos del momento.

—Pero ninguna de esas es mi consentida, ninguna será mejor que tú. Eres brillante mi pequeña... Y no solo como modelo, estoy segura de que lo eres y lo serás en todo lo que te propongas.

Samuel le permitía la palabra a Rachell, porque sabía que la conversación le afectaba mucho más a ella que a él, que a decir verdad, sentía un gran alivio al tener la certeza de que su hermosa niña ya no tendría que estar posando con diminuta lencería, alimentando la morbosidad en el público.

Todavía tenía muy presente la primera discusión fuerte que tuvo con Rachell por permitir que su hija, con tan solo diecisiete años, saliera en una

revista con un traje de baño carente de demasiada tela. Se esforzó por comprar todas las putas revistas y meterlas en el triturador de papel, pero fue en vano, porque inevitablemente se publicaron más ejemplares de lo que él pudo controlar.

A través de los años no pudo hacer nada para evitar que siguiera posando de una forma tan sugerente, inclusive, en algunas con transparencias que exponían partes sagradas de su pequeña, que él, como padre, solo había visto cuando apenas era una bebé, y que haberlas visto ya desarrolladas lo perturbaban totalmente.

Nunca pudo convencerse de las opiniones de Rachell y Elizabeth, quienes le decían que se había convertido en un viejo retrógrado; ellas no conseguían ver, que para él, las mujeres de su familia eran totalmente sagradas, era más que opiniones exclusivamente de tiempos pasados. Para nada era enemigo de la evolución, pero una cosa era adaptarse a la actualidad y otra muy distinta que su hija mostrara más piel de la debida.

—Gracias mamá, igualmente seguiré siendo tu socia. No voy a dejar el perfume ni la línea de maquillaje, espero dedicarle más tiempo a eso. También aprovecharé para aprender bien el japonés y me prepararé para postularme el próximo año en Harvard.

—¿Japonés? ¿Harvard? —preguntó Samuel, juntando ligeramente las cejas y enfocándose con mayor interés en la conversación, pero sin cambiar su actitud relajada, sentado de piernas cruzadas, con la espalda totalmente pegada al espaldar del sillón, mientras le sujetaba la mano a Rachell.

—Sí, quiero aprender japonés. Sé que aún estoy perfeccionando el alemán, pero estoy preparada para otro idioma —dijo totalmente convencida—. También estoy pensando en mi futuro, sé que aunque me he esforzado durante toda mi vida estudiando modelaje, no es algo que me vaya a servir en unos cuantos años; bien sabemos que el mundo de la moda es gobernado por la gente joven, no importa cuánta preparación tenga ni la confianza en mí misma, cuando pase los treinta ya no seré atractiva para las portadas de Vogue, Vanity Fair, Maxim, Esquire. Tampoco van a quererme en ninguna pasarela...

—Cariño —intervino Rachell regalándole una sonrisa conciliadora—, no debes preocuparte tanto por eso, apenas has pasado los veinte...

—Lo sé mamá, pero no voy a esperar a llegar a los treinta para decidir qué hacer con mi vida, quiero prepararme desde ahora...

—Sabes que tu futuro está asegurado, que si deseas pasar el resto de tu vida solo divirtiéndote puedes hacerlo. No necesitas responsabilizarte por

nada más —habló Samuel con su semblante tranquilo y elegante.

—Pero quiero hacerlo, quiero labrarme mi propio futuro. Por favor papá, deja que lo haga, no quiero vivir de tu esfuerzo, mucho menos del de mamá —suplicó mirándolo a los ojos, aunque su decisión estaba tomada, solo quería que sus padres la respaldaran.

—Elizabeth, apoyaré cualquier decisión que tomes. ¿Quieres estudiar japonés? Me parece excelente, eres buena con los idiomas...

—Para ti soy perfecta en todo papá. —Sonrió agradecida.

—Más allá de mi amor paternal, tengo plena certeza de que tu capacidad intelectual es excepcional, por eso siempre has destacado en todo, y me hace sentir verdaderamente orgulloso, pero pensar que quieres irte a Harvard y dejar la casa...

—Quiero ir a Harvard a estudiar derecho —dijo al fin y vio cómo una luz en los ojos de su padre se encendía progresivamente. Aunque intentaba controlar la emoción que amenazaba con apoderarse de sus facciones, casi no podía disimular esa felicidad que lo estaba recorriendo.

—¿Estás segura de eso? No quiero que estudies algo que no te gusta, solo por pensar que con eso puedas complacerme —comentó Samuel con la voz espesa por la emoción contenida.

—Estoy totalmente segura papá. Quiero estudiar derecho, y espero ser una abogada de la que puedas sentirte orgulloso. Prometo que me esforzaré para no avergonzarte...

—Pequeña, nunca me avergonzarías, aunque seas la peor de la clase. —Esbozó una sutil sonrisa—. Sin duda Harvard es la mejor opción, y tendrás el ingreso asegurado con mi carta de recomendación...

—No papá. —Lo detuvo—. Sé que quieres ayudarme, pero por favor, quiero hacerlo por mis propios medios. Lo último que deseo es que intervengas, no quiero estar a tu sombra.

—Elizabeth tiene razón —habló Rachell, a quien no le sorprendía en absoluto la decisión de su hija, pues desde muy pequeña se había fascinado por la labor de su padre, sobre todo cuando todavía era asistente al fiscal y lo ayudaba en sus ensayos para los juicios—. Es mejor que lo consiga por su propia cuenta, eso la hará ser más independiente.

—¿Qué piensas mamá? —preguntó fijando su mirada angustiada en su madre.

—¿Acaso importa lo que yo piense?

—Más que nada.

—Sé que serás una abogada totalmente disciplinada y dedicada, sé que seguirás los pasos de tu padre, son igual de obstinados. —Estiró la mano y se la ofreció a su hija.

Elizabeth no dudó ni un segundo para corresponder al gesto.

—Gracias, muchas gracias por comprenderme. Son los mejores padres del mundo, y tengo la fortuna de que sean míos. —Se levantó de la silla y se abalanzó sobre ellos, abrazándolos al mismo tiempo y les plantó una lluvia de besos en las mejillas—. Pensé que esta conversación sería más difícil.

—Tu felicidad está por encima de todo Elizabeth —manifestó Samuel—. Tú jamás representarás una dificultad para nosotros.

—Los amo. —Volvió a darle un sonoro beso a cada uno—. Ahora sí, voy a dejarlos descansar. Gracias por su apoyo. —Estaba pletórica y no podía ocultarlo.

—Siempre cariño. —Rachell le acariciaba el pelo con infinita devoción—. Por cierto, ¿ya hablaste con Cristina sobre esta decisión?

—No, primero quería conversarlo con ustedes. Mañana me reuniré con ella y se lo haré saber; no obstante, sé que primero debo cumplir con los contratos ya firmados.

—Estoy segura de que a ella sí que no le hará feliz saber de tus nuevos planes.

—Lo sé, pero no quiero terminar odiando lo que siempre he amado.

—Lo entiendo perfectamente mi vida. Si quieres puedo estar en la reunión.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Me encargaré de Cristina, puedes estar tranquila mamá. —Le guiñó un ojo para que se diera cuenta de que el tema con su agente se lo tomaba a la ligera—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron los padres al unísono.

Elizabeth salió de la habitación segura de que los esposos tendrían una larga conversación esa noche, acerca de la noticia que ella acababa de darles.

Sabía que esos nuevos proyectos le daban un aire fresco a su vida, un cambio necesario; en los próximos días empezaría con las clases de japonés y también empezaría a prepararse para ser admitida en Harvard. Todo eso le ayudaría a no pensar en Alexandre, y estaba empeñada en olvidarlo, en borrarlo de su sistema para siempre.

Justo al abrir la puerta de su habitación, vio sobre la cama su teléfono con la pantalla iluminada ante la ráfaga de notificaciones entrantes.

Se dejó caer en el colchón y empezó a revisar el aparato, tenía un par de

mensajes de Luck, preguntándole cómo le había ido con sus padres; le dio la buena noticia, y él inmediatamente la llamó.

Hablaron cerca de media hora, se despidieron en medio de besos y buenos deseos.

Elizabeth decidió entrar a la conversación grupal que tenía con sus primas y Aninha.

Saludó e inmediatamente recibió un atolondrado mensaje de voz de Aninha, diciendo que iba en camino al apartamento de Rodolfo, pretendía sorprenderlo con una noche apasionada.

—¿Rodolfo? ¿No es ese el jinete? —preguntó Elizabeth con otro mensaje de voz, sin preocuparse por ocultar su sorpresa.

—Sí, tienes muy buena memoria Eli, es él —chilló emocionada.

—¿Acaso no es el mismo que te fue infiel? —Ahora más que sorprendida estaba contrariada.

—Sí, bueno... Solo fue un desliz, pero me juró que nunca más lo hará, que esa zorra se le metió por los ojos... Y bueno, ya sabes cómo son los hombres. Así que decidí darle otra oportunidad —contó a grandes rasgos—. Eso fue un par de días después de que te marcharas, ya lo había dicho aquí en el grupo, pero ya veo que no estás al día.

—Lo siento, no he podido estar al tanto de las conversaciones, he tenido muchos compromisos. —Se disculpó Elizabeth—. Deseo que todo vaya bien con él y que no se mande otra mierda.

—Desde que volvimos se ha portado de maravilla... Si hasta me dijo que quiere hablar con mi papá —dijo ilusionada—. Creo que ahora sí voy a entregarle mi corazón.

—Deseo de todo corazón que seas feliz y que ese hombre esté a tu altura, porque eres extraordinaria Aninha.

—Gracias Eli, te amo... Ahora te dejo, que estoy por llegar.

—Goza la noche.

—Eso no lo dudes. —Soltó una risita cómplice.

Elizabeth le envió el emoticón de una corona de princesa y otro de un beso. Dejó el teléfono de lado y se fue al baño, sin poder evitar sentir celos de su prima. Sí, le hacía muy feliz que hubiese tenido una segunda oportunidad con Rodolfo, pero deseaba contar con la misma suerte, anhelaba que Alexandre la llamara y le pidiera perdón por haberla abandonado en todo ese tiempo, que le jurara que sin ella no podía vivir, que solo conseguía sobrevivir recordando cada momento compartido, y que era la evocación de sus caricias y besos lo

que le daba fuerzas para afrontar cada día.

Pero evidentemente solo eran sus deseos, no su realidad, por lo que terminó una vez más llorando y odiando al maldito que le había hecho conocer lo peor de un hombre. Estaba acostumbrada a ser elogiada y querida por el sexo masculino, desde su abuelo hasta sus compañeros de trabajo, a donde quiera que fuera era el centro de miradas seductoras y sonrisas provocadoras; nunca la habían rechazado, y eso era más doloroso de lo que hubiese podido imaginar.

Eso empezaba a hacer polvo los cimientos de su seguridad, sobre todo, porque con Alexandre se había esforzado por ser su mejor versión de sí misma, para que él la disfrutara. Y maldita ella, que en algún momento decidió ponerlo a él por encima de todo.

CAPÍTULO 12

Ana dejó su auto en el estacionamiento, agarró la cartera del asiento del copiloto, bajó y apretó el nudo de la gabardina rosa palo que llevaba puesta, al tiempo que una sonrisa de seguridad y satisfacción se apoderaba de sus labios.

Taconeó decidida hasta el ascensor, y antes de que las puertas se abrieran en el piso de Rodolfo, buscó en su cartera la llave que le había tomado prestada sin que él se diera cuenta.

Esperaba que después de la sorpresa decidiera dejársela, para hacer más seria su relación; así podrían pasar más tiempo en ese lugar que tanto ardor le provocaba.

Abrió con mucho cuidado, mientras el corazón le saltaba frenéticamente ante la expectativa. Se moría por ver su cara de sorpresa; se adentró con resolución al salón principal, aunque las piernas le temblaban y el deseo se acrecentaba; no lo encontró en el lugar, pero bien sabía que estaba en el apartamento, porque vio su auto en el estacionamiento.

Dejó sobre el sofá blanco, decorado con cojines verde selva y negro la cartera y siguió con su camino hacia la habitación; se desató la gabardina, y con cada paso que daba se deshojaba un botón, exponiendo el sexi conjunto negro de lencería que llevaba puesto.

Los nervios la impulsaron a caminar más de deprisa, y sin pensarlo ni un segundo, abrió la puerta de la habitación. Ante sus ojos se presentó una situación semejante a otra que ya la había decepcionado y quebrado la confianza en él; sin embargo, había decidido darle otra oportunidad, pero él, sin remordimientos, acababa de tirarla a la basura.

Ahí estaba, sobre la cama, haciendo jadear ruidosamente a otra mujer. Totalmente aturdida, adolorida y molesta quiso lanzársele encima y golpearlo, insultarlo en medio de gritos, pero quedó inmóvil en el umbral, con tantas cosas por gritar atoradas en la garganta, y los ojos inundados por la decepción.

—Soy... soy una estúpida... —farfulló con las lágrimas subiéndole a

borbotones por la garganta y otras tantas corrían descontroladas por sus mejillas; entretanto, con dedos trémulos se ataba la cinta de la gabardina.

—¿Ana...? ¿Aninha? —Totalmente sorprendido saltó de la cama, dejando a la jadeante amante a medio camino de alcanzar el orgasmo—. No es lo que estás pensando...

—No, no me toques. —Ella retrocedió varios pasos y manoteó fuertemente la mano con la que él pretendía alcanzarla—. Basura, eres una maldita basura.

—Ana, déjame explicarte, las cosas no son como... No son lo que parecen —tartamudeaba y le dio un vistazo a la mujer arrebujada en la cama entre las sábanas—. ¡Lárgate! ¡Fuera de aquí! —La echó en medio de gritos, sintiéndose desesperado, porque bien sabía que el padre de Ana podía arruinarle la carrera.

—No digas nada Rodolfo, no te atrevas a negar lo que acabo de ver... Estabas con esa perra... —rugió conteniendo toda su furia para no irse encima a él o la mujer que corría envuelta en la sábana al baño.

—Escúchame por favor... —suplicó con las facciones contraídas por la preocupación.

—No quiero escucharte. —Retrocedió otro paso, porque él amenazaba una vez más con tocarla, pero si lo hacía, terminaría vomitando. Nunca nada le había dado tanto asco como ese hombre—. Vete a la mierda, vete a la puta mierda miserable. —Le dio un empujón en el pecho y salió corriendo.

—¡Ana! ¡Necesito que hablemos sobre esto! ¡Ana! —Él la siguió, pero ella se escabulló mucho más rápido. En su carrera agarró su bolso y le tiró la llave—. Te amo pequeña, escúchame. —Sin importar salir desnudo del apartamento la siguió hasta el ascensor.

—¡Mentira! ¡Mentiroso! No sé por qué, por un instante, pensé que valías la pena. —Se lamentó, antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

Una vez sola, el llanto convulso explotó, sollozó ruidosamente, sintiendo que le faltaba el aliento y que se estaba rompiendo una vez más; pero estaba segura de que ninguno de sus pedazos le daría una nueva oportunidad a ese infeliz.

Abandonó el edificio jurándose nunca más volver con él, condujo sin rumbo fijo y sin ideas claras, solo quería olvidar lo que acababa de presenciar.

João no conseguía decidirse si ir primero a encontrarse con Juninho para entregarle la información que le había entregado Cobra o pasar por el apartamento de Bruna a dejar el esmeril. No quería darle de qué hablar a su suegro, quien no perdía la oportunidad para mal imponerlo con el primero que se le atravesara.

Decidió que lo mejor sería acallar sus futuros reclamos y dejar la herramienta. Le era más atractiva la idea de reunirse después con Juninho y tomarse unas cervezas.

Sabía que Bruna debía estar en la universidad, por lo que no se demoraría en el lugar. Entró, dejó el esmeril justo al lado de la puerta principal, para que ella lo viera apenas llegara y le avisara al padre. Rauda, se fue a la cocina por un vaso de agua, y sintió la garganta renovada apenas pasó el primer trago del revitalizante líquido; al tiempo que su vista se fijó en los libros y cuadernos abiertos que estaban sobre la barra de la cocina.

Caminó al otro lado y vio el morral de su novia en el suelo al pie del taburete, entonces su mirada se desplazó por el lugar, percatándose de que sobre la mesa central de la sala había otro morral; sus pasos se hicieron sigilosos y sus latidos contundentes. Su instinto policial se activó, por lo que se llevó la mano derecha a la espalda, donde tenía la Glock nueve milímetros; la sacó e inmediatamente le quitó el seguro.

Una ráfaga de pura inquina lo arrasó cuando su intensificado sentido de audición fue inundado por un suave y constante golpeteo, seguido de gruñidos a raudales.

La razón empezó a gritarle que se largara del lugar, pero sus sentimientos no le permitían la huida; llevado por la ira que empezaba a borbotear en sus venas avanzó hacia la habitación, trayendo consigo su arma.

Abrió la puerta de golpe, sin estar preparado para ver a su mujer siendo embestida por otro hombre. Jamás la había imaginado gozando la cogida de otro, jamás la creyó capaz de traicionarlo de esa manera. El control que debía tener ante ese tipo de situaciones rebasó sus límites y no podía razonar en las repercusiones de lo que pudiera cometer llevado por la rabia.

—¡Bruna! —gritó furioso, y como si ella fuese una poderosa fuente de carga eléctrica, el hombre que se la cogía se apartó bruscamente—. ¡Maldita! ¡Maldita! —Corrió hacia la cama, donde ella, con rapidez, intentaba recomponerse, pero seguía a gatas, tratando de cubrirse con la sábana.

—¡João! ¡Espera, espera! —gritó nerviosa al ver que le apuntaba con la pistola al hombre que se lanzó debajo de la cama.

—Ven aquí maldito cobarde, hijo de puta. —Lo sujetó por un tobillo y lo haló fuera, haciéndolo volver le apuntó en la cabeza.

—João, tranquilízate por favor... No cometas una locura, por favor —suplicó Bruna, sujetándole un brazo.

—Lo siento amigo..., lo siento... —suplicaba tembloroso el infortunado amante.

—¡No soy tu amigo! —Le gritó, hundiéndole con saña el cañón de la pistola en la frente.

—Déjalo, por favor. —Bruna tironeaba del brazo del policía.

En un arranque de descontrol João la empujó tan fuerte que la lanzó a la cama, en ese instante de distracción el amante aprovechó para rodar por el suelo y ponerse lejos del cañón de la pistola.

—Eres una perra... —Saltó hacia ella, la sujetó por el pelo y la zarandéo con fuerza—. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo dejas que otro te coja en la cama que yo te compré? ¡Sucia! —Las lágrimas de ira y dolor empezaban a nublarle la visión, pero eso no sería suficiente para encontrar el control.

—Para, le haces daño... Déjala —intervino el amante.

Ante las palabras del extraño, João se volvió a apuntarlo una vez más; el hombre, aterrado de ser el blanco de algún disparo retrocedió, alzando las manos a modo de rendición, pero el silbante sonido de la bala al salir del cañón lo hizo saltar; ni siquiera le dio tiempo de mirar a dónde ni a quién había disparado el novio de Bruna, se echó a correr, abandonando la habitación.

Bruna gritó aterrada y solo suplicaba al hombre que la sometía por su cabellera oscura, después sintió el acero caliente del cañón posarse en su mejilla izquierda.

—João, no hagas algo de lo que te puedas arrepentir, por favor..., por favor. —Sollozó trémula.

—De lo único que me arrepiento es de haberme fijado en una mujer que no vale nada. ¿Por qué me has hecho esto Bruna? ¿Cómo has podido? —exigió respuesta, saboreando las lágrimas que le inundaban la boca.

—No lo sé..., no lo sé... Es por tu trabajo..., nunca estás para mí, siempre estás trabajando... —respondió convulsa por el llanto y totalmente apenada por toda la situación.

—Maldita, siempre estoy trabajando para darte todo lo que necesitas, y las pocas horas que tengo libres te las doy por completo, te doy mi tiempo, mi

dinero..., te doy mi amor, te doy todo lo que soy... Me sacrifico a mí mismo por amarte, y aun así me pagas con traición. ¿Qué más esperabas de mí? ¿Qué más? —reprochó sintiendo que la ira aumentaba, pero esta vez en contra de él mismo, por no poder controlar las lágrimas de sus ojos verde gris, que fusilaban a Bruna. Resoplaba arrebatadamente, intentando controlar sus impulsos, pero no conseguía disipar la nube de odio que le vetaba los sentidos —. No me culpes para justificar que eres una hija de puta...

Deslizó el cañón de la pistola justo en medio de su pecho, con las ganas latentes de apretar el gatillo y hacer mierda ese corazón que tantas veces ella juró le pertenecía a él.

—João, por favor..., por favor, no cometas una locura. Eres un hombre bueno, eres ejemplar —suplicaba con la mirada en la pistola, temiendo que de un momento a otro una bala se le incrustara en el corazón.

Él le apretó con fuerza desmedida la mejilla, quería hacerle daño, que de alguna manera sufriera tanto como él.

—Soy un hombre que no mereces, no me mereces zorra. —La hundió más en el colchón, hasta que ella gritó de dolor; entonces la soltó, y como si su alma y cuerpo lo dominara el diablo salió del lugar, esperando no encontrarse al maldito que se había cogido a la que creía su mujer, porque no conseguiría ser responsable de sus actos.

En su camino hacia el estacionamiento aseguró el arma en la cintura de sus vaqueros, se restregó la cara en varias oportunidades, para limpiarse con rabia las lágrimas y encontrar la calma necesaria para largarse de ahí.

Hizo rugir el motor de su auto, y quemando neumáticos abandonó el estacionamiento. No tenía la más remota idea de lo que haría y a dónde iría, solo deseaba estar solo, no quería ver a nadie, ni siquiera quería aceptar la dolorosa realidad que su memoria le recordaba a cada segundo.

De pronto, su teléfono empezó a sonar insistentemente; supuso que era Juninho que lo estaba esperando, pero por él que el mundo se fuera a la mierda, en ese momento no estaba para nadie. Ante la molesta insistencia, apagó su teléfono sin siquiera detenerse a mirar la pantalla.

Llevaba más de media hora conduciendo sin rumbo, y sentía que el llanto y la rabia lo ahogaban, por lo que estacionó y golpeó fuertemente el volante hasta que se cansó, y después enterró la cabeza para seguir llorando; descubría que no había nada más doloroso que sentir su orgullo herido.

Empezaba a cuestionarse, se hacía miles de preguntas, tratando de encontrar los motivos que llevaron a Bruna a buscar en otro lo que él todo el

tiempo le daba; inevitablemente empezó a dudar de sus habilidades sexuales, de la forma en la que se entregaba.

La razón lo consolaba, susurrándole que todas las veces que se la llevó a la cama le regalaba gestos y palabras de goce, pero el corazón taladraba, diciéndole que no había sido suficiente, que un inexperto jovencito le daba mucho más que él.

Sentía que necesitaba oxigenarse, porque solo estaba encerrado con el vapor viciado de su ira; bajó del auto y cerró de un portazo, aunque la brisa nocturna le refrescó el rostro y le secó las lágrimas, no hizo lo mismo con la mezcla torturadora de sentimientos.

Caminó con grandes zancadas por la empinada calle de adoquines, intentando drenar la adrenalina que todavía le corría por las venas; con la mente nublada y los pulmones sufriendo la falta de aliento, decidió detenerse para agarrar un respiro, mientras dolorosas imágenes seguían girando en su cabeza.

Al otro lado de la calle las luces titilantes de un bar con aire bohemio captaron su atención, se prometió ir por una cerveza, solo una que lo refrescara, porque lo que menos deseaba era volver a ser títere del descontrol y regresar al apartamento de Bruna y cometer una locura que le jodiera por entero la vida.

La poderosa voz de la excelentísima Maria Bethânia era casi un susurro que acompañaba a las tenues luces del lugar, sintió cierto alivio al percatarse de que estaba casi desolado, sumiéndolo en un ambiente más triste que relajante; suponía que la falta de clientela se debía a que era el primer día de la semana.

Caminó hasta la barra y se sentó en el taburete alto de madera caoba con asiento acolchado de cuero rojo, que hacía juego con la casi lúgubre decoración. Se concentró en las luces directas que derramaban su claridad sobre la pulida madera, y mientras esperaba a que el barman se desocupara, sus ojos se desplazaron hasta donde estaba el hombre vestido con camisa blanca y chaleco negro, sirviéndole un *whisky* seco a una diminuta rubia.

Pensó que la chica debía tener un estómago realmente fuerte para que ese pequeño cuerpo soportara los grados de alcohol con los que se estaba envenenando o era una alcohólica consumada.

Se ganó por entera su admiración cuando se bebió de un solo trago la fuerte bebida y pidió otro.

El barman se lo sirvió, y antes de que ella dejara en blanco una vez más el

vaso, se acercó a él.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó con amabilidad, pero se le notaba en las facciones que estaba cansado.

João miró al hombre con la curiosidad que despertaba la rubiecita latente en las pupilas.

—Cerveza —respondió, después de que recobrarla la compostura—. La que sea —acotó y volvió la mirada una vez más a la chica a dos puestos de él, quien ya se había bebido el otro trago—. Parece que tendrás mucho trabajo esta noche.

—Siempre que alguien llega con el corazón roto, que por cierto, es muy a menudo... —comentó mientras llenaba el vaso en el dispensador—, toca mucho trabajo. Por lo menos de algo me sirve haber estudiado psicología. Supongo que atender la barra de un bar no dista mucho de un consultorio. — Con semblante serio puso el vaso frente al cliente.

—Gracias. —Casi susurró, porque un inevitable nudo de lágrimas y rencor no le permitió decirlo más alto; bajó la cabeza y clavó la mirada en la espuma que por poco rebasaba el vaso de cristal.

Prefirió no seguir hablando para no quedar expuesto delante del hombre que posiblemente no llegaba a los treinta, y se concentró en la samba que intentaba animar el bar, pero dos personas con el corazón roto no eran de mucha ayuda para crear un ambiente festivo.

El barman siguió con su trabajo y se puso a secar unos vasos, mientras que João apoyó los antebrazos en la barra y miró la cerveza que solo esperaba por él, al tiempo que la imagen de Bruna cogiendo con el maldito, que suponía era compañero de clases, regresaba y lo golpeaba brutalmente.

Volvió una vez más la mirada hacia la rubia, quien una vez más pedía otro trago.

—Mejor déjame la botella —solicitó—, así puedes seguir con lo tuyo.

El hombre, un tanto dubitativo, le puso la botella al lado del vaso y siguió con su labor de pulir la cristalería.

João sintió la imperiosa necesidad de un poco de compañía, alguien con quien conversar, para no seguir torturándose con sus recuerdos, por lo que se acercó a la rubia que llevaba puesta una gabardina rosa palo, percatándose de que no solo era diminuta, sino de que también era muy joven, posiblemente ni siquiera tenía la edad permitida para estar ahí.

—Debes ir más despacio. —Inició la conversación sentándose a su lado.

—No quiero ir más despacio, solo quiero estrellarme de frente y cuanto

antes con la inconsciencia —dijo mientras vertía licor en su vaso.

—No creo que sea prudente que termines inconsciente en este lugar.

—No me interesa —dijo cortante, se bebió de golpe el trago, lo retuvo un segundo en su boca y lo trago, frunciendo el ceño ligeramente ante el ardor en su garganta.

—Se nota que no lo estás pasando bien. Debió sucederte algo muy malo. — Siguió con su conversación, consciente de que era normal que ella fuese irritante.

—Ahora no, pero lo superaré muy pronto, no todos los días golpean tan fuerte tu orgullo... Bueno, ya me había pasado, pero por amor decidí darle otra oportunidad. —Una lágrima rodó por su mejilla y se la limpió bruscamente—. Verlo otra vez cogiéndose a otra me ha dejado la autoestima por el suelo. Me ha pisoteado el corazón... Pero ahora sí me juro no volver a perdonarlo. —Tenía la lengua algo trabada por los efectos del alcohol.

—Por tu orgullo es mejor que no lo perdones, por ti misma no lo hagas. Un hombre así no vale la pena; además, puedes encontrar otro a la vuelta de la esquina. —Le dio un largo trago a su cerveza.

—Si estás intentando seducirme pierdes tu tiempo —comentó echándole un vistazo al moreno de brazos tatuados—. No me van los hombres de color... No es que sea racista, pero no me gustan.

—Tranquila, no es mi intención. Tampoco me van las rubias, las encuentro realmente insípidas —confesó sin sentirse ofendido por el comentario de la chica.

—Entonces podemos ser amigos. —Le ofreció la mano y él la recibió—. Me llamo Ana.

—João, aunque es muy pronto para catalogar este encuentro como amistad —dijo apretándole la mano ligeramente y la soltó.

—João, todo depende de qué tanto conversemos esta noche... Por cierto, tienes unos ojos muy bonitos, ¿son verdes?

—No vamos a conversar por mucho tiempo, me termino esta cerveza y me voy... Y sí, son verdes, algunas veces grises.

—Bueno, bebe despacio —dijo tomando su vaso—. ¿Por qué estás aquí?, ¿en este lugar tan... tan triste?

—Terminé mi turno de trabajo y quise distraerme un rato. —Mintió desviando la mirada, pero ella se quedó viéndolo, no apartó su mirada hasta que él volvió a poner sus ojos en ella.

—No estás aquí por una cerveza —aseguró Ana, escudriñando en los ojos

del moreno—. Te ha pasado lo mismo que a mí. —Empezó a sonreír, y el gesto rápidamente se convirtió en una carcajada que retumbaba en el solitario bar, donde la samba y el tintineo de algunos vasos acompañaba al divertido repique de su voz—. Te han sido infiel como a mí... Dos corazones rotos, tratando de ahogar su pena en el alcohol. —La risa se convirtió en llanto y se cubrió el rostro con ambas manos.

A pesar de que João se molestó por la burla de la inmadura rubia, ese sentimiento se esfumó rápidamente, dando paso a la compasión, pero no sabía si era debido a ella o por él.

Ella se descubrió la cara y volvió a beberse de golpe otro vaso.

—Lo que nos diferencia es que quieres ahogar tus penas de golpe y con más alcohol del debido. Con una cerveza para mí es suficiente.

—No me digas que te emborrachas con tan poco. —Su voz se escuchó ronca por el licor que había quemado su garganta y que empezaba a arderle en el estómago.

—No. —Sonrió ante el comentario de la jovencita—. Necesito más de una cerveza o una botella de *whisky* para emborracharme, pero esta noche no quiero perder el control... Podría cometer una locura. Y deberías dejar de beber tan de prisa, que por lo que veo, andas sola.

—«Hello» —ironizó—. Te he dicho que hace menos de una hora encontré a mi novio cogiéndose a una zorra, lo menos que quiero es andar con compañía.

—Te entiendo, pero más allá del cabrón que te rompió el corazón, debes pensar en tu seguridad; una jovencita borracha es presa fácil. —Su instinto policial lo instaba a ponerla sobre aviso.

—En este momento no me importa nada, ni siquiera yo misma... Debería pasarme algo muy malo para ver si así aprendo a dejar de ser tan estúpida, porque volver a confiar en quien te engaña la primera vez es la peor de las estupideces.

João admiraba la forma que Ana tenía para desahogarse, mientras que él prefería atragantarse con sus emociones; jamás podría hablar abiertamente de cómo se sentía, porque le daba absoluta vergüenza.

—No mereces que te pase nada malo, no puedes culparte por lo que hizo ese tipo; el único culpable es él, a quien debe pasarle un tren por encima es a ese hijo de puta, que no supo valorar la chica que tenía a su lado.

—¡Ay! —chilló mostrándose falsamente emocionada—. Casi me convencen tus palabras, como si pudiera creerte. Ustedes... los hombres son todos iguales, ninguno sabe cómo mantener dentro del pantalón esa cosa —

reprochó mirando a la entrepuerta del moreno, después volvió la mirada al barman—. Aquí el único que vale la pena es mi amigo Ricardo, porque es quien se encarga de mantener este vaso lleno y me escucha. —Le sonrió agradecida.

El hombre le regresó el gesto pero más reservado, mientras seguía con su trabajo.

—No te culpo por pensar así del género masculino, ya veo que no has tenido muy buena experiencia.

—Buenas experiencias con el género masculino he tenido. —Sonrió pícaro —, pero nunca llegarán a ser el príncipe soñado, no son más que sapos; alguno que otro consigue colgarse una máscara, pero tarde o temprano se le termina cayendo... —Volvio a mirar al barman—. Ricardo, sírvele otra cerveza a mi amigo João, el moreno de ojos bonitos. Yo invito.

—No, no quiero, gracias... Ya me voy. —Se negó educadamente.

—No me desprecies...

—Dije que no quería emborracharme.

—Y me dijiste que un par de cervezas no lo harían... Ni siquiera una botella como la mía. —La agarró la botella y le mostró que estaba casi a la mitad—. Así que podemos seguir hablando mientras te dure la segunda cerveza.

João sabía que era mejor quedarse escuchando las calamidades de esa chica que ir a encerrarse a su apartamento a atormentarse, por lo menos mientras hablaba con ella no pensaba en la dolorosa traición de Bruna.

—Está bien, pero solo si me sacas del saco en el que has metido a todos los hombres, porque en este momento no estoy para escuchar reproches de nadie.

—Está bien, entendí, estás fuera del saco... Ricardo, dale la cerveza.

—No, no es necesario, yo pago por mi bebida. — João se negó.

—Bien, como prefiera caballero. —Vio cómo el moreno le daba un gran trago a la nueva bebida; después, sus pupilas se fijaron en el mapa de tatuajes; y con su mirada borrosa se concentró en uno de los tantos que se entretejían en esa telaraña de tinta, era un reloj de cadena, que marcaba cinco minutos para las cinco—. ¿Qué significado tiene esa hora? —Le preguntó apuntando con su dedo índice el lugar en el antebrazo.

João siguió lentamente con la mirada el dedo de ella, hasta que se posó sobre su reloj tatuado.

—Es exactamente la hora en que le dije por última vez a mi padre que lo

amaba, murió segundos después. Desde ese momento para mí quedó una parte de mi vida detenida.

—Lo siento, no imaginé que representaba un episodio triste.

—No te preocupes, fue hace mucho tiempo, ya no duele, solo se extraña algunas veces.

—Comprendo, lo mismo me sucede con mi madre... Aunque no puedo decir que la extrañe.

—¿De qué murió?

—No sé si ha muerto... Bueno, en realidad no sé ni quién es, si está viva o no.

—¿Cómo no puedes saber quién es tu madre? Comúnmente es del padre de quien no se sabe el paradero.

—Sé que es así, pero cuando yo tenía tres años ella me dejó en la puerta de la casa de mi papá; no tengo ningún recuerdo suyo, ni siquiera sé su nombre; y al parecer, mi padre mucho menos.

—Supongo que no la extrañas, porque no se puede extrañar lo que no se ha querido.

—Tienes razón, no la extraño en absoluto. Creo que no hubiese podido compartir a mi padre con ella, apenas le tolero a sus amantes.

—Eres caprichosa.

—Lo suficiente como para querer ser la única mujer en la vida de mi papá.

—Presunciones de adolescentes.

—No soy una adolescente, tengo veintiuno —aclaró para que dejara de verla como a una niña.

—Entonces eres una niña mimada.

—Culpa de mi padre. —Levantó su vaso y le dio otro trago—. ¿Me das permiso? Necesito ir al baño.

—No tienes que pedirlo.

Ana se levantó y los efectos del alcohol hicieron que se abalanzara sobre él, pero se mantuvo en pie al apoyar sus manos sobre los hombros del moreno, percatándose de que los tenía fuerte; acercó su rostro tanto como para dejar su caliente aliento sobre los gruesos labios masculinos, heredados de la genética afrobrasileña de su padre.

—No te vayas a ningún lado —dijo con la lengua casi trabada, después miró al barman—. Ricardo, no lo dejes ir.

Ana sentía las extremidades adormecidas y parecía que el suelo del bar se estaba moviendo, pero bien sabía que eran los efectos de su descontrol con el

whisky, por lo menos, anímicamente se sentía mejor. Rodolfo empezaba a ser un recuerdo tan borroso como su vista.

Se obligó a caminar erguida para que su nuevo amigo no se percatara de que se había emborrachado con apenas media botella, pero una puta silla se atravesó en su camino y casi la hizo caer, por lo que tuvo que aferrarse a la mesa.

João, que la seguía con la mirada y que había tenido la oportunidad de ver más de una vez a un borracho se levantó y fue en su ayuda, porque bien sabía que un par de pasos más y terminaría en el suelo.

—Deja que te ayude. —Le dijo, sujetándola por la cintura.

—Yo puedo —dijo con una risita.

—No puedes, apóyate en mí.

—¿Me acompañarás al baño?

—Eso haré o terminarás lastimándote.

—Menos mal que te saqué del saco de los desgraciados, eres muy caballeroso. —Rio divertida, al tiempo que se aferraba al él—. Estás fuerte —dijo apretándole los costados.

—Ya deja —dijo conteniendo la risa que le provocaban las cosquillas que ella despertaba con su toqueteo.

—¿Eres amargado o tímido?

João ignoró ese último comentario y la orientó al baño.

—¿Crees que puedes entrar sola? —preguntó frente a la puerta del baño para damas.

—Sí, eso creo. —La soltó y ella caminó hacia la puerta, pero no logró abrirla cuando estrelló su frente contra la madera.

—No, no creo. —Volvió a ayudarla y la metió; agradeció no encontrarse con alguna chica alarmada por la invasión—. Entra ahí y siéntate. —Le dijo, abriendo la puerta de un cubículo.

—Eso haré, eso haré... —dijo entrando y empezó a levantarse la parte inferior de la gabardina.

—Espera a que por lo menos cierre la puerta —pidió un tanto fastidiado.

—¿Acaso te asombra ver la entrepierna de una chica? ¿O nunca viste a tu novia orinando? —ironizó.

—He visto a muchas mujeres desnudas, pero en un estado como el tuyo no me interesa; solo procura no caerte. —Cerró la puerta y caminó hasta el lavabo, donde empezó a mojarse la cara, mientras escuchaba como si se hubiese abierto un grifo que duró un buen rato; temía que la chica terminara

deshidratándose, y ese particular instante le hizo sonreír.

CAPÍTULO 13

En medio de tropezones Ana salió del cubículo, encontrándose a su amigo moreno apoyado contra el mármol de los lavabos, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—¿Qué tiene de malo mi estado? —preguntó, tratando de llegar victoriosa a los lavabos—. ¿Acaso insinúas que estoy borracha?

—No lo insinúo, lo estás.

Ana se miró al espejo y jadeó ante la sorpresa que le dio su apariencia.

—Tienes razón, soy un desastre. —Apoyó las manos en el mármol y se acercó más al espejo, tratando de distinguirse en esa imagen borrosa.

—Lávate la cara, necesitas refrescarte; por lo que veo, no estás acostumbrada a beber —dijo estirando la mano para abrir la llave.

—No de esta manera. —Metió las manos debajo del agua fresca—. Creo que no me estoy sintiendo muy bien. —Contrajo el gesto, como si sintiera náuseas.

—Es normal, mañana te sentirás peor... Anda, lávate la cara.

Ana le hizo caso, ahuecó sus manos y esperó a que se llenaran, después de las llevó al rostro. Repitió la acción en varias oportunidades, provocando que el rímel se le corriera y empeorara su imagen.

—¡Qué vergüenza! —Se impresionó al verse una vez más en el espejo—. Parezco algún personaje de terror.

—Toma. —João le ofreció varias servilletas de papel.

Ella casi se las arrebató al tiempo que intentaba esconder el rostro.

—Juro que todo esto me lo pagará el maldito de Rodolfo —prometió mientras se limpiaba la cara y volvió a romper en llanto, ocultándose tras la servilleta.

—¿El maquillaje? —preguntó tratando de hacerle una broma para que dejara de llorar. Porque lamentablemente en ese momento ella era un reflejo de él; era esa parte herida y humillada que tanto se esforzaba por esconder.

—También —dijo entre llanto, pero también sonrió—. Siento lo que te ha

pasado, no pareces un mal hombre.

—No es lo que piensa mi ex.

—¡Vaya! ¡Qué rápido eres para aceptar tu nuevo estado civil!

—Antes de llamarla de esa manera tuve que pensarlo por algunos segundos, pero me convencí de que es momento de empezar a despertar a la realidad.

—No creo que Rodolfo siquiera merezca ese término, es un maldito bastardo.

—¿Te sientes mejor?

—No tanto como quisiera, y aunque quiero terminar la botella, prefiero irme a casa.

—Es la mejor decisión, ¿alguien vendrá por ti?

—No, mi auto está al otro lado de la calle.

—En ese estado no vas a conducir. Si me permites puedo llevarte.

—Estás loco si crees que aceptaré que me lleves a algún lado cuando no se puede confiar en nadie; no puedo saber si detrás de esos sexis tatuajes y esos ojos bonitos se esconde el psicópata que anda matando las mujeres.

—Para tu tranquilidad soy policía. —Se sacó la placa del bolsillo del pantalón negro y se la mostró.

—Igual podrías ser el asesino.

—Pero no lo soy, si lo fuera no estaría perdiendo mi tiempo aquí contigo... Anda, termina de quitarte los restos de servilleta de la cara, que te llevaré a casa. ¿O prefieres que te pida una patrulla?

—Realmente no sé si deba temer más del asesino o de los policías. No se diferencian por mucho.

—Esa es tu más sincera opinión, porque los borrachos no saben controlar el cerebro ni la lengua; sin embargo, no cuarteas mi resolución de llevarte a casa, porque aunque no lo creas, soy un policía comprometido con mi país, y eso incluye el bienestar de sus ciudadanos.

—¿Se supone que debo creerte?

—Más te vale.

—¿Me estás amenazando? Es decir, ¿debo creerte o atenerme a posibles consecuencias?

—No, solo quiero decir que si no crees en mi palabra no tendrá sentido tampoco tener una amistad.

—Bien, dejaré que me lleves entonces. Supongo que eres mejor que una patrulla, pero me iré solo con una condición.

—No creo que estés en posición de exigirme.

—Quiero llevarme lo que queda de la botella, ya podré continuar ahogando mis penas en la seguridad de mi apartamento.

—Está bien, no me opondré —concedió para no seguir discutiendo con la chica, jamás imaginó vivir el despecho de una traición en plan de súper niñera.

La orientó de nuevo a la barra, donde ella una vez más planeaba sentarse, pero él la sujetó por el codo para impedirselo.

—Espera, espera... Solo quiero despedirme de mi amigo Ricardo.

—Voy a llevarla a casa, se ha pasado de tragos. —Le explicó João al hombre, quien le dedicaba una mirada cargada de desconfianza.

Lo que menos deseaba era provocar una mala impresión, así que le mostró su placa, para que por lo menos pusiera un átomo de confianza en él.

—Oh Ricardo, dejé la cartera en mi auto, voy por ella para pagarte, juro que regresaré. —En ese instante ella se sentía más avergonzada que borracha. Se tanteaba los bolsillos de la gabardina, en busca de las llaves.

—Yo pago. —João guardó la placa, buscó la billetera y deslizó la tarjeta de crédito por la madera pulida.

—Te lo pagaré en cuanto llegue a mi auto —aseguró Ana, todavía sonrojada por la vergüenza—. Adiós Ricardo, gracias por todo.

—Adiós Ana, ve con cuidado, y no vuelvas a caer ante las súplicas del desgraciado ese.

João la sujetó por el brazo para guiarla fuera del bar, en la calle miró a ambos lados, no recordaba exactamente dónde había dejado su auto.

—¿Dónde estacionaste?

—Aquí, a la vuelta —dijo señalando con el pulgar a su derecha.

—Pareces más lúcida que yo —murmuró, y casi arrastrándola caminó en dirección a donde suponía estaba el auto.

—Ahí, ese azul eléctrico. —Ana señaló al deportivo del año que su padre le había regalado un par de meses atrás.

—¿Estás segura? —preguntó un tanto perturbado. No debía ser adivino para tener la certeza de que el dueño de esa máquina debía estar en un estrato económico como diez niveles por encima del suyo.

—Totalmente, es el mío; aunque esté borracha puedo reconocerlo. —Le ofreció la llave—. Aquí tienes, supongo que sabes conducir.

João no dijo nada, solo intentaba entender cómo rayos una chica de élite había llegado a un lugar como ese. Agarró la llave y siguió caminando, le

abrió la puerta del copiloto y la ayudó a entrar; se acuclilló para acomodarle el cinturón, y ella le sostuvo la mano.

—Espero que seas buen hombre.

—Lo suficiente como para dejarte en tu casa sana y salva —dijo clavando su mirada en ella. Terminó de ajustarle el cinturón y bordeó la parte delantera del auto—. ¿Dónde vives?

—En algún lugar en São Conrado.

—Necesito que seas más específica. —Se sacó el arma de la espalda y la puso en el tablero.

—Arranca, que te voy explicando —respondió estirando la mano, llevada por la curiosidad que la obligaba a agarrar el arma.

—No se toca. —Le dio un suave manotón.

—Solo quiero verla.

—De ahí puedes verla, pero no se toca.

—¿Tenías en tu poder un arma y perdiste la oportunidad de pegarle un tiro a tu ex?

—Estuve a punto de hacerlo, pero realmente no vale la pena, no quiero ir a prisión.

—Yo lo hubiese hecho, lástima que no tuve una en el momento; hubiera descargado el cartucho en el pecho de Rodolfo.

—De haberlo hecho nos habríamos conocido en una situación completamente distinta. En este momento no estaría llevándote a casa, sino a prisión.

—No te habría dado mucho trabajo, después de todo, confesaría rápidamente que sí, que lo hice porque era un maldito infeliz, que se merecía eso y más. ¿Me habrías comprendido? —Se volvió hacia el moreno y se puso un mechón de pelo detrás de la oreja, mientras la ciudad afuera del auto era un simple borrón nocturno.

—Sí, seguramente, pero no lo perdonaría. Mi deber está del lado de la razón y no de la pasión —confesó mientras conducía con gran habilidad—. ¿Te sientes mejor? —preguntó echándole un vistazo.

—Eso creo, por ahora... Pero sé que volveré a sentirme en el infierno. Qué complicado es todo cuando tu corazón pertenece a alguien que no lo merece. —Se lamentó en medio de un suspiro y echó la cabeza hacia atrás, fijando la mirada en el camino—. A dos calles cruza a la derecha —indicó con el grado de voz suficiente para que él escuchara—. ¿Por qué estás tan callado? Te estoy aburriendo, ¿cierto?

—No, solo estaba pensando en tus palabras.

—¿Cuáles?

—En todo lo que has dicho... No puedo evitar de cierta manera sentirme identificado y pensar en cómo me sentiré mañana cuando despierte. ¿Cómo lograr que el mundo se detenga hasta que pueda sentirme emocionalmente mejor? Hasta que pueda seguir con todo lo demás como si nada.

Ambos se quedaron en silencio por varios minutos, hasta que Ana le señaló el edificio donde vivía.

—Entra al estacionamiento, podrás salir por la recepción.

Las rejas del estacionamiento se abrieron automáticamente cuando la cámara de seguridad reconoció el auto. Ella le indicó el puesto que le correspondía. Ambos bajaron, no sin antes João agarrar su arma y volver a asegurársela en el pantalón.

Ana todavía sentía pesadamente los efectos del alcohol, se esforzaba por caminar en línea recta, pero sabía que no lo conseguía.

—Vas a despertar con una resaca de mierda. —Sonrió ligeramente, sujetándola por el codo para guiarla, temía que terminara en el suelo.

—Estoy bien, solo un poco mareada, pero no borracha.

—Todos decimos eso... —Llegaron a un gran salón de cristal, donde estaba la recepción y al fondo el ascensor—. Bien, me voy, y tú ve a dormir —anunció mirando al hombre vestido de uniforme de seguridad que estaba tras un escritorio.

—¿Cómo te vas?

—En taxi, tengo que ir por mi auto, lo dejé cerca del bar.

—Es mejor que subamos, te pediré el taxi desde allá; y también aprovechas para tomar agua o lo que desees.

João se quedó mirándola, no quería darle ningún tipo de connotación sexual a la oferta que acababa de hacerle Ana, porque bien sabía que ninguno de los dos estaba en condiciones para eso.

—No, no es necesario, seguro que él puede pedirme uno —dijo alargando la mirada hasta el hombre de seguridad que los miraba de manera disimulada.

—No seas tímido. —Lo haló por la mano, arrastrándolo con ella.

João se dejó llevar, porque sabía que no había nada más insistente y pesado que un borracho, por lo que era mejor seguirle la corriente.

Cuando entraron al apartamento imaginaba que sería un lugar lujoso, debido al sector donde estaba ubicado el edificio, pero no supuso que a tal magnitud. La sala era inmensa, decorada en blanco, gris y lila, demasiado

grande para una persona.

Fue en ese momento que llegó a la conclusión de que Ana vivía con su padre, y que en cualquier momento aparecería; y lo peor, dudaba que estuviera dispuesto a escuchar algún tipo de explicación.

—Es mejor que me vaya, no quiero que tu padre despierte; seguro se enfadará si te ve borracha...

—¿Mi padre? Él no vive aquí... Es mi apartamento. Claro, él me lo regaló, después de darse cuenta de que les hacía la vida imposible a sus amantes de turno.

—Supongo que eres terrible —dijo más aliviado, recorriendo con la mirada el lujoso lugar.

—Cuando se trata de mi papá sí, lo soy.

—Te gustan los caballos —afirmó ante lo evidente, al verla vestida de equitación sobre un extraordinario ejemplar blanco.

—Sí, es mi pasión. He estado en tres oportunidades en el campeonato mundial de juegos Ecuestres.

—Es bueno saber que tienes otras habilidades, además de tomarte a fondo un vaso de *whisky*.

—Tengo muchas más. —Caminó a la cocina y él la siguió, parándose junto a la isla con encimera de mármol blanco—. ¿Agua, cerveza...? No, aquí no tengo cerveza... —confesó mientras revisaba la nevera—. Té verde, agua..., agua... Lo siento, no suelo tener otro tipo de bebida, para no verme en la tentación de romper mis hábitos sanos, pero si quieres puedo pedir unas cervezas.

—No te preocupes, no pienso beber más, ahora entiendo por qué te fuiste al bar; no es para nada consolador pasar el despecho con té verde.

Ella sonrió, y a él le cautivó ese gesto que la hizo lucir más linda, mucho más de lo que ya era. No podía negar que Ana era preciosa; sin embargo, su corazón herido no podía ver más allá de eso.

—Aquí tienes. —Deslizó con sutileza el vaso por el mármol y no lo detuvo hasta que el cristal rozó los dedos morenos, donde se podía leer la palabra «Deus» tatuada encima de los nudillos.

—Gracias. —Se obligó desviar su mirada del rostro todavía con huellas de maquillaje al vaso, y bebió solo un poco.

Las pupilas de Ana se posaron sobre la boca masculina y siguieron el lento movimiento de la punta de la lengua sobre el labio inferior, saboreando la gota de agua que caprichosa se quedó vibrante.

El corazón ralentizó sus latidos, golpeando de manera contundente contra su pecho, y le dificultaba la respiración; sus emociones se despertaban, turbándola; tanto, como los temblorosos aleteos en su vientre, que enviaba oleadas de deseo a todo su cuerpo. Sospechaba que eso no era más que los efectos secundarios del alcohol que corría por su organismo, porque si tuviera sus sentidos totalmente estables, jamás se descubriría ansiando a un hombre como ese.

Como se lo había hecho saber, no era racista, tenía amigos morenos, pero nunca le habían llamado la atención sexualmente; jamás los había visto atractivos, pero João, con su actitud y esos ojos cristalinos que deslumbraban seductoramente ese rostro de rasgos duros con escasa barba rompía sus preceptos.

«Es culpa del bendito alcohol». Pensó sintiéndose acalorada. «O posiblemente estoy buscando desesperadamente desquitarme la humillación de Rodolfo con el primero».

—Es hora de marcharme —anunció él—. Ya sé que aquí estás a salvo.

—Sí, creo que es momento. —Fue lo que su boca expresó, pero un latido interno le suplicaba porque no lo dejara marchar, por lo menos no así—. Gracias por traerme a casa, me doy cuenta de que realmente eres un policía honesto, lo que quiere decir que eres una especie de algo en extinción.

Él elevó ligeramente la comisura izquierda en una mueca que se acercaba mucho a una sonrisa, que para Ana fue demasiado seductora; solo quería correr y meter la cabeza en la heladera para enfriar sus pensamientos.

—No fue nada, aunque no es algo que hago muy a menudo.

—Imagino, no todos los días cuentas con la desgracia de encontrarte a alguien en una situación tan patética. —Sonrió, burlándose de sí misma.

—No creo que tu actitud haya sido patética, confieso que me siento igual, que quise emborracharme hasta perder el conocimiento, pero sé que antes de perder el conocimiento habría perdido el control, y eso es sumamente peligroso. No es mi intención aparecer en la primera página de sucesos del diario matutino.

—Ciertamente, no mereces ir a prisión por alguien que jugó con tus sentimientos... —Caminó hacia la mesa donde estaba el teléfono inalámbrico, tratando de huir de esa mirada—. Te pediré el taxi —anunció, sorprendiéndose ella misma porque su voz se había tornado ronca, imaginaba que era porque estaba estrangulando con fiereza el deseo que repentinamente se había despertado en ella.

Él no dijo nada, solo acortó la distancia con algunos pasos, mientras que ella levantaba el teléfono.

Ana sentía que los latidos le hacían eco en los oídos y su temperatura había aumentado tanto, que empezaba a sentir frío; percibía una sensación serpenteante recorrer su espina dorsal, así mismo la fogosidad burbujecía en lugares que temía admitir.

No era primera vez que estaba a solas con un hombre que no fuera Rodolfo, pero ese deseo desbocado sí era nuevo, sobre todo por un tipo que con su color de piel creaba una barrera intraspasable.

—João —musitó intempestivamente al tiempo que volvía a dejar el teléfono sobre la mesa y corrió hacia él, abalanzándose sin previo aviso.

Él se mostró realmente sorprendido ante la arrebatada reacción de la chica, no pudo predecir ese instante, no lo vio venir en ningún momento, jamás vio un atisbo de seducción por su parte. Aun así, sus reflejos respondieron.

—Ana. —Sujetó las muñecas que le aferraban el cuello, deteniéndola a escasos centímetros de su rostro. Estaba sonrojada, con la respiración agitada, tratando de encontrar aliento con los labios ligeramente separados. Era muy joven y él no debía perder la cabeza, no debía, porque si lo hacía, estaría aprovechándose de una pobre chica borracha que además tenía el corazón roto; sin embargo, esos ojos ardiendo en deseo le suplicaban que perdiera además de la razón la ropa.

No, él no podía hacerle eso a Bruna, no era correcto pagarle con la misma moneda; pensaba, cuando sus pensamientos volvieron a torturarlo al recrear la escena donde la mujer que él amaba se encontraba a gatas, recibiendo y gozándose a otro hombre.

Así que como si un rayo lo impactara, atendió la súplica de esos ojos azules; dejó de poner resistencia a su agarre y atrapó la pequeña boca de labios voluptuosos.

Ana empezó a desabotonarse la gabardina que escondía su sugerente conjunto de lencería, al tiempo que João, sin dejar de besarla empezó a levantarse la camiseta.

—Un momento, un momento —pidió tregua, se quitó la camiseta y dejó el arma sobre la mesa donde estaba el teléfono—. Esto no está bien —decía su boca, pero sus manos buscaban las caderas de Ana, y con rudeza la pegó a su cuerpo.

—Sé que no está bien, pero no importa..., no importa porque estoy excitada, ardo en deseos por ti... Te necesito —murmuraba mientras chupaba

los labios del moreno, descubriendo que esa boca era contundente, y que las manos que le aferraban el culo eran poderosas.

—Creo que estamos cometiendo un error, un grave error... Solo nos estamos dejando llevar por el despecho... Estamos heridos y molestos, solo eso —razonó él, alejándose un paso, pero su mirada hambrienta se pasaba por la transparencia del conjunto de lencería.

Ana estiró la mano y lo haló por el cinturón, acercándolo a ella.

—Quiero sentirte en cada molécula de mi herido y despechado ser, quiero que esta noche te propongas abrirme los ojos y los sentidos, que me enseñes que hay mejores hombres que Rodolfo, así como yo te enseñaré que puedo ser mejor que tu ex. Te voy a regalar todos mis jadeos y gritos de placer, para que puedas darte cuenta de lo que ella se ha perdido. Y si estás a la altura, no me cohibiré en mostrarte el hombre sexualmente devastador que eres. Impediré que sufras por esa estúpida zorra que no supo apreciarte.

—Muy halagador todo lo que dices, pero seguramente cuando se te pase la borrachera vas a arrepentirte.

—Puede que lo haga, pero no por eso voy a dejar de gozar este momento; lo único que está hecho trizas es mi corazón, y no lo necesito para lo que quiero que hagamos durante toda esta madrugada. ¿Tú necesitas el corazón para llevarme a la cama?

João negó con la cabeza, la levantó en vilo y una vez más volvieron a besarse con gran vehemencia.

La llevó al sofá donde quedaron totalmente desnudos y se entregaron al ferviente deseo, y aun después de que estallara el éxtasis ninguno se había arrepentido de lo sucedido. Él ni siquiera pensó en la posibilidad de marcharse, solo se quedaron uno encima del otro, respirando el mismo aliento, mirándose en silencio y besándose de vez en cuando, hasta que una vez más la pasión resurgió con fuego crepitante y Ana no perdió la oportunidad de llevárselo a su habitación.

Volvieron a entregarse a la lujuria, ella hizo alarde de su cotidiana práctica sobre los caballos para hacerlo gruñir, jadear por el más delirante placer, mientras que él le regalaba toda su potencia con cada acometida, su experiencia y su descontrol.

Quedaron totalmente rendidos después del festín que ledieron a sus cuerpos; sin embargo, fue João quien regresó primero a la realidad. Miró a la chica dormida, no podía evitar sentirse un hombre con suerte; jamás imaginó tener la fortuna de disfrutar del cuerpo de una jovencita de la élite brasileña.

Miró en derredor los lujos que lo rodeaban, y eso inevitablemente empezó a incomodarlo, provocando en él la certeza de que cuando ella despertara y se diera cuenta del hombre que tenía al lado, con el que había cogido con tanto entusiasmo, se arrepentiría totalmente; y antes de que ella tuviera que enfrentarse a la peor resaca moral, él prefirió marcharse.

Salió de la habitación, y en la sala empezó a vestirse, tratando de ser lo más silencioso posible, mientras se maravillaba con las fotografías y las estatuillas doradas que ella detentaba; todas representando su gran pasión por los equinos.

Abandonó ese lugar como el más vulgar de los ladrones, solo que entre sus manos no llevaba absolutamente nada; estaba vacío aunque satisfecho, caso contrario a lo que le pasaría a Ana, una vez que despertara.

CAPÍTULO 14

A João apenas le dio tiempo de llegar a su apartamento, ducharse y cambiarse para irse raudo al trabajo; su cabeza giraba en torno a todas las experiencias vividas, todavía le dolía intensamente el engaño de Bruna, ni siquiera conseguía creerlo, si no fuera por los pensamientos que lo torturaban creería que solo fue una pesadilla; sin embargo, también pensaba en esa chica que el destino le había plantado en aquel bar y lo bien que lo había pasado con ella, porque a pesar de que estaba borracha fue de agradable conversación, y el sexo fue explosivo.

No quiso encender su teléfono, porque sabía que iba a reventar en notificaciones; cuando llegó al estacionamiento lo estaba esperando Juninho; rápidamente abrió la puerta del copiloto y abordó el vehículo.

—¿Puedes ser un poco más discreto? —pidió sin sorprenderse ante la invasión.

—¿Dónde carajos estabas metido? Te he estado llamando como loco, fui a buscarte al apartamento, estaba a punto reportarte como desaparecido.

—Como si te interesara tanto, sé qué es lo único que te mueve, y no es precisamente mi bienestar. —Se sacó la memoria del bolsillo de los vaqueros, y con gran precaución se la entregó, evitando por todos los medios que la cámara del sistema de circuito cerrado viera la entrega.

—Esto debí entregarlo anoche, no sé si ahora van a pagar lo mismo.

—Ni una mierda, tienen que pagar lo que Cobra pidió; no vas a dejar que te jodan... Es lo pautado o nada, ¿entendido?

—Lo entiendo, pero no sé si el cliente lo haga.

—Pues se lo vendemos a otro y listo, ahora largo de mi auto, no quiero que nos vean juntos.

Desde que su amigo dio la espalda João encendió su teléfono, casi de manera inmediata una ráfaga de notificaciones hizo vibrar continuamente el aparato en sus manos, en su mayoría mensajes de Bruna, en los que le suplicaba que la perdonara, que le diera otra oportunidad; juraba que había cometido un error y que no volvería a pasar, que se había dejado llevar por

todo el estrés que le provocaba los parciales en la universidad, decía que ni siquiera había sido consciente de cómo había terminado en esa situación; imploraba que le permitiera darle una explicación.

Dejó de lado el teléfono y hundió la frente en el volante, empezó a moverla de manera negativa. No, no iba a perdonarla, no iba a hacerlo, porque simplemente no podía olvidar lo que había pasado; no podía sacarse de la cabeza la imagen de ella con otro; aunque intentara empezar de nuevo, aunque intentara darle otra oportunidad, sabía que esa pesadilla lo perseguiría toda la vida, que todas sus súplicas no tendrían el poder de borrar lo que había pasado; la confianza se había perdido y no creía poder recuperarla.

Su orgullo estaba demasiado herido, aunque su corazón intentaba doblegarlo debía darle peso a su dignidad y dejar de lado los sentimientos a los que esa mujer no le dio valor.

Si la perdonaba volvería a tropezar con la misma piedra, había tenido la oportunidad de ver el más claro ejemplo en Ana, quien había confiado una vez en su ex, y el muy maldito volvió a pagarle con la misma moneda.

El teléfono vibró entre sus manos y vio una llamada entrante de su jefe.

—Souza, no puedes ser más oportuno. —Decidió no contestarle y salió del auto, bien sabía que solo iba a preguntarle que porqué todavía no llegaba a trabajar.

Tenía más ganas de ir al gimnasio del edificio a descargar su furia que a la oficina, pero Souza no iba a permitir que se ejercitara en ese momento.

Se presentó ante su jefe como si fuera un día más de trabajo, trató de concentrarse, de dedicar cada segundo de su tiempo a su labor, que bastante tenía por hacer.

Bruna volvió a llamarlo, pero no le contestó; y para que no siguiera mortificándolo, decidió volver a apagar el aparato.

Casi a las ocho de la noche terminó con las labores del día y partió al apartamento de Cobra, encontrándose sumido en su computador.

—¡Hasta que apareces! —dijo irónico sin despegar la vista de la pantalla ni detener sus dedos que tecleaban con gran agilidad un código alfanumérico.

—Ya Juninho las tiene.

—Lo sé, me llamó esta mañana, ya el dinero está seguro...

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Tratando de rastrear a Elizabeth, tengo que saber dónde encontrarla, pero no está siendo fácil; al parecer, la Interpol ha reforzado el puto sistema —dijo frustrado, había pasado casi toda la tarde tratando de entrar a la base

de datos de la institución que desde hacía unos años no solo se dedicaba a rastrear a personas con algún tipo de delito, si no que había creado una base de datos que les permitía encontrar a cualquier ser humano. Lo hicieron como medida de seguridad, ante la ola de secuestros que se suscitaba en países a los que no pertenecían y por la trata de personas; además de que el límite para declarar a una persona desaparecida había sido reducido a doce horas.

Eso había creado un margen de éxito notorio para la entidad y para la seguridad de los ciudadanos a nivel mundial.

—¿Cuándo piensas viajar?

—Me voy en el vuelo de mañana por la noche, por eso necesito cuanto antes esta información. No puedo llegar como un estúpido a buscar por toda la ciudad.

—Te estás precipitando, ni siquiera tienes una puta bufanda, ¿cómo vas a soportar el frío?

—Eso es lo de menos, lo que me interesa es saber dónde buscarla. —Se sentía frustrado, porque por más que intentaba, no tenía éxito—. ¿Todavía tienes ese contacto en la Interpol?

—Sí, pero no cuentes conmigo para eso.

—Vamos João, no seas mierda. —Casi suplicó.

—No, no Cobra, ¿acaso no eres consciente de que quieres pedir información sobre la hija del Fiscal General del puto Nueva York?

—Lo sé, pero es tu amigo.

—No es mi amigo, solo es un conocido, que algunas veces nos hacemos favores. Entiende que no puedo confiar totalmente en él. —Resopló su frustración—. No va a entender que solo estás enamorado de la chica, pensará que formas parte de alguna organización que intenta secuestrarla. Tipos como tú y yo no se relacionan con esa clase de jovencitas; jamás creerá que te la estás cogiendo y que ella se lo goza, ya con mucha suerte has contado.

—Entiendo, seguiré intentando. —Se dio por vencido, consciente de que João tenía razón; sabía que no era el único que entraba a la base de datos de la institución para robar información, sino que grandes mafias también lo hacían para desactivar los chips de rastreo de narcotraficantes, trata de personas, secuestrados y muchos más que tuvieran que desaparecer del globo terráqueo.

No importaba cuánto se esforzara el sistema por brindarle tranquilidad a la humanidad, existían otros que sin mucho esfuerzo burlaban leyes y medios.

—¿Por qué no contestaste mis llamadas? —preguntó Cobra sin darse por vencido, seguía intentando ingresar a la complicada red.

—Estaba cansado —respondió con la voz áspera, tratando de ocultar la humillación por la que había pasado—. No tenía ganas de hablar con nadie.

—Debiste tomar esa decisión una vez que terminaras lo que habías empezado...

—Sé que estás desesperado por la chiquilla caprichosa, pero hay cosas más complicadas que tu insana obsesión —increpó sin ganas de esperar ningún reproche.

Alexandre clavó sus ojos grises en João, en silencio; estudió el rostro de su amigo por casi un minuto.

—¿Qué sucede? —preguntó atisbando que algo le pasaba, porque no era normal que estuviera de tan mal humor.

—Nada, solo estoy cansado de toda esta mierda.

—¿A cuál mierda te refieres? —inquirió elevando una ceja en gesto de ironía.

—El trabajo, la presión de todos los días, el maldito asesino...

—Creo que es algo más que eso —dijo con aire analítico.

—Posiblemente lo sea, pero ahora mismo no quiero hablar de ello. —Le palmeó el omóplato derecho—. Tengo que ir a casa, ¿necesitarás el aventón hasta el aeropuerto? —preguntó al tiempo que se levantaba del sofá.

—Sabes que sí.

—¿Hablaste con tu familia?

—Sí, le conté a mi mamá, ya ella se encargará de decirle a los demás.

—¿Y no te interrogó?

—Dije que iba por trabajo.

—¿Y se lo creyó? —preguntó sonriente, porque conocía perfectamente a Arlenne.

—Me hizo creer que sí.

João negó con la cabeza mientras sonreía sinuosamente y salió del apartamento de Cobra, seguro de que su amigo había perdido totalmente la razón entre las piernas de la jovencita Garnett.

—Prometo cumplir con todos los compromisos que tengo pendientes —dijo Elizabeth, mirando a los ojos de Cristina, quien todavía no podía creer que estuviese renunciando a su carrera—. Sé que esto te toma por sorpresa.

—Definitivamente —dijo todavía sorprendida, parpadeando rápidamente

mientras intenta digerir la información—. Solo el viernes estábamos haciendo nuevos planes.

—Lo sé. —Cerró los ojos y suspiró—. Lo sé Cristina, pero era algo que ya estaba haciendo por obligación, ya todo este mundo no me hace feliz; y supongo que te has dado cuenta.

—Solo pensé que estabas en un mal momento, no... Realmente no me esperaba nada de esto. Elizabeth, ¿lo has pensado bien? —Estiró su mano y la puso encima de la de la chica.

—Desde hace mucho, un año más o menos. No voy a despedirte, igual quiero que sigas siendo mi asesora de imagen.

—No es necesario que continuemos nuestra relación laboral por lástima, tu madre puede asesorarte perfectamente.

—No Cristina, lo menos que siento por ti es lástima, mi madre apenas si tiene tiempo para ella...

—Aunque Rachell no pudiera, tienes la experiencia suficiente; sabes perfectamente cómo vestirme, cómo comportarte... Ya no me necesitas.

—Sí, te necesito. —Envolvió con su mano la de Cristina y la apretó sin apartar su mirada de los ojos almendrados.

—No, realmente no... No tiene caso si te vas a Harvard. —Sonrió melancólica—. En serio, estaré bien... Igual seguiremos siendo amigas.

—Siempre, además, todavía falta casi un año para que me vaya a Boston, suponiendo que me admitan.

—Sé que lo harán, eres brillante, sin mencionar que tienes al Fiscal General de Nueva York que te avala.

—Prefiero que mi padre no interfiera en absoluto en mis estudios, quiero alejarme lo suficiente de su sombra, necesito independencia en mi vida; estoy algo cansada de conseguir méritos solo por él y mi madre.

—Te entiendo y es la mejor decisión, así podrás estar segura de tus extraordinarias habilidades. —Le sonrió con franqueza—. Mandaré a redactar el comunicado de tu renuncia, ¿será definitivo?

—No lo sé, es decir, no sé si en algún momento quiera regresar, si algo llegue a llamar lo suficiente mi atención como para tomarlo...

—Entiendo, entonces dejaré una puerta abierta para tu regreso.

—Por ahora solo quiero exclusividad con mi madre, no le he dicho porque quiero sorprenderla; no quiero dejarla.

—¿Estás segura de eso? Sé que Rachell comprenderá si no deseas seguir siendo su imagen —dijo con total seguridad, porque conocía perfectamente a

Rachell.

—Es lo que ella cree, pero sí quiero; quiero seguir de alguna manera colaborando con ella, y también seguiré con la marca de mi perfume. —Le extendió la otra mano, pidiendo la de Cristina y la apretó con toda la pertenencia y cariño que sentía por ella—. Pero ya dejemos de hablar de mí, cuéntame, ¿has tenido noticias de la agencia de adopción? —preguntó fijando su mirada en la de su agente.

Cristina le sonrió agradecida del afecto que le ofrecía, ella no podía dejar de ver en Elizabeth a esa primera niña que perdió antes de que naciera, cuando tan solo tenía diecisiete años; ya sabía que sería un milagro si llegara a convertirse en madre. Su hija tendría la misma edad que Elizabeth, imaginaba que hubiese sido tan hermosa como ella, la idealizaba en todo momento, así como lo hacía con los otros tres niños no nacidos, que a través de los años fue perdiendo, y con ellos siempre se iba un pedazo de su alma.

—No —reforzó su respuesta con un ligero movimiento de cabeza—. Todavía no, creo que somos la última opción para la agencia. —Intentó no dejar en evidencia su nostalgia, pero era imposible porque su voz se afligió—. Pienso que es momento de dar todo por terminado, no quiero seguir insistiendo y llenándome de esperanza.

—No, no te des por vencida... ¿Por qué no intentas otra opción? —propuso con gran optimismo.

—Ya lo he intentado todo, al parecer, ser madre no es mi destino... Es muy difícil y afecta considerablemente mi estado emocional cada vez que recibo negativas. —Llevaba toda una vida con el estigma que le provocaba su endometriosis; todos los días al levantarse se preguntaba por qué a ella, por qué no pudo ser una mujer normal, con la capacidad de poder sostener en su vientre a un hijo.

—¿Por qué no intentas con la subrogación?

—Si adoptar es complicado, no quiero imaginar lo difícil que será encontrar a una mujer que me ayude a superar mi incapacidad para tener un hijo; no creo que haya muchas mujeres por ahí querido embarcarse y después dar al niño. Sin mencionar que Marlon podría no estar de acuerdo.

—Es una opción, y no puedes saber su opinión si no se lo propones. Existen agencias donde puedes encontrar a la gestora —hablaba con total entusiasmo, queriendo traspasarle ese optimismo a la rubia—. Además, sería tu hijo, llevaría tus genes... Realmente pienso que es mejor opción que un niño adoptado.

—Eli, cariño, ojalá todo fuera tan fácil.

—Posiblemente es difícil porque tú así lo haces... Vamos Cristina, no te des por vencida, porque si no lo haces, no volveré a creer en tus palabras cuando intentes motivarme. Dime que vas a pensarlo —pidió, y sin soltarle las manos se levantó, bordeó la mesa y se acuclilló al lado de su agente—. Dime que vas a pensarlo por favor. —Volvió a suplicarle.

—Está bien. —Se dio por vencida, sintiendo cómo la ilusión que ya creía muerta resurgía en su pecho, aunque le daba miedo, imposible no sentirlo tras tantas decepciones—, lo pensaré.

Elizabeth le soltó las manos y la abrazó efusivamente.

—Verás que vas a conseguirlo, y si no, estaría dispuesta a prestarte mi vientre...

—¿Estás loca? Samuel me mataría, además de que eres una niña para salir embarazada; tienes muchos sueños que cumplir como para ponerlos a la espera por darme un hijo.

—Lo haría Cristina, no lo dudes. Quiero verte feliz, lo mereces; y ni prestándote mi vientre pagaría toda la felicidad que tú me has proporcionado.

—Todo lo que he hecho contigo ha sido de corazón, no por esperar nada a cambio, mucho menos que gastes a un hijo por mí. No eres la persona más indicada para eso, creo que inevitablemente crearías lazos sentimentales... Eres de un corazón muy puro como para llevar en tu vientre a un niño por nueve meses y después desentenderte como si nada.

—No es así...

—Piénsalo, no es de otra manera.

—Lo he pensado, en este instante solo creo que esas mujeres que prestan su vientre nos demuestran que están dispuestas a amar al prójimo, a hacer feliz a otra mujer al convertirlas en madres por encima de su propia felicidad.

—Anda, levántate cariño. —Le besó la frente—. Prometo que voy a pensarlo y te contaré.

Elizabeth regresó a su puesto feliz de haber convencido a Cristina de buscar otra opción para que pudiera cumplir su más anhelado sueño.

—Ahora que ya no tendrás tantas complicaciones conmigo, podrás dedicarle más tiempo a eso.

—Lo haré, pero el hecho de que ya no quieras ser modelo no quiere decir que vas a librarte de mis regaños. Si veo que empiezas a desviarte del camino me tendrás halándole las orejas —condicionó sonriente.

—Eso lo tengo totalmente claro —dijo con una amplia sonrisa—. Prometo

no darte tantos dolores de cabeza. —De repente miró su reloj—. ¡Oh por Dios Cristina! Llévame a Tribeca, se me ha hecho tarde. —Se levantó atribulada.

—¿Para qué?

—Para ir a LSI... Quiero iniciar un curso y precisamente hoy cierran las inscripciones.

—Pero si todavía estás con el alemán —dijo haciéndole una seña apurada al mesonero para que le entregara la cuenta.

—Sí, pero aprobé el examen final para pasar a etapa avanzada, con una excelente calificación por cierto —alabó su habilidad con los idiomas, gracias a su padre que desde que era una niña la instruyó para que dominara y amara otras lenguas, y eso le había servido de mucho en su carrera.

Lo que más le gustaba eran esos momentos en los que practicaba con su padre y mantenían conversaciones en el idioma que de momento estuviera estudiando.

—¡Te felicito! ¿Y qué vas a aprender ahora?

—Estoy entre japonés o hebreo, cualquiera de los me llama la atención, pero todo va a depender de la habilidad que demuestre en la prueba de preinscripción. Ahí me dirán cuál de los dos me será más fácil de aprender.

—El japonés es más comercial, se adapta más a tus necesidades —dijo entregándole un par de billetes al mesonero y salieron del café.

—Lo mismo pienso, no quiero volver con ningún intérprete... Todavía recuerdo la vergüenza que me hizo pasar el anterior en la semana de la moda en Tokio.

—Ya olvida eso. —Se carcajeó ante un incidente ocurrido un par de años atrás, cuando el intérprete tergiversó lo que ella había dicho.

—Eso me traumó —dijo divertida, aferrada al brazo de Cristina mientras se dirigían al estacionamiento.

Durante el trayecto a la escuela de idiomas, donde Elizabeth había pasado gran parte de su vida, aprendiendo otras lenguas, siguió conversando con su agente; le agradaba mucho cuando era más su amiga que su colaboradora, porque dejaba de lado las presiones que le causaba la responsabilidad de su trabajo; por ende, no la forzaba a ella.

Las próximas tres horas las pasó totalmente concentrada en dar lo mejor de sí, cuando abandonó la oficina del decano de idiomas estaba segura de que el próximo idioma que dominaría en unos años sería el japonés.

Se fue casa, comió su merienda antes de que se le pasara la hora, después se duchó y salió lista para ir a la academia de baile.

Entre ritmos latinos como la bachata y la salsa disfrutaba del estallido de adrenalina que le provocaba dejarse llevar por la música, y entre los brazos de su compañero el tiempo se pasaba volando.

Fue la alarma de su teléfono la que le recordó que debía estar en casa en menos de veinte minutos, porque le había prometido a Violet ayudarla con sus labores escolares.

Cuando llegó a casa subió a ducharse, luego se fue al salón de estudios, donde ya Violet la esperaba con el ceño fruncido, claro gesto de que estaba descontenta por los minutos de retraso.

Definitivamente, su hermanita era demasiado exigente, tanto como su padre.

—Ya casi lo termino —rezongó con un puchero.

—No seas mentirosa.

—Prometiste que estarías a tiempo.

—Y lo estoy, solo me retrasé diez minutos. —Le echó un vistazo al reloj que estaba sobre la biblioteca—. Necesitaba ducharme, pero si piensas que no precisas de mi ayuda, todavía estoy a tiempo de pasar la tarde con Luck —amenazó, no pensaba dejarse manipular por una enana de ocho años.

—Está bien. —Frunció la boca en un gesto gracioso y pensativo—. Por esta vez te perdono, puedes ayudarme.

Elizabeth negó con la cabeza y puso los ojos en blanco, realmente hubiese preferido ser hija única, porque ahora sobre sus hombros recargaba más responsabilidad que solo jugar.

No le quedó más que interpretar el papel de maestra y empezó a estudiar niveles educativos que había superado muchos años atrás, sin mencionar que debía llenarse de paciencia para poder conseguir que su hermana entendiera lo suficiente para que fuese capaz de realizarlo por ella misma; porque su misión era que Violet aprendiera, no hacerle ella los trabajos.

—¡Estoy cansada! —Suspiró la niña, mostrándose agotada.

—Ya te falta poquito, escribe tres antónimos de la palabra «esfuerzo».

—Desinterés —hablaba al ritmo que escribía—. ¿Está bien?

—Sí, ese puede ser uno, pero busca otro que se relacione más.

—¿Desánimo? —preguntó sosteniendo el lápiz y clavando la mirada en su hermana.

—Sí, puedes usar ese también...

—Ya no puedo más... —Se quejó y empezó a pasar las hojas—. He escrito seis páginas.

—No te enfoques en lo que has hecho, presta atención a lo que te falta... —

explicaba cuando sin aviso se abrió la puerta del salón.

—Buenas noches. —Rachell saludó con una alegre sonrisa, trayendo en sus manos una bandeja con un vaso de leche tibia, galletas de avena y pasas, y en una taza un humeante té verde—. ¿Cómo están mis niñas?

—¡Mami! —saludó Violet, como si repentinamente hubiese recuperado las energías, pero rápidamente volvía a perderlas—. Estoy muy cansada, ya quiero terminar esta tarea. Creo que se están extralimitando en el colegio. —Agarró el cuaderno mientras observaba cómo su madre ponía la bandeja sobre la mesa y les dedicaba una mirada vivaz—. Mira, he escrito seis páginas de sinónimos y antónimos.

Rachell la miraba sonriente, tratando de comprender a su pequeña, mientras Elizabeth negaba con la cabeza.

—Se queja por cualquier cosa, no es para tanto.

—Para ti es fácil porque ya eres grande y te sabes todo esto —replicó Violet.

—Pero lo has hecho muy bien —comentó Rachell, observando la tarea de su niña, que estaba prolijamente escrita con esa caligrafía redondeada.

—Todavía me falta.

—Bueno, tómate un descanso chiquita, te traje leche; y un té para ti cariño. —Le acarició la mejilla a Elizabeth.

—Me falta muy poquito —comunicó mientras agarraba el vaso de leche—. ¿Podrías ayudarme?

—No —intervino Elizabeth—. Mamá no hará la tarea por ti, deja de ser tan perezosa y termina.

—Mami... —Violet hizo un puchero, buscando apoyo en su madre, quien acababa de llegar del trabajo.

—Cielo, no puedo hacer la tarea por ti —explicó para no quitarle autoridad a Elizabeth—. Descansa unos minutos y luego continúas; además, lo estás haciendo muy bien. —Se sentó en una silla—. Ven aquí princesa. —Se la sentó en las piernas—. Mami te dará un masaje, para que estés más relajada.

Rachell empezó a masajearle los hombros y las clavículas, arrancándole risitas a su niña, sin poder evitar plantarle besos en sus gorditas y sonrojadas mejillas.

—Si quieres ve a descansar, yo termino aquí.

Elizabeth necesitaba distraerse, por lo que salió del salón y se fue al jardín; caminó abrazada a sí misma, con la mirada perdida en las farolas que iluminaban los árboles; respiraba el aire gélido mientras sus pensamientos

volaban una vez más a Brasil, provocándole una horrible opresión en el pecho. Habían pasado más de dos meses, y por más que se había jurado olvidar a Alexandre, no obtenía éxito.

Le había tocado sortear a su madre cada vez que le lastimaba la herida al preguntarle por él, suponía que ella sospechaba algo, pero Rachell Winstead no era de las mujeres que hacía preguntas que pudieran herirla, por lo que se dedicaba a ser sutil con sus interrogantes.

No sabía por cuánto tiempo más podía seguir adelante con la farsa, le decía que todo estaba bien, que Cobra simplemente tenía mucho trabajo y por eso no había ido a visitarla; le juraba que sí tenían contacto telefónico, pero lo cierto era que desde el día que regresó a Nueva York no había vuelto a saber de él.

Muchas veces se animaba a decirle a su madre que todo había terminado, que sencillamente no habían superado la distancia, pero cada vez que intentaba hacerlo terminaba perdiendo todo valor y seguía adelante con la mentira.

CAPÍTULO 15

Alexandre había decidido que si Moreira no aparecía al terminarse ese cigarrillo subiría al primer taxi que pasara por el frente, lo menos que deseaba era llegar tarde al aeropuerto; tampoco podía estar exponiéndose, porque sabía que los malditos que lo mandaron al hospital podían regresar a terminar el trabajo.

Exhalaba el humo y miraba en derredor, atento a cualquier movimiento extraño, con los nervios doblemente alterados aplastó la colilla contra la jardinera de piedras de río que estaba frente al edificio, donde las plantas de bromelia adornadas con sus llamativas flores rojas le daban calidez a la vieja edificación.

Estiró el brazo y mandó a parar el taxi que iba pasando, pero antes de que pudiera subirse Moreira le hizo saber de su llegada con un concierto de bocina.

Alexandre se disculpó con el chofer y emprendió enérgico su paso hacia el Chevrolet negro que paraba justo detrás.

—Pendejo, ibas a hacer que viniera en vano —reprochó João, dedicándole una mirada aniquiladora.

Alexandre pasó a su lado, ignorándolo; a él solo le preocupaba que los minutos avanzaban y ni siquiera había llegado al aeropuerto, palmeó el maletero del auto para que João abriera, metió la maleta y cargó consigo el bolso de mano, en el que llevaba su cámara y la laptop.

—Te dije que a las siete. —Cerró de un portazo y se ubicó en el asiento del copiloto—. No puedo perder el vuelo.

—No tengo culpa de que a Souza se le dé por romper los huevos. —Puso en marcha el auto—. La situación está cada vez más tensa, sobre todo desde que se recibió la denuncia de desaparición de una turista portuguesa; los familiares no han tenido contacto con ella desde que llegó al país hace un par de semanas... Imaginarás cuáles son las sospechas, y tu suplente ya se está quejando, quiere mandar todo a la mierda.

—Tendrá que soportar por dos semanas más, porque en este momento lo

que menos me interesa es reintegrarme al trabajo.

—Tranquilo, que por lo menos el jefe todavía respeta la licencia médica. ¿Lograste entrar al sistema?

—No, esa mierda cifrada la ha endurecido, pero logré hacer una lista de los lugares que frecuenta, conseguí la dirección de la oficina principal de la madre, creo que Elizabeth trabaja con ella; averigüé a qué academia de Capoeira asiste... También que suele ir a una escuela de idiomas desde que tiene nueve años.

—¿Te he dicho que eres un genio? —Liberó una mano del volante y le palmeó el hombro—. Para ti no hay nada imposible.

—Lo difícil será coincidir con ella en algunos de esos lugares.

—Eso para ti no es difícil, tienes lo más importante. ¿Para qué necesitas la base de datos de la Interpol si el cerebro que está bajo esa mata de pelo es brillante? —Le agitó los rizos, despeinándolo totalmente.

—¡Ya! ¡Carajo! No molestes —protestó, escapándose de la mano de João y empezó a peinarse.

Moreira rio socarrón, agradeciendo ese momento en que su amigo le hacía olvidar que su corazón seguía hecho trizas, no había vuelto a hablar con Bruna, y no lo haría.

Cuando llegaron al aeropuerto, Alexandre bajó rápidamente y sacó la maleta en la que llevaba poca ropa, pues le tocaría comprar algo más acorde al clima que le esperaba en Nueva York.

João bajó y sacó un maletín que estaba en el asiento trasero.

—Toma, sé que lo vas a necesitar. —Se lo tendió a Alexandre.

—¿Qué es eso? —preguntó mostrándose evidentemente extrañado.

—Es ropa de invierno, la compré hace un par de años cuando fui a Chile.

—Gracias —retribuyó con la mirada puesta en el maletín, sin saber exactamente cómo reaccionar ante el inesperado gesto de João—. No sé qué más decir, no era necesario, pensaba comprar apenas llegara.

—Usa el dinero para llevarla a cenar a un buen lugar... No creo que esté acostumbrada a los carritos de perros calientes —aconsejó—. Solo espero que vuelvas, tienes obligaciones que cumplir... O Souza terminará arrojándose de la azotea.

—Sabes que no puedo quedarme por mucho tiempo, más allá del trabajo, tengo otras responsabilidades que no puedo evadir. No creo poder permanecer mucho tiempo alejado de mi familia.

—Excepto de Marcelo —bromeó.

—Saber que no tendré que verle la cara por un tiempo es alentador.

—Tendrás que alejarte de los espejos. —Siguió burlándose—. Ahora vete, no quiero que pierdas el avión y me culpes.

Cobra lo abrazó apretándolo fuertemente y después le palmeó sonoramente la espalda.

—Gracias por todo, estaremos en contacto.

—Estaré ansioso de escuchar los detalles... Posiblemente pueda sacar una buena historia.

—Está bien escritor frustrado.

—Algún día escribiré algo lo suficientemente bueno como para tener el valor de entregarlo a una editorial, y seré un superventas. Entonces te acordarás de esto. —Le mostró ambos dedos medios al tiempo que retrocedía varios pasos.

—Espero seguir con vida cuando eso pase. —También le mostró uno de sus dedos, después se colgó del hombro el maletín que João le había prestado y agarró la maleta.

Con la esperanza en su más alto nivel entró al aeropuerto, listo para entregar el equipaje, y anhelando que el tiempo pasara rápido.

En el avión se acomodó para dormir, en un intento de que el trayecto se le hiciera más corto, pero por más que cerraba los ojos su cerebro seguía ideando las maneras en las que abordaría a Elizabeth y le explicaría por qué no se había comunicado con ella en tanto tiempo.

Abrió los ojos, sintiéndose impaciente, no podía evitarlo, así que buscó la manera de entretenerse en algo, consciente de que no podría dormir; se levantó y buscó en el compartimiento superior su equipaje de mano, de donde sacó su cámara; volvió a sentarse y la encendió.

Empezó a pasearse por algunas imágenes, se detuvo a admirar detalladamente la panorámica de un amanecer que había capturado desde lo más alto de Pedra Da Gavea, el cielo estaba totalmente despejado, el océano parecía que pujaba al sol, que inmenso y naranja pintaba el cielo con perfectas franjas, degradando desde un tono cobre, pasando por el amarillo, hasta un celeste totalmente hipnótico.

Reafirmaba que había valido la pena madrugar ese día, porque consiguió una gráfica irrepetible. Realmente se sentía muy orgulloso de ser el autor de esa imagen.

Pasó a otra, que al verla, de manera inevitable lo golpeó esa mezcla inagotable de nostalgia y dolor. Era una ballena jorobada, que después de

pasar incontables atardeceres navegando de Río a Cabo Frío logró encontrarla. Sabía que esos recuerdos no le hacían bien, pero no podía evitarlo.

Prefería los golpes secos a su corazón y tragarse las lágrimas que olvidar las promesas que había hecho.

El impresionante mamífero asomó la mitad de su intimidante cuerpo, haciéndolo sentir lo diminuto que era en el universo; era de un blanco y negro brillante, con enormes balanos adheridos en su cabeza, cola y aletas.

Sin duda, esa imagen era uno de sus tesoros, más que por la ballena por lo que para él significaba; recordaba que mientras apretaba rápidamente el obturador de la cámara su imaginación ideaba una escena que hubiese dado hasta su propia vida por poder vivirla.

Inmerso en los recuerdos a los que lo llevaban algunas de sus fotografías favoritas, pasaron las horas; y a las seis de la mañana finalmente les anunciaban la próxima llegada al Aeropuerto Internacional John F. Kennedy.

No hablaba un inglés muy fluido, pero al menos logró entenderse con el taxista, al que le pidió llevarlo hasta el hotel donde había reservado una habitación.

En el trayecto del aeropuerto al automóvil se le congelaron las manos y las oreja, sintió el frío calarle hasta los huesos, por lo que nada más entrar al taxi sacó un abrigo y unos guantes del maletín de Moreira.

Visitar por primera vez esa ciudad era un sueño hecho realidad, ver el lugar donde creció su más dulce obsesión era sentirse más familiarizado con ella, mirar los lugares que ella veía, caminar por las calles atestadas que ella caminaba. Esperaba tener la gran suerte de encontrársela en alguna de ellas, pero sabía que era imposible, esas casualidades solo pasaban en las películas, jamás podría verla entre tanta gente.

Aun así, llevado por su instinto, eligió un hotel en Manhattan muy cerca de la sede principal de Winstead Boutique, en la Quinta Avenida, con el único propósito de apostarse todos los días lo más cerca posible de la tienda, aguardando su llegada.

Sabía que también estaba cerca la academia de capoeira a la que asistía, así que tenía dos opciones; y su perímetro de búsqueda después de todo no era tan complicado.

La habitación del hotel era mucho más grande que el apartamento que habitaba en Brasil, y considerablemente mucho más lujosa, realmente valía lo que había pagado, pero como no era amante de lo ostentoso, como siempre

había sido un simplista que prefería exclusivamente lo necesario, no le daba nada de importancia a todas las comodidades y beneficios, que según el botones, le ofrecía el lugar.

Despidió al amable empleado del hotel, que lo hizo revivir viejos recuerdos, también le dio una generosa propina, porque estaba seguro de que se lo agradecería.

Un profundo suspiro fue el detonante para darse cuenta de que verdaderamente estaba cansado, se frotó la cara con ambas manos, y al descubrírsele, sus ojos se posaron en la gran cama que le hacía una invitación tentadora, pero también imaginó poder contar con la suerte de aprovecharla de todas las maneras posibles con Elizabeth.

No era apropiado desear a alguien si no tenía la seguridad de que podría tenerla, así que se sacudió las ganas que empezaban a germinar, se quitó la chaqueta y se fue al baño.

Se metió bajo la regadera y el agua caliente empezaba a sacarle el frío del cuerpo, mientras pensaba por dónde empezar a buscarla, tratar de adivinar cuál de los lugares tenía planeado visitar primero.

Después de mucho tiempo salió de la ducha se envolvió una toalla en las caderas y con una de mano se frotó con energía el cabello, después lanzó la toalla sobre el lavabo y se peinó con los dedos; se miró al espejo, fijando sus pupilas en la delgada línea rosácea en su pómulo izquierdo, donde el maldito que juró se las pagaría le había partido.

Elizabeth se despedía de sus padres en medio de besos y abrazos, estaba feliz y nerviosa, pero si quería ingresar a Harvard debía empezar cuanto antes con el proceso de admisión.

—Sigo pensando que la mejor opción es que te vayas por avión. —Volvió a recomendar Samuel.

—Papá, solo son tres horas por carretera, me tomará más tiempo la espera en los aeropuertos, y ya te dije que Luck y yo nos turnaremos en el volante, no tienes de qué preocuparte.

—Cariño, ¿hiciste la reserva en el hotel? —preguntó Rachell, posándole las manos sobre los hombros.

—Sí, ya Cristina se encargó de eso.

—¿Le dijiste que eran habitaciones separadas? —Preguntó Samuel e

inevitablemente se ganó una mirada de desaprobación de Rachell, ya que Luck estaba presente.

—No papá, vamos a dormir en la misma habitación y en la misma cama... Ya deja tus pensamientos rancios, que Luck y yo contamos con suficiente tiempo como para tener sexo en cualquier lado, las oportunidades nos sobran; no es que veamos este viaje como la ocasión soñada —respondió totalmente desenfadada, para nada le preocupaba que su padre se enterara de que ella llevaba una vida sexual activa; por el contrario, lo hacía con alevosía, para que por fin saliera de su estado de negación.

Samuel Garnett le dedicó una mirada de advertencia a Luck, quien estaba unos pasos detrás de Elizabeth, y después miró a su hija, sintiendo que el alma se le incineraba por los celos.

—Quiero que conmigo aprendas a ahorrarte esos detalles, ese tipo de conversación la tienes con la encubridora de tu madre.

—Entonces no hagas preguntas tontas papá. —Le sonrió conciliadora—. Mírame, crecí, estoy casi de tu estatura... Sabes perfectamente el placer que proporciona el sexo, así que eres un egoísta si pretendes que no lo experimente, y terminaré creyendo que no eres sincero cuando me dices que deseas lo mejor para mí.

—Bueno ya, no te ensañes en herirme.

—Machista.

—Padre, es lo que soy.

—Eres adorable mi vida. —Sonrió Rachell, abrazando a su marido—. Ya deja que los chicos se marchen, que se les hace tarde.

—Mamá, ¿te parecen adorables sus celos? —preguntó Elizabeth asombrada.

—Totalmente.

—Supongo que nunca te puso en una situación como esta.

—Conmigo no le convenían estos comentarios moralistas, su propósito era llevarme a la cama.

—¿Ahora hablarás de nuestra intimidad con la niña? —Samuel la reprendió.

—¡El Santo! —ironizó divertida, le guiñó un ojo a su hija, quien se mostraba sonriente. Ambas disfrutaban de acorralar al temible fiscal—. ¿Estás nerviosa? —preguntó cambiando de tema.

—Sí, un poco, no puedo evitarlo.

—Todo saldrá bien cariño. —Se acercó y le besó la sien.

—No debes estar nerviosa, eres brillante, tu coeficiente intelectual es perfecto —aseguró Samuel y también le besó la sien. Después miró a Luck—. Conduce con cuidado, que si algo le pasa a mi princesa ni muerto te librarás de mí.

—Ay papá, ya no seas tan exagerado. —Elizabeth le plantó un beso en la mejilla.

—Nada de exagerado, ambos conduzcan con precaución, sobre todo tú, señorita amante de la velocidad.

—Tú me enseñaste a amarla, así que ahora no te quejes.

—De todas maneras conduce con precaución amor. —Le pidió Rachell al tiempo que recibía el beso de Elizabeth.

—Tendré cuidado señor Garnett —anunció Luck para que el hombre estuviese más tranquilo—. Adiós Rachell. —Se acercó y besó a su suegra en la mejilla.

—Adiós cariño, nos llaman.

—Lo haremos —dijeron al unísono y caminaron hacia el Ferrari de Luck.

—¡Los quiero! —Se despidió Elizabeth, agitando sus manos.

Salieron de la propiedad Garnett rumbo a Cambridge, dispuestos a disfrutar de las tres horas de viaje por carretera y de los dos días que pasarían fuera de la ciudad.

Cuando Elizabeth le comentó a Luck que necesitaba viajar para ir poniéndose al día con la solicitud de ingreso en la universidad, él no lo pensó dos veces y se ofreció a acompañarla, porque quería estar junto a ella en los momentos más importantes.

Tenían un largo camino por delante, por lo que pusieron música a un volumen considerablemente alto y empezaron a cantar. Mientras Luck conducía, Elizabeth aprovechó para revisar el teléfono, entró a la conversación grupal que compartía con sus primas y Aninha, pero le extrañó ver que Ana no había contado nada sobre su experiencia con Rodolfo. Quería llamarla para enterarse de los pormenores, pero no quería interrumpir a Luck, que coreaba totalmente inspirado.

—I can't feel my face when I'm with you, but I love it, but I love it, oh...

Al mirarlo, él también lo hizo de reojo y le sonrió con esa sensualidad tan estudiada de la que era poseedor, siguió cantando y tamborileaba con sus dedos sobre el volante.

No iba a arruinarle su estado de ánimo al pedirle que bajara al volumen, por lo que decidió escribirle por privado a Ana.

¡Hola carioquísima!

Imagino que estás disfrutando de las mieles de tu jinete, porque todavía no das señales de vida. Cuando logres salir de debajo del cuerpo de ese hombre me cuentas cómo te fue.

Envió el mensaje y pasó al grupo a saludar a sus primas, sabía a esa hora debían estar trabajando, pero de igual manera cuando tuvieran tiempo leerían.

Adivinen, voy con Luck camino a Harvard. Por favor, deséenme suerte.

Pidió y adjuntó el emoticón de una niña orando. Siguió tecleando.

Pillas, si van a ver a Lucas me avisan, quiero fotitos perversas.

Iba a enviar otro emoticón cuando su teléfono anunció una llamada entrante de Ana, quien en la foto aparecía sobre su yegua blanca. Elizabeth le mostró el teléfono a Luck.

—Lo siento, pero necesito contestar —chilló con voz de niña y le sonrió apenada.

Luck automáticamente le bajó al volumen desde el volante, mostrándose complaciente; definitivamente, era perfecto, con él todo era fácil, mientras que con Cobra todo era un torbellino. Luck y él eran polos opuestos.

¡Maldita sea! Por qué lo pienso. —Se recriminó mentalmente—. Acéptalo Elizabeth, el muy maldito se esfumó del planeta, te dejó enamorada y humillada.

No siguió culpándose, porque no había sido la del problema en la prematura y corta relación que tuvieron, el del problema siempre fue él, con todos sus malditos secretos, porque ella siempre fue totalmente transparente y entregada.

Contestó a la llamada de Ana, antes de que pensara que estaba ignorándola.

—Hola princesa —saludó al tiempo que le pedía la mano a Luck y entrelazaba sus dedos a los de él—. ¿Cómo estás?

—No sé cómo estoy, creo que muy confundida... No, realmente estoy perdida. —Su voz delató su estado perturbado.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —Permitió que Luck se llevara la unión de sus manos a los labios y empezara a besarle el dorso con ternura.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Por el principio tonta... ¡Auch! —Se quejó ante el dolor que le provocó el mordisco de Luck en su mano—. Maldito. —La alejó y con ella le golpeó el hombro, mientras él reía divertido.

—¿Estás ocupada? Porque creo que esto llevará tiempo.

—No, no estoy ocupada, solo fue Luck que me mordió. —Lo acusó, y como él seguía riendo, le dio una suave y juguetona bofetada—. Cuéntame.

—Solo promete que no te reirás de mí, porque sé que me pasó por estúpida.

—Aninha, muñeca... Sabes que odio el suspenso, solo suéltalo ya —pidió tratando de ocultar su impaciencia.

—No hubo ninguna noche apasionada con Rodolfo —exteriorizó en medio de un suspiro—. Quería sorprenderlo, pero la sorprendida fui yo, volví a encontrarlo cogiéndose a otra.

—Maldito cerdo asqueroso..., hijo de mil putas... —dijo Elizabeth furiosa, anhelaba poder tener en frente a ese enano y darle unas buenas patadas.

—Ese vocabulario —reprendió Luck, extrañado ante los adjetivos tan vulgares que acababa de usar Elizabeth.

Ella inmediatamente cerró la boca, consciente de que se había dejado llevar por la rabia y había usado el más puro léxico aprendido en las rodas callejeras.

—Lo siento, pero estoy muy molesta... —mencionó para Luck y para Ana—. Lamento mucho decirte esto, pero ya te lo había advertido, no merece la pena Aninha, es un... un imbécil. Debes vengarte por todo el daño que te ha causado, destrúyete la carrera, ponlo a comer basura —aconsejó con el rencor burbujeante en ella, recordándose que debía cuidar sus palabras.

—Lo sé, lo mínimo que merece es que le arruine la vida..., pero eso solo lo conseguiré con la ayuda de mi padre; y no creo que le haga feliz saber que tenía una relación con Rodolfo.

—Dime que por lo menos le diste unas buenas bofetadas y a la muy zorra la arrastraste por los pelos.

—Lo siento, no suelo ser tan pasional como tú, no pude hacer nada, solo salí huyendo; sé que en tu caso los asesinarías a ambos, pero yo no pude... —Sin poder evitarlo se echó a llorar.

—Tranquila mi vida, no te culpes, actuaste como una dama, era mejor no rebajarse. Ya no llores, que ningún hombre merece tus lágrimas.

—Es fácil decirlo Eli, es cierto que no merecen nuestro sufrimiento, ni siquiera merecen nuestro amor, pero siempre terminamos a los pies de los más salvajes; empiezo a pensar que solo atraigo a mujeriegos que terminan lastimándome.

—No digas eso, estás pasando por un mal momento, pero verás que cuando menos lo esperes llegará a ti un buen hombre y te hará olvidar al enano, después de todo ni lindo es. Y si es por lo bien dotado, te aseguro que no es el único.

—Bueno —carraspeó—. Tienes razón, después de todo, ese desgraciado no es el mejor ni el más grande. Encontré a uno pero lo perdí —chilló derrotada.

—¿Cómo así? —preguntó abriendo la boca de manera exagerada.

—Te dije que tenía mucho por contarte. Lo cierto es que comprobé el dicho de Helena.

—¿Cuál de tantos? —preguntó sonriente.

—Mujer que no come negro no conoce el cielo.

—¡Un negro! Pero si no te gustan los negros Aninha, no son tu tipo —dijo riendo sin poder creerlo—. Explícame mejor, porque estoy más confundida que una daltónica frente a un semáforo.

—Cuando vi a Rodolfo con esa zorra hui, me fui sin saber a dónde; no sé cómo llegué a un bar en Santa Teresa, solo quería hacer algo con el amargo sabor de la traición, así que decidí ahogar la pena con *whisky*. Era un lugar tranquilo, en el que podía llorar sin temor a ser criticada.

—¡En Santa Teresa! ¡Estás loca! —Le reprochó.

—Ya te dije que no sé cómo llegué ahí, conduje sin rumbo, quizás el destino quiso que llegara a ese lugar...

—Ana, deja lo soñadora por favor, los cuentos de hadas para cuando tenías cuatro años; y no empieces con las cosas del destino.

—¿Te cuento o no?

—Sí, está bien, disculpa. Solo espero que no vuelvas sola a ese sector.

—Llegué a ese bar y empecé a beber. Eli, juro que no podía controlarme, sentía que cada trago me fortalecía, me daba el valor para no cometer una locura... Estaba rota, totalmente destruida, pero llegó el negro; bueno, tampoco es negro como la noche, es moreno. Recuerdo sus ojos verdes y sus tatuajes. ¡Fue lindo! Me cuidó, conversó conmigo, y digo que el destino nos juntó en ese lugar porque aunque no lo creas, él acababa de pasar por lo mismo...

—Fue lo que te dijo para llevarte a la cama.

—¡Eli! —Se quejó—. ¿Por qué piensas que todos los hombres son iguales?

—Porque en ese instante estabas viviendo el mejor ejemplo, pero bueno, si solo te gozaste al negro está bien, te lo aplaudo... Solo no empieces a inventar un mundo de fantasías.

—No solo me lo gocé, sino que ha sido el mejor sexo que he tenido en toda mi vida.

—Seguro porque estabas borracha y tu cuerpo estaba mucho más sensible.

—No arruines la historia, ¿acaso estás celosa porque tu Cobra resultó ser malo en la cama?

Eso fue como un golpe al estómago de Elizabeth, se quedó sin palabras y las ganas de llorar la atacaron, pero no podía dejar fluir sus emociones porque Luck estaba presente, así que le tocó edificar un muro y parecer inalterable.

—No, para nada estoy celosa, solo que no quiero que te ilusiones, que pareces una chiquilla. Acepta que solo fue el desliz de una noche de copas y nada más.

—Lo sé, estoy totalmente segura de eso, no habrá otra oportunidad, porque no tengo cómo volver a verlo, solo sé que es policía y se llama João...

—¿Policía? —preguntó y el corazón se le aceleró automáticamente cuando recordó las características físicas que Ana le había dado sobre el hombre.

—Sí, eso me dijo, me mostró su placa, pude distinguirla; tampoco estaba tan borracha, solo por eso dejé que me llevara a casa.

—¿Por casualidad es de apellido Moreira? —indagó con el cuerpo en total tensión.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes? ¿Lo conoces? —Le preguntó totalmente extrañada.

—Sí, eso creo... Aunque no sé si sea el mismo.

—No me digas que ha sido una de tus víctimas.

—No, él no... Creo que un amigo. —No quiso dar mucha información, por tener a Luck al lado.

Ana soltó un suspiro ruidoso que expresaba su alivio.

—¿De casualidad sabes dónde podré encontrar a mi negro? —preguntó con cautela.

—¡Ana! Acabo de pedirte que no te ilusiones, y no, no sé dónde puedas encontrarlo; no tengo la más remota idea.

—Te juro que no voy a ilusionarme, solo quiero comprobar si sobria ese hombre es capaz de llevarme realmente a visitar a los serafines, querubines y todo el ejército celestial... O si solo fue producto del alcohol y mi

sensibilidad del momento.

Elizabeth soltó una de sus peculiares carcajadas que hizo sobresaltar a Luck, y este la miró divertido.

—Realmente no lo sé, pero si lo vez le quitas el número de teléfono y me lo pasas. No pienses que quiero que me lleve a dar ese viajecito celestial, pero es policía y posiblemente pueda ayudarme a encontrar a alguien que está desaparecido.

—Está bien, sé que no debo ir al bar en Santa Teresa, aunque posiblemente él lo frecuente, y más en estos días que necesita pasar la pena, porque aunque tú no lo creas, vi en sus ojos el dolor de la traición; un alma herida sabe perfectamente reconocer a la otra.

—¡Qué mística! Me impresiona tu grado de espiritualidad.

—Ya no bromees, te lo digo en serio.

—Está bien, te creo... Lamento todo lo que pasaste con Rodolfo, pero creo que era mejor que te dieras cuenta a tiempo, solo espero que seas más precavida con el policía si lo vuelves a ver. No permitas que te meta la mano entre las piernas y se adueñe de tu corazón cariño, por favor... Que no pase del útero —dijo en tono de súplica.

—Literalmente lo sentí llegar al útero —dijo pícara.

—¡Sucia! —exclamó divertida y volvió a soltar una carcajada.

—Ya, no me reclames; ahora te dejo continuar con tu viaje al lado de tu «noviecito». Aprovecha que no estás con tío Sam para soltarle las riendas al buen sexo.

—Está bien, si tienes noticias de tu negrito me avisas.

—Lo haré, créeme que lo haré; voy a dedicarme a encontrar la aguja en el pajar, porque sí que vale la pena.

—Pero cuida lo lugares a los que te metes —recomendó, segura de que era la menos indicada para hacerlo, porque ella, por su pasión, prácticamente se había adentrado al mismo infierno en varias oportunidades—. Te quiero.

—Yo también, disfruta de tu viaje y sacúdete los nervios, que ese cupo en Harvard lo tienes totalmente asegurado.

—Voy a esforzarme lo suficiente para conseguirlo. —Le lanzó un beso y terminó la llamada.

—Qué conversaciones las que tienes con tus primas —ironizó Luck, sonriente, apenas echándole un vistazo a ella porque regresó la mirada al camino.

—Solo hablamos de chicos, no me digas que estás celoso —dijo mimosa

acercándose a él.

—Ciertamente lo estoy, estoy muy celoso —confesó.

Elizabeth le rodeó el cuello con los brazos y empezó a repartirle besos por la mejilla y el cuello, mostrándose cariñosa y divertida.

—Tonto —dijo en medio de besos y risitas.

—Ya, deja —pedía él, tratando de poner distancia entre su cuello y los labios de Elizabeth, que le provocaban cosquillas—. Vas a provocar que nos estrellemos, y realmente no quiero que tu padre vaya a buscarme al infierno —hablaba sonriente.

Después de casi dos horas se detuvieron en un restaurante, donde almorzaron tratando de no demorarse mucho. Al salir, Elizabeth tomó el volante, dándose el placer de liberar su pasión por la velocidad.

CAPÍTULO 16

Alexandre llevaba cuatro días desayunando en el mismo café, desde donde tenía una vista privilegiada de la entrada principal de Winstead Boutique. Se quedaba en la misma mesa junto a la ventana hasta casi la hora de almuerzo, tratando de disimular sus ansias; a pesar de su constancia no había conseguido ver a Elizabeth. Había llegado a la conclusión de que no visitaba mucho a su madre, quien todos los días sin falta llegaba a las nueve de la mañana y salía al mediodía.

Ese día ya no pudo contener sus impulsos y apenas Rachell Garnett abandonó la boutique salió del café, cruzó la Quinta Avenida y entró en la prestigiosa tienda.

Dentro, la imagen de Elizabeth en un mural lo impactó con su fresca sonrisa y un sensual vestido rojo, ajustado a sus provocativas curvas; avanzó un par de pasos sin que sus ojos se apartaran de la mujer que le quitaba el sueño.

—Bienvenido a Winstead Boutique caballero, ¿en qué puedo servirle? —preguntó una joven que hizo notar su presencia con el perfume que llevaba puesto.

Se obligó a pensar rápidamente y a desviar su atención de la modelo.

—Gracias, realmente no estoy muy seguro de lo que busco... Es algo para una ocasión especial —dijo tratando de ser lo más natural posible con su inglés.

—¿Algún corte de preferencia?, ¿francés, inglés o italiano? —preguntó, adivinando que el hombre era brasileño, porque su acento era igual al del señor Garnett, pero mucho más marcado.

—Soy un hombre clásico. —Elevó sutilmente una de las comisuras, queriendo mostrar una discreta sonrisa que infundiera seguridad.

—Corte inglés —dijo convencida de los gustos del cliente—. Sígame por favor —pidió y se adelantó, para guiarlo al apartamento de caballeros.

La mirada de Cobra se paseaba por el ostentoso lugar, estuvo seguro de que sus vaqueros, la camisa a cuadros, la cazadora de cuero marrón y la bufanda negra que llevaba puesta no era la ropa que usaban los clientes que

frecuentaban ese lugar; sin embargo, lo estaban atendiendo con gran amabilidad.

Subieron a un ascensor que los llevó al tercer piso. No era del tipo de hombres que se maravillaba por vestimenta elegante, era un tipo mucho más casual y no veía nada de su gusto.

—Edward, ¿podrías asesorar al señor? Está buscando un corte inglés para una ocasión especial.

—Mucho gusto, Edward Collins. —Le ofreció la mano—. Encantado lo atenderé señor...

Alexandre pensó si debía presentarse con su nombre, pero después de unos segundos decidió que no arriesgaba nada mostrándose como tal, después de todo, cuando le tocara pagar debía hacerlo con su tarjeta de crédito.

—Alexandre Nascimento. —Recibió el cortés saludo—. Gracias.

—¿Para qué tipo de evento desea el traje?

—No es de gala —mintió, mientras su cerebro trabaja rápidamente, tratando de inventarse algo. Sin duda estaba en aprietos; su intención solo era entrar en busca de información, pero ahora lo estaban asesorando para vestirlo como todo un esnobista neoyorquino—, pero es algo formal.

—Creo saber lo que necesita, nada de esmoquin... ¿Prefiere de dos o tres piezas? —Caminó hacia donde estaba un par de maniqués.

—De dos, no soy amante de los chalecos —aclaró mirando los trajes.

—Por la época es recomendable uno de cachemir, este es de más de cuatrocientos cincuenta hilos, de dos botones. Por el color de su pelo y ojos le va muy bien este gris plomo —comentó el hombre, mostrándole uno de los que estaban exhibidos.

A Alexandre le daba igual, no sabía de qué le estaba hablando, para él sus camisetas de algodón, camisas y vaqueros eran suficientes; nunca había reparado en el tipo de tela, mucho menos en la cantidad de hilos que componían sus prendas.

—Sí, eso creo.

—¿Le gusta?

—Sí. —Lo que menos deseaba era que el hombre se esmerara en sus consejos de vestuario.

—Entonces le mando a buscar uno para que se lo pruebe, ¿desea otro color o con un botón?

—Si desea puede traer el mismo modelo, pero de un solo botón —pidió, tratando de no hacer visible su incomodidad.

—Está bien, voy por el traje. ¿Desea algo de tomar? Tenemos agua, champán, *whisky*, vodka, brandi, té...

—*Whisky* estará bien —intervino antes de que también se extendiera con el menú.

—Perfecto, en un minuto regreso.

Alexandre estaba seguro de que esa era su oportunidad para escaparse, pero debía huir por otro lado, así que caminó en sentido contrario a donde había llegado; se paseó entre algunos estantes, tratando de no perderse en ese laberinto de caprichos masculinos, cuando de pronto se encontró de frente con un pasillo de paredes de cristal, y al otro lado había una puerta que llevaba rotulado en una placa dorada: «Elizabeth Garnett, Gerente Comercial».

Como el más estúpido de los chiquillos el corazón se le aceleró y la garganta se le cerró; sin embargo, esa emoción empezó a mermar rápidamente, porque evidentemente ella no estaba en la oficina.

No podía creer que tan solo lo separaba un pasillo del lugar de trabajo de la mujer que amaba, pero por más que lo deseara sabía que no tenía acceso a ese lugar, por lo menos no por ese piso.

—Disculpe señor Nascimento, aquí tiene su bebida. —Interrumpió su ensoñación una chica de baja estatura, muy delgada y elegante. Que como lo esperaba, terminó pronunciando mal su apellido, como lo habían hecho todos desde que llegó a la ciudad.

—Gracias. —Agarró el vaso de la bandeja.

—¿Desea algo más?

—No, muchas gracias. —Le sonrió por cortesía, y vio cuando Collins se acercaba con el traje, echando por tierra la huida que tenía planeada.

—Señor Nascimento, sígame por favor. —Lo condujo hasta donde había un juego de sofá de cuero negro—. Tome asiento.

—Gracias. —Una vez sentado probó el líquido.

—También le traje estas camisas, son de seda traída directamente desde Camboya. —Le mostró una con patrones a cuadros, otra a rayas, también una negra y otra blanca unicolores—. Bien, si necesita de algún ajuste el sastre lo hará y en una hora lo tendrá a su medida.

—Bien —reprimió un suspiro de resignación, dejó el vaso sobre la mesa, agarró las prendas y se levantó.

—Esperaré por aquí, por si desea mi opinión.

Alexandre se ponía cada prenda con lentitud, dándose tiempo para idear cualquier excusa y largarse de ahí, pero terminó vestido sin ningún plan en

mente. Al mirarse en el espejo se descubrió más cerca de parecerse a Marcelo que a él mismo. Salió de su reflexión al escuchar que tocaron la puerta.

—Disculpe señor Nascimento, le he traído las corbatas.

Cobra resopló frustrado, comenzaba a sentir que era el títere del hombre tras la puerta, pero no le quedaba más que ser amable y seguir con el espectáculo, así que abrió para recibirlas.

—Le queda muy bien —elogió Collins, seguro de que el hombre contaba con una perfecta complexión, tenía buena estatura, de hombros anchos, piernas rectas y gruesas. No le dejaba dudas de que se ejercitaba—. La camisa clásica blanca hace perfecto cualquier traje, creo que la corbata indicada es esta gris con patrón de rombos. —Le ofreció una de las pequeñas cajas que tenía en las manos—. No sé si es de su agrado.

Inevitablemente Alexandre se sentía incómodo con tantos halagos y atención, siempre había sido práctico a la hora de vestir, y cuando le tocaba comprar algunas prendas iba al mercado de Madureira en Río.

—Sí, lo es; muchas gracias.

—Si desea ayuda para ponérsela... —Se ofreció.

Ciertamente necesitaba de ayuda, muy pocas veces en su vida había usado corbata, y siempre le había ayudado su madre.

Estaba por aceptar la propuesta del hombre cuando vio al final del salón las puertas del ascensor abrirse y de este salía Rachell Garnett. Inmediatamente todas sus alarmas se activaron. No estaba seguro si ella lo había visto en el aeropuerto, pero no iba a arriesgarse; su plan era hablar con Elizabeth sin intermediarios, tampoco sabía si la señora Garnett estaba al tanto de los sentimientos que existían entre su hija y él.

—Mierda —masculló y casi le arrebató la caja al vendedor—. Puedo hacerlo solo —dijo y raudo entró al vestidor.

Lo último que pensaba era ponerse la corbata, solo estaba decidido a afinar su oído para poder escuchar a la señora.

—Rachell —saludó Collins al ver llegar a su jefa—. Has devorado tu almuerzo.

—No pude ir a casa, tuve que comer cerca. En cinco minutos tengo la entrevista para BBC One, pero antes quería recordarte que envíes el traje que Samuel usará esta noche en la cena familiar.

—No te preocupes por eso, ya está programado para que lo lleven a las cuatro. Pero dime lo más importante, ¿ya llegó la agasajada?

—Viene en camino, sé que el viaje desde Cambridge es agotador y que

posiblemente solo desea llegar a casa a dormir, pero su padre quiere sorprenderla.

—Sé que no quiere admitirlo, pero su orgullo está a un suspiro de reventar —comentó Collins, quien conocía mucho a Samuel Garnett.

—Lo sé, me parece demasiado de su parte celebrar solo porque Elizabeth fue a presentar prueba de admisión. —Rachell sonrió—. Creo que le emociona más que a Elizabeth la carrera que eligió para estudiar, si por él fuera, la acompañaría a clases.

—Imagino, no tienes que darme detalles —dijo de buena gana—. ¿Dónde será la celebración?

—En Eleven Madison, corrió por su cuenta hacer la reserva... Ahora sí, debo irme, que se me hace tarde. —Caminó en dirección al ascensor, pero a los pocos pasos se volvió—. De todas maneras, asegúrate de que el traje llegue a tiempo a mi casa.

—En cuanto me desocupe con el cliente que está en el vestidor lo haré.

—De acuerdo.

—Suerte con la entrevista.

—Gracias.

Alexandre pudo escuchar cada palabra de Rachell, parecía que esa noche por fin tendría la oportunidad de ver a Elizabeth, porque iría a ese restaurante, de eso estaba seguro.

Al llegar al hotel colgó el traje en el closet, y desde su portátil hizo la reserva en el restaurante. Estaba seguro de que esa era su oportunidad para hablar con ella, y no iba a desperdiciarla.

En ese punto no tenía claro lo que iba a decirle, cómo le explicaría el motivo de su ausencia sin tener que informarle por lo que había pasado. Solo quería decirle que la había extrañado a cada minuto y que se moría por besarla.

Mientras llegaba la hora, decidió salir a caminar para despejar la mente y conocer más la ciudad; llevó consigo la cámara para aprovechar y liberar su pasión.

El frío era cada vez más intenso y le cortaba el aliento, pero igual avanzaba por las congestionadas calles de Manhattan, al llegar a Broadway se permitió soñar y empezó a fotografiar con la adrenalina desbocada todo aquello que llamara su atención; su dedo no se detenía apretando el obturador.

Frente al emblemático Flat Iron no pudo evitar enmarcar visualmente la fotografía que deseaba hacer, caminó en retroceso varios pasos mientras su

mirada analítica se paseaba de arriba abajo por la gran estructura histórica, buscando un ángulo perfecto.

Fue entonces que decidió hacerla desde abajo y apoyó una de sus rodillas en la acera, levantó la cámara, le ajustó la velocidad y el diafragma, en un movimiento totalmente natural se la llevó al ojo, enfocando, y giró el lente para disparar la anhelada foto.

Regresó al hotel a tiempo para ir al restaurante, dejó la cámara sobre la cama; y en su camino al baño fue desvistiéndose, se duchó por largo rato con agua caliente para sacarse el maldito frío del cuerpo, todavía sentía las yemas de los dedos adormecidas y no iba a salir del baño hasta que hubiese entrado totalmente en calor.

Media hora después intentaba inútilmente anudarse la corbata, y antes de perder la paciencia llamó a recepción para pedir la ayuda de un botones.

Tocaron a la puerta y fue rápido a abrir.

—Buenas noches —saludó el servidor.

—Buenas noches, pasa. —Le hizo un ademán con la mano para que avanzara.

—¿Puedo ayudarle en algo señor?

—¿Por casualidad sabes anudar la corbata? —Le preguntó sacudiendo uno de los extremos de la corbata que le caía sobre el pecho.

—Por supuesto señor. —Asintió con la cabeza para reafirmar su respuesta, al tiempo que avanzó un par de pasos—. Permítame.

—Te lo agradezco, es que no estoy familiarizado con la ropa de gala —confesó elevando la cabeza para que el joven pudiera trabajar con más espacio.

—No se preocupe... Ahí está, quedó perfecta. —Su tono de voz denotaba satisfacción por el resultado de su trabajo.

—Gracias —dijo llevándose instintivamente la mano al nudo.

—¿Desea algo más?

—No, espera. —Caminó a la mesa de noche donde tenía la billetera y sacó un par de billetes.

—No, no es necesario señor. —Se negó a recibir un pago por algo tan sencillo.

—Recíbelo por favor. —Bien sabía lo que le ayudaban las propinas.

—Gracias —dijo tímido, recibiendo el dinero.

Alexandre, luego de vestido y totalmente esperanzado salió del hotel rumbo al Eleven Madison.

En la entrada del restaurante dio su nombre para verificar la reserva y el *maître* lo condujo a la mesa que le habían otorgado, mientras su mirada gris se paseaba por todo el recinto, en busca de Elizabeth, pero no la hallaba, suponía que todavía no había llegado.

Lo ubicaron en una mesa para dos, y aunque quería una cerveza, lo más apropiado para ese lugar era un buen vino, así que aceptó la sugerencia del *maître*.

—En un minuto se lo traerá el mesonero encargado.

—Gracias —dijo al tiempo que se desabotonaba la chaqueta para estar más cómodo.

Siguió con su mirada el lujoso lugar, decorado con mueblería de cuero negro, manteles en blanco y gris, extravagantes adornos florales, todos en tonos amarillos, que iban desde girasoles, gladiolos hasta lirios, y se mimetizaban con la misma tonalidad que las luces de las lámparas de cristal de baccarat le daba al ambiente.

Ciertamente, no era un lugar para él, quien siempre había encontrado felicidad en las cosas sencillas.

En cuando el mesonero le sirvió el vino le agradeció, solo esperaba que la bebida le ayudara a mermar la ansiedad.

CAPÍTULO 17

A Elizabeth le pareció realmente exagerada la celebración que su padre había preparado, pero como no quería romper sus ilusiones, aceptó la cena fuera de casa; y se esmeró en ponerse linda para él.

Decidió usar una falda lápiz con estampados floreales rojos sobre el fondo blanco, justo debajo de las rodillas para ocultar la mancha rosácea del raspón, y una blusa de seda roja; se hizo un moño en la base de la nunca para que su cuello se viera más estilizado y se maquilló en tonos tierra y vino.

Lo que Samuel Garnett no sabía, era que mostrar tanto interés complicaba las cosas para ella y aumentaba sus nervios, porque si no llegaba a ser aceptada en Harvard iba a decepcionarlo, y ese era su mayor miedo; sin embargo, se obligó a ser positiva para disfrutar del orgullo que su padre mostraba.

Debía admitir que le encantaba ese tipo de salidas junto a su familia, sobre todo si Oscar asistía de buena gana, porque para él era mejor salir con sus amigos que con ellos; y bueno, ella comprendía que a su edad tratara de ser más independiente.

Al llegar al Eleven Madison, Samuel llevaba tomada de la mano a Rachell y de la otra a Violet, mientras que Elizabeth iba colgada del brazo de Oscar; iban sumidos en una amena conversación de hermanos.

Los guiaron hasta la mesa que la secretaria de Samuel había reservado para ellos, sin saber que a unas mesas unos ojos grises los observaban con insistencia.

Alexandre, al ver llegar a Elizabeth dejó de lado la copa de vino y su corazón aceleró los latidos violentamente; verla sonriente al lado de Oscar provocó que casi se pusiera de pie y fuera a su encuentro, pero la razón se impuso poderosa y lo obligó a permanecer sentado.

Desde ese instante empezó a idear la manera de poder conversar con ella sin tener que provocar ningún tipo de alteración en el lugar, esperaría pacientemente hasta que ella decidiera ir al baño para interceptarla; si no, se acercaría a la mesa, era su opción más arriesgada, pero no la descartaba.

La siguió insistentemente con la mirada hasta que se sentó, hubiese preferido que ella quedara de frente a él, pero era a Samuel Garnett a quien le veía la cara a través de las cabezas de algunos de los clientes del lugar.

No había viajado desde Río de Janeiro para ver al fiscal, por lo que discretamente se levantó un poco y rodó la silla a su derecha para poder mirar el perfecto perfil de su amor. Si tan solo tuviera la certeza de que Elizabeth les hubiese contado a sus padres de su relación no tendría que esperar como un estúpido, pero como no sabía qué tan abierta era ella con sus sentimientos no podía arriesgarla.

Samuel pidió vino para los mayores, mientras que Violet pidió un té frío. Conversaban animadamente, aprovechando el momento para cada uno contar anécdotas de esos pequeños momentos que vivían independientes.

—¿Ves papi?, te dije que iba a llover —comentó Violet, observando cómo las gotas se estrellaban contra la ventana del restaurante.

—Espero que cese antes de que terminemos de comer. —Le acarició con los nudillos el sonrosado pómulo.

—Cariño, mañana te llevaré a que te corten el pelo, ya lo tienes muy largo. —Le dijo Rachell a Oscar, al ver que ya le rozaba los hombros.

—No quiero cortarlo mamá, ya te he dicho que quiero llevarlo así. —Le recordó por millonésima vez que deseaba tenerlo largo.

—Por lo menos a que te le den algo de forma —insistió Rachell.

—Está bien, pero yo decido; no quiero verte haciéndole señas a Xavier —advirtió, consciente de que su madre siempre se ponía de acuerdo con el estilista para que hicieran con su pelo lo que ella quisiera.

—Lo prometo —dijo sonriente.

—¡Ahí viene! —exclamó alegre Elizabeth poniéndose de pie al ver que Luck se acercaba a la mesa.

—¿Quién lo invitó? —carraspeó Samuel—. Se supone que era una cena familiar.

—Tienes que acostumbrarte, ya es parte de la familia. —Sonrió Rachell, tomándole la mano a su esposo, para que calmara los malos ánimos—. Además, es parte de todo esto, recuerda que está apoyando a Elizabeth en esta decisión, tanto como tú.

—Pues no me agrada que lo haga —masculló, tratando de ser discreto; sin embargo, era el blanco de la mirada divertida de Violet.

—Sé que no te agrada, pero tú no tienes tiempo para apoyarla en todo momento.

—Papi, cuando yo tenga novio no quiero que seas así —intervino la niña.

Samuel se quedó pasmado, mirándola sin poder creer lo que acababa de decirle su pequeña.

—Señorita, sobre mi cadáver tendrás novio. ¿Cómo así?, apenas eres una bebé... No señor, el primero que se te acerque me lo llevo a prisión.

—Pero papi, ¿por qué Eli sí puede tener novio? —dijo en medio de un puchero.

—¿Acaso me ves contento con esa relación? —Le preguntó acercándose más a ella y mirándola directamente a los ojos.

Rachell se llevó la servilleta a la boca para ocultar la sonrisa, cuando realmente quería estallar en carcajadas ante la reacción de Samuel, que seguramente estaba a punto de sufrir un ataque al corazón.

Violet negó con la cabeza, después bebió de su té y sonrió cómplice para ella misma, segura de que sí iba a tener novio, pero no se lo diría a su padre. Después miró a su madre, quien le frunció la nariz en un gesto divertido; imaginaba que ella había leído sus pensamientos, por lo que le sonrió ampliamente.

—Está bien, no tendré novio —mintió para tranquilizarlo.

Luck llegó vistiendo enteramente de negro, lo cual le resaltaba mucho más el color de su piel y ojos. Elizabeth le lanzó los brazos al cuello y lo besó en los labios, al tiempo que él le envolvió la cintura.

—Gracias por venir —dijo rozando su nariz contra la de él y mirándolo a los ojos.

—Imposible no hacerlo. —Le dio un tierno toque de labios—. Pero si no te suelto ahora no creo que consiga permanecer un segundo más. Tu padre está a punto de levantarse de la silla y sacarme a patadas.

—Ignóralo —pidió sonriente al tiempo que deshacía el abrazo y permitía que él le tomara una mano.

—Como si fuera tan fácil —susurró cómplice con su novia—. Buenas noches —saludó a todos.

—Hola Luck, bienvenido —habló Rachell con todo el cariño que sentía por él.

—Gracias.

—Ahora ustedes más que novios son siameses —ironizó Samuel al ver que hasta para sentarse lo hacían tomados de la mano.

—Sam, por favor, no empieces, sabes cómo es —intervino Rachell—. ¿Acaso tengo que recordarte que cuando estábamos de novios no querías

quitarme las manos de encima?

—A pesar de eso siempre te daba tu espacio, no estaba contigo en todo momento... Digo, ahora falta que también la acompañes al baño —dijo Samuel desviando su mirada hacia Luck.

—Hemos ido al baño juntos muchas veces —defendió Elizabeth, antes de que su padre incomodara a su novio—. Pero hoy no está en nuestros planes. —Le guiñó un ojo con picardía—. Vamos a celebrar tranquilos... —Buscó la mano de su padre y la sujetó—. Por favor papi, comprende que para mí es tan importante que Luck esté aquí, como lo es tu presencia.

—Papi quiere que seamos monjas —intervino Violet.

—No es eso señorita.

—Es lo que parece. —Estuvo de acuerdo Oscar—. Si algún día llego a ser padre, más bien estaré feliz de que encuentren novio rápido y se las lleve.

—Esa conversación la tendremos en su debido momento, solo espero seguir con vida. —Samuel clavó sus ojos en Oscar.

—Esta familia parece haber sido sacada de una obra de Shakespeare, ¡Cuánto drama! —Se quejó Rachell sonriente, dedicándole una mirada a Luck, para que disculpara toda esa escena.

A los ojos de Alexandre no escapó el beso entre Elizabeth y el joven que acababa de llegar, imposible no sentirse burlado y traicionado, sus latidos se volvieron lentos y dolorosos, provocando que el pecho le doliera y se le hiciera complicado respirar.

Las reacciones en su cuerpo se desataban casi instantáneamente, en cuestión de segundos estaba temblando y las lágrimas le subían por la garganta, así mismo algo poderoso lo impulsaba a querer ir hasta ella y pedirle alguna explicación, pero su orgullo era más fuerte y lo mantenía inmóvil en la silla.

Bajó la mirada e inevitablemente una lágrima se le escapó, pero la atajó rápidamente para no permitir que alguien más se percatara de que se había roto en ese lugar. Agarró la copa de vino y se bebió lo que quedaba de un solo trago, intentando pasar las lágrimas.

La dejó sobre la mesa, resoplando como un toro embravecido; estaba furioso y destrozado, era abrumador darse cuenta de que había venido en vano. No tenía nada que hacer ahí, aunque lo deseara no encajaría en la vida de Elizabeth, no de la forma en que él quería, porque evidentemente, ya alguien más ocupaba el tan deseado lugar.

Le hizo una seña al mesonero para que se acercara a la mesa.

—¿Está listo para pedir señor? —preguntó amablemente el joven que le había dejado la carta.

—No... —carraspeó para aclarar su voz turbada por las dolorosas emociones—. Tráigame la cuenta por favor —pidió.

—Enseguida señor —dijo y se retiró.

Alexandre seguía con la mirada puesta en Elizabeth y su acompañante, no imaginó que fuese de gustos masculinos tan delicados. El infeliz parecía ser un modelo de revista, y posiblemente lo era.

En ese momento deseó haberla olvidado, haberla dejado en esa gran nube blanca que todavía encerraba algunos recuerdos en su cabeza. Se sentía herido al descubrir que no fue más que un pasatiempo de vacaciones para ella, pero por lo menos lo descubrió antes de hacer el ridículo.

Pagó las copas de vino que se había tomado, se levantó con la gran presión en el pecho que lo ahogaba y caminó en dirección a la salida. La única manera de abandonar el lugar era pasar por su lado, pero avanzó decidido con la mirada al frente, para que su resolución no se hiciera polvo cuando pasara junto a ella.

Elizabeth sintió la presencia de quien pasó detrás de ella y no pudo evitar mirar. Una descarga de adrenalina estalló en su estómago al ver la contextura y los rizos cobrizos del hombre, toda ella empezó a temblar y terminó volcándose la copa de vino encima.

—Lo siento, lo siento —tartamudeó levantándose, al mismo tiempo que lo hicieron Luck y su padre, quienes también terminaron manchados del líquido.

Ella intentaba limpiarse con la servilleta de forma distraída, porque no podía quitar la mirada de la salida ni un segundo. Y sus pies le gritaban que saliera corriendo.

—Cariño, tranquila, no es nada. —Le dijo Samuel, sujetándole el mentón y haciéndole volver el rostro hacia él—. Solo fue un accidente.

Ella no podía escucharlo, estaba totalmente aturdida, porque ese hombre que acababa de salir era muy parecido a Cobra, pero su razón le decía que no podía ser él, que probablemente fuera su gemelo, quien tenía más posibilidades de viajar a Nueva York y frecuentar un restaurante como ese. Estaba segura de que el hombre que amaba no era partidario de los lujos que eran el día a día de ella.

«Pero si es el hermano puedo preguntarle por Alex» —pensó queriendo salir, pero sentía que los demás la retenían con sus atenciones.

—Vamos al baño cariño —propuso Rachell, que la notaba nerviosa y la

sujetó por el brazo.

—No es necesario mamá. —Atendió a su madre, pero su mirada se escapaba una vez más a la puerta.

Llegaron un par de mesoneros a limpiar el desastre que había ocasionado.

—Sí pequeña, mira cómo quedó tu falda.

—Está bien. —Se dejó arrastrar por su madre al baño.

—¿Qué pasó mi vida? —preguntó mientras le pasaba una servilleta por la falda—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—Por nada, no estoy nerviosa mamá.

—Hija, te llevé nueve meses en mi vientre y jamás me he separado de ti, casi puedo vivir tus emociones... Te conozco demasiado bien.

—No es nada mamá, en serio. —Trató de esquivar la mirada escudriñadora de su madre, pero le fue imposible—. Está bien... Creo que vi al hermano de Alexandre, a su gemelo.

—¿Es gemelo? ¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque no es algo relevante, solo eso... Ya no quiero hablar más, voy a regresar a la mesa.

—De acuerdo, ya me hablarás cuando lo creas conveniente. Espérame, ya que estoy aquí voy a aprovechar para usar el servicio. —Se dirigió a uno de los cubículos.

—Te espero afuera.

Elizabeth salió y desde el pasillo intentaba mirar a la salida, aunque sabía que ese hombre ya debía de haberse marchado.

—Disculpa. —Detuvo a uno de los mesoneros—. ¿Cómo hago para saber quiénes tenían reserva para hoy?

—Lo siento señorita, por políticas del restaurante no se da la lista de los asistentes.

—Lo entiendo, pero un amigo dijo que venía... Su nombre es Marcelo Nascimento, ¿podrías revisar las reservas? —suplicó

—Intentaré averiguarlo y le dejo saber.

—Gracias, eres muy amable.

El joven se marchó, y casi enseguida apareció su madre. Se dirigieron a la mesa, donde la tensión por el accidente había pasado.

—¿Más tranquila? —preguntó Samuel sonriéndole.

—Sí, no sé cómo se me cayó la copa. —Se disculpó, sintiéndose más relajada.

Cuando se sentó, Luck le tomó la mano y la miró a los ojos; ella se obligó a

sonreírle, retomar el control no fue para nada fácil, porque no podía sacar de su cabeza la imagen del hombre que la dejó tan perturbada.

Decidirse por algo para comer fue una tarea titánica y reintegrarse en el grupo no fue menos complicado. Cuando ya no se lo esperaba llegó el mesonero con la información.

—Disculpe señorita. —Todo discreto se acercó hasta ella y casi le susurró —, el señor Marcelo Nacimento no aparece en la lista de reservas.

—Gracias. —Se limitó a decir solo eso, aunque quiso que fuera a averiguar entonces si era Alexandre, pero le incomodaba la mirada de su padre y de su novio.

Se recordó una vez más que Alexandre no viajaría hasta Nueva York, pero aun si pensaba en la loca idea de que lo fuera, sería totalmente absurdo e inhumano que le pasara por el lado y la ignorara. Volvían a atacarla las ganas de llorar, se sentía patética, sobre todo por ese amor que no lograba arrancarse del pecho.

Alexandre caminaba bajo la lluvia porque no quiso quedarse a esperar un taxi, la verdad era que no soportaba seguir tan cerca de Elizabeth. Lloraba como un imbécil, lo hacía como nunca, porque jamás había vivido un desamor que le quemara el pecho de esa manera. Esa sensación de pérdida era nueva y no sabía cómo lidiar con ella; no hacía más que llorar para drenar el dolor y la impotencia.

En medio de tirones se quitó la corbata y la tiró a una papelera, mientras avanzaba con largas zancadas y el frío lo hacía tiritar, por lo que le sacaba la mano a los taxistas que pasaban, pero ninguno pretendía ofrecer el servicio a alguien empapado.

Cuando por fin tocó el corazón de uno, subió y con los dientes castañeando y todo tembloroso le dio la dirección del hotel, agradeció que el chofer tuviera la calefacción encendida, porque estaba a punto de sufrir un ataque de hipotermia.

Al llegar se quitó el maldito traje, lo dejó en un rincón del baño y se metió bajo la regadera para erradicar el frío, pero también aprovechó para llorar y tratar de pensar en cuál sería su próxima decisión.

Debía dejar de lado el absurdo fanatismo que sentía hacia esa mujer, recuperar su voluntad y aceptar que el amor que le ofreció Elizabeth fue totalmente falso, para ella todo había sido un juego, pero estúpidamente él se lo había tomado totalmente en serio; tanto, como para estar viviendo ese

momento tan doloroso y patético.

Al salir, buscó en la página de la aerolínea con la que había viajado el próximo vuelo disponible para Río. Agradeció encontrar vacantes para el que salía en ocho horas, así que hizo el cambio y pagó la penalidad; canceló los días reservados en el hotel, preparó su equipaje, se vistió y se fue al aeropuerto, dejando el traje en el rincón del baño, porque lo tenía comprobado, usar esa mierda le traía mala suerte.

Decidió que dejaría en el olvido a Elizabeth, que a su edad, el enamoramiento no tenía por qué ser una prioridad; por el contrario, no debía manchar su concepto del amor con malas experiencias, era mejor quedarse con lo vivido en su momento, seguir atesorando el recuerdo de lo que había sido sentirse enamorado y correspondido.

En el aeropuerto, mientras esperaba el vuelo, no dejaba de torturarse con la imagen de Elizabeth besando a ese hombre, por lo que su orgullo vivía una constante tortura. Decir que iba a olvidarla era muy fácil, conseguirlo sería lo difícil, pero no imposible.

Estaba seguro de que ese dolor iba a pasar, ya había atravesado situaciones mucho más complicadas y las había superado; trataba de convencerse a sí mismo, pero lo cierto era que estaba por el suelo y totalmente decepcionado.

Elizabeth, en su cama, no dejaba de dar vueltas, no podía dormir porque asaltaba a su memoria la espalda de ese hombre y sus rizos cobrizos; se arrepentía de no haber salido corriendo tras él, solo así podría estar segura de que no era Alexandre, porque aunque su razón le dijera que no podía ser él, que era imposible que Cobra fuera hasta Nueva York, una espina de duda se clavaba con gran poder en su corazón.

Sin proponérselo volvió a llorar, porque lo extrañaba, lo amaba y lo odiaba a partes iguales. Se llenaba de ira por no poder tener el coraje suficiente para olvidarlo como él había hecho con ella, por no encontrar la forma de recuperar el control de sus sentimientos que ese desgraciado le había robado.

CAPÍTULO 18

—Lo estoy intentando, pero no hay manera de que Letícia Mendes quiera ofrecernos una entrevista. —Raquel Dias hablaba por teléfono casi sin aliento mientras taconeaba enérgicamente hacia el vestíbulo de Globo televisión.

—Te lo advertí Raquel, no debimos publicar esas fotografías sin el previo consentimiento de los familiares, pero tu perversa obsesión por todo este caso del maldito asesino nos vas a traer serios problemas —reprendió su jefe, quien se encontraba furioso por estarse enfrentando a la amenaza de demanda en contra del canal de Mendes.

—Sabías muy bien que no iba a permitirlo, está renuente a colaborar. Nuestra misión es informar, hicimos con su hija lo mismo que con las demás víctimas; ya hablé con mi abogado y me dejó completamente claro que la demanda no procede —aseguró reteniendo con una de sus manos el teléfono, y con la otra varias carpetas—. No te preocupes Romário, tengo todo totalmente controlado.

—¡Dias! —La llamó un hombre en su casi carrera al ascensor.

—Ahora no, no tengo tiempo —dijo tajante sin dejar de avanzar, quería aprovechar que las puertas estaban abiertas, por lo que se apresuró y logró su cometido, pero antes de que se cerraran se interpuso el brazo masculino.

Los ojos marrones de Raquel se fijaron en los grises del hombre que avanzó un paso y entró al ascensor.

—Para mí tendrá que sacarlo —dijo una vez que las puertas se cerraron y bloqueó el aparato.

El tono de voz algo ronco de ese hombre provocó que los vellos de la nuca de Raquel se le erizaran y tragó en seco para pasar esa ola de nervios que empezó a envolverla.

—Romário, ahora hablamos. —Le anunció a su jefe sin quitarle la mirada al hombre de mandíbula pronunciada, labios sonrosados y piel casi traslúcida, al tiempo que terminó la llamada—. ¿Qué desea? —Se armó de valor y siguió con su disimulado escrutinio, grabándose en la retina la imagen de ese desconocido que vestía un pantalón caqui y una camisa a cuadros, en tono

marrón, abotonada hasta el cuello, de mangas largas.

—¿Quiere detalles? Yo se los puedo dar —susurró acercándose a ella, hasta permitir que su tibio aliento le rozara la oreja; no pudo evitar sonreír cínicamente al ver cómo la periodista se tensaba. Era una reacción universal en todas las mujeres.

—No sé de qué me habla, ¿puede ser más específico? —preguntó casi tartamudeando, y dio un paso al lado, tratando de poner distancia en el reducido lugar.

—Sí lo sabe, es sobre eso que le apasiona; puedo darle todos los detalles, desde cómo elijo a mis víctimas hasta el último jadeo que emiten antes de morir.

La voz ronca del hombre le molestaba y le aterraba a partes iguales, el corazón iba a explotarle y toda ella empezó a temblar, se aferró a las carpetas como si fueran su tabla de salvación. Siempre había pensado que si se encontraba en una situación semejante lo primero que haría sería marcar a emergencias y después luchar, pero no conseguía hacer lo uno ni lo otro.

—¿Quiere saber si siguen con vida cuando cerceno sus extremidades, sus pechos o saco sus ojos?

«¡Ya basta! ¡Basta!» intentó exclamar, pero no emitió más que un jadeo, estiró la mano para abrir las puertas del ascensor, pero antes de que pudiera llegar al tablero el hombre la detuvo, sujetándole tan fuerte la muñeca que parecía que le quemaba; definitivamente, la apariencia de bobalicón no conjugaba con esa furia—. Es un charlatán, solo quiere fama... Si realmente fuese el asesino... no, no... no se expondría de esta manera; las cámaras lo están filmando —balbuceó con los ojos a punto de salir de sus órbitas y el corazón de estallarle.

—Supongo que mi única manera de demostrarle que no soy un charlatán es haciéndole vivir una experiencia un tanto desagradable para la sociedad, pero realmente placentera para mí —habló sin ningún atisbo de preocupación en su voz.

—¿Qué quiere de mí? —chilló, tratando de liberarse del agarre y con el cuerpo en total tensión hasta el punto de dolerle.

—Quiero que haga una transmisión en vivo.

—¿Por qué haría algo así? ¿Qué se supone que debo transmitir?

—Lo hará porque su obsesión por todo esto es tan insana como la mía. Quiero presentarme, contar lo que hice y cómo lo hice; ya me cansé de jugar al gato y al ratón con los ineptos de la policía.

Era una locura, pero junto al miedo hubo un estallido de adrenalina en Raquel, imaginar lo que sería tener la primicia del asesino en serie en su programa era rozar con las yemas de sus dedos la cumbre del éxito de su carrera.

Tragó saliva mirando a esos bonitos ojos grises, pero solo en color, porque parecían estar totalmente carentes de emoción; estaba dándose unos preciados segundos para desembrollar sus pensamientos.

No obstante, esa mirada que mostraba cierta frivolidad le hacía sentir miedo, porque no le preocupaba de él en ese momento un arrebató que la lastimara, sino la seguridad de saber que no iba a sentir una pizca de piedad ni se conmovería si le suplicaba, esa mirada la hacía sentir perdida, la desmoralizaba y le quitaba toda voluntad.

—Está bien —suspiró tratando de drenar tan fuertes sensaciones que la ahogaban—. Pero sigo sin creer que sea el asesino, nadie en su sano juicio se entregaría así como así...

—No se necesita estar loco para tener valor, asumo las consecuencias de mis pasiones. —Le soltó la mano y fue él quien presionó el botón del piso donde estaba el estudio del programa de Raquel.

Inevitablemente a ella se le heló la sangre, al comprobar que el hombre le había estado siguiendo los pasos.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó en un acto de valentía, volviéndose a mirarlo. El hombre parecía normal, lo único intimidante eran las profundas ojeras que hacían su mirada peligrosa. Su contextura no se notaba tan fuerte, pero ella había comprobado que podría someterla sin complicaciones.

Él sonrió ligeramente en un gesto de total superioridad y cinismo, ella comprendió que había hecho una pregunta estúpida, y acto seguido, el hombre asintió con supremacía, como si hubiese leído sus pensamientos.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron ella salió disparada, como si pretendiera huir del hombre, pero a los pocos pasos ralentizó, porque su obsesión por descubrir al asesino volvió a latir, mientras él avanzaba totalmente relajado, mirando en derredor el lugar.

—Hola Silvano, vamos al aire... Ahora —ordenó, caminando enérgica hacia el estudio.

—Era hora, te has retrasado cinco minutos —dijo casi corriendo detrás de ella, y echándole un vistazo al hombre que la acompañaba. Lucía pulcro y atractivo—. ¿Y este? —preguntó confundido.

—Es nuestro invitado, saldré en vivo con él... —decidió, porque una

oportunidad como esa no la tendría jamás, desvió la mirada al supuesto asesino—. ¿Cómo se supone que debo llamarte?

—Ya sabes cómo hacerlo.

—¿No tienes nombre?

—A nadie le interesa.

Caminó al escenario donde había dos sillones de cuero beige con patas de madera oscura, sobre una alfombra redonda blanca; detrás había una gran pantalla, que en el momento tenía congelada la imagen del logo del canal; fuera del campo visual estaban las cámaras, los reflectores, teleprónter y micrófonos.

Ya estaba todo el equipo de trabajo listo para transmitir en vivo, hasta que llegó la productora del programa, porque Raquel se había presentado con un invitado que no estaba en la agenda. Realmente nada de eso era lo planeado para el programa.

—Un momento Raquel, ¿me puedes explicar qué significa esto? —exigió con su característico tono de mando—. ¿Cómo te burlas de la programación de esta manera?

—Elisa, lo sé..., no era lo planeado, pero voy en vivo. —Se acercó más a ella—. Llama a la policía, vete. —La empujó disimuladamente—. Diles que tenemos al supuesto asesino.

—¿Qué locuras dices? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Solo hazme caso.

—Estás... Estás loca —tartamudeó, sin poder creer en la treta de su compañera.

—Elisa, voy en vivo... Llama a la policía y no jodas —dijo determinante, giró sobre sus talones y sus ojos marrones algo saltones se fijaron en el hombre que miraba sonriente a la cámara; ese gesto le quitaba total credibilidad, pero iba a arriesgarse, ya la policía se encargaría de descubrir si era un farsante o no, aunque realmente alguien en sus cinco sentidos jamás jugaría con algo tan delicado.

Tragó en seco cuando los ojos grises se posaron en ella, provocando que se sintiera intimidada con el solo hecho de pensar que era el causante de crímenes tan atroces.

Separó ligeramente los labios, tratando de disimular la bocanada de aire con la que intentaba llenar los pulmones y encontrar valor, no sabía a lo que se estaba arriesgando pero lo haría, emprendió su camino hasta el escenario mientras se acomodaba los puños de su blusa.

—Al aire en sesenta segundos —anunció el director de cámaras.

Raquel se sentó, le ayudó al asistente que le acomodaba el micrófono y las manos de ambos temblaban, al tiempo que se dedicaban una mirada nerviosa. Ella escuchaba el anuncio televisivo con el que promocionaban las noticias de último minuto; esa alerta provocó que el hombre al que estaba a punto de mostrarle a todo el país como el posible actor de los dantescos hechos en los últimos meses sonriera.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Al aire! —Le hizo saber el director.

—Muy buenas noches, en este preciso instante estoy por compartirles una exclusiva para Globo... —anunció Raquel, con los nervios y la adrenalina luchando en su interior, sin poder apegarse estrictamente a su guion.

Mientras se anunciaba en televisión abierta la exclusiva con el presunto asesino, Elisa se comunicaba con emergencias, haciéndoles partícipes de lo que estaba pasando en el canal.

Los porcentajes de la audiencia alcanzaron los niveles más altos en menos de un minuto.

Souza escuchó los pasos apresurados fuera de su oficina, segundos después tocaban con insistencia a su puerta.

—Adelante.

—Jefe, acaban de llamar del servicio de urgencias, no lo va a creer... —Agarró aire, tratando de sofocar los nervios—. El asesino está en vivo por Globo.

—¿Cómo es posible? —Casi brincó de su asiento, agarró el control del televisor, lo encendió y sintonizó el canal—. Pero ¿qué circo es este? —Se preguntó con la mirada puesta en el hombre que estaban entrevistando.

—¿Por qué has decidido venir hasta aquí a contarnos sobre tus crímenes? —preguntó la periodista.

—Porque ya me cansé de jugar con la manga de imbéciles de la policía, comprobé que no sirven para nada; quiero que todo el mundo se entere de que les gané, que no saben nada de mí, no llegaron a ninguna parte, que siempre fui invisible para ellos... Me cansé de dejar pistas, el juego terminó haciéndose aburrido.

—Pistas, ¿cuáles pistas has dejado?

—La puta, la universitaria, la turista no fueron más que pistas, porque hay muchas más, muchos... No solo son mujeres, también hay niños... Todos desperdigados por todo Río.

La reportera tragó en seco y miró nerviosa a la cámara, pero trató de recobrar la compostura y buscó con su mirada a la productora.

—¿Por qué niños? ¿Cuáles eran tus motivos?

—¿Motivos? No existen motivos, solo placer... Quería hacerlo, no podía controlar mis instintos, es una especie de furor, una sensación de no tener freno. No pude controlar mis actos, asesinar me proporciona cierta paz mental y de alma, lo que dura algunos meses...

—¿A todas tus víctimas las asesinabas de la misma forma? ¿Abusabas sexualmente de algunas? —Raquel sabía que debía hacer el mayor número de preguntas en el menor tiempo posible.

—No, pero tampoco improvisaba, cada quién moría de la forma que merecía. Nunca abusé de nadie, todos se rindieron a mis deseos.

—¿Crees que un niño merecía la muerte que le dabas? ¿Las torturas?... Los niños son seres inocentes, inofensivos e indefensos.

—Todos nacemos con pecados.

—Priscila Mendes, ¿por qué la elegiste a ella? —Dio un giro brusco a sus preguntas, porque sabía que Mendes era de gran interés para los televidentes.

—Para ver si la policía ponía un poco de interés en el asunto, necesitaba que se esmeraran más, y sé que a los pobres nadie los busca... Le dan una vaga explicación a los familiares y caso archivado, pero a alguien importante necesitan responderle...

Souza apagó el televisor, no podía quedarse viendo el programa, debía actuar cuantos antes. Agarró su arma reglamentaria y se la colgó en el arnés, al costado izquierdo.

—Que se prepare el equipo, vamos a Globo —anunció. El oficial salió corriendo y él salió detrás—. ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Muevan el culo! —gritó en su carrera hacia el estacionamiento.

El grupo corrió al cuarto de armas, desde donde podrían salir al estacionamiento.

Una marcha de botas resonaba en el estacionamiento, subieron raudos a las camionetas, mientras se armaban con el equipo de operaciones especiales; los motores rugían, las sirenas resonaban e iluminaban intermitentemente, y los vehículos se movían cada vez que algún oficial brincaba dentro de la cabina.

—¡Vamos! ¡Vamos por el maldito! —gritaban eufóricos los oficiales, cuando las camionetas se pusieron en marcha a toda velocidad y ellos golpeaban con las manos las carrocerías, como si fuese un grito de guerra.

Cuatro camionetas salieron con por lo menos una veintena de oficiales,

todos con la adrenalina en el punto más alto, porque por fin vislumbraban la tranquilidad para la ciudad.

Detrás de la comisión, siguiéndoles el ritmo iba Souza con otro oficial en un auto blindado.

—¡Liberen el camino! ¡A un lado! ¡Liberen el camino! —pedía por el altavoz uno de los oficiales que iba abriendo paso a los demás, ante el congestionado tráfico de esa hora en la que la mayoría salía de sus trabajos.

Eran el centro de miradas aturdiditas de los que todavía no sintonizaban el canal donde el supuesto asesino estaba declarando sus homicidios.

En su desesperación por llegar al canal subían las camionetas por la calzada, sin esperar a que el tráfico les diera paso, dejando a su estela a la gente impresionada con el operativo.

Cuando llegaron parecía que media ciudad se había enterado primero que ellos, cientos de personas enardecidas cerraban la calle. En las adyacencias se encontraban vehículos de la policía civil; justo en el momento en que el equipo de Souza se tiraba de las camionetas llegó una comisión de la policía militar y otra de las fuerzas armadas, mientras que el cielo era sobrevolado por un helicóptero del batallón de operaciones especiales; todos los entes policiales y militares estaban hambrientos por capturar al asesino, pero era jurisdicción del equipo de Souza.

—¡Vamos, vamos! ¡Rápido! —ordenaba este, tratando de hacerse espacio entre tantos fisgones y tomar el control de la situación.

Se presentó rápidamente con el jefe al mando de la policía militar, y en menos de un minuto se organizaron por equipos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó un oficial del cuerpo civil.

—Sacarlo de ahí, así que vamos a entrar e interrumpir el maldito circo —acordó Souza—. Sin perder tiempo, quiero al grupo uno a la derecha, grupo dos a la izquierda, grupo tres por las escaleras. —Señalaba con la mano las indicaciones que daba, y cada grupo compuesto por no menos de doce hombres, en los cuales se mezclaban las fuerzas de seguridad del Estado marchaban con rapidez—. ¡De prisa!, ¡vamos!... ¡Vamos!

Souza corrió hacia el edificio custodiado por los que había elegido para formar el equipo número cuatro. Dejando fuera no solo a los curiosos, sino también a reporteros de otros canales, quienes se habían trasladado hasta el lugar.

—¡Muévanse!, ¡rápido! —Se dejaban escuchar las órdenes, en menos de un minuto habían invadido la sede.

Uno de los oficiales militares mandó a bloquear el ascensor y a impedir el acceso o salida del edificio.

En cadena fueron subiendo las escaleras, siguiendo el protocolo de entrenamiento; al llegar al quinto piso los oficiales se apostaron a cada lado de la entrada del estudio.

Un contundente asentimiento de cabeza fue suficiente para que el grupo entrara en acción, interrumpiendo en el lugar.

—¡Policía! —Se identificaron, como si todo ese jaleo no fuese suficiente.

Los presentes corrieron a un rincón, la presentadora se quedó pasmada en el asiento, con los ojos a punto de salir de sus órbitas, no conseguía moverse; sin embargo, todo el cuerpo le temblaba, mientras que el asesino sonrió con satisfacción al ver la llegada del equipo. Se levantó lentamente con las manos en alto.

—¡No te muevas! —Le gritó uno de los cuatro policías que le apuntaban—. No te muevas maldito, tírate al suelo. Al suelo, ahora —ordenaba con voz intimidante, pero el inescrupuloso asesino solo sonreía.

—Apaguen las putas cámaras —ordenó otro al ver que la transmisión seguía en televisión abierta y estaban brindando un gran espectáculo, como tanto quería el maldito.

Uno de los oficiales le hizo señas al que suponía era el jefe de cámaras, y entre ambos cortaron la transmisión, mientras los demás presentes eran evacuados.

—¡Al suelo, ahora! ¡Te dije que al suelo! —Se acercó intimidante, mientras que el otro lo bordeaba, y el asesino se arrodilló sin que la cínica sonrisa se le borrara—. Nariz al suelo, acuéstate. —Le gritaba con ganas de patearle la espalda para que se diera prisa.

—Oficial, cálmese —dijo con total tranquilidad—. Está alterado, no permita que sus emociones lo manipulen. —Le aconsejó al tiempo que se acostaba.

—Cállate maldito, cállate. —Le puso un pie sobre la espalda e imprimió fuerza—. Espósallo —solicitó al compañero que tenía al lado.

Sin ningún tipo de cuidado lo pusieron en pie y lo sujetaron por los brazos, casi llevándolo a rastras, aunque el detenido colaboraba al caminar.

Todos debían controlarse y no dejar que las ganas de reventarlo a golpes les ganaran, primero debían asegurarse de que realmente fuera el asesino, e investigar porqué había decidido entregarse en medio de un espectáculo.

Cuando llegaron a la estación una horda enardecida de curiosos llenaba la

calle, todos queriendo rebasar el cordón humano de seguridad, gritándole toda clase de insultos al asesino; empezaron a lanzar botellas de aguas, piedras y otras tantas cosas más, con el único fin de agredir al hombre, por lo que tuvieron que cubrirlo con los escudos antimotines.

En primera fila y entre dos oficiales estaba Leticia Mendes, agradeció al cielo que se lo pasaran muy cerca porque pudo escupirlo; estiró la mano y alcanzó a arañarle la cara, pero eso no era nada comparado con lo que ella quería hacerle a ese infeliz que le había arrebatado de manera tan violenta a su hija.

Los policías la alejaron, no le permitieron que siguiera agrediéndolo; ella no entendía por qué lo resguardaban de esa manera, cuando ella quería matarlo con sus propias manos.

La fuerza de la mujer pareció renovarse cuando el desgraciado le sonrió con cinismo y le lanzó un beso, le dio un empujón al policía que parecía una muralla de acero y que se interponía entre el hijo de puta y ella.

—¡Maldito! Vas a pagarlo, vas a pagarlo —sentenciaba mientras uno de sus guardaespaldas la sujetaba por la cintura, evitándole luchar como tanto deseaba; terminó ahogada en lágrimas de ira e impotencia.

CAPÍTULO 19

Elizabeth había llegado de un día repleto de compromisos laborales, aunque ya hubiese decidido dejar de lado su carrera por un tiempo y no estuviese aceptando ningún contrato todavía le quedaban muchos ya firmados, a los que debía responder.

Cristina aún no había pautado la fecha para la rueda de prensa en la que explicaría las razones que la llevaron a tomar esa decisión. Ella prefería que cumpliera con la mayoría de los contratos para entonces dar aviso.

Dejó su cartera sobre la cama, conectó el Bluetooth de su teléfono al sistema de sonido de su habitación y puso a reproducir una de las listas de pagode, también lanzó el teléfono al colchón y se dirigió al baño cantando a viva voz y moviendo los pies y caderas al ritmo de la música.

Abrió la regadera, dando tiempo a que saliera el agua caliente mientras se desvestía y seguía cantando, una vez que el agua mojó su cuerpo sintió que el cansancio poco a poco la abandonaba y le renovaba las energías.

Estaba por terminar cuando la música fue interrumpida por una llamada entrante, como no esperaba que alguien se comunicara con ella de emergencia dejó repicar el aparato. Sin apuros salió de la ducha, se envolvió una toalla en los cabellos y con otra se envolvió el cuerpo, picada por la curiosidad se fue hasta su teléfono y sonrió al ver una videollamada entrante de Wagner, sin pensarlo le contestó:

—¡Hola! Pensé que te habías olvidado de mí —saludó sonriente, dejándose caer sentada en la cama, viéndolo andar sobre el *skate* por Ipanema.

—¿Quién está llamando? —preguntó con las pupilas fijas en ella, que se mostraba provocativamente hermosa recién bañada; tenía la dicha de verla por primera vez tan íntimamente, mientras trataba de que su cuerpo mantuviera el equilibrio sobre la tabla, ya que su corazón lo había perdido y rebotaba en su pecho.

—Tú. —Le dio la razón, cerrando los ojos pícaramente, como si Wagner la hubiese regañado.

—Entonces, siempre soy yo el que da el primer paso.

—Lo siento, he estado muy ocupada...

—No, nada de excusas, hablar conmigo solo te tomará un par de minutos; eres tú la que se ha olvidado de los amigos que dejó en Brasil —reprochó, pero su tono de voz era divertido.

—Tienes razón, últimamente he tenido muchas cosas en la cabeza y poco ánimo, ni siquiera para los amigos, pero eso no quiere decir que no te extrañe.

—Sí, trata de arreglar la situación, pero no te preocupes, perdono que algunas veces me guardes en el cajón del olvido, igual de alguna manera te haré saber que sigo existiendo, por lo menos si Fabio no me pega un tiro por mala paga.

—No digas tonterías, solo trata de estar al día con él. Y cuéntame, ¿cómo estás?

—Como siempre, tratando de conquistar al mundo...

Elizabeth soltó una estruendosa carcajada, de esas que no eran nada delicadas y que no iban con su apariencia física, pero que a Wagner le encantaban.

—Dudo mucho que puedas conquistar el mundo en un *skate* o con tus técnicas de capoeira, tendrías más probabilidades si te concentraras más en los estudios. ¿Has ido a las rodas? —Quería evitar la palabra favela en su casa, por temor a que entrara alguien de improviso y la escuchara.

—Sí, cada sábado, sabes que sin mi dosis de capoeira callejera en la semana no podría vivir.

—Extraño acompañarte, ¿fuiste a la fiesta del Candomblé que te invitó Flávio?

—Elizabeth. —Sonrió y negó con la cabeza—. No era una fiesta, era un culto de los orixás. —Le aclaró.

—Está bien, trataré de ponerme un poco más al día con esa religión, para entender eso de los cultos. Pero ¿fuiste o no?

—No, respeto la religión de Flávio pero no me llama la atención.

—¿Ni por curiosidad? —escudriñó entornando los párpados.

—Ni por curiosidad.

—Bueno, yo sí siento curiosidad y tendrás que acompañarme —dijo llevándose la mano al pecho, porque sentía que el nudo se le estaba aflojando y lo que menos esperaba era mostrarle las tetas a su amigo.

—Solo por ti lo haría. —Le regaló un guiño seductor.

En ese instante Elizabeth pensó en Cobra, sabía que la única persona que

podía darle noticias sobre él era Wagner, era quien lo veía todos los sábados, así que iba a poner de rodillas a su orgullo y su miedo y se arriesgaría a preguntarle.

—¿Has mejorado tu técnica? Dame una excelente noticia y dime que lograste humillar a Cobra —comentó, tratando de que los nervios no la delataran.

—Mi técnica está mejor que nunca, en cuanto a humillar a tu amigo, no sé si te lo habrá dicho. —Su voz se espesó ante los celos que inevitablemente surgían en él.

—¿Decirme qué?... Bueno... Gavião, Cobra no es mi amigo; es decir, apenas nos conocimos y no he tenido más contacto con él. —Se obligó a sonreír—. Dime que has logrado vencerlo, quiero saber si pusiste a comer tierra su orgullo.

—No, no he tenido la oportunidad de competir con él —suspiró por tener que hablar de alguien a quien no toleraba—. No ha vuelto a la favela, no desde que tú te fuiste...

—¿No ha ido? —preguntó extrañada y enseguida el corazón se le aceleró.

En ese momento la puerta de su habitación se abrió intempestivamente, Elizabeth se impresionó de ver a su madre.

—Cariño, tienes que venir a ver las noticias, han capturado al asesino de Río.

—¿Cómo? —Se levantó rápidamente de la cama—. ¿Cuándo?

—Ven, corre —pidió Rachell.

—¿Qué pasó? —preguntó Wagner perturbado.

—Capturaron al asesino en serie, no sé... Se supone que deberías saberlo mejor que yo, estás en Río.

—No lo sé, no he visto las noticias.

—Sé que tu mundo se limita a ser *skeater* y capoeirista, pero hay otras cosas... Corre a ver las noticias, después hablamos... Adiós, te quiero —habló apresurada mientras se calzaba las pantuflas y no esperó a que Wagner se despidiera, simplemente terminó la llamada; lanzó el teléfono a la cama y salió corriendo tras su madre, asegurándose de no quedar desnuda en pleno pasillo.

Entró a la habitación principal de la casa, encontrándose a su padre sentado al borde de la cama, casi queriendo comerse el televisor con su cuerpo en total tensión, mientras en la gran pantalla dividida en dos presentaban un vídeo de la policía entrando a un estudio, sorprendiendo al

hombre sentado, y al otro lado una periodista narrando lo sucedido.

Samuel le echó un vistazo a su hija, no pudo reprocharle que anduviera casi desnuda por la casa, porque era más importante la noticia que le provoca un agrio sabor que subía y bajaba por su garganta.

No podía creer en ese espectáculo, no le cabía en la cabeza que ese hombre se entregara de esa manera, sabiendo todo lo que supuestamente había hecho.

Sus años de experiencia le brindaban la certeza de que eso no era todo, de que había mucho pero mucho más detrás de ese espectáculo, posiblemente ese psicópata de mierda era el autor de los crímenes, pero estaba completamente seguro de que no trabajaba solo, que le estaba cubriendo las espaldas a alguien más.

Elizabeth y Rachell guardaban silencio, ambas se sentaron en la cama, observando y escuchando atentamente la noticia, mientras sus corazones permanecían alterados.

Una vez terminada la transmisión Samuel habló.

—Me indigna que un canal supuestamente responsable se haya prestado para esa patética tramoya que quería brindar ese mal... —Se detuvo para no decir malas palabras delante de su hija—. ¿Acaso no pudieron darse cuenta de que era lo que quería? Los utilizó para conseguir su objetivo, desprestigiar a la policía y todo el esfuerzo que han hecho; solo estaba buscando la satisfacción de sus propios intereses, no quería darles la primicia ni una puta causa altruista, solo se entregó de esa manera para su único beneficio, porque es un asocial infeliz —criticó furioso.

—Por lo menos ya lo capturaron —comentó Elizabeth sin poder borrar de su cabeza la imagen del asesino, la que dejaron congelada en la pantalla por casi un minuto, antes de que terminara la noticia.

—Amor, no sabemos bajo qué circunstancias hicieron esa transmisión, no podemos saber si estaban amenazados —intervino Rachell, para que su esposo no fuera tan duro con su crítica; no todos podían tener la misma visión que él.

—Solo sé que esto apenas comienza, algo me dice que ese infeliz no es más que una carnada; hay algo más detrás de este espectáculo. —Miró a su hija sentada a su lado—. Ve a cambiarte cariño, te puedes resfriar. —Le pidió. Justo se ponía de pie cuando él se percató de la mancha rosácea en su rodilla—. Espera, ¿qué te pasó ahí?

Elizabeth miró donde su padre había clavado los ojos y tragó en seco, inútilmente había tratado de esconder por mucho tiempo la marca del raspón.

—Ah, ¿esto? No, no es nada —emuló una sonrisa, tratando de restarle importancia.

—¿Cómo que no es nada? Es una cicatriz.

Su madre también intervino, haciendo todo más difícil.

—Sí, ya sé que es una cicatriz —dijo burlona para esconder sus nervios.

—¿Qué te pasó? ¿Por qué tu madre y yo no estábamos enterados?

—Papá, es que fue una tontería, me caí con los patines... Eso fue en Río.

—¿Te caíste con los patines? —preguntó Samuel entornando los párpados sin poder creerlo, porque sabía lo hábil que era su hija patinando, sobre todo si consideraba que el noventa por ciento de las veces que se había caído lo había hecho de culo.

—Bueno. —Vislumbró que su padre había adivinado que no pudo haberse caído por sí sola—, es que estaba con Hera y Helena, una de ellas tropezó y sin querer me empujó —respondió como siempre, involucrando a sus salvadoras—. Ahora me voy, no quiero resfriarme —dijo saliendo de la habitación ante una madre sonriente y un padre suspicaz.

—Sabes que nos mintió, ¿verdad? —Samuel comentó, una vez que su hija los había dejado solos.

—No lo sé amor. —Rachell se alzó de hombros de manera despreocupada —, pero solo fue un raspón. Si nos mintió tendrá sus razones...

—¡Por Dios Rachell! ¿Por qué eres tan alcahueta? Cuando me enamoré de ti jamás pensé que serías una madre tan... tan así —dijo señalándola con ambas manos.

—Y yo no imaginé que serías tan entrometido en la vida de tus hijos. ¡Déjalos que vivan, por Dios! —Se acercó a él y con los pulgares empezó a masajearle las sienas.

—Solo intento protegerlos —confesó cerrando los ojos y sujetándole las caderas.

—Y lo haces bien, pero también debes quitarte un poco de carga de encima.

—Son mi responsabilidad.

—«Nuestra» responsabilidad. —Le recordó, sintiendo cómo él le acariciaba el vientre.

—Tienes razón, ¿me tienes noticias?

—No cariño, sigo sin embarazarme; ya no es tan fácil como nueve años atrás.

—Pero podemos seguir intentándolo.

—Si no estás tan cansado...

—Sabes que para ti nunca lo estoy. —Pegó su frente en medio de los pechos de su mujer.

—Espero que digas lo mismo una vez que regreses de leerle a Violet, hoy te toca a ti. —Le recordó.

—Guardaré toda mi energía para entregarte al pequeño Garnett.

—Espero que no te me quedes dormido a medio camino. —Le guiñó un ojo —. Por cierto, no me has contado cómo te fue con la entrevista —preguntó Rachell, segura de que ese día lo había visitado la gente de Discovery, para pedir los detalles de la fiscalía sobre un atroz caso que había ocurrido cinco años atrás.

—Bien, me hicieron saber que estaban interesados en hacer un programa con mi caso, sobre mi vida y todo lo que pasó con mi madre, pero les dije que no... No permitiré que expongan mi intimidad, no quiero que mis hijos se enteren de lo que pasó, no quiero que sus corazones se manchen de odio ni de dolor.

Él había decidido perdonar a Henry Brockman y que sus hijos lo conocieran como su abuelo, para que pudieran comprender por qué Megan era su tía, pero no quería desenterrar nada más de su pasado, no quería hacerlos pasar por la cruda realidad.

Así como Rachell había preferido que los niños conocieran por abuelo a Oscar y no al maldito de Bruce Borden, quien había muerto en prisión hacía apenas un par de días; seguramente ahora era conejillo de indias de los practicantes de medicina de alguna universidad. Él había recibido la noticia y todavía no sabía si informarle a su mujer sería lo más sensato, porque verdaderamente no quería herirla.

Elizabeth llegó a su habitación segura de que su padre no le había creído ni una sola palabra, pero no era algo que le preocupara en ese momento; se había enterado de cosas sobre las cuales debía pensar y estaba algo aturdida, pero no debía perder tiempo, la ansiedad no se lo permitía, por lo que agarró su teléfono, desconectó la música y llamó a Ana, mientras esperaba a que contestara no podía dejar de pensar en lo que Wagner le había dicho sobre Cobra.

—Aninha, ¡por fin contestas! —resopló, ya que imaginó que como muchas veces, no le respondería.

—Eli, ¿has visto las noticias? Han capturado al asesino —comentó sin

saludar.

—Sí, las vi. Me alivia mucho saberlo.

—Es un loco de mierda, ¿viste cómo tuvo el descaro de burlarse de Letícia Mendes?

—No, eso no lo vi. ¿Qué pasó?

—Es que cuando lo sacaron del canal ya Letícia estaba afuera, ella por poco le saca los ojos, pero el muy hijo de puta solo se burló de la pobre señora; está enfermo definitivamente.

—Tiene que estarlo, pero no era por el asesino que te llamaba sino para preguntarte si tienes el número de Marcelo Nascimento —comentó sin miramientos.

—Sí, tengo el número del señor cara de culo, pero ¿no que preferías al hermano de ricitos?

—Sí... —Ella no sabía cómo explicarle, por temor a quedar en ridículo delante de su prima; no quería que nadie se enterara de que Alexandre había jugado con sus sentimientos—. Necesito que me hagas un favor, ¿podrías llamarlo y preguntarle si estuvo esta semana en Nueva York?

—¿A Marcelo?

—Sí, es que me pareció verlo.

—Pero si ese no es el de tu interés, ¿qué más da si estuvo o no por allá?

—Vas a ayudarme, ¿sí o no?

—Está bien, lo haré, lo haré... ¿Qué me darás a cambio? —preguntó con picardía.

—¿Volviste a ver al negro? —preguntó con agilidad.

—No, he tenido ganas de regresar al bar, pero prefiero no arriesgarme.

—Entonces, si llamas a Marcelo prometo que te ayudaré a conseguir al embajador que te llevó al cielo, creo que sé dónde podremos encontrarlo.

—Cuenta conmigo —dijo con una gran sonrisa, entusiasmándose más de la cuenta—. Dame tres minutos.

—Te doy cinco, para que puedas hacerlo con calma.

—No te preocupes, que no me interesa para nada extenderme con Marcelo.

—Está bien, esperaré a que me llames.

—Bien. —Finalizó la llamada.

Elizabeth corrió al vestidor, se quitó la toalla y se puso un pijama; no sabía por qué hacía todo eso ni por qué le emocionaba, si se suponía que nada de eso cambiaba el que Cobra la hubiese ignorado por tanto tiempo.

Supuso que solo se llevó dos minutos en ponerse el pijama, y cuando

regresó a su habitación vio que Ana ya la estaba llamando; corrió a la cama sin percatarse de que estaba descalza, y con el dedo pequeño le llegó a la base; el dolor fue terrible, se dejó caer en el colchón en posición fetal mientras se sujetaba el dedo y ahogaba un jadeo de dolor, maldiciendo a Alexandre, porque todo lo que le pasaba era por su culpa.

—¿Qué te dijo? —chilló sin soltarse el dedo y con los ojos llorosos.

—Que no.

—¿Segura? —Se incorporó rápidamente, olvidando el dolor.

—Supongo que no tiene porqué mentirme.

—¿Te dijo algo más?

—No, pues no me interesaba hablar, y a él mucho menos; siempre vive ocupado. Ahora dime para qué querías la información, porque no creo que haya sido simplemente porque creíste verlo.

—En serio solo fue por eso, nada más.

—Eli, no te creo, ¿será que tiene algo que ver con el gemelo?... ¿Fue más que un polvo lo que pasó con el ricitos? Te gusta más de la cuenta, ¿cierto? Te hiso romper tu regla de oro y deseas repetir... —Con una sonrisa hacía las conjeturas.

—Ya Ana, no digas tonterías; no sé para qué te pedí que lo llamaras...

—Bueno, igual cumplí; ahora espero que me ayudes a encontrar a mi poli, porque a mí sí que no me da miedo repetir; además, estoy en la etapa de que quiero que ese hombre me quite el recuerdo de Rodolfo no solo de la cabeza, sino también del cuerpo y del corazón.

—Piensas utilizarlo. —Elizabeth soltó una carcajada—. Debes tener cuidado Ana, no sea que termines peor.

—No lo creo, ya sabes que no me gustan los hombres de color.

—¿Cómo que no te gustan y estás que cambias los órganos por encontrarlo?

—Una cosa es el sexo fenomenal, disfrutar de un hombre alto, moreno, fuerte, muy bien dotado... Toda la antítesis de Rodolfo, a que termine enamorada. Entiéndeme, esto no es más que un plan de venganza hacia Rodolfo —confesó, porque realmente el policía era la otra cara de la moneda de su ex, quien era tan rubio como el sol.

—Sí, imagino que te lo comes delante de Rodolfo... ¡Brillante tu venganza! —ironizó, sintiendo que el dedito todavía le latía de dolor.

—Definitivamente, no lo entiendes Elizabeth... —Resopló, dándose por vencida—. Mejor me voy a dormir, espero que mañana me tengas noticias de mi poli.

—No creo que mañana, pero muy pronto te haré saber. Gracias por molestar a Marcelo por mí.

—No le dije que era por ti, me hubiese pedido tu número... Sé que llamaste su atención —dijo juguetona—. Y si el ricitos no te aprovecha, seguro que Marcelo sí.

—No me interesa Marcelo —dijo rotundamente.

—Yo que los vi, no les noto la diferencia, solo sé que uno dedica más tiempo por las mañanas a su pelo que el otro, nada más. Así que puedes jugar con ambos.

—No es una cuestión de físico, es algo más.

—¿Es amor? —curioseó.

—¡Por favor Ana! ¡Qué tonterías dices!... Es actitud..., es... Mejor ya vete a dormir.

—Está bien, está bien. —Siguió vivaracha—. Te quiero. —Terminó la llamada.

Elizabeth no sabía por qué no podía admitir que realmente amaba a Alexandre, posiblemente porque le avergonzaba que sus primas supieran que después de tanto jactarse con su regla de «sexo sin involucrar sentimientos» había fallado y había terminado enamorada precisamente de quien no la había tomado en serio; había sido ella a quien esta vez le habían roto el corazón, y se sentía horrible, se arrepintió de haber hecho sufrir a tantos chicos, que ilusionados le profesaron tanto amor.

CAPÍTULO 20

Alexandre apenas esperaba su maleta en Galeão cuando se enteró de que el asesino en serie, que por meses mantuvo a la ciudad en un estado de alerta total se había entregado. Todo el mundo hablaba del espectáculo que había sido, pero sobre todo, esperaban que la policía diera más noticias sobre el proceso que se llevaría a cabo; deseaban ver rodar la cabeza del tipo.

Enseguida buscó su teléfono y llamó a Moreira para que lo pusiera al tanto, pero no le contestó. Estaba completamente seguro de que estaría muy ocupado, tal vez interrogando al asesino; decidió no interrumpir más el trabajo de su amigo, así que cogió su maleta, salió del aeropuerto, compró el periódico *O Globo* y subió a un taxi.

Le dio la dirección al chofer y se dispuso a leer las noticias mientras transcurría el viaje, la primera plana era memorable, en la foto se veía al hombre sentado en el estudio de televisión junto a Raquel Dias.

—Pobre diablo —murmuró al detenerse a mirar al supuesto asesino, que a simple vista no tenía pinta de ser un desalmado; sin embargo, la vida le había brindado experiencias para desconfiar hasta de su propia sombra—. No tiene idea de lo que le espera.

Leyó todo lo relacionado con el espectáculo mediático que había sido la entrega del hombre, y después se pasó a la sección de deportes.

Justo al llegar al apartamento dejó la maleta y llamó a su madre para avisarle que había retornado, ante su insistencia de saber cómo estaba de salud le prometió que por la noche iría a casa.

Se había propuesto retomar su vida, ser feliz y sentirse agradecido con lo que tenía, y no anhelar nada más. Sabía que la única manera de deshacerse definitivamente de Elizabeth era destruyendo todo lo que por años había atesorado de ella, por lo que fue al vestidor, buscó en el compartimiento secreto de uno de los cajones y sacó la colección fotográfica que sumaban más de cien, además de un par de bragas, lanzó todo en la bañera, todavía no sabía si ahogar o quemar su preciado tesoro.

Con el encendedor temblándole en las manos se venció a esa fuerza más

poderosa que lo hizo desistir, y lleno de impotencia se largó del lugar. Bajó al estacionamiento y subió a la supermoto, decidió que era momento de probarla; todavía no sabía cómo se la había dejado Alves, su mecánico de confianza.

No sabía a dónde ir, necesitaba escapar de sus pensamientos y de sus sentimientos, bien sabía que no importaba qué tan lejos pudiera irse físicamente, lo que llevaba dentro se iría con él, siempre le había sido imposible lidiar contra sus emociones; tanto así, que todavía no conseguía resolver conflictos y sufrimientos que llevaba con él desde hacía más de dieciocho años, que las preguntas de todo lo que pudo haber sido se seguían sumando día con día. Ahora a todo eso se añadía el fracaso que Elizabeth significaba en su vida, y solo le tocaba aprender a existir con eso.

Estando cerca de la laguna Rodrigo Freitas fijó su rumbo al Parque da Catacumba, posiblemente estar en contacto con la naturaleza, como tanto le gustaba, le ayudaría a despejar su mente.

Estacionó cerca del sendero de piedras y se adentró a la espesura que la naturaleza le brindaba, se sentó sobre una piedra, con la mirada fija en la copa de los árboles que se mecían con el viento y en los pájaros que se posaban sobre las ramas; después de algunos minutos admirando lo que le rodeaba, el sonido de un berimbau le retumbaba en la cabeza, casi arrastrado por esa pasión que corría por sus venas se levantó y aprovechó el espacio despejado que estaba a pocos pasos para iniciar con algunos pasos de capoeira; sin embargo, no pasó mucho tiempo para darse cuenta de que todavía no había sanado tanto como deseaba, porque la pierna le dolía; aun así, no se daba por vencido, con cada pinchazo de dolor, se recordaba que debía buscar al hijo de puta que lo había dejado en esa situación y hacérselo pagar, ya no era una cuestión de venganza, era algo de supervivencia, porque estaba convencido de que lo estarían buscando, y antes de que lo encontraran, él iba a sorprenderlos.

Consciente de que no podía seguir exigiéndose más, detuvo su ritual; decidió regresar, y antes de llegar a la moto se detuvo en un quiosco a comprar una Guaraná Antártica para refrescarse, la cual bebió de un par de tragos.

Regresó al apartamento, sacó todas las fotos de la bañera sin detenerse a mirirlas, las dejó en la caja en la que habían permanecido por tanto tiempo y las llevó al lugar secreto.

No quería ir tan tarde a Niterói, además de que estaba hambriento y tenía la nevera vacía, así que se duchó rápidamente y partió a la casa de sus padres.

Mientras atravesaba el emblemático puente, el cielo se iba apagando y las luces de la ciudad se encendían.

Nada se comparaba a que su madre lo recibiera con comida casera, después de haber pasado los últimos días alimentándose en los puestos ambulantes de comida en Nueva York.

No le agradó saber que Luana y Jonas estaban con Marcelo, no deberían estarlo, e inevitablemente surgían los celos que lo ponían de muy mal humor, sobre todo cuando escuchó que llegaban.

—Me voy —dijo levantándose de la mesa, sin terminarse el infaltable café que su madre siempre servía después de la comida.

—Alexandre, ¿puedes esperar?...

—Sabes que no —dijo determinante y caminó en dirección a la salida.

En el pórtico lo inevitable sucedió, su mirada se encontró con la retadora de su hermano; no hacían falta palabras, la actitud y sus ojos gritaban cuánto se odiaban.

No pudieron retarse limpiamente más que pocos segundos, cada uno siguió con su camino.

Jonas, al verlo corrió en su dirección, mientras que Luana apenas bajaba del lujoso auto.

—Hola pequeño. —Lo saludó inclinándose.

—¡Hola papi! —Se le lanzó eufórico.

—¿Cómo has estado?

—Bien, papi me llevó a comer un helado de chocolate. —Le comentó refiriéndose a Marcelo, a quien también llamaba de esa manera. Suponía que todavía lamentablemente le costaba diferenciarlos.

—Que bien. —Le sonrió con ternura—. Prometo que el fin de semana te llevaré a pasear, ¿quieres ir a pescar?

—¡Sí! Quiero ir a la playa.

—Bien, el fin de semana vendré por ti. —Con el niño en brazos se levantó y caminó hasta Luana, que se acercaba a él—. Hola pequeña, ¿cómo estás? —Le preguntó mirando a los hermosos ojos grises.

—Bien, me alegra que hayas regresado del viaje. ¿Cómo te fue?

—No como esperaba, pero eso no importa. —Le entregó el niño, quien gustoso se fue a los brazos de la chica.

—Supongo que mucho trabajo.

—Más o menos.

—¿Ya te vas?

—Sí, no quiero que se me haga tarde.

—Mentiroso, eres muy malo mintiendo —dijo sonriente—. Sé por qué te

marchas.

—Si lo sabes entonces para qué me haces pensar en darte alguna explicación. —Se acercó a ella y le dio un beso en la frente—. Nos vemos luego. Te quiero.

—Eso espero, la última vez que me lo dijiste casi no lo cumples y me hiciste pasar el peor susto de mi vida. Así que cuídate. —Casi suplicó.

—Lamento haberte hecho pasar por esto cariño, prometo cuidarme.

Luana, con Jonas en brazos caminó hacia la casa, y Alexandre pudo ver cómo Marcelo salía a su encuentro, escoltándola al interior.

—Maldito infeliz —murmuró con todo el rencor que sentía hacia él y la impotencia haciendo estragos en su ser, pero no podía quedarse ahí, atizando su rabia, por lo que puso en marcha la moto y se alejó.

Pensó en irse a su apartamento a descansar, lo necesitaba luego de un largo día y de un viaje agotador, pero no pudo hacerlo; pasó Copacabana de largo y se fue hasta Rocinha, no podía dejar pasar el tiempo y permitir que volvieran a sorprenderlo, así que inició su búsqueda de información para dar con el hijo de puta que quería su cabeza.

Se adentró en la favela, que a esa hora todavía pujaba su transitado ambiente y la algarabía se sentía en sus calles, con gran habilidad esquivaba personas, autos y otras motos, hasta que se detuvo frente a una tienda de venta de víveres y licores.

—¡Cobra! —saludó uno de los hombres que estaba junto a un grupo de amigos en una mesa de plástico azul, jugando ajedrez en medio de la calzada mientras tomaban cervezas y disfrutaban de la samba que provenía de la tienda.

—Orlando —correspondió al tiempo que bajaba de la moto, se acercó y le ofreció la mano a los demás para saludarlos—. Anderson, Breno, Erik.

—Parece que ya no quieres pisar Rocinha —comentó Orlando sonriente, dejando expuestos esos dientes blancos que resaltaban ante su piel negra.

—Ya olvidó a dónde pertenece. —Breno le siguió el juego a su compañero de juego e intentaba concentrarse en su próximo movimiento en el tablero.

—No hables mierda Breno. —Alexandre le despeinó la rizada melena negra, que era considerablemente más abundante que la de él—. Tuve que viajar por trabajo —explicó y vio cómo levantaba una de las piezas—. Yo que tú no jugaría con esa.

—Roberto, trae una cerveza para Cobra, para que recuerde que los mirones solo beben —dijo Orlando.

—No, gracias, no puedo quedarme mucho tiempo. —Agitó las llaves—. Te la dejo, la paso a buscar en unas horas. —Se las lanzó y Orlando las atajó hábilmente.

—¿Qué te dije? Ya no quiere compartir con los que fueron sus amigos desde que apenas estaba aprendiendo a limpiarse el culo —intervino Orlando rascándose la barba.

—Tengo que solucionar un problema, el fin de semana vendré a darte una paliza, y después de que te gane unas cuantas cervezas te ensañaré cómo se juega.

—Estoy temblando —ironizó y soltó una carcajada hacia los demás compañeros.

—Ríe hoy y llora mañana —dijo Alexandre sonriente, chocó su mano con ellos y se fue caminando.

Breno tenía razón, ellos le habían brindado amistad, confianza y seguridad desde que pisó la favela; le abrieron las puertas de sus casas para que se sintiera un miembro más de la familia, le tendieron la mano en los momentos más difíciles y le ofrecieron el hombro cada vez que necesitó llorar sus penas.

Cobra contaba con amigos en cada rincón de Rocinha, por eso era tan conocido en el lugar, pero leales como ellos muy pocos. Avanzó entre callejones para llegar más rápido, empezaría por las «Boca de fumo», donde tenía algunos conocidos.

Intentando no ser visto, esperaba el momento preciso escondido bajo escaleras o detrás de paredes. Desde ahí vio a dos hombres que les daban órdenes a cuatro distribuidores de drogas, que no eran más que niños, a los que manipulaban con mentiras.

Siempre era el mismo guion ya desgastado, los atraían con la promesa de que algún día serían como ellos, que algún día podrían llegar a ser los dueños del morro, y tendrían dinero para comprar toda la ropa y zapatos de marcas que desearan, pero lo más importante, que serían intocables.

No era más que una despiadada mentira, porque el mismo jefe de la banda jamás permitiría que otro alcance su mismo poder, eso significaría sumar un rival, y antes de que eso pudiera pasar, terminaban eliminándolos.

Una vez que los dos hombres se marcharon, los que suponía eran los matones de confianza del sueño del morro, se acercó un par de metros más.

Alexandre silbó de la manera en que ya Neymar lo conocía, y el niño de tan solo trece años calmó la alerta de sus compañeros, quienes rápidamente se armaron con unos fusiles más pesados que ellos mismos.

Neymar bajó las escaleras, Alexandre volvió a silbar como si fuese un canario, para que diera con su escondite.

—Aquí. —Lo llamó para que no pasara de largo.

—Cobra, hermano... Casi te metes al caño de mierda —dijo sonriente—. Sal de ahí que no hay problema. —Le aseguró, tendiéndole la mano. Alexandre aceptó la ayuda y salió de debajo de la escalera—. ¿Qué haces por aquí?

—Necesito un favor.

—Habla, ¿a quién tengo que meterle una bala en la cabeza? —preguntó acariciando el fusil.

Alexandre sabía que con tan solo nombrar a alguien, Neymar podría asesinarlo sin ningún tipo de remordimiento, lamentablemente el niño parecía no tener conciencia. Incontables fueron las veces que intentó ayudarlo para que no eligiera ese camino, pero fue imposible; y de cierta manera, sentía que le había fallado.

—Tranquilo, que no tienes que matar a nadie, de ese me encargaré yo, pero primero tengo que encontrarlo.

—Dame nombre.

—No sé cómo se llama el maldito, tu trabajo será ubicarlo, es un gordo que cojea de la pierna izquierda, moreno y calvo... Creo que está metido en el mercado de trata de personas...

—No creo que mi jefe lo conozca, lo nuestro solo es drogas, no somos proxenetas... —comentó seguro de que podía confiar en Cobra.

—Lo sé, lo sé, pero sí sé que hay mafia de esos aquí en Rocinha...

—Si mi jefe se entera los va a quemar.

—Tu tarea es averiguar, sé que tienes muchos contactos... El cabrón y su gente andan por la zona roja.

—No me meterás en problemas, ¿no?

—Sabes que no, lo que tengo con ese hijo de puta es personal.

—Cuenta conmigo hermano, te lo consigo porque te lo consigo; pero le explotas las pelotas cuando todavía esté con vida, eso lo haces por mí —pidió, porque él odiaba a todo lo que tuviera que ver con abusadores y violadores; desde que encontró a su padrastro violando a su hermanita de tres años se convirtió en su primer muerto, con tan solo diez años, en medio de la ira y el dolor se fue a la cocina y buscó el cuchillo más grande, de regreso en la habitación, mientras el maldito seguía rompiendo las entrañas de la pequeña criatura se le lanzó encima y lo apuñaló todas las veces que pudo. Desde ese

momento se fue de casa y huía de la policía.

Cobra lo escondió por varias semanas en el hueco donde guarda sus cosas cuando va a la roda, ahí lo mantuvo, llevándole comida y ropa; fue el único que comprendió y justificó lo que había hecho, pero después él decidió elegir su camino.

—Cuenta con eso. —Le tendió la mano y se despidieron en medio de un fuerte apretón.

—Te buscaré en cuanto tenga información.

—Gracias, sabía que podía contar contigo.

—No puedes esperar menos de mí, me salvaste la vida.

—Sabes que no, solo te ofrecí ayuda.

Alexandre regresó a donde había dejado la moto, decidió tomarse un par de cervezas con los amigos y después se marchó a su apartamento; apenas cayó al colchón quedó totalmente rendido.

Elizabeth intentaba dormir, pero no hacía más que dar vueltas en la cama.

—Maldito que me ha robado el sueño —murmuró irritada en la oscura habitación, sintiendo que los ojos le ardían y el cerebro no paraba de maquinar tonterías, pero sobre todo, de extrañarlo.

Se sentía patética al añorar los huesos y pasiones de un hombre que la descartó como si fuese una servilleta, a la que usó y después tiró a la basura.

Estúpidamente intentaba justificarlo, no sabía si lo hacía su corazón o su cabeza, pensaba una y otra vez en ese hombre que vio en el Eleven Madison; un latido constante le decía que posiblemente era Cobra, pero la razón le gritaba que no era el único hombre sobre la tierra con cabello cobrizo rizado.

A todo eso se sumaba lo que Gavião le había contado, que definitivamente, era lo que más la tenía pensando, porque suponía que Cobra no podía vivir sin la capoeira.

—A menos que esté yendo a otra favela. —Volvió a interrumpir la razón.

Sin poder evitarlo llevó su mano hasta la mesa de noche y agarró su teléfono, inmediatamente entró en el buscador y tecleó en búsqueda de las últimas noticias del asesino en serie, aunque fuera aterrador era la única noticia que podía acercarla a Alexandre.

Se paseó por varios portales, mirando detenidamente las fotos, para ver si lo veía en alguna, porque eso sería una prueba de vida del infeliz, pero no

contó con la suerte de verlo; sin embargo, no desistía, y en su empeño solo encontró unas imágenes realmente espantosas de Priscila.

—¡Oh por Dios! —Se tapó la boca con una mano y cerró los ojos después de ver el cuello de Priscila cercenado. Realmente no sabía qué conseguía la prensa con publicar algo tan inhumano.

Cuando tuvo el valor volvió a abrir los ojos, solo para darse cuenta que una foto era peor que la otra. Las manos se las ataron con una brida, se atemorizó con el cuerpo desnudo y la sangre seca en el pecho. No pudo soportarlo más, y con dedos temblorosos salió del portal informativo de Globo.

Decidió no seguir buscando, no quería horrorizarse más de lo que estaba; volvió a dejar el teléfono en la mesa y se quedó mirando al techo de su habitación, hasta que sin proponérselo se quedó dormida, para despertar dentro de una bolsa de basura, con las manos y pies atados; empezó a gritar, pero no podía hacerlo, porque un trozo de cinta americana le tapaba la boca.

No veía nada, sentía que el vapor dentro de la bolsa la estaba ahogando, se sentía bañada en sudor y se retorcía en un intento por dar la pelea.

La desesperación se apoderó de ella cuando escuchó unos pasos acercarse acompañados por una voz, una voz que pudo distinguir claramente porque era la de Cobra, él estaba ahí. Entonces empezó a arquearse con más fuerza y gritaba todo lo que podía, aunque no pudiera escucharla suplicaba por auxilio mientras lloraba descontroladamente y el corazón estaba a punto de explotarle.

En medio del terror el alivio abrió una brecha al ver que rasgaban la bolsa, una luz enceguecedora le lastimó los ojos y rápidamente los cerró, entonces sintió una punta afilada pinchándole el hombro, sin importar que la luz volviera a herirle las retinas abrió nuevamente los párpados, encontrándose a un hombre acucillado, pero no podía verle el rostro, porque la luz no le dejaba, e igualmente el terror torturaba todo su ser al ver que tenía una navaja en la mano y la condujo a su cuello, terminó orinándose encima y su cuerpo era atacado por espasmos involuntarios, mientras suplicaba a Dios que su padre llegara a salvarla.

—Elizabeth... Eli, cariño. —La voz de Samuel finalmente la rescataba; despertó, y antes de abrir los ojos agarró una bocanada de aire.

Le dolía el pecho, tenía el corazón descontrolado y estaba temblorosa, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas; miró a todos lados, asegurándose de que estaba en su habitación sana y salva, que había logrado escapar de esa horrible pesadilla.

Los golpes en la puerta provocaron que se sobresaltara, se levantó violentamente y un sabor amargo le subió repentinamente a la garganta.

—¡Elizabeth! —Volvió a hablar Samuel, extrañado de que su hija no se hubiese levantado todavía.

—Adelante papá —dijo con voz estrangulada saliendo de la cama.

—Cariño, ¿te sientes bien? —preguntó entrando a la habitación.

Elizabeth no pudo responder porque salió corriendo al baño, aunque lamentablemente no logró llegar a tiempo y terminó vomitando en medio de la habitación y delante de su padre.

—Cariño, cariño, ¿qué sucede? —Corrió Samuel hasta ella, sin poder ocultar los nervios que le provocaba cada vez que veía a sus hijos enfermos.

Elizabeth quería dar una respuesta, pero las arcadas no se lo permitían, y lo peor era el horrible sabor amargo del líquido espumoso y amarillento que estaba volcando en la alfombra y que salpicaba sus pies.

—Tranquila, respira..., respira mi amor. —Le pedía, tratando de sujetarle el pelo y acariciándole la espalda, pero estaba todo tembloroso—. ¡Rachell! ¡Rach! —Sabía que necesitaba a su mujer, para situaciones como estas ella siempre tenía nervios de acero—. Ya va a pasar mi vida —susurró, viendo cómo Elizabeth parecía calmarse, pero una nueva arcada la hacía sacudirse—. Ay no, viene otra vez, ¡Rach! —Se lamentó con el corazón descontrolado.

—¿Qué pasa? —Preguntó ella entrando a la habitación, pero al ver la situación corrió hasta la joven—. Eli cariño, pequeña, solo respira. —Le pedía mientras Samuel hablaba cosas sin sentido—. Cálmate Sam, que la pones más nerviosa; ella está bien, solo está vomitando, no la agobies —pidió, consciente de que su marido podía enfrentarse con tesón a cualquier situación peligrosa, pero cuando se trataba de los niños perdía la tranquilidad—. Ya, ya pasó cariño. —Rachell la sostenía con una mano en su frente, retirando el sudor frío—. Ven, vamos al baño.

—Mi mariposa no está bien Rach, que se cambie, vamos a llevarla al médico —propuso todavía nervioso y mirando a su hija.

—Vamos a esperar, cálmate; mejor ve con Violet, que yo atiendo a la niña.

—Estoy bien papi, estoy bien —dijo pasándose la mano para quitarse el vómito que le había salido hasta por la nariz.

—No es normal que vomites en ayuna, ¿pasaste mala noche? ¿Por qué no me avisaste? —interrogó sin querer abandonar la habitación que apestaba por el vómito.

—Estoy bien papi, confía en mí —aseguró con la garganta ardida, y al

mirarlo se echó a llorar al recordar la pesadilla que la había rescatado.

—Cariño, no estás bien —aseguró Samuel y con largas zancadas sorteando el charco de vómito se acercó a ella.

Elizabeth inmediatamente buscó refugio en los brazos de su padre, sin pensar en que iba a ensuciarle el traje que acababa de ponerse para ir a trabajar.

—Tuve..., tuve una pesadilla horrible papi, fue muy feo..., muy feo. —Sollozaba, saboreando todavía el sabor amargo del vómito.

—Pero ya pasó, solo fue un mal sueño mi vida, solo eso... Nada malo te pasará, nada malo podrá alcanzarte. —Le prometía con el ceño fruncido por la preocupación mientras miraba a Rachell—. Aquí estoy para protegerte, siempre, siempre... Ahora trata de calmarte, deja que tu madre te bañe y vamos al médico...

—Sam, no tienes de qué preocuparte, yo creo que el vómito solo fue producto de la impresión que le causó la pesadilla. —Lo interrumpió—. Mejor ve con Violet, y si Elizabeth vuelve a vomitar te llamo para que la llevemos a emergencias.

Samuel le acunó el rostro a su hija, sin importarle mojarse las manos con el pelo empapado y le dio varios besos en la mejilla.

—Estarás bien cariño.

—Ya papi —musitó sintiéndose demasiado consentida, aunque le encantaba—. Estás besando mi piel llena de alimentos mal digeridos. —Trató de hacer una broma para tranquilizarlo.

—¿Crees que eso me importa? —preguntó sonriente, pero por dentro estaba muy asustado—. No tienes idea de lo que haría por ti mi mariposa. —Se alejó un par de pasos—. Pediré que vengan a limpiar.

Rachell la sostuvo hasta el baño, puso a llenar la bañera mientras su hija se enjuagaba la boca, después le ayudó a desvestirse.

—Métete cariño. —Le pidió, aunque no estuviera llena todavía.

Elizabeth entró y se sentó, sintiendo cómo poco a poco el agua iba subiendo, llenando la bañera y sumergiéndola.

Rachell se acuclilló, con la mano recogía agua y la derramaba en la espalda de su hija.

—¿Quieres contarme cómo fue el sueño?

Elizabeth negó con la cabeza, consciente de que si le decía sobre qué había sido su pesadilla preocuparía más a sus padres.

—No sé cómo explicarlo, fue muy extraño... Y no quiero recordarlo.

—Está bien cariño, no tienes que contarle si te hace mal... —Siguió echándole agua y acariciándole la espalda—. Eli... —Rachell no sabía cómo abordar el tema—. ¿Has vomitado otras veces por las mañanas? ¿Te has sentido débil o con sueño últimamente? —preguntó casi en un susurro.

—No —respondió, miró a los ojos de su madre y descubrió inmediatamente lo que anidaba en sus pensamientos—. No estoy embarazada mamá, imagino que eso es lo que piensas.

—No, no, de ninguna manera... Bueno, sí... No consigo nada con ocultártelo. ¿Estás segura de que no lo estás cariño?

—Sí, estoy muy segura, hace unos días tuve mi regla.

—Yo menstrué hasta mi quinto mes con Violet.

—¡Ay mamá! No quieras ponerme contra la pared.

—Solo es un comentario, pero si te has estado cuidando en tus relaciones no tienes de qué preocuparte.

Elizabeth rápidamente pensó en todas las veces que estuvo con Cobra sin protección, porque ella creyó ciegamente en las pruebas médicas que él le mostró; tanto, como para olvidar un par de veces la píldora, pero había retomado su ciclo, lo llevaba perfectamente.

Solo con él había dejado de cuidarse, solo con él había tenido sexo sin protección.

«Maldita sea» —pensó y su madre notó la alerta en sus ojos.

—Tranquila, ahora que llegemos a la boutique te haces una prueba.

—¿Y si lo estoy? —preguntó sintiéndose nuevamente aterrada.

—Si lo estás tendrás que tener una conversación realmente seria con tu padre y poner a salvo a Luck.

—Pero no quiero tener un hijo, no en este momento. Ahora solo quiero estudiar..., hacer otras cosas.

—Primero lo primero, no te alteres. Vamos a confirmar si lo estás, y solo después podrás decidir qué hacer.

—Si lo estoy es de Cobra —chilló con el labio inferior temblando.

—Elizabeth, ¿es en serio? —reprochó buscando la mirada de su hija, pero ella no se atrevía a encararla—. ¿Cómo tienes sexo sin protección con un hombre que apenas conoces? ¿A dónde fueron todas esas charlas que hemos tenido sobre ser precavida? No es solo por un embarazo, si no por cualquier enfermedad...

—Lo sé mamá, y lo siento... Lo siento, solo que creí en unas pruebas médicas que él me mostró, me aseguraba que tenía el chip anticonceptivo y

que estaba sano. —Resopló para no ponerse a llorar—. Ahora mismo no tengo nada claro, estoy muy perturbada.

Rachell intentaba educar sexualmente a sus hijas de la manera más sensata, pero también sabía que había situaciones durante las relaciones, que en medio de la pasión escapaban de la razón; no podía juzgar a su hija cuando a ella misma le había pasado, prefirió mil veces creer en la palabra de Samuel, con tal de conseguir un orgasmo; no pudo pensar en las consecuencias que podía traerle solo creer los juramentos de un hombre en medio de la excitación.

—Está bien, tranquila, no te preocupes, primero debes salir de dudas... —
Trató de darle seguridad a su hija, pero solo de pensar que podría convertirse en abuela tan pronto le daba pánico, y ni pensar en cómo afectaría a Samuel.

CAPÍTULO 21

Elizabeth no atendió a la petición de su padre, quien deseaba que se quedara en casa reposando; quería comérselo a besos, amarrarlo en un brazo y no soltarlo nunca cuando se mostraba tan preocupado; sin embargo, le tocaba esforzarse demasiado para que le creyera que verdaderamente no estaba enferma, y que no podía permitirse la libertad de quedarse en cama porque tenía una agenda que atender, además de un gran torbellino dándole vueltas en la cabeza, del cual no le haría saber, porque temía que por simples incertidumbres su padre sufriera un ataque al corazón.

Antes de cumplir con alguna de sus obligaciones decidió ir a la boutique, donde su madre ya la esperaba con la prueba de embarazo; ella siempre tan cómplice de todas las locuras que cometía.

—¿Quieres que entre contigo al baño? —preguntó Rachell, acariciándole la barbilla.

—Tengo miedo —susurró.

—Lo sé, pero sea cual sea el resultado contarás con mi apoyo, y estoy segura de que después de que ponga el grito al cielo, también contarás con tu padre. —Le regaló una tierna sonrisa que intentaba calmarla.

—Gracias mamá. —Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar que sí estaba embarazada, seguramente no contaría con el padre del bebé, porque había desaparecido. Ni en sus más locos sueños imaginó que algo como eso le pasaría—. Creo que si me acompañas estaré más nerviosa. —Bajó la mirada a la caja en sus manos.

—Está bien, tómate el tiempo que necesites.

Elizabeth asintió con la cabeza y separó ligeramente los labios para llenarse completamente los pulmones, después soltó el aliento lentamente. Segura de que debía afrontar ese momento, sin importar que las piernas le temblaran y el corazón parecía estarle fallando.

Se fue al baño y decidió hacerlo rápidamente, no quería que la incertidumbre siguiera torturándola; mientras esperaba los minutos para saber

el resultado, a su memoria regresó parte de la pesadilla que había tenido. Sabía que todo había sido producto de haber visto las fotos tan crudas de Priscila.

No había sido más que un cruel juego de su inconciencia, el que la llevó a vivir esa experiencia tan aterradora. El tiempo trascurrió, y armándose de valor, buscó el resultado.

Salió del baño y corrió hasta su madre, la abrazó fuertemente y se echó a llorar.

—No..., no lo estoy —confesó sollozando de alivio, porque desde que su madre implantó la duda en su cabeza, solo imaginaba cómo haría con tanta responsabilidad.

—Ya cariño..., cálmate. —Le pedía Rachell, acariciándole el pelo—. Espero que de ahora en adelante seas más precavida y no confíes totalmente en las promesas de un hombre cuando le urge tener sexo, es mejor que tú te cuides.

—Sí mamá. —Movi6 la cabeza afirmando con gran exageraci6n—. Prometo que lo haré, nunca más olvidaré cuidarme... —Dio su palabra, alejándose y mirando a su madre a los ojos.

—Hasta que verdaderamente te sientas preparada y desees tener un hijo —comentó sonriente mientras le limpiaba las lágrimas—. Lo cierto es que estaba aterrada, no quiero ser abuela todavía —manifestó frunciendo la nariz.

—Lo imaginé. —Elizabeth sonrió, sintiéndose realmente aliviada. Con menos tensi6n en el cuerpo, tuvo que despedirse de su madre para ir a una sesi6n fotogr6fica que tenía pautada para ese día con La Revêche, una de las más prestigiosas marcas de trajes de baño.

Después de dos días y de varios intentos Samuel podía por fin comunicarse con Souza, sabía que debía estar ocupado y en medio de una gran presi6n. Sin embargo, necesitaba saber qué tenían hasta el momento, porque estaban llevando el caso prácticamente en secreto, cuando era de total interés público.

—Souza, ¿cómo estás? —saludó afable pero totalmente preocupado por toda la situaci6n.

—Garnett, todo bien. Imagino que ya las noticias te han puesto al tanto —comentó mientras observaba tras la ventana de expiaci6n cómo Moreira seguía

con el interrogatorio. Hasta ahora intentaban cuartear la fortaleza del infeliz, llevaba cuarenta y ocho horas sentado en el mismo lugar; no le permitían dormir, y no lo haría hasta que cantara todo lo que se reservaba.

—Relativamente, pero estoy seguro de que tú tienes mucho más... Sabes que puedes confiar en mí, ¿cierto?

—Lo sé, lo sé...

—Entonces, ¿quién es el infeliz? —preguntó sin rodeos. No conseguía nada con esconderle a Souza la intención de su llamada.

—Es todo lo que no esperábamos; se llama Giovani Vidal, con una sobresaliente preparación académica, en su mayoría internacional... Más de la que haya visto en alguien con tan solo treinta y tres años, además de que económicamente cuenta con una generosa fortuna. Es decir, el tipo es inteligente, aparentemente muy amable, cariñoso y admirado...

—Es un psicópata —interrumpió Samuel—. Ya sabes que cuenta con la capacidad de fingir lo que no es, aparenta propósitos y emociones que no posee; no es más que un camaleón humano, un maldito encantador de serpientes, y no debes sentir compasión, porque él no la tiene con nadie, solo los está utilizando en su propio beneficio de inflarse el ego... Cuéntame, ¿cómo van con el interrogatorio? ¿Ya dijo con quién trabaja?

—No, asegura que todo lo hace solo, dice que no cree en las sociedades.

—¡Mentira! El hijo de puta oculta a alguien. Estoy completamente seguro de que no es trabajo de una sola persona.

—Lo sospecho, pero ahora mismo estoy más concentrado en encontrar los demás cuerpos, sobre todo porque intuyo que el maldito es un erotofonófilo; si es así, nos jode todo.

—Esperemos que no, trata de ganar tiempo antes de que meta las narices el psiquiatra.

—Es lo que intento hacer, pero en mis treinta y cinco años de carrera nunca me había topado con alguien tan malditamente arrogante y vanidoso. Asegura que las víctimas son muchas, pero hasta ahora no quiere llevarnos a los cuerpos.

—Sabes perfectamente cómo reducirle las presunciones, seguro que más de uno de tus chicos se ofrecerá a darle unas cuantas descargas eléctricas en las pelotas. No tienes por qué cohibirte, a menos que tenga familiares que intenten protegerlo.

—Sí tiene, contactamos con un hermano, pero nos dijo que hiciéramos lo que nos diera la gana con él; y nos cerró la puerta en las narices. Una tía en

Italia, la que no quiso brindar ningún tipo de información, dijo no estar dispuesta a colaborar, porque el pariente no era de su interés, que no lo había visto desde que era un bebé y no sabía en lo que se había convertido... Así que tenemos el camino despejado.

—Souza, insisto, ese hombre no trabaja solo, no lo hace, no pierdas de vista al hermano —aconsejó Samuel.

—Sí, también está siendo investigado.

—¿Qué más sabes del tipo? ¿Trabaja? ¿El dinero que posee es lícito?

—Está limpio, tiene varios negocios entre los cuales destaca la venta y alquiler de equipos y maquinaria industrial. El hijo de puta hizo todo por diversión y se cansó de jugar. Realmente debe estar enfermo para joderse la vida de esta manera.

—O hay algo peor detrás de todo esto.

—Algo peor de lo que ya sabemos evidentemente. El hijo de puta no hace más que escupirnos a la cara que somos unos inútiles, y aunque me cueste aceptarlo, tiene razón.

—Por favor Souza, fui testigo de cuánto trabaja tu equipo, los he visto entregarse en cuerpo y alma a este caso; sé que comprendes que tu carrera no solo se limita exclusivamente a este demente, no tienes por qué desmeritar toda la pasión con la que has trabajado por tantos años... —comentó, comprendiendo perfectamente que su amigo se sintiera frustrado, él mismo se había sentido de la misma manera muchas veces. Esa carrera les enseñaba a ganar y a perder, pero también les proporcionaba la dicha de estar haciendo algo por la sociedad—. Lo que tienes que hacer es que se arrepienta de su jueguito, asegurarte de si en verdad hay más víctimas y actuar.

—Juro que de esta noche no pasa para que me diga dónde están los demás cuerpos, si es que los hay. Pero se arrepentirá de no ser más que una treta para jugar con nosotros... —En ese momento entró al cuarto de expiación uno de los oficiales—. Garnett, tengo que colgar, te llamo en cuanto tenga algo positivo que decir.

—Está bien, lo más importante es que tienes a la pieza clave, y él solo se lanzó la soga al cuello.

—Así es. —Se despidió y terminó la llamada.

Con precaución le dio el primer sorbo a la humeante bebida que le entregaron, mientras observaba cómo Moreira parecía estar a punto de perder la paciencia, luego de ocho horas interrogándolo.

A continuación pasó lo inimaginable, el infeliz pedía que le llevaran un

mapa de la ciudad y un marcador, cualquiera podía creer que habían quebrado su resistencia, pero realmente parecía que se había aburrido de jugar al gato y al ratón.

—Ve, búscalo inmediatamente —ordenó Souza palmeándole un hombro a Calenzanni, quien salió corriendo del cuarto de expiación.

No lo notaba cansado, hasta le sonreía cínicamente a Moreira, derrochando ese aire de superioridad que hasta él mismo quería meterle por el culo.

En sus tantos años de policía, nunca había contado con la desgracia de enfrentarse a alguien tan calculador. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el teléfono vibrándole en el bolsillo, resopló al ver la pantalla y decidió no responderle a la señora Mendes; sabía que exigía justicia por lo que le había pasado a su hija, pero precisamente la justicia no era fácil de emplear, había leyes y estamentos que se tenían que cumplir.

Ya el hijo de puta que estaba en el salón de interrogatorios lo había hecho sentir lo suficientemente inútil e impotente, como para que viniera ella a reforzar ese sentimiento.

Calenzanni usó la huella dactilar de su pulgar derecho para abrir la puerta del salón de interrogatorios.

—Aquí está lo que necesitas —dijo ofreciéndole a Moreira el mapa y el marcador, sin poder disimular la mirada de odio que posaba sobre Vidal.

—Gracias. —La voz áspera de Moreira retribuyó a su compañero sin despegar sus ojos grises del que hasta ahora era el asesino.

Calenzanni retrocedió un par de pasos para darle espacio a su compañero, y cruzó sus brazos sobre el amplio pecho, observando cómo el psicópata desplegaba con infinita paciencia el mapa sobre la mesa.

—¿Podría darme café? —pidió desviando su mirada al oficial de pelo negro y piel clara.

—No soy tu maldita sirvienta —rugió Calenzanni con ganas de fracturarle la mandíbula de un derechazo.

—Bueno, entonces no podré mostrarles dónde están los cuerpos; sin cafeína me falla la memoria. —Su gesto mostraba un marcado egocentrismo.

Moreira sabía que Vidal solo estaba manipulando la situación y quería seguir con su maldito juego.

—La memoria la perderás de manera definitiva cuando te meta este marcador por el culo —amenazó Moreira, puso el marcador sobre el mapa y llevó una de sus manos a la nuca del hombre halándolo con fiereza hacia él,

dejándolo a centímetros de su rostro—. Empieza de una puta vez, porque para ti no tengo cafeína pero sí electricidad. —Con la misma brusquedad lo soltó y le dio un empujón, mandándolo de nuevo a la silla.

Vidal carraspeó, se acomodó la camiseta y después se brindó mansas caricias por el rostro. Realmente no se mostraba asustado, simplemente parecía que solo se estaba tomando su tiempo.

Calenzanni seguía buscando en su mente la razón que tendría un hombre como Vidal, que económicamente tenía todo y que había viajado por el mundo, con un coeficiente intelectual sumamente alto para joderse la vida de esa manera, ¿cómo había podido asesinar de forma tan aberrante a esas chicas? Y ahora solo se limitaba a decir cómo y a mostrar orgullo por su monstruosidad, como todo psicópata.

Lo peor de todo era que muchos no creían que existiera este tipo de gente, preferían imaginarlos en películas y libros; solo se atrevían a temerles a través de una pantalla o palabras en la seguridad de sus hogares; sin embargo, lamentablemente existían y no se limitan exclusivamente a un engendro del crimen, sino que se disfrazaban de personas comunes, comparten el mundo cotidiano, desde la familia al trabajo, desde el arte a la política; son excelentes simuladores de sentimientos, fingen amar o apreciar al prójimo, haciendo creer que profesan las leyes, a Dios, y hasta se esmeran por servir a la sociedad, cuando no son más que una plaga que se extiende sigilosamente por el mundo.

Paradójicamente el mayor problema no son los psicópatas como Vidal, que salen a la luz, sino los que todavía siguen entre las sombras, preparándose para destruir a quienes se les acerquen.

No necesitaban más cuerpos para darle pena de muerte o cadena perpetua, medida que habían adoptado la mayoría de los países de América para poder exterminar a enfermos como Vidal; pero requerían saber hasta dónde había llegado y cuántas personas fueron víctimas del maldito psicópata.

Los ojos de Moreira se fijaron con gran interés en cómo trazaba una X sobre el mapa. Reconocía perfectamente la ubicación, era en la cascada del Horto o realmente cerca. Después marcó otra X en Pedra da Proa.

Ya el corazón de Moreira empezó a reducir sus latidos, la boca se le secaba; sabía que eso no era bueno para la policía, porque dejaba claro que definitivamente el sistema de seguridad del Estado estaba fallando terriblemente.

Con una sonrisa procaz dibujó otra X roja en el parque transmisor Morro

do Sumaré; así mismo, fue tachando sitios específicos por toda la ciudad; al final, había señalado unos veinte puntos en los que según él, había un cuerpo.

Moreira terminó con la boca seca y los latidos sumamente débiles, la visión se le había nublado; todas esas sensaciones eran provocadas por la ira y la impotencia que quería descargar sobre el hijo de puta, pero debía seguir el protocolo.

Siguió con sus ojos cada señal, contándolas para tener el número exacto.

—Dieciocho víctimas.

—No exactamente, pueden ser más, en algunos lugares encontrarán más de un cuerpo, sobre todo de niños y niñas; estos son más vulnerables y sexualmente mis preferidos.

João inspiró profundamente, se relamió los labios en un gesto que contenía su furia; aguardaría pacientemente para poder encontrar los cuerpos; sin embargo, apenas consiguiera lo que necesitaba, ese enfermo pagaría con creces.

—Seguro que también serás la preferencia sexual de tus próximos compañeros en Gericinó —intervino Calenzanni con tranquilidad, elevando sutilmente la comisura izquierda, emulando una sonrisa tan cínica como la de Vidal.

—¿Qué esperan? Ya pueden ir por mis obras de arte.

—Tú nos acompañarás, pero eso será mañana. Procederemos cuando nosotros digamos, no cuando a ti te cante del culo. —Moreira le dejó claro y miró por encima del hombro a Calenzanni—. Que vengan a buscarlo.

El oficial salió en busca de los compañeros que lo llevarían a la celda, donde ya tenían planeado que no pasara una noche para nada agradable.

Moreira fue a reunirse con Souza y le entregó el mapa; desde ese instante empezaron a organizar los equipos que irían a investigar qué tan podrido estaba ese psicópata.

Después de casi cuarenta y ocho horas sin dormir había cumplido su trabajo, se sentía satisfecho por haber conseguido que el hijo de puta cantara, pero en la misma medida estaba destrozado, porque eso significaba que seres inocentes cayeron en la sucia telaraña de un desalmado.

Durante el trayecto a su apartamento llamó a Cobra para ponerlo al tanto de la situación. Todavía lamentaba lo que le había pasado a su amigo, parecía que las desdichas los perseguían a ambos, no les quedaba más que brindarse palabras de aliento y renegar del amor.

Le comentó acerca del interrogatorio, pero Alexandre se adelantó al

decirle que Souza lo había llamado para ponerlo al tanto y para preguntarle si estaba en condiciones de reintegrarse a su puesto enseguida, porque lo necesitaba.

Evidentemente Alexandre precisaba retomar su rutina y hacer a un lado el tiempo libre que solo lo llevaba a pensar y a terminar martirizándose, así que aceptó iniciar al día siguiente.

João llegó a su apartamento seguro de que dormiría por lo menos unas doce horas, requería de ese tiempo de descanso si deseaba estar completamente concentrado en sus labores al día siguiente. Abrió la puerta y lanzó las llaves sobre la mesa que adornaba el pasillo que lo llevaba al salón principal; se quitó la chaqueta, la placa y el arma de reglamento, dejó todo en la mesa y caminó hasta el sofá.

Estaba demasiado cansado para cocinar, por lo que rebuscó en la nevera y encontró todavía un poco de Chop Suey de pollo y tallarines, lo vertió todo en un solo recipiente y lo metió en el microondas.

Se bebió de un solo trago un vaso de agua y se fue a la habitación para prender el aire acondicionado y que fuera aclimatando el ambiente; a su paso, iba encendiendo las luces del apartamento.

Al abrir la puerta de su habitación se llevó una sorpresa que despertaba dolor y rabia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ásperamente al ver a Bruna vestida con lencería sexi en la cama; aunque la amaba ya no la deseaba, porque su orgullo herido y su memoria le recordaban la traición de la que fue víctima.

—Cariño, por favor... —Se levantó de la cama y se acercó a él con paso estudiado, derrochando sensualidad, con el único propósito de convencerlo y que le perdonara el estúpido desliz.

—Largo de aquí —exigió con la mandíbula en total tensión y un obstinado nudo de lágrimas atorado en la garganta; también se esforzaba por no perder el control, porque la amaba pero también la odiaba.

—João, sé que cometí un error... —Aunque él se rehusaba se colgó a su cuello—, pero por favor cariño, yo te amo...

—Si verdaderamente lo hicieras no me habrías traicionado —rugió con dientes apretados, conteniendo sus ganas de ser violento con ella; le sujetó con fuerza las muñecas, aunque ese toque significara una debilidad, tiró del agarre y se la quitó de encima—. Tu amor nunca fue verdadero..., no lo fue. —Retrocedió varios pasos, queriendo poner toda la distancia posible entre ambos sin creer en absoluto en las lágrimas que se asomaban en los ojos de la

mujer que todavía era la dueña de sus latidos—. Ahora vete de aquí.

—Por favor, escúchame... —suplicó con dos lagrimones corriendo por sus mejillas.

—¡No quiero hacerlo! ¡No me da la gana! —Le gritó al perder el control, provocando que ella se sobresaltara—. No existe ninguna razón que justifique lo que me hiciste. —Avanzó un paso en un gesto amenazante—. Vete Bruna, no quiero volver a verte.

—Seguramente ya tienes otra y has usado todo el espectáculo del hombre herido para deshacerte de mí, no es más que una excusa —reprochó recogiendo su ropa e hipando por el llanto.

—No te atrevas —amenazó al tiempo que le lanzaba una de las prendas, la hizo volver y en medio de empujones la sacó de la habitación; la ira había estallado en cuanto escuchó su insinuación.

La sacó y cerró de un portazo, dejando por fin libre sus sentimientos, aunque puso todo de su parte para no permitir que lo sucedido le afectara fue imposible, ni siquiera consiguió comer, el estómago se le cerró completamente y dejó la comida sobre la encimera de la cocina, se fue al baño a darse una ducha, para ver si eso le erradicaba todo lo que sentía por Bruna, pero lo cierto es que terminó llorando de rabia e impotencia.

En absoluto rechazo hacia el dominio de sus emociones salió del baño y se lanzó a la cama para ver las noticias, al final el cansancio de más de dos días de trabajo sin descanso terminó vencéndolo y quedó totalmente dormido.

CAPÍTULO 22

Elizabeth y Luck estaban acostados sobre una manta de lana, uno en sentido contrario del otro; ella descansaba su cabeza sobre su hombro, y él a su vez usaba el hombro de la chica como almohada. Estaban en medio del jardín de la casa de la familia Garnett, que se convertía en ese momento en el más perfecto de los refugios, bajo un techo pintado desde el amarillo hasta el marrón que le ofrecían los arces, abedules y robles sauce, aunque a través del follaje desahuciado destellaban los rayos del sol, como diamantes que adornaban el natural cobijo.

Luck parloteaba sin cesar, pero Elizabeth no podía estar en sintonía con él; sus pensamientos la habían arrastrado a un lugar más cálido, más alegre y colorido, con olas cristalinas rompiendo la arena blanca; sin embargo, sus pupilas seguían una hoja de arce caducada que flotaba en el aire, descendiendo justo hasta ella; estiró su mano, y como si hubiese sido planeado por el destino la hoja terminó sobre su palma.

La sujetó por el tallo y empezó a girarla, admirándola y descubriendo que el color se parecía al del sol durante el ocaso.

—Elizabeth, Eli... ¿Me escuchas? —preguntó Luck, volviendo la cabeza para mirarla sobre su hombro.

—¿Me acompañarías a Río? —preguntó a quemarropa al tiempo que lo encaraba.

Esa decisión la tomó justo en ese instante, pero era algo que llevaba madurando desde hacía algunos días; su cabeza era un loco hervidero de ideas sobre Cobra, pensó en las posibles situaciones y los porqués de su repentina desaparición; empezó a crearle justificaciones tan poderosas que ella no pudiese negarse a perdonarlo. Sabía que era patético y que su orgullo estaba por el subsuelo, pero lo quería de verdad y no deseaba quedarse con la duda, no quería llegar al punto de sentirse arrepentida de no haberlo intentado, de no haber luchado; por lo que se atormentaría toda la vida con la incertidumbre, como una cobarde.

Luck frunció el ceño e intentaba penetrar en su mirada con sus ojos grises.

—¿Escuchaste lo que te dije? —preguntó con su aliento calentando el rostro de la chica.

—Por favor—suplicó susurrante.

—No sé por qué lo preguntas, dije que cuando te tocaran las prácticas iría contigo; sé que estás ansiosa —comentó plegando los labios en una acogedora sonrisa.

—No quiero esperar a diciembre, quiero ir ahora, esta misma semana de ser posible.

—Cariño, no es... Tengo que echar un vistazo a mi agenda —comentó sintiéndose aturdido por su repentina petición y su extraña urgencia por ir a Brasil.

—Gracias. —Sonrió, dejó la hoja de arce sobre su abdomen y llevó su mano hasta el rostro de Luck y le acarició el pómulo con el pulgar.

—¿Tu padre te dio permiso? Supongo que como ya capturaron al asesino su terror ha disminuido.

—No, mis padres no lo saben y tampoco quiero que lo sepan... Por eso necesito de tu ayuda. Les diré que voy contigo a otro lugar; estoy completamente segura de que si les digo que voy a Río no me darán su consentimiento; posiblemente mi padre termine amarrándome a la pata de la cama y cerrando con llave la puerta de la habitación.

—Entonces no me parece una buena idea Elizabeth.

—Por favor Luck, prometo que se lo contaré a mi mamá, ella nos ayudará, pero necesito ir a Río —murmuró suplicándole con la mirada.

—Sabes que si tu padre se entera de tu ingeniosa locura el único perjudicado seré yo, a Rachell y a ti las perdonará, pero a mí ya me odia lo suficiente.

—Sabes que no te odia, solo le gusta molestarte. No quiero hacer esto sola...

—¿Y qué se supone que vas a hacer?

—Algo muy importante, cuando estemos en Río te lo cuento.

—No sé por qué, pero presiento que esto no saldrá nada bien —exhaló, seguro de que iba a arrepentirse de ser cómplice de todas las locuras de Elizabeth.

—Nunca has sido pesimista, no lo seas ahora.

—¿Sabes que estás demente? —expresó ante su coerción.

—Aun así me quieres, ¿o no? —preguntó sonriente.

Luck negó con la cabeza.

—Sabes que hasta me mudaría al manicomio contigo.

—Tendrías que hacerlo, porque admítelo, sin mí tu vida no tendría sentido.

—Sonrió con pillería mientras una de sus cejas se elevaba.

—No te sientas tan segura de eso. —Le tocó la punta de la nariz con uno de sus dedos.

—Entonces, ¿vas a acompañarme? —Volvió a preguntar.

—Ya te dije que tengo que revisar mi agenda...

—¡Ay Luck! Estoy segura de que podrás hacer a un lado las ocupaciones de este fin de semana, solo necesito tres días... ¿Podrás regalarle tres días a la mujer que te ama más que nadie en este mundo y en el otro y el otro y todos los mundos que puedan existir?

—Eres una vil chantajista.

El crujido de las hojas los alertó, seguido de un agudo ladrido. Elizabeth se incorporó al ver a Blondy acercarse corriendo hacia ella.

—Ven aquí pequeñito —llamó al cachorro modulando la voz como una niña, como siempre lo hacía—. Bonito, eres el consentido de casa. —Lo cargó, mimándolo mientras lo llenaba de besos, y él se movía enérgico entre sus brazos.

Luck también se incorporó, quedando sentado, percatándose de que a pocos metros se acercaban Samuel y Violet, pero ella se soltó de la mano del padre y se echó a correr.

—¡Hola Luck! —saludó sonriente.

—*Salut mademoiselle... ¿Comment allez-vous?* —correspondió coqueto a la niña, que bien sabía acababa de llegar de su clase de francés.

—*Je vais bien, merci* —respondió sonrojada, porque no estaba segura de que lo estuviera pronunciando correctamente; terminó ganándose una sonrisa y una reverencia del novio de su hermana.

—Papi quiere que vayamos a un café.

—Solo si ustedes desean —comentó Samuel.

Luck no pudo evitar dedicarle una mirada de asombro a Elizabeth, por la inusitada amabilidad de su suegro.

—Sí, claro que queremos. —Elizabeth respondió también por Luck y se levantó. Ella estaba segura de que su padre no estaba siendo afable con Luck, sino que simplemente no quería que quedaran solos en casa.

Alexandre terminó con su exhaustiva rutina de crossfit, la que practicaba en la azotea del edificio; poco a poco había acondicionado el espacio, en el que tenía un neumático de Caterpillar, sogas de diferentes grosores, cadenas, barras de acero, un gran mazo de demolición y otros implementos que le ayudaban a ejercitarse y a drenar la inagotable energía de la que era poseedor, cuando no podía hacerlo en el gimnasio de la comisaría.

Después de haber sudado por todos los poros, con las manos ardidadas y la respiración agitada bajó por las escaleras hasta el piso que habitaba, pasó directamente a la cocina para prepararse la cena, puso a hervir agua, sacó unas judías verdes del congelador; agradeció encontrarse con unos muslos de pollos ya marinados y dentro de un refractario los metió al horno y se fue a darse una ducha rápida.

De regreso solo con la toalla enrollada en las caderas echó las judías en el agua; mientras se cocinaban, picó un aguacate y lo puso en un plato.

Una vez listo se sirvió dos muslos y las judías, con plato en mano se fue al sofá de la pequeña sala, donde se dispuso a comer mientras veía las noticias.

Recién había terminado de cenar cuando sonó su móvil, era un número desconocido; y como nunca había sido temerario de ese tipo de llamadas, aceptó.

—Buenas —saludó al tiempo que enmudecía al televisor con el control.

—Cobra.

Alexandre inmediatamente reconoció la voz de su pequeño amigo.

—Neymar, ¿cómo estás? ¿Me tienes noticias? —preguntó totalmente interesado.

—Tengo a cinco hijos de puta que cumplen con el perfil que me diste, aquí están sus fotos, pero sabes que no paso información por teléfono, ven a verlas.

—Enseguida voy —dijo levantándose del sofá—. ¿Estás en la Boca de fumo? —preguntó de camino a la habitación.

—Sí, pero estoy en la que está en el pasadizo ciento doce de la calle dos.

—Nos vemos en media hora. —Terminó la llamada y lanzó el teléfono sobre el colchón, apresuró el paso al baño donde se lavó los dientes con rapidez, se puso ropa interior, un par de vaqueros gris, una camiseta negra, una chaqueta de chándal con capucha y salió del vestidor, dejando la toalla en el suelo.

Agarró la pistola que dejó sobre el escritorio, se la aseguró en la espalda y con la misma agilidad se hizo de su teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

Salió en la moto aumentando cada vez más la velocidad, dejando atrás a los autos y esquivándolos con habilidad; sin embargo, a través de uno de los espejos se percató de que otra moto lo seguía; no quería parecer paranoico, pero tampoco iba a confiarse.

Siguió con su destino, tratando de parecer normal, pero completamente atento a los dos hombres que lo seguían muy de cerca, se adentró a la favela por la vía Ápia y ellos siguieron de largo, sabía que no podía confiarse, porque seguramente estaban tratando de despistarlo.

Tenía que andarse con cuidado, la primera vez lo sorprendieron totalmente, pero no habría segunda; cuando volviera a toparse con el maldito sin mediar palabras le explotaría la puta cabeza.

No iba a involucrar a sus amigos, por lo que evitó pasar por donde Breno; se sacó la Glock y la aseguró entre su pantalón y el oblicuo, para tenerla más a su alcance.

Terminó dejando la moto frente a uno de los tantos negocios que había en la favela y le pidió a un jovencito que se la cuidara.

Siguió su camino a pie, acortando distancia al meterse por los pasadizos que solo eran iluminados tristemente por las bombillas de luz amarillenta que estaban sobre los dinteles de algunas de las casas.

Saludaba a los ancianos que se sentaban en la calzada para refrescarse del agobiante calor; a medida que avanzaba todo iba siendo más solitario, más oscuro y precario, solo se escuchaban a lo lejos los ladridos de los perros.

Hasta que por fin llegó a unos metros de donde Neymar lo había citado, esperó el momento adecuado para con su característico silbido hacerle saber que estaba ahí.

El niño caminó hasta él y desde un teléfono de última generación empezó a mostrarle las fotos, un estallido de odio y adrenalina impactó a Cobra cuando la tercera imagen le mostraba al infeliz que casi lo asesinaba.

—Es este —anunció con la voz espesa por el odio.

—Se llama Vinicius Nardes, todavía no sé dónde vive, pero se lleva a mujeres y niñas a Vila Cruzeiro, donde las explota sexualmente; sobre todo, promueve orgías. —El desprecio teñía el tono de voz de Neymar—. Primero las lleva a una casa en Comando Vermelho. —Le informó sobre la temida zona roja—. ¿Te lo dejo o le digo a mi jefe? Porque él no está al tanto de este parásito.

—Yo me encargaré de él —pidió Cobra, seguro de que Neymar le mantendría el secreto—. Gracias hermano. —Le palmeó una mejilla con gran

afecto.

—Sabes que conmigo cuentas para lo que sea Cobra —confesó afirmando con la cabeza—. Si necesitas implementos solo dilo. —Le brindaría todo un arsenal de guerra si era lo que su amigo necesitaba.

—Tranquilo, cuento con lo mío... No te quito más tiempo, sé que no puedes alejarte mucho de tu puesto.

—Ve con cuidado, avisaré por radio para que te cubran hasta que llegues al «asfalto». —Para los habitantes de Rocinha o de cualquier favela, todo lo demás lo definían de esa manera.

—Gracias. —Quiso decirle que no era necesario, pero bien sabía que lo estaban siguiendo, y era mejor no arriesgarse.

Al salir de la favela tuvo la certeza de que realmente lo estaban siguiendo, no pudo evitar sentir ira y temor, pero no iba a acobardarse, seguiría con su camino, y si era Nardes, ya sabía dónde vivía, no conseguiría nada con desviarse, solo debía mantenerse atento.

Una calle antes de llegar al edificio volvió a perderlos de vista, por lo que se apresuró en entrar; dejó la moto en el estacionamiento, subió al ascensor y pulsó el botón de su piso, segundos después las puertas se abrieron en el vestíbulo, inevitablemente se tensó, pero pasó rápido al llevarse la grata sorpresa de ver a Martina.

—Hola —saludó, sintiéndose más tranquilo.

—Hola —correspondió ella bajando la mirada, pero no lo perdía de vista a través de sus espesas pestañas, dio un par de pasos y entró, temiendo que Alexandre escuchara su corazón totalmente descontrolado; tratando de detener sus manos temblorosas oprimió el botón del piso en el que vivía su tío.

—¿Cómo has estado? —Formuló la pregunta sin quitar sus ojos de la mujer.

—Bien, supe que tuviste un accidente.

—Así fue, pero nada grave. —Le quitó total importancia para no entrar en detalles—. ¿Vienes a ver a tu tío? ¿Cómo sigue? —Continuó con su gentil interrogatorio.

A Martina la había conocido en ese mismo ascensor, era sobrina de uno de sus vecinos; ella algunas veces venía a cuidar al anciano y él había aprovechado la atracción que había surgido para llevársela a la cama en varias oportunidades.

—Bien, hoy no puede quedarse la enfermera. —La voz le vibraba por el nerviosismo que Alexandre despertaba con su presencia—. Así que tuve que

venir.

—¿Te escaparás un par de horas? —Más que una pregunta era una propuesta que se escapó con toda la intención de alargar la noche, aunque tuviera que madrugar.

La emoción cerró el estómago de Martina y el aliento pareció desaparecer de golpe, no había nada que deseara más que escaparse a la cama de Alexandre, pero no estaba segura de salir ilesa de rendirse a sus deseos, más bien sabía que terminaría sufriendo, como siempre, aunque él no tenía culpa, porque ella solita era quien se hacía falsas ilusiones, sin importarle el daño colateral.

Martina estaba dilatando su respuesta y él necesitaba el cuerpo blando y tibio en el cual desahogar sus ardientes ganas, por lo que se acercó a ella, la sujetó por la cintura, pegándola a su cuerpo, sintiendo cómo temblaba, como una indefensa paloma.

Buscó su boca, pero ella se alejó y le acunó el rostro; le acarició con ternura la línea rosácea en el pómulos.

—Creo que sí fue serio lo que te pasó —murmuró mirándolo a los ojos y repasándole la cicatriz con el pulgar.

Para Alexandre era muy fácil tener sexo sin involucrar sentimientos, había llevado una vida bastante promiscua, aprendió a hacerlo cuando descubrió que podía obtener ingresos a cambio de placer; sin embargo, aunque había pasado casi una década desde la última vez que había fijado una tarifa por sus habilidades sexuales, siguió de cuerpo en cuerpo, tratando de llenar ese vacío en su alma que solo Elizabeth había conseguido colmar, pero evidentemente, no era algo que pudiera ser permanente y no dependía de él, sino de ella, quien no tuvo en ningún momento en sus planes ser esa mujer que le devolviera la ilusión que tan injustamente le habían robado.

—Eso dicen los médicos, pero lo importante es que me siento bien. —Rozó su pelvis contra la de ella, buscando apaciguar las ganas que ardían en su entrepierna—. Muy bien. —Se acercó y tiró con sus dientes del labio inferior de ella.

Antes de que Martina pudiera protestar ya él estaba ahogándola con su lengua y la tenía acorralada contra el espejo del ascensor. Las puertas se abrieron en el piso de Alexandre, pero él siguió disfrutando de su boca, sintiendo cómo la sangre se le calentaba.

La mujer de ojos grises saltones y largas pestañas, que era su rasgo más sensual, le llevó las manos al pecho y lo alejó los centímetros suficientes para

recuperar el aliento y la cordura.

—Vete —dijo sibilante y el influjo del pecho visiblemente alterado.

—Te esperaré. —Él caminó en retroceso para salir del ascensor sin dejar de mirarla.

—No lo hagas. —Exhaló, decir eso le dolía más de lo que él podía imaginarse—. Porque no iré, no quiero que me hagas daño.

Alexandre interpuso uno de sus brazos entre las puertas, para que no se cerraran y frunció el ceño ante el desconcierto que le provocaban sus palabras.

—No lo entiendo —expresó con toda la inocencia que poseía en el momento—. Nunca te he hecho daño.

—Lo sé, físicamente nunca lo has hecho, y recuerdo los términos que regían nuestros encuentros; pero no puedo seguir así, sé que para ti es fácil, pero las mujeres somos más... emocionales. —Trataba de explicar mientras se tragaba las lágrimas que le hacían remolinos en la garganta—. Tu intención no es hacerme daño, pero yo misma me lo hago...

—Lo... —Resopló sin encontrar las palabras adecuadas—. Lo siento Martina... De haberlo sabido no te habría besado.

—Cállate, no necesito tus torpes explicaciones. —Trató de sonreír, porque ese hombre sexualmente le entregaba todo, pero nunca había sido bueno con las palabras. No esperaba que le dijera que se había arrepentido del beso que acababa de darle, sino todo lo contrario, que por fin expresara que la deseaba en su vida, no solo como un cuerpo en el que buscaba placer, más bien como una compañera, como una mujer con la cual compartir sentimientos—. Mejor ve a dormir. —Le llevó la mano al pecho y lo empujó, para que se apartara de las puertas del ascensor—. Y no me mires con lástima.

—No lo hago. —Mintió, porque realmente sentía compasión por ella; justo en ese momento deseó poder corresponderle, pero era imposible y no quería herirla—. Si necesitas ayuda con tu tío puedes llamarme.

—Está bien. —Las puertas se cerraron y ella pudo soltar todo el aliento contenido, así mismo dejó salir las lágrimas que la estaban ahogando. Se decía que era mejor sufrir en ese momento y terminar con todo de una buena vez, a seguir hundiéndose y llegar al punto de no retorno; ya no quería seguir un juego que había perdido mucho antes de empezar.

Alexandre entró a su apartamento, dejó el arma sobre la mesa y se desplomó pesadamente en el sofá, frotándose con energía el rostro, en un intento por apaciguar las ganas que se habían despertado en él con solo ver a

Martina; ya suficiente peso llevaba sobre sus hombros y destrozado el corazón, como para sumarle la culpa por no poder corresponder a los sentimientos de la mujer.

Se levantó y fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua y después se dirigió a la habitación, sin olvidar la pistola.

En la cama, mientras esperaba que el sueño lo venciera, volvió a pensar en Elizabeth; quería recordar los momentos que había vivido junto a ella, cada caricia, cada beso, escuchar nuevamente sus jadeos y gemidos, pero a su mente solo llegaba la imagen de ella besando a aquel hombre, y volvía a cargarse de resentimiento; entonces la entereza de sacarla de su corazón se hacía más fuerte.

Salió de la cama con la intención de ir a buscar a Martina, quería darse la oportunidad de entregarse a otra mujer; le propondría una relación y se iba a esforzar para que funcionara, ya había pasado muchos años durmiendo abrazado a la soledad, era momento de darle el lado derecho de su cama a alguien que verdaderamente lo valorara.

Pero la resolución le duró poco, al pensar en ella y no en él, decidió que debía primero asegurarse de que no iba a lastimarla. Regresó a su lecho a seguir pensando hasta que pudiera dormirse.

CAPÍTULO 23

Las puertas dobles de uno de los salones de baile se abrieron, dejando salir las notas sensuales y contagiosas de la bachata. Luck avanzó, descubriendo con la mirada a Elizabeth en medio del salón, junto a uno de sus tantos compañeros de baile, moviéndose con la sensualidad y destreza de la que era poseedora.

Siempre había admirado la facilidad que tenía para mover el cuerpo, el ritmo que viajaba vibrante por sus venas. Elizabeth disfrutaba bailar tanto como practicar capoeira, lamentablemente él no podía ser su cómplice en ninguno de los dos, porque había nacido con dos pies izquierdos, y luchar no era su fuerte.

En cuanto lo vio, ella le regaló una amplia sonrisa y se quedó mirándolo sin perder el paso, al igual que Williams, quien también lo saludó sonriente. Esperó fascinado a que terminara la canción y que Elizabeth se acercara; la recibió con un beso y después ella lo arrastró hasta donde estaban sus compañeros.

A ella le fascinaba integrarlo a su círculo de amistades, así como él también lo hacía; siempre lo pasaban muy bien. Una vez más, trataban de convencerlo de que asistiera a la academia, pero volvía a negarse, sabía que con el baile era un caso perdido, y lo último que deseaba era hacer el ridículo.

Sin embargo, Elizabeth tenía la oportunidad de bailar con quien deseara y cuando lo deseara, porque él nunca se lo reprocharía; por el contrario, era quien la alentaba a que saliera a la pista y disfrutara de una de sus tantas pasiones.

Se despidieron cuando todavía faltaban como veinte minutos para que terminara la clase, dejaron en el salón el incitador y poderoso ritmo de la salsa cubana y salieron tomados de mano, rumbo a la casa de Elizabeth.

Samuel había llegado totalmente exhausto, apenas tenía fuerzas para llegar al sofá del salón principal de la casa, donde se dejó caer pesadamente, apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y exhaló, como si intentara con eso quitarse tanto cansancio, aunque estaba seguro de que lo único que podía

ayudarle era una buena ducha de agua caliente y un rato a solas con su mujer.

—Papi, papi. —Escuchó la voz de Violet y el retumbar de sus pasos, solo abrió un ojo y la vio bajar rápidamente las escaleras, vistiendo el disfraz de unicornio; entonces decidió hacerse el dormido.

Sintió su pequeña presencia mucho más cerca y el suave toque en su mejilla.

—Papi, ¿estás dormido? —susurró acunándole el rostro, disfrutando de la barba que le pinchaba en las palmas de las manos—. Papi, si acabas de llegar, no me mientas. —Sonrió y le dio un beso en la boca, seguido de otro.

Samuel no pudo seguir fingiendo y sonrió sin abrir los ojos.

—Suelo dormirme en un segundo —murmuró, abrió un solo ojo y volvió a cerrarlo.

—Pero debes despertarte —dijo halándole las pestañas—. Todavía no es hora de dormir.

—Está bien. —Abrió los ojos y se quedó mirándola—. Ya me desperté, ¿qué haces vestida así? —preguntó señalando el cuerno del disfraz.

—Estaba jugando con mami, pero ella ahora está reprendiendo a Oscar por teléfono.

—¿Y eso por qué?

—No quiere venir a cenar, está con Matt y unos amigos.

Samuel sabía que su hijo quería independizarse, pero lo cierto era que Oscar creía que vivir solo para hacer de las suyas era tan fácil como se lo pintaban sus amistades. Él le permitía cierta libertad, pero tampoco podía soltarle totalmente las riendas, porque quería que su hijo se convirtiera en un hombre de bien, un luchador y no un bueno para nada.

Admitía que Rachell poseía mucho más carácter que él para reprenderlo y tratar de guiarlo al camino correcto, ella era más contundente, mientras que él trataba de hacerle entender cuáles eran las cosas que le convenían en medio de una pacífica conversación.

—Seguro que tu madre lo convencerá para que venga —dijo frunciendo la nariz de forma divertida.

—Sí. —Afirmó con la cabeza y rio juguetona—. Yo siempre me porto bien, ¿verdad papi?

—Bueno... —Meneó la cabeza de un lado a otro, dudando de su respuesta—. Casi todo el tiempo. —Mintió, porque ciertamente su hija menor era un terremoto.

—¿Y me puedes dar un premio por eso? —preguntó acariciándole el pelo

entrecano al padre.

—¿Qué será lo que quiere la princesa?

—Solo un baile.

—¿Un baile?... Uhmm.

—Si bailamos me portaré muy bien mañana.

—Está bien, ¿qué quieres bailar?

—Pero no solo bailar, también tienes que cantar, es nuestra canción..., la que siempre me cantas.

—¿La de dormir?

—No, la del arcoíris.

—Ella es como un arcoíris. —Movi6 la cabeza asintiendo—. Vamos a buscarla. —Se sac6 el tel6fono del bolsillo del pantal6n y busc6 la canci6n de los Rolling Stones.

Ciertamente estaba agotado, pero para su familia siempre tena una reserva extra de energa; dejaba de ser el importantisimo fiscal del distrito para convertirse en el padre que se haba prometido a s6 mismo ser.

Cuando la canci6n empez6 a sonar dej6 sobre el sof6 el tel6fono y se levant6, tom6 las manos de su hija y empez6 a bailar con ella, admirando esa maravillosa sonrisa, esos ojos casi violetas y su falda de tul con los colores del arcoíris agitándose.

—Ella trae el color a todas partes —canturrearon al un6sono—, ella se peina el pelo, ella es como un arcoíris, llegan los colores por el aire, por todas partes, ella viene en colores. —Seguían cantando, sonriendo y mirándose a los ojos mientras bailaban sobre la alfombra—. La has visto vestida de azul, es como ver el cielo, su cara es como una vela, una mota tan bella y p6lida... ¿Has visto a la mujer m6s bella? —La carg6, le plant6 un sonoro beso en la mejilla, empez6 a dar vueltas y sigui6 con el coro.

Violet lo hac6 reencontrarse con su ni6o interior, lo hac6 vivir momentos que de adulto no se permit6 experimentar por estar m6s pendiente de otros asuntos; ella lo llevaba a ver todo m6s divertido y a colores brillantes, haciéndole olvidar las preocupaciones del d6a a d6a; tena el poder de extraerlo de un mundo cada vez m6s jodido y capturarlo dentro de una burbuja de inocencia y amor.

—Papi, eres el mejor bailarín —dijo sonriente, abrazada al cuello de su padre.

—Comparto tu opini6n cari6o —intervino Rachell, que ven6 bajando las escaleras. Samuel se qued6 mirando a su mujer, vestida igual que su hija, con

una peluca de colores y un cintillo que sostenía unas pequeñas orejas y un cuerno con luces titilantes—. Por eso me enamoré de él, por su forma de bailar —confesó mientras llegaba a su cabeza ese recuerdo de cuando lo vio bailar por primera vez junto a sus primos. Físicamente no lucía igual a aquel chico de vaqueros rotos y camiseta ajustada, pero ese hombre seguía siendo el propulsor de su libido.

Caminó contoneando sus caderas con sensualidad, tratando de seducir a su hombre. Él estiró su mano, pidiéndole que se acercara, le plantó un beso en los labios y buscó su oído.

—Eres la fantasía más sensual que haya visto —murmuró, y ella soltó una seductora carcajada.

—Siempre has sido bueno con las palabras Samuel Garnett.

—No creo que solo lo haya sido con las palabras, pero si deseas que te confirme todas las maneras en las que puedo ser bueno necesitarás dejarte ese disfraz puesto esta noche.

—Papi, los secretos son mala educación, me lo has dicho —protestó la niña, celosa de que la excluyeran de la conversación.

—Tienes razón pequeña, lo siento. —Se disculpó, alejándose de Rachell y le guiñó un ojo—. ¿Qué pasó con Oscar? —preguntó, tratando de desviar su proposición sexual.

—Ese niño —carraspeó—. Pretendía no venir a dormir...

—Pero ¿no está con Matt?

—Sí, el caso es que no iba a quedarse con Matt, sino quién sabe dónde. Oscar todavía es un niño como para que quiera hacer lo que se le dé la gana. Sé que está con el invento ese de la banda o de ser DJ, ni siquiera sabe lo que quiere. Y sabes que a su edad es totalmente influenciable.

—Lo sé, hablaré con él... —No terminó de decirlo cuando la puerta principal se abrió y entró Elizabeth en compañía de Luck.

—Bue... Buenas noches —saludó Elizabeth pasmada al ver a su madre y a su hermana disfrazadas.

—Buenas noches —saludó Luck sonriente ante la inusual vestimenta.

—Disculpa cariño, creo que nunca llegarás a acostumbrarte a mi familia —murmuró Elizabeth entre apenada y divertida.

—Me encanta tu familia —dijo avanzando. Saludó a Rachell con un beso en la mejilla y a Samuel con un apretón de mano—. Buenas noches.

Elizabeth lo siguió y se paró a su lado, percatándose de la mirada de desconcierto que su padre le dedicaba y que estaba exigiendo una explicación

de la presencia de Luck, porque ya pasaba más tiempo con ella que con su propia familia.

—He invitado a Luck a cenar, porque tenemos algo muy importante que decirles —comentó colgándose del brazo del joven.

Samuel miró a Rachell y después clavó sus ojos en Elizabeth, sin poder disimular la ligera pérdida de color en el rostro.

—¿Qué es eso tan importante? —inquirió con un nudo en la garganta y el ceño fruncido, mientras imaginaba todas las noticias que para su hija podrían ser buenas, pero para él nefastas.

—No seas impaciente papá —dijo sonriente, lo conocía muy bien y sabía que estaba devanándose los sesos.

Una de las mujeres asistentes al servicio de la casa anunció que estaba lista la cena y que esperaba por la orden de la señora para servir.

—Gracias Miriam, ya pueden servir. Por favor, habilita un puesto para Luck —pidió Rachell.

—Sí señora. —La mujer hizo una sutil reverencia y se marchó.

—Adelántense, llamaré a Oscar para ver cuánto le falta por llegar —habló Rachell.

—Yo me encargo cariño —dijo Samuel, al tiempo que bajaba a Violet. No quería que su hijo terminara molesto con su madre, como tantas veces pasaba. Oscar no comprendía lo que Rachell se preocupaba por él.

Se fueron al comedor y Samuel agarró su teléfono del sofá, le marcó a su hijo, quien contestó rápidamente y con evidente tono de fastidio le dijo que ya estaba por llegar.

Terminó la llamada y se fue al comedor donde lo esperaba el resto de la familia a excepción de Luck, a quien no podía ver como uno más de los suyos, mucho menos si pensaba en la «noticia» que su hija tenía que darle.

Que no vaya a casarse —suplicó llevando la mirada al techo. Sabía que eso solo significaba que su hija se fuese de casa, y verdaderamente era un momento que no deseaba experimentar.

—Ya está por llegar. —Le comunicó a Rachell, para que estuviese más tranquila.

Justo cuando servían la comida apareció Oscar, se ubicó en su asiento y dio las buenas noches; aunque evidentemente estaba molesto no pudo evitar sentirse sorprendido de ver a su madre y hermana menor con ese disfraz.

—Y bien. —Samuel carraspeo al tiempo que agarraba los cubiertos—. ¿Cuál es esa noticia que tienen que contarnos? —preguntó clavando la mirada

en Luck.

—¿Tienen una noticia para nosotros? —preguntó Oscar mirando a su hermana.

—Así es —respondió Elizabeth sonriente, dilatando el momento de iniciar el tema, porque sabía que con su padre no lo tendría fácil.

—Estás embarazada —comentó Oscar sonriente.

—¡Oscar! —intervino Samuel a punto de sufrir un ataque al corazón; sin proponérselo los latidos se le aceleraron y sentía que la corbata iba a asfixiarlo. Su hijo acababa de expresar en voz alta lo que él se negaba incluso a aceptar como posibilidad.

—¿Qué? Solo digo que puede estar embarazada —dijo mordaz.

—¡Pues no lo está! —aseguró contundente, pero miró a Elizabeth—. No lo estás cariño... —No era una pregunta, solo deseaba que así fuese.

Elizabeth miró a su madre, inevitablemente pensar en las dudas que tuvo hacía apenas unos días revivía la angustia que pasó al ver la reacción de su padre.

Rachell, cómplice de su hija, comprendió lo que estaba pasando por la cabeza de Elizabeth. Creía que la reacción de Samuel no debía sorprenderle, pero ciertamente estaba pasmada.

—No lo estoy —respondió ella, quitando toda la angustia del pecho de su padre.

—¡Se van a casar! ¡Se van a casar! —Celebró Violet jugando con los cubiertos—. Es que ya deberían, porque están... —Antes de que pudiera decir más Rachell intervino.

—Cariño. —Agarró la servilleta y le limpió la boca, cuando realmente quería amordazar a su hija menor, que estaba a punto de exponer a Elizabeth. Si Samuel se enteraba de que algunas veces Luck se quedaba a dormir con su hija, entonces sí estallaría la tercera guerra mundial—. Es mejor que sigas con tu comida, esto es una conversación de adultos.

—Tampoco vamos a casarnos —comentó Elizabeth, observando cómo los cubiertos temblaban ligeramente en las manos de su padre y tenía los ojos a punto de salir de sus órbitas.

—No todavía. —Estuvo de acuerdo Luck, que con tranquilidad se llevó un bocado y lo masticó lentamente. El señor Garnett debía darse cuenta de que él estaba calmado, eso era suficiente para que supiera que no existía nada por lo que debiera preocuparse, y debía empezar por aflojar los cubiertos.

—¿Pueden dejar el suspenso? —carraspeó el fiscal.

—El viernes nos vamos de viaje. —Empezó Elizabeth, quien le había dicho a Luck que se encargaría de dar la noticia—. Luck tiene una sesión de fotos en Buenos Aires, Argentina. —Había elegido ese destino al azar.

—¿Y Luck no puede hacer su trabajo solo? —preguntó mirando a su indeseado yerno.

—Sí, pero yo quiero acompañarlo y brindarle todo mi apoyo. —Elizabeth se mostró sonriente—. Solo será un fin de semana.

—Me parece genial cariño —medió Rachell—. Es bueno que apoyes a tu novio, como él lo hace contigo; una pareja debe ayudarse mutuamente. —Le dijo sonriente y llevó su mirada hasta su marido—. ¿Cierto amor?

—Tienes razón. —No pudo mostrarse en desacuerdo aunque lo quisiera.

Rachell le sonrió y volvió a mirar a la pareja frente a ella.

—Tu padre siempre ha sido mi mayor apoyo, desde que nos conocimos creyó en mí... Y siento que no lo he ayudado lo suficiente.

—Sí lo has hecho Rachell, más de lo que imaginas...

—Ya van a empezar —masculló Oscar, seguro de que empezarían a contar la ya desgastada historia de amor entre ellos—. ¿Puedo ir con ustedes? —preguntó en un intento por cambiar el tema y escapar de los regaños de su madre.

—Sabes bien que no puedes Oscar, tienes clases. —Samuel le recordó sus compromisos.

—Pero si es un fin de semana.

Elizabeth miró nerviosa en derredor, sin saber cómo sacarse a su hermano de encima.

—Nos vamos el viernes por la mañana y el vuelo de regreso sale el lunes por la noche. —Luck la salvó, seguro de que ella no quería llevar chaperones.

—No puedes ir —siguió Samuel.

—¿Y yo? —preguntó Violet alzando ambas manos.

—Tú menos. —Volvió a responder el padre.

La niña hizo un puchero y bajó la mirada al plato, pero después miró a su padre.

—¿Me llevarás al zoológico? Porque si Eli se va de viaje, no es justo que Oscar y yo nos quedemos encerrados todo el fin de semana.

—Está bien, iremos el domingo.

—Por mí no te preocupes —comentó Oscar.

—El domingo saldremos en familia —reafirmó Samuel y volvió a mirar a Elizabeth—. Podrás ir a Argentina, con la condición de que te cuides y me

llames dos veces al día para saber que estás bien. —Estableció, observando cómo la sonrisa de Elizabeth se ampliaba; después miró a Luck y lo señaló con cuchillo en mano—. Y espero que la cuides muy bien.

—Con mi vida —juró el chico.

—Quiero que tengas muy claro que tu vida no es suficiente...

—¡Ay papá! Vas a empezar —protestó Elizabeth.

—Prometo que nada malo le pasará —dijo solemnemente.

Elizabeth no lo podía creer, su padre no había dado tanta pelea para que pudiera viajar con Luck; imaginaba que se debía a que no sospechaba que realmente era a Río de Janeiro y no a Buenos Aires que iría.

Terminaron de cenar, su padre fue a ducharse, su madre y Violet fueron a cambiarse, y ella se escapó con Luck a la biblioteca; se sentaron con copa de vino en mano, en el sofá frente a la chimenea.

—¿Escuchaste lo que me dijo tu padre? Espero que no estés pensando en cometer alguna locura —comentó Luck.

—Amor, como si no me conocieras.

—Porque te conozco te lo digo, soy el único que secunda tus imprudencias sin hacer preguntas.

—Y sabes que por eso te amo, además de ser hermoso físicamente eres el ser humano más perfecto que conozco.

—Tus halagos no me convencen —dijo sonriente.

Siguieron conversando hasta que la botella de vino se les terminó y Luck se despidió, seguros de que al día siguiente volverían a verse.

CAPÍTULO 24

Alexandre despertó casi un minuto antes de que sonara la alarma, lo que le dio tiempo a desperezarse y desactivar el aviso antes de que lo perturbara el molesto sonido; salió de la cama y se fue al baño, se cepilló los dientes y se lavó la cara, solo llevaba puesto el bóxer y se puso por encima un pantalón azul eléctrico de chándal.

Antes de salir de su habitación ya el aroma a café inundaba el ambiente, una de sus manías era programar la cafetera antes de irse a dormir, así justo al despertar ya tendría su dosis de cafeína.

Agarró las tobilleras estabilizadoras y se fue a la cocina, se sirvió una generosa taza de café, una manzana verde y salió del apartamento, se fue a la azotea por las escaleras mientras disfrutaba de su aperitivo preentrenamiento.

Dejó la taza vacía sobre una banca, todavía no salía el sol cuando se puso las tobilleras y empezó su entrenamiento, que iniciaba con estiramientos, capoeira y por último una serie de ejercicios constantemente variados y de alta intensidad.

Al terminar ya el sol había despuntado completamente, y él estaba bañado en sudor, con el cuerpo todo tembloroso y algunos músculos adormecidos, pero con las energías renovadas.

Bajó rápidamente y se duchó, una vez más se integraba a su agitada rutina laboral y sabía que le esperaba un día de mierda en medio de la putrefacción de los cadáveres que iban a buscar.

Había avanzado un par de calles cuando una vez más a través del retrovisor reconoció la moto que lo había seguido la noche anterior, inevitablemente sus nervios comúnmente de acero se vieron alterados, pero se obligó a mantener la calma y la distancia.

Echó varios vistazos, asegurándose de que no era Nardes quien lo seguía, porque ninguno de los dos hombres correspondía a la contextura del maldito; sin embargo, no podía descartar que no fuesen algunos sicarios mandados por él.

Trató de perderlos al zigzaguear entre el pesado tráfico de la primera hora

de la mañana; decidió que no era prudente desviarse de su destino, porque era mejor ponerse a salvo en la comisaría.

Entró al estacionamiento y se quedó encima de la moto, manteniendo el equilibrio con los pies apoyados en el suelo, mientras los latidos del corazón se le agudizaban; se encontraba en total tensión, con el odio palpitante y con la mirada atenta, mientras empuñaba la culata de la Glock.

No pensaba huir, si iban por él ahí iba a esperarlos, pero después de más de un minuto no pasó nada, en el lugar subterráneo solo se escuchaba su respiración y un lejano eco proveniente de la calle.

—Hermano, ¿de vuelta al trabajo? —Juninho le palmeó un hombro.

Alexandre apenas se sobresaltó debido a su autocontrol, pero realmente lo había asustado, inhaló profundamente para calmar los latidos apresurados.

—No queda de otra —dijo soltando la culata del arma y bajó de la moto, sintiéndose aliviado.

Ambos entraron al ascensor y cada uno se dirigió a su puesto. Alexandre fue recibido en medio de palmadas en la espalda y palabras alentadoras.

Ni siquiera le dio tiempo de reposar el culo en el asiento cuando Souza anunció que debían prepararse para ir por los cuerpos que según Vidal había desperdigados en su mayoría en las reservas naturales de la ciudad.

El equipo de peritos inmediatamente se puso manos a la obra, él buscó en el cajón inferior de su escritorio la cámara fotográfica principal, a la cual le puso la batería y la revisó, seguro de que estaba perfectamente operativa la dejó en la encimera, sacó también la cámara auxiliar, igualmente la verificó y la guardó en el bolso, donde también echó un par de baterías de repuesto para el flash y para las cámaras, tarjetas de almacenamiento, testigos métricos y flexómetro, escala para lesiones, un filtro polarizador circular, un objetivo estándar y otro de una de gran angular, además de otros implementos necesario para su día de trabajo.

Saliendo de su oficina se encontró a Souza, quién lo detuvo un momento.

—Nascimento, que bueno tenerte de vuelta, ¿cómo sigues?

—Todo bien.

—Hierba mala nunca muere —dijo sonriente.

—Eso dicen —asintió Alexandre.

Casi todos los del equipo bajaron al estacionamiento y mientras abordaban la camioneta apareció Giovanni Vidal con las manos esposadas y los pies encadenados, siendo escoltado por Moreira, Calenzanni y Amorim, quien traía el mapa con las señalizaciones.

Alexandre ya había visto a Vidal en televisión y por los periódicos, imaginó que sería más alto y robusto, pero era todo lo contrario, ni siquiera aparentaba ser alguien despiadado, pero verdaderamente tenía el perfil de un psicópata, era arrogante, superficial y manipulador; de huecas emociones y volátil, pero sobre todo, sin ningún sentimiento de culpa.

Imaginar que posiblemente había estado siguiendo a Elizabeth y la había calificado como a una de sus víctimas desencadenaba sensaciones que debía contener para no reaccionar y saltarle directo a la yugular.

De repente y todavía faltando casi un kilómetro para la entrada a la cascada, la patrulla en la que iba Vidal marcándole el camino al equipo encendió las luces intermitentes y se detuvo.

—Aquí nos quedamos —anunció Moreira bajando del auto policial y miró en derredor.

Dos oficiales se quedaron custodiando la zona y el resto del equipo, emprendió el viaje a pie, cargando con todo lo necesario para poder hallar lo que los había llevado a ese lugar; seguían a Vidal, que como si de un perro se tratara Moreira lo llevaba sujeto por una cadena atada a la cintura, mientras el muy cínico silbaba el himno nacional.

Se adentraron a la maleza en medio de lianas, epifitas y por cielo un espeso dosel forestal, que apenas permitía que débiles rayos de sol los traspasara. Debían darse prisa si querían aprovechar la luz natural para poder poner los reflectores.

Después de unos veinte minutos caminando Vidal se detuvo y con sus manos unidas por las esposas señaló.

—Al pie de ese árbol, ahí se encuentra mi primera obra de arte, hoy se cumplen exactamente catorce meses desde que descubrí el placer que provoca ese instante en el que se va la vida, en el que pude verle la cara a la muerte y enamorarme de ella —dijo sin ningún tipo de remordimiento.

No se permitieron avanzar más, debían delimitar la zona, pero antes de hacerlo, Alexandre fotografió el lugar desde el mismo punto en el que se encontraba.

El criminalista marcó el lugar y Alexandre hizo varias fotografías de vista general.

Antes de empezar con el proceso de excavación pusieron reflectores en los cuatro puntos cardinales para poder tener la mayor visibilidad posible.

Alexandre fotografió todo el proceso hasta que dieron con una ya roída bolsa negra, hallando en su interior un cuerpo mutilado. Estaba completamente

seco y lo que restaba de la piel había sido consumida casi en su totalidad por insectos y gusanos, algo totalmente irreconocible a simple vista; debían esperar las pruebas de patología forense para poder identificar a la víctima; sin embargo, Vidal les aligeró el trabajo al confesar que era de las pocas que conocía verdaderamente. Les informó que se llamaba Daniela Sutilli, la hermosa chica de la que por primera vez se enamoró cuando estaba en el último año de primaria, pero ella no solo no correspondió a sus sentimientos, sino que terminó humillándolo junto a sus amigas, porque era el niño cerebritito que nadie quería.

Supieron que Vidal hablaba en serio y que tenían mucho trabajo por delante, porque si sumaban todas las X que había trazado en el mapa, tendrían por lo menos una semana bastante movida, impactante y fétida.

El proceso les llevó más de ocho horas y una parte del equipo de peritos forense se llevó los restos de la supuesta «Daniela Sutilli», para iniciar con el arduo trabajo que tenían por delante; otros quedaron para seguir con el recorrido que los llevaría hasta otro cuerpo, pero cuando llegaron, terminaron sorprendidos al hallar tres osamentas, que por su tamaño, pertenecían a niños no mayores de diez años.

El fiscal, perturbado, se saltó todo protocolo; señaló los tres cráneos que todavía tenían piel, pelo y los dientes intactos, y que habían clasificado como A, B y C. Le preguntó que por qué a esos niños. Mientras más de un perito anhelaba despellejarlo y enterrarlo vivo.

Hasta cierto punto comprendían el resentimiento hacia la primera víctima, pero a las pobres criaturas confesó no conocerlas, mucho menos saber sus nombres.

—Ya dije que cuando descubrí el placer que me provocaba torturar a alguien hasta terminar con su vida no pude parar.

—Si te provoca tanto placer, ¿por qué decidiste entregarte? —preguntó una vez más el fiscal.

—De nada me sirve ser tan ágil si nadie sabe de lo que soy capaz —comentó mirando a los ojos del fiscal—. Me cansé de hacerles el juego entretenido, todos son unos pusilánimes.

—¡Cierra la maldita boca! —Le gritó Moreira, reteniendo de un hilo la cordura, para no asesinar al infeliz que se regodeaba de las atrocidades que había cometido—. ¡Aléjalo de mi vista!

Alexandre, acuclillado frente al plástico donde reposaban los putrefactos restos de tres seres inocentes, hacía varias fotografías de acercamiento y gran

acercamiento para poder capturar cada detalle, pero con un gran nudo en la garganta y la impotencia reverberando en su pecho. Sin embargo, mostraba entereza y profesionalidad, sería mentirse así mismo si se decía que nada de eso le afectaba, porque no era un robot que pudiera programarse sin sentimientos.

Terminaron casi a medianoche, lo más eficiente sería continuar con la búsqueda de los cuerpos, pero todos estaban exhaustos física y emocionalmente, ni siquiera habían tenido tiempo para comer, sus estómagos solo sostenían unas cuantas tazas de café.

De regreso a la comisaría estuvieron ahí por lo menos una hora, haciendo la programación para el día siguiente, que prometía ser igual de abrumador. Nadie se atrevió a hablar sobre lo sucedido, cada quién estaba como en otra dimensión, tratando de alejarse de la realidad y del agotamiento.

Alexandre llegó a su apartamento y corrió a la ducha, más que estar hambriento quería deshacerse del nauseabundo olor que sentía se le había metido en cada poro.

Sé quedó bajo el agua por mucho rato, imaginando a esas pobres criaturas sufriendo más dolor físico y emocional de lo que podría soportar cualquier ser humano, siendo violentadas, ultrajadas y cómo nadie más que un enfermo pudo escuchar sus gritos de súplicas.

Inevitablemente liberaba su impotencia a través de las lágrimas y vivía ese momento acompañado de su soledad.

Se preguntaba una y otra vez qué culpa podían tener esos niños para ser castigados con tanto sadismo en su corta vida.

Salió de la ducha, se secó y desnudo se fue a la cocina, donde se bebió otra taza de café mientras se preparaba una ensalada de espinaca, tomate, aceitunas y aguacate; la que acompañó con un atún enlatado.

Después de comer terminó rendido en el sofá y despertó con un brazo dormido, el cuello adolorido y sudado, miró el reloj y todavía faltaban tres horas para regresar al trabajo, por lo que se fue al colchón a seguir durmiendo, agradecido con el aire acondicionado que lo refrescó.

Samuel se estaba perfumando mientras anonadado veía las noticias brasileñas, observaba cómo Souza era hostigado por una horda de periodistas que lo acribillaban a preguntas. Él anunciaba que hasta el momento habían

encontrado cuatro cuerpos, pero todos en avanzado estado de descomposición, por lo que debían esperar los resultados de los estudios forenses para determinar la identidad; no quiso dar más detalles y avanzó dificultosamente entre la marea de personas.

En ese momento la imagen de Giovanni Vidal acaparó toda la pantalla, mientras la voz de la reportera hacía un resumen de lo acontecido hasta el momento.

De repente la puerta de la habitación se abrió y al ver que era Violet quien entraba con la corbata de su uniforme en mano enmudeció el televisor, no quería que su hija escuchara sobre esa noticia porque no quería perturbarla.

—Papi, ¿puedes ayudarme por favor? —pidió ofreciéndole la corbata negra con franjas diagonales rojas y blancas.

—Claro cariño, ¿dónde está tu mami? —preguntó, observando lo hermosa que se veía su niña con el uniforme; no importaba que fuera su día a día, cada vez estaba más enamorado de su pequeña.

—Bajó a ayudarle a Miriam con el desayuno —dijo alzando la cabeza para que su padre tuviera más libertad para anudarle la corbata y su mirada se dirigió al televisor—. Papi, es el señor de la heladería —soltó espontáneamente e inmediatamente Samuel giró la cabeza hacia la pantalla, jurando que el corazón se le estallararía; sintió perder todas las fuerzas y como si un fuerte puñetazo en la boca del estómago le sacara el aliento.

—¿Qué has dicho? —preguntó con voz temblorosa y pálido.

Violet recordó que su mamá se había asustado ese día y la había reprendido por hablar con un extraño, si se lo decía a su papá sería peor, porque él era muy enfático con que no debía confiarse en personas desconocidas.

—Nada. —Negó con la cabeza y el miedo empezó a latir en ella, segura de que había hecho algo malo.

—Cariño. —Samuel tragó en seco al notar el miedo en la mirada de su hija, mientras él, con dedos temblorosos intentaba abotonarle la chaqueta negra con bordes rojos—. ¿Dijiste que ese señor era el de la heladería?

—No lo sé. —Mintió y los ojos se le llenaron de lágrimas que no pudo contener.

—Amor mío, amorcito... —Se acercó y la abrazó fuertemente, empezó a dejarle caer una lluvia de besos, necesitando asegurarse de que su hija estaba entre sus brazos totalmente segura, sana y salva, mientras él contenía sus propias lágrimas y su terror—. No tengas miedo...

—Vas a molestarte conmigo papi...

—No, no..., no; juro que no lo haré. —Le sujetó el rostro y le besó la frente—. Pero debes contarme.

—No quiero papi. —Chilló y sorbió las lágrimas.

—¿Te hizo algo malo? —interrogó con el corazón a punto de vomitarlo.

Ella se apresuró a negar con la cabeza, al tiempo que su padre le quitaba las lágrimas con los pulgares.

—Solo quería llevarme con él, pero yo... yo... —Hipó toda temblorosa —, no me fui.

—Muy bien cariño, no llores, ya no llores... Hiciste muy bien en no irte con él, sabes que no puedes ir con nadie que no conozcas, y aún con alguien conocido, si tu mami y yo no lo aprobamos tampoco debes irte.

—Lo sé, siempre me lo dices.

—Lo sé. —Se obligó a sonreír para calmarla, pero estaba aterrado y furioso. Ahora sí, iba a emplear todos sus recursos para que a ese infeliz le dictaran pena de muerte. Agarró el control y apagó el televisor para que Violet no siguiera viendo a ese infeliz, y suplicaba porque ella no hubiese leído el enunciado de la noticia.

—¿Es malo ese señor? —preguntó percatándose de los ojos enrojecidos de su padre.

—Sí amor, pero ya la policía lo capturó, nada malo te pasará, juro que nunca volverás a estar en peligro.

—Lo siento papi. —La barbilla le temblaba ante el llanto.

—No te disculpes, no tienes culpa de nada. —Inhaló fuertemente buscando fuerzas donde no tenía—. Ahora quiero que olvides todo esto y que disfrutes tu día, recuerda que por la noche tienes tu presentación de clarinete y debes estar relajada. —Le sonrió sin dejar de acariciarle las mejillas—. Y para celebrarlo iremos a comer a donde tú quieras. —En ese momento solo deseaba consentir a su pequeña, si no tuviera un día laboral a tope, seguro se quedaría abrazado a ella.

—Gracias papi.

—Ve pensando a dónde quieres ir.

—Ya lo tengo, pero te sorprenderé. —Sonrió, aunque su rostro estaba furiosamente sonrojado por lo que había llorado.

—Está bien, estoy seguro de que lo harás... Ahora vamos a desayunar, que no puedes llegar tarde al colegio ni yo a mi trabajo. ¿Quieres que te acompañe? —preguntó sujetándole la mano y guiándola fuera de la habitación.

—Sí, claro que quiero —dijo emocionada, porque eran pocas las veces que su padre podía acompañarla al Trinity, casi siempre lo hacía con alguno de los choferes.

Rachell apareció sonriente en el pasillo, antes de que ellos pudieran bajar las escaleras.

—¿Están listos? —preguntó avanzando, pero se detuvo al ver el semblante de Samuel; lo conocía perfectamente como para darse cuenta de que estaba angustiado—. ¿Qué pasa mi vida? —curioseó, pero su marido le rehuía la mirada; entonces ella desvió su atención a Violet—. Cariño, ve a decirle a Miriam cómo deseas los huevos. —Le pidió—. En un ratito bajo.

—Está bien, no tarden. —Se soltó de la mano de su padre y antes de marcharse lo miró, para ella estaba normal.

Una vez que Violet empezó a bajar las escaleras Samuel empezó a parpadear rápidamente con la mirada al suelo, intentando retener las lágrimas, mientras se tragaba todas las que se le arremolinaban en la garganta; se balanceó nervioso de un lado a otro.

—¿Qué pasa cielo? Me preocupas. —No pudo evitar sentirse nerviosa por la actitud de su marido.

Sin dejar de balancearse, tratando de encontrar calma exhaló fuertemente mientras las lágrimas obstinadas pasaban la barrera de los párpados; se pasó una mano por la boca y después se las llevó a las caderas, encorvándose un poco en busca de fuerza, pero no la consiguió, solo miró a Rachell y se llevó las manos a la boca para ahogar el sollozo que le ganó la partida.

—Sam, respira amor... —Rachell se aferró a los brazos de él—. Dime qué pasa mi vida, háblame. —Volvió a preguntar y él se lanzó a sus brazos, como si ella fuese su salvación.

Lo abrazó con todas sus fuerzas, mostrando entereza, aunque verdaderamente estaba aterrada por Samuel, quien sollozaba con el rostro escondido en su cuello.

—Lo voy a matar..., juro que mataré a ese hijo de puta —dijo en medio del llanto.

—Sam, no entiendo qué sucede... Dímelo. —Le frotaba con energía la espalda y empezó a retener sus propias lágrimas.

—Fue Vidal, fue ese maldito el que casi se lleva a nuestra niña en Río...

—¿Qué dices?! ¡No..., no! —Rachell se alejó y le tomó el rostro.

—Violet lo reconoció, lo acaba de ver en las noticias...

—¡Ay por Dios! —exclamó ahogada y con el terror apoderándose de sus

ojos.

—Hoy mismo cancelaré todos mis compromisos. —Se pasó las manos por la cara para quitarse las lágrimas y exhaló temblorosamente—. Voy a buscarlo, no sé cómo pero tengo que hacerle pagar por lo que iba a hacerle a mi pequeña... ¿Te imaginas Rachell? No lo habría soportado...

—Sam, debes calmarte, sé que en este momento no puedes pensar en otra cosa...

—¿En qué otra quieres que piense? —interrogó desesperado—. Ese maldito iba a violar a nuestra niña, iba a torturarla y a...

—Lo sé, lo sé... Pero no pasó, ya ese miserable está detenido... Y verdaderamente no creo que pueda salir con vida. —Rachell, a pesar de estar perturbada debía ser más razonable que Samuel—. Respira —Le indicó cómo debía hacerlo—. Tranquilo, tranquilo... Mira que si la niña te ve así se asustará.

—No puedo calmarme.

—Lo sé amor, lo sé..., pero debes esforzarte. —Se acercó y le dio un beso en la boca—. No creo prudente que viajes a Río, lo mejor será que llames a Souza y lo pongas al tanto. Piensa en él también, debe tener mucha presión encima como para que vayas ahora..., puedes empeorar las cosas sin quererlo. Te conozco lo suficiente y sé lo impulsivo que eres, no quiero que pienses en las cosas que pudieron pasar, solo agradece que tienes a Violet aquí; está con nosotros, sana, hermosa... —Ella no pudo más y se le derramaron un par de lágrimas—. ¿Verdad que es hermosa?

—Si es igual a ti, ¿cómo no serlo? —aseguró un tanto más calmado; definitivamente, Rachell tenía el poder de pulverizar todos sus demonios, solo ella era más fuerte que él, quien le hacía encontrar la voz de la razón y le daba fuerzas para afrontar sus peores momentos.

Ella volvió a abrazarlo con fuerza, sintiendo que todavía las piernas le temblaban, producto de la noticia que le había dado Samuel.

—¡Los estoy esperando! —Se dejó escuchar la voz de Violet desde la planta baja.

—Un minuto cariño, ya bajamos —anunció Rachell rompiendo el abrazo y volvió a mirar los ojos mostaza de su marido—. Ve a lavarte la cara amor —aconsejó y volvió a besarlo.

—Puedes ir bajando, ya te alcanzo.

CAPÍTULO 25

Giovanni Vidal le había mostrado dónde estaban todos los cuerpos, lo que empezaba a extrañarle al apartamento científico y criminalista era que no había seguido el mismo patrón con todos; sin embargo, no le restaban ingenio a la manera tan brutal en la que había cometido cada aberración y su maestría para esconder los cuerpos.

Durante los incontables interrogatorios que le habían hecho, él había confesado que desde muy temprana edad empezó a fantasear con sentir lo que sería quitarle la vida a alguien, y practicaba con algunos animales, a los que desmembraba y le sacaba los ojos; deseos insanos que mantuvo en secreto por mucho tiempo y que muy probablemente si hubiera tenido la posibilidad de mantener el engaño por siempre no habría pasado nunca a la acción criminal, pero cuando vio tan feliz a Daniela Sutilli el desastre fue inminente; descubrió su falta de sentimientos y salió a flote su verdadera esencia.

Relataba los hechos sin sentir el mínimo resentimiento, miraba directamente a los ojos con expresiones cuidadas, usando un tono de voz siempre prolijo, dispuesto a conversar y colaborar, porque él era consciente de que había cometido a sangre fría crímenes despiadados.

Aunque muchas veces terminaba contradiciéndose, su teoría de mayor peso era que existía «otro yo», uno que no podía controlar; aseguraba que sentía cómo se apoderaba de él, obligándolo a actuar de esa manera en la que el verdadero Giovanni, el hombre amable, el trabajador no pudiera evitarlo.

Llegó el punto en que sus ojos grises enrojecidos por la falta de sueño se achinaron, mostrándolo como un ser maligno cuando Moreira le anunciaba todo lo que le esperaba al Giovanni amable y al despiadado, porque ambos debían pagar las consecuencias de sus actos.

Como si comprendiera que debía actuar de manera distinta, como si fuese un robot que debía programarse para mostrar otros sentimientos empezó a llorar en medio de sollozos, manifestándose enfáticamente sufrido.

Lo que él no sabía era que el psiquiatra lo estaba observando a través del

espejo de expiación y sabía que un psicópata como Vidal no poseía en absoluto la capacidad de sentir, simplemente estaba tratando de engañar a quienes lo rodeaban. No estaban tratando con un hombre sano, sino con alguien que sugería ser una máquina sutilmente construida para copiar la personalidad humana perfectamente.

—Nada conseguirás con llorar como un marica —sentenció Moreira—. Tu cuento del «otro yo» no me lo creo; y en el punto en que estás, lo que valen son los hechos, no las mentiras. Así que te repito la pregunta, ¿dónde está Naomi Barbosa? —interrogó tajante, apuntando con su dedo la foto de la turista portuguesa que reposaba sobre la mesa de metal.

—No lo recuerdo, no lo recuerdo —respondió lo mismo que venía diciendo desde que les mostró dónde estaba el último cuerpo y no hallaron el de la turista.

Hasta ahora tenían casi todas las piezas del rompecabezas, de los veintidós cuerpos encontrados habían cotejado el ochenta por ciento y todos pertenecían, en su mayoría, a niños y niñas entre los ocho y catorce años, que habían sido reportados por sus familiares como desaparecidos.

Todas las víctimas habían estado en cautiverio por semanas y habían sido terriblemente torturadas, lo que mantenía a la nación alarmada; pero la pieza que no terminaba de encajar era que algunas de las víctimas, sobre todo las mujeres que pasaban los veinte años, no habían sido torturadas ni abusadas sexualmente, la causa de la muerte había sido por una sobredosis de morfina, que en algunas provocó paro cardíaco, y en otras paro respiratorio, procediendo después a desmembrarlas.

Tampoco daban con el paradero de la turista, lo que les hacía suponer que seguía con vida, encerrada en algún lugar; pero Moreira había jurado que le sacaría la información, así fuese a patadas.

Después de horas de intentarlo no había conseguido nada, por lo que le cedió el turno al fiscal adjunto al caso y fue a reunirse con Souza, esperando que lo mandara a casa a descansar, pero para su desgracia, lo envió junto a Calenzanni al centro nacional de hipismo, que estaba nada más y nada menos que al oeste de la ciudad, donde debía ir a llevarle una citación a uno de los principales clientes de Vidal, para que se presentara a brindar declaración.

Apenas le dio tiempo de tomarse un café y salir, sintiendo que la dosis de cafeína no había hecho ningún efecto.

—Necesito descansar unos minutos. —Le anunció a Calenzanni, quien era el encargado de conducir y se puso cómodo en el asiento del copiloto; era la

única manera de poder soportar la hora y media de trayecto que les esperaba.

—Te aviso cuando estemos por llegar —comentó saliendo de la estación.

Moreira solo asintió con la cabeza, porque ya tenía los ojos cerrados, rápidamente perdió la noción del tiempo y quedó totalmente quieto. Cuando su compañero lo despertó con palmadas en el pecho, le pareció que solo habían pasado cinco minutos.

Se incorporó en el asiento, se llevó la mano a la parte posterior del cuello y empezó a mover la cabeza de un lado a otro, para relajar los músculos contraídos.

Su compañero lo despertó cuando estaban pasando frente al cementerio Jardim da Saudade Sulacap, abandonaron el corredor Presidente Tancredo Neves, al virar a la derecha se incorporaron en la avenida Duque de Caxias, el último tramo para por fin llegar a su destino y que ya vislumbraban en el horizonte.

Estacionaron frente a las carpas blancas de la entrada y emprendieron a pie por el camino de grava suelta, desde ahí se podía ver la arena de práctica ecuestre y la mirada de ambos policías se fijó en el ágil jinete que dominaba con maestría al imponente semental, haciéndolo brincar los intimidantes obstáculos.

Más de cerca pudieron percatarse de que quien guiaba al equino era una mujer, aumentando la admiración en los hombres que caminaron al borde del cercado sin quitar la mirada de la diestra amazona, con la firme convicción de ir hasta su destino, que estaba en la oficina al final del terreno.

Justo en el momento en que el caballo pasó galopando con gran actitud cerca de ellos, João cruzó su mirada con la azul de la chica que llevaba puesto el casco, reconociendo inmediatamente a la jovencita que había encontrado en el bar en Santa Teresa, con la que había tenido sexo. Tuvo la certeza de que ella también lo había reconocido, pero ambos siguieron con su camino; sin embargo, él se volvió a mirarla por encima de su hombro para asegurarse de que no estaba soñando, mientras ella se daba la vuelta por la arena.

Antes de que sus miradas pudieran encontrarse una vez más, había llegado a su destino, llamaron a la puerta y fueron recibidos por el maestro de obra del lugar, quien era el encargado de las reparaciones en el Deodoro.

—Buenas tardes, ¿se encuentra el señor Santos? —preguntó Moreira, nuevamente en su papel de policía, dejando por fuera el sortilegio que le provocó ver aquella chica de corazón roto.

—No, en este momento está en una reunión con el alcalde —anunció el

maestro de obra mientras le echaba un vistazo a las placas policiales que colgaban de sus cuellos y el logo en las camisetas negras.

—Bien, entonces no vamos a perder tiempo —comentó João, que solo deseaba terminar con su día laboral—. Venimos del Departamento de Investigaciones Criminalísticas de la Policía, entréguele esta citación. —Le ofreció el sobre dirigido al ingeniero, quien había contactado con Vidal para el alquiler de la maquinaria que estaban usando en las reparaciones del complejo deportivo; aunque era un trabajo financiado por el Estado, fue Santos quien recomendó al psicópata.

El ingeniero no era un sospechoso potencial, pero nadie relacionado con Vidal debía quedar por fuera de la investigación, mucho menos ahora que el fiscal de Nueva York y sobrino de Reinhard Garnett había contactado con Souza para denunciar que Vidal estuvo a punto de llevarse a su hija menor de una heladería en Leblon. Si bien solo tenían como prueba un vídeo de una de las cámaras de seguridad, y no se podía apreciar la cara de Vidal, su contextura y la ropa que llevaba puesta ese día, y que encontraron en su casa lo incriminaban.

En el punto que estaban no podían confiar en nadie, porque Vidal era hasta hace poco un sinónimo de buen ejemplo para la ciudad, un hombre trabajador, honrado, de buena familia; y había resultado ser alguien sin escrúpulos. Solo dejaba claro que los psicópatas podían estar en cualquier parte y podía ser quien menos se esperaba.

—En cuanto llegue se la entregaré. —Colaboró el maestro de obra.

—Gracias —dijeron los policías al unísono—. Que tenga buena tarde.

El hombre solo asintió con la cabeza y los policías se marcharon.

João volvió a buscar a Ana con la mirada en la arena, pero ya no había señales de ella ni del caballo que montaba. Imaginó que se había avergonzado de reconocerlo y huyó, por temor a que él la saludara y tener que vivir la engorrosa necesidad de saludarlo.

Bien sabía que una chica como ella muy pocas veces caía en la debilidad de irse a la cama con un pobre policía de color, porque más de una vez aquella noche le dejó claro que su color de piel era un impedimento para cualquier contacto físico.

Se sacudió rápidamente ese sentimiento de inferioridad y siguió con su camino al lado de Calenzanni; entretanto, conversaban de la Copa Brahma Chopp de Futevôlei que iba a debatirse esa noche en Ipanema.

La opinión de João se le quedó en la garganta al ver al lado de la patrulla

policial al magnífico equino negro con la parte frontal de la cabeza blanca, que era más alto que el vehículo. Se obligó a seguir con paso seguro, pero al mismo tiempo su pecho era calentado por una chispa de emoción que no quería reconocer que sentía.

—¿Crees que la valquiria tiene algo que contarnos? —preguntó Calenzanni, sorprendido ante la inesperada visita.

—No lo sé —contestó João, alargando sus zancadas para llegar más rápido al ver a Ana parada al lado del caballo; se veía diminuta y delicada junto al gran animal.

—Hola —saludó aferrada nerviosamente a las riendas del animal y fijó sus ojos en el moreno—. ¿Te acuerdas de mí? —Le preguntó, sintiéndose estúpida por no haber dicho algo mejor.

—Sí, Ana... ¿Cierto? —preguntó João aparentemente más seguro que ella, pero realmente también estaba nervioso.

—Veo que se conocen —comentó Calenzanni.

—Sí, bueno, nos hemos visto una vez —dijo mirando al policía bastante atractivo, pero ella llevaba varias semanas soñando con su compañero, que por cierto, no recordaba que fuera tan atractivo. Estiró la mano—. Ana Ferreira. —Se presentó rápidamente y después miró a João—. ¿Cómo has estado?

—Bien..., con mucho trabajo. —Internamente quiso golpearse porque parecía estúpido, nunca se había sentido tan inseguro con una mujer; suponía que se debía a que con ella había tenido sexo y después había huido como un cobarde.

—Imagino... —Bajó la mirada mientras buscaba fortaleza en su interior—. ¿Podemos hablar un momento? —preguntó volviendo a poner sus ojos en el moreno.

—Eh. —Moreira miró a Calenzanni, quien le hizo un gesto apenas perceptible, pero que le dejaba claro que podía ir con la rubia—. Sí, claro.

—Solo será un minuto —anunció—. Sé que debes estar ocupado.

—No te preocupes, ya terminé mi turno —dijo avanzando hacia ella, era una oportunidad que no debía perder; no sabía por qué pero así lo sentía, y miró a su compañero—. Si quieres puedes irte, me voy en metro. —Le anunció. Su amigo estuvo de acuerdo aunque sorprendido por lo que estaba pasando frente a sus ojos, pero era excelente para disimular, así que se despidió con un gesto de mano, subió al auto y se marchó.

Empezaron a caminar uno al lado del otro a paso lento, mientras Ana

guiaba al caballo, que por mucho era más alto que ellos.

—Sé que... —dijeron los dos al mismo tiempo, por lo que se interrumpieron para darle el turno al otro—. No sé... —Volvieron a coincidir.

—Hazlo tú primero —concedió João, haciendo un caballeroso ademán hacia ella.

Ana iba a hablar sobre la madrugada de sexo que compartieron, pero ahora que él le había dado la oportunidad perdió el valor.

—¿Cómo sigue tu corazón? —preguntó lo primero que se le vino a la mente.

—Los pedazos no se recogen en una semana, y supongo que repararlo lleva mucho más tiempo, o por lo menos me está costando... Era la primera vez que verdaderamente me enamoraba —comentó João con la confianza que había nacido en ellos por compartir la misma situación.

—Lo entiendo, por experiencia sé que no es fácil.

—¿Has vuelto a ver al maldito bastardo? —preguntó.

Él, con su manera de llamar a Rodolfo provocó que ella sonriera, pero después resopló y llevó su mirada a la punta de sus botas, mientras contaba mentalmente sus pasos. Debía admitir que seguía amando al imbécil y que lo que el policía despertaba en ella era puro y duro deseo sexual. Él significaba la epifanía de una noche desenfrenada de sexo, en la que por primera vez alcanzó el nirvana, o por lo menos eso era lo que recordaba.

—En dos oportunidades, ha ido a tocar a mi puerta para que le perdone...

—¿Le has abierto? —preguntó, anhelando que ella hubiese tenido la fuerza de voluntad y el orgullo suficiente para valorarse.

—No, pero sí estuve a punto de hacerlo... —Exhaló ruidosamente—. Creo que mi error fue quedarme escuchando sus súplicas y sus mentiras tras la puerta, mentiras en las que algunas veces quiero creer.

—Sé que no es fácil, debes tener mucha decisión, porque no solo lo estás superando a él, sino que te estás demostrando a ti misma que mereces algo mejor...

—Eres bueno con las palabras —elogió sonriente, le agradaba demasiado que fuese tan atento, que realmente demostrara que tenía su total atención en la conversación y no que solo fingiera tenerla—. He decidido que no voy a perdonarlo; sin embargo, temo fallar en mi resolución.

—Sé que no lo harás.

—Es una lucha muy reñida entre el amor y el orgullo.

—Te entiendo, no hace falta que te recuerde que estamos pasando por la

misma situación, pero debes permanecer firme en tus decisiones... Sé que no soy quién para decirte qué hacer, y si quieres hacerlo no voy a juzgar tus actos...

—Sabes que sí lo harás, aunque no me lo digas. —Suspiró en busca del valor para lo que seguía—. Y tú, ¿has vuelto a ver a tu ex? —preguntó mirándolo por el rabillo del ojo, mientras avanzaban a paso lento.

João negó con la cabeza, pero bien sabía que no podía mentirle, no era honesto de su parte ocultar cosas cuando ella le era sincera, así que terminó asintiendo.

—La semana pasada, llegué a mi apartamento y la encontré esperándome casi desnuda, sobre la cama...

—Imagino que terminaste rendido a sus encantos, porque los hombres ante eso no pueden contenerse.

—Pues te equivocas. Sí la deseé, no voy a mentirte, pero no podía sacarme de la cabeza el momento en el que la encontré con aquel infeliz... Por lo que terminé sacándola del apartamento.

Ana sonrió y le palmeó un hombro, sintiendo que el contacto le provocaba un emocionante vacío en la boca del estómago.

—Te felicito... —Se mordió el labio, sabía que era momento de volver al punto de partida; necesitaba hablarle de lo que había pasado entre ellos, al tiempo que apretaba con fuerza las riendas de cuero de su caballo y entraban al establo—. João... —susurró, porque los latidos alterados no le permitían sacar todo lo que quería decir y debía obligarse—. ¿Por qué te fuiste aquella madrugada?

Él la miró sin poder ocultar los nervios que anidaban en sus pupilas.

—Era lo correcto, lo siento; sé que me aproveché de tu estado... —Trataba de explicarse sin querer parecer un mismísimo descarado.

—No fue así...

—Estabas completamente ebria...

—Pero recuerdo perfectamente todo lo que pasó, fui yo la que dio el primer paso.

—Supongo que estás lo suficientemente arrepentida, pero tranquila, juro que no se lo diré a nadie; soy un caballero de esos sin memoria.

Ana sintió que un repentino nudo de lágrimas se le atoraba en la garganta, porque él le estaba diciendo que prefería no recordar lo que habían vivido. Sí, sabía que había sido sexo casual, pero ella no había dejado de pensar en eso ni por un minuto.

Abrió la rejilla del cubículo de Veneno y lo hizo entrar, mientras se daba tiempo a pensar muy bien en sus palabras; cerró la portezuela y se volvió para encararlo.

—¿Crees que me arrepiento de lo que pasó? —preguntó llevándose las manos atrás y empuñándolas para que él no se percatara de que estaba demasiado nerviosa.

—No tienes que ser amable, dijiste que no te agradaba la gente de mi color; así que imagino que cuando tuviste conciencia debió ser muy incómodo para ti... —Exhaló, estudiando sus palabras—. Ni siquiera tenías que tocar el tema.

—Pues no pensaba hacer como si nada hubiese pasado, de querer hacerlo ni siquiera te habría saludado —dijo un tanto alterada por la manera en que él le restaba importancia—. Y en ningún momento dije que no me agradaran las personas de color; estaba borracha, pero recuerdo perfectamente todo lo que salió de mis labios esa noche desde que entraste al bar.

—Dijiste que sexualmente no te atraían, da lo mismo, metiste la pata aquella noche.

—Y tú, ¿te arrepientes? —preguntó a quemarropa.

João se quedó mirándola, reteniendo cualquier respuesta que pudiese resultar estúpida, y se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua para ganar tiempo.

Negó con energía, no podía mentirse así mismo; sentimentalmente esa noche estaba destrozado, pero sexualmente fue increíble. Fue Ana, con su presencia, con su cuerpo suave y caliente quien le ayudó a no cometer una locura.

Era hermosa y delicada, pero también tenía una mirada seductora; ni en sus más locos sueños imaginó tener sexo con una jovencita como ella. No era algo que aspirara, porque su vida sexual desde que tenía uso de razón se había limitado a putas y a algunas chicas de clase media, incluyendo a la mujer que llevaba clavada en el corazón y a la única que le había sido estúpidamente fiel por tres años.

Recordar todo lo que había hecho a un lado por amar a Bruna le provocó una oleada de impotencia e ira, sabía que lo mejor era marcharse antes de derrumbarse delante de Ana, pero a cambio de retroceder como debía hacerlo avanzó hasta ella, le sujetó las caderas y la estrelló contra su cuerpo; sin darle tiempo a que lo rechazara la besó con la fiereza que le consumía el alma.

Ana se puso de puntillas sobre sus botas de equitación y se le colgó de los

hombros, enterrándole los dedos mientras correspondía al beso con demasiado entusiasmo.

En medio del frenesí sus dientes chocaron, las lenguas viajaron y se enredaron de una boca a la otra, sin poder evitar que la respiración se agitara tanto como sus corazones.

—Ni por un segundo me he arrepentido de lo que hicimos —gruñó él, rozándose contra ella y dejándole el aliento en la boca.

—Yo tampoco, lo juro —confesó ella, en busca de otro beso que no tardó en ser correspondido.

No estaba en los planes de João que ella empezara a desabrocharle el cinturón en medio del caluroso establo, inundado por el desagradable olor de los equinos.

Él la imitó y metió la mano por el pantalón elástico, haciéndose espacio entre la tela, y disfrutó de la piel suave del pubis, gozándose el jadeo que ella ahogó en su boca. Se mordió el labio de puro placer al sentir lo húmeda y caliente que estaba, dos de sus dedos se dieron a la tarea de explorarla, dejándola a ella sin mover un músculo, pero atacada por constantes temblores.

Ana empezó a mover la pelvis, acoplándose al ritmo de los empujes de João, mientras miraba a las pupilas que prácticamente se habían robado el verde de sus ojos y sentía que los pezones le iban a estallar; fue él quien volvió a besarla, pudiendo ejecutar con total maestría los empujes de su lengua y las embestidas de sus dedos.

De golpe se quedó sin aliento y el cuerpo entró en total éxtasis, intentaba mantenerse en pie, pero casi era imposible, solo se aferraba con las pocas fuerzas que poseía a sus brazos.

Estaba a las puertas de cielo cuando sintió que de golpe se estrellaba con la tierra, João retiró sus dedos, dejándola totalmente huérfana y necesitada, con el pecho a punto de reventar.

—No, no..., no hagas esto —protestó reteniéndole la mano, pero él poseía más fuerza; quiso llorar y golpearlo, pero la sorprendió al darle la vuelta y pegarla contra la pared de ladrillos. De un rudo tirón le bajó el pantalón, llevándose consigo la tanga; miró por encima del hombro para encontrárselo exponiendo su erección, la cual rápidamente vistió de látex; y de una certera estocada la hizo pegarse de nuevo a la pared.

Vergüenza y placer sentía, porque sintió un líquido caliente bajar por la parte interna de sus muslos; estaba segura de que se había orinado, pero no podía pedirle que se detuviera; él tenía una mano en la cadera y la otra sobre

su vientre, empujándola hacia él mientras ella enterraba las uñas en la pared y se ahoga en jadeos.

Perdió la noción del tiempo y del espacio, y solo se entregó plenamente a las avasalladoras sensaciones; disfrutaba de los gruñidos, de los susurros cargados de lujuria y de los besos que ese hombre repartía por su cuello, provocándole cosquillas y goce.

Al terminar se quedaron en silencio, él se quitó el condón y se acomodó el pantalón, guardando al desfallecido guerrero. Ella se levantó la tanga, el pantalón y se rearmó la desordenada coleta.

—Tampoco... me arrepiento de lo que acaba de pasar —balbuceo ella todavía sin fuerza en las piernas y el corazón alterado.

—Ni yo, pero no creo que esté bien lo que estamos haciendo —dijo recogiendo el arma que había dejado caer sobre un montón de paja.

—¿Qué es lo que no encuentras bien? —preguntó perpleja.

—Es decir..., solo estamos tratando de vengarnos de alguna manera de nuestras exparejas, pero no creo que tener sexo sea la manera correcta para erradicarlos de nuestros corazones. Solo lo hago cada vez que pienso en la traición de Bruna y supongo que a ti te pasa lo mismo —explicó con total sinceridad.

—Tienes razón. —Fue lo que susurró después de pensarlo—, solo quiero pagarle con la misma moneda a Rodolfo, pero creo que no tiene caso si él no se entera. —Le parecía que la única que sentía una extraña química en todo eso era ella. Empezaba a tener la certeza de que una vez más se había estrellado, y antes de ponerse a llorar como una estúpida, decidió que era mejor despedirse de manera definitiva—. Pero no te preocupes, no pienso volver a usarte para darle celos a mi ex, sé que no lo sentirá en lo más mínimo... Debo irme —anunció y caminó con largas zancadas hacia la salida.

João la siguió, sospechando que Ana había cambiado su actitud hacia él, pero no iba a pronunciar palabra, porque no estaba en sus planes herirla, mucho menos intentar algo cuando todavía su corazón latía por otra.

La vio subir a su suntuoso auto azul y cerró la puerta sin despedirse; sin embargo, él se despidió con un gesto de su mano, extrañado de que no se hubiese ofrecido a sacarlo de ahí.

CAPÍTULO 26

En el momento en que sorpresivamente su padre le dijo que iba a llevarla al aeropuerto tuvo la certeza de que había sido lo mejor comprar los boletos aéreos hacia Buenos Aires, conocía perfectamente a Samuel Garnett y no iba a quedarse tranquilo hasta asegurarse de alguna manera de que su destino fuese en realidad Argentina. Lo que él no sabía era que tan solo permanecería unas horas en ese país, porque por la noche ya tenía asegurado los pasajes a Río de Janeiro.

En el John F. Kennedy fueron despedidos por sus familiares, incluyendo la madre de Luck, a quien adoraba tanto como si fuese su propia madre, por lo que Samuel tuvo que disimular muy bien sus amenazas hacia su novio.

En medio de los abrazos de despedida, Violet le hizo prometer que le llevaría un tarro de dulce de leche y unos alfajores, y no le quedó más remedio que irse preparando para viajar de regreso con esa tentación.

Le había prometido a Luck que le contaría el verdadero motivo del viaje, pero después de casi once horas de vuelo no había encontrado el valor. Agradecía que él la apoyara de manera incondicional, sin presionarla, que respetara que no estuviera preparada para hacerlo.

Ciertamente, no sabía cómo decirle que otro hombre la estaba llevando a cometer tales tonterías, porque no sabía con lo que iba a encontrarse en Río, y no pretendía quedar como estúpida delante de Luck.

Solo deseaba ver a Cobra y que le explicara mirándola a los ojos lo que había pasado, si era que ella había hecho algo mal, que mereciera ser ignorada a tal grado; sabía que no iba a ser fácil si terminaba rechazándola, pero estaba dispuesta a enfrentar ese momento. Solo esperaba que si no la quería más en su vida fuese lo suficientemente contundente como para darle el valor para erradicarlo de su corazón. Sin embargo, un lento latido en el centro de su pecho refugiaba la esperanza de que le contara algo que justificara su repentina desaparición.

En el aeropuerto Ezeiza los recibió Matías, un modelo argentino, favorito de pasarelas europeas por sus aguileñas facciones, y con el que en algún momento de celebración y tragos de más habían terminado en la habitación de un hotel en París teniendo sexo por horas; aunque lo habían disfrutado, sabían que no iban a repetirlo, o por lo menos eso no habían planeado, y Elizabeth ya no se sentía aquella chica aventurera sexual; no era que su libido se hubiese ido al suelo, sino que algo más poderoso se lo impedía, también sabía que Luck no iba a proponer nada sin que ella fuera la que diera el primer paso.

Matías los llevó a comer a un restaurante ubicado en Palermo Hollywood, donde en medio de una amena conversación, relacionada con el mundo en común del modelaje disfrutaron de un jugoso y tierno churrasco, acompañado de un buen vino argentino.

De las diez horas que debían permanecer en la ciudad pasaron junto a Matías ocho, quien los llevó a recorrer la ciudad y a gozar de su alegre compañía, también se tomaron algunas fotos en lugares turísticos. Elizabeth aprovechó para subir un par a sus redes sociales, segura de que su padre las vería y así terminaría de creer cuál era su destino.

Sacó de su maleta de mano otra camiseta que se cambió dentro del auto de Matías y se soltó el pelo para crear otro estilo y fotografiarse, guardó las imágenes para días siguientes. Provocando que Luck y Matías admiraran la habilidad que ella poseía para engañar al padre.

De regreso al aeropuerto, se despidieron de su amigo en medio de abrazos y besos en las mejillas, prometiendo volver a verse muy pronto.

Una vez en el avión la emoción en Elizabeth no podía ser disimulada, no sabía por qué no podía pensar en que Cobra la había dejado en el olvido, sino en que volvería a verlo; juraba que no iba a marcharse de Río sin verlo por lo menos una vez más.

Millones de mariposas revivieron en su estómago cuando vio por la ventanilla el conjunto de morros de la Ciudad Maravillosa, su mirada se paseó del Pan de Azúcar a la pista del Santos Dumont, que la esperaba en medio del Océano Atlántico.

Sentía que las manos le temblaban y el corazón le martillaba tan duro que todos en el avión iban a escucharlo, era como si por primera vez llegara a la ciudad; sentía una emoción primaria que la azotaba desde la punta de los pies hasta el último cabello, ni siquiera podía creer que acababa de tocar tierra, pero al mismo tiempo quería quitarse el cinturón de seguridad, levantarse y salir corriendo al viejo edificio en Copacabana.

Le pareció una eternidad desde que el avión aterrizó hasta que abrieron la puerta, tomada de la mano de Luck caminó dando largas zancadas y no pudo evitar impacientarse mientras esperaba las maletas, estaba tan inquieta que estudió la posibilidad de dejarlas botadas, pero sabía que debía ponerle freno a esas emociones que le estaban robando la razón.

Inhaló profundamente y después soltó con lentitud el aire, contó hasta diez y repitió el procedimiento para calmarse; no lo consiguió y sus nervios seguían haciendo de ella lo que les daba la gana, pero al menos aparecieron las maletas y Luck se encargó de ellas.

En la salida vieron el apellido de Luck en un cartel que sostenía uno de los choferes del hotel en el que habían reservado. Por más que Elizabeth deseara visitar a su familia, sabía que no podía hacerlo, porque el primero en enterarse sería Samuel Garnett, así que debía pasar de incógnito por la ciudad.

Elizabeth no sabía cómo decirle a su novio que se fuera solo al hotel, que ella después lo alcanzaría, porque sabía que a esa hora ya Cobra debía haber salido del trabajo y no quería perder tiempo.

—¿Te molestaría si te vas al hotel solo? —preguntó mientras el chofer guardaba las maletas en el baúl y Luck abría la puerta para que ella subiera.

—Sí, me molestaría y mucho, de hecho, no te voy a permitir que vayas a ningún lado hasta que hablemos; recuerda la promesa que le hice a tu padre —concluyó llevándole una mano a la espalda, instándola a que subiera.

—Por favor Luck —suplicó haciendo un puchero y rehusándose a subir.

—Por favor nada, es mi integridad la que está en juego...

—Sabes que papá no te hará nada, él solo se vuelve pura amenaza pero no actúa.

—Ya dije que no Elizabeth. —Hizo más fuerza y casi la empujó dentro del auto—. No voy a permitir que hagas lo que se te dé la gana, si me pediste que te acompañara y acepté, dejando de lado mis compromisos, por lo menos merezco que tengas consideración conmigo.

—Está bien. —Resopló dándose por vencida.

—Tienes que contarme qué es eso que te trajo con tanta urgencia aquí, de lo contrario no te dejaré salir de la habitación.

—No vas a comprenderlo. —Se cruzó de brazos mostrándose enfadada como una niña caprichosa, al tiempo que el auto se ponía en marcha.

—No recuerdo el momento en que dejé de comprenderte. Siempre te he ayudado a entender cosas a las que ni siquiera tú misma le encontrabas solución.

—Es que no sé... Solo dame tiempo —pidió juntando las manos en señal de súplica—. Apenas lleguemos al hotel tengo que salir, después prometo contarte todo, porque no puedo ponerte al tanto de lo que está pasando sin antes estar segura de lo que me espera. —Miró directamente a los hermosos ojos de Luck.

—¿Dónde quedó nuestra ley de cero secretos? —preguntó con la voz espesa, le dolía que no confiara en él.

—Te juro que en unas horas dejaré de ser un secreto, pase lo que pase te lo voy a contar.

—¿Es otro hombre? ¿Lo que te trajo aquí es alguien más? —cuestionó sintiendo que la perdía.

—Dame tiempo.

—Ese tiempo que me pides solo me deja claro que ya no soy lo primero en tu vida.

—Ay Luck, por favor, no seas celoso. Siempre..., siempre serás lo primero en mi vida. —Se lanzó a él, rodeándole el cuello con los brazos y empezó a darle sonoros besos en la mejilla.

—A mí no me manipulas con esto, no soy Samuel Garnett. —Le hizo saber, pero se dejaba hacer todos los mimos que ella quisiera ofrecerle.

—Sé perfectamente que eres un hueso duro de roer, pero igual quiero que estés completa y totalmente seguro de que te quiero.

Elizabeth había elegido un hotel que estuviera cerca del apartamento de Cobra, por lo que los diez minutos del trayecto del aeropuerto hasta el Belmond Copacabana pasaron sumamente rápidos.

Cuando entraron al vestíbulo el ocaso coralino estaba a punto de despedirse y las luces de la ciudad empezaban a iluminarla, dándole inicio a la pujante vida nocturna de la ciudad.

Agradeció que el chequeo de entrada fuese rápido, subió a la habitación y corrió al baño, donde se duchó rápidamente, después abrió la maleta y la revolvió, buscando algo que ponerse; sabía que ante los ojos de Luck parecía un terremoto indeciso, y antes de que protestara, eligió un vestido de tela ligera y toque primaveral, porque sabía que en cuanto saliera del hotel el golpe de calor iba a ser significativo.

Al verse en el espejo mientras anudaba la cinta en su cintura sintió que no estaba lo suficientemente hermosa como para impactar a Cobra, pero más allá de la opinión que él pudiera formarse de ella, quería verlo cuanto antes. Se calzó unas sandalias y se dejó el pelo suelto, agradecida con las suaves ondas

que se habían formado.

Se maquilló muy sutilmente y de vez en cuando miraba a través del espejo a Luck, quien estaba sentado al borde de la cama con los ojos puestos en ella.

—Creo que te estás esmerando demasiado —masculló sin poder ocultar los celos que le roían.

—No seas tonto Luck —dijo sonriente, terminó de pintarse los labios de un amaranto suave, dejó el labial sobre la mesa y caminó hasta sentarse junto a él—. Sabes que no soy ni la sombra de la mujer que sale contigo, mira. —Se echó un vistazo al vestido—. Parece un día cualquiera en mi casa.

Luck le acunó la cara y le dio un beso en la frente y otro en la punta de la nariz.

—Sabes que es más que eso, pero ya no voy a mortificarte más; si esto que estás haciendo te hace feliz, también me hace feliz, por eso decidí acompañarte y estar a tu lado en todo momento. —Le acariciaba los pómulos con los pulgares—. Aunque admito que me molesta mucho que me dejes por fuera.

—No te estoy haciendo a un lado, ya te he dicho que voy a contarte todo.

—Está bien, sé que lo harás... Ahora ve, y por favor, comunícate conmigo para saber que estás bien, porque si algo te pasa no creo que vuelva a Nueva York, posiblemente termine lanzándome desde el Cristo Redentor —confesó regalándole una tierna sonrisa.

—No exageres Luck —rio mientras le sujetaba el mentón—. Es mejor que aproveches y salgas en busca de distracción, lo menos que quiero es que te quedes encerrado en esta habitación.

—Lo haré, pero primero necesito descansar y que tú regreses para que me cuentes todo —condicionó, no era primera vez que iba a Río, muchas veces lo había visitado, incluso sin la compañía de Elizabeth, y por experiencia sabía que podía pasarlo muy bien.

—Está bien, espero no demorar. —Se levantó, agarró la cartera estilo sobre con cadena larga que estaba sobre la cama y se la colgó del hombro.

—No lo hagas.

—No puedo asegurarlo, pero prometo comunicarme contigo. —Se dobló y le plantó un beso en la mejilla—. Te quiero. —Apenas dijo esas palabras caminó a la salida.

—Elizabeth. —Su voz la detuvo justo cuando abría la puerta, se giró, lo vio con su teléfono en la mano—. Lo necesitarás si realmente quieres que no muera de un ataque provocado por la angustia.

—¡Gracias! —Corrió hasta él, casi le arrebató el teléfono y sin más impedimentos salió de la habitación.

Sabía que su mejor opción era caminar hasta el apartamento de Cobra, porque estaba a pocas calles, y sería mucho más rápido que pedirse un taxi, ya que el tráfico y las calles a contra vía no le ayudarían para nada.

En cuanto puso un pie fuera del hotel, la brisa fresca provocó un golpe de adrenalina que se sintió en la boca de su estómago, miró a ambos lados e inhaló profundamente, después resopló, tratando de aplacar los nervios.

Nunca había sentido tanta emoción y nervios al mismo tiempo, sabía que las probabilidades de que le rompieran definitivamente el corazón eran mucho más altas a que terminara nuevamente entre los brazos de Cobra, pero iba a arriesgarse, ya fuera para odiarlo o para amarlo todavía más; eso era mejor que vivir con la duda.

Giró a la derecha y apresuró el paso por la calzada sin ser totalmente consciente de las personas que caminaban a su lado, mucho menos de los autos que transitaban por la Avenida Atlântica; solo estaba concentrada en su destino, después de tres calles cruzó a la derecha, sintiendo que las piernas aumentaban sus temblores, las palmas empezaban a sudarle y los latidos desaforados de su corazón hacían eco en sus oídos.

En su andar apresurado tropezó su hombro contra otra mujer que la trajo de vuelta a la realidad.

—Disculpa. —Fue lo único que dijo y siguió con su andar apresurado.

Las mariposas aletearon por cada rincón de su cuerpo cuando estuvo frente al viejo edificio y todos los recuerdos de los momentos vividos estallaban como explosivos excitantes en su memoria. Tragó en seco para ver si podía bajar su corazón, pero no conseguía resultado alguno, ni siquiera podía precisar si lo que sentía era emoción o miedo.

Caminó hasta el cubículo donde estaba el hombre de seguridad, pero antes de llegar la duda la detuvo.

—Vamos, vamos Elizabeth, no seas tonta. —Se animó para encontrar el valor—. ¿Y si me rechaza? ¿Si me dice que realmente no me quiere? —Se preguntó con voz estrangulada—. Seguramente terminaré haciendo el ridículo, me humillará... Mejor no, no quiero que me lastime. —Se dio media vuelta y empezó a caminar de regreso, desistiendo de la idea de enfrentarlo, sin poder evitar que las lágrimas le subieran a la garganta—. Pero no he venido hasta aquí por nada. —Se dijo después de haber avanzado más de una calle—. Es mejor salir de dudas, si me hace daño me repondré, lo haré... —Volvió a girar

con sus talones y caminó más rápido que sus pensamientos, se plantó frente al hombre moreno, panzón y con el bigote como Pancho Villa que ya había visto en algunas oportunidades.

—Buenas noches señorita —saludó reconociendo a la jovencita que había pasado algunas noches en el apartamento de Alexandre Nascimento, aunque fuese una de las tantas que habían desfilado por ese lugar.

—Buenas noches. —Tragó en seco para bajar el corazón y que le permitiera hablar—. Busco al señor Nascimento, del apartamento ciento dos.

—Él no se encuentra en este momento —dijo con cierto pesar.

—No puede ser —susurró para ella misma—. ¿Estará en el trabajo? —interrogó sin querer perder la esperanza.

—No, hace un rato llegó, pero volvió a salir.

—¿No sabe si va a demorar?

—Realmente no lo sé. —Puso cara de congoja, sintiendo empatía con la hermosa jovencita—, pero si desea esperarlo, puede hacerlo en el vestíbulo.

Elizabeth quiso pedirle que la dejara pasar, pero más temía terminar haciendo el ridículo delante del hombre.

—No, no se preocupe, vendré después. —Manifestó esforzándose por ocultar la desilusión en su voz.

—Está bien, entonces le diré que vino a verlo... ¿Me da su nombre?

—No, no se preocupe —suspiró intentando retener la tristeza—. No le diga que estuve aquí, no es importante. —Levantó la mano en señal de despedida—. Adiós.

—Que tenga buena noche —deseó el hombre, ella se giró y miró a la calle, sin saber si podía irse al hotel; no quería presentarse ante Luck con las mismas dudas. Sin embargo, sabía que debía afrontar el momento, así que decidió regresar, con la idea de cancelar todo y regresar por la mañana a Nueva York, donde se sacaría definitivamente a Cobra del corazón.

Justo pasaba frente al portón del estacionamiento del edificio cuando se abrió para darle salida a un auto, sin pensarlo y por un impulso totalmente desconocido aprovechó los segundos que quedó abierto y se escabulló dentro, corrió rampa abajo con cuidado de no caer.

Una vez dentro corrió hasta el ascensor, y con las manos temblorosas pulsó el décimo piso, suplicando que el hombre de seguridad no la hubiese visto, y al mismo tiempo agradecía que no hubiera cámaras en el elevador.

En el vestíbulo del décimo piso no había ningún asiento en el que pudiera esperar cómodamente, caminó hasta la media pared y observó desde ahí el

horizonte; la transitada calzada de Copacabana, en la oscuridad no se podía distinguir dónde terminaba el océano y dónde empezaba el cielo, solo las líneas blancas de espumas que formaban las olas al romperse en la orilla.

Sumida en esa imagen relajante pasó más de media hora y ya le dolían los pies, por lo que caminó junto a la puerta del apartamento y se sentó en el suelo, sacó su teléfono y le escribió un mensaje a Luck, diciéndole que todo estaba bien, para que no se preocupara.

La impaciencia se apoderaba cada vez más, tenía muchas ganas de irse, ya después le explicaría al hombre de seguridad cómo lo había burlado, pero era más poderosa la esperanza que la mantenía ahí, sin importar que las piernas se le hubiesen dormido.

Su única manera de entretenerse era con el teléfono, tenía ganas de avisarle a Ana y a sus primas de que estaba en Río, posiblemente ellas podrían aconsejarla, pero sabía que si les decía no pasaría mucho tiempo para que su padre se enterara. No la secundarían en algo como eso.

Casi dos horas después ya estaba exhausta y decidida a marcharse; sin embargo, todavía estaba pensando en levantarse cuando el pitido del ascensor al llegar al piso le anunció que las puertas estaban próximas a abrirse, automáticamente el corazón volvió a dispararse en latidos y el estómago se le encogió.

Al desplegarse las puertas sus ojos se posaron en una imagen que no estaba preparada para asimilar. Ahí estaba Alexandre, como tanto había anhelado verlo, pero el gran problema era que no estaba solo, cargaba a un niño de pelo rizado rubio, que parecía no tener más de dos años y abrazaba a una chica de pelo castaño claro y sonreía, sonreía como nunca lo hizo a su lado.

La cruda verdad la estrelló estrepitosamente contra el suelo, era como si la hubiesen lanzado del maldito décimo piso; se levantó, buscando apoyo en la pared, mientras quería desaparecer y evitar el doloroso momento que se le avecinaba; entonces se recriminó duramente no haber escuchado a su mamá cuando le aconsejó que le preguntara si existía otra mujer en su vida, pero por temor a lo que estaba sintiendo en ese instante no tuvo el valor; si lo hubiese hecho posiblemente se habría ahorrado esa humillación.

Se tragaba las lágrimas, tenía toda la piel erizada y le dolía el pecho como si le hubiesen dado el peor de los golpes, al paso de eso la arrasó la ira, fue ese sentimiento la que la impulsó a caminar con energía para largarse del lugar, no iba a permitir que él pisara y después escupiera en su orgullo.

En cuanto Alexandre dio un paso fuera del ascensor y sus ojos se encontraron con la mayor de las sorpresas se quedó inmóvil, al tiempo que el corazón le daba un vuelco y en su memoria se hacía trizas el recuerdo de Elizabeth besando a aquel joven en el restaurante en Nueva York.

Ella apretó fuertemente los dientes para contener el llanto y pasó a su lado, esquivándolo con odio cuando él intentó rozarla.

—Elizabeth —dijo con la voz ronca por la emoción, pero también por el desconcierto.

—No, no me toques —rugió iracunda y golpeó en dos oportunidades el botón de llamada del ascensor, que no había cambiado de piso, por lo que abrió enseguida.

—¿Qué sucede? —preguntó Luana totalmente confundida y nerviosa por la reacción de la mujer, que le pareció conocida.

Elizabeth entró al ascensor y con desespero mandó a cerrar las puertas, una vez segura se cubrió el rostro con las manos y el dolor en el alma la hizo doblarse, había sido mucho peor que lo imaginado por sus mayores miedos, no pudo evitar echarse a llorar ruidosamente.

Alexandre le entregó el niño a Luana y también le dio las llaves.

—Entra cariño, ahora regreso —dijo con urgencia una vez que pasó del asombro.

—¿Qué pasa? —Volvió a preguntar Luana.

—Ahora no puedo explicarte, después lo hago, entra al apartamento. —Le explicó y pidió el ascensor que justo en este momento estaba en la planta baja. Sabía que no era buena opción bajar corriendo diez pisos, porque lamentablemente todavía una de sus piernas no había sanado del todo.

Entró al ascensor y nunca le había parecido tan lento ni tan molesto el chirrido.

Al salir no vio a Elizabeth por ningún lado, así que corrió y le exigió al hombre de seguridad que le abriera, en plena calzada miró a ambos lados y la vio caminar apresurada; una vez más se echó a correr, no podía pensar en su traición ni en sus mentiras, solo quería saber por qué había ido a buscarlo, pero más allá de eso, deseaba tener una nueva oportunidad con ella.

Sin pensar en la todavía resentida lesión de su pierna, se echó a correr porque necesitaba desesperadamente alcanzarla.

—¡Elizabeth! —gritó casi sin aliento cuando estaba casi por alcanzarla.

Ella lo miró por encima del hombro y al verlo tan cerca desesperó por huir, por lo que sin mirar cruzó la calle; vio que un auto se le venía encima,

pero antes de que pudiera impactarla algo más poderoso la apartó, tirándola al suelo; sin embargo, otro auto se acercaba en medio de un ensordecedor bocinazo y gritos de los transeúntes, seguido de un frenazo, porque igual quedaron en plena vía.

Elizabeth estaba sin aliento, con el corazón a punto de vomitarlo, adolorida por el impacto y con Cobra encima de su cuerpo.

—¿Por qué eres tan imprudente?! —Le gritó aterrado.

—¿Están bien? Ayúdenlos. —Escuchaban a las personas que se empezaron a aglomerar alrededor de ellos.

Ella miró a su lado, al parachoques del auto, que estaba a escasos centímetros de ellos; y la vista empezó a nublársele, entonces respiró profundo para pasar el miedo y no desmayarse.

Sin decir nada le soltó una senda bofetada a Alexandre, y al mismo tiempo liberó un sonoro sollozo que no pudo contener.

—Suéltame —exigió, observando que estaba con la mandíbula tensa; sabía que solo estaba soportando el dolor del sopapo que le había dado—. ¡Que me sueltes, maldita sea! —gritó desesperada.

Aunque Cobra se resistió, dos hombres lograron quitárselo de encima, atendiendo a la súplica de ella.

Elizabeth aprovechó y se levantó, se sentía mareada y fue consciente del ardor en uno de sus codos, estaba temblorosa y despeinada. Sin embargo, deseaba huir del lugar y no se detenía ante las interrogantes de los preocupados transeúntes.

Alexandre, en medio de tirones se soltó de los hombres, aunque uno volvió sujetarlo.

—Déjala o llamo a la policía.

—No te metas, no es tu problema. —Le dio un empujón, sintiendo que la ira y la impotencia lo gobernaban, caminó dando largas zancadas tras Elizabeth, mientras el tráfico intentaba normalizarse—. ¡Elizabeth! Espera... ¡Maldición! ¡Elizabeth! ¡¿Por qué carajo eres tan infantil?! —

—No quiero esperarte, ya me cansé de hacerlo; lo hice estúpidamente por dos malditos meses. —Le gritó sin detenerse y se pasó la mano trémula por la frente, percatándose de que estaba llena de sangre.

—Necesito que hablemos...

Elizabeth, en un impulso de ira se giró y avanzó amenazante hacia él.

—¿Ahora quieres hablar? —Le golpeó con fuerza el pecho, realmente quería asesinarlo con sus propias manos—. ¿Ahora quieres hablar? Maldito

mentiroso... —Volvió a golpearlo y empezó a ahogarse con el llanto, lo que le daba más rabia, porque se mostraba mucho más vulnerable—. Pues no quiero, no me da la gana y no voy a escuchar ninguna de tus mentiras...

Alexandre la sujetó por las muñecas para que no siguiera agrediéndolo en plena vía pública, porque odiaba que su amor fuese el espectáculo de esa tarde y no podía evitar angustiarse ante el hilo de sangre que le bajaba por la sien izquierda.

—Elizabeth, cálmate, no llores; no me gusta verte llorar... —suplicó, cansado de luchar con esa gata salvaje.

—¿Cómo te atreves a decirme que no te gusta verme llorar, después de hacerme mierda? —Sollozó, forcejando con él para soltarse; le estaba lastimando las muñecas, pero eso era mínimo con lo que sentía en el pecho.

—Solo déjame hablar, porque no soy el único que ha hecho mierda lo nuestro; tú también te cagaste en las promesas que me hiciste... —reprochó. Estaba seguro de que la herida en la cabeza no era significativa, porque el hilo de sangre era delgado.

Ella contuvo las ganas de escupirle la cara, pero le lanzó un rodillazo que él hábilmente esquivó, provocando que odiara todavía más los reflejos que poseía y se llenara de ira.

—No te compares, no te compares perro mentiroso... ¿Fue por eso por lo que no respondiste a mis llamadas ni a mis mensajes? ¿Por tu mujer y tu hijo? Pensé que sentías debilidad por las jovencitas, pero no imaginé que te cogieras a niñas...

—¡Cállate Elizabeth! —Le exigió, molestándose ante sus insinuaciones—. No tienes la moral para reclamarme nada, no la tienes.

—No, claro que no la tengo, porque no fui más que tu aventura de turno, y ni siquiera tuviste la hombría suficiente de decírmelo, a cambio te divertiste ilusionándome... Pudiste habérmelo dicho y no te habría tomado en serio, no hubieses sido el primero ni el último con el que solo jugaba...

—Imagino que se te da muy fácil no tomarte en serio a los hombres, ¿qué pasó con el muñequito de revista que llevas a comer con tu familia? ¿No supo satisfacerte lo suficiente? ¿Fue por eso por lo que lo dejaste y viniste a buscarme? —soltó, simplemente dejándose llevar por la bestia despiadada de los celos.

Ahora sí que no pudo contenerse y terminó lanzándole un escupitajo, sin detenerse a pensar cómo Alexandre sabía de Luck.

—Maricón —rugió en defensa del insulto—. No te creas tan buen

amante... —Sin fuerzas y humillada rompió en llanto una vez más, sintiendo que las rodillas le falseaban—. No lo eres, ya suéltame —exigió sacudiéndose nuevamente—. Por favor, por favor, solo quiero irme; ya olvidemos todo esto —suplicó sin fuerzas, realmente ya no tenía el valor para luchar y estaba avergonzada, porque eran el centro de atención de decenas de personas.

—No voy a olvidarlo Elizabeth, no voy a olvidarte... No puedo, ya lo he intentado, no tienes idea de cuánto... —dijo sintiendo que entraba en calma una vez más.

—No importa, solo quiero irme, deja que me vaya, no nos hagamos más daño; ya basta, por favor.

—No seas cobarde...

—No quiero causarte problemas.

—¿Con quién vas a causarme problemas?

—Tienes un hijo y tu mujer debe estar esperándote.

—Ya para con eso. —Interrumpió las tontas ideas de Elizabeth—. Quiero explicártelo, pero no aquí, ven conmigo.

—No, no quiero.

—Necesito explicarte todo, aunque ya tengas otro hombre es necesario que sepas que sigues siendo la dueña de mi corazón... Como lo has sido desde el instante en el que te conocí.

—Eres muy bueno manipulando, pero ya conozco tu juego, no pienso caer nuevamente en tu trampa —reprochó.

—¿Puedes dejar de ser tan obstinada? Si no te amara como lo hago te mandarí a la mierda.

—No hay explicación alguna que justifique tu abandono, y todavía yo de estúpida y masoquista vengo a que me hagas polvo... No debí venir, merezco todo esto que me está pasando.

Alexandre por pocos segundos desvió su mirada de los ojos ahogados en llanto de Elizabeth y se percató de que los hombres de la moto que llevaban días siguiéndolo les estaban tomando fotografías con un teléfono.

En un ataque de pánico e ira la soltó y corrió hacia ellos, pero arrancaron y rápidamente se escabulleron por una de las calles; por temor a que estuviesen acompañados y aprovecharan el momento para llevársela regresó corriendo hasta donde estaba ella, quien intentaba escapar una vez más.

—Maldita sea —masculló aterrado de que esos bastardos le llevaran las fotografías a Nardes y se enterara de que Elizabeth estaba con él.

CAPÍTULO 27

Alexandre corrió todo lo rápido que pudo para alcanzar al taxi en el que Elizabeth acababa de subir, agradeció que lo pillara un semáforo en rojo y sin agarrar aliento abrió la puerta, ante la turbación del chofer, quien quedó prácticamente petrificado cuando él la sacó de un tirón.

—Es mi mujer. —Le avisó al hombre para que no pensara otra cosa. Sin permitir que Elizabeth protestara la cargó y se le echó al hombro.

—Bájame, ya te dije que no quiero tus explicaciones —exigió golpeándole la espalda. Sabía que había ido para que él le dijera que existían razones poderosas por las que no la había contactado, pero descubrir que un hijo y una mujer era lo que le había impedido que por lo menos respondiera a sus llamadas le quemaba el corazón.

—¡Elizabeth, ya! —gritó enfurecido pero sobre todo nervioso, mientras avanzaba y miraba a todos lados, atento a cualquier emboscada, solo pensaba que debía ponerla a salvo—. Quédate quieta. —Le exigió al tiempo que le soltó una fuerte nalgada, iba a enseñarle a respetar y a obedecer, por si sus padres no lo habían hecho.

—¡Animal! —gritó enfurecida y se echó a llorar adolorida, en venganza le enterró las uñas en la espalda.

—¿Quieres otra, eh? ¿Quieres otra? —amenazó, preparado para soltarle otro azote.

Elizabeth gimoteó, y temerosa de que volviera a pegarle lo soltó, se sentía mareada y vio cómo una gota de sangre cayó en el suelo, mientras Alexandre esperaba a que el hombre de seguridad de su edificio le abriera la puerta.

No se atrevió a mirar al hombre, solo cerró los ojos porque estaba muy mareada; suponía que era porque toda la sangre se le estaba yendo a la cabeza.

Entraron al ascensor y no la bajó, porque lo que menos deseaba era que ella siguiera dándole la pelea, necesitaba que lo escuchara y estaba dispuesto hasta a amordazarla si con eso conseguía que lo hiciera.

Pasaron de largo el décimo piso y las puertas se abrieron en la azotea, avanzó dando largas zancadas hasta donde estaba el neumático del Caterpillar

y la sentó, provocando que el vestido se le subiera a la cintura, haciéndole saber que llevaba unas diminutas tangas de encaje.

Estaba despeinada, con algunos mechones empapados de sangre pegados al rostro que estaba furiosamente sonrojado. Ella quería matarlo con la mirada, aun así, él no se amilanó.

Elizabeth rápidamente se bajó el vestido y lanzaba una mirada en derredor al lugar, ideando la manera de escaparse cuando lo vio quitarse la camiseta. Se juraba así misma que ese torso perfectamente marcado, bronceado y decorado con vellos no iba a quebrantar su resolución.

Lo vio acuclillarse frente a ella y estiró la mano para posarle la camiseta en la herida de la cabeza.

—No me toques. —Le dio un manotazo, apartándolo, y la barbilla le temblaba de rabia y llanto.

—No seas tan terca Elizabeth...

—¿O qué? ¿Vas a pegarme otra vez, me golpearás? —preguntó clavando sus ojos grises en los de él.

—Lo siento, no quise lastimarte, solo intento protegerte... —Ella le desvió la mirada—. Elizabeth..., tienes que creerme, Eli...

—Solo quiero irme, ya fue suficiente por hoy.

—No, no puedo dejarte ir, corres peligro... Corremos peligro...

—Supongo, no lo tendrás fácil con tu mujer.

—Ya, por favor. —Se llevó las manos a los rizos y se los apretó ante la impotencia—. Luana no es mi mujer, es mi hija... Y el niño es mi nieto. —Se detuvo al ver cómo Elizabeth se quedó con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, y después se llevó las manos a la cara, echándose a llorar descontroladamente—. Eso no cambia nada en mí...

—Ella se lo dirá a tu mujer, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué dejaste que me enamorara de ti si ya había alguien más en tu vida? —preguntó hipando—. Imagino que me has mentado con tu edad, todo en ti ha sido una mentira.

—No, no... No te he mentado Elizabeth, jamás lo haría... —Se percató de que le había lastimado las muñecas, porque tenía las manos de él marcadas y se arrepintió de ser tan impulsivo—. Yo te amo desde la primera vez que te vi hace ocho años...

En ese momento se detuvo al ver que ella se descubría el rostro y se quedaba perpleja mirándolo.

—Puedo explicarlo —argumentó temeroso—. Solo déjame hacerlo.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Eres un acosador?

—Déjame explicarte.

—¡Explica y deja de dar tantos rodeos! —exigió en medio de un grito.

—Antes quiero saber si verdaderamente me amas.

—No estás en posición de poner condiciones.

—Necesito saber si entregarte todo lo que soy valdrá la pena... ¿Sigues con el chico del Eleven Madison?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó atónita, y antes de que él pudiera dar una respuesta ella ya lo sabía, volvió a golpearle el hombro—. ¡Eras tú! ¡Estabas ahí! —murmuró en medio de un sollozo—. ¡Estabas ahí! —Lo golpeó otra vez—. Y no dijiste nada, no dijiste nada maldita sea... ¿A qué mierda estás jugando? ¡Vas a volverme loca! Eso es lo que quieres...

—No, no... De ninguna manera.

—Desapareces de la noche a la mañana, esperé por más de dos meses a que te comunicaras conmigo, vengo hasta aquí, me dices que tienes una hija adolescente y un nieto, luego me confiesas que supuestamente me amas desde hace ocho años... Y ahora me doy cuenta de que eras tú en Nueva York... Maldita sea, me viste y no dijiste nada... ¿Qué mierda quieres que piense? ¡Oh Por Dios! ¿Qué quieres que piense? —Se llevó las manos a la cabeza y se balanceó, segura de que estaba a punto de perder la razón.

—¿Por dónde quieres que empiece? Dime..., sé que es complicado, lo sé. —Le sujetó los hombros para que se quedara quieta.

—¿Realmente no hay otra mujer en tu vida? Porque solo de eso dependerá si voy a querer escuchar todo lo demás —dijo pasándose el dorso por debajo de la nariz para quitarse los mocos.

—Físicamente en mi vida solo tengo tres mujeres a las que amo con todo lo que soy, mi hija Luana, mi madre y tú... Sin embargo, a pesar de los años sigo amando a Branca, la madre de Luana, pero murió cuando mi niña tenía un año... Branca tan solo tenía dieciséis, me enamoré a muy temprana edad, pero también a muy temprana edad me arrojaron al infierno. —Alexandre no pudo contener una lágrima caprichosa que se le escapó, pero rápidamente se la limpió.

Elizabeth empezó a sentirse mareada, estaba tratando de procesar toda esa información, de creer en cada una de las palabras de Cobra, quería preguntarle cómo había muerto la madre de su hija, qué le había pasado, pero suponía que eso le hería, y por mucho daño que él le hubiese hecho con su ausencia ella no quería lastimarlo, no de esa manera.

—Viví ocho años solo por vivir, no había nada más que mi hija que me

motivara a seguir adelante —resopló tembloroso conteniendo el llanto—. Perdí la cuenta de las veces que quise acabar con todo, hasta estudié la posibilidad en mi desespero de llevarme a Luana conmigo para estar junto a Branca... No sé por qué no lo hice, no sé dónde encontraba las fuerzas todos los días para sobrevivir, pero en mi esfuerzo por salir adelante he hecho a un lado a mi hija, prácticamente han sido mis padres quienes la han criado; yo apenas ayudo monetariamente... Quiero arreglar las cosas, quiero regresar el tiempo y ser un buen padre para ella, solo que quisiera que no me recordara tanto a su madre... Así sería menos doloroso. Estuve muerto en vida hasta que te vi, cuando tenías quince años...

—¿Me parezco a ella? —Lo interrumpió, sintiendo que no era más que una epifanía para Alexandre y que solo buscaba en ella a su mujer muerta.

—No, aunque Branca tenía el cabello castaño, tenía los ojos azules y pecas, muchas pecas en su nariz —respondió tratando de tragarse el nudo en la garganta.

—¿Dónde me viste? ¿Qué encontraste en mí? —preguntó con la voz ronca, empezaba a sentir el dolor en la cabeza y en el codo.

—En una carroza durante el carnaval, estabas con tu familia, y yo estaba... Soy fotógrafo... —explicó.

—Lo sé, me ha tocado investigarlo por mí misma. Sé que trabajas con la policía.

—Cuando te conocí no era forense —aclaró sin que la confesión de Elizabeth le sorprendiera, sabía que tarde o temprano ella se enteraría, porque era muy curiosa—. Estaba cubriendo el carnaval para una revista, y cuando te vi no pude dejar pasar la oportunidad de fotografiarte; se suponía que un hombre de veintisiete años no podía sentirse atraído por una chica de quince, pero no pude dejar de pensar en ti, aunque desde el instante en que supe tu identidad, también supe que eras alguien inalcanzable; algo más allá de la diferencia de edad nos separaba, pero no se le puede decir al corazón que deje de sentir, así que me inventé toda una fantasía contigo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó empuñando con fuerza la falda de su vestido, porque era atacada por una sensación de vértigo, y aunque la noche era fresca, sentía que sudaba profusamente.

—Porque no era fácil confesar mis sentimientos, sobre todo cuando las probabilidades de que me rechazaras eran excesivamente altas.

—Si me amas tanto como dices, ¿por qué me ignoraste por tanto tiempo? Como una estúpida me quedé esperando día y noche tu llamada, juraste que me

llamarías, juraste que la distancia no cambiaría nada entre nosotros...

—No pude, realmente no pude hacerlo... —Sabía que venía la parte más difícil—. Tuve un accidente esa noche en cuanto terminé de hablar contigo, ¿ves esta cicatriz? —Se señaló el pómulo izquierdo, donde todavía estaba la marca rosácea—. Fue producto de eso.

—¿Fue tan grave como para no haberme llamado en tanto tiempo? ¡Por Dios! Solo necesitaba un minuto de tu tiempo. No puedo creer que verdaderamente sea importante para ti si me haces a un lado, si me ocultas cosas... Cosas que son importantes, como una hija, un nieto o un accidente.

—Nunca preguntaste por mi familia.

—¡Te lo pregunté! Hablamos varias veces sobre eso, pero solo me dijiste que tenías un hermano gemelo, nada más; decidiste ocultarme lo de tu hija y tu nieto, siempre decides ocultarme todo, porque hasta lo hiciste con tu trabajo... Me crees tonta y por eso no me tomas en serio, ¿y sabes qué es lo peor? —Volvió a hipar y a limpiarse lo mocos—. Lo peor es que te quiero de verdad, te quiero en serio... y no lo mereces; no mereces que te quiera de esta manera, no mereces que les haya mentido a mis padres para venir a verte, no mereces que haya involucrado a Luck en todo esto...

—Lo siento Elizabeth.

—No, no lo sientes en absoluto.

—Tienes razón, tienes toda la razón, te oculté muchas cosas, soy un hombre con cientos de errores encima. Pero si no te conté lo de Luana y Jonas fue porque no estaba seguro de tus sentimientos, no hasta que nos despedimos; antes no creí prudente confesar lo más sagrado que tengo si no ibas a valorarlo.

—Aun así seguiste mintiéndome, yo te confesé mi amor y tuviste la oportunidad de contarme todo.

—Iba a contártelo, pero no pude, entiende que no pude...

—No puedo entenderlo, necesito que me lo hagas entender, porque hasta ahora solo sé que estuviste en Nueva York, que me viste y me ignoraste. Yo... yo no habría podido verte y hacer como si nada...

—Fui a Nueva York a buscarte, quería explicarte mirándote a los ojos por qué no había podido comunicarme contigo. Estuve días tratando de localizarte, y justo esa tarde supe que estarías en ese lugar con tu familia, por lo que hice una reservación, pero antes de poder abordarte te vi besando a ese hombre en frente de tu familia... Él es aceptado, algo que definitivamente no pasará conmigo —dijo con amargura y volvía a sentir que su corazón era torturado

por los celos.

—No conoces a mi familia, no sabes nada... No puedes sacar conclusiones sobre lo que no sabes, solo te hiciste hipótesis sobre tu percepción.

—Entonces va siendo momento de que me expliques.

—Todavía no mereces explicaciones, aún no me dices por qué pasaste dos meses sin escribirme ni una sola palabra.

—Ya te dije que tuve un accidente...

—¿Cómo fue? ¿Qué tan grave fue? —preguntó a quemarropa—. Porque hasta ahora solo veo una mínima cicatriz.

—Estuve en coma por casi un mes, y cuando desperté no recordaba tu número, no recordaba algunas cosas; incluso ahora sigo teniendo ciertas lagunas en mi memoria... Es patético que tenga que contarte todo esto —bufó, dejándose caer sentado en el suelo, estaba agotado.

Después de todo lo que había pasado, a Elizabeth le costaba creer en toda esa historia, ya no sabía qué podía ser cierto y qué invención de Alexandre.

Necesitaba tiempo para procesar todo eso, su cerebro requería asimilar la información y no lo haría si él seguía mirándola de esa manera.

—Quiero irme —dijo al fin—. Necesito tiempo —pidió mientras se levantaba, pero él la sujetó por la mano—. Déjame ir —suplicó casi sin voz.

—No puedo... No me crees, ¿verdad?

—Lo siento —murmuró con lágrimas subiendo a borbotones a su garganta.

Le soltó la mano y la vio caminar hacia la puerta, entonces se levantó, sintiendo que la impotencia lo estaba llevando a la desesperación.

—¡Fue por ti! —Le gritó empuñando las manos ante la rabia—. Fue por ti que casi me asesinan, por protegerte... Y maldito yo que dejaría que me torturan todas las veces que fueran necesarias, si con eso consigo que no te hagan daño —confesó sin poder contener el llanto, como no lo había hecho en mucho tiempo.

Elizabeth se giró y volvió a poner su mirada en Alexandre.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con la voz trémula.

—No voy a dejar que salgas de este edificio porque corres peligro, porque ambos corremos peligro... No fue un accidente lo que me mandó por más de un mes al hospital, fue el hijo de puta que intentó secuestrarte en la favela... Debí matarlo ese día, debía hacerlo. —Se lamentó sin parar de llorar ni de temblar.

Ella corrió hasta él y se lanzó a sus brazos, que inmediatamente la

refugiaron, apretándola con mucha fuerza, así como Elizabeth también lo estrechaba firmemente.

—Te querían, querían que les dijera dónde estabas; pero tomé la decisión de soportar sus torturas, tomé la decisión de morir antes de tan solo nombrarte...

—Lo siento. —Sollozó amarrada a él—. Lo siento mucho.

—Llevan una semana siguiéndome, sé que es él quien quiere terminar conmigo; y lo que me aterra es que los vi cuando estábamos discutiendo. —Hizo más fuerte el abrazo—. Saben que estás aquí, te tomaron fotos y temo no poder protegerte. Si algo malo te pasa voy a morir, eres la ilusión más bonita, eres la razón que me sacó del infierno... Ay Elizabeth, no permitas que nada malo te pase —suplicó sintiéndose totalmente vulnerable. Se alejó, le acunó el rostro y empezó a besarlo, haciéndolo con desespero, como si solo tuviera esa oportunidad.

—Tienes que informárselo a tu jefe, tenemos que hacerlo —sugirió, colgada a sus rizos y manteniéndose de puntillas para estar a su altura, mientras recibía una húmeda y desesperada lluvia de besos por toda la cara.

Había extrañado tanto la pasión de Cobra, sus besos, su olor, el roce casi lastimero de su barba, la agitada respiración; había echado de menos todo de él.

—No, no es la mejor opción, no existen pruebas suficientes para que lo encierren; y mi testimonio no servirá de mucho...

—¿Y por otros delitos? Puedo decir lo que me hizo, y pueden protegerte.

—No entiendes, no es seguro... Además, yo personalmente me encargaré de ese hijo de puta y sus secuaces. —Puso sus manos sobre las orejas de ella e hizo que lo mirara a los ojos.

—No cometas una locura. —Negó con la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. Tenía mucho miedo, pero no iba a confesárselo.

—No te preocupes por mí, ahora necesito ponerte a salvo; te llevaré a casa de tu abuelo y mañana a primera hora regresarás a Nueva York.

—No. —Siguió moviendo desesperadamente la cabeza en negación—. No me quiero ir, ni siquiera estoy en casa de mi abuelo... Mi familia no sabe que estoy aquí.

—¡Mierda! ¿Por qué haces estas cosas? ¿Por qué eres tan imprudente? —reprochó cargado de impotencia—. ¿Acaso estás loca?

—Por ti, lo hice por ti... Tú me has vuelto loca, perdí la razón en tu cama, en tu cuerpo... —respondió y buscó hambrienta su boca, que la recibió con

irrefrenables ganas.

Alexandre la alzó en vilo y ella se aferró con las piernas a sus caderas, mientras sus bocas no paraban y sus respiraciones se hacían cada vez más pesadas.

Era lo más bonito que él había escuchado en mucho tiempo y el corazón se le llenaba de gozo de saberse correspondido de esa manera; caminó con ella hasta que la sentó al borde de una antigua jardinera, se ubicó entre sus piernas y volvieron a abrazarse con fuerza.

—¿Dónde te estás quedando? —preguntó mientras le rodeaba la cintura con los brazos.

—Estoy en un hotel, en el Belmond —respondió soltándole el cuello y acunándole el rostro, sintiendo cómo la barba le pinchaba las palmas de las manos.

—Te llevaré...

—No quiero irme. —Pegó sus labios a los de él—. Quiero quedarme contigo —suplicó fundiendo su mirada en los ojos grises—. Por favor, fueron dos meses de incertidumbre, dos meses en los que intenté odiarte cuando solo te amaba, creyendo que lo hacía sola; dos meses deseándote... Entiende que nunca había pasado por esto, no había sentido esta necesidad casi enfermiza de querer estar al lado de alguien. Además, si esa gente sabe que estoy aquí y corro peligro, no existe lugar más seguro que junto a ti.

—¿Qué hice para merecer este amor? —Se preguntó con el corazón a punto de explotar de la emoción.

—No lo sé, tal vez protegerme... o tu manera de hacer que me pierda entre tus sábanas o tu intensidad cada vez que me miras... Pero algo tienes que haber hecho para que pusiera mis ojos en un abuelo... —Sonrió, tratando de despejarse de tantas emociones negativas que habían vivido ese día.

—Eso no cambia en nada lo que soy —aseguró—. No sé si para ti sea un impedimento —comentó despegando con ternura los cabellos llenos de sangre que se habían adherido a su rostro.

—No lo creo, bueno, no lo sé... Necesito tiempo para asimilarlo, no sé cómo será ser madre de una adolescente, mucho menos sé qué se hace con un nieto.

—Supongo que no es tan distinto de un hermano, por lo menos para ti... Ya lo más difícil pasó.

—¿Cómo tomaste la noticia de qué serías abuelo?

—Me deprimí como nunca, me enfurecí... Fue la primera y única vez que

le pegué a Luana. Me lo dijo en su fiesta de quince, cuando ya tenía casi cinco meses; lo peor de todo fue darme cuenta de que mis padres ya lo sabían y me lo habían ocultado. Me sentí tan traicionado en ese momento que no pude controlarme y le di una bofetada, desde ese día y sé que hasta el día de mi muerte estaré arrepentido de haberlo hecho.

—Debiste pagar tu rabia con el padre...

—No sé quién es, Luana nunca ha querido hablar de él, pero juro que si algún día me llego a enterar de quién es el bastardo voy a partirlo en mil pedazos —prometió con rabia contenida—. Simplemente la abandonó.

—¿Ella te lo dijo?

—No, Luana no habla sobre eso, pero no tengo que ser adivino para saber lo que pasó... Intenté buscar información sobre el padre por mis propios medios, hasta vencí mi orgullo y después de catorce años volví a dirigirle la palabra a Marcelo, para preguntarle si él sabía algo; y por primera vez los dos estábamos de acuerdo en algo, en encontrar al infeliz que le hizo eso a Luana...

—Entonces tu hermano no es tan maldito como me habías dicho —comentó acariciando los rizos de Cobra.

—Lo es, pero con Luana es distinto, a ella la quiere...; muy a mi pesar, porque mi odio hacia él se ha incrementado al ver el amor que mi hija y mi nieto le tienen. Al principio quería separarlos, alejarla de él, porque sé que Marcelo solo pretende robarme su amor; todavía ardo de celos cada vez que los veo juntos, pero el muy maldito sabe cómo ganársela, algunas veces creo que es mejor padre para ella que yo.

—No lo creo.

—No me conoces lo suficiente Elizabeth, no he sabido entregarme a mi hija, la he hecho a un lado... Y sé que está resentida conmigo.

—¿Se lo has preguntado?

—No, pero no tengo que hacerlo para tener la certeza.

—Entonces, ¿por qué pierdes el tiempo y no buscas la manera de sanar las heridas ahora que puedes?

—No sé cómo ser un buen padre. —Se lamentó, aunque realmente no deseaba victimizarse—. Me he acostumbrado a la soledad. Soy un hombre con muchos errores, y muy pocas, realmente muy pocas virtudes.

—Eres bueno, solo pienso que eres un hombre que quedó a la deriva y no ha sabido cómo llegar a tierra; pero si me lo permites, quiero ser ese puerto al que por fin puedas asirte... Déjame ayudarte. —Lo vio sonreír enternecido,

como casi no lo hacía, y adoraba las líneas de expresión que se formaban al borde de sus ojos brillantes—. Sé lo que estás pensando...

—No lo creo.

—Sí, lo sé. —Movi6 la cabeza afirmando.

—A ver, dime qué es. Y si aciertas prometo decírtelo. —La instó mientras le acariciaba las caderas y le apretaba las nalgas.

—Piensas que no tengo la voluntad suficiente para hacerlo, para sacarte a flote; siempre has creído que soy voluble, caprichosa, mimada... Y crees que seguramente se me pasará rápido toda esta ilusión —hablaba mientras le regalaba a las yemas de sus dedos la suavidad de los vellos del pecho masculino.

Alexandre empezó a negar con la cabeza y empezó a acariciarle una de las mejillas con los nudillos.

—Nada de lo que acabas de decir ha pasado muy mi cabeza, por lo menos no en este momento. Solo he pensado que eres muy valiente como para pretender ayudar a alguien tan jodido como yo, aunque te amo sé que no te merezco, sé que pretender estar a tu lado es arruinarte la vida...

—¡Ay por Dios! —Puso los ojos en blanco de forma divertida—. No me conoces lo suficiente, también tengo mi lado oscuro, todos somos oscuridad y también somos luz.

—No hay punto de comparación, pero no quiero discutir sobre eso, es mejor que te lleve al hotel...

—No —protestó como si fuese una niña—. No quiero ir a ningún lado, quiero quedarme aquí contigo. —Volvió a rodearle el cuello con los brazos, aferrándose a él—. Si ya hemos puesto las cartas sobre la mesa, si ya no hay más secretos, quiero seguir conociéndote.

—Tengo muchos secretos, pero por tu bien te conviene no saberlos —confesó acariciándole el pelo—. Y solo lo hago por protegerte.

—Eso que acabas de decir no ayuda en nada a mi curiosidad.

—Lo sé, pero te aseguro que las cosas que pueda ocultarte son totalmente distantes de mis sentimientos hacia ti, nada tiene que ver con lo que significas en mi vida. Así que en este instante puedes preguntarme, aparte de lo que no estoy dispuesto a confesarte, qué es lo que más te preocupa.

Elizabeth se mordió ligeramente el labio, pensando seriamente en la situación, aceptar los secretos de ese hombre era lanzarse a un abismo con los ojos vendados, cualquier cosa podía amparar en esa confesión, posiblemente cosas que podrían ser imperdonables, pero ¿qué más daba? Se iba al diablo de

la mano de Alexandre.

—¿Tengo que ser completamente sincera? —preguntó rehuendo a su mirada.

—Si necesitas mi colaboración tendrás que serlo. —Le atrapó la barbilla entre sus dedos e hizo que pusiera la mirada en la suya.

—Seguro que se irán sumando preocupaciones.

—No lo dudo, pero en este momento, ¿cuál es la principal? —preguntó acariciándole la barbilla con el pulgar.

—Que no le agrade a tu hija —confesó en un hilo de voz temblorosa.

—No sé cómo pueda reaccionar Luana, no voy a mentirte... —Se rascó la nuca, sintiéndose repentinamente preocupado—. Es que nunca he mantenido una relación seria como para presentarle a alguna novia —manifestó con evidente preocupación—, pero ya es una mujer, seguro que va a entender... —Inhaló y exhaló—. Tiene que entender.

—Espero que entienda que te quiero de verdad... Prometo que pondré todo de mi parte para ser su amiga —expresó con gran entusiasmo, esperanzada en tener resultados positivos, aunque también estaba aterrada—. Ahora puedes decirme qué es lo que más te preocupa de mí.

—Tu estado civil, sé lo que vi y de solo recordarlo mi amor y orgullo vuelven a estrellarse aparatosamente contra la pared de los celos.

—¿En serio sientes celos por mí? —preguntó con los ojos brillantes por la emoción.

—Imagino que he sido bastante evidente con mis emociones, es algo que no puedo controlar. ¿Por qué crees que pierdo el control cada vez que hablas de tu amigo Gavião? Pero no cambies de tema, ¿quién es el hombre que besaste en Nueva York?

Elizabeth resopló, sintiendo que había entrado a un callejón sin salida.

—No sé si vayas a entenderlo, tampoco sé si me corresponde exponer a Luck, porque prometí no hacerlo. ¿Tengo que decirte? —preguntó frunciendo la nariz.

—Me haría sentir más tranquilo si me lo dices. ¿Lo quieres?

—Mucho —dijo afirmando con contundencia—. Pero no de la misma manera en que lo hago contigo, es algo más... más puro.

—¿Lo nuestro no es puro?

—Sí, pero es más pasional, mucho más desequilibrado... Contigo es constantemente explosivo, eres como una bomba atómica —confesó sin tapujos y siendo exagerada, le gustaba ese hombre y quería que lo supiera.

—¡Vaya! Es halagador lo que dices, aunque no lo creas, a los hombres también nos gusta que de vez en cuando nos hagan saber lo que le hacemos sentir. —Le regaló un sensual guiño—. Es bueno para el ego, pero sé que hasta la llama más viva se apaga, quiero saber que puedo ser para ti algo más que fuego; yo tengo para darte mucho más que pasión, no solo quiero que te quedes a mi lado por el sexo.

—No solo me refería al sexo, es todo en ti, no importa cuánto te lo explique no llegarás a entenderlo, porque sé que soy extraña, pero si te quito todo ese fuego que dices, queda un hombre al que quiero amar y conocer, solo quiero que me lo permitas.

—Puedo hacerlo, puedo permitir que me conozcas y me ames, pero no puedo compartirte, por lo que necesito que aclares tus sentimientos —pidió con total sinceridad.

—Mis sentimientos están completamente claros.

—Pero yo no los tengo. ¿Tienes sexo con él?

Elizabeth suspiró, eso era como tener un cuchillo en la garganta.

—Está bien —dijo derrotada—. Te lo voy a decir, pero tienes que jurarme que jamás lo contarás; estoy confiando en ti como solo lo he hecho con mi madre. —Alexandre alzó la mano en señal de juramento—. Nuestro amor es algo fuera de lo común, daría mi vida por Luck, pero... ¡Ay Dios! —Se cubrió el rostro con las manos, él le dio unos segundos e instó a que volviera a mirarlo—. Pensarás que soy una perversa —añadió furiosamente sonrojada.

—Puedes ser totalmente sincera, sexualmente soy bastante tolerante.

—Luck es más que un novio, es mi mejor amigo, lo quiero demasiado, pero... es homosexual.

Alexandre soltó un suspiro de alivio, eso sin duda alguna podía tolerarlo.

—Pero sí, hemos tenido sexo.

—Entonces no es homosexual —dijo sonrojado por la molestia que inusitadamente se despertó.

—No lo entiendes, Luck no se excita conmigo, es decir... ¡Ay, ¿por qué tiene que ser tan difícil?! —exclamó, sintiendo que de cierta manera estaba traicionando a su mejor amigo, ese que había estado a su lado desde que eran niños—. En nuestros encuentros sexuales suelo tener el papel de hombre. —Los ojos de Alexandre no pudieron ocultar la sorpresa—. Sé que no lo entiendes.

—Estoy intentando entender pero me confundes, si fueses más específica... —La alentó, entornando los ojos.

—Con Luck suelo usar un arnés, de esos que puedes ponerle un vibrador, pero no soy lesbiana —aclaró casi de manera inmediata—. Solo lo hago con él, y han sido contadas las veces. No puedo seguir contándote, por favor, no me siento cómoda —dijo con un hilo de voz.

Estaba sorprendido, verdaderamente que lo estaba, ni siquiera sabía qué decir.

—Está bien, entiendo. —Mintió para no hacerla sentir peor.

—Luck siempre me ha dicho que cuando quiera terminar con esta farsa puedo hacerlo, según él, es un sacrificio lo que hago.

—¿Y tiene razón? Supongo, si sexualmente no te complace —masculló las últimas palabras.

—No, en absoluto... Bueno, Luck no puede satisfacerme en ese aspecto, pero siempre hemos tenido la libertad para tener amantes.

—¿Y quieres seguir como hasta ahora? —Le preguntó, sintiendo una gran presión en el pecho.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Por extraño que parezca solo quiero estar contigo, desde que tuvimos sexo en aquel helicóptero no he estado con nadie más; no he deseado a nadie más... Puedo terminar mi noviazgo con Luck, pero no podré alejarme de él, porque ha sido mi cómplice en todo, ha estado a mi lado en todo momento, es la voz de mi conciencia, mi defensor..., mi amigo incondicional, con el que definitivamente no podré serte infiel.

—Pero te lo has cogido —argumentó todavía perturbado, ni siquiera deseaba imaginarse esos encuentros.

—Sí, algunas veces, solo por experimentar; nos tenemos la confianza suficiente como para haber llegado a eso, pero no necesitamos del sexo para ser lo que somos.

—¿Y por qué él no afronta su realidad, en vez de involucrarte en todo esto? Hoy día es ridículo que sienta temor de exponer sus preferencias sexuales.

—Por el qué dirán, porque los medios de comunicación se encargaron de vender nuestra historia mucho antes de que la empezáramos, nuestros agentes estuvieron de acuerdo en que era lo más conveniente; una cosa llevó a la otra y terminamos enredados en todo esto... Dijiste que sexualmente nada te sorprendería... —Le recordó con el miedo atorado en la garganta.

—Eso dije... sí, eso dije —comentó turbado—. Agradezco que confíes en mí. Y tu madre, ¿sabe de esto? —preguntó repentinamente, sin poder creer la

mentalidad tan liberal de la famosa diseñadora.

—Mamá sabe que Luck es homosexual, pero no tiene idea de las cosas que he hecho con él; además, cada vez que ha sucedido hemos estado algo bebidos.

—Me aseguraré de que no tomes ni una gota de alcohol mientras estés conmigo... No vaya a ser que te dé por experimentar.

—No seas tonto. —Le golpeó el pecho—. Pero por si no lo sabes, el punto erógeno del hombre está en el ano, y sé perfectamente cómo encontrarlo...

—Ya no sigas, no me interesa nada de lo que tengas que decir acerca de eso. —La detuvo sonrojado.

—Con un dedo no perderás la masculinidad, no seas anticuado —dijo mostrándole el dedo medio.

—Fin de la conversación.

—Prejuicioso —dijo pícara, pero segura de que algún día lo convencería de explorar nuevos horizontes—. Ya te he contado uno de mis mayores secretos y sabes que no tienes que preocuparte por Luck.

—¿Terminarás tu relación con él?

—La sexual sí, definitivamente; él puede arreglárselas muy bien sin mí, y la de noviazgo también, sobre todo ahora que he hecho a un lado mi carrera como modelo... Será un escándalo y me llevaré la peor parte, pero puedo afrontarlo.

—¿Cómo que has terminado tu carrera como modelo? —preguntó verdaderamente sorprendido.

—Sí, quiero descansar del modelaje; todavía no lo he hecho público, pero ya no estoy aceptando ningún contrato.

—¿Y qué harás? —interrogó muy interesado en ella.

—Voy a estudiar, ya hice mi examen de admisión para entrar a Harvard.

—¡Vaya! —silbó impresionado, definitivamente Elizabeth tenía planes que los alejaba cada vez más—. ¿Qué quieres estudiar?

—Leyes.

—No me sorprende, tienes una gran influencia, la que por cierto, te asegura el ingreso.

—Eso dice todo el mundo, pero no quiero obtener mi cupo por medio de mi padre, quiero ganarlo con mi propio esfuerzo.

—Te apoyo totalmente. —Inhaló, tratando de que ella no se diera cuenta de que estaba buscando fuerzas en su interior—. ¿Y cómo quedará lo nuestro?

Elizabeth se quedó mirándolo, sintiéndose confundida, solo en ese

momento se dio cuenta de que las cosas podían complicarse para ambos; sin embargo, se aventuró a ser optimista.

—Vendré cuando tenga vacaciones y cuando las tengas tú tendrás que ir a visitarme.

—Estoy dispuesto a hacerlo, a llevar nuestra relación a distancia... ¿Podrás decir que eres mi mujer? ¿O tendremos que vernos a escondidas?

—Creo que eso primero tengo que hablarlo con mis padres, dame un tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó ansioso.

—Dos semanas, un mes máximo; tengo que regresar aquí en un par de meses para los ensayos, y pienso convencerlos de quedarme hasta que termine el carnaval.

Alexandre no quiso preguntarle qué pasaría con ellos después de eso, no quería torturarse por el momento; viviría un día a la vez, expulsaría las preocupaciones futuras y disfrutaría de lo que el presente le estaba regalando.

—Solo espero que esta vez sí podamos estar comunicados.

—Prometo que así será. —Volvió a buscar la boca de ella e inició un beso voraz, que duró varios minutos.

—Ya te hablé de Luck —comentó Elizabeth con la voz entrecortada por la falta de aliento—. ¿Podrías hablarme de Branca? Si no es muy doloroso para ti. —De manera inevitable una sombra se posó en los ojos de Alexandre—. Me gustaría saber tu historia con ella.

Él tragó en seco y después suspiró, sabía que no sería fácil, porque recordar a Branca tocaba las fibras más sensibles de su ser, pero sentía que contarle a Elizabeth le ayudaría, por lo que inició su relato al tiempo que navegaba por sus recuerdos.

CAPÍTULO 28

Alexandre y Marcelo cursaban el último año en la escuela intermedia, desde hacía tres que habían conseguido trasladarse en autobuses desde Niterói hasta Río de Janeiro para asistir a clases, consiguiendo la tan anhelada independencia que reaciosamente sus padres les habían concedido.

Para ser gemelos, no eran los hermanos más unidos, no compartían los mismos gustos, sus pasiones eran totalmente alejadas una de la otra; sin embargo, se tenían gran respeto y se querían, se apoyaban en el momento que era necesario, y así mismo eran cómplices cuando debían serlo.

Todo eso cambió justo en el momento que conocieron a Branca, una chica de primer año, que los cautivó a ambos en la misma medida, aunque ninguno tuvo el valor de dejarle saber al otro que habían sido hechizados por aquella adolescente, solo acallaron las emociones que empezaron a germinar, y cada uno por su parte se dedicó a conquistarla, sin que el otro se enterara.

Alexandre era un chico mucho más espontáneo, más arriesgado y se dejaba llevar fácilmente por las pasiones, sin importar las limitaciones que pudieran presentarse. En cambio Marcelo, siempre fue más metódico, más mesurado y apegado a lo correcto.

El menor de los gemelos solo se aventuraba a seducir a Branca dentro de la escuela, brindándole alguna bebida refrescante y haciéndole lindas promesas, mientras que Alexandre iba mucho más allá, no le importaba escaparse de clases para acompañarla hasta Rocinha, mucho menos le restó interés al saber que la chica que tanto le gustaba estaba por debajo de su estatus social, no era mucha la diferencia, pero de igual manera se hacía sentir en la sociedad.

Marcelo parecía ser más un lobo al acecho, mientras que Alexandre era más amigo y protector; aunque ninguno de los dos se arriesgaba a expresar abiertamente sus sentimientos, el corazón de Branca ya había elegido a uno de los dos.

—Entonces, ¿me dices que te pusieron ese nombre por la del cuento de hadas? —preguntó Alexandre, sentado a su lado en el puesto del autobús.

—Así es, mi mamá quiso que me llamara Branca, pensaban llamarme Luana, es el nombre que le gustaba a mi papá, pero cuando mamá me tuvo en sus brazos cambió de opinión. Todo el tiempo dice que me parezco a la princesa.

Alexandre no sabía mucho de cuentos de princesas, a él podían preguntarle cualquier cosa sobre Capoeira, que sin duda la respondería; no obstante, se quedó embobado mirando a la chica a su lado, que a cada parpadeo le parecía más bonita; su piel era blanca, muy blanca, de pelo castaño con un espeso flequillo que le caía sobre la frente, unos cristalinos ojos azules y unos labios rosados y gruesos, que él se moría por besar. No le quedaban dudas de que era más que una princesa.

Él no dijo nada, solo sonrió, y ella le devolvió una tímida sonrisa que arreboló sus pómulos, por lo que bajó su mirada, permitiéndole a Alexandre una magnífica vista de una espesa hilera de pestañas oscuras.

—¡Nos hemos pasado! —Se exaltó ella cuando se dio cuenta de que la calle que la llevaba a su casa había quedado atrás.

Ambos se levantaron al mismo tiempo, sintiéndose perturbados, corrieron a la salida y bajaron en la parada siguiente, sin poder evitar sentirse tontos y reír como niños. Como siempre, Alexandre la acompañó hasta el lugar que ella le permitía.

—Es hora de que regreses a la escuela.

—Me gustaría que siguiéramos hablando —dijo armándose de valor y le sujetó la mano, ella miró el agarre y se tensó, pero no se soltó, ni siquiera porque su cabeza se lo ordenaba y el corazón le retumbaba tan deprisa.

Le gustaba mucho Alexandre, estaría loca si no, porque los gemelos Nascimento eran de los populares de la escuela, y todas las chicas creían que eran lindos, aunque ellos parecían no estar enterados de eso.

—Sabes que aquí no es seguro para ti, no te conocen... No quiero que te hagan daño, podrían matarte incluso por tus zapatos —dijo echándole un vistazo a las zapatillas de una reconocida marca deportiva que él llevaba puestas.

—Branca, no temas por mí.

—Sí temo, además, tengo que ir a preparar un informe que debo entregar mañana.

—¿Te puedo ayudar a hacerlo? —Se ofreció con una brillante sonrisa que expuso todos sus pequeños dientes e hizo brillar sus ojos grises.

—Eres un caso perdido Alexandre Nascimento.

—Si querer pasar tiempo contigo me convierte en eso, entonces sí, lo soy.

Ella sonrió y negó con la cabeza, provocando que el flequillo se moviera graciosamente.

—Está bien, pero no te quedarás mucho tiempo —dijo halándole la mano y llevándolo con ella por la empinada calle, era primera vez que Alexandre se iba a adentrar en la favela, nunca había pasado de esa esquina en la avenida—. Debemos terminar rápido, después tengo que limpiar la casa y preparar la comida, porque si mi mamá llega del trabajo y ve que no he cumplido con mis obligaciones me reprenderá.

—Puedo ayudarte con la limpieza. —Se ofreció, tratando de no mostrarse fatigado por el calor y el esfuerzo físico que implicaba subir esa calle, aunque contara con gran resistencia física, eso era nuevo para él y le robaba todo el aliento.

Ella soltó una carcajada producto de la sorpresa e incredulidad.

—Estoy segura de que en tu casa no lavas ni el plato en el que comes.

—Para todo hay una primera vez —dijo sonrojado.

—Supongo que sí. —Sonrió estando de acuerdo—. Te advierto que mi casa es humilde.

—¡Ay, ya! No te preocupes por eso —dijo despreocupado, tratando de restarle importancia a las diferencias sociales entre ellos, a él no le interesaba su casa, le interesaba solo ella.

Fue en ese momento cuando la pasión de Alexandre se impuso por encima de todo, a pocos metros estaba formada la roda y a él la sangre empezó a burbujearle.

Era como si una fuerza desconocida lo llevara a ese lugar, justo a ese punto en el que hombres le daban vida a una de las luchas más antiguas y que a él tanto le apasionaba, no pudo resistirse a quedarse mirando cada movimiento.

—¿Podemos ver un momento? —Le preguntó sin poder ocultar la súplica en sus pupilas.

—Sí, claro... No sabía que te gustaba la capoeira —dijo sonriente ante la linda sorpresa que le estaba dando Alexandre.

—¡Soy capoeirista! —expresó con gran orgullo.

—¿En serio?! —preguntó demasiado emocionada.

—Sí, si quieres te hago una demostración.

—Mi papá lo era, era uno de los mejores..., de los callejeros. También sé algunos pasos —hablaba rápidamente en medio de la emoción.

En ese momento Branca dejó de ser una simple princesa de un cuento de

hadas para convertirse en algo superior, una especie de diosa a la que podría venerar.

Alexandre decidió no ofrecerle ninguna demostración al ver que su técnica no se comparaba en nada con la de esos hombres, por primera vez sentía vergüenza de su destreza, ni loco haría el ridículo delante de la chica por la que le latía el corazón tan fuerte, cuando ella estaba acostumbrada a ver a esas bestias luchando.

—Alexandre, creo que es hora de irnos —sugirió en voz baja—. Sé que estás muy entusiasmado, pero es mejor que nos vayamos —siguió ella ante el miedo que le provocaba la llegada de dos hombres con sospechosas actitudes al lugar.

—Sí, está bien... Vamos —dijo sin poder despegar la vista de los combatientes, aun cuando hubieron avanzado varios metros, él se volvía a mirar por encima de su hombro izquierdo.

Cuando por fin llegaron a la casa, Alexandre se percató de que verdaderamente era humilde en comparación con la suya; la de ella solo tenía dos habitaciones, con pisos de cerámica que imitaban la madera, las paredes no tenían un buen acabado; sin embargo, estaban pintadas de blanco y lila.

Eran pocos los muebles que había, entre ellos un sofá de dos plazas de tela verde manzana, algo curtida por el tiempo y que pretendían disimular con unos tapetes tejidos, algunos cuadros adornaban las paredes en el que destacaba una réplica del reconocido pintor Romero Britto.

—¿Quieres agua? —preguntó Branca, dejando su mochila sobre el sofá.

—Sí, por favor —dijo disimulando su recorrido visual en esa casa de techos de hojas de zinc, que habían puesto muy bajo.

Branca caminó hasta la pequeña cocina que era dividida por media pared, corrió la cortina que estaba sobre el lavaplatos, provocando que la luz de la tarde le diera más claridad al lugar. Siguió a la nevera y le sirvió el agua.

Después agarró la nota que estaba pegada a la puerta de la nevera por un imán del Cristo Redentor.

Princesa, en el horno está la comida, solo debes calentarla.

No olvides poner a descongelar el pollo para la cena.

Te quiero.

Branca sonrió y dejó la nota sobre la mesa redonda del comedor de cuatro puestos.

—Gracias. —Alexandre le devolvió el vaso, y Branca usó el mismo para servirse agua para ella.

Él no sabía qué decir, estaba nervioso, solo recordaba que estaban solos y que ahora que tenía la oportunidad para expresarle sus sentimientos no tenía el valor para hacerlo.

—De nada, ¿quieres conocer a mi papá?

—¿Está aquí? —preguntó e inmediatamente los ojos amenazaron con salirseles de las órbitas y tragó grueso.

—No. —La voz de ella se apagó—, murió hace dos años.

—Lo siento. —Alexandre caminó rápidamente hasta ella y la abrazó, haciéndolo por primera vez—. No lo sabía.

Branca al principio se tensó, pero se acostumbó rápidamente a esos brazos y pecho.

—Era uno de los mejores capoeirista, te lo había dicho...

—Sí, pero pensé que simplemente ya no practicaba... Soy un tonto —dijo acariciándole el pelo.

—No lo eres, solo que no lo sabías. —Se alejó del abrazo, porque le avergonzaba que Alexandre pudiera sentir que estaba temblando. Caminó hasta una biblioteca que estaba en la sala al lado de la mesa del televisor, buscó un álbum de fotos y fue con él hasta el sofá—. Ven aquí. —Le pidió palmeando a su lado.

Él se quitó la mochila y la dejó sobre la mesita de centro, en el que había un periódico y el adorno de cristal de un delfín, y se ubicó a su lado; tanto, como para que sus cuerpos quedaran unidos, y el retumbar de sus corazones se acoplara al mismo ritmo.

—¿Es tu padre? —preguntó ante lo que suponía era evidente, al ver una fotografía en blanco y negro, donde aparecía un hombre de unos treinta, vestido de capoeirista.

—Sí —dijo con una gran sonrisa y los ojos brillantes por la nostalgia.

—¿Cómo pasó? —preguntó, sujetándole la mano y se atrevió a entrelazar sus dedos a los de ella.

—Era constructor, cayó del quinto piso de un edificio, no fue su culpa... Solo que esa mañana lo enviaron a revestir una pared, atado por cuerdas y no por un arnés; la compañía dijo que iba a compensarnos, pero no cumplió ni

con la mitad de lo que había prometido.

—Debieron demandarlos.

—Mi mamá no quiso, los pobres no tenemos la capacidad de luchar contra una compañía tan grande; además, ni todo el dinero del mundo iba a devolvernos a mi papá.

—Lo siento mucho Branca. —Volvió a abrazarla y le dio un beso en la mejilla.

Ella lloró por varios minutos y él se dedicó a consolarla.

—Su nombre de capoeirista era Cobra —dijo sorbiendo las lágrimas, queriendo dejar de lado lo triste y revivir una vez más esas imágenes que tanto consuelo le daban—. Tengo videos, ¿quieres verlos? —preguntó.

—Sí, me encantaría —dijo emocionado.

Branca se levantó, caminó hasta el mueble del televisor, abrió uno de los cajones, rebuscó hasta dar con alguno y lo puso a reproducir, después regresó al lado de Alexandre.

Él no pudo contener sus impulsos por acariciarle con los nudillos la mejilla sonrosada, y como si algo más poderoso lo impulsara, volvió a besarla, después le pasó el brazo por encima de los hombros.

De manera inevitable se sumergió en la grabación de una roda, quedó impresionado, sin duda alguna el padre de Branca era el mejor capoeirista que hubiese visto.

—Ese de ahí. —Señaló al televisor—. Con el que está luchando es el señor Jacobo, ahora es mestre.

Uno a uno ella le presentaba, así mismo le mostró varios videos, aumentando la fascinación de Alexandre por su pasión, quien decidió desde ese momento que se involucraría en las rodas ahí en la favela, porque estaba seguro de que ahí lograría perfeccionar su técnica, pero decidió no contárselo a Branca para que no intentara hacerlo desistir.

Ella se fue a la cocina, porque tenía mucha hambre, buscó en el horno y una vez más su madre había hecho feiojada; la calentó y la compartió con él, quien seguía embobado mirando los videos de su padre, mientras conversaban.

Ella poco comía, porque estaba cansada de comer por tercera vez en la semana lo mismo, pero no podía exigirle más a su madre, quien se esforzaba demasiado al trabajar limpiado en unas oficinas de contadores, para brindarle a ella una educación decente. Muchas veces había querido dejar la escuela para ayudarla con los gastos de la casa, pero su madre no se lo permitía.

—¿Y ese? —preguntó Alexandre, sacando a Branca de sus pensamientos,

al sentirse intrigado con el hombre que estaba luchando en ese momento, al tiempo que dejaba el plato vacío sobre la mesa.

—Ese era uno de los mejores contrincantes de mi padre, eran grandes rivales, pero se respetaban... Casi no estaba en rodas, según mi papá era un hombre de dinero, sobrino de un influyente empresario de acá; lo único que sé es que su apodo era Pantera.

—Es muy bueno..., muy bueno —dijo admirando la destreza del contrincante del padre de Branca, pero seguía pensando que su modelo a seguir era Cobra; esperaba algún día ser como ese hombre, se esforzaría para lograrlo—. ¿Se molestaría tu mamá si me prestas uno de esos videos?

—Si no se lo decimos seguro que no, ¿cuál deseas?

—El que sea, todos son fantásticos. —No podía ocultar la admiración en su voz.

—Promete que me lo devolverás —dijo tendiéndole uno.

—Sí, lo juro.

Lo agarró y lo guardó en su mochila, sintiéndose muy entusiasmado porque podría practicar siguiendo las técnicas en el video, en ese momento Branca lo espantó con el grito que dio.

—¡Oh por Dios! Mira la hora que es, no he hecho nada, debes irte ahora, no puedes estar tan tarde por aquí, te llevaré hasta la avenida.

—No Branca, no podré irme y dejarte con todo, por mi culpa no has hecho tus deberes, déjame ayudarte. —Se levantó y agarró los trastes que habían usado, y por primera vez lavó un plato. También se encargó de sacar el pollo de la heladera y lo dejó sobre una bandeja, mientras que Branca barría la casa.

Entre los dos lograron rápidamente limpiar el pequeño lugar y le ayudó con el informe, como se lo había prometido, aunque no lo terminaron, de eso se encargaría ella por la noche.

Alexandre se puso la mochila, mientras ella parada en frente esperaba por él; decidió que ese era el momento y no podía acobardarse, respiró profundo, apretó las asas de la mochila y se abalanzó hacia ella, rápido y contundente, sin pensarlo le dio un beso en los labios.

Branca se quedó inmóvil con la respiración agitada, y él volvió a plantarle otro beso, pero esta vez más lento, no como un golpe de su boca, sino como una suave caricia.

—Eres hermosa princesa Branca. —Le confesó al ver que ella estaba demasiado sonrojada y temblorosa.

—Yo... yo... Alex... —Intentaba hablar cuando él le dio otro beso y ella

correspondió tímidamente.

—Quiero que seas mi novia... ¿Quieres ser mi novia? —propuso soltando las asas de la mochila y le sujetó el rostro.

—Yo... no, no lo sé, es mejor que te vayas. —Ella caminó rápidamente a la salida y les pidió a unos niños que jugaban en las escaleras que le hicieran el favor de llevarlo hasta la avenida.

—Branca...

—Ahora no sé qué responder, déjame pensarlo, no sé...

—Está bien, pero no lo pienses mucho, que la decisión no le corresponde a la cabeza sino al corazón.

El día que Branca le dijo que sí, fue el más feliz de su vida, no pudo ocultarlo por mucho tiempo, al primero que se lo contó fue a Marcelo, pero él no pareció estar feliz con la noticia; por el contrario, sentía que Branca no era del agrado de su hermano, aunque no le dio importancia, él la amaba y eso era suficiente.

Empezó a ir todos los días a su casa, le ayudaba con la limpieza y los deberes escolares, pero también aprovechaba para entrar a las rodas y poner en práctica las técnicas de capoeira que aprendía del padre de Branca en los videos.

Siempre se marchaba justo cuando la madre de Branca estaba por llegar, pero una de esas tardes sus sentimientos los llevaron mucho más allá de los besos, los empujaron hacia un abismo al que no pudieron resistirse y terminaron cayendo a lo desconocido de la sexualidad, compartieron su primera vez, pero en medio del descontrol de las hormonas no tomaron las precauciones necesarias.

Sin embargo, Alexandre un día después, al salir de clases, con la vergüenza de un adolescente que apenas se iniciaba en la sexualidad con una chica compró sus primeros condones, consciente de que no podría estar a solas con Branca sin volver a dejarse arrastrar por el desenfreno del placer.

Con su novia todo era perfecto, todos los días lo hacían dos y tres veces durante las cuatro horas que podían disponer antes de que llegara su madre. Dolorosamente descubrió que era alérgico al látex de los preservativos, probó todas las marcas y todos causaban el mismo efecto; sin embargo, la irritación no era más poderosa que eso que Branca despertaba en él, algo incontrolable que lo llevaba a hacerle el amor cada vez que tenía oportunidad.

Entretanto, en su casa todo empezaba a ser un caos, su padre comenzó a reclamarle sus llegadas tardes, a reprenderlo duramente por dedicarle más

tiempo a la novia que a los estudios. Sabía que se había enterado por Marcelo, estaba seguro de que su hermano estaba celoso porque tenía novia y él no.

Las discusiones entre ambos empezaron a ser constantes, hasta se entraron a golpes en varias oportunidades; en casa su padre los separaba, pero en la escuela, donde parecía que se reforzaban los celos de Marcelo, se convertían en el espectáculo del recreo, hasta que los suspendieron por una semana y citaron a sus padres. Eso fue el detonante para una buena paliza para ambos, lo que los llevó a dejar de dirigirse la palabra.

Alexandre y Branca siempre aprovechaban el recreo para estar juntos, era como si el tiempo que pasaban en la casa de ella no fuese suficiente y querían estar uno al lado del otro en todo momento.

—¿Qué vas a desayunar? —preguntó Alexandre mientras caminaban a la cafetería de la escuela.

—No tengo hambre, no me provoca nada —dijo con la voz estrangulada—. Creo que tengo infección estomacal, llevo tres días que todo lo que como lo vomito.

—¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Le dijiste a tu mamá? Tienes que ir al médico —comentó mostrándose inmediatamente preocupado.

—No quiero mortificarla, seguro que se me pasará.

—Bien, pero al menos tómate un jugo, ¿o prefieres un yogurt? —propuso, dándole un beso en la sien.

Ella negó con la cabeza, se sentía verdaderamente muy débil como para volver a vomitar.

—Compra para ti, igual te acompañaré.

—Está bien. —Se dio por vencido, le dio un beso en los labios y fue a comprar su comida.

Alexandre así lo hizo, compró un sándwich integral de jamón, un jugo de mora y se fue a la mesa donde ella lo esperaba.

—¿Cómo te fue en el examen? —preguntó admirando a su hermoso novio de pelo cobrizo rizado y ojos grises.

—Bien, estoy seguro de que aprobé.

—Tenía la certeza de que lo harías.

—Aunque no creo que ese examen me sirva de mucho en lo que quiero estudiar.

—Pensé que solo querías ser capoeirista —dijo sonriente, tratando de ser bromista—. Porque solo hablas de capoeira y ahora prefieres pasar más tiempo en las rodas que en mi cama. —Bajó la voz, adoptando un tono pícaro.

—Fuiste tú quien me pidió una tregua. —Le recordó guiñándole un ojo, si por mí fuera pasara las veinticuatro horas del día contigo en la cama o el mueble o la cocina... Donde sea, siempre que sea contigo. Pero esta tarde se vence tu plazo.

En ese momento Marcelo entró acompañado de dos de sus amigos a la cafetería, inevitablemente el ambiente se tensó, pero Alexandre prefirió seguir concentrado en su novia.

Después de todo, su hermano al darse cuenta de su presencia se marchó, porque ambos ya no podían permanecer en el mismo lugar.

—Entonces, ¿quieres ser fotógrafo? ¿Algo en específico? —preguntó Branca, tratando de que Alexandre se relajara.

—Paisajista, es estúpido pero sueño con trabajar para National Geographic, aunque también me gusta mucho lo artístico; en una fotografía se puede transmitir sentimientos o sensaciones... Se puede comunicar tanto. Estoy ahorrando para comprarme una buena cámara —dijo con decisión y sin querer ahondar mucho en el tema de sus sueños, para no aburrirla; posiblemente porque era demasiado celoso con sus anhelos y no podía expresarlos con nadie. De pronto una nueva idea le surgió—. ¡Es perfecto! Cuando seas oceanógrafa podremos irnos a recorrer el mundo, tú estudiando los océanos y yo me encargaré de hacer todas las fotografías y videos necesarios.

—Sí que lo es —dijo sonriente y con los ojos brillantes al imaginar ese futuro al lado de Alexandre, ideó un momento maravilloso en el que ella pudiera descender en su compañía a la fosa de las Marianas en el Pacífico occidental, el punto más profundo al que se había podido llegar, y fotografiar especies desconocidas, encontrarse cara a cara con las míticas olas monstruos y vencerlas. No pudo contener un suspiro al pensar que podría vivir todas sus aventuras al lado del chico que amaba.

Su mirada se fijó en el sándwich al que Alexandre le había dado un mordisco e inevitablemente volvieron a aparecer las arcadas; sabía que aunque quisiera lidiar con las náuseas no podía, por lo que rápidamente se levantó de la mesa.

—¿Sucede algo princesa? —preguntó Alexandre al ver que estaba pálida.

—Voy al baño —anunció con la voz estrangulada y corrió a la salida.

Alexandre no pudo evitar que su nerviosismo aumentara, hizo a un lado su comida y corrió detrás de ella, dejando una estela de murmullos en la cafetería.

—Branca... Branca, espera —pidió en su carrera tras ella, mientras atravesaban el patio de la escuela, pero vio cómo su novia se detuvo y se dobló, inmediatamente un chorro de vómito se derramó a sus pies—. Tranquila mi amor, hermosa princesa. —La consoló, mientras le acariciaba la espalda y no podían evitar ser el centro de miradas, incluyendo la de Marcelo, quien seguía en compañía de varios chicos.

—Branca, ¿te sientes bien? —Se acercó una de sus amigas.

—Es mejor que la lleves a enfermería. —Le sugirió otra amiga.

—Sí, sí... Vamos —dijo él, ofreciéndole consuelo, al tiempo que le sujetaba la sedosa melena.

—No, no... No quiero ir —musitó ella con la voz quebrada—. Estoy bien, solo es una infección estomacal, en cuanto salga de clases voy al hospital —prometió con la mirada puesta en sus zapatos y falda salpicados de vómito.

—Te acompañaré —intervino Alexandre—. ¿Segura que te sientes bien? —preguntó acariciándole las mejillas.

Ella movió la cabeza afirmativamente, aunque verdaderamente se sentía muy débil.

El recreo terminó y el rumor de lo sucedido recorría la escuela. Al salir, Branca intentó escaparse para evitar ir con Alexandre al médico, pero él parecía estar en todas partes.

En el hospital no podía evitar estar nerviosa, mientras él le hablaba y hablaba, tratando de hacerla sentir mucho mejor.

—Branca. —La llamó con tono cariñoso una enfermera y le regalaba una sonrisa—. Pasa por favor.

Ella se levantó con el corazón retumbándole en la garganta.

—¿Puedo entrar con ella? —Alexandre le preguntó a la enfermera.

—Sí, pasa —concedió.

Alexandre se levantó y le sujetó la mano a su novia, juntos entraron al consultorio, donde había un hombre joven de atractivos rasgos, vistiendo una bata blanca.

—Pasen y tomen asiento —indicó calmadamente, siguiéndolos con la mirada.

Alexandre y Branca ocuparon las sillas delante del escritorio.

—Buenas tardes doctor —saludó ella con los nervios casi descontrolados.

—¿Son novios? —preguntó el hombre, sin quitar sus pupilas de ellos.

—Sí —dijo Alexandre.

—Bien. —Fijó su mirada en la hermosa chica de piel blanca y ojos azules

—. Branca, ¿qué es lo que sientes y desde cuándo?

—Eh... bueno, desde hace unos cuatro días he venido presentando vómitos, creo que es una infección estomacal.

—¿Vómitas por las mañanas?

—Sobre todo por las mañanas, me despierto con náuseas.

El doctor hizo una anotación en lo que parecía ser un cuaderno de control, mientras fruncía la boca en forma de media luna, y ellos no sabían cómo interpretar eso.

—Branca. —Levantó una vez más la mirada hacia ella—. ¿Qué edad tienes? —preguntó al ver que parecía una niña.

—Quince.

Él desvió la mirada hacia el chico de cabello rizado y ojos grises que la acompañaba.

—¿Cómo te llamas? —Le preguntó.

—Alexandre, Alexandre Nascimento —respondió, empezando a sentirse más nervioso de lo normal.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete —comentó sin soltarle la mano a Branca.

—Es evidente que ambos estudian —dijo mirando el uniforme que llevaban puesto—. Y supongo que ya le han dado clases sobre educación sexual. ¿Conocen los métodos anticonceptivos?...

Ambos se miraron y tragaron grueso.

—Sí doctor. —Fue Alexandre quien respondió.

—¿Se han estado cuidando? Porque estoy seguro de que están teniendo relaciones sexuales.

Ambos se sonrojaron sintiéndose incómodos y avergonzados con ese tema. Alexandre carraspeó, sin poder dar una respuesta.

El médico al ver que ellos habían enmudecido volvió a fijar su mirada exclusivamente en la linda jovencita que parecía estar muy asustada.

—Branca, ¿cuándo menstruaste por última vez?

—Eh... seis, siete semanas... No lo sé, no lo sé —chilló aterrada.

—¿Tienes retraso? —prefirió cambiar la pregunta.

Ella no encontró la voz para hablar, solo movió la cabeza de forma afirmativa, quiso soltarle la mano a Alexandre, pero él no se lo permitió; sin embargo, en la mirada de él se notaba el miedo.

—No me dijiste sobre eso —murmuró el chico con la voz quebrada por la preocupación.

—Bien. —El médico chasqueó los labios—. Te voy a mandar al laboratorio con esta orden, es para un examen de sangre —anunció mientras escribía en un formato especial para eso—. Quiero que lo esperes y lo traigas, estará listo dentro de treinta o cuarenta minutos.

Ella no encontró el valor para recibir la orden médica, por lo que lo hizo Alexandre.

—Está bien, eso haremos doctor.

—Branca, sé que en este momento estás aturdida, pero trata de calmarte —dijo el médico al ver que ella estaba en un posible estado de conmoción.

—Es... es que usted está sugiriendo que puedo estar embarazada —murmuró con la voz quebrada.

—Si estás teniendo sexo con tu novio es posible que lo estés

—No... no es posible, no puedo estar embarazada. —Sollozó llevándose las manos a la cara.

—¿Están teniendo sexo? —Le hizo la pregunta al chico.

—Sí —respondió él, quien se mostraba más calmado.

—Entonces es posible, y más si no se están cuidando adecuadamente. Mejor ve a que te hagan la prueba para salir de dudas.

—Gracias doctor —dijo Alexandre, ayudó a su novia a levantarse y salieron de la oficina.

—Vamos a casa, no quiero hacerme nada —dijo ella—. Ese hombre no sabe nada.

—Branca, es mejor hacerte esta prueba, posiblemente estés embarazada. Recuerda, la primera vez que lo hicimos no...

—No me lo digas Alex, mi madre va a matarme, voy a romperle el corazón, no tenemos dinero para criar a un niño; yo quiero estudiar, mi sueño es terminar mis estudios... —Seguía sollozando, sintiendo que las rodillas le temblaban.

—Te ayudaré, si estás embarazada es nuestro hijo, cálmate princesa; igual podrás terminar de estudiar. —La abrazó y él estaba aterrado, parecía que ni siquiera lo asimilaba, pero sabía que debía darle fuerzas.

Después de una hora le entregaron el resultado, ella no quiso abrirlo, así como se lo dieron se lo entregó al doctor.

—Branca —dijo con pasividad—. Estás embarazada.

Ella se echó a llorar y Alexandre se pasó las manos por el pelo, ambos sentían que el mundo se les desmoronaba.

—No, yo no quiero estar embarazada, no quiero... Soy muy joven, no creo

que pueda tener a un niño, no lo creo...

—Sé que es muy difícil para ambos, apenas son unos niños, pero eso debieron pensarlo mejor antes de tener sexo. Decir que no quieres estar embarazada no va a solucionar nada, porque igual lo estás, y pensar en una locura solo te pondrá en riesgo...

—Mi mamá..., mi mamá —clamaba ruidosamente.

Alexandre estaba sin palabras con el corazón ahogándolo. Amaba a Branca y le dolía mucho verla así, ver que sus sueños en ese momento se estaban evaporando junto a los de él y no podía hacer nada, no podía.

—Tú madre comprenderá, ahora lo importante eres tú y el bebé; debes cuidarte, por lo que voy a remitirte con un ginecobstetra para que empiecen con el control prenatal.

—No sé nada de eso, no sé... ¡Dios mío! Solo tengo quince años, quiero ir a la universidad.

—Lo harás Branca, lo harás; un hijo no es el fin del mundo, te aseguro que puedes ser madre y cumplir tus sueños, podrás ir a la universidad y estudiar lo que desees. —El doctor trataba de calmarla—. Además, no estás sola, estoy seguro de que Alexandre te ayudará, él se hará responsable —aseveró poniendo sus ojos en el chico de mirada aturdida.

Alexandre estaba tan nervioso que no podía hablar, cómo se lo diría a sus padres, cómo iba a responder por su novia y ahora un hijo. Ya no solo sería brindarle el desayuno en la escuela, no sería comprarle un peluche o algunas flores, ahora debía cumplir con todo lo que representaba una familia.

—Sí, sí —dijo impulsado por la intención del médico—. Branca. —Le acarició la espalda—, estamos en esto juntos, vas a contar conmigo en todo momento. —Quería decirle que iba a hablar con sus padres, que ellos los ayudarían, pero no debía prometer algo de lo que no estaba seguro.

Salieron del hospital y se quedaron en un parque mientras Branca seguía llorando y Alexandre la consolaba, pero a él nadie podía brindarle palabras de aliento, y ni siquiera podía hacerse a la idea de que iba a ser padre.

Le propuso llevarla a su casa, porque si su madre llegaba y ella no estaba iba a preocuparse, Branca aceptó mientras murmuraba que no sabía cómo encontraría el valor para mirar a su madre a la cara. ¿Cómo iba a decirle que había traicionado su confianza y que había echado por tierra todo el esfuerzo que ella había invertido para que estudiara?

CAPÍTULO 29

Esa tarde, después de que dejara a Branca en su casa, durante el camino a Niterói no era más que un caos de pensamientos y emociones. No estaba en sus planes convertirse en padre tan joven, pero tampoco podía desentenderse de Branca, porque la amaba; tampoco estudiaría la posibilidad de proponerle la absurda y aberrante idea de deshacerse vilmente del resultado de su primera vez.

Lloró disimuladamente, tratando de evitar miradas, algunas curiosas y otras cargadas de lástima, pero nadie podía darse cuenta de la responsabilidad que se había posado sobre sus hombros.

Al llegar a su casa pasó directamente a su habitación y se duchó por largo rato, esperando que el agua consiguiera menguar la angustia que lo embargaba, pero no obtuvo ningún resultado, por lo que se quedó en la cama mirando al techo y permitiéndole a sus miedos que lo torturaran, mientras el aroma a comida invadía el lugar, consciente de que debían estar preparando la cena.

Se levantó de la cama y se paseó por la habitación, como si con eso conseguiría cambiar su situación, agarró el berimbau que estaba en una esquina y empezó a tocarlo, tratando de poner su total atención en la melodía que creaba.

—¡Alex! ¡Alex! —El grito de su madre lo hizo sobresaltar.

—Mamá, recuerda no entrar sin avisar —reprochó juntando las cejas en un gesto que desaprobaba la invasión de su madre en su habitación.

—Lo hice pero no escuchabas, la cena ya está lista.

—En un rato voy, no tengo apetito.

—Cariño, ¿sucede algo? —preguntó avanzando un par de pasos, presintiendo que algo no estaba bien con su hijo.

—No pasa nada mamá, solo no tengo hambre.

—Igual debes cenar, aunque sea un poco, te esperamos en el comedor.

—Está bien, en unos minutos bajo.

Su madre, que evidentemente acababa de llegar de la clínica se marchó, dejándolo solo con sus atormentados pensamientos.

Sabía que no podía simplemente hacer como que las cosas no estaban pasando, no podía evadir la realidad, por lo que dejó sobre la cama el instrumento musical y bajó.

En el comedor ya su familia lo esperaba para comer.

—Buenas noches hijo.

—Buenas noches papá, ¿cómo te fue hoy? —preguntó como era su costumbre.

Sus padres eran odontólogos y ambos trabajaban en la misma clínica, y desde que tenía uso de razón habían mantenido el mismo horario laboral.

—Bien, no puedo esperar que me vaya mal si hago lo que me gusta —comentó siguiendo con la mirada a su hijo que se ubicó en el puesto de siempre.

Durante la cena fueron hablando de diversos temas, sus padres les preguntaban por la escuela, hasta que Marcelo, hastiado por los intentos de su madre por reconciliarlo con su hermano buscó la manera de expresar su rabia y les dijo acerca del incidente que había pasado con la novia de Alexandre.

La ráfaga de preguntas de sus padres, el modo despectivo de Marcelo de dirigirse hacia a Branca y la misma presión que él sentía lo hicieron estallar.

—¡Está embarazada! —dijo enérgicamente, consiguiendo que su voz se escuchara por encima de la de sus padres.

Su madre quedó con la boca abierta, Marcelo parecía que iba a fulminarlo con la mirada.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —preguntó su padre, dejando caer el cubierto sobre el plato.

—Branca está embarazada —respondió, consciente de que nada conseguía con ocultarlo.

En ese momento Marcelo se levantó de la mesa y se marchó, ante la mirada atónita de su madre, que no conseguía procesar la noticia.

—Alexandre Nascimento, ¿te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre embarazar a esa chica?

—Pasó papá, pasó... Ya no puedo hacer nada.

—Pasó... —asintió Guilherme al tiempo que Arlenne se llevó las manos a la cara y se echó a llorar—. ¿Qué se supone que vas a hacer ahora? —preguntó.

—No... no lo sé.

—Tienes que saberlo, no puedes ahora evadir la responsabilidad que adquiriste por imprudente.

—Voy a hacerme responsable, amo a Branca... ¿Me ayudarán? —preguntó tragando seco y mirando a sus padres.

—¿Me pediste ayuda para hacerlo? —Preguntó el padre, y Alexandre se mantuvo en silencio—. No, entonces no es mi responsabilidad ni la de tu madre, nosotros no vamos a hacernos responsables de tu mujer ni de tu hijo.

—No pido que se hagan responsables, yo puedo trabajar...

—Aún eres menor de edad, ¡por Dios! Apenas eres un niño —estalló Guilherme.

—Lo sé, pero... papá...

—Papá nada.

—Solo pido que me permitan traerla a casa, se quedará conmigo en mi habitación, solo mientras trabajo y consigo un lugar a donde irme; correré con sus gastos y los del bebé...

—No tienes ningún tipo de experiencia laboral, en tu vida lo único que has hecho es jugar a ser capoeirista y estudiar, ni siquiera lavas tu propia ropa interior; el mejor trabajo que podrás encontrar será en un local de comida rápida, donde explotan a los trabajadores, y dudo mucho que lo que te paguen ahí te alcance para mantener a una mujer y a un niño.

—Me esforzaré por encontrar algo mejor.

—Suerte con eso, pero aquí no la quiero, no puedo querer a quien ha desgraciado la vida de mi hijo.

—No fue ella, fue cosa de los dos...

—Ella fue quien se embarazó, debió cuidarse, ¡debieron hacerlo!

—Papá, por favor, estoy desorientado, necesito tu ayuda...

—Lo siento Alexandre, pero esa chica no pisa esta casa. No es bienvenida.

—Entonces me iré.

—Adelante, puedes hacerlo ahora mismo si quieres. —Hizo un ademán en señal de invitación—. Estás muy equivocado muchachito si crees que vas a condicionarme en mi propia casa.

De manera automática Alexandre se levantó de la mesa.

—No, no Alex —intervino la madre—. Hijo, no tienes que irte, puedes quedarte aquí, trabajar como quieres y ayudarla.

—No mamá, voy a asumir mi responsabilidad. —Salió del comedor.

—Guilherme, haz algo, es nuestro hijo, dile que se quede.

—Ahora no —dijo el hombre haciendo a un lado el plato.

Alexandre subió a su habitación, agarró un maletín y empezó a llenarlo, metiendo con rabia las prendas; cuando estuvo lleno, agarró otro y también

guardó solo las prendas más necesarias; a pesar de las súplicas de su madre porque no abandonara la casa él lo hizo, lo hizo por su orgullo, por Branca y por su hijo.

Esa noche durmió en casa de un amigo y al día siguiente fue a la escuela, esperando hablar con Branca, pero ella no llegó, por lo que a media mañana se fue a su casa.

Quiso decirle que sus padres no solo le habían cerrado las puertas de su casa a ella, sino que a él también lo habían echado, pero sabía que ya tenía suficientes problemas como para empeorar la situación.

Un par de semanas después encontró el valor para decirle la situación por la que estaba pasando, que llevaba todo ese tiempo durmiendo en casa de un amigo, y aunque su familia se mostraba amable con él, no podía seguir incomodando, estaba decidido a pedir ayuda a otro amigo de la escuela.

Y así fue durante dos meses, siguió paseándose por la casa de sus amigos, en las que duraba una semana mientras seguía asistiendo a clases, donde se veía con su hermano pero no se hablaban.

Ambos decidieron que ya no podían seguir ocultárselo a la mamá de Branca, porque a ella ya empezaba a notársele la barriga.

Esa tarde Alexandre se quedó a la espera de la llegada de su suegra, a quien tendría el placer de conocer personalmente y no solo por fotos, lamentaba mucho que fuera en esa situación.

—Lo sospechaba. —Esas dos palabras fue lo único que Juliana logró decir y se echó a llorar.

Alexandre suponía que esa era la reacción universal de todas las madres, mientras Branca también lloraba y le pedía perdón, le decía que sabía que le estaba rompiendo el corazón y que la había decepcionado.

Él estaba aterrado, estaba seguro de que cuando a la señora se le pasara ese momento de impacto, lo iba a echar de la casa y le prohibiría que volviera a ver a su hija.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó, sorprendiéndolos con su actitud calmada—. Branca, eres lo único que tengo —chilló sujetándole las manos a su hija—. No puedo negar que estoy un tanto decepcionada, porque todos tus sueños debes pausarlos, ya tu vida no será solo tuya, ahora dependerás de tu hijo.

—Lo sé mamá, llevo meses pensando en todo, y aunque todavía me cuesta creerlo, no puedo simplemente ignorarlo.

—No quiero que te vayas de casa, me moriría si me quedo sola.

—Eh —intervino Alexandre—. Branca se quedará aquí un tiempo, mientras consigo ahorrar dinero para poder hacerme responsable... Es decir, responderé por ella y el bebé todo este tiempo, pero ahora no tengo a dónde llevarla —confesó sintiéndose avergonzado de su situación—. Es que mis padres no actuaron de la misma manera que usted... Ahora estoy en una situación difícil, ni siquiera tengo casa fija, pero eso es provisional. —Se apresuró a decir.

—Sé lo que intentas informarme, si deseas puedes quedarte aquí, supongo que Branca te necesitará.

—¿En serio? ¿Puedo quedarme con ustedes? —Era la mejor propuesta que le habían hecho en mucho tiempo.

—Sí, puedes hacerlo... Siempre es bueno contar con compañía y mi hija va a necesitarte mucho.

—Prometo que seré un buen novio con Branca...

—Marido, ya no puedes solo llamarla novia.

—Sí, tiene razón, seré un buen marido. Voy a trabajar y aportaré en los gastos de la casa, así tenga que trabajar doble turno, voy hacer lo posible para que no le falte nada a ninguno.

—¿Qué grado cursas? —curioseó.

—Estoy en el último.

—Bien, solo quiero que encuentres un trabajo de medio turno, no quiero que dejes la escuela; termina la secundaria, eso es muy importante. Aquí nos arreglaremos. —Miró a su hija—. Tampoco quiero que dejes de estudiar, termina este año.

—Sí mamá, me esforzaré por sacar mejores notas.

—Mejores de las que tienes creo que es imposible, solo asegúrate de mantener el promedio sobresaliente.

Esa misma noche Alexandre se quedó en la casa de Branca, durmieron juntos por primera vez, viendo por fin una luz entre tanta oscuridad; él sabía que no iba a ser fácil, pero tenía a su lado al amor de su vida y eso le daba las fuerzas necesarias para afrontar todo lo que se le venía.

Siguieron yendo a la escuela, pero cuando ya no pudieron seguir ocultando el embarazo, la madre de ella fue a reunirse con la directora para explicarle la situación, por lo que la dejaron continuar hasta que terminara el año escolar; sin embargo, no podían evitar ser el centro de las miradas prejuiciosas de todos en la escuela. Muchas veces hicieron llorar a Branca con sus comentarios, pero él siempre estuvo a su lado para apoyarla y brindarle todo

su amor.

Mientras él se dedicaba a buscar un empleo de medio tiempo. Después de cuatro meses volvía a ver a sus padres, fue a su casa para que le firmaran el permiso para poder trabajar en una reconocida cadena de comida rápida, como su padre había pronosticado. Cuando le entregó el documento él solo firmó, no le dijo nada, no le preguntó cómo estaba, no se interesó por Branca, sencillamente no le importaba, por lo que no le contó nada.

En cambio su madre, le suplicó que regresara a casa, que ella iba a ayudarle con los gastos del bebé.

—Es una niña —informó, esa misma semana les habían dicho el sexo.

—Seguro que será hermosa —dijo sonriente—. Alexandre, puedes regresar a casa, hablaré con tu padre para que te acepte, y cuando estés aquí podremos convencerlo para que reciba a Branca con la niña.

—No mamá. —Él no iba a dejar a su mujer, no iba a separarse de ella. Si querían que regresara debían aceptar a la chica que amaba, pero bien sabía que Arlene no podría convencer a Guilherme de ello.

—Toma, sé que lo necesitas. —La madre le tendió un cheque—. Debes comprar las cosas para la niña.

Él se quedó mirando el cheque, sí que lo necesitaba, pero su orgullo no le permitió aceptarlo.

—Solo firma el permiso por favor —pidió.

Ella lo firmó sin poder evitar llorar, y aunque él no lo quisiera, le metió el cheque en el bolsillo del pantalón.

—Acéptalo por favor Alexandre, hazlo por la bebé.

—Gracias —musitó conteniendo las ganas de llorar, no por el cheque ni la actitud tan cómplice de su madre, sino porque ella lo estaba haciendo a escondidas de su padre, como si fuera un delito, porque estaba segura de que él no lo aprobaría.

Antes de marcharse, su madre le dio un gran abrazo que lo reconfortó, no tenía idea de cuánto lo necesitaba hasta ese momento; sin embargo, ante la reacción desinteresada de su padre, quien ni siquiera se despidió, se prometió nunca más volver.

A pesar de sus problemas familiares y económicos era feliz al lado de su mujer, disfrutaba hasta las lágrimas de cada momento especial vivido, estaba demasiado ilusionado y hasta soñaba con la llegada de su hija.

No quería usar el dinero de su madre, pero ya estaba pronto el nacimiento de su pequeña Luana y eran muy pocas las cosas que había conseguido

comprar con lo que ganaba, porque lo que le pagaban a la madre de Branca tan solo alcanzaba para la comida y el pago de los servicios.

Él le había comprado a Branca algunas prendas de maternidad y las vitaminas que debía tomar con los ahorros que tenía para su cámara, pero no le dijo nada a su novia porque no quería hacerla sentir mal.

Con lo que su madre le había dado pudo comprar una cuna pequeña, pañales, ropa, biberones y una bañera.

Tanto Branca como él no sabían nada de eso, pero la madre de ella siempre estaba dispuesta a ayudarlos, y esperaban con gran ilusión a Luana.

A su graduación solo lo acompañó la familia que ahora conocía, pero fue inevitable no encontrarse con sus padres, quienes acompañaban a Marcelo.

Su padre aprovechó cuando estaba solo para felicitarlo, deseándole que pudiera continuar con sus estudios; le pareció sincero en su deseo, pero le dolió que lo hiciera alejado de todos.

En cambio Arlenne sí se acercó hasta Branca y su madre.

—Eres hermosa, un placer conocerte Branca —dijo con voz melosa—. ¿Cuánto tiempo te falta?

—Gracias, el placer es mío... Muy poco, estoy en la última semana —dijo sonrojada de vergüenza.

—Se nota, aunque es pequeña la barriga.

—Sí —dijo sonriente, acariciándosela mientras Alexandre le posaba un brazo sobre los hombros.

Arlenne y Juliana se presentaron, hablaron por un rato de los planes que tenían los chicos. La madre de Alexandre le agradeció que le estuviese dando alojamiento.

—Por cierto, este es mi regalo para ti hijo, muchas felicidades —dijo tendiéndole una caja mediana, envuelta en un papel azul marino con un lazo plateado.

—Gracias mamá, no esperaba algo como esto —dijo recibiendo el obsequio, mostrándose un tanto reacio.

—Es tu regalo de grado, no lo rechaces. —Le advirtió sonriente—. ¡Mejor ábrelo! —Lo instó enérgica.

Alexandre empezó a rasgar el papel y fue descubriendo una caja, que provocó que los latidos se le aceleraran y las ganas de llorar casi incontrolables subieran a su garganta.

Era una Nikon, y no cualquier cámara, era la última versión, con un sistema de enfoque poderoso, disparos continuos. Iba leyendo las características a

medida que destapaba la caja.

Tragó varias veces las lágrimas que le hacían remolinos en la garganta, la sacó y le sintió el peso, le daba vueltas mientras se adaptaba al agarre. Era perfecta, mucho mejor que la que él pensaba comprarse.

—¡Gracias mamá! —dijo con la mirada fija en la cámara.

—¿Solo gracias?, ¿acaso no merezco un abrazo? —preguntó ella con las lágrimas al borde de los párpados.

Alexandre se abrazó fuertemente a su madre y cerró los ojos porque no quería llorar.

—Bien, bien. —Ella sorbía las lágrimas—. La batería está cargada, así que podrás empezar a hacer foto cuando quieras.

—En este instante haré la primera —dijo rompiendo el abrazo, encendió la Nikon y dio varios pasos hacia atrás—. Sonríe mamá —pidió enfocando a su madre.

—¿Qué? No, yo sola no, ven Branca, acércate; y usted también Juliana —solicitó sonriente.

Alexandre apretó el obturador e inmortalizó en esa imagen a las cuatro mujeres más especiales en su vida, su madre, su mujer, su hija y su suegra.

Dos días después Branca entró en proceso de parto y nunca antes Alexandre había sentido tanto miedo al ver cómo ella sufría; a temprana hora de la noche la llevaron al hospital, pero dijeron que todavía no estaba lista y la regresaron a casa, pero durante la madrugada los dolores en ella eran más intensos, no encontraban cómo sacarla de ahí, porque no contaban con auto, y a esa hora sería imposible encontrar un taxi; fue un vecino quien se ofreció a llevarla en su moto.

Alexandre se sintió impotente por tener que dejarla marchar sola, pero se echó a correr por los angostos callejones de la favela, subiendo y bajando escaleras, corriendo tan rápido como podía para poder llegar a la avenida y ver si encontraba un taxi para alcanzarla en el hospital.

Una vez ahí, volvieron a decirle que le faltaba dilatar, pero ya Branca no soportaba los dolores y no iba a llevársela de regreso a la favela, por lo que se enfureció y empezó a exigir que la atendieran, después de media hora de discusiones a ella la ingresaron y a él no le permitieron pasar, sabía que era en venganza porque se había puesto algo violento, pero ninguno de esos médicos podía comprender lo desesperado y asustado que estaba.

Juliana llegó con la mochila en la que guardaban las cosas para la niña y para Branca, la preocupación en sus facciones era evidente.

—¿Cómo está mi niña? ¿Por qué no estás con ella? —preguntó muy nerviosa.

—No me dejaron pasar, no me dieron explicaciones, solo me dijeron que no podía entrar —dijo acelerado.

Se quedaron sentados, esperando a que les dieran noticias; habían pasado más de tres horas y Alexandre estaba demasiado preocupado. Se levantó para ir a preguntar, y en ese momento el llanto enérgico de un bebé irrumpió en el pasillo.

—¡Esa es mi niña! Es mi niña Juliana, estoy seguro —dijo feliz caminando hacia la puerta, pero el hombre de seguridad no lo dejó pasar.

No le quedó más remedio que regresar junto a su suegra.

—No podemos estar seguros de que sea Luana, seguramente había otras mujeres en proceso de parto.

—Es mi hija, ese es su llanto, lo sé porque lo he soñado. —No podía ocultar su orgullo, y recién se daba cuenta de que había dejado la cámara.

La puerta al final del pasillo se abrió y apareció una enfermera.

—¿Los familiares de Branca Almeida?

Alexandre se levantó de la silla como un resorte.

—Soy su marido y ella su madre —dijo señalando a donde se acercaba Juliana.

—Muchas felicidades, todo salió bien... Es una niña preciosa —anunció, observando cómo la sonrisa en los parientes de la paciente se ensanchaba—. ¿Trajeron ropa para Branca y la bebé?

—Sí, aquí tiene —dijo la señora entregándole la mochila.

—¿Cuándo podré verlas? —preguntó Alexandre con el corazón latiendo desaforado.

—En un momento, cuando la pasemos a la habitación.

Tuvieron que esperar por casi una hora, y cuando por fin entró a la habitación en compañía de Juliana, solo estaba Branca, quien se notaba exhausta y pálida.

—¿Estás bien princesa? —preguntó él acercándose a ella y dándole un beso en la frente, después otro en los labios.

—Sí, adolorida y muy cansada, pero sumamente feliz —dijo sonriente, acariciándole la mejilla.

—Eres muy fuerte amor, muy fuerte. Yo no habría podido... Te admiro tanto —expresó emocionado hasta las lágrimas—. ¿Viste a Luana?

—Sí, es hermosa amor, es lo más bonito que he visto en mi vida; te vas a

enamorar cuando la veas.

—Pero si ya estoy enamorado desde hace mucho.

—Te vas a enamorar mucho más —dijo con una sonrisa que brilló a pesar de estar cansada.

—Sé que debes estar exhausta cariño. —Le dijo su madre, sujetándole la mano mientras la miraba con orgullo, sin poder contener las lágrimas de felicidad.

Cuando Alexandre vio por primera vez a su hija, la traían en un carrito vestida de blanco y rosado.

Las lágrimas se le derramaron, lloró de felicidad y de orgullo, sin poder creer que ese ser pequeñito sonrojado fuese suyo, apenas pudo cargarla unos minutos porque volvieron a llevársela, y él aprovechó para llamar a su madre.

Sabía que por la hora todavía estaba en casa, por lo que la llamó al teléfono de la residencia.

Para su molestia, fue Marcelo quien le atendió.

—Necesito hablar con mamá.

—Ella no está, ya deja de llamar —dijo molesto.

Alexandre pudo escuchar la voz de su madre preguntándole quién llamaba, pero él le dijo que estaba equivocado y colgó. No quiso volver a intentarlo, pero algo inexplicable le llevó a volver a hacerlo, y corrió con la suerte de que fuese su madre quien contestara.

—Mamá, solo te llamaba para informarte que ya nació Luana.

—¡Felicidades cariño! —dijo emocionada—. ¿Cómo están ella y Branca? —preguntó mostrando interés.

—Bien, Luana es hermosa.

—Iré a verla enseguida, ¿en qué hospital está?

—En el Couto.

—Está bien, ya mismo voy para allá.

Esa mañana su madre se apareció en el hospital con algunos regalos para Luana y lloró al verla, dijo que siempre había deseado una niña, pero también bromeó dejando claro que le costaba creer que fuese abuela.

Dos días después Branca y Luana fueron dadas de alta y se fueron a casa, donde la pequeña era el centro de atención. Alexandre, orgulloso, pasaba todo el día tomándole fotos, pero también aprendía a ser padre, a cambiar pañales, a alimentarla, a sacarle los gases, a bañarla y dormirla, pero también consolaba a Branca, cuando lloraba cada vez que le tocaba amamantarla.

CAPÍTULO 30

Los meses pasaban y la vida le sonreía a Alexandre, trabajaba duramente dos turnos para que a su mujer e hija no les faltara nada, mientras que Branca no solo se dedicaba a la niña sino también a él; lo atendía en todas las maneras en que una mujer podía atender a su marido.

Sin darse cuenta el primer año de Luana se cumplió, seguía siendo su pequeña musa, su mayor inspiración. Sabía que era momento de que Branca regresara a la escuela, así que la inscribió y tomó la decisión de renunciar a uno de sus trabajos para atender por las mañanas a la pequeña; y de tarde hasta las tres de la mañana seguiría trabajando de botones en el hotel en Copacabana.

Los fines de semanas los pasaban juntos, en familia; pero él también aprovechaba para seguir dándole vida a su pasión por la capoeira, la que había mejorado considerablemente; y debido a la técnica imitada de su suegro empezaron a llamarlo Cobra. Para Branca era un orgullo y para él un honor, un verdadero honor.

Sin decirle nada a Branca se dispuso a vender la cámara, lo hizo para comprarle los útiles escolares y el uniforme, para que ella pudiera volver a las clases que estaban a punto de iniciar, porque lo que él más deseaba era que ella cumpliera su sueño de convertirse en oceanógrafa.

Estaba trabajando su última semana en el restaurante de comida rápida, para quedarse solo con el trabajo del hotel; se sentía agotado, porque las pocas horas que tenía para dormir no podía hacerlo, debido a que Luana había cogido un resfriado y le daban constantes fiebres y procesos gripales.

Estaba por terminar su turno en el restaurante cuando recibió una llamada de Branca, lloraba desesperada, decía que la niña acababa de convulsionar y que tenía mucho miedo porque la fiebre no bajaba.

Inmediatamente dejó su puesto de trabajo y corrió a la favela subido a una moto, pero no lo llevaron muy lejos, pues se corría el rumor de que los del BOPE harían una redada esa noche, que estaban tras unos narcotraficantes, y bien sabían que cuando el grupo élite entraba a Rocinha nadie salía de sus

casas, porque las cosas se ponían muy feas.

No le quedó más que correr hasta la casa con el corazón latiendo enloquecido y el aliento quemándole la garganta, al llegar se encontró a su mujer llorando inconsolable y su niña estaba muy débil.

—Hay que llevarla al médico, voy a llevarla, no salgas de casa. —Le pidió al tiempo que tomaba a la niña y la envolvía en una manta.

—Quiero ir contigo, no puedo quedarme aquí, no quiero quedarme aquí.

En medio de la desesperación Alexandre no le discutió, solo quería llevar cuanto antes a Luana al hospital. Antes de salir, Branca le dejó una nota a su madre para que supiera que irían al médico.

Corrieron por los callejones desolados, porque todos estaban confinados en sus hogares, hasta los negocios habían cerrado.

—Date prisa, date prisa —pidió Alexandre, doblemente nervioso mientras corría con la niña en brazos.

No podía evitar estar aterrado ante la posibilidad de quedar en medio del fuego cruzado del BOPE y los narcotraficantes, porque estaba seguro de que ninguno tendría piedad de ellos.

Sintió un gran alivio cuando por fin llegaron a la avenida y pudieron subir a un taxi; aun así, estaba preocupado por la salud de su pequeña, quien no paraba de llorar y seguía con la temperatura demasiado alta.

En el hospital la llevaron directamente a urgencias, donde a los médicos les tomó por lo menos cuatro horas entre bajarle la temperatura, hacerle análisis, entregarle la receta de los medicamentos y darle el alta.

Alexandre no quiso irse a casa sin antes comprar la medicina, le pidió a Branca que lo esperara mientras iba a la farmacia del frente, no le tomó más de cinco minutos regresar.

—Ahora sí, podemos regresar —Le sujetó la mano a la niña y después le tanteó la cara para asegurarse de que estaba bien; inmediatamente Luana le pidió irse a sus brazos, por lo que Alexandre le entregó la bolsa con los frascos de medicina a Luana y cargó a su hija—. Ven con papi. —Le plantó un beso en la mejilla y empezó a acariciarle la espalda, al tiempo que caminaban hacia donde paraban los taxis.

Alexandre le pidió al chofer que los llevara hasta Rochina, esperando que los acercara lo más posible para evitar la caminata.

Durante el trayecto la bebé quedó rendida en sus brazos, Branca y él aprovecharon para conversar, ya que se sentían más calmados.

—¿Preparada para el primer día de clases? —Le preguntó sonriente,

sujetándole una mano.

—Sí, aunque estoy nerviosa, es como empezar de nuevo... Ya no estaré con mis amigas.

—Pero podrás hablar con ellas durante el recreo y harás nuevas amistades. Ya no estés nerviosa princesa, verás cómo te acostumbras rápidamente.

—Voy a extrañar horrores a mi pequeñina.

—Seguro que ella también te extrañará, pero su padre promete que la cuidará muy bien.

—¿Lo prometes?

—Lo juro, voy a cuidarla con mi vida, para que su mami pueda terminar la escuela y cumplir sus sueños.

—¿Aún sigue en pie acompañarme a navegar los océanos?

—Claro, y ahora un nuevo miembro se suma a la tripulación. —Desvió su mirada gris hacia su hija—. Es hermosa —susurró.

—Sí, está creciendo tan rápido que temo parpadear y que ya sea una adolescente. —Con la yema de su dedo índice le acarició la mejilla y miró a su marido.

Alexandre aprovechó para darle varios besos en los labios, sintiendo que el corazón se le aceleraba con cada toque, que el sentimiento por ella se desbordaba. Su princesa Branca era perfectamente hermosa.

—No podemos evitar que eso suceda, pero igual vamos a amarla, lo que no quiero pensar es en el momento que algún chico quiera conquistarla, eso indiscutiblemente va a romperme el corazón. Solo espero que no vayas a ser una madre cómplice y me oculten cosas.

—Las mujeres siempre tenemos secretos. —Sonrió con picardía.

—Branca...

Iba a decir algo más pero el taxista interrumpió.

—Hemos llegado.

—Gracias señor. —Alexandre le pagó lo que decía el taxímetro, primero bajó Branca y después lo hizo él con la niña.

Él agradeció al cielo que todo estuviese tranquilo, suponía que ya los del BOPE se habían largado o simplemente había sido una falsa alarma para intimidar a los narcotraficantes de la zona.

Alexandre llevaba a la niña en un brazo, ella descansaba la mejilla sobre su hombro, mientras que con la mano libre sujetaba la de Luana.

—¿Qué quieres para cenar? —preguntó ella al tiempo que doblaban en una esquina y empezaban a subir unas escaleras.

—Isclas de pollo.

—Vas a engordar —dijo sonriente.

—Si seguimos haciendo el amor todos los días no creo que lo haga...

En ese instante resonaron varios disparos entre los callejones, Luana despertó asustada en medio del llanto y Branca se le escapó de la mano a Alexandre, cayendo de cara al suelo. Todo pasó muy rápido, por segundos él quedó totalmente aturdido mientras su hija sollozaba con fuerza.

—Branca, Branca, Branca... —repitió una y otra vez su nombre, sin poder creer lo que estaba pasando, no conseguía consolar a su hija, ni siquiera lograba escucharla, solo un zumbido le invadía los oídos. Se acuclilló sin saber qué hacer—. Amor, amor... Branca, Branca, ¡ay Dios mío! ¡Branca, por favor mi vida! ¡Branca! —Le dio vuelta y vio sangre en el suelo, empezó a limpiarle la frente que estaba manchada y vio un agujero en la parte superior derecha de su frente; entonces empezó a llorar con desesperación—. ¡Branca! ¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor! —suplicaba en medio de gritos cargados de llanto, al tiempo que más disparos siguieron retumbando; refugió a Luana entre sus brazos y se tiró al suelo en posición fetal, tratando de proteger a su niña, sus ojos ahogados por las lágrimas que derramaba sin control se posaron en los azules de su adorada princesa que estaban fijos a la nada, mientras que de la herida de bala seguía brotando sangre.

Estaba alerta, pero también sentía que estaba muerto en vida, no paraba de llorar y no podía evitar que el dolor en su pecho amenazara con fulminarlo.

—Branca, Branca... Despierta amor, despierta. —Estiró su mano y sujetó la de ella, apretándola con las pocas fuerzas que tenía—. Branca, princesa... no me dejes..., no me dejes ¡Malditos! ¡Malditos hijos de puta! —gritó tan fuerte que sintió la garganta arder.

—Tranquilo, Tranquilo... Hay una bebé, una niña.

La voz de un hombre rasgó en el dolor de Alexandre y le quitó a Luana.

Todo parecía en cámara lenta, todo iba demasiado despacio, delante de él tres hombres vestidos de negro lo resguardaron tras sus escudos, mientras una marcha sincronizada de pasos siguió adelante.

Vio pasar a más de doce hombres hacia arriba, mientras él seguía tras los tres escudos de acero; no sabía dónde estaba Luana, no tenía idea de qué habían hecho con ella, mientras él seguía aferrado a la mano de su mujer.

—Agárralo, agárralo.

Alexandre solo escuchaba las voces ahogadas de los hombres que llevaban el rostro cubierto por pasamontañas, lentes oscuros protectores y cascos

antibalas.

—¡No! ¡Branca, no! —Se aferraba con mucha fuerza a la mano de su princesa, porque querían llevárselo; gateó hasta ella y la abrazó, se echó a llorar dolorosamente sobre su cuerpo, sin poder creerlo, no podía—. No voy a dejarla, no voy a dejarla. —Sacó fuerzas de donde no las tenía y la cargó.

—Hay que salir de aquí, ¿cómo te llamas? —preguntó un hombre del BOPE, y enseguida una nueva ráfaga de disparos los alertó.

Uno de los hombres le quitó a Branca, la cargó y se echó a correr; los otros dos lo ayudaron a ponerse en pie, y sin dejar de cubrirlo con los escudos lo obligaron a correr, dejando en el suelo los frascos rotos de la medicación de la niña.

Lo llevaron hasta uno de los reconocidos Caveirões, un camión negro blindado; en el interior estaba un hombre tratando de consolar a Luana, se había quitado el casco, los lentes y el pasamontaña, y tenía los ojos enrojecidos.

Metieron a Branca y la dejaron en el suelo; él inmediatamente se arrodilló a su lado.

—Vamos a un hospital, necesitamos ir a un hospital —exigió desesperado al ver que el maldito vehículo no avanzaba.

—Amigo, no se puede hacer nada... Lo siento, lo siento —dijo sujetándole el hombro.

—No lo sientes maldita sea, es mi Branca, mi mujer... ¡Dios mío! —Se llevó las manos a la cabeza—. Esto no puede estar pasando, ¡Branca! —Se lanzó sobre ella y empezó a besarle los cabellos que estaban empapados de sangre—. Princesa, princesa... no te mueras... Mañana tienes clases... Branca, tenemos que recorrer el mundo, ¿recuerdas? ¡Dios!

—Cálmate, mira a tu hija, ¿es tu hija? La tienes nerviosa.

—Ustedes la tienen nerviosa, ustedes me quitaron a Branca —gritó empujando al hombre que intentaba consolarlo, mientras él se ahogaba con el llanto y estaba todo manchado de sangre.

—Dale a la niña —pidió otro hombre.

Alexandre se aferró a Luana, si no hubiese sido por ella le hubiese quitado una de las armas que tenían ahí y se hubiese pegado un tiro.

—Calma mi amor, tranquila princesita. Shhh... shhh. —susurraba tratando de tranquilizar a su hija, mientras él sollozaba y fijaba su mirada en el cuerpo inerte de su amor, que empezaba a palidecer—. *Ciranda, cirandinha, vamos todos a cirandar.* —Empezó a cantarle bajito y con voz temblorosa por el

llanto a su hija, e intentaba que no viera a su madre de esa manera—. *Vamos dar a meia volta, volta e meia, vamos dar...* —Seguía meciéndola, y para él, todo a su alrededor desapareció; parecía que ni el tiempo tenía sentido, solo el cuerpo pequeño de su niña lo reconfortaba mientras seguía con las pupilas fijas en su princesa. Le habían cerrado los ojos, dejando tras sus párpados todos los sueños que no pudo cumplir.

—Amigo, ¿cómo te llamas?

—Alex... Alexandre Nascimento.

—Alexandre, debemos ir a la policía, debes brindar declaración... Estoy seguro de que los hijos de puta que te arrebataron a tu mujer lo van a pagar, seguro que mis compañeros ya los tienen.

—Solo quiero ir a casa, por favor, por mi niña, quiero ir a casa... Tengo que decirle a Juliana... Dios mío, ¿cómo le diré a Juliana?

—Te vamos a llevar, comprendo..., comprendo. Debemos esperar a que regresen mis compañeros y que nos digan si es seguro.

A Alexandre lo torturaban al tenerlo ahí, presenciando cómo la muerte abrazaba a su niña del cuento de hadas, cómo perdía el color cada vez más, se ponía rígida y la sangre pegada al rostro se le cuarteaba. Eso era inhumano, era lo más doloroso que podía soportar mientras abrazaba fuertemente a su hija, era su tabla de salvación.

Le pareció que pasó una eternidad hasta que tocaron a la calavera, dando por finalizado el operativo.

Cuando abrieron la puerta del vehículo Alexandre fijó su mirada en cinco hombres que tenían tirados en la vía de cara al suelo, siendo apuntados en la cabeza con fusiles, mientras que otro apilaba varias ametralladoras, lo suficientemente alejadas de ellos.

Eran jóvenes, estaba seguro de que ninguno pasaba los veinticinco años, pero por lo menos habían vivido más que Branca; y no tenían derecho a arrebatársela, no lo tenían.

En ese momento Alexandre no quería hacer esa pregunta que le quemaba el cerebro y el corazón, pero no pudo resistirse, su deseo era fugitivo, incontrolable, como si algo desconocido lo impulsara; en ese instante estaba aterrado y no tenía fuerzas para nada más que sostener a su hija y respirar. Así que preguntó:

—¿Fueron ellos? —Y volvió la mirada hacia el cuerpo inerte de Branca en el suelo del camión.

—Sí, fueron estos malditos —dijo uno de los de la tropa, que mantenía el

rostro cubierto y pateó en el costado derecho al que tenía más cerca—. Ratas infelices.

—¿Van a encerrarlos? —preguntó sin ningún tipo de inflexión en la voz, sintiéndose en medio de un estado de lasitud.

—Sí, posiblemente de seis a veinte años.

—¿Solo eso? ¡¿Solo eso?! —preguntó molesto—. No es justo, no es justo... Me quitaron a mi mujer para siempre, le arrebataron la madre a mi hija, que no tenía ni diecisiete años, ¿pueden comprender eso? Mi Branca tenía una vida con muchos sueños. —Sintió que el odio llenaba ese vacío que acababa de dejar la muerte de su amada. Deseaba asesinarlos con sus propias manos, quería extirparles el corazón, como lo habían hecho con él.

—¿Quieres justicia? —preguntó el que parecía estar al mando y que llevaba puesta una boina negra.

—Exijo justicia —rugió sin poder evitar que las lágrimas se le derramaran. El hombre le tiró un pasamontaña.

—Evita que tu hija mire esto —dijo al tiempo que caminaba hacia donde estaba la hilera de hombres contra el suelo, ninguno de ellos se había acobardado, solo estaban en silencio, esperando a que lo subieran al camión.

Sacó una Taurus nueve milímetros y le puso el silenciador, uno a uno fue ejecutándolos, con un disparo certero en la parte posterior de la cabeza, que tan solo sonaba como un crujido cuando la bala les perforaba el cráneo.

Alexandre no sintió ninguna compasión por ellos, no sintió nada más que la inminente necesidad de llenar el vacío que lo estaba matando.

Era primera vez que se enfrentaba a una escena tan violenta y no le impresionó para nada, porque lo único que anhelaba era que pagaran por haberle arrebatado lo más preciado en su vida.

—Es todo lo que puedo hacer por ti. —Le dijo a Alexandre y miró a sus compañeros—. Ya saben lo que tienen que hacer.

Él no dijo nada, solo mantenía el rostro de su hija cuidadosamente cubierto, para él el mundo continuaba sumido en un profundo silencio. Empezó a escuchar lejana las voces de los hombres del BOPE, mientras seguía con la mirada fija en los cuerpos inertes de los verdugos de Branca.

Lo llevaron hasta su casa, y cuando Juliana abrió la puerta, que lo miró lleno de sangre, con Luana en brazos y en compañía de los hombres vestidos de negro, adivinó lo que había pasado y se desplomó.

Esa misma madrugada tuvo que usar los ahorros que le quedaban para comprar el ataúd de su gran amor.

Su princesa de cuentos de hadas cambió sus sueños por la muerte, dejándolo totalmente vacío, destrozado; lo dejó totalmente muerto en vida.

Pasaba los días llorando, encerrado en la habitación que había compartido con su adorada Branca, empapándose de tantos recuerdos, queriendo quedarse ahí y no salir nunca más; solo deseaba hundirse en su dolor, maldiciendo la ausencia que ella había dejado. Por las noches, cuando escuchaba los tiroteos entre las bandas, metía a Luana debajo de la cama sobre una manta en el piso frío y encima del colchón ponía unas bandejas metálicas, después la dejaba ahí y salía a caminar por los callejones de la favela, buscando locamente que una bala perdida acabara con su dolor, pero no corrió con la suerte de reunirse con su princesa.

Una noche, Juliana lo descubrió buscando eso que tanto anhelaba, y le hizo comprender que debía superar ese dolor y seguir con vida por su niña, que tenía que mantenerse a flote por ella, porque era lo que Branca hubiera deseado; le hizo ver que debía buscar el consuelo que necesitaba en su hija.

Decidió no decirle nada a su familia porque no quería ver a nadie, no deseaba hablar con nadie, solo se encerró en su dolor; no quería ser merecedor de lástima, no deseaba tener que cohibirse de llorar con libertad la pérdida de su amor, porque en ese momento lo único que quería era drenar todo el dolor que sentía a través del llanto.

Por las noches, cuando despertaba de las pesadillas en las que vivía una y otra vez el instante en que esa maldita bala perforó la cabeza de su amada escuchaba a Juliana llorar en su habitación; ella también se había convertido en una especie de fantasma, que rondaba en silencio por la casa, aunque también de vez en cuando buscaba refugiarse en Luana. Estaba seguro de que ese pequeño ser era el único motivo por el que ambos seguían con vida.

Exactamente ocho días después debió volver al trabajo, donde tuvo que esconder su dolor.

Esa noche lo mandaron al bar, porque había faltado uno de los mesoneros; le tocó pasearse con bandeja en mano, ofreciendo bebidas a los turistas que se divertían. Por lo menos había momentos en los que conseguía distraerse y no pensar en que ya nunca más llegaría a casa para meterse en la cama y abrazar a su mujer, en que no volvería a besarle el cuello y robarse su aroma, razón por la cual no quería que su horario terminara.

Cuando la realidad asaltaba a su memoria, aprovechaba y pasaba las lágrimas con algún trago que se bebía a escondidas, pero siempre se aseguraba de que no fueran los suficientes para que no notaran que estaba

hecho mierda y que irrespetaba las reglas como empleado del lugar.

Le tocó atender una pareja europea recién casada, y ver las muestras de amor entre ellos solo hurgó en la herida abierta que atravesaba su corazón. Necesitaba alejarse de ahí, quería estar solo, por lo que caminó rápidamente a la barra del bar, dejó la bandeja y se fue al baño de los empleados; justo al entrar, volvió a romperse, echándose a llorar ruidosamente.

Necesitaba superar ese dolor, imploraba por un poco de consuelo. Caminó hasta su casillero y buscó su móvil, después de haberlo evitado por ocho días, le marcó a su madre.

—Alexandre hijo... ¿Sucede algo? ¿Por qué llamas a esta hora? —preguntó Arlenne al otro lado, dejándose escuchar preocupada por la inusual llamada.

—Mamá... —La voz se le rompió por el llanto—. Mamá...

—Cariño, ¿qué sucede? —preguntó sin poder evitar que los nervios se le alteraran, al tiempo que levantaba el torso y palmeaba la espalda de su esposo para que despertara.

—¿Qué pasa? —preguntó Guilherme, moviéndose aún somnoliento.

—Alex, algo le ha pasado... —dijo toda temblorosa, provocando que al hombre se le espantara el sueño de golpe—. ¿Qué sucede mi vida? Háblame por favor, cálmate un poco y háblame. —Le impresionaba mucho escucharlo llorar de esa manera que ni siquiera le permitía hablar.

—Branca mamá..., mi Branca murió y la extraño... No voy a soportarlo madre... La necesito, necesito irme con ella. —Sollozaba pegado a la pared del baño, sintiendo que las piernas no iban a mantenerlo en pie por mucho tiempo.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! Pero ¿qué sucedió mi vida? ¿Cuándo pasó? —Salió rápidamente de la cama, sin saber a dónde caminar ni qué hacer; escuchar a su hijo destrozado la descontrolaba.

—¿Qué pasó mujer? Dime qué pasó —exigió Guilherme también con los nervios lacerados.

—Branca murió —chilló Arlenne al tiempo que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puede ser, ¿cómo pasó? —preguntó el padre de Alexandre con el asombro invadiendo su mirada y su mujer no daba respuesta.

—Cariño, voy para allá. Debes decirme exactamente en qué parte de esa favela vives, debes hacerlo...

—No, no estoy en casa, estoy en el trabajo... En el Palace. —Sollozó

dejándose caer sentado en el suelo del baño y se frotaba con desesperación la cabeza, como queriendo borrar de su memoria la imagen de Branca muerta, que obstinadamente se le había fijado.

—¿En Copacabana? —preguntó, pero Alexandre solo sollozaba—. Alex, ¿es en Copacabana? —Volvió a interrogar.

—Sí, debe ser ese —intervino Guilherme.

—Chiquito, no te muevas de ahí, voy para allá. Tus papis van a estar contigo. —Le habló como cuando apenas era un niño—. Seguramente solo es una falsa noticia que te acaban de dar, solo cálmate, espera a que llegemos y vamos a ver qué pasó...

Alexandre lloró más ruidosamente, deseando que tan solo fuera una falsa noticia, pero él la vio morir, aun así, no pudo despedirse de ella, no pudo decirle por última vez cuánto la amaba. Se la quitaron tan rápido que el médico forense aseguró que no sintió dolor, porque el maldito calibre cinco puntos cincuenta y seis de la bala se la arrebató en el acto.

—Murió, murió mamá, hace ocho días..., un día como hoy... Estoy trabajando para no pensar, para no cometer una locura y dejar a Luana sola.

—¡Alex! ¡No Alex! —Le gritó desesperada, sin poder creer que su hijo hubiera pasado tanto tiempo sin avisarle lo que había pasado con su meje—. Te prohíbo que lo pienses... Te lo prohíbo, ¿entendido? —Agarró un pantalón y empezó a ponérselo sin quitarse el camión de dormir, mientras que Guilherme se cambiaba con manos temblorosas.

Sin dejar la llamada se puso una blusa, sin importarle no tener sostén; con las pantuflas corrió al estacionamiento detrás de su esposo. Subieron al auto y partieron hacia Río, dejando a Marcelo dormido.

Arlenne trataba de mantenerlo en el teléfono mientras se ahogaba con las lágrimas, no había dolor más grande para una madre que escuchar a un hijo sufrir. Todavía no podía creerlo, él se lo aseguraba y no podía creerlo, solo pensaba en esa pobre niña tan joven, y en su nieta tan pequeña.

Estacionaron frente al emblemático hotel de fachada blanca, ubicado en plena avenida Atlântica; entraron corriendo al vestíbulo, que a esa hora estaba casi desolado, y se acercaron hasta recepción.

—Buenas noches, bienvenidos a Belmond Copacabana Palace, ¿en qué podemos servirles?

—Buenas noches. —Arlenne agarró una bocanada de aire para recuperar el aliento—. Estoy buscando a Alexandre Nacimento, trabaja aquí... Soy su madre, es una emergencia —dijo casi sin respirar.

—Enseguida lo mando a buscar —dijo la recepcionista de rasgos indígenas muy estilizados y con una mirada impactante, que la hacía lucir elegante. Levantó el teléfono y marcó la extensión del restaurante, al preguntar por él, otro mesonero que lo había escuchado en el baño le informó de la situación; para ninguno de los que ahí trabajan era un secreto que el joven lo estaba pasando fatal—. Entiendo, es que lo buscan sus padres, ¿crees conveniente que los haga pasar? —preguntó la chica en voz baja—. Está bien, eso haré —dijo y colgó, al tiempo que miraba a la mujer angustiada que tenía enfrente.

La chica les indicó cómo llegar al baño de los empleados. Arlenne y Guilherme le agradecieron y se apresuraron; fue el padre quien entró primero, para evitar algún momento engorroso a su esposa, por si había otros hombres en el lugar, pero no fue mucho lo que ella pudo esperar.

Lo vieron sentado en el suelo con las piernas flexionadas, los codos sobre las rodillas y los brazos cruzados, creando un escudo para su rostro. Se vía totalmente indefenso y derrotado.

—Oh Alex, cariño. —Se acercó su madre y se acuclilló frente a él, al tiempo que le acariciaba la espalda.

Alexandre inmediatamente se abrazó a su madre e hizo más doloroso su llanto, entonces su padre también se acuclilló y le apretó el hombro, en un gesto de consuelo.

—¿Cómo pasó? ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Me la mataron mamá, me la arrebataron de los brazos... —Hipaba, sintiéndose cada vez más hundido. Estaba seguro de que no lo superaría—. Mi princesa... Me he quedado vacío.

Arlenne no pudo seguir conteniéndose y se echó a llorar, le dolía demasiado ver a su hijo así.

—¿Cómo pasó amor?

—En un enfrentamiento entre el BOPE y unos narcos. Regresábamos del hospital, la niña había tenido una fiebre muy alta... Estábamos tan cerquita de casa mamá...

—Trata de calmarte hijo —dijo el padre con la voz quebrada por las emociones.

—No es seguro donde vives, te lo había dicho cariño.... Desgraciados —chilló la mujer—. ¿Lograron atraparlos?

Alexandre movió la cabeza asintiendo, pero sabía que no podía decir lo que habían hecho los del BOPE, según el reporte, habían caído abatidos en medio del enfrentamiento.

—Pero eso no hace ninguna diferencia, porque no la tengo... y nada me la traerá de regreso.

—¿Cómo están Luna y Juliana? —Le sujetó el rostro para mirarlo a la cara —. ¿Te parece si vamos a buscar a Luana y la llevamos a casa? No es seguro que sigas ahí con la niña...

—Sí, es mejor llevarte a casa... —intervino Guilherme.

—¡No! —rugió Alexandre, sintiéndose repentinamente molesto con su padre, porque cuando Branca estaba embarazada y le pidió que la aceptaran en su casa él se negó, no lo quiso ayudar; por el contrario, permitió que se fuera sin tener a dónde ir ni con qué mantenerse, y prácticamente había dejado de hablarle. Si esa propuesta se la hubiese hecho cuando él lo necesitó, Branca seguiría con vida—. No voy a ninguna parte.

—Por favor hijo, piensa en tu hija, no puedes tenerla en un lugar como ese...

—No, dije que no... No voy a dejar a Juliana sola, le quitaron a su hija, lo único que tenía en la vida... Y ahora no voy a quitarle a su nieta, que es lo único que nos mantiene vivos en este momento. No sería justo para ella ni para mi niña que la aleje de su abuela.

—Entiendo, pero Alex..., comprende que estaremos muy preocupados sabiéndote en un lugar como ese.

—Eso no les importó antes, no tiene porqué importarles ahora. No debí llamarte, no debí hacerlo...

—Somos tus padres y te queremos, entendemos por lo que estás pasando... —Habló de forma pasiva Guilherme.

—No, no lo comprenden... Tú tienes a tu mujer a tu lado, ha vivido contigo por veinte años; y yo solo tuve a Branca por dos... Dos maravillosos años de toda una vida que queríamos tener juntos. —Miró a su madre, quien también tenía los ojos ahogados en lágrimas—. ¿Cómo se supone que viva de ahora en adelante? ¿Cómo hago si mi corazón se ha ido con ella?

—Tienes a tu hija mi amor, tienes a tu niña...

—No es como tenía que ser... ¿Qué haré cuando Luana me pregunte por su mamá? ¿Cómo voy a criar a mi hija solo?

—Vas a contar con nosotros corazón, te ayudaremos a hacer de Luana una mujer maravillosa —dijo la madre acariciándole los rizos.

Guilherme salió del baño y regresó a recepción, donde pidió hablar con el jefe inmediato de su hijo; le solicitaría permiso para poder llevárselo, porque estaba seguro de que así no podría seguir trabajando.

El hombre moreno de espesas cejas y contextura delgada le concedió la autorización, consciente de que había pasado muy poco tiempo desde que Nascimento había enviudado.

Los padres de Alexandre jamás imaginaron que su hijo viviera en un lugar tan humilde, ni en una zona que parecía ser tan peligrosa; todavía era de madrugada cuando llegaron a la casa y se encontraron a Juliana sentada en una mecedora, abrazada a una foto de su hija mientras lloraba.

La mujer se mostró sorprendida, evidentemente no esperaba la llegada de Alexandre a esa hora, mucho menos en compañía de los padres; inevitablemente empezó a sentirse aterrada al suponer que estaban ahí porque venían por Luana.

—Juliana, ven... Dame esto —pidió Alexandre quitándole con cuidado la foto y evitó mirarla, para no seguir lastimándose—. ¿Qué haces despierta a esta hora? Deberías estar descansando. —Le hablaba con ternura, mostrándose fuerte delante de ella.

—No puedo dormir, no puedo —dijo mirándolo a los ojos para que la comprendiera.

—Buenas noches —saludó Arlenne sin saber qué horas serían. Despacio se acercó hasta ella—. Lo siento mucho Juliana, de verdad lo siento —murmuró con la garganta casi cerrada por las lágrimas.

Las dos mujeres se abrazaron y empezaron a llorar. Mientras la madre de Alexandre trataba de brindarle consuelo, otro llanto rompió en el lugar, era Luana que había despertado.

Alexandre corrió a la habitación de Juliana, donde dormiría la niña a partir de ese día, ya que empezó a trabajar; después de un par de minutos regresó con la pequeña en brazos, estaba despeinada aunque tenía una hermosa melena castaña con las puntas rubias y unos llamativos ojos grises, que estaban enrojecidos por el llanto.

A Guilherme todavía le costaba ver a su hijo como padre, suponía que en este momento no debía tener tanta responsabilidad ni dolor a cuesta, que debería estar preocupado por empezar la universidad y no tratando de encontrar fuerzas para sobrevivir.

De manera inevitable sus ojos se posaron en la niña que hipaba aferrada al padre, con sus ojitos llorosos que lo miraban con curiosidad; era la primera vez que tenía la oportunidad de verla personalmente, y realmente era mucho más bonita que en las fotos.

Él admitía que su mayor defecto era el orgullo, le costaba un mundo

vencerlo, y desde que su hijo decidió abandonar el hogar no quiso saber más de él, porque le dolía pensar que para Alexandre existieran personas más importantes que ellos.

Esa pequeña era su nieta, sangre de su sangre, y era una preciosura; no pudo evitar que sus pasos lo acercaran hasta ella.

—Hola pequeña —saludó con ternura a la niña, quien escondió el rostro en el cuello de Alexandre—. Hola Luana, soy tu abuelo —habló con ganas de cargarla. Nuevamente nacía en él el deseo de compartir con niños.

—No será fácil ganarte su confianza —comentó Alexandre y caminó hasta donde estaba sentada Juliana—. ¿Cómo te sientes?

—¿Te la llevarás? —preguntó, obviando la pregunta de su yerno y miró a su pequeña princesa.

—No, no es mi intención irme; no voy a dejarte sola, mucho menos te alejaré de Luana.

—¡Oh Dios, gracias! —Las lágrimas se le desbordaron.

—No tienes nada que agradecer. —Le enjugó las lágrimas y le entregó a la niña, que quería ir con ella.

—Necesitas descansar Juliana —comentó Arlenne mientras Guilherme trataba de disimular su recorrido visual por el precario lugar—. ¿Puedo prepararte un té? —preguntó con tono comprensivo al tiempo que le frotaba un brazo, tratando de darle consuelo.

—En el mueble de la derecha están los sobres —dijo Alexandre, posando la mirada en su madre.

Arlenne caminó a la cocina, le preparó el té y no se desentendió hasta que Juliana lo bebió todo.

Los padres de Alexandre se fueron a primera hora de la mañana, puesto que ambos debían ir a trabajar, aunque prometieron regresar; además, le dijeron que si quería podía mudarse a su casa en Niterói, que con mucho gusto aceptarían a Juliana también, pero él sabía que su suegra no se iría de ese lugar, en el que estaban sus mejores recuerdos; y él no iba a dejarla sola.

CAPÍTULO 31

Un año había transcurrido desde la muerte de Branca, pero para Alexandre y Juliana parecía que el tiempo no había pasado; él la extrañaba todos los días en todo momento, sobre todo siempre que miraba a su hija, a quien cada vez se le entendía mucho más lo que hablaba; con cada logro de su pequeña Alexandre no podía evitar llorar, porque le recordaba que Branca no estaba ahí para verla y emocionarse como él lo hacía.

Durante ese tiempo pocas veces sus padres lo habían visitado, aunque todos los días mantenían contacto telefónico.

Después de la misa en honor al alma de su amada se fue a casa con el corazón destrozado, con la ausencia de Branca latente; sabía que nunca iba a olvidarla, que ninguna otra podría enamorarle como lo hizo su princesa de cuento de hadas, ni siquiera estudiaba la posibilidad de volver a enamorarse algún día.

Llegó, se quitó el pantalón y la camisa negra que había usado para la misa, se puso unos vaqueros y una camiseta; agarró su mochila, en la que tenía el uniforme que Juliana le había planchado y se despidió de su hija en medio de besos, muchos besos.

Se marchó al trabajo no sin antes recordarle a su suegra que lo llamara si surgía algún inconveniente.

Estuvo toda la jornada laboral pensando en Branca, rememorando sus mejores años, anhelando tener el poder de retroceder el tiempo y cambiar su maldita realidad.

Sabía que a las tres de la mañana no era seguro andar por la favela, pero ya llevaba dos años transitando las calles de Rocinha por la madrugada, suponía que muchos ya lo conocían de las rodas y por eso se había salvado de algún robo.

Sacó las llaves del bolsillo del vaquero y antes de abrir la puerta escuchó a Luana llorando. No pudo evitar extrañarse, porque a esa hora debía estar durmiendo; se dio prisa en abrir, lanzó la mochila al sofá junto a la entrada y todo parecía estar normal.

Tocó a la puerta de la habitación de Juliana, pero no recibió respuesta de su suegra, solo escuchaba el llanto de su hija, por lo que decidió abrir.

Luana se encontraba sentada en la cama, al lado de su abuela, quien estaba inconsciente; y una vez más el alma de Alexandre cayó a sus pies. Corrió y cargó a su hija con un brazo, mientras que con la mano libre tocó a su suegra; no tenía que hacer gran esfuerzo para darse cuenta de que había muerto y que llevaba varias horas así, porque ya estaba algo rígida y tenía las manos y los labios morados.

Abrazado a su hija volvió a sollozar, pensando que la maldición de perder a alguien querido se repetiría cada año.

Salió a la sala y trató de calmar a su niña, lo único que se le ocurrió fue llamar a emergencias, porque no tenía la más remota idea de qué hacer; les explicó su situación y la operadora le dijo que enviaría a la policía.

Alexandre terminó la llamada y supuso que su hija había despertado porque debían cambiarle el pañal, que solo usaba para dormir; cuando se lo quitó su preocupación aumentó, porque al parecer estaba mal del estómago. Mientras la bañaba no podía evitar llorar, de nada servía querer hacerse el fuerte.

Cuando la policía llegó, estaba sentado en el sofá con su hija en brazos; por lo menos ella se había quedado dormida.

Un grupo de agentes de la policía, tras inspeccionar el lugar y hacerle algunas preguntas dieron su informe a la Secretaría de Salud. A su juicio, era un caso de muerte natural.

Una vez que se llevaron el cuerpo de Juliana, sabía que tenía por delante algunos trámites que hacer para poder cumplir con el entierro, y no podía llevar a Luana a todas partes, así que preparó un maletín con algunas de las cosas de la niña, y se fue, dejando la casa cerrada.

En la avenida subió a un taxi y le pidió que lo llevara a Niterói, a la casa de sus padres, porque no sabía a dónde más ir.

Imaginaba que Juliana no iba a soportar por mucho tiempo la muerte de Branca, nunca logró superarlo, y temía que a él le pasara lo mismo, porque no quería dejar a su hija sola.

Después de tres años volvía a estar frente a la casa de sus padres, la que durante mucho tiempo consideró su hogar. Volvía totalmente derrotado y con el corazón destrozado, sin duda alguna no era ni la sombra de aquel chico que se marchó. La vida le había cambiado completamente, jamás volvería a ser el mismo, ya no podría regresar a la época en que había imaginado cómo iba a ser su futuro junto a la mujer que amaba; el destino le hizo trampas y le jodió

todo.

De repente sintió como si el corazón se le detuviera y la garganta se le cerró como si alguien estuviera estrangulándolo hasta que la boca se le secó; seguramente era lo que pasaba en un organismo si se aguantaba por tanto tiempo las ganas de llorar.

Se armó de valor y tocó al intercomunicador, después de tres tonos respondió su padre, con la voz espesa por el sueño.

—Papá, ¿puedes abrirme el portón? —dijo con un gran nudo de lágrimas en la garganta que casi le impedía hablar.

—¿Alexandre? —Guilherme no pudo ocultar el asombro en su voz y le tomó varios segundos reaccionar—. Sí, enseguida hijo. —Presionó el botón para concederle el paso—. ¿Sucede algo?

—Ahora te cuento. —Finalizó la comunicación y entró a la propiedad, caminando por el sendero de lajas en medio del jardín delantero con el césped verde y brillante, perfectamente podado, al que su madre le invertía mucho tiempo y dinero.

Guilherme apareció en la puerta principal, con el pijama todavía puesto y con el semblante preocupado, detrás de él hizo acto de presencia su madre.

—Hijo, ¿qué haces aquí tan temprano? ¿Pasó algo? —preguntó Arlenne.

—Siento haber venido sin avisar, pero no sé a quién más recurrir; necesito que Teresa cuide a Luana por unas horas, prometo regresar a buscarla... —explicó, sintiendo que no estaba siendo lo suficientemente claro con sus padres, porque lo miraban extrañado.

—Ven, entra, déjame ayudarte con la princesa —pidió su madre, emocionada de poder cargar a su nieta—. Qué hermosa está. —Enternecida la acomodó en sus brazos con cuidado, para no despertarla; y no pasaba desapercibida a su mirada las huellas del llanto en su hijo. Suponía que estaba muy sensible porque el día anterior se había cumplido un año de la muerte de Branca.

—Debo regresar...

—Primero desayuna y descansa un poco...

—¿Qué pasó? —intervino el padre y vio cómo su hijo tensó la mandíbula y miró a otro lado, al tiempo que los ojos se le cristalizaban.

Alexandre se tragó las lágrimas y volvió a mirar a sus padres.

—Juliana murió.

—¡Santo Dios! ¿Cómo pasó?

—No lo sé, supongo que le dio un ataque al corazón. Debo regresar para

hacer todos los trámites.

—Lo siento mucho hijo —susurró su madre sintiéndose triste al saber que a Alexandre la vida le estaba dando golpes muy duros.

—Voy a llamar a la clínica, para avisar que no iremos. Tú quédate cuidando a Luana, que yo acompañaré a Alexandre a realizar todos los trámites funerarios —planteó Guilherme.

—Sí, creo que es lo mejor.

—Gracias, sé que no es su deber hacer nada de esto...

—No te preocupes hijo, lo hacemos de corazón.

—Es mejor llevar a Luana a mi habitación, no quiero que despierte, porque entonces no me dejará ir. —Al terminar de hablar se dio cuenta de que había dicho «mi habitación», sin saber realmente si seguía siendo suya.

—Sí, está bien, solo debemos cambiar las sábanas. —Le avisó y caminó en dirección a las escaleras—. Cariño, ve por ellas.

Alexandre fue al cuarto de lavado y buscó en el mueble, donde siempre Teresa las mantenía limpias, planchadas y dobladas.

Él mismo se encargó de cambiarlas mientras su madre mantenía a Luana cargada y lo miraba sorprendida ante la destreza que había adquirido en las labores del hogar.

Con cuidado pusieron a la niña sobre el colchón, pero apenas lo tocó despertó.

—Sshhh, sshh... —Alexandre se apresuró a acostarse a su lado para hacerla dormir de nuevo.

—Voy a cambiarme mientras se duerme —susurró Arlenne, cada vez más fascinada y conmovida por ver cómo su hijo se dedicaba a la niña.

Alexandre solo asintió y siguió palmeando tiernamente el trasero de su pequeña, para que volviera a rendirse. Una vez solo, recorrió con la mirada la que había sido su habitación; seguía manteniendo la misma decoración, los mismos banderines de su equipo de fútbol favorito; todo estaba tal cual lo dejó.

Sentía demasiado sueño, los párpados le pesaban y parecía que granos de arena le invadían los ojos, pero no podía dormir, porque a su memoria asaltaban las imágenes de Juliana sin vida, en su cama y Luana llorando.

Ahora que estaba en esa habitación parecía que todo lo vivido hubiese sido un sueño, un sueño con momentos hermosos e irrepetibles, pero con un final totalmente amargo.

Sin proponérselo una vez más estaba llorando, porque de todo lo bonito

que había tenido, solo le quedaba su hija, una niña que no merecía haber sufrido la pérdida de las personas más importantes para cualquier ser humano en tan poco tiempo. Luana debía crecer sin una madre y sin su abuela; y eso a él lo mortificaba.

Arlenne entró con una bandeja en la que traía un sándwich y un vaso de leche, e inevitablemente eso lo hizo sentir como de diez años.

—Toma cariño, come mientras tu padre termina de vestirse.

—Mamá, no es necesario, realmente no tengo hambre —dijo al tiempo que se sentaba.

—Pero debes desayunar, no sabes cuánto tiempo puedan demorarse. Anda mi vida, come. —Lo instó.

Alexandre sabía que su madre tenía razón, por lo que aceptó la bandeja y la puso sobre la cama; comió lentamente mientras miraba a su hija.

—En el maletín que dejé en el sofá hay algunas cosas de ella, hay pañales y ropa... Creo que tiene diarrea...

—No te preocupes, sé perfectamente cómo cuidar de una niña, lo hice con dos, y al mismo tiempo Además.

Tras todo el engorroso proceso de los servicios fúnebres de Juliana, Alexandre decidió volver a vivir con sus padres; tuvo que doblegar su orgullo, por Luana, pues sabía que sería muy difícil encontrar a alguien que quisiera cuidarla en el horario laboral que él tenía.

En dos semanas consiguió alquilar la casa de su suegra, y los ingresos que obtenía los ahorra para su hija.

A pesar de volver a vivir en la misma casa que Marcelo, no se dirigían la palabra, aunque eran pocas las veces que se veían, porque por la mañana uno estaba en la universidad y por la tarde el otro trabajaba.

Con los meses, sus padres lo instaron a que retomara los estudios, realmente no quería hacerlo, pero sabía que necesitaba formarse un futuro para poder darle una buena formación a Luana, porque con su sueldo de botones nunca podría cubrir todos los gastos.

No permitía que sus padres gastaran en su hija, porque esa era su responsabilidad; suficiente tenían con tenerlos en casa.

No podía evitar dejar su pasión de lado, después de la universidad iba tres veces por semana a Rocinha, para formar parte de alguna roda, y porque sabía que olvidar por completo esa favela era olvidarse de su amada Branca y de su suegra.

Muchas veces se sentaba en las escaleras que estaban antes de llegar a la casa en la que había vivido con el amor de su vida y se quedaba mirando, imaginando que en algún momento ella le abriría la puerta y estaría sonriéndole.

Dos años después y mucho antes de graduarse Marcelo se fue de casa, se mudó a Río, donde alquiló un apartamento; desde ese momento, poco a poco empezó a desentenderse de la familia, se dio a la tarea de hacer su propia vida, aunque los visitaba dos veces por mes.

Alexandre constantemente pensaba que su hermano no había perdonado a sus padres por haberlo aceptado de vuelta en casa, mucho menos con una hija; sin embargo, sabía que Marcelo y Luana se llevaban muy bien. Ella hablaba con mucho cariño y amor de su «tío Marce», decía que era el mejor tío del mundo, algo que él no había podido comprobar, porque nunca vio sus muestras de cariño; aun así, se moría de celos, y cada vez que podía se encerraba con su pequeña en la habitación, para que esta no tuviera oportunidad de compartir con su «tío». Todo porque verdaderamente le aterraba perder el amor de su hija.

Fue inevitable que Luana no extrañara a Marcelo cuando se fue de casa, siempre preguntaba por él, lloraba esperando a que llegara, pero Arlenne se encargaba de menguar la tristeza de la consentida de la casa al llamarlo y ponerlo a hablar con ella.

Para Alexandre los años empezaron a pasar demasiado rápido, cuando Luana empezó la escuela parecía que todo iba más deprisa; sin embargo, una parte de él estaba detenida en el tiempo. Todavía le costaba creer que Branca no estuviera a su lado, seguía manteniendo muy vívido su recuerdo, en su habitación admiraba la pared que había llenado con todas las fotos de ella, y constantemente le hablaba a su hija de la madre.

En su corazón no había cabida para el amor, se negaba a la posibilidad de encontrar a otra mujer y entregarle sus sentimientos. Sí, tenía algunos encuentros sexuales, a los que recurría solo por cubrir esa primitiva necesidad, pero nada más.

Estudió fotografía, cómo tanto había anhelado, pero su sueño de ser un corresponsal de National Geographic era cada vez más inalcanzable, porque de él dependía una hermosura de siete años, que cada vez lo hacía sentir más orgulloso.

Así que de muy poco le sirvió ser un fotógrafo profesional y especializado en paisajismo, porque sus labores solo se limitaban a algunos eventos como

bodas, bautizos y cumpleaños.

Lo más importante que consiguió fue ser uno de los corresponsales fotográficos de Brahma, para cubrir el carnaval, y lo enviaron al sambódromo.

Ocho años después de la muerte de Branca, en ese carnaval, se atravesó en su lente una chica que provocó que sus latidos volvieran a tener sentido.

Una nueva ilusión afloró en su pecho y se instaló en su cuerpo; cada año se intensificaba, casi no podía contener sus sentimientos, pero tampoco podía dejarlos fluir, porque sabía que no era correcto sentir tanta intensidad por una jovencita doce años menor que él.

Sabía perfectamente que sus sentimientos jamás serían correspondidos, sin embargo, no era imposible que su mente le jugara sucio y lo llevara a imaginar todas las formas en las cuales podría entregarle sus emociones.

Rápidamente y gracias a las fotos que tomó y entregó a la revista para reseñar el evento supo su identidad, llevándose la amarga sorpresa de que sus sueños estaban a años luz de poder realizarse; no solo por la abismal diferencia de edad y de clases sociales, sino por los miles de kilómetros que los separaban.

Ella vivía en Nueva York, mientras él luchaba día a día por criar a una hija de la mejor manera posible. Con el tiempo, la fotografía ya no le proporcionaba los suficientes ingresos para cubrir los gastos de Luana, por lo que tuvo que recurrir a sus habilidades sexuales para sacar dinero extra; hasta que un día su padre, en medio de una conversación, le informó que un amigo que tenía en la policía podía ayudarlo, así que fue a verle; pero cuando le dijo que solo había estudiado fotografía y que no quería ser policía porque no podía poner en riesgo su vida, debido a que tenía una hija que dependía de él, solo le dieron la opción de hacer alguna especialización en fotografía forense.

La sola idea le dio escalofríos, lo último que deseaba era tener que relacionarse con la muerte, porque era un recordatorio constante de que se había llevado a lo que más había amado, pero debía vencer ese temor, por su pequeña. Así que hizo una especialización en esa área tan lúgubre de la fotografía, y al retomar los estudios descubrió que encontraba en ellos una salida a sus preocupaciones, por lo que apenas la terminó empezó a trabajar con la policía e inició la licenciatura en Criminología y Criminalística, pero no con la intención de aspirar a algo más, sino porque deseaba comprender más el ámbito en el que se desenvolvía.

Estaba por graduarse cuando decidió que su próxima carrera sería Sistemas Policiales de Información e Inteligencia Computarizada. Mientras

estudiaba, hizo un gran amigo, que le enseñó a *hackear* ciertos programas de seguridad nacional e internacional para obtener información confidencial; eso para él fue un golpe de adrenalina, por lo que se hizo totalmente diestro en esa ilícita tarea.

Sin embargo, no era más que curiosidad, estudiaba con la única intención de cargarse de ocupaciones y no tener tiempo para pensar en tonterías; sabía que su trabajo y estudios le demandaban tiempo y que prácticamente no le quedaba para compartir con Luana. Secretamente también se sentía culpable por eso y lo mataba no tener la capacidad de expresarle su amor como era debido, no poder hacerle ver que era todo para él, la razón de su existir.

Con quince años su hija era la única que le había regalado los mejores momentos, se le hinchaba el pecho de emoción al verla tan hermosa, cada vez más parecida a su madre; pero también fue la portadora de la más grande desilusión cuando le dijo que se había embarazado. No quería que ella tuviera el mismo futuro que él, deseaba lo mejor para su pequeña, y un hijo a esa edad definitivamente no lo era, aunque paradójicamente ella fuese lo mejor que le había pasado a él cuando apenas era un chico.

No quería que se repitiera la historia suya y de Branca con Luana, por lo que la molestia y decepción solo le duraron un par de días; después, como un perro con el rabo entre las piernas y llorando le pidió perdón por no haberla apoyado desde el mismo instante. Le juró que siempre contaría con él, que no debía preocuparse por nada; y así fue cómo conoció otra etapa del amor, al ver cómo mes a mes el cuerpo de su niña bonita se transformaba para dar vida.

Decir lo que se sentía convertirse en abuelo a los treinta y tres, cuando la mayoría apenas se decidía a formar una familia era imposible; volvía a sentirse un adolescente desorientado, pero sin duda, se enamoró de su nieto nada más tenerlo en sus brazos, y lo vio como otra razón para ser feliz y dejar de lado tanta amargura.

CAPÍTULO 32

Elizabeth vio pasar a Alexandre por todo tipo de emociones, desde alegría, odio, melancolía hasta amor incondicional. Lo tenía buscando refugio en su pecho mientras lo abrazaba con fuerza, jamás pensó que ese guerrero había luchado batallas tan difíciles, ahora comprendía muchas cosas.

Sobre todo, esa mezcla de pavor y rabia cuando la rescató de la lluvia de balas que iniciaron los hombres de Caio en la favela. Para Alexandre era revivir sus peores temores, reencontrarse con el peor momento de su vida. Si ella tuviera la posibilidad de revivir a Branca lo haría, sin importar cuánto le doliera tener que renunciar a su amor, pero sabía que era imposible.

—La vida no ha sido justa contigo —dijo levantándole la cabeza para que la mirara a los ojos, aunque viera que también los suyos estaban enrojecidos por haber llorado juntos—. No puedo pretender que olvides a Branca, sé que ella irá contigo a donde vayas, hasta que mueras, pero me esforzaré cada día, cada minuto para devolverte los sueños, la felicidad; no quiero cambiar tu corazón, solo repararlo, y lo haré con infinito amor... Te haré reír, te daré más hijos y construiremos juntos una familia, si así lo quieres; y siempre, siempre respetaré a esa mujer que por primera vez te hizo sentir eso tan inmenso y maravilloso que tú me has hecho sentir a mí —prometió limpiándole con los pulgares las lágrimas. En ese momento lo sentía tan indefenso como un pajarito con las alas rotas.

—Esto no se lo había contado a nadie. —Se excusó, tratando de sacar a flote al hombre aguerrido y esconder al sentimental.

—Puedes confiar totalmente en mí, nadie más lo sabrá... —Se acercó y le dio un beso en la frente, donde pudo sentir los surcos de las arrugas en sus labios.

Alexandre se sentía impresionado al darse cuenta de que Elizabeth había tomado el asunto con mucha madurez, no parecía la chica mimada de minutos atrás, a la que tuvo que darle una buena nalgada.

Elizabeth no iba a comentarlo, pero no le fue difícil llegar a la conclusión

de que Marcelo también se había enamorado de Branca, lo suyo eran celos por la chica y no hacia él por tener novia; sin embargo, no sería ella quien se lo hiciera ver.

—Sí quiero —confesó mirándola nuevamente a los ojos.

—¿Qué cosa? —preguntó sonriente pero desorientada.

—Formar una familia contigo, hijos... Me gustaría tener los suficientes para armar una roda... Sobre todo, no quiero cometer con ellos los mismos errores que con Luana.

—Estás a tiempo de hacerle saber cuánto la amas, antes de que empieces a embarazarme cada año por una década; y también estás a tiempo de cumplir tu sueño de ser fotógrafo paisajista y viajar por el mundo en busca de las mejores postales —dijo sonriente mientras él le acariciaba la frente y se perdía en su mirada. Ese mágico momento fue interrumpido por el teléfono de Alexandre al vibrarle en el bolsillo. Solo esperaba que no fuese trabajo.

Al sacarlo vio que era Luana, y miró una vez más a Elizabeth.

—Contéstale, no la hagas esperar.

Así que atendió la llamada, al tiempo que envolvía con uno de sus brazos los hombros de Elizabeth y la pegaba a su cuerpo. Ella se quedó muy quieta, escuchando los acelerados latidos del corazón de ese hombre.

—Hola cariño —saludó y carraspeó al percatarse de que su voz estaba ronca.

—¿Está todo bien papá? Te preparé la cena —comentó, porque la forma en la que se había ido su padre detrás de aquella chica la había dejado muy preocupada; sin embargo, decidió esperar el tiempo prudente para llamarlo, pues lo menos que deseaba era molestarlo—. Sí vendrás, ¿cierto?

—Todo está bien, gracias cariño, no era necesario; prometí llevarlos al Rodízio a comer pizza. —Elizabeth sonrió, al parecer esa era su comida predilecta—. En unos minutos estaré en casa.

—Quise hacer algo especial, supongo que siempre te alimentas con comida preparada en la calle. Ya mañana saldremos.

—No lo supones —confesó sonriente—. Si tienes mucha hambre puedes empezar sin mí, pero si decides esperar, en diez minutos estaré contigo.

—Te esperaré —dijo y terminó la llamada. Aprovecharía que Jonas estaba entretenido con la televisión y que su padre no llegaba para poner un poco de orden en el lugar.

Alexandre regresó su teléfono al bolsillo, sintiéndose incómodo ante la mirada radiante de Elizabeth.

—Disculpa, es que los traje a pasar el fin de semana conmigo; sentí la necesidad de tenerlos cerca, no ha sido una semana fácil en el trabajo.

—Imagino, he visto las noticias con lo de Vidal y todos esos niños... —respondió con la voz turbada por las emociones que provocaba todo eso, sobre todo pensar que estuvo a punto de llevarse a Violet.

—Me fue imposible que todo eso no me perturbara, apenas salí del trabajo fui por mi hija y mi nieto para estar con ellos, para asegurarme de que estaban bien... Después de mucho tiempo he vuelto a tener pesadillas con las fotografías, los niños me pedían ayuda...

—Está bien, no te perturbes más, todo está bien —interrumpió para calmarlo, aunque realmente parecía de acero.

—Quiero pedirte permiso para algo.

—¿Para qué?

—Voy a entregar tu fotografía con la amenaza, eso servirá como evidencia para hundir más al maldito —dijo con rencor.

—¡No! —Se exaltó—. No puedes hacer eso, no puedes.

—¿Por qué no? Entre más evidencias más podremos hundirlo. Lo haré anónimamente si lo deseas.

—Jamás será anónimo, es una foto mía por si no lo recuerdas —habló con ironía.

—Lo recuerdo perfectamente... Todavía está en mi poder.

—Entonces, ¿acaso no ves que si mi papá se entera de esa amenaza y de que no le dije nada va a reprenderme de por vida?... —Se prendió de los cabellos de él—. Cuando eres así de terco me provoca arrancarte los rizos.

—Está bien, voy a respetar tu decisión, pero solo porque el maldito ya está prácticamente condenado. —Le sujetó la cintura y la elevó—. Mejor vamos a cenar y después te llevaré al hotel.

—Ay no, no... Yo espero aquí a que cenes. —Miró en derredor la azotea, segura de que el lugar estaba acondicionado apropiadamente para entrenar—. Mientras, aprovecho y me ejercito —notificó al tiempo que ponía los pies en el suelo... Ufff, se me ha dormido el culo —dijo palmeándose las nalgas.

—Elizabeth, vamos a cenar, de ninguna manera te dejaré aquí sola.

—No tengo hambre, estoy bien. —Agarró la camiseta de él y se la plantó contra el pecho—. Mejor ponte esto.

—Aunque no tengas apetito irás conmigo.

—Alex, por favor —chilló su súplica.

—¿Estás nerviosa? —preguntó lo que era evidente.

—No estoy preparada para ver a tu hija. Mira..., estoy hecha un desastre.

—Eso no es problema, date vuelta. —Le pidió al tiempo que la hacía volver—. Quédate quieta.

—¿Qué piensas hacer? —interrogó mirándolo por encima del hombro.

—Quieta. —Le sugirió y le volvió la cabeza al frente, entonces empezó a trenzarle el cabello.

—¿Qué haces? —preguntó en medio de una carcajada por la sorpresa.

—Haciendo polvo tus excusas, dijiste que tu apariencia no estaba bien para cenar conmigo.

—No sabía que podías hacer esto.

—Tengo una hija, así que no te sorprendas; se me da muy bien hacer estas cosas y muchas más, como pintarte las uñas, por ejemplo.

—Alex, el problema no está en cenar contigo, sino en ver a tu hija, no estoy preparada, temo lo que pueda pensar de mí. —Realmente estaba preocupada pero también enternecida al ver cómo le tejía el pelo.

—Luana es una chica muy madura, fue criada entre adultos; va a comprender, no te preocupes.

—Si tú lo dices, pero no quiero que mi presencia sea motivo de incomodidad. Si ella no se siente bien regresaré aquí arriba.

En ese momento la hizo volver, como si fuera una muñeca; se quedó mirándola, agarró la camiseta, mojó con saliva un pedazo y empezó a frotarle la frente.

—¿Qué haces? —dijo con aversión—. Ya deja, no lo hagas, es desagradable —pidió entre divertida y asqueada por lo que estaba haciendo.

—Ahora sí, te ves perfecta. Déjame ver la herida, aunque estoy seguro de que es mínima, porque salió muy poca sangre. Solo a ti se te ocurre cruzar la calle sin mirar...

—¿Qué querías que hiciera?

—Esperarme y aclarar las cosas sin tanto drama —comentó, observando que efectivamente la abertura era mínima.

—No es mi culpa, tuve una percepción errada de lo que vi, que de ser cierta, ¿cómo querías que reaccionara?

—Está bien, pero no quiero retomar esa discusión... —solicitó mientras se ponía la camiseta.

—Yo tampoco, aunque tendrás que acostumbrarte, porque puedo amarte mucho pero no tolero tu terquedad, y cuando no esté de acuerdo contigo voy a defender con uñas y dientes mi opinión... —Un beso interrumpió sus palabras.

—Sshh..., ya deja de parlotear.

—Si vas a callarme de esta manera no conseguirás que mantenga la boca cerrada por mucho tiempo. —Se mordió el labio, saboreando todavía el beso.

—Estoy dispuesto a discutir contigo lo que me resta de vida, porque eso es mejor que estar sin ti; aunque tenga que callarte algunas veces. —Le pasó las manos por encima de los hombros y la llevó de regreso al ascensor.

Elizabeth estaba a punto de vomitar el corazón, y con cada piso que el ascensor descendía su agonía iba en aumento; nunca se imaginó en una situación como esa, tan aterrada por la opinión que pudiera formarse de ella una adolescente, en la que ni siquiera le había dado tiempo de reparar.

Justo en frente de la puerta del apartamento sus pies se clavaron, no quería avanzar ni un milímetro más.

—¿Qué pasa?

—Tengo miedo —confesó tragando grueso.

—Luana es solo una chica.

—Fui adolescente Alex, sé perfectamente que se puede tener el veneno suficiente para hacer sentir mal a alguien cuando sencillamente no nos agrada —dijo angustiada.

—Déjame a mí, ¿sí? —pidió acariciándole el mentón con los nudillos.

—¿Qué se supone que le vamos a decir? —preguntó—. Es que siento que me estás poniendo en un paredón con los ojos vendados.

—Le voy a decir que eres mi novia, mi mujer... ¿Cómo prefieres? —pidió su opinión.

—Novia, creo que es menos íntimo, por ahora —recalcó, posándole una mano sobre el pecho.

—Como quieras, pero a mi hija no tiene porqué interesarle mi intimidad.

—Está bien. —Rodó los ojos e inhaló profundamente al ver que Alexandre estiraba la mano para abrir la puerta. Pero antes de que pudiera ceder, se la detuvo—. Espera, espera —pidió una vez más y los nervios la llevaron a carcajearse de esa manera que podría ser escuchada en todo el piso.

Alexandre no pudo evitar reír al ver la reacción provocada por los nervios en ella.

—Respira, respira. —Le pedía entre risas, él tampoco podía ya contenerse, ella lo había contagiado.

Elizabeth trataba de respirar, pero las carcajadas no se lo permitían y se sentía también estúpida.

Se sorprendieron cuando la puerta se abrió y en el umbral apareció Luana,

con cierto aire de confusión en sus facciones; pero al ver a su padre feliz y reír de esa manera, como muy pocas veces lo hacía, una sonrisa nerviosa afloró en ella.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó confusa y sonriente con la mirada puesta en Elizabeth. Asomó la cabeza en el pasillo, como buscando algo, y volvió a mirar a Elizabeth.

—Elizabeth está nerviosa —habló Alexandre, llevándole la mano a la espalda y guiándola dentro del apartamento.

—Lo siento, lo siento —dijo respirando profundo y tratando de calmarse, parecía una chiquilla delante de la hija adolescente de Alexandre; era la peor vergüenza de su vida, pero también quería golpearlo por haberla expuesto.

—Espera, espera... —Luana se llevó las manos a las mejillas sonrojadas y los ojos se le pusieron brillantes, volvió a mirar al vestíbulo y hacia el ascensor, pero no había nadie; entonces regresó la mirada a la mujer que acompañaba a su padre—. ¡Ay por Dios! ¡Eres Elizabeth Garnett! ¡La modelo! —gritó con júbilo—. ¡No lo puedo creer! —Miró a Alexandre—. ¿Dónde están las cámaras? —interrogó sin poder cerrar la boca—. Papá, ¿por qué no me dijiste que me habías preparado esta sorpresa? ¡Qué vergüenza! ¡Estoy impresentable!

Elizabeth inmediatamente se calmó, los nervios se le fueron de golpe; y Alexandre miraba a Luana totalmente confundido, no entendía nada pero sí se daba cuenta de lo poco que conocía a su hija.

—Eres mucho más linda en persona, cuando te vi hace un rato pensé que solo eras muy parecida o que... ¡Ay, no sé qué estoy diciendo! —Los nervios casi no le dejaban coordinar sus palabras—. Papá, ¿dónde están las cámaras?

—¿Qué cámaras? —preguntó rascándose la nuca con el desconcierto en aumento.

—La del programa «conoce a tu estrella» —respondió pletórica—. Eres Elizabeth Garnett, ¿cierto?

—Sí, hola...

—¿Puedo abrazarte? ¿Puedo tomarme una foto contigo? —pidió casi sin respirar.

—Sí, claro, por supuesto —respondió sin salir de su turbación.

—¡Mis amigas no me lo van a creer!... —chilló emocionadísima.

—Alex, papá... rápido, tómame una foto. —Le exigió, ya que la emoción no la dejaba ver lo que realmente estaba haciendo la modelo ahí, solo no quería perder la oportunidad.

—Luana, espera... —intervino él, no quería que su hija incomodara a Elizabeth. Apenas se enteraba de que Luana admiraba a la mujer que amaba.

—Está bien Alex. Anda, tómanos la foto. —Lo instó Elizabeth, más acostumbrada a ese tipo de situaciones, pero tampoco dejaba de estar sorprendida. Suponía que eso haría las cosas más fáciles, y cuando Luana la abrazó la sintió temblar, entonces ella también empezó a hacerlo.

—¡Papi! ¡Papi! —El niño lo llamó desde el sofá donde estaba sentado.

—Un momento Jonas —dijo mientras tomaba la foto, capturando en ese instante la sorpresa en los ojos de Elizabeth, por cómo lo había llamado el niño.

Caminó hasta donde estaban las dos chicas y le ofreció el teléfono a Luana.

—Mira si te gusta. —Después se acercó a Elizabeth y le dio un beso en la frente para después susurrarle—. Creo que nos han sorprendido.

—¿Lo sabías? —preguntó casi sin voz.

—Te juro que no. Y te aseguro que es mi nieto, pero me llama como lo hace su madre.

Luana se quedó mirando anonadada el grado de intimidad entre su padre y su admirada modelo.

—¿Ustedes tienen algo? —preguntó con la quijada casi al suelo—. ¿O estoy delirando?

—Es mi novia —respondió Alexandre, regalándole una caricia a Elizabeth en la mejilla.

—¡Qué! ¡No! ¡¿En serio?! No puede ser... Ya papi, en serio, deja las bromas. —En realidad no lo podía creer, Elizabeth Garnett era una súper modelo, que con solo veintitrés años ya tenía una gran fortuna, y era miembro de una de las mejores familias de Brasil, hija de la mejor diseñadora del mundo y del Fiscal General de Nueva York. Y su padre, bueno, solo era su padre. Pero ¿cómo había pasado eso?

Elizabeth debía estar loca, con tantos jóvenes atractivos y millonarios queriendo besar el suelo que pisaba, ella se metía de novia con su padre. Su padre, quien no tenía más que deudas. Eso debía ser una broma; además, hasta donde sabía, era novia del perfecto y hermoso Luck.

—Es cierto —intervino Elizabeth sonriéndole y con los nervios atacando cada fibra de su cuerpo—. Tu papá y yo somos novios.

Luana inmediatamente hizo un gesto de rechazo, sencillamente no podía creerlo.

—No lo entiendo, ¿cómo pasó? ¿Dónde se conocieron?

—Luana, todas esas dudas te las vamos a responder poco a poco, ahora deja a Elizabeth, que la tienes nerviosa. —Le pidió Alexandre caminando al sofá y se sentó al lado de su nieto.

—Oh no, no... Estoy bien —dijo sonriente—. Puedo explicarlo, no me incomoda... —Avanzó y retando a sus nervios sujetó a la chica por el codo para guiarla a la pequeña sala—. Tu padre y yo nos conocimos en una roda, hace unos meses.

—Sí, Alex... Digo, papá, es muy buen capoeirista, y sé que tú también lo eres... En serio, luces mucho más linda y alta en persona.

—Gracias. —Elizabeth sabía que estaba sonrojada desde la punta de los pies hasta el último cabello.

Luana se moría por preguntarle por Luck, por su relación; porque en la última fotografía que habían publicado de ellos hacía un par de semanas se les notaba muy enamorados.

Alexandre, sin quitar sus ojos de Elizabeth, cargó a Jonas y se fue con él a la cocina, para ver qué había preparado su hija.

—Tú también eres muy bonita —reveló admirándola, realmente era hermosa, el color del pelo era rubio oscuro con algunos mechones cobrizos, que por experiencia sabía eran naturales; los ojos eran grandes y expresivos, de un azul casi gris, enmarcados en una espesa hilera de pestañas negras, realmente envidiables, pómulos altos, nariz respingada y boca pequeña de labios gruesos, con un cutis perfectamente parejo.

Imaginó que la madre había sido hermosa y Alexandre demasiado modesto al describirla.

—Gracias, de verdad te admiro, mi mayor sueño es ser como tú. Quiero ser modelo... —comentó invitándola a sentarse en el sofá, pues no había otro lugar donde hacerlo.

—¿Y por qué no lo eres? —preguntó sentándose.

Ella sonrió tímidamente y desvió la mirada hacia su padre y su hijo.

—No es fácil, tengo que esperar un tiempo. Mis planes se han pausado —dijo con un poco de tristeza, pero rápidamente se llenó de entusiasmo y se acercó para poder secretarle—. Ya mi abuelo me dijo que me pagará la escuela de modelaje, pero no se lo digas a papá por favor —suplicó.

—¿No quiere que seas modelo? —comentó viviendo un déjà vu.

—No, no es eso, es que a él no le agrada que mis abuelos paguen por mis cosas; mucho menos si lo hace tío Marcelo. Sé que él quiere hacerse cargo de todos mis gastos, pero... Perdona, creo que estoy hablando mucho. —Se

detuvo al ver que su padre se acercaba.

—Es hora de cenar —anunció él, complacido y tranquilo de ver que Elizabeth y Luana se llevaban bien—. Cariño, ¿me ayudas a servir? —solicitó y ambas lo miraron a la vez—. Luana —aclaró.

La chica se levantó y caminó hasta la cocina; inevitablemente, Elizabeth volvía a sentirse nerviosa y ansiosa de ver a Alexandre y a su hija cuchicheando. Apenas podía creer todo lo que él le había confesado, intentaba asimilar que tenía una hija y un nieto, que nada era como lo había imaginado o planeado.

Alexandre no era un hombre solitario, sino que tenía una gran responsabilidad sobre los hombros; y sabía que unirse a él era asumir también esa responsabilidad. Realmente no sabía si estaba preparada para eso, empezó a sentir mucho miedo por todo lo que conllevaba amarlo, sin atreverse a pensar siquiera en lo que dirían sus padres.

Nunca aceptarían a alguien así para ella, no un hombre que cargaba con tanto peso, porque la diferencia de edad y de clase social era un problema discutible, pero una hija adolescente y un nieto bajo ningún concepto lo iban a tolerar.

Sus temores fueron interrumpidos por el sonido de su teléfono, y con manos temblorosas lo buscó; en cuanto lo halló vio que era su padre quien necesitaba comunicarse con ella.

—Mierda, olvidé llamarlo —masculló al recordar la promesa que le había hecho. Al levantar la mirada se encontró con la de Cobra—. Es mi papá, ¿puedo salir un momento? —preguntó con un intrincado nudo formándosele en la garganta.

—Sí, claro —anunció él.

Elizabeth se levantó y caminó a la salida, sintiendo que se le hacía cada vez más lejos o las piernas las tenía tan trémulas que no le permitían dar pasos largos; cuando por fin pudo estar a solas en el vestíbulo, le devolvió la llamada.

—Hola papá, estoy bien... Sí, sí, sé lo que te prometí —respondió al sutil regaño—. Disculpa que no te haya llamado antes, es que ya sabes cómo es esto... No podemos usar el teléfono en el estudio de grabación. —No sabía cómo podía inventar una mentira en ese momento, cuando en su cabeza giraban grandes preocupaciones—. Sí, nos dio tiempo para salir un rato... No, todavía siguen grabando; me escapé para llamarte. Te quiero papi... Sé que también lo haces —murmuró con muchas ganas de llorar, pero se las aguantó.

Apenas terminó la llamada se comunicó con Luck, para informarle que estaba bien y que no se preocupara, que todavía no sabía si iba a irse al hotel o pasaría la noche fuera; como era de esperarse, él terminó reprendiéndola, pero rápidamente logró convencerlo de que dejara el tema de lado y terminó la llamada.

Posiblemente lo más sensato sería irse al hotel, pensar todo con cabeza fría, conversarlo con Luck, pedir sus consejos y entonces decidir si estaba verdaderamente dispuesta a amar a Alexandre sobre todas las cosas y con todas sus responsabilidades.

Inhaló profundamente y soltó el aire con lentitud, pensó en todas las cosas que él le hacía sentir, tratando de dejar por fuera lo que recién había descubierto; algunas veces era mejor ignorar ciertas cosas para no opacar al hombre idealizado; pero definitivamente, Alexandre se alejaba cada vez más de lo que la gente común creía como perfecto. Sabía que no debía demorar mucho, así que rasguñó valor en su interior y regresó, encontrándolos a todos sentados en el sofá, con los platos servidos sobre la mesa central.

—Siento haberme tardado. —Se disculpó y no sabía quién la veía con mayor admiración, si Alexandre o su hija.

—No lo has hecho, ven aquí. —Él se levantó y le ofreció la mano, como si fuese un poderoso imán y ella un insignificante trozo de metal se dejó llevar por la inevitable fuerza de atracción.

Le costaba creer que estaba ahí con él y que debía cohibirse para no lanzarse a sus brazos. Suponía que las reconciliaciones terminaban en horas de sexo irrefrenable, pero ahí estaba, preparándose para una cena familiar.

Sonrió resignada y caminó hasta donde la esperaban.

—Ven aquí —pidió Luana emocionada, palmeando el puesto a su lado, mientras que Jonas estaba parado, aferrado a la rodilla de la madre—. Todavía no lo puedo creer.

Elizabeth se ubicó al lado de la chica y le regaló un cariñoso abrazo, estaba acostumbrada a ese tipo de deslumbramiento, aunque con Luana era especial, no solo por ser la hija del hombre que amaba, sino porque sabía que a pesar de todo, había llevado una vida solitaria. Se quedó sin madre siendo apenas una bebé; y el padre, huyendo del dolor, prácticamente la había abandonado siendo todavía una niña.

Alexandre, al ver eso sintió como si una bomba estallara dentro de su pecho; tanto, que provocó que se estremeciera y la piel se le erizara, pero se empeñó en disimularlo muy bien.

—Creo que empezarán a darme celos —mencionó, sentándose al lado de Elizabeth.

—¡Y lo que te cuesta sentirlos! —alegó Luana, consciente de todas las discusiones que habían tenido a lo largo de su vida, solo porque a él no le gustaba que pasara tanto tiempo con su tío.

—Esto se ve riquísimo —comentó Elizabeth al escuchar que Alexandre carraspeaba, suponía que no le había gustado el comentario de su hija; sin embargo, no esperaba presenciar una disputa entre padre e hija—. ¿Lo hiciste todo tú? —preguntó desviando la mirada a la chica.

—Sí, quise preparar algo especial para papá, ya que solo sobrevive de pizza y cerveza.

—Eso no es cierto. —Se defendió sonrojado, sintiéndose como un niño regañado.

—Me consta —intervino Elizabeth sonriente, viendo reflejada en Luana y Alexandre la misma relación que ella llevaba con su padre—. Gracias —dijo con una amplia sonrisa al ver que el niño le ofrecía un espárrago y le mostraba sus pequeños dientes.

Era un niño muy hermoso, era como ver a Alexandre en miniatura, con los rizos un tanto más largos y más claros, unas mejillas regordetas, que provocaba comérselas a besos; impactantes pestañas largas, muy parecidas a las de la madre; y unas cejas rubias tupidas y juntas, que le daban un aire de brabucón, pero con esos ojos grises cargados de ternura.

—Alex, creo que tendrás que comprar un comedor —dijo Luana, quien muchas veces prefería llamarlo por su nombre y no por lo que representaba para ella. A sus abuelos sí los veía como sus padres.

—Lo pensaré —comentó antes de llevarse un trozo de salmón a la boca.

—Es necesario —dijo Elizabeth, poniendo sus ojos en él, y debía admitir que le gustaba esa faceta más relajada de él, aunque se notara un tanto incómodo.

Una vez que terminaron de comer solo existían halagos para Luana, por lo deliciosa que le había quedado la comida.

Elizabeth se levantó para por primera vez lavar su plato, pero ni Alexandre ni Luana se lo permitieron, le recordaron en cada intento que era la invitada. No le quedó más que desistir, y mientras ellos lavaban los platos, ella aprovechaba para ganarse más la confianza de Jonas.

Ya tenía suficiente experiencia con niños, para eso su tío Thor le había regalado cinco primitos para practicar bastante y también para que su instinto

maternal quedara sepultado en lo más profundo de su ser; sin duda, los quintillizos eran el mejor efecto anticipativo para cualquiera.

En cuestión de minutos ya lo estaba cargando y jugando con él, arrancándole contagiosas carcajadas cantarinas, siendo admirada desde la cocina por Alexandre y Luana.

CAPÍTULO 33

Después de una leve disputa convencieron a Luana de dormir en la habitación con Jonas, porque necesitaban más comodidad, en cambio ellos, se quedarían en el sofá, donde ya estaban acostados y abrazados.

—En serio, debes crear un espacio para tu hija y tu nieto, discúlpame si soy cruelmente sincera, pero parece como si no los quisieras tener a tu lado — exteriorizó, consciente de que ese espacio estaba exclusivamente amoblado para un hombre solitario, lo que le dejaba claro que habían sido contadas las veces que los había llevado a quedarse con él.

—El trabajo no me deja tiempo para compartir con ellos tanto como quiero.

—Alex, eso no es excusa, porque sacas tiempo para la capoeira. Y tu familia debería ser tan importante como tu pasión... No tienes más ocupaciones que mi padre; sin embargo, siempre dedica por lo menos un día de la semana a compartir con sus hijos.

—No soy como tu padre...

—Siento la comparación, pero solo veo que te formas estúpidas excusas para no afrontar tu realidad —hablaba susurrante para que no la escucharan en la habitación—. Debes darte cuenta de que tienes una hija hermosa, inteligente, carismática; y que por encima de todas las cosas, te quiere... Alex.

—Le sujetó la cara para que la mirara a los ojos—. Ella no tiene la culpa de que Branca no esté a tu lado.

—Nunca la he culpado por eso, Luana ha sido la única razón de mi existencia en todos estos años.

—Pues tienes que demostrárselo, no matándote trabajando para cubrir sus gastos, sino dejándoselo saber, siendo más un padre, diciéndole que la quieres, responsabilízate por ella y no por sus cosas; pasa más tiempo con ella, hazle un espacio aquí, contigo, para que se conozcan más el uno al otro... Es imperdonable que me admirara y tú ni lo supieras, eso deja muy claro lo poco que conoces a tu hija... —dijo sonriéndole con ternura, porque no le estaba reprochando, simplemente quería ayudarle.

—No te quejes, que esa sorpresa sumó millones de puntos a tu favor. No tenía ni idea de que te conocía y admiraba... ¿Te hizo sentir nerviosa?

—Un poco, aunque ya estoy acostumbrada; sin embargo, que fuera tu hija no me lo esperaba —dijo acurrucándose más contra él y entrelazando sus piernas.

—No te pongas tan cómoda que voy a llevarte al hotel, esta noche tengo un asunto pendiente...

—Ay no, no —chilló frotándose mimosa—. Quiero quedarme contigo; además, no hemos tenido sexo... y quiero hacerlo por muchas horas. Podemos irnos al hotel si quieres y nos buscamos otra habitación —propuso con un latido lento y agónico despertando en su centro—. No tienes idea de cuánto te he deseado, tengo muchas ganas acumuladas, porque yo sí te he sido fiel.

—¿Qué estás tratando de insinuar con ese «yo sí te he sido fiel»?

—No te hagas el tonto, conozco muy bien a los hombres y sé que no pueden aguantarse las ganas.

—No he podido desahogar las ganas desde que te marchaste, estoy bien cargado para ti *minha moça*. Te darás cuenta cuando ahogue tu garganta.

—¿Y qué está esperando el señor? —preguntó picarona al tiempo que alzaba una ceja y empezó a deslizarse por el sofá hacia el sur del cuerpo masculino, mientras le desabrochaba el pantalón y fijaba su mirada en los ojos grises.

Con inusitada rapidez la respiración de Alexandre se disparó y los latidos se descontrolaron, dejándolo en evidencia el influjo contundente de su pecho. La vio morderse el labio con provocativa alevosía, por lo que llevó sus manos a sus cabellos y los empuñó, al tiempo que empujaba su pelvis hasta ella; pero justo en el momento que Elizabeth sacó su pene y lo acariciaba con la punta de la nariz, provocando que se le erizara hasta el último polvo, un estallido de alerta le devolvió la razón.

—Aquí no, sé que eres buena haciendo travesuras, pero no quiero cohibirme... Recuerda a los niños —razonó con la voz ronca y entrecortada.

Elizabeth resopló, provocando cosquillas en él, pero sabía que tenía razón, así que como una niña buena, empezó a guardar el caliente paquete tras la tela del bóxer.

—Con cuidado, lo último que espero es que me pellizques con el zíper. —Le aconsejó todo tembloroso por el deseo contenido—. Vamos a la azotea —convidó, seguro de que lo único que deseaba era sentirse abrigado por el calor de su mujer.

Elizabeth prácticamente saltó del sofá con una sonrisa triunfadora de oreja a oreja. Salieron del apartamento y en el vestíbulo Alexandre la dejó avanzar un paso, para posarse justo detrás de ella, aferrado a sus caderas, en medio de pasitos y risitas de Elizabeth, provocadas por los suaves mordiscos de él en su cuello y oreja.

Llegaron al ascensor y entraron con prisa. Ella empezó a frotar su trasero contra él mientras se metía las manos debajo del vestido y se quitaba la tanga, un gemido estalló en su garganta cuando sintió los gruesos dedos rozar sus húmedos pliegues.

Alexandre, sin ser precavido, caballeroso ni cuidadoso la pegó fuertemente contra el espejo del ascensor, donde el aliento de ella empañó su reflejo cuando jadeó y empuñó con energía la tanga que se había quitado.

El tintineo del cinturón de Cobra al desabrocharse provocaba que su humedad se hiciera cada vez más evidente y las piernas le temblaran, él empezó a subirle el vestido con una mano, mientras que la otra la mantenía en su espalda, dejándola inmóvil contra el espejo.

—Espera, espera —gimió Elizabeth en contra de sus fervientes ganas, llevando una mano hacia atrás y tratando de alejar la pelvis amenazante que quería estrellarse contra culo, pero él se resistía—. Dijiste que ibas a ahogarme la garganta y ya me hice muchas expectativas con eso. —Le recordó, dedicándole una mirada lujuriosa por encima del hombro.

—Puedo resistir hundirme ahora en tu *boceta* —ronroneó, dejando su aliento caliente en el oído de ella—, y llegar cargado a tu garganta.

Elizabeth volvió a gemir ante la excitación que serpenteaba en ella cada vez que él usaba «palabrotas» para aumentar el calor del momento.

—¿Es una promesa? —preguntó y se mordió el labio.

—Lo es —asintió, y fue ella quien terminó de alzarse el vestido, pero antes de que él pudiera hacerse espacio entre sus pliegues, las puertas se abrieron.

Alexandre rápidamente volvió a guardar tras el bóxer a su ansioso amigo, la tomó por una mano y tiró de ella, lo que menos deseaba era perder tiempo; corrieron por el pasillo y salieron a la azotea, sintiendo que el aire fresco traía un relajador aroma a lluvia.

—¿Estás seguro de que nadie viene a este lugar? —preguntó ella, volviendo a admirar el ingenioso lugar, donde sin duda alguna, Cobra mantenía ese cuerpo asesino de cordura.

—A esta hora no lo creo.

—Es mejor que te asegures de que nadie venga, no porque me moleste que

nos encuentren, sino porque van a interrumpirnos; y eso sí que despertará a la loba que llevo dentro.

Él le hizo caso, por lo que agarró una barra de acero y la puso justo debajo de la cerradura; al darse vuelta se encontró a Elizabeth quitándose el vestido.

Ante sus ojos quedó completamente desnuda, con su perfecta piel suave y bronceada sin un mínimo vello que la adornara, totalmente apetecible. De un par de zancadas estuvo con ella, con sus brazos le encerró la cintura, la pegó a su cuerpo y la elevó algunos centímetros del suelo para tenerla a su altura.

—Deseo concedido «delicia», he reducido el planeta a esta azotea; nadie más va inmiscuirse en nuestro mundo —prometió mirándola a los ojos.

Elizabeth le sonrió complacida mientras jugueteaba con los rizos en la nuca de él, sintiendo cómo sus pezones erectos se hundían en los duros pectorales.

—Voy a premiarte por eso. —Plantó sus labios sobre los de él, alargando el contacto y la presión, sintiendo cómo su erección amenazaba contra su piel, que totalmente en guardia lo esperaba ansiosa.

Se alejó del casi casto beso, pero Alexandre volvió a buscar su boca; ella estaba segura de que esta vez él se encargaría de que la humedad y los roces fueran los protagonistas del contacto; sin embargo, no se lo permitió, ella le tapó la boca, echó la cabeza hacia atrás y lo miró con los párpados entornados, en un gesto pícaro.

Cobra empezó a mover los labios, provocando que su barba pinchara en la mano de ella, hasta que consiguió liberarse; volvió a buscar el beso y Elizabeth una vez más se alejó, con gran dramatismo mordió al vacío, haciendo que sus dientes castañearan.

Elizabeth se carcajeó y después empuñó con fuerza los rizos en la nuca, tratando de dominarlo se acercó al oído y le susurró:

—Bájame *Gatão*, que tengo la boca hecha agua —confesó y tragó saliva para que no le quedaran dudas de las ganas que le tenía, sin poder evitarlo jadeó largamente cuando la respuesta de él había sido un suave mordisco, seguido de un chupón en la base de su cuello. Cómo había extrañado esa reacción y esa respiración sofocada que coordinaba sus latidos y humedades.

Cuando por fin tocó suelo se alejó un paso y clavó su mirada lujuriosa en sus ojos, Alexandre no se quedó tranquilo, estiró la mano y le pellizcó un pezón, tiró de él y después lo abofeteó con gracia. Ella nunca había sentido esa fuerte descarga eléctrica que se originó en la planta de sus pies, recorrió su espina dorsal y estalló en sus pezones.

Se estremeció y no pudo ocultarlo, así que Alexandre hizo lo mismo con su

otro pecho, y ella jadeó las ganas de llorar de puro placer que despertaba; sabía que no iba a mantenerse en pie por mucho tiempo, las extremidades estaban demasiado trémulas, por lo que ante él se arrodilló, en un acto de total entrega y sumisión; sin quitar la vista de esos ojos cargados de lujuria volvió a encargarse de sacar el pene, con el que comenzó a calentarse las manos, no tenía trabajo por delante, no había que esforzarse en absoluto para poder tenerlo despierto para ella, porque lo tenía totalmente vigoroso entre sus manos.

Ella sabía perfectamente cómo dar placer con su boca y sus manos, tenía la habilidad de poder hacerlo acabar en pocos minutos, así que haría gala y lo disfrutaría; en medio de chupadas y lamidas se encargó de quitarle los pantalones y las botas, mientras que él, de un tirón, se quitó la camiseta.

Alexandre, en contados segundos tuvo la certeza de que para Elizabeth no era la primera vez que se encontraba en una situación similar, pero él no estaba ahí para juzgarla, estaba para gozarla, así como ella estaba dándose un festín. Ambos tenían la experiencia y las armas necesarias para crear la perfección; y ya él no estaba en edad de enseñarle el camino a nadie, puesto que había andado suficientes sendas como para regresar al punto de partida.

No quería cohibirse y esperar a ganarse la confianza de poder disfrutar sin frenos, iba a amarla libremente, con intensidad, de todas las maneras posibles, porque estaba seguro de que no se escandalizaría ni lo detendría en sus avances.

Su corazón estaba a punto de reventar, sus piernas estaban a punto de fallar, sus jadeos roncros y demandantes le hacían saber que lo estaba disfrutando.

Le sostenía la cabeza y empujaba su pelvis para llegar al fondo, sentía que llenaba su garganta con su más ardorosa pasión, y el sonido viscoso de ese encuentro era el mayor detonante para seguir rígido y animado.

—Sí, sí. —Le indicaba mientras ella le chupaba con gran entusiasmo el punto más sensible de su pene, también le acariciaba con maestría los testículos y sus miradas creaban una conexión cargada de complicidad—. Eres traviesa, muy traviesa *moça* —confesaba, y ella le sonrió, antes de llevárselo nuevamente entero hasta el fondo de su garganta—. Es la mejor mamada que me han dado —halagó en medio de un gruñido de placer.

—Lo sé —respondió presuntuosa, escupió la mezcla de líquidos contra el pene y siguió moviendo con energía ambas manos, sin poder evitar que el líquido viscoso escapara entre sus dedos y se derramara sobre sus piernas—. Sé que lo estás disfrutando. —Bajó la mirada para tener su total atención a lo

que estaba haciendo y volvió a repasar con su lengua desde la unión entre los testículos y el pene hasta el glande, para luego atragantarse una vez más—. Te haré gozarlo mucho más, porque mis horizontes contigo no tienen límites, no hay nada que me detenga. —Le dejó claro y siguió animada con su tarea.

Un gruñido seguido de otro, un intenso jadeo, el vibrar enardecido en el abdomen masculino y la respiración entrecortada fueron los detonantes para la descarga que con su sabor a salitre y algo amargo inundara la boca de Elizabeth. Inmediatamente el aroma a cloro se esparció por el ambiente.

En medio del delirio de las eyaculaciones le fue imposible mantener la dirección al fondo de la garganta, por lo que ella terminó embarrada del espeso y viscoso resultado en la barbilla y el pecho.

Alexandre terminó sin fuerzas y con el pecho a punto de reventar; aun así, le ofreció ayuda para ponerla en pie y la llevó contra su pecho, mientras le limpiaba los restos de su semen.

—No quiero presionarte *Gatão*, pero tendrás que recuperarte muy pronto —anunció ella.

—Sé que necesitas liberarte, ven aquí. —La cargó, alzándola muy alto, y en medio de un grito de ella se la sentó sobre los hombros, rozándole con la nariz el vientre y con la barbilla el monte de Venus.

Elizabeth, después del susto inicial, se aferró fuertemente a los rizos y soltó una carcajada.

—Tu respiración me hace cosquillas —dijo tirando de los cabellos para alejarlo de su piel.

—Tendrás que soportarlas, porque me la voy a comer toda, voy chupártela hasta dejarte sin una gota —prometió mordisqueándole el pubis.

—Podrás dejarme como una uva pasa si es tu deseo, pero en otra posición, así no... —Volvió a carcajearse—. No, en serio Cobra... Por favor —suplicaba retorciéndose y tirando de los rizos.

Alexandre dio varios pasos y volvió a sorprenderla al dejarla caer sobre sus antebrazos, sintiendo cómo ella le impregnaba con su humedad el abdomen; sin darle aviso, la dejó sentada sobre el gran neumático de Caterpillar y le quitó las sandalias de corcho.

Arrodillado la tomó por las caderas y la haló más hacia su cuerpo, dejó que las contorneadas piernas descansaran sobre sus hombros y llevó sus manos a los de Elizabeth, los que apretó con fuerza y la empujó hacia abajo, más específicamente a su rostro; abrió su boca y sin la mínima compasión chupó con rudeza los labios tibios y palpitantes, provocando que Elizabeth se

tensara y arqueara su cuerpo como si el alma se le estuviese escapando; no le permitía alejarse ni un milímetro, porque cuando lo intentaba, imprimía más fuerza al empuje de las manos sobre sus hombros.

Inhaló profunda y ruidosamente por la nariz y volvió a abrir la boca, para después cerrarla lentamente tras la intensa caricia de su lengua, que iba más profundo entre los pliegues.

—¡Ay mi Dios! ¡Ay mi Dios! —gritaba ella, sintiendo que estaba a punto de morir de placer—. ¡Oh Dios!

—No lo llames, que ni él podrá salvarte de que te corras en mi boca. —Le advirtió Alexandre.

Toda ella temblaba y sentía que iba a asfixiarse o que estallaría en latidos.

—Espera un minuto... ¡Espera Alex!... —chilló tensando los pies—. ¡Me dará un infarto! —Sollozó de goce, y él no le daba tregua, la succionaba y lamía sin compasión.

Alexandre sabía que no moriría, que simplemente la estaba llevando más allá de los límites conocidos para ella, por lo que hacía oídos sordos y seguía.

Elizabeth sentía el orgasmo realmente poderoso avecinarse, y por alguna vergonzosa razón batallaba entre detenerlo o dejarlo fluir, para que pasara lo que pasara; pero Alexandre no le estaba dando ninguna opción de parar eso que la estaba arrasando por dentro, los espasmos nacían en su pecho y descendían hasta su vientre, donde iban acumulándose para formar lo que suponía sería una bomba atómica.

—Vamos, vamos Elizabeth... Dámelo, no te cohíbas. —Le suplicó, seguro de que ella estaba luchando contra su propia naturaleza.

Siguió serpenteando audazmente con su lengua, hasta que ella no pudo más y estalló escandalosamente acuosa en su boca. No había nada que ella pudiera hacer para que su eyaculación no le mojara la cara; y él, gustoso, saboreó y bebió parte del líquido alcalino.

Ella quedó sin aliento, sin fuerzas, casi inconsciente y temblorosa. Él se encargó de regresarla a la realidad en medio de besos y suaves mordiscos, que empezó a repartir por el abdomen perfecto, sin un gramo de grasa, por lo que fácilmente podía aferrarse con sus dientes a la piel y estirla.

Le chupó con gran ahínco los pezones, sintiendo cómo su pecho seguía agitado.

—Te doy treinta segundos, solo treinta para que estés lista —dijo limpiándole con los pulgares las lágrimas de placer que le había provocado.

—Veintinueve, veintiocho... —Empezó a contar ella, todavía agitada y

estremeciéndose ante cada beso que él le daba por cada segundo—. Veintisiete, veintiséis, veinticinco... —chilló con cada suave beso que dejaba la humedad de la barba empapada por sus fluidos.

Faltaban cinco segundos cuando él se levantó, la agarró por la cintura haciéndola volver; ella inmediatamente entendió el lenguaje de sus movimientos, y aunque todavía tenía las piernas temblorosas, apoyó los pies en el suelo y se inclinó hasta dejar sus manos sobre el neumático.

Puso los ojos en blanco y jadeó cuando él, de pie y tras ella la penetró; sus piernas se sacudieron por la falta de fuerza, pero gozó como nunca esa intromisión. De la trenza que él le había hecho prácticamente no quedaba nada, y sus cabellos se agitaban al ritmo de las embestidas de Alexandre; sus cuerpos se estrellaban ruidosamente, tanto como sus exclamaciones de placer.

A Elizabeth la sangre se le iba a la cabeza y los fluidos le chorreaban entre los muslos, sintiendo cómo él la llenaba toda y sus pliegues se inflamaban cada vez más, porque cada pequeño nervio que poseía esa zona estaba siendo estimulando; le dolían las muñecas por dejar en sus manos casi toda su fuerza, pero no tenía la voluntad para pedirle que se detuviera y la dejara a medio camino.

Pero sus piernas ya no podían más, sus rodillas se flexionaban más seguido de lo que deseaba, tampoco ayudaba mucho lo sudada que estaba, y el vapor empezaba a convertirse en su principal enemigo.

Alexandre se percató de la incomodidad en ella, por lo que salió de su cuerpo.

—No..., no Alex, sigue, sigue —imploró deseosa.

—Levántate y date la vuelta —ordenó y ella obedeció—. Siéntate.

Elizabeth así lo hizo, él se inclinó frente a ella, le sujetó las piernas y volvió a llevárselas sobre los hombros; esta vez no se arrodilló, sino que separó las piernas y flexionó las rodillas, para poder estar a la altura de la abertura que ansiosa lo invitaba. Sin perder tiempo ni ganas se adentró nuevamente, bombeando con intensidad, y de ahí no salió hasta gozar el momento e inundarla una vez más.

No había un lugar cómodo para acostarse a descansar y recarga baterías, así que a Alexandre le tocó improvisar, con sus ropas cubrió un pedazo del suelo, se sentó y le ofreció la mano.

—Ven aquí. —Le pidió, debía admitir que todavía estaba tembloroso y sin fuerzas, pero totalmente complacido.

Ella sonrió y se ubicó entre sus piernas, sentándose sobre los talones;

entonces, él la tomó por ambas manos y se dejó caer acostado, llevándosela sobre su pecho. Estaba seguro de que podía soportar cualquier incomodidad, pero su amor no, así que le ofrecía su propio cuerpo para que descansara.

Elizabeth se dejó acariciar la espalda y el pelo, mientras se miraban a los ojos y sonreían. Le encantaba demasiado ese momento en el que Alexandre, cansado, le regala sus más tiernas caricias; convirtiéndose en el hombre que justamente necesitaba, segura de que algunos minutos volvería a ser ardientemente apasionado.

En él se conjugaba perfectamente cielo e infierno, era un demonio cuando debía serlo y un ángel cuando lo necesitaba.

—Te extrañé en todo momento —confesó ella, haciendo círculos con las yemas de sus dedos sobre los vellos del pecho todavía agitado de él—. Fueron los dos meses más agónicos que me ha tocado vivir.

—Entonces no te haces la mínima idea de lo que me ha tocado soportar desde hace ocho años...

—En serio, ¿te he gustado desde hace tanto tiempo? —curioseó incrédula, pero también con el ego rozando la estratosfera.

—Te he amado, que es distinto; y lo supe en cuanto te vi.

—¿Cómo es posible? —siguió, muy interesada

—No lo sé, ni yo mismo lo entiendo... Intenté olvidarte, porque estaba seguro de que no era lo correcto, pero por más empeño que le puse, no logré sacarte de aquí. —Sujetó la mano de ella y se la llevó hasta el pecho, encima del corazón—. Fueron muchas las mujeres con las que quise borrarte, pero siempre terminaba viéndote en ellas; eres una hechicera, una pequeña hechicera.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que fue amor a primera vista?

—Estuve enamorado antes, ¿lo recuerdas?... Habían pasado ocho años desde que me quitaron a Branca, pero sabía identificar perfectamente cómo era el sentimiento que solo por ella había latido en mí.

—¿La extrañas? —preguntó apartándole los rizos de la frente, que la brisa mecía con suavidad; ya el sudor había sido erradicado y el aroma a lluvia se hacía más fuerte.

—Todo el tiempo... Constantemente me pregunto cómo habría sido si estuviera viva, si físicamente seguiría siendo tan hermosa...

—Empieza a darme celos, imagino que era más linda que yo —confesó.

—Te mostraré algunas de sus fotografías, era hermosa, tanto como tú... No dudes de mi amor ni te inquietes.

—Sé que son tonterías, pero es que veo que no hablas de ella, sino que la veneras.

—Es porque no te das cuenta de cómo lo hago contigo, desde hace ocho años eres mi inspiración, mi religión, esa fuerza que me lleva todos los días a querer ser mejor... Quiero ser ese hombre que merezcas, y te pido perdón, porque sé que estoy a una eternidad de serlo. Perdóname por no ser el hombre que tú deseas que sea, por no poder complacer todos tus gustos ni ser un hombre libre de obligaciones, por no ser más joven...

—Tonto. —Le golpeó el pecho—. Eres muy tonto Alexandre Nascimento. Me gustas tal y como eres, con todas tus obligaciones, con tus años y tu experiencia, me gusta el paquete completo. Quiero al fotógrafo y al capoeirista, al padre y al viudo. En cambio yo, sí tengo mucho que aprender, necesito cambiar mi forma de ser para poder merecerte, quizá madurar...

—Estás muy equivocada, jamás te pediría que cambies nada, me gustas incluso con tus berrinches de *patricinha* malcriada; le das a mi vida la alegría que tanto le faltaba. Sé que contigo y tu comportamiento tan chispeante podré quitarle peso a mi amargura.

—Tienes razón, jamás podría ser tan amargada como tú —dijo poniendo los ojos en blanco—. Me quitas un gran peso de encima al aceptarme justo como soy.

Alexandre sonrió, mostrándole esa dentadura que a ella le parecía tan tierna, esos dientes pequeños y parejos que lo hacían lucir como un niño; no importaba que tuviera treinta y cinco, cuando sonreía, treinta años se iban a la mierda.

—Ven aquí —pidió llevándole las manos al culo y la empujaba hacia arriba, hasta que su boca se juntó con la de ella en un beso lento y voraz, un beso interminable y demoledor del tiempo.

Elizabeth empezó a sentir las grandes gotas frías que empezaron a estrellarse contra su espalda, pero él la hacía entrar en calor y la hacía sentir tan bien con sus besos y con sus manos apretándole sin compasión el culo, que no le dio la mínima importancia a la lluvia que empezó a bañarlos.

—¿Vamos a hacerlo otra vez? —preguntó ella con los labios temblorosos por el frío y con el agua escurriéndole por todas partes, cuando sitió entre sus piernas cómo volvía a estar dispuesto.

—Eso no se pregunta. —Sonrió él, y con un ágil movimiento invirtió los papeles.

Ella quedó contra el suelo y él sobre su cuerpo curvilíneo, al tiempo que se

incorporaba le abría las piernas, y Elizabeth mansamente se dejaba, observando cómo la lluvia lo bañaba y lo hacía lucir más provocativo; estaba a punto de sentir la intromisión cuando un fuerte trueno resonó en toda la ciudad. Ella se sobresaltó y gritó, los nervios la obligaron a cerrar las piernas, a adoptar una posición fetal y a carcajearse fuertemente.

—Creo que estamos pecando más de la cuenta —dijo en medio de carcajadas que a él lo contagiaban—. Dios está furioso con nosotros y va a incendiarnos.

—Solo está celoso de que dos simples mortales lo estén pasando tan bien.

—¡No blasfemes! —dijo divertida azotándole un muslo.

—Mejor ven aquí —pidió, dejándola en la misma posición y la penetró, provocando que ella dejara de reír de golpe, porque se le atravesó un jadeo.

Elizabeth disfrutó de cada acometida, hasta que decidió tener mayor participación, por lo que lo llevó al suelo y lo cabalgó sin importar la lluvia, hasta que alcanzaron un avasallador orgasmo.

Alexandre, sentado en el suelo con ella encima la abrazó y siguieron besándose, saboreando sus salivas y la lluvia; ambos, después de que la adrenalina descendiera y la temperatura redujera empezaron a temblar.

—Será mejor que volvamos al apartamento, no quiero que termines resfriada.

—Me gustaría quedarme así para siempre Alex. —Le confesó exteriorizando sus sentimientos, abrazándose fuertemente a él y besándole el hombro, donde encontraba un poco de calor—. Me gusta todo lo que me haces sentir, me gusta estar contigo, me gusta mucho.

—También me gustaría que pudiéramos quedarnos así por siempre, pero prometo que me esforzaré por enseñarte otras maneras y otros lugares en los cuales puedo amarte con la misma intensidad... Ahora no quiero que te enfermes, vamos al apartamento.

—Está bien, iré contigo a donde quieras llevarme... —Le sujetó la cara para que la mirara a los ojos y se quedó prendida en las gotas que estaban suspendidas en sus pestañas—. Escúchame bien Alexandre, a donde vayas quiero ir, quiero estar contigo... —confesó, sorprendida consigo misma por la manera en la que ese hombre se le había metido en el cuerpo, la mente y el corazón. Él le había dicho que ella era una hechicera, pero él era un mago, su mago.

—Y te llevaré conmigo a donde sea. —Se levantó llevándola con él y caminó hasta donde caía un generoso chorro de agua proveniente de un

desagüe del techo—. Necesitarás limpiarte un poco —expresó, consciente de que haber rodado por el suelo cubierto de hule de la azotea los había dejado como pordioseros.

La dejó de pie debajo del chorro de agua.

—Ven, tú también lo necesitas. —Ese momento le recordaba a una particular escena de cuando era niña y terminó bañándose bajo la lluvia con sus padres, e igualmente aprovecharon el desagüe de una de las terrazas de la casa de su abuelo.

—Voy por la ropa, necesitamos lavarla también.

Alexandre, después de enjuagar la ropa debajo del chorro, la exprimió para sacar el exceso de agua y le ofreció a Elizabeth el vestido, el cual se puso con algo de dificultad porque la tela mojada se le pegaba a la piel, mientras que él solo se puso el pantalón.

—Vamos, en el apartamento nos cambiamos. —La sujetó por el brazo y la guio a la puerta, quitó la barra y entraron al edificio.

—Seguro que la administración te multará, estamos dejando un gran charco —comentó Elizabeth una vez dentro del ascensor.

—No lo harán, posiblemente me pasen una carta pero nada más.

Los ojos de Elizabeth se posaron en ese momento en el tatuaje de la flor de lis que él tenía en la parte interna del bíceps.

—Tu tatuaje, ¿tiene algo que ver con la capoeira? —preguntó llevada por la curiosidad de haberle visto tatuajes semejantes a Wagner y a Paulo.

—No, bueno... No que yo sepa. —Se echó un vistazo al tatuaje—. Con lo único que puedo relacionar a la flor de lis con la capoeira es con que ambas van muy ligadas a la soberanía, el honor y la lealtad; también con el equilibrio entre cuerpo y alma. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que he visto que otros capoeiristas la llevan... Entonces imaginé que mis conocimientos sobre la capoeira no son totales.

—La flor de lis es un tatuaje muy común aquí, así que no es extraño que muchos la lleven; lo que realmente importa es lo que significa para cada uno.

—¿Qué significado tiene para ti?

—Eres curiosa, muy curiosa —dijo sonriendo, y tomados de la mano salieron del ascensor. Tratando de ser silenciosos entraron al apartamento—. Espera aquí, voy por una toalla, para que después vayas al baño y te duches.

Alexandre entró en la habitación, encontrándose a su hija y nieto rendidos, estaba seguro de que esos no despertarían ni con un terremoto, pero prefería evitarlo, por lo que trato de no hacer ruido.

Regresó a la sala con toalla y una camiseta de él.

—Ve a ducharte y te pones esto.

—No quiero despertar a los niños.

—Tranquila, no lo harás. Ve, que te vas a resfriar.

—¿No quieres venir conmigo?

—Es mejor no tentar al diablo. —Le aconsejó.

Elizabeth negó sonriente, al entrar en la habitación caminó de puntillas y sonrió enternecida al ver a Luana abrazando protectoramente a Jonas.

CAPÍTULO 34

Elizabeth se ducho rápidamente, aunque quería quedarse por lo menos una hora bajo el agua caliente no podía, porque no deseaba incomodar más de la cuenta, al salir estuvo segura de que le sería imposible usar el secador, por lo que se envolvió una toalla en la cabeza y se puso la camiseta que Alexandre le había prestado; no había tiempo para pedir permiso, así que usó el cepillo de dientes de él, su hilo y enjuague bucal. Volvió a lavar el vestido, lo exprimó y lo colgó en el tendedero.

De regreso a la sala, él ya la esperaba con una humeante taza de té.

—Bébelo mientras me ducho, prometo no demorar —dijo entregándole la taza.

—Gracias, huele rico... Alex, tuve que usar tu cepillo de dientes, no sé dónde está el que me habías comprado —informó mordiéndose el labio, le mortificaba que él fuese a molestarse por eso.

—No te preocupes amor, lo he guardado, ahora lo busco —dijo.

Ella se acercó y le dio un beso en los labios que él correspondió con un par de chupones.

Él volvió vistiendo una bermuda y cargado de mantas y almohadas. Elizabeth dejó la taza vacía del té sobre la mesa y se levantó del sofá.

—Déjame ayudarte. —Le quitó las almohadas y se abrazó a ellas. Se quedó como tonta, admirando cómo se marcaba cada músculo de la amplia espalda con el simple movimiento de tender las mantas sobre el sofá, dando la impresión de que la serpiente tatuada ondeaba.

Sonrió pícara al ver que la bermuda se bajaba un poco, dejando al descubierto el nacimiento de las fuertes y generosas nalgas, más pálidas que la cara de un japonés.

—Al parecer no has vuelto a broncearte el culo. —Él la miró por encima del hombro, con un semblante serio.

—No suelo darle importancia al color de mi culo.

—Pues deberías, es más atractivo si cuentas con un color parejo. Y es imperdonable que no te broncees desnudo cuando cuentas con un buen lugar

como lo es la azotea.

—Supongo que no estoy muy pendiente de mi bronceado, no soy un hombre que se preocupe desmedidamente por su apariencia. He de suponer que tu novio, si es que se puede llamar así, tiene como prioridad su apariencia.

—Luck, puedes llamarlo por su nombre, y efectivamente, se entrega al cien por ciento a cuidar de su imagen, vive de eso.

—¿En serio se llama Luck? —preguntó incrédulo.

—Sí, es su nombre, pero no es su culpa...

—Muy conveniente para su trabajo... Un tanto pretencioso.

—Lo mismo piensa mi papá —dijo sonriente.

—Por lo menos tengo algo en común con el fiscal.

—Creo que tienen en común más que eso, y puedo enumerar la gran mayoría. —Ella le ofreció las almohadas y él las acomodó.

—Ven aquí —dijo al tiempo que se sentó en el sofá.

Elizabeth mansamente se acercó y se sentó sobre sus piernas; en un vertiginoso y fácil movimiento se la llevó con él y terminaron acostados, ella rodeada por sus brazos.

—Bien sabes que no me parezco en nada a tu padre.

—Son capoeiristas.

—Una casualidad, simplemente... Es fácil que te relaciones con capoeiristas si esa también es tu pasión.

—Me dijiste que alguna vez lo viste en Rocinha. ¿Qué te pareció?

—Sí, lo vi un par de veces, de hecho, nos vimos; pero en ese entonces yo solo era un adolescente, que se metía a las rodas a observar. Como capoeirista lo respeto, es muy bueno.

—Ciertamente, pero sabes que nunca me habló sobre eso, es decir, nunca me dijo que se escapaba a las favelas. Fue mi tío Ian quien lo mencionó una vez...

—¿Qué pasaría si se entera de que has ido a Rocinha?

—Me mata o me deshereda —dijo sonriente—. En serio, creo que me daría un regaño que me duraría toda la vida.

—Comprendo su temor, a Luana nunca más la llevé a la favela, aunque me gusta ir, porque tengo buenos amigos y un pasado que no quiero olvidar, tampoco puedo permitir que las personas que amo se arriesguen al entrar.

—Ahora entiendo tu ataque de histeria cuando me viste ahí, pero aunque no quieras, seguiré yendo a las rodas, estoy segura de que nada malo me pasará.

—No puedes estar segura de nada Elizabeth. Lo único seguro es la muerte,

el resto puede cambiar en una milésima de segundo. La seguridad sobre las cosas no es más que un espejismo que puede desaparecer cuando menos lo imagines —dijo Alexandre mientras le acariciaba con la yema de los dedos la cara.

—Eres pesimista.

—Realista.

—¿Ves? Ahí estás otra vez, eres tal cual Samuel Garnett.

—Entonces empezaré a creer que solo estás extendiendo el amor que sientes hacia tu padre conmigo. Estás buscando en mí la protección y admiración que él te brinda.

—Posiblemente, pero eres todo lo que quiero y necesito. —Estiró más el cuello para alcanzarlo y darle un par de besos en los labios—. Te quiero, te quiero —repitió entre beso y beso—. Me gusta lo que me haces sentir, incluyendo el orgullo que me provoca saber que también te sientes bien conmigo. Quiero que esto funcione Alex, de verdad lo quiero.

—Pondré todo de mi parte para que así sea, lo prometo. —Le presionó la mejilla y le dio un beso más profundo, más íntimo y húmedo.

Era impresionante cómo Elizabeth, con ese simple «te quiero», volvía a hacerlo temblar como solo había tenido la habilidad de hacerlo Branca; ella llegaba a hacer una fiesta con su vida, la que había estado de luto por tanto tiempo. Su mariposa mandaba al diablo sus temores, en sus alas traía felicidad y esperanza.

—Gracias, entonces, si nos esforzamos lo suficiente podremos llegar juntos a viejitos.

Él sonrió, le agradaba mucho esa parte soñadora de Elizabeth, todavía poseía mucha inocencia, era una jovencita que ponía mucho empeño al pensar en el futuro; contrariamente a él, que prefería vivir intensamente el presente. No le gustaba hacerse planes a largo plazo, porque más de una vez el destino o lo que fuera se había encargado de cambiarlos y terminaba burlándosele en la cara.

—Ay Alex, no me has contado el significado de tu tatuaje.

—Sí, te lo dije.

—No, me dijiste que era muy común y que no para todos significa lo mismo, pero no me dijiste lo que significa para ti...

—Eres muy curiosa.

—Pensé que eso ya lo sabías, anda, cuéntamelo... Claro, a menos que sea demasiado personal como para no querer contármelo.

—Está bien, es algo personal, pero igual te lo diré... —Le besó la frente —. Mi flor de Lis —dijo mostrándole el tatuaje—, me la hice en señal de perdón, cuando perdoné a los que me habían arrebatado a Branca; mejor dicho, a sus almas. Para mí fue como un proceso de limpieza, quise sacarme el odio que llevaba acumulado y dejar de ser esclavo de ese sentimiento, porque no me dejaba avanzar... Mis pensamientos, mi mente estaban en constante guerra conmigo mismo, necesitaba algo que representara ese perdón hacia ellos y hacia mí, y aquí está.

A Elizabeth se le hizo un nudo en la garganta, pero no quiso mostrarse triste, solo lo abrazó fuertemente.

—Admiro mucho tu valentía, eres un guerrero..., un luchador. No cualquiera puede hacerlo.

—El tiempo es el único que termina siendo el mejor aliado... Ahora necesitas descansar. —Volvió a besarle la frente y la refugió en su pecho.

—Descansa —susurró ella plantándole un suave beso en el pectoral izquierdo.

—Tú también mariposa inquieta, que has revoloteado por ocho años en mis sueños —dijo en voz baja.

Elizabeth sonrió complacida y dejó que el cansancio provocado por tanto placer la venciera.

Alexandre esperó a que estuviera profundamente dormida; después, con mucho cuidado se levantó y la cubrió con las mantas, seguro de que no iba a despertarse ante su ausencia se fue a la habitación, igualmente trató de ser lo más silencioso posible para no despertar a los niños; se cambió la bermuda por unos vaqueros, se puso una camiseta sin mangas y una chaqueta de cuero con capucha; se calzó unas botas y buscó en la parte superior del mueble su glock, donde la ponía fuera del alcance de su hija y su nieto, revisó que el cargado estuviera lleno y se llevó otro de repuesto.

Sabía perfectamente dónde encontrar a Nardes esa madrugada, e iba a poner fin a las persecuciones y preocupaciones. A la mierda si todo le salía mal y terminaba encerrado por asesinarlo, pero no iba a permitir que el hijo de puta actuara primero y le hiciera daño, o en el peor de los casos, que terminara llevándose a Elizabeth o a su hija.

Salió del apartamento rumbo a Vila Cruzeiro, bien sabía que iba a meterse en las fauces del lobo, pero prefería arriesgarse a que fuera demasiado tarde.

Samuel había prometido pasar el fin de semana con sus hijos, y para poder cumplir con su palabra tuvo que trabajar horas extras, pero se aseguró de que no tuvieran ni que llamarlo.

Pasó gran parte de la noche con Rachell haciendo el cronograma de lo que harían entre sábado y domingo, ambos acordaron que el primer día ella lo pasaría con Violet y él con Oscar, porque tenía una conversación pendiente con el adolescente, como siempre, a él le tocaba la parte más difícil.

A primera hora de la mañana, todavía con el sueño pululando en ellos se levantaron, se metieron al baño juntos y se quitaron la pereza con un buen rato de sexo.

Samuel se puso un chándal en negro y gris, mientras que Rachell usó ropa casual y cómoda; bajaron a desayunar y ya Violet los esperaba en compañía de Esther; al verlos, sonrió de oreja a oreja.

—¡Por fin! ¿Por qué tardaron tanto? —preguntó mostrándose visiblemente impaciente—. ¿Se quedaron dormidos?

Samuel y Rachell se dedicaron una mirada cómplice, y como si pudieran leer sus mentes, respondieron al unísono.

—Sí, nos quedamos dormidos.

—¿Ves Tetê?, debí despertarlos. —Le dijo la niña a la mujer mayor, que adoraba a los niños como si fueran de su propia sangre.

—Tuve que contenerla por lo menos una docena de veces —comunicó sonriente la mujer.

—Te lo agradezco. —Rachell le sonrió a la mujer, caminó hasta Violet y le acarició los cabellos—. Vamos a desayunar.

—¿Oscar no ha despertado? —preguntó Samuel.

—Sí, supongo que no debe tardar en bajar —respondió Esther—. ¿Mando a servir el desayuno?

—Por favor —dijo el fiscal sentándose en su puesto, le tomó la mano a su hija, se le llevó a los labios y le dio un beso en los nudillos—. Buenos días princesa. —La saludó con una sonrisa, mientras le acariciaba con el pulgar donde le había regalado el beso y disfrutaba del sonrojo de su pequeña.

—Buenos días papi —dijo con la mirada brillante por la emoción.

—¿Estás preparada para el día de spa con tu madre?

—Sí —dijo emocionada.

Samuel y Rachell habían acordado y les habían comunicado a sus hijos que Violet visitaría el spa con Rachell y él se iría a correr con su hijo, pautando

encontrarse con Thor en un punto en el Central Park.

—Cuéntame, ¿qué te vas a hacer? —preguntó con los ojos puestos en su pequeña.

—No lo sé —dijo tímida—. Un masaje para relajarme, eso creo.

—¿Y estás estresada? —Le preguntó conteniendo la risa.

—Sí, claro papi, no tuve descanso ni un solo día de la semana, la escuela, la clase de francés, el concierto, después las prácticas de música, el baile... —Exhaló como si estuviera exhausta—. Fueron tantas cosas. Ahhh, lo olvidaba... También la sesión de fotos de mami.

—Sí que debes estar muy estresada, el masaje es buena idea. —Estuvo de acuerdo Samuel, sintiéndose mal, porque por algún momento les restó importancia a las ocupaciones de su hija, y ciertamente, había tenido una semana muy agitada; el hecho de que fuera niña no quería decir que sus responsabilidades no fueran tan serias como las de un adulto.

Empezaron a servir el desayuno y el adolescente todavía no aparecía.

—Oscar está tardando —dijo Rachell—. Iré por él.

—Espera. —Samuel puso su mano sobre la de ella y miró hacia las escaleras—. ¡Oscar, te dije que a las siete! —Le gritó desde su puesto.

—¡Ya voy! —respondió desde su habitación—. Un minuto.

—¡Que sea uno! ¡O subiré! —amenazó Samuel, aunque bien sabía que no lo haría.

Treinta segundos después Oscar apareció en el comedor, vistiendo un chándal de pantalón negro y buzo amarillo neón que lo hacía lucir más pálido de lo que era, también traía colgado del cuello unos audífonos.

Se sentó al lado de su madre, quien le dio un beso en la mejilla y le acarició el pelo, al tiempo que le dedicaba esa mirada enamorada que le había dado desde que nació.

—Qué apuesto luces hoy mi niño.

—Gracias mamá —dijo sin nada de entusiasmo.

—¿Terminaste el proyecto de ciencias? —preguntó Samuel, mientras picaba su tortilla de huevos y vegetales.

—Ya casi, pero tengo que regresar antes de las cuatro, viene Melissa a traer lo que falta.

—¿Por qué tiene que venir esa niña? —preguntó Rachell, quien no toleraba a la chiquilla desde que se enteró que posiblemente su hijo estaba teniendo sexo con ella.

—Porque el proyecto es en equipo y me tocó con ella —respondió.

—Solo dime lo que te hace falta y te lo compramos, seguro que puedes hacerlo solo e incluirla —propuso Rachell, muerta de celos.

—Mamá, tenemos que exponer el proyecto, debemos practicar.

—Rachell —intervino Samuel y se quedó mirándola fijamente a los ojos, con ganas de soltar la carcajada, pero por su bien era mejor no hacerlo, si no quería terminar con el tenedor clavado en el pecho—. Deben practicar, Oscar debe aprender a trabajar en equipo.

—Pudo haber elegido otra compañera o compañero.

—Fue el profesor el que eligió a los equipos...

—Y casualidad, siempre te toca con esa niña.

—Si no quieres que venga puedo ir a su casa.

—No, de ninguna manera, ella vendrá y van a practicar... en la sala. ¿Cuándo viene?

—El lunes, después de clases.

Rachell aprovechó que Esther pasaba frente a ella.

—Esther, el lunes vendrá la niña, la amiguita de Oscar —dijo de manera despectiva.

—Se llama Melissa. —Le recordó Samuel.

—Melissa. —La nombró sin quitar la nota desdeñosa de su voz—. Tiene que ensayar un proyecto de ciencias con Oscar, necesito que te asegures de que lo hagan en la sala, nada de habitaciones, mucho menos puertas cerradas...

Samuel carraspeó, mientras Violet miraba atenta a su madre y devoraba su desayuno.

—Estás exagerando mamá, si vas a hacer sentir mal a Melissa mejor voy a su casa, donde su madre sí me respeta.

—¿Y te permite que te encierres con ella? —preguntó a quemarropa.

—Por favor mamá, estás obsesiva con el tema...

—Oscar, respeta a tu madre —intervino Samuel.

—Papá, es que me está acorralando —reprochó la actitud de su madre.

Samuel sabía que su hijo tenía razón, pero no podía desautorizar a Rachell delante de él.

—Solo tienes que respetar las reglas, no veo problema por eso, a menos que quieras pasar tiempo con Melissa, si es así te apoyaré...

—¡Samuel! —refutó Rachell—. Es inaudito que te prestes para esto.

—Mami, se está enfriando tu comida —intercedió Violet, al ver que su madre no había probado el desayuno.

—No me presto para nada, simplemente trato de entenderlo... —Dirigió la mirada a Oscar—. ¿Te gusta Melissa?

—¿Ahora van a interrogarme? —preguntó incrédulo.

—No, de ninguna manera, solo queremos que confíes en nosotros, somos tus padres. Si te gusta esa chica no hay problema, podremos aceptarla como tu novia, después de todo, es linda —siguió Samuel, y miró a Rachell, que parecía estar a punto de explotar.

—No voy a hablar con ustedes sobre eso —dijo sonrojado y se levantó de la mesa.

—Vuelve a sentarte Oscar —ordenó Samuel—. Si esto te incomoda está bien, cambiemos de tema.

—Por favor —suplicó Rachell—. Pero igual esa niña no entra a tu habitación.

—Me ha quedado claro mamá —refunfuñó sin pretender ocultar su molestia.

—¿Pueden darse prisa? Ya casi termino, se nos hará tarde —habló Violet, quien estaba muy ansiosa.

En silencio terminaron de comer, después cada uno fue a lavarse los dientes y pautaron encontrarse en diez minutos en el estacionamiento. Samuel aprovechó para hacerle saber a Rachell que se había pasado de dramática con todo el asunto, qué más daba si Oscar tenía sexo con Melissa, estaba seguro de que su hijo iba a protegerse para evitar dolores de cabeza prematuros, ya habían tenido cientos de veces la conversación acerca de la importancia del uso del preservativo, y confiaba en que Oscar siguiera sus consejos.

Pero Rachell, celosa, era más ciega que toro embravecido; no quería entender, y buscaba mil y un pretexto para justificar su actitud, y tanto que lo criticaba a él por ser sobreprotector con Elizabeth.

CAPÍTULO 35

El aroma a café y el sonido de un constante goteo despertó a Elizabeth, principalmente fue consciente de un agudo dolor de cabeza, sobre todo en la parte donde se había golpeado y abierto la herida; al removerse en el sofá, intentando desperezarse, se dio cuenta de que estaba sola y de que el dolor se había extendido a cada rincón de su cuerpo; era una sensación con la que ya estaba familiarizada y sabía que en un par de días desaparecería.

Se incorporó hasta quedar sentada y miró hacia la cocina, imaginando que allí se encontraría a Alexandre preparando café, pero no lo halló, lo buscó con su mirada por todo el lugar mientras se peinaba el pelo con los dedos y se lo recogió, haciéndose un moño con las mismas hebras.

Imaginó que estaría en la habitación con los niños, empezó a sentirse avergonzada porque seguramente pensarían que era una holgazana que despertaba a mediodía día, por lo que se levantó rápidamente y empezó a doblar las mantas, las cuales le ganaron más de una batalla.

Resopló dándose por vencida, jamás le quedarían perfectas, pero por lo menos había hecho su mejor esfuerzo. Volvió a sentarse en el sofá junto a la torre de mantas y almohadas, empezó a tamborilear con sus dedos en sus rodillas, sintiéndose impaciente; miraba de un lado a otro, hasta que miró el ritmo que le daba a sus dedos y se vio en las rodillas dos rosetones rojos, que estaba segura en muy poco tiempo terminarían siendo unos llamativos hematomas.

—Eso es para que vuelvas a ponerte de rodillas por tanto tiempo. —Se recriminó, consciente de cómo se los había hecho—. Bueno, no gano nada con reprocharme. —Se alentó, y llevada por la impaciencia de que Alexandre no aparecía, agarró su teléfono que estaba sobre la mesa central y empezó a revisarlo, dándose cuenta de que no era tan tarde como imaginaba, solo eran las siete y media; lo que la hizo sentir aliviada, entonces su prioridad fue escribirle a Luck, para que supiera que estaba bien.

Buenos días cariño. Estoy bien, más tarde iré al hotel. ¿Qué haces?

Envió el mensaje y con teléfono en mano se levantó y fue hasta la cocina, no pudo evitar servirse una generosa taza de café; antes de probarlo inhaló profundamente, llenándose los pulmones con el suave aroma ligeramente afrutado.

Bebió con cautela, dejándose seducir por el sabor suave y dulce de la caliente bebida, se apoyó contra la encimera mientras recorría su mirada por el pequeño lugar, dándole libertad a su imaginación para que pensara en las distintas formas en que podía mejorarlo; no podía evitarlo, amaba la decoración tanto como su madre.

A pesar de todo, el espacio no era tan crítico, podría darle un toque rústico con muebles en colores neutros, posiblemente dividir la sala y construir una pequeña habitación Para Luana, porque había mucho espacio desperdiciado.

Su imaginación volaba cada vez más alto, pero su teléfono al vibrar la regresó de golpe a la realidad.

—Buenos días —susurró cariñosa, no quería hablar normalmente para no importunar.

—Buenos días. —Lo escuchó agitado—, por lo menos contestas.

—¿Cuándo no te he contestado? —preguntó, sintiendo que además de la respiración agitada de Luck, estaba algo irritado.

—Siempre lo has hecho, pero como ahora solo me escribes —comentó irónico.

—Tonto —dijo sonriente—. Apenas te acabo de escribir.

—Pues no lo hagas, es preferible que me llames; o en su defecto, que el mensaje sea de voz, así podré estar seguro de que eres tú.

—Ya te dije que estoy bien, ¿qué haces?

—Corriendo por la playa, solo, porque la chica con la que vine me dejó tirado, como algo a lo que no se le da ninguna utilidad.

—Lo siento Luck —chilló mimosa—. Tenía que resolver un problema.

—¿Y lo resolviste?

—Sí...

—Entonces, ¿ahora sí vas a contarme?

—En cuanto llegue al hotel lo haré.

—¿Y a qué hora se supone que nos encontraremos? —Seguía con la ironía vibrando en la voz.

—Para el almuerzo, quiero que vayamos juntos a comer.

—Juntos... ¿Tú y yo? ¿O tan bien el agregado? Porque no soy tonto, sé

perfectamente que lo que te trajo con tanta desesperación aquí ha sido un hombre.

—Veo que no tiene caso que te siga ocultando las cosas. —Agarró una bocanada de aire—. Sí, es un hombre.

—Evidentemente es mucho más importante que yo.

—No, bueno sí, pero no. —Se enredó como si fuese un kilo de estopa—. Tú eres muy importante para mí, te amo... Pero este hombre también es importante, mi amor por él es más pasional, es más...

—Lo entiendo tonta, claro que lo entiendo... ¿Lo vas a compartir? ¿Se vendrá a pasarlo bien? —curioseó, pues no sería la primera vez que Elizabeth y él se gozaban a un hombre.

—No cariño, lo siento; es cien por ciento hétero. —Bajó mucho más la voz para pronunciar esas últimas palabras.

—No es justo, estás buscando exclusividad.

—No lo busqué, fue él quien me encontró, pero no quiero hablar sobre eso por teléfono, si quieres divertirte antes de que llegue estás en todo tu derecho; escríbele a Simón, seguro que si se entera de que estás en Río volará al hotel.

—Si no estás no creo que venga... —dijo desanimado.

—Ay por favor Luck, sabes bien que se lo pasa mejor contigo que conmigo; la última vez prácticamente me ignoró. Solo inténtalo, no pierdes nada con eso.

—Está bien, lo haré.

—Genial, cualquier cosa me avisas, no quiero llegar a interrumpir nada.

—Sabes que no vas a interrumpir, si llegas solo te nos unes.

—No amor, no tengo energía para unirme a nada...

—Así habrá sido tu noche.

—Ni te la imaginas. —Se rio bajito—. Bueno..., te dejo.

—Espera, ¿qué le digo a tu padre si me llama?

—Dile cualquier cosa... Umh, que sigo durmiendo, que anoche nos acostamos tarde —ideó rápidamente.

—Sabes lo que pensará la torcida mente de tu padre si le digo eso, ¿verdad?

—Que tuvimos mucho trabajo, o si no, le dices que estoy en el baño y que después lo llamo; me avisas y le marco enseguida... Luck, te falta astucia para mentirle a mi padre —comentó y le dio un sorbo a su café.

—No es astucia, es que me acorrala.

—No te dejes —rio divertida—. Ahora me voy, te quiero.

—Yo también gata, cuídate mucho, y no te fíes totalmente de lo héteros; ya sabes lo traicionero que suelen ser.

—Tendré cuidado, adiós. —Terminó la llamada y volvió a mirar en derredor, Alexandre seguía sin aparecer y el silencio empezaba a incomodarle.

Bebió un poco más de su café y dejó la taza sobre la encimera, caminó hasta la habitación y tocó la puerta, pero no recibió respuesta, por lo que la abrió un poco, encontrándose a Luana y Jonas todavía rendidos. El niño estaba horizontalmente con las piernas sobre el pecho de la madre.

Con total sigilo entró en la habitación y fue hasta el baño, seguía sin tener señales de Cobra.

—Le encanta desaparecer —masculló y regresó a la sala, repentinamente pensó que podría estar en la azotea, ejercitándose, por lo que se calzó unas botas de él, que estaban junto a la puerta, percatándose que de que le quedaban grandísimas, pero por lo menos podía caminar con ellas.

Dentro de un cenicero estaban unas llaves y la probó en el cerrojo, agradeciendo al cielo que fuesen de esa puerta, seguramente eran unas copias pertenecientes a Luana.

Salió del apartamento, llevándose las llaves y subió al ascensor, admirando el desastre que era, solo vestía una camiseta de un negro ya desgastado con la calavera de «punisher» estampada al frente, que le llegaba por los muslos, el pelo con nudos de enredos y enmarañado en lo alto y los morados en sus rodillas.

De manera inmediata volvió a mirarse en el espejo, se acercó más y se vio varios chupones en el cuello, se estiró la camiseta e igual tenía algunas marcas en el pecho y las tetas.

Estaba segura de que Alexandre no le había chupado con tanto ahínco, era su piel que se marcaba con mucha facilidad; se lo gritaban también las muñecas, donde tenía perfectamente las marcas de los dedos masculinos.

—No me quiero imaginar cómo tendré el culo. —Se lamentó al recordar no solo la fuerte nalgada que le propinó, sino el entusiasmo con que se lo apretó mientras la poseía.

Empujó con fuerza la pesada puerta que daba a la azotea, donde no había ni el mínimo rastro de la tórrida madrugada que había tenido en ese lugar; sin embargo, su mente revivió cada instante, provocando que las mejillas se le arrebolaran ante sus escandalosos recuerdos.

Rápidamente se dio cuenta de que en el lugar solo estaba ella con sus

pensamientos, miró hacia la avenida Atlântica ya congestionada por el tráfico y por las personas que aprovechaban esa hora para ejercitarse.

Inhaló profundamente el aroma a salitre que la brisa le traía y después suspiró, sintiéndose plena y feliz; era extraño lo que embargaba su pecho, haberse reconciliado con Cobra había hecho erradicar definitivamente de raíz esa agonía que había soportado por dos meses.

Ni ella misma sabía cómo había llegado al estado de adoración por ese hombre, atractivamente no era el más destacado de sus conquistas, mucho menos económicamente, porque había tenido pretendientes de apabullante poder; sin embargo, era su fotografía capoeirista el único que había logrado colarse en sus pensamientos antes de dormir y al despertar, al único que había añorado con tanta intensidad.

Alexandre no había sido simplemente sexo casual como ella esperaba, no fue una más de sus aventuras sexuales sin compromiso, él rompió el molde donde acumulaba las experiencias de una noche de borrachera y le robó más que besos, caricias y orgasmos.

Sonrió, pensando que estaba loca, porque ni siquiera le importaba que tuviera una hija adolescente y un nieto. Sí, tuvo momentos de dudas y miedos, pero se preguntaba que quién no.

Ni siquiera estaba segura de que no volviera a sentirse que caminaba con los ojos vendados sobre una cuerda floja, pero estaba dispuesta a luchar por lo que sentía cuando estaba con Cobra y dejar por fuera la opinión de los demás; por él podría dejar por fuera al mundo entero y quedarse entre sus brazos, eso era lo que verdaderamente deseaba, lo que la hacía sentir plena.

No habían pasado más de cuatro horas desde que se había sentido protegida entre sus brazos y ya lo extrañaba; por lo que decidió volver al apartamento.

Con fuerza tiró de la pesada puerta y recordaba que Alexandre lo hizo parecer tan fácil, le dio los créditos a la costumbre y no a la fuerza que él podía poseer.

Esperó casi un minuto a que el ascensor abriera sus puertas, subió, al tiempo que agarraba una bocanada de aire que le diera el valor para no sufrir un ataque de pánico en aquel viejo aparato.

Cruzó sus brazos sobre la boca del estómago en un intento por mantener la calma, unos pocos pisos más abajo se abrió la puerta y entró una mujer de unos treinta años de pelo castaño algo ondulado y ojos de un gris muy oscuro; se la quedó mirando sin poder disimular su asombro, apostaba a que era por

su desordenado cabello y su inapropiada vestimenta.

—Buenos días —saludó, tratando de ser amable y sentirse menos avergonzada.

—Buen día —contestó, pero casi no la miraba a la cara, estaba más pendiente de la camiseta y las botas que la jovencita llevaba puesta, porque estaba segura de que conocía esas prendas—. No te había visto antes, ¿vives aquí? —preguntó sintiendo que en su pecho una hoguera crepitaba furiosamente.

—No, solo estoy... —No sabía qué decir, pero después de pensarlo unos segundos, decidió que era mejor no comprometer a Cobra, por lo menos no todavía—. Estoy visitando a un amigo.

—Ah..., seguramente es Alexandre —dijo con toda la intención de que supiera que lo conocía.

Elizabeth se quedó mirando a la mujer que aparentaba haber alcanzado los treinta años, era hermosa y voluptuosa; inmediatamente una sensación de vértigo la invadió, apretó los puños hasta enterrarse las uñas en las palmas de las manos, para no arrancarle la melena abundante y castaña a la mujer.

—Sí, es Alex. —Fingió una sonrisa para no mostrarse afectada. En ese momento las puertas del ascensor se abrieron y ella aprovechó para salir de ese aire viciado de celos que amenazaba con hacerle conocer un lado de su personalidad que nunca había emergido.

—Lo saludas. —La detuvo la mujer antes de que pudiera alejarse lo suficiente.

—No sé cómo te llamas —dijo irónicamente.

—Martina.

—Está bien, buen día Martina.

—Buen día...

—Elizabeth. —Le dijo el nombre porque imaginaba que era lo que esperaba, y pudo ver cómo algo en el semblante de la mujer cambió; su rostro se desencajó, como quien recibe la peor de las noticias. No le dio tiempo de estudiar mucho más la reacción, porque las puertas del ascensor se cerraron.

Martina tuvo ganas de gritarle que aunque fuese la mujer que Alexandre amaba y a la que muchas veces había bautizado con su nombre, ella también había usado esa maldita camiseta, que también había estado entre sus brazos y bajo su cuerpo.

Sin poder evitarlo se echó a llorar y quiso que el mundo se parara por un momento para poder sufrir en paz. Él se lo había advertido y debió hacerle

caso, no debió enamorarse, ahora pagaba las consecuencias por no seguir las reglas del juego.

Elizabeth entró al apartamento y dejó las llaves en el cenicero, volvió a recorrer con su mirada el espacio, encontrádoselo vacío, caminó hasta la cocina y se sirvió un vaso de agua, para bajar la adrenalina que lo celos le habían provocado.

Estúpidamente sentía muchas ganas de llorar, no debía ser adivina para tener la certeza de que esa mujer era mucho más que vecina de Alexandre.

—Estoy haciendo el papel de idiota —chilló con la barbilla temblorosa y el corazón a punto de explotar—. Pero ¿qué esperabas Elizabeth? —Le gritó la voz de la conciencia—. Es un hombre sin compromiso, puede tener la mujer que quiera, puede acostarse con quien le dé la gana. —Seguía tratando de justificar, pero el corazón también se imponía—. Pero aquí no, aquí no... Este hombre va a enloquecerme.

Sabía que no podía esperar que Alexandre fuese un hombre sin conquistas, que no tuviera mujeres a granel, suplicando porque se las llevara a la cama, cuando a ella la había enamorado sin mucho esfuerzo; ella, que había desplegado sus alas por tantos cielos, que había revoloteado en tantos cuerpos y que había besado tantas bocas que le era imposible recordarlas todas, terminó indefensa y la merced de ese hombre, que a los ojos del mundo posiblemente no la merecía, pero que para ella en ese momento lo era todo, lo más importante; y deseaba tener la posibilidad de borrar el pasado y empezar de cero, anhelaba que él pudiera ser el primero en su vida, así como anhelaba que ella fuese para él su alfa y su omega.

Sabía que jugaba en contra que hubiese pasado tanto tiempo enamorado de ella, que posiblemente no se acercaba ni remotamente a la chica que él había idealizado, que ella vivía a kilómetros de distancia y Martina a un par de pisos.

—Estoy jodida. —Resopló con el ánimo cavando metros de profundidad, le dio otro gran trago al agua y en ese momento escuchó la puerta abrirse; automáticamente se giró y lo vio entrar, su sola imagen con un par de bolsas en las manos provocó que las mariposas hicieran fiesta por todo su cuerpo.

—Pensé que seguirías durmiendo —dijo él avanzando hasta ella, quien estaba pegada a la encimera de la cocina.

—Me despertó el aroma del café —dijo, echándole un vistazo al electrodoméstico a su lado derecho.

—Disculpa, olvidé quitar la programación de la cafetera.

Elizabeth, como llevada por un impulso desconocido avanzó, dando un par de zancadas; al llegar a él se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó; lo hizo intensamente, para que él también se enamorara de sus besos, como ella lo estaba de los de él.

—¡Vaya! —exclamó él, casi sin aliento y sorprendido por ese recibimiento.

—Te extrañé..., te extrañé mucho —susurró mirándolo a los ojos y acariciándole la punta de la nariz con la suya.

Después de esas palabras fue él quien buscó nuevamente la boca de ella y le dio varios chupones, chocaron sus dientes y entrelazaron sus lenguas a un ritmo lento, que llevaba las ganas a más allá de un beso.

Hacía más de diecisiete años que Alexandre no tenía una bienvenida tan perfecta, empezaba a tener sentido llegar a casa y tener quién lo recibiera.

—Si solo fui por el desayuno. —Mintió en parte, sin querer dejar de besarla.

—Igual te extrañé, me pareció mucho tiempo.

Por un momento Alexandre pensó que ella se había dado cuenta de que se había marchado por la madrugada, pero después recordó que le dijo que la había despertado la cafetera.

—No más de una hora... Retrocede un paso, sin soltarme. —Le pidió y ella obedeció, todavía colgada a su cuello—. Otro. —Ella volvió a acatar la orden, al tiempo que le daba un sonoro beso—. Otro —dijo relamiéndose los labios.

Elizabeth sintió que su culo tropezó contra la encimera, entonces Alexandre puso las bolsas a cada lado, le sujetó la cintura y la elevó, sentándola sobre el mármol negro.

Ella le descubrió el rostro, echándole los rizos hacia atrás, verdaderamente era muy guapo o ella estaba muy enamorada, porque hasta le parecía demasiado sexi esa piel un tanto tostada por el sol, a pesar de tener unas terribles ojeras por haberse desvelado.

Las manos de él empezaron a acariciarla y la miraba con demasiada intensidad a los ojos.

—Entonces, ¿me extrañaste? —preguntó abarcándole las tetas y se las apretujaba con entusiasmo, disfrutando de esa sensación enloquecedora.

—Mucho, hasta fui a buscarte a la azotea, pensando que eras tan obsesivo con la capoeira como mi padre —confesó regalándole un suave masaje en los hombros.

—Suelo ser obsesivo con la capoeira, pero tú eres mi mayor obsesión.

—¿En serio? —preguntó y él asintió, al tiempo que se acercaba a ella—. ¿Lo seré por siempre?

—Hasta mi último aliento —confesó olisqueándole el cuello, provocándole cosquillas.

—Alex. —Enserió su voz y lo alejó para mirarlo a los ojos—. Dime cómo hago para que me quieras siempre, ¿qué tengo que hacer? No quiero que dejes de amarme, no quiero a otra mujer en tu vida ni siquiera para un desahogo.

—No tienes que hacer nada, solo amarme de la única manera que sabes hacerlo, y te juro que no habrá otra mujer en mi vida.

Elizabeth quiso preguntarle qué tanto se había involucrado con la tal Martina, pero le daba miedo, era muy cobarde para afrontar eso; prefirió volver a besarlo y dejar en su boca los jadeos que él le arrancaba por su forma de tocarle las tetas.

Ella empezó a acariciarle la espalda, en busca de su perfecto culo cuando tropezó con algo, pero antes de que pudiera agarrarlo, Cobra le retiró la mano y detuvo el beso.

—No la toques, no quiero tus huellas en ella —confesó, dejándole caer cortos besos desde la comisura a la oreja.

—¿Por qué vas a comprar el desayuno armado?

—Es mejor ser precavido que lamentar —respondió al tiempo que se sacaba el arma y la ponía sobre la nevera.

—¿Es por lo de los hombres que te están siguiendo?... Y todo por mi culpa. —Se abrazó a él con fuerza, sintiendo que un gran nudo se le hacía en la garganta y la culpa la torturaba—. Por ser tan testaruda, debí hacerte caso, pero no... Siempre actúo impulsivamente, sin pensar en las consecuencias.

—Tranquila. —Rompió el abrazo y le acunó el rostro, enamorándose de esa manera en que a ella se le llenaban los ojos de lágrimas, pero también se angustiaba por verla tan preocupada por él—. Todo va a estar bien, aunque sí eres demasiado testaruda.

Ella sonrió y él atrapó con su pulgar la lágrima que se le derramó.

—No puedo estar tranquila, has dicho que te siguen y que nos vieron; ayer estabas muy preocupado, más que eso, tenías miedo...

—No, realmente no tenía miedo, era más que todo rabia... Pero ya, no hablemos de eso. —Le sujetó la mano y la condujo hasta su pene erecto—. Lo que verdaderamente quiero en este momento es meter todo este amor dentro de ti, pero antes de ser tu marido soy padre y abuelo, ya la perezosa de Luana no debe tardar en despertar, y aunque ella sabe perfectamente lo que es el sexo,

creo que sería perturbador que vea a su padre tan afanado con su novia.

Elizabeth rio bajito mientras frotaba la erección por encima del pantalón.

—Tienes razón, mejor vamos a preparar el desayuno.

—No, no estás aquí para cocinar, ve a hacer cualquier cosa.

—Quiero cocinar contigo, no me hagas sentir inútil.

—De acuerdo. —Le sujetó la cintura y la bajó de la encimera.

—Lo primero que haré será limpiar ese rastro que deja en evidencia la debilidad que siento por ti —comentó sintiéndose avergonzada de ver lo mojada que había dejado la encimera y nada ganaba con ignorarlo, porque ya Alexandre había visto.

Antes de que pudiera buscar algo con que limpiar, él le pasó la mano.

—Lávate las manos, por favor. —Le pidió—. Vas a cocinarle a tu hija. — Le recordó.

Alexandre la obedeció, y ella buscó una toalla de papel, la mojó y la pasó por donde había estado segundos antes la mancha de su excitación, eso le pasaba por no llevar tanga puesta.

Después, con otra seca, pasó desinfectante y se puso a rebuscar en las bolsas que Alexandre había llevado.

Con la ayuda de él, en pocos minutos tuvieron listo el desayuno, que consistió en ensalada de frutas, huevos revueltos, cruasanes, café y jugo de maracuyá.

—Voy a despertarla, porque si no, se atreve a pasarse hasta el mediodía —avisó Alexandre, dejándole un beso en la parte posterior del cuello—. Mis padres la tienen demasiado consentida.

—Llevaré los platos a la mesa —dijo sonriente y con la piel erizada por el beso—. Alex, en serio, debes comprar un comedor. —Le aconsejó, porque era inaudito que tuvieran que comer en la mesita del sofá.

—Lo haré —anunció en su camino hacia la habitación. Entró sin tocar, porque estaba totalmente seguro de que su hija y nieto seguían dormidos.

Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el sillón que estaba junto a la entrada, caminó hasta la ventana y subió la persiana.

Luana ni se inmutó, tenía el rostro cubierto por la larga melena; y Jonas estaba a los pies de ella, con la cabeza en sentido contrario; ya sabía que el niño durante la noche se daba un paseo por todo el colchón, razón por la cual cuando lo visitaban él prefería dormir en el sofá.

Se sentó en el colchón y en medio de caricias empezó a descubrirle el rostro.

—Amor, es hora de que te levantes... Luana cariño, despierta.

—Un poquito más papi, solo diez minutos —suplicó, más dormida que despierta.

El corazón de Alexandre se emocionaba y casi quería reventarle el pecho cada vez que ella lo llamaba «papi», porque irremediablemente traía una marea de recuerdos de cuando era niña.

—Pero ya está listo el desayuno. —En ese momento Jonas despertó, restregándose los ojos con las manitas. Rodó por la cama hasta incrustarse en el costado de la madre y ella lo abrazó—. Anda perezosa. —Sonrió mientras seguía acariciándole el pelo.

—No soy perezosa —dijo sonriente.

—Tengo hambre papi —dijo Jonas, escapándose de los brazos de su madre y se puso de pie sobre el colchón.

—Bueno, vamos a comer, dejaremos sin desayuno a mami, ella comerá cama —comentó cargándolo—. Este pañal pesa toneladas, vamos a quitártelo. —Caminó con el niño al baño, pero antes de entrar volvió a llamar a su hija —. Luana, levántate.

—Está bien, ya me levanto. —Rodó por la cama, desperezándose.

Alexandre le quitó el pañal, lo duchó de la cintura para abajo y le ayudó a lavarse los dientes, de regreso a la habitación buscó en el maletín que había llevado Luana una bermuda para el niño y unas zapatillas Converse.

La chica se levantó, todavía con gran parte del pelo revuelto y caminó al baño.

—Voy a darle de comer a Jonas, no demores.

—Papá, ¿Elizabeth sigue aquí? —preguntó desde el umbral de la puerta al baño.

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada, solo preguntaba. ¿La invitarás a la playa? Sería genial que nos acompañara.

—Lo haré, pero no puedo asegurar que vaya, posiblemente tiene cosas que hacer.

Luana de pronto corrió hacia él, quien la miró extrañado.

—¿Cómo se enamoraron? —preguntó con la mirada brillante.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Por favor papá, no seas tan reservado, cuéntame... Anda, cuéntame.

—Esa conversación la tendremos en otro momento, ahora ve a cambiarte el

pijama.

—Es emocionante, encontraste a la mejor novia. —Corrió de regreso al baño mientras sonreía pícaro.

Alexandre negó con la cabeza y Jonas lo imitó, por lo que el niño lo hizo sonreír. Jamás imaginó que Elizabeth también terminaría cautivando a su hija; suponía que ella era la que menos iba a estar de acuerdo con la relación, y lo había sorprendido esa admiración tan desmedida.

Al salir se encontró a Elizabeth esmerándose con los platos, sin duda ese pasaba a formar uno de los mejores días de su vida.

—Ya Luana viene, se está cambiando el pijama —avisó y se sentó en el sofá, con el niño en su regazo.

—Hola Jonas. —Lo saludó Elizabeth con una sonrisa y le sujetó la mano; el pequeño la miró con los ojos brillantes y sonrientes.

—Al parecer, tu don es cautivar a todos los que te conocen —comentó Alexandre.

Elizabeth se sonrojó ante el cumplido.

—Solo a unos pocos, sé que no todo el mundo me idolatra, sobre todo la mayoría de mis compañeras de la academia de modelaje, y hace poco también me di cuenta, de la peor manera, de que tampoco soy la compañera más deseable en la academia de capoeira de aquí. —Se puso detrás de la oreja uno de los mechones que se le había escapado del moño de bailarina que había improvisado.

—¿Qué sucedió?

—He decidido no volver, cuando regrese en diciembre hablaré con el Mestre.

—Pero ¿qué fue lo que te hicieron? Claro, si deseas contármelo.

Elizabeth le quitó el niño y lo sentó en sus piernas, empezó a alimentarlo, sorprendiéndolo por la facilidad con que trataba a su nieto.

—Está rico, ¿cierto? —comentó sonriendo por el entusiasmo con que Jonas comía.

—Él ya sabe comer solo. —Le dijo Alexandre, enternecido con esa escena; por primera vez deseó tener un hijo. Porque esa experiencia no la había vivido con Luana, ella fue una sorpresa que le cambió la vida.

Jonas negó con la cabeza al tiempo que abría la boca para recibir el pedazo de cruasán que Elizabeth le daba. Provocando con su actitud que ambos rieran.

Ella se quedó mirando a Alexandre, totalmente embelesada y enamorada de

esa risa.

—Eres un pillo igual que tu abuelo —comentó sonriente, queriendo sacudirse esa sensación que la dejaba indefensa. Después guardó silencio por casi un minuto, perdida en las pupilas de Alexandre, que la miraban fijamente—. Me traicionaron, contaron cosas íntimas sobre mí a la policía y confesaron que había amenazado a Priscila.

—Supongo que estaban en un momento de «sálvese quien pueda» y soltaron la lengua más de la cuenta.

—Aun así, eso no les daba el derecho para hablar mal de mí, porque siempre me he esforzado por ser una compañera amigable e íntegra, siempre que han necesitado de mí he estado para ellos... Y me acusaron, pusieron en duda mi inocencia. ¿Cómo pudieron siquiera pensar que pude hacerle algo tan horrible a Priscila?

Alexandre estiró la mano y le acarició la oreja con el pulgar y llevó su delicado toque por la línea de la mandíbula.

—Así es el mundo real cariño —susurró con infinita ternura—. Es una constante jauría de bestias, que solo buscan su propio beneficio. Como no estabas para defenderte prefirieron exponerte y salir del incómodo momento.

—No es justo, sé que ya no puedo confiar en ellos, ya no cuentan con mi amistad. ¿Puedes creer que tan solo dos se mostraron interesados en saber qué había pasado conmigo?

—Lo creo, imagino que después estarían apenados. Me parece muy bien que dejes de hablarles, porque de hacerlo, sería el mayor acto de hipocresía de tu parte. —Miró por encima del hombro para ver si Luana aparecía, ya llevaba más de veinte minutos.

Elizabeth también miró, presagiando en la mirada de Alexandre preocupación.

—Se ha tardado Luana —comentó ella.

—Sí, dijo que solo iba a cambiarse el pijama.

—Es mejor que vayas a ver cómo está.

Él se levantó y fue en busca de su hija, mientras que ella siguió dándole de comer al niño. Era hermoso, le provocaba comérselo a besos, ciertamente, era muy parecido al abuelo.

—Luana. —Alexandre la llamó al tiempo que abría la puerta—. ¿Qué haces? Si solo vamos a desayunar —preguntó sorprendido al verla maquillándose y vestida con ropa de salir.

—Ya casi estoy lista, es que comprende... No puedo salir desarreglada,

¿qué pensará Elizabeth? Ella es modelo, es preciosa papá, de hecho, muy linda para ti...

—Eh... Eh... —La detuvo en un gesto de advertencia—. ¿Acaso crees que no merezco a una mujer hermosa?

—Sí, claro que la mereces, solo que ella es muy hermosa, está fuera de cualquiera de los estándares que imaginaba como madrastra.

—Estás hablando muchas tonterías señorita, ya deja de lado los maquillajes, todavía estás muy niña para poner tantas cosas en tu cara, y vamos a desayunar.

—Un minuto...

—Vamos Luana, si Elizabeth solo lleva puesta una de mis camisetas.

—Está bien, está bien —refunfuño mirándose una vez más en el espejo.

Alexandre por fin logró el cometido de llevarse a su hija a desayunar.

—Buenos días —saludó con la voz temblorosa, producto de los nervios que la embargaban. Su padre tenía razón, Elizabeth solo llevaba puesta una camiseta, estaba descalza y un moño que parecía un nido de pájaros en la cabeza, aun así, se veía extremadamente perfecta.

—Hola, ¡qué bella estás! —elogió Elizabeth—. Ven aquí. —Le pidió palmeando a su lado.

—Gracias, tú también estás hermosa.

Elizabeth se carcajeó, provocando que Jonas se sobresaltara en su regazo.

—¡Por Dios! Si soy un completo desastre. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, como si ya fueran íntimas amigas.

—Igual te ves perfecta —dijo sonrojada y trémula.

El niño pidió ir a brazos de su madre, quien lo cargó y le dio varios besos.

Alexandre se sentó, y sin perder más tiempo empezaron a desayunar.

—Papá, ¿ya le dijiste? —preguntó Luana.

Inmediatamente los ojos de Elizabeth buscaron a Cobra.

—Todavía no.

—Decirme qué. —Quiso saber.

—En un rato.

—Papá...

—Está bien. —Se rindió a las exigencias de su hija y volvió a mirar a Elizabeth—. Hoy teníamos planeado ir a la playa, y Luana quiere saber si deseas acompañarnos.

Elizabeth se quedó pensando, realmente no quería declinar la invitación, pero le había prometido a Luck que almorzaría con él.

—Sí, me encantaría, pero creo que primero tengo que conversarlo con Luck...

—¿Luck?! ¿Vino contigo? —preguntó sin poder ocultar la emoción en su voz, mucho menos en su semblante.

—Sí, eh... —Elizabeth sabía que debía darle una explicación a la chica, aunque ella pareciese estar demasiado emocionada con la idea de saber a Luck en Río, y no interesada en la relación que según los medios ellos mantenían—. Aunque ya no somos novios, terminamos hace unos meses, pero seguimos siendo muy buenos amigos.

—¡Ay, qué pena! ¿Por qué terminaron? Si Luck es tan hermoso, es perfecto...

Alexandre carraspeó y Luana se detuvo en seco, segura de que había sido demasiado imprudente.

—Bueno. —Sonrió ante la embarazosa situación—, mi papá es mucho mejor... Es más alto, eso creo...

—Luana, se te enfría el desayuno —comentó Alexandre.

Elizabeth sonreía divertida ante la situación, estiró la mano y sujetó la de Alexandre, en un movimiento entrelazó sus dedos a los de él.

—Tu papá es mucho mejor, quiero a Luck, es muy buen amigo, pero Alex es incomparable.

—Si tú lo dices —masculló levantando las cejas y desviando las pupilas hacia otro lado—. Papá, no digo que eres feo, pero Luck es Luck, lo siento... —confesó, segura de que no había punto de comparación, el modelo era demasiado hermoso, más de un suspiro le había arrancado.

—¿Quieres conocerlo? —preguntó Elizabeth, queriendo complacer a Luana.

—¿En serio? —Se llevó las manos a las mejillas para que no se le cayera la quijada—. Sí, claro que sí, pero podría morir de la emoción.

—No, de ninguna manera —intervino Alexandre inmediatamente atacado por los celos.

—Ay papá... Papi, por favor, lo admiro, solo eso... De verdad lo admiro.

—No, ya dije que no —dijo determinante.

—Cobra. —Elizabeth apretó sus dedos entorno a él—, permite que lo conozca.

—No Elizabeth, ¿no te das cuenta de que suspira por tu ex? Es más que admiración.

—Pero sabes que no hay problema. Lo sabes, ¿verdad? —Le hizo mil y una

señas con los ojos para que recordara lo que le había confesado sobre la sexualidad de Luck.

—Por favor papi, por favor —suplicó juntando las manos—. Te lavaré toda tu ropa.

—Bueno, ya... Está bien, solo me dices «papi» cuando te conviene. — Cedió ante la presión, empezaba a sospechar que ese par iba a volverle el mundo de cabeza, ya las veía conspirando en su contra—, pero solo serán unos minutos.

—Los que tú quieras —dijo emocionada, que si no fuera porque estaba cargando a Jonas empezaría a brincar por todo el lugar.

—Entonces terminamos de desayunar, nos vamos a la playa y llamo a Luck para cenar con él. ¿Les parece?

—Genial, pero tengo que ir a casa de mi abuela a buscar ropa, o puedo llamar a mi tío, para que me traiga. —Segura de que su tío haría lo imposible por ella.

—De ninguna manera vas a llamar a Marcelo —dijo Alexandre con tono áspero.

—Es que no tengo qué ponerme —balbuceó.

—Te compraré algo.

—No te preocupes por Luck, él no le da importancia a la ropa, podemos cenar por aquí cerca —intervino Elizabeth—. Aunque sabes qué, yo sí tengo que ir por ropa y por el traje de baño —dijo echándose un vistazo a la camiseta con la calavera—. ¿Quieres acompañarme?

Luana, antes de responder miró a su padre, igual que lo hizo Elizabeth.

—Está bien, puedes ir, pero no vayan a demorarse.

—¿Podrías cuidar de Jonas? —preguntó conteniendo la sonrisa, que si la dejaba salir, seguramente sería de oreja a oreja.

—Sí, termina de desayunar.

Luana se apresuró por comer, Elizabeth también lo hizo; después corrió al baño a ponerse su vestido, el que gracias al cielo estaba seco, aunque con un terrible olor a humedad.

Alexandre las acompañó a coger un taxi, y antes de que Elizabeth pudiera subir, le dio un apasionado beso.

—Estoy poniendo todo lo que tengo en tus manos, cuídala por favor.

—Te juro que lo haré —dijo con una sonrisa extasiada.

—Y cuídate también.

—Me cuidaré por y para ti, te quiero. —Volvió a besarlo, hasta que Jonas

intentó alejarlos al empujarlos por las barbillas—. Está bien, ya me voy. —Le dio un beso al niño y subió al taxi, donde ya Luana la esperaba.

CAPÍTULO 36

Samuel detuvo el auto frente al spa al que iban Rachell y Violet, le dio un beso en la boca a su mujer antes de que bajara.

—¿A qué hora paso a buscarlas? —preguntó, apretándole ligeramente el muslo a Rachell.

—No lo sé, posiblemente tres horas... Mejor te aviso cuarenta minutos antes.

—Genial. —Miró a su hija, que estaba sentada en el asiento trasero junto a Oscar—. ¿No te vas a despedir de papi? —Le preguntó.

Inmediatamente ella se incorporó, le rodeó el cuello con los brazos y le besó la boca.

—Te voy a extrañar.

—Pero si solo serán unas horas.

—Aunque sea un minuto sin verte te extraño papi.

—¡Cuanto amor! —Sonrió Rachell—. Vamos pequeña, que llegaremos tarde a la cita.

—Te amo princesa, relájate por mí.

—Lo haré —dijo sonriente.

Rachell volvió a besar a su marido.

—Nos vemos en unas horas, ve pensando dónde vamos a almorzar. —Le susurró mientras le pasaba el pulgar por los labios.

—Está bien, te amo. —Le recordó perdido en la mirada violeta de su mujer; en respuesta, ella volvió a besarlo.

—Nos van a multar —le recordó Oscar—. ¿Pueden dejar los besos para después? —pidió.

Rachell se alejó de su marido y le lanzó un beso a su hijo.

—Pórtate bien y hazle caso a tu padre.

—Adiós mamá, relájate.

Las chicas se despidieron con ademanes entusiastas de sus manos y ellos le correspondieron.

Rachell bajó el auto y le abrió la puerta trasera a su hija para que bajara,

por lo que Oscar aprovechó para pasarse al puesto del copiloto al lado de su padre.

Apenas Samuel puso en marcha el auto, Oscar aprovechó para quitar la música del grupo ridículo de adolescentes que Violet admiraba y puso electrónica.

—¡Gracias al cielo! —aclamó Samuel, al poder librar de la tortura a sus oídos.

—Papá, mira... aquí —dijo Oscar para tomarse una foto con su padre, ambos posaron fanfarrones y después la subió a una de sus redes sociales.

Emprendieron el viaje cantando y tamborileando al ritmo de la música.

Samuel aprovechó un semáforo en rojo para esta vez ser él quien tomara una foto de los dos, y también la subió en sus redes, escribiendo en la leyenda.

«Día de chicos, papá orgulloso».

Siguieron con su destino mientras cantaban y a ratos conversaban sobre temas que no pusieran contra la pared a Oscar, porque no quería poner a la defensiva a su hijo, antes de empezar el día.

Al llegar al Central Park esperaron por más de quince minutos para encontrar una plaza libre en el estacionamiento donde dejar el auto, pero resuelto el problema, bajaron y mientras calentaban el cuerpo, Samuel llamó a Thor para preguntarle si ya había llegado.

—Estoy por llegar, en unos cinco minutos.

—Te alcanzo en un rato, estoy a cuatro kilómetros —terminó la llamada y miró a su hijo—. ¿Preparado? —le preguntó.

Oscar levantó el dedo en señal de que estaba listo y se echaron a correr, llevando su resistencia al máximo.

—Espera... un minuto papá —suplicó sin aliento Oscar, cuando todavía no alcanzaban los dos kilómetros.

—Vamos hijo, un poco más... corre —decía Samuel fresco como lechuga.

—Por favor —jadeó deteniéndose y su padre adelantó varios metros.

—Vamos Oscar, ¿dónde está tu resistencia? —dijo deteniéndose mucho más adelante y tratando de alentarlo.

—No puedo respirar... un minuto —dijo doblado y apoyando sus manos en las rodillas mientras suplicaba por aliento.

—Un minuto es mucho tiempo, que sean treinta segundos —ajustó el cronometro de su reloj—. ¿En serio no puedes dar más? —preguntó incrédulo,

volviendo sobre sus pasos para reencontrarse con su hijo.

—Solo estoy intentando mantenerme con vida —dijo sonrojado por el esfuerzo.

Samuel se carcajeó y le palmeó la espalda, dándole tiempo a que el exagerado de su hijo se recuperara.

—Esto no pasaría si entrenaras más a menudo y pasaras menos tiempo con los videojuegos.

—Es que vas muy rápido, llevas muchos más años que yo entrenando... eso te da ventaja.

—Excusas, puras excusas... De ahora en adelante vamos a entrenar todas las mañanas, no solo vas a correr, ya estás en edad para empezar con las pesas, a partir del lunes te levantaré a las cuatro...

—Papá, no pienso entrenarme como militar...

—Si te entrenaras como militar tendrías que hacerlo por lo menos doce horas al día, solo te estoy pidiendo dos... Tiempo terminado, a seguir, vamos, vamos... —Lo alentó aplaudiendo.

—Necesito agua.

—A un kilómetro está el quiosco donde la compraremos, así que andando... Vamos a ver cuánta sed tienes.

—Ay papá.

—Andando Oscar. —Le pidió y se echó a correr, al chico no le quedó más remedio que agarrar una bocanada de aire y seguir a su padre.

Casi sin vida llegó al quiosco donde compraron las botellas de agua, descansaron unos cinco minutos y siguieron.

Llegaron al punto de encuentro donde estaba Thor en compañía de sus seis hijos.

Matt y Thor estaban fungiendo como instructores para los pequeños que formaban una fila y hacían «la estrella» saltando.

Los quintillizos se emocionaron al ver llegar al tío y rompieron fila para ir al encuentro.

—Tío Sam, tío Sam. —Las voces agitadas y felices de los pequeños emocionaban al fiscal que se encontraba casi sin aliento, mientras que Oscar se había quedado un par de metros atrás.

—Hey, hey... a la fila, a la fila —pidió Thor a sus hijos—. Dejen descansar al tío.

—¿Cómo estás? —saludó Samuel palmeándole la espalda a Thor.

—Aquí, tratando de no volverme loco o que se me pierda uno de mis hijos.

—Le tocó a él cuidar de los pequeños porque Megan también se había ido al spa con Rachell.

—Ya deberías de haberte acostumbrado —dijo avanzando hasta Matthew—. Ya han pasado más de cinco años de que te dieron la noticia.

Samuel no pudo evitar recordar ese momento en que Thor lo llamó llorando para decirle que iban a ser cinco hijos, a él mismo se le heló la sangre.

—No, realmente no creo que algún día llegue a acostumbrarme.

—Hola tío —saludó Matt, dándole un abrazo a Samuel.

—Bueno niños, vamos a seguir con el entrenamiento... flexiones.

—Ay papi —se quejó Morgana, como siempre lo hacía—. Las niñas no deberíamos hacer flexiones, solo los niños.

—Las niñas y niños se entrenan por igual... El que no haga flexiones no comerá waffles ni helado... Háganlo como papá —Él mismo le mostraba como debían hacerlo.

A pesar de los años, Thor había luchado por mantener intacta su masa muscular, entrenaba cada día, se alimentaba sanamente y se ayudaba con suplementos, así mismo les enseñaba a sus hijos a amar ese estilo de vida.

—Cinco más, vamos, cuatro, tres... —contaba y ya dos de los quintillizos se habían quedado de panza al suelo—. Dos, uno... Listo. —Se levantó y aplaudió para animarlos—. Ahora a correr, uno al lado de otro, donde los pueda ver.

—Animo niños —dijo Samuel—. Oscar y Matt, vayan delante —pidió a los primos, quienes ya se habían hecho a un lado para conversar y mirar a las chicas que pasaban cerca de ellos.

A regañadientes obedecieron a Samuel y se echaron a trotar, esperando que los siguieran.

—Vamos niños, Morgana, no te quedes... —le advirtió Thor.

Emprendieron los dos kilómetros que él había planeado, y cuando empezó a notar que estaban fatigados, inició con su canto militar, mientras algunas personas los veían y sonreían con admiración.

—Los Garnett no se rinden, andando, nada los fatigará... ¿Dónde está el dolor? —preguntó corriendo detrás de sus hijos y a su lado iba Samuel.

—¡En la mente! —respondieron los quintillizos al unísono.

—¿Dónde está el cansancio?

—¡En la mente! —volvieron a canturrear los niños y seguían avanzando, mientras que los adultos le llevaban el ritmo.

Samuel y Thor miraban al frente sobre todo a lo que tenían, lo que habían conseguido en esos años, pero si retrocedían en el tiempo, corriendo en ese mismo lugar que los vio de jóvenes, jamás podrían imaginarse con tanta responsabilidad. Fijaban su mirada en Oscar y Matt, quienes solo se preocupaban por mirarle el culo a las chicas, ellos eran cómo una ventana al pasado.

Casi desfallecidos y furiosamente sonrojados, los cinco niños rubios como el sol habían llegado a la meta impuesta por su padre. Se dejaron caer en el suelo exagerando su agotamiento.

—No puedo más —jadeó Morgana—. Prefiero no comer helados ni waffles.

—No exageres, ven levántate —le pidió Matt.

—No puedo —chillo—. No siento mis piernas.

—Es igualita a la abuela —comentó Samuel sonriente—. Eligieron el nombre perfecto para ella.

—Papi, vamos, vamos —pedía Aston, aferrado a una de las piernas de Thor.

—Descansen un minuto —ordenó.

Oscar llegó con botellas de agua para los pequeños que todavía se quejaban del cansancio.

Después de recuperar las fuerzas, caminaron en dirección oeste de la fuente Bethesda, donde se ubicaba el restaurante Boathouse, que a pesar de los años seguía manteniendo su estilo victoriano.

Los ubicaron en la terraza de madera rustica con vistas al lago, inmediatamente los niños le suplicaron al padre que al terminar con la comida pasearan en bote.

No había un segundo de silencioso, la algarabía reinaba en la mesa, mientras que los platos iban y venían.

—Papi subamos a los botes —pidió Devon y después se chupó dos de sus deditos llenos de helado de macadamia.

—Debemos esperar un minuto, o terminarás vomitando en el lago, ¿recuerdas lo que pasa si vomitas en el lago? —Le preguntó mientras le limpiaba con la servilleta la boca a su pequeña de ojitos grises.

—Me lleva la policía —respondió temerosa.

—Y has comido mucho helado, es mejor esperar.

—Está bien. —Movié la cabeza afirmando—. Esperaré un ratito.

Thor no terminaba de poner su atención totalmente en uno de sus hijos

cuando otro requería de él, pero ciertamente ya se había acostumbrado a tanta demanda.

Terminaron la aventura paseando en los botes, agradecía que Samuel hubiese ido ese día a ayudarle con los niños porque si no la travesía se hubiese convertido en una obra titánica.

Apenas el taxi se puso en marcha Elizabeth le dio la dirección de Winstead Boutique en Leblon y no la del hotel, inmediatamente la sorpresa se reflejó en el rostro de Luana, quien la miraba con sus hermosos ojos grises titilantes por la emoción contenida.

—¿No íbamos al hotel? —preguntó con precaución, pero internamente encantada.

—Sí, vamos al hotel, pero primero haremos una parada. Es que no empaqué traje de baño —contestó, admirando lo linda que era la hija de Alexandre, apenas trataba de hacerse a la idea de todo lo que la había sorprendido—. ¿Puedo saber más de ti?

—¿De mí? —Se llevó una mano al pecho—. No hay mucho de mí por contar.

—Es que me gustaría conocerte más, ¿estás estudiando? —Se aventuró a preguntar sin permiso.

—Sí, este año empecé la escuela intermedia, es que quedé embarazada al terminar la fundamental y tuve que esperar un tiempo —dijo sin poder ocultar que le avergonzaba hablar sobre su embarazo.

—Entiendo, pero no te preocupes, ya tendrás tiempo para ponerte al día; lo más importante es que tienes a Jonas y es un niño precioso.

—Sí, lo amo —dijo sonriente.

Elizabeth quería preguntarle sobre el padre del niño, pero bien sabía que no se lo iba a contar; si era un secreto que celosamente le guardaba a su familia, no iba a confiárselo a alguien que apenas estaba conociendo; tampoco quería incomodarla.

—Veo que quieres mucho a tu tío Marcelo.

—Sí... ¿Lo conoces?

—Lo he visto, es amigo de un amigo de mi papá, al que quiero como si fuese mi tío, pero él no sabe que soy novia de tu padre.

—Mi tío es el mejor del mundo, aunque... Bueno, no sé si lo sabes.

—¿Saber qué?

—Mi papá y él no se llevan bien, ni siquiera se dirigen la palabra... Ninguno de los dos ha querido contarme el por qué, y mis abuelos dicen que son tontos resentimientos que surgieron cuando eran adolescentes. La verdad no lo comprendo.

—Ni yo. —Levantó las cejas mostrando sorpresa, pero por lo que Alexandre le había contado, ella intuía que Marcelo también se había enamorado de Branca—. Pero no nos preocupemos por eso, ya ellos en algún momento se encargarán de arreglar sus diferencias.

—La verdad es que no creo que lleguen a hablarse, y es tan difícil para mí. —Resopló, sintiéndose frustrada—. Porque toda la vida he estado en medio, a mi papá no le agrada que comparta con mi tío; recuerdo que cuando estaba pequeña ellos discutieron muy fuerte, porque mi tío me llevaba regalos. Por eso también se molestó hace un rato, cuando le dije que él podría llevarme la ropa al apartamento. Sé que él no lo haría, porque está ocupado, pero mandaría a alguien a que lo hiciera.

—Es que los hombres son tan complicados y orgullosos. —Le dijo sonriente y le apretó la mano—. Imagino lo difícil que debe ser para ti.

Luana la admiró con total devoción, para ella, Elizabeth era alguien inalcanzable, casi como un ser divino al que veneraba, y apenas podía creer que estaba con ella en el asiento de un taxi, hablando de sus problemas familiares, y que si contaba con la suerte necesaria, terminaría siendo también parte de su singular familia.

—Señor, ¿podría esperarnos? No tardaremos —pidió Elizabeth una vez que el taxi se detuvo frente a la boutique.

—Está bien, voy a estacionarme más adelante, para evitar la multa —comentó el chofer.

—Gracias, es muy amable —dijo con esa chispeante y humilde forma de ser que la caracterizaba. Bajó y tomó a Luana de la mano, no como si se tratara de una niña, sino de una íntima amiga, prácticamente la arrastró a la tienda.

Luana había pasado frente a la glamorosa boutique muchas veces, mirando a los maniqués y soñando poder algún día comprarse una de esas prendas. Bien sabía que si le pedía algún vestido Winstead a su tío, sin dudar lo regalaría, pero no le gustaba pedir nada, prefería que sus regalos fuesen espontáneos; también tenía la certeza de que si se lo pedía a su padre, él se esforzaría por comprárselo, posiblemente le llevara algún tiempo reunir el

dinero, pero terminaría consintiéndola, como siempre lo hacía. Sin embargo, era consciente de sus limitaciones y de lo mucho que hacía por ella y por Jona, por lo que era muy precavida con sus pedidos.

A Elizabeth la interceptó inmediatamente una de las vendedoras, imposible que no la reconociera, si nada más entrar se topaban con un mural de ella.

Luana miraba con disimulo la tienda, deseó poder trabajar ahí, segura de que si pudiera tener la oportunidad, dejaría su pago en el mismo lugar.

Elizabeth saludó a la elegante mujer que trataba de ocultar la sorpresa que anidaba en sus ojos.

—¿Está Cecilia? —Le preguntó por la encargada.

—No, salió hace unos minutos para una reunión —dijo con gran amabilidad y respeto, porque a pesar de todo, la chica también era su jefa—. ¿Va a su oficina señorita? —Sabía que era una pregunta indiscreta, sobre todo por el aspecto de la chica.

—No —dijo totalmente despreocupada—. Solo vine a llevarme algunas cosas. —Sabía que no necesitaba dar más explicaciones, aunque estaba segura de que a fin de mes, cuando pasaran el reporte al contador principal, él le comunicaría a su madre, pero no se preocupaba porque, esperaba ya haberla puesto al corriente de todo lo que estaba viviendo ahora.

—Si busca algo en particular podría ayudarla.

—No te preocupes, puedo hacerlo. —Le guiñó un ojo y se fue con Luana al área de playa—. ¿Qué talla eres? Creo que pequeña —preguntó mientras veía en los aparadores, sacó un bikini y se lo entregó.

—No, ya tengo uno. Muchas gracias —dijo algo apenada.

—No te preocupes, tendrás otro... Y quizás uno más. —Sacó otro floreado y se lo entregó. Mientras pensaba que para ella quería uno con el que pudiera enloquecer a Alexandre.

—Elizabeth, no es necesario, de verdad no lo necesito. —Se negó apenada, si su padre se enteraba seguramente se molestaría, porque iba a pensar que ella se lo estaba pidiendo.

—Sé que no lo necesitas, pero la ropa nunca está de más... Elige lo que quieras.

Luana sabía que no podía elegir nada, aunque realmente lo quisiera, porque le avergonzaba que su modelo a seguir tuviera que darle ropa.

—Vamos Luana, mira este vestido de playa, está hermoso... ¿No te gusta?

—Sí me gusta, pero no lo necesito... Es decir, no quiero que gastes conmigo.

—Yo no voy a gastar ni un real, puedes estar tranquila, todo esto nos lo llevaremos sin pagar... Elige todo lo que quieras, sin sentir vergüenza.

Luana solo por llevarle la corriente eligió un pantalón blanco de tela de lino y una blusa celeste, pensando en su atuendo para cenar esa noche con Luck, también se decidió por unas sandalias de corchó.

Eso a ella le pareció suficiente, pero Elizabeth le entregó como una docena de prendas más.

—Como no tenemos tiempo para probarnos nada, llevaremos unas pocas más para poder elegir. —Le dijo, cargadas con prendas caminaron a la caja, ahí las registraron; y Elizabeth, con la huella de su pulgar hizo constar que se estaba llevando esa mercancía.

Salieron con varias bolsas de la tienda y caminaron un par de metros hasta donde las esperaba el taxista; al subir, Elizabeth le dio la dirección del hotel, fue entonces que recordó que no había llamado a Luck, y debía hacerlo sí o sí, porque no sabía si sería apropiado que Luana la acompañara a la habitación sin saber si iba a encontrarse con una escena perturbadora.

—Disculpa, voy a hacer una llamada.

—No te preocupes, ni siquiera tienes porqué avisarme —comentó, muriéndose de las ganas por sacar todas las prendas que había en las bolsas para poder mirarlas bien, porque Elizabeth agarraba cosas como loca, solo se fijaba en la talla y nada más; suponía que ya ella conocía los diseños de memoria.

—Hola cariño —saludó Elizabeth sonriente—. ¿Interrumpo algo? —preguntó pícara—. Qué bueno, es que voy camino al hotel, y voy con una amiga. —Miró a la chica a su lado y le guiñó un ojo.

De manera inmediata a Luana se le despertaron una legión de mariposas en el estómago y revoloteaban con tanta intensidad, que temía que la elevaran, mientras se esforzaba titánicamente por contener una sonrisa, empezó a temblar y los latidos del corazón se le debocaron, apenas podía creer lo que estaba pasando, como para empezar a hacerse a la idea de que iba a conocer a Luck.

Elizabeth terminó la llamada, segura de que podía ir con Luana al hotel.

—¿Terminaste con Luck porque te enamoraste de mi papá? —preguntó la chica sin poder seguir conteniendo su curiosidad.

Elizabeth espabiló varias veces, mientras pensaba qué responder, no sabía qué podía ser lo correcto.

—Es algo complicado. —Carraspeó con los nervios aflorando, porque

podrían torturarla pero no iba a exponer una vez más a Luck—. Es que decidimos terminar nuestro noviazgo porque había algunas diferencias y preferimos dejar de ser novios para no perder también nuestra amistad, eso fue hace algunos meses, pero por cuestiones de contratos no podemos hacerlo público todavía... ¿Me guardarás el secreto? —preguntó, tratando de ganarse la complicidad de Luana.

—Entiendo, ¡ay, pero se veían tan lindos juntos! Luck es el hombre más bello, físicamente es perfecto —confesó y terminó sonrojada al darse cuenta de que estaba hablando del ex de Elizabeth.

—Así es, Luck no solo es hermoso por fuera, también lo es por dentro, y realmente lo quiero mucho, pero ya no como novio.

Luana quería preguntarle que qué tenía su padre que Luck no, pero prefirió quedarse con la curiosidad.

Llegaron al hotel y Luana tenía el corazón saltándole en la garganta, ni siquiera estaba segura si podría dar un paso, porque las piernas le temblaban. Agarró una bocanada de aire, apretó las cuerdas de las bolsas y siguió a Elizabeth.

—¿Sabes que mi papá trabajó en este hotel? —comentó admirando el gran vestíbulo con sus pisos de mármol en tonos ocre y beige.

—Sí, eso me dijo, lo hizo en una época que fue muy difícil para él.

—¿Sabes? Algunas veces pienso que fue mi culpa que mi mamá muriera —confesó mientras subían las escaleras alfombradas que las llevaban al vestíbulo secundario, donde estaban los ascensores.

—No, no digas eso. Lo de tu mamá fue un accidente —dijo parándose frente al ascensor que reflejaba la imagen de ambas en las puertas doradas.

—Un accidente que pudo haberse evitado si yo no me hubiese enfermado, creo que mi papá piensa lo mismo y por eso se ha alejado tanto de mí —confesó mordiéndose el labio mientras contenía las ganas de llorar, era primera vez que expresaba abiertamente lo que sentía.

—Tu padre no piensa eso... De ninguna manera. —Se colgó las bolsas del hombro para acunarle el rostro y lograr que la mirara a los ojos—. No es tu culpa porque no decidiste enfermarte. —La abrazó fuertemente—. ¿Le has contado a tu padre cómo te sientes?

—No, ya él tiene suficientes preocupaciones. —Le dijo tragándose las lágrimas porque no quería llorar—. Lo siento, me he puesto muy emotiva... Es que mi padre nunca me había presentado una novia... Pensé que ya a este punto jamás la tendría, y es de comprender, porque es muy amargado.

—Sí que lo es, pero mi debilidad son los hombres amargados —dijo sonriente y se rompió el abrazo, observando que un par de lágrimas se asomaban a los ojos de la chica, por lo que llevó sus pulgares y las retiró—. Ya no llores, que arruinarás ese hermoso maquillaje; por cierto, tendrás que darme unos consejos, porque lo haces muy bien.

—Es que me gusta mucho todo lo que tenga que ver con la belleza. — Sorbió las lágrimas.

—Bueno, ya no llores. ¿Estás preparada para conocer a Luck? —preguntó sonriente.

—Sí, aunque confieso que estoy muy nerviosa... Lo siento, sé que es tu ex...

—Ah, no te preocupes por eso, ya estoy acostumbrada a que las chicas suspiren por él, hasta se desmayan; solo espero que no termines en el piso — dijo sonriente.

—Espero que no. —Suspiró tratando de calmarse.

—Solo debes tener en cuenta que Luck es un hombre como cualquier otro, no es para nada fuera de este mundo... Es tan humano como tú y como yo... Nada lo hace superior a ti —hablaba en un intento de erradicar los nervios en ella.

—Lo entiendo, mi cerebro lo entiende, pero mi sistema nervioso no. — Soltó una corta carcajada nerviosa.

—Bien, una vez que lo conozcas se te pasarán. —Pulsó el botón y las puertas doradas se abrieron, dándoles la bienvenida un cubículo de espejo y detalles de metal dorado y madera pulida—. Inhala y exhala lentamente, para que te calmes —aconsejó sonriéndole con ternura.

—Me avergüenza que no estoy presentable.

—¡Ay por favor! —rio divertida—. Si estás hermosa, te aseguro que Luck estará menos presentable que tú; ya me lo imagino tirado en la cama todavía con el pijama puesto.

Salieron del ascensor y caminaron por el gran pasillo donde reinaba el blanco, lo que le daba una acogedora claridad al lugar, pasaron un par de antesalas y Elizabeth antes de usar su tarjeta prefirió tocar la puerta.

Casi un minuto esperaron a que la puerta se abriera, ante ellas aparecía Luck, con el pelo mojado y vistiendo un albornoz.

—No imaginé que llegarías tan rápido —dijo saludando a Elizabeth y fijando su mirada gris en la chica que la acompañaba—. Hola. —Se acercó y le plantó un beso en la mejilla, dejando que la costumbre lo gobernara.

—Ho... hola —dijo ahogándose con las palabras, segura de que era mucho más lindo en persona y se le veía más joven. Definitivamente, Elizabeth estaba completamente loca por haber cambiado a Luck por su padre.

—Luck, ella es Luana. —La presentó sonriente al ver lo sonrojada que estaba la adolescente.

—Hola Luana, un placer. —Volvió a plantarle otro beso en la mejilla y ella se dejó llevar por el entusiasmo, tomándose el atrevimiento de ser quien besara la otra mejilla masculina, percatándose de que olía demasiado bien—. Cierto que son dos, siempre lo olvido —dijo sonriente—. Disculpa que me hayas encontrado así, enseguida me cambio y estoy con ustedes.

—Igual te ves muy bien. —No podía evitar la sonrisa de nervios que parecía se le había quedado anclada.

—Gracias, enseguida vuelvo.

Luana quedó perdida en esa sonrisa perfecta, sus amigas no iban a creerlo, jamás lo harían, por lo que necesitaba pruebas.

—¿Será que me puedo tomar una foto con él? —Le preguntó a Elizabeth, mientras trataba de contener sus nervios.

—Claro que sí, a Luck le encanta tomarse fotos, más que a mí. —Le dijo con una sonrisa cómplice.

—Eli, ¿sabes dónde está mi bermuda blanca? —preguntó Luck asomando medio cuerpo.

—Estaba en el cajón del lado derecho, el primero.

—Ya lo busqué y no lo consigo.

—¡Hombres! Nunca saben dónde dejan las cosas. —Resopló—. Luana, siéntate por favor, ya vengo. Si prefieres puedes salir a la terraza y disfrutar de la vista.

—Gracias. —La chica caminó a la terraza para ver en tu su esplendor la playa de Copacabana, la había visto durante toda su vida, pero jamás desde ese lugar.

Elizabeth se fue al vestidor y se encontró a Luck poniéndose la bermuda.

—¿Acaso esa no es la que buscabas? —preguntó señalándola.

—Sí, lo es —cuchicheó—. Suponía que íbamos a hablar y te presentas con una amiga, ¿a qué juegas Elizabeth?

Ella supo rápidamente que estaba molesto, porque casi nunca la llamaba por su nombre completo, por lo menos, no en la intimidad.

—A nada, lo siento Luck. Sí dije que hablaríamos y lo haremos —susurraba porque no se perdonaría que Luana la escuchara.

—No, tiene que ser ahora, quiero una explicación ya —exigió amenazando con alzar la voz.

Elizabeth dejó caer los hombros en señal de derrota, sabía que no podía seguir dilatando el momento.

—Todo pasó cuando vine de vacaciones. —Empezó a decir—. Me enamoré de un hombre...

—Prometiste que no te ibas a enamorar. —La interrumpió sintiéndose indignado, ya lo sospechaba, pero que se lo dijera lo golpeaba con fuerza.

—Pero pasó, traté de evitarlo... —confesó ante el reproche—. Traté de disimularlo, pero ya ves que es imposible, porque estoy dispuesta a hacer locuras por él... No sé ni siquiera si lo que siento es amor, solo sé que quiero estar con él... —Le dolía la manera en que Luck la estaba mirando—. No me importa nada más.

—¿Ni siquiera yo? —preguntó con la voz estrangulada.

—Sí, claro que tú me importas, y mucho; sabes que te quiero, eres mi cómplice, por eso te traje conmigo.

—Me trajiste porque ningún otro estúpido iba a secundarte es esta tontería.

—No es una tontería. —Se mordió el labio para no llorar—. Posiblemente nadie más me acompañaría, pero decidí que fueras tú, porque sabes que eres importante para mí; no tendría por qué decírtelo, porque ya te lo he demostrado de todas las maneras posibles.

—Sí, lo has demostrado, pero después de todo, no era más que un sacrificio. No te preocupes, voy a afrontar mi problema, voy a hablar con mi agente para salir del maldito clóset y no ser más una carga para ti...

—Luck. —Elizabeth se acercó y le golpeó un hombre—. ¿Te estás escuchando? —Volvió a golpearlo y ella tenía las lágrimas a punto de desbordarse—. ¿Te estás escuchando? ¿Qué te pasa? Lo tuyo no es un problema, no lo es; y me duele, me duele mucho que estés diciendo todo esto. Siento no habértelo contado antes, pero sucedieron algunas cosas que no me hacían sentir segura del amor de Alexandre. —La barbilla le temblaba y no podía contener el llanto—. Por eso no te lo había dicho, me daba vergüenza aceptar que posiblemente me había enamorado sola, que no era correspondida, pero no planeé sentir esta necesidad por él, no lo planeé.

—Te voy a perder. —Se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar—. Te voy a perder —confesó convulso por el llanto.

Elizabeth corrió, lo abrazó con fuerza y él correspondió al abrazo.

—No, no vas a perderme, siempre estaré contigo, siempre... Porque te

quiero más que a nada. —Le acunó el rostro—. Mírame, mírame imbécil. —Le exigió—. Te quiero, tú estás por encima de todo, eres más que un amigo, lo sabes.

—No es así, ahora que te has enamorado vas a olvidarme, solo tendrás tiempo para ese hombre y no para mí, las cosas van a cambiar —decía sin preocuparse por que las lágrimas le corrieran libremente por las mejillas, porque Elizabeth lo había visto llorar más que nadie.

—Definitivamente las cosas van a cambiar, pero eso no quiere decir que vaya a olvidarme de ti, ni que tengamos que alejarnos. Te prometo que seguiremos siendo los mismos, los mejores amigos, mucho más que eso; nadie en el mundo tiene tanta conexión como nosotros, nadie.

—Estoy celoso, prometiste que no ibas a enamorarte. —Le recordó una vez más. Ciertamente, él estaba enamorado de Elizabeth, de su personalidad, de su forma de ser, de su amiga, de su cómplice; sabía que no podía corresponderle sexualmente y que a él le gustaban los hombres, pero amaba a Elizabeth, y no quería que se la arrebataran.

—Sé lo que prometí, pero ese hombre se metió con demasiada fuerza en mi vida, se suponía que solo sería una noche de sexo, pero ya ves... Fuiste testigo de lo mal que estaba en Nueva York, y todo porque no tenía noticias de él. Esa chica que está en la terraza es su hija...

—Su hija... ¿Su hija? —habló aturdido sin poder creerlo—. ¿Es un hombre mayor? Tus padres no lo aceptarían.

—No es tan mayor, tiene treinta y cinco. Posiblemente mis padres no lo acepten.

—No, no existe un «posiblemente», es que no te lo van a aceptar.

—Voy a luchar por lo que siento, aunque tenga que ir en contra de mi familia —aseguró decidida.

—¿Lo quieres tanto como para revelarte en contra de tus padres? ¿De tu papá? —preguntó anonadado.

—Sí, y me gustaría contar con tu apoyo, me gustaría saber que puedo contar contigo, que pase lo que pase, siempre estarás de mi lado.

—Sabes que así será siempre «ratona», aunque el mundo se derrumbe estaré a tu lado, seré ese pilar al que podrás sostenerte. —La abrazó y suspiró fuertemente, queriendo sacarse esa sensación de nostalgia que lo embargaba.

—Gracias, te quiero, y me gustaría que esta noche fueras a cenar con nosotros; quiero que lo conozcas...

—No, realmente no creo que pueda verte con otro hombre.

—Luck, si me has visto con otros, y en situaciones mucho más íntimas que una cena.

—No es lo mismo, porque a esos otros no los amabas; estaba seguro de que tus sentimientos estaban a salvo, que solo lo pasabas bien, sin comprometer tu corazón.

—Lo entiendo, pero verdaderamente me gustaría que pudieras acompañarnos, para que te des cuenta de que Alexandre es un buen hombre... ¿No te gustaría comprobar por ti mismo a quién le estoy entregando mis sentimientos?

—No, porque va a ser muy doloroso.

—Quiero que tengas muy claro que a Alexandre lo quiero de otra manera, él no tiene permiso para entrar en esa parte que mi corazón tiene exclusivamente para ti, nadie más podrá invadir ese lugar, porque solo tú tienes la llave de ese espacio.

—Lo pensaré —dijo no tan convencido.

—De acuerdo, ¿qué te parece si ahora salimos a tomarnos unas fotos en la terraza? Esa chica muere por ti.

—Lo noté, es muy linda; aunque claro, no más que tú.

—Si dices que es más linda que yo no me pondré celosa.

—Está bien, ve con ella mientras termino de vestirme.

—No demores.

—Todo depende de cómo esté mi cara.

—Está perfecta. —Le dijo convencida de que así era, le dio un beso y salió.

CAPÍTULO 37

Elizabeth se encontró a Luana en la terraza con la vista perdida en la panorámica que el océano le ofrecía.

—Hermoso, ¿cierto? —preguntó parándose a su lado.

—Sí, es precioso. —Suspiró y volvió la mirada hacia la modelo, percatándose de que evidentemente había llorado, pero decidió no comentar nada sobre eso.

—¿Te parece si nos probamos la ropa? Creo que sería buena idea irnos listas desde aquí —propuso Elizabeth llena de entusiasmo.

—Sí, es buena idea —dijo sonriente, fingiendo no saber que algo había pasado allí dentro.

Ya no sabía qué creer. Si verdaderamente ya no era novia de Luck, ¿por qué se estaban quedando en la misma habitación? Y al parecer, habían discutido. Inevitablemente empezaba a incomodarle la situación.

—Entonces vamos. —Le llevó una mano a la espalda para guiarla.

Luana escuchó su teléfono y lo buscó en su pequeña mochila rosada.

—Es mi papá —comunicó al ver la pantalla.

—Atiéndele o pensará que te he secuestrado.

—No lo dudo, ese no confía ni en su sombra —comentó sonriente y atendió—. Hola papá... Sí, estoy bien, adivina dónde estoy. —Se sentó en el sofá, junto a la casi docena de bolsas que contenía la ropa y zapatos—. En el Belmond —dijo sin poder ocultar su emoción—. Sí, ya lo conocí, es demasiado lindo —susurró ahogada, porque se moriría de la vergüenza si Luck la escuchaba—. No, no te pongas celoso... Claro que lo estás, ya conozco ese tono de voz que usas cuando algo o alguien no te agrada. No tienes que preocuparte por nada. Sí, está aquí a mi lado, ¿quieres que te la pase? —preguntó elevando una ceja con pillería. Se retiró el teléfono de la oreja y se lo extendió a Elizabeth—. Quiere hablar contigo.

Elizabeth sonrió y agarró el teléfono, sintiendo cómo el corazón se le aceleraba y el estómago se le encogía ante la simple expectativa de saber que iba a escucharle la voz.

—Hola —habló y escuchó ese íntimo saludo que le erizaba la piel—. Estamos bien.

—¿Advertiste si las estaban siguiendo?

—No... Bueno, no me percaté de eso. —Se levantó para alejarse un poco de Luana—. No, no creo que nos hayan seguido; ya ves que estamos bien —susurró para que la chica no se enterara de los temores de su padre; aunque ella misma empezaba a ponerse nerviosa, porque no recordaba que posiblemente podía estar en peligro.

—¿Cuánto tiempo van a demorar?

—No mucho, voy a ducharme y a ponerme unas tangas, que volví a perder las que tenía en tu apartamento; estoy empezando a creer que me las escondes.

—Creo que quedaron en la azotea, iré a buscarlas.

—Estuve esta mañana ahí y no las vi. —Lo que vino a continuación no pudo contenerlo—. A quien sí tuve la dicha de conocer fue a Martina —dijo con desdén.

—Creo que no es conveniente que hablemos de eso por teléfono.

—Veo que es importante para ti.

—No lo es. —Se apresuró a decir.

—Ella cree que sí lo es.

—¿Qué te dijo? —dijo tensando la mandíbula, molestándose por la osadía de Martina.

—No tuvo que decir nada, su actitud lo dijo todo.

—Cariño, no tienes que preocuparte por ella ni por nadie. Te lo aseguro.

—Bueno, eso espero, porque ya me has hecho sufrir lo suficiente, y quiero que lo nuestro sume más momentos dulces que amargos.

—Prometo que haré de tu vida un panal, pero con mucho picante.

Elizabeth se carcajeó divertida ante la ocurrencia de Alexandre, después de todo, estaba mejorando su sentido del humor.

—Lo has prometido, y voy a recordártelo a cada minuto —dijo riendo.

—Tienes mi permiso para hacerlo; por cierto, ¿dónde está mi hija? No me digas que la has dejado sola con tu ex.

—No te preocupes, no los dejaré solos, aunque sabes que Luck no va a propasarse con Luana.

—Lo siento, no puedo confiar simplemente en una orientación sexual.

—Ya sé que eres muy desconfiado, pero te prometo que la cuidaré muy bien. Esta es mi prueba más difícil para que por fin me quieras en tu vida, y no voy a defraudarte.

—Para quererte en mi vida no hace falta ninguna prueba ni condición, solo basta con que existas.

—¿Ves? Por eso te quiero, porque puedes ser romántico si te lo propones.

—Suspiró con el corazón galopando.

—No es romance, es mi verdad... Ahora tengo que dejarte o Jonas manchará las sábanas con gabirola. —Le hizo saber al tiempo que le quitaba la fruta al niño.

—Está bien, puedes ir preparándote, que nosotras nos iremos listas de aquí. Te quiero.

—Yo también.

Elizabeth terminó la llamada y regresó hasta donde estaba Luana sentada.

—Ahora sí, busquemos qué vamos a ponernos —dijo sentándose a su lado y empezó a poner las bolsas en la alfombra.

En ese momento apareció Luck, provocando que los nervios de Luana volvieran a estallar; al verlo vistiendo en colores claros sus ojos azules se veían preciosos.

Él, esta vez vio a la visitante de otra manera, ya no era una simple amiga de Elizabeth, era su «hijastra», lo que cambiaba totalmente el panorama de las cosas.

—Disculpen la demora... Veo que casi vaciaron la tienda —comentó sonriente de camino a ellas.

—Necesitaba algunas cosas, ahora vamos a la playa... ¿Quieres acompañarnos? —preguntó Elizabeth sacando un vestido.

—Me encantaría, pero ya me comprometí con Simón. —Se sentó en el sillón frente a la chica—. Luana, ¿eres modelo?

—No —dijo enteramente sonrojada y esquivándole la mirada.

—Pues deberías, eres muy linda, tus facciones son armoniosas —elogió, mirándola con detenimiento—. Claro, siempre y cuando te guste todo este mundo.

—¡Me encanta!

—Sí, le gusta mucho —intervino Elizabeth sonriente.

—Aunque no sé si tengo potencial para serlo.

—Claro que lo tienes, si quieres hacemos una prueba, ven aquí. —Le pidió al tiempo que agarraba su teléfono de la mesa de centro.

Luana tenía las piernas tan trémulas que no sabía si podría siquiera levantarse.

—Ve. —La instó Elizabeth.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó acercándose con un par de pasos.

—Siéntate aquí —pidió palmeando el reposabrazos del sillón. Él esperó a que se sentara—. Ahora deja descansar tu brazo sobre mi hombro —indicó y sonrió al sentir a la chica temblar.

Luana lo vio estirar el teléfono con la cámara puesta, entonces tragó grueso el nudo de nervios que se había alojado en su garganta.

—Sonríe. —Le pidió y tomó una fotografía. Revisó la imagen, pero no quedó muy satisfecho—. Sonríe, algo más natural, no estés nerviosa —dijo sonriente, mientras Luana miraba la perfecta nariz del chico y la boca de labios sonrojados.

—Está bien. —Resopló en un intento por calmarse.

—Aquí vamos —dijo y tomó otra más. Sin que ella lo esperara empezó a hacerle cosquillas en un costado, arrancándole algunas risitas nerviosas y en algunos momentos carcajadas mientras disparaba una y otra vez la cámara de su teléfono—. Creo que ahora sí, vamos a ver... No, mejor dime tu usuario y dejo que tú las veas después.

Luana le dictó el usuario y él la siguió, casi casi que sufrió de un ataque al corazón, pero se esforzó demasiado por disimular su estado.

Elizabeth los miraba sonriente, mientras seguía sacando ropa.

—Elige lo que te guste. —Le pidió a la chica.

Luana buscó entre las prendas, le era difícil decidirse, porque todo le parecía hermoso, pero no quería seguir perdiendo tiempo, así que eligió un vestido corto de estilo playero y el biquini de fondo blanco con estampados de orquídeas rosadas.

Entretanto, Luck elegía las fotografías y las subía a una de sus redes sociales, etiquetándola como: «#Futura modelo» «#¿Qué les parece?»

—Si quieres puedes probártelos.

—Está bien. ¿Puedo pasar? —preguntó señalando la puerta que conducía al vestidor.

—Claro, no tienes que pedir permiso. —Le dijo Elizabeth.

Luana agarró las prendas, pero también se llevó su teléfono, apenas entró al vestidor lo primero que hizo fue escribir en el grupo de sus amigas, contándoles de la afortunada travesía que estaba viviendo; se moría por decirles que Elizabeth Garnett era novia de su padre, pero no podía, porque ante los ojos del mundo ella seguía siendo novia de Luck.

De inmediato empezó a recibir respuesta de sus amigas, la mayoría no se lo podía creer, pero en menos de un minuto una de las chicas mandó al grupo la

captura de pantalla de una de las fotografías que Luck había subido a su cuenta.

Luana, que ni siquiera sabía lo que él había hecho con las fotos empezó a saltar por todo el vestidor mientras contenía su grito de emoción.

Sabía que debía darse prisa, por lo que le tocó ponerle pausa a su emoción y despedirse por el momento de sus amigas. Les quitó las etiquetas a las prendas y se las puso, el bikini le quedaba hermoso, se dio media vuelta y se miró el trasero. Sí, definitivamente le quedaba perfecto; no necesitaba probarse otros, así que se puso el vestido playero que le llegaba por los muslos.

Cuando salió se encontró solo a Luck en el sillón, miró en derredor.

—¿Y Elizabeth? —preguntó.

—Fue a ducharse, dijo que no tardaría... Te queda muy bien —dijo señalando el vestido.

—Gracias, sé que tengo que bajar un par de kilos.

—¿Qué dieces? Si estás perfecta.

—Gracias, es muy halagador viniendo de tu parte.

—Solo digo la verdad... Por cierto, ¿viste las fotos?

—No, todavía. —Mintió para que no pensara que estaba demasiado interesada.

—Míralas, están encantados contigo, te dije que tienes madera para modelo, tengo buen ojo para eso... Si ya hasta me escribió mi agente preguntando quién eras.

—¿En serio? —preguntó avanzando y se sentó en el sofá.

—Sí, mira. —Le mostró desde su teléfono el mensaje.

Luana agradeció al cielo que su padre se empeñara tanto en que aprendiera inglés, porque Luck hablaba muy bien el portugués, pero su agente le había escrito en inglés.

—Sí, pero es que yo no puedo dejar Brasil —comentó ante las propuestas que estaba haciendo el agente.

—¿Por qué no? Si eres joven, Jhosep podría conseguirte una beca. Es una oportunidad que no puedes perder.

—Es que tengo un hijo —respondió un tanto triste, pero segura de que no dejaría a Jonas por nada en el mundo.

—¿Tienes un hijo? —preguntó sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí, tiene dieciocho meses.

—No... No lo sabía —pensaba rápidamente qué palabras utilizar que no

demostraran su turbación—. Pero eso no es impedimento para que seas modelo, el niño puede quedarse con el papá o pueden irse juntos... Todo es posible si te lo propones, aún si tu marido no desea apoyarte.

Luana empezaba a sentirse muy nerviosa y avergonzada, ¿cómo podría tener una conversación tan íntima con uno de sus más poderosos amores platónicos? Si apenas estaba tratando de asimilar que estaban en la misma habitación.

—No tengo marido —susurró al fin con la mirada al suelo—. Soy madre soltera.

—Aunque no tengas marido, puedes lograrlo —comentó en medio del trance que estaba viviendo, ni siquiera deseaba imaginar todo por lo que estaba pasando Elizabeth. ¿En qué estaba pensando para meterse en algo como eso? Sin embargo, trataba de darle ánimos a la chica, que indiscutiblemente había sido de su agrado.

—Sí, creo que puedo lograrlo, pero no es mi momento —respondió derrotada.

—No voy a decir que lo siento, porque no eres motivo de lástima; comprendo que por ahora no puedas dedicarte enteramente a tus sueños; sin embargo, puedes ir preparándote para ello; conmigo puedes contar y estoy seguro de que con Elizabeth también.

—Gracias. —Una sonrisa renovada apareció—. Confieso que siempre te he admirado. —No pudo evitar sonrojarse hasta el pelo por la confesión—, pero jamás imaginé que fueses tan... tan maravilloso —expresó las palabras más apropiadas que encontró.

—Pues tendrás que acostumbrarte —dijo sonriente y pretensioso.

Ella soltó una nerviosa carcajada, siendo sorprendida por Elizabeth, que en ese momento salía vestida con un hermoso vestido blanco largo con dos aberturas en las piernas, que les llegaban a las caderas.

—Veo que se están llevando muy bien —comentó sonriente mientras se ponía unos zarcillos.

—Luana y yo estamos hablando de negocios —comentó Luck.

—¡Tan rápido! —Caminó hasta el sofá, donde se sentó a ponerse unas sandalias playeras.

—Sí, mira. —Le ofreció su teléfono con la foto de ambos.

Elizabeth lo agarró, sorprendiéndose ante la aceptación que estaba teniendo.

—¡Mira nada más! Ya Arthur te está proponiendo matrimonio. —Se

carcajeó divertida, mirando a Luana, quien estaba furiosamente sonrojada—. Y James quiere conocerte. —Silbó pícara y sonriente—. ¡Robert también! Ay no, ese es un perro de dos patas, ese ni lo mires; aunque es guapo el condenado. —Volvió a carcajearse—. Revisa tu teléfono, seguro que te han escrito por privado.

Luana, toda temblorosa buscó en su teléfono y una sonrisa de oreja a oreja la dejó en evidencia.

—Me han escrito cinco chicos, creo que son modelos.

—Lo son, estoy segura —respondió Elizabeth—. Creo que tu padre va a matarme. —Le dedicó una mirada acusadora a Luck—. Y tú tendrás la culpa.

—No he hecho nada malo, solo compartir su belleza —argumentó este.

Elizabeth negó con la cabeza y la imagen donde aparecía él y Luana fue interrumpida por una llamada entrante de Simón.

—Te llaman —canturreó cómplice y le devolvió el teléfono.

Luck lo recibió y caminó hasta la terraza, después de casi un minuto regresó.

—Tengo que marcharme, me esperan abajo —dijo agarrando los lentes de sol que estaban en la mesa junto a la entrada de la terraza.

—Bien, es libre de irse señor —comentó Elizabeth, recibiendo un beso en la mejilla.

—Encantado de conocerte Luana, piensa en lo que te dije. —Le recomendó y le dio un beso en cada mejilla.

—Lo haré.

—¿Y qué le dijiste?

—No puedes saberlo, es nuestro secreto. —Le guiñó un ojo a Luana y le regaló una seductora sonrisa que le salían natural.

—Igual voy a enterarme. —Fingió despreocupación al alzarse de hombros—. ¿Aceptarás la invitación que te hice? —preguntó sujetándole la mano y balanceándola juguetonamente.

—No lo sé, te aviso si puedo.

—Está bien, adiós. —Sonrió agradecida con él, por ser para ella un incondicional. A excepción de su madre, era quien más la comprendía.

—Adiós. —Luck se despidió de ambas y salió de la habitación.

Luana soltó el suspiro que había mantenido atorado en el pecho, imposible le fue concentrarse en los mensajes de los otros hombres cuando había tenido frente a ella al más perfecto de todos.

—Bueno, ahora sí es tiempo de chicas. —Elizabeth se levantó y fue hasta

la habitación, para traer consigo la maleta de maquillaje.

Frente a Luana la abrió, desplegando cada compartimiento, dejando a la chica deslumbrada. Ese era el sueño de cualquier amante de la belleza, como lo era ella.

—Esta sección de aquí. —Señaló Elizabeth una parte en la maleta—. Es a prueba de agua, es la que podemos usar en la playa sin temor a terminar como payaso triste. Me pongo en tus manos, es tu misión que a tu padre se le caiga la quijada al suelo cuando me vea. Pero que sea algo sencillo, para la ocasión.

—Sé cómo hacerlo —dijo con una sonrisa de total seguridad, y empezó a rebuscar en la caja—. Esto es perfecto, voy a aplicarte una crema humectante con suficiente protector solar... Vas a quedar hermosa.

Luana sabía lo que hacía; sin embargo, sentía temor de que a Elizabeth no le gustara; evidentemente, estaba acostumbrada a que la maquillaran profesionales, y ella era una simple seguidora empedernida de tutoriales.

Se esmeró como nunca, tratando con mucho cuidado la elección de los tonos que estaba usando, lo que le jugaba a favor era que ambas tenían el mismo color de piel y de ojos, aunque los de Elizabeth eran más azules que grises.

Después de quince minutos se alejó para mirar el resultado, y suspiró, satisfecha.

—Mira si te gusta, y si deseas puedo ayudarte con el cabello. —Se ofreció, orgullosa de poder estar arreglando a una supermodelo.

—¡Cielos! —exclamó encantada—. Te ha quedado precioso, ¡me encanta! —manifestó sonriente, sin dejar de mirarse en el espejo; estuvo segura de que Luana sabía lo que hacía, porque no era primera vez que la maquillaban para ir a la playa.

—Me alegra que te haya gustado, ahora voy con tu pelo.

Elizabeth se dejó hacer a ojos cerrados, después fue ella quien se encargó de maquillar y peinar a la chica; empezaba a encantarle la complicidad que estaba naciendo entre ambas, suponía era mucho más fácil que Alexandre tuviera una hija adolescente, porque era menos celosa de lo que podía ser una niña.

Elizabeth buscó un bolso de rafia playero y guardó una salida de baño blanca y larga, con unos detalles en los laterales en encaje; guardó además bloqueador solar, de eso necesitaba mucho, porque no podía broncearse; un canga, entre otras cosas.

—Elige lo que llevarás a la playa. —Le pidió a Luana.

La chica guardó una salida de baño más juvenil, era corta, turquesa con los bordes en fucsia; no necesitó de nada más, porque Elizabeth había guardado el resto.

—Ven aquí. —Casi la arrastró a la habitación y empezó a sacar de una maleta estuches de lentes de todas las marcas—. Elige los que más te gusten.

Ella empezó a revisarlos y a probárselos, pensando si Elizabeth había venido de visita a Río o si fue de mudanza, porque ya había lanzado casi una docena en la cama.

Se decidió por unos dorados de Jimmy Choo, y Elizabeth se quedó con unos Dior. De regreso a la antesala, Elizabeth empezó a meter las prendas que estaban regadas en el sofá en las bolsas de la tienda y se las ofreció.

—Toma, es para ti.

—¡No! De verdad, no es necesario. —Se negó rotundamente mientras movía la cabeza.

—Vamos Luana, tómalo...

—No Elizabeth, por favor, no lo necesito.

—Yo tampoco, esto no va a caber en mi maleta. Tómalo por favor. —Hizo un puchero—, es mi regalo de cumpleaños.

—Todavía faltan más de dos meses para la fecha.

—Bueno, es un regalo adelantado —dijo sonriente.

—Mi papá se molestará conmigo, pensará que te lo pedí.

—De tu padre me encargo yo, ahora agarra tu regalo y disfrútalo.

—Si tu intención desde el principio era darme esto, no debiste tomar tantas cosas; es mucho dinero. —Ya no podía seguir rehusándose, así que agarró las bolsas.

—¿Y quién te dijo que yo pagué por algo? —Le preguntó sonriente.

—Gracias, me encanta todo —dijo entre emocionada y avergonzada.

—Me alegra que sea de tu agrado, ahora vamos, que no queremos que tu padre piense que hemos cambiado de parecer.

Salieron de la habitación dejando un reguero de maquillajes, lentes y otras cosas. Sin duda, la mujer de servicio a la habitación tendría mucho trabajo.

En el vestíbulo, Elizabeth solicitó el servicio de chofer para que la llevara al apartamento de Alexandre, así no tendrían que exponerse a salir al frente, sino que abordarían el auto en el estacionamiento.

Luego de pasar el rato con Thor y los niños, Samuel y Oscar se fueron al polígono de tiros; el fiscal quería ver si su hijo se dignaba a mejorar la puntería.

—¿Te imaginarías con quintillizos papá? —Le preguntó Oscar sonriente, sintiéndose todavía aturdido, al tiempo que abría la puerta del auto para subir en el puesto del copiloto.

—No, es de locos. —Sonrió—. Pero supongo que uno termina acostumbrándose... —Miraba por el retrovisor mientras conducía en reversa para salir del estacionamiento—. Aunque ya no tengo que preocuparme por eso, no creo que tu madre pueda quedar embarazada de quintillizos. El que debe tener cuidado eres tú, ¿cuántos años es que tiene Melissa? ¿Catorce, quince? —preguntó para iniciar el tema que tenían pendiente.

—Quince, pero no es necesario que hables de eso —dijo poniendo distancia inmediatamente.

—Vamos hijo, también tuve tu edad, no te preocupes... Entiendo si no estás enamorado, sé que a tu edad predominan las ganas a los sentimientos, uno no anda pensando con la cabeza, por lo menos no con la de arriba.

—Me gusta Melissa —confesó sonrojándose hasta el último pelo—, pero es muy celosa y me molesta muchas veces su actitud... Por eso en momentos prefiero no hablarle, mucho menos tener una relación formal.

—¡Ay hijo! —Sonrió, compadeciéndose—. Las mujeres son celosas por naturaleza, a ellas les encanta jugar a querer volvernos locos, pero debes dejarle claro qué es lo que quieres. Y si deseas tenerla como novia tienes mi aprobación, sé que están teniendo sexo...

—¡No!

—Sí Oscar, no ganas nada con negármelo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Acabas de decir que es muy celosa, normalmente las mujeres sacan las uñas cuando han compartido intimidad, se vuelven más posesivas. No voy a juzgarte porque lleves una vida sexual activa, lo único que te pido es que uses el condón, así ella te jure llorando que se está cuidando no debes confiar, o podrías terminar criando quintillizos, como tu tío. ¿Estás usando condón?

—Sí. —Resopló, dándose por vencido—. ¿Todavía tienes suficiente o te compro una reserva?

—Ya puedo comprarlos sin tu ayuda.

—Gracias por confiar en mí. —Le palmeó un hombro y desvió un instante la mirada del camino para verlo—. Te ayudaré con tu madre.

—Por favor, no quiero ser grosero con ella, pero no deja de meterse en mi vida.

—No se mete en tu vida, solo se preocupa por ti. Si fueses más expresivo con ella... Aunque no lo creas, tu madre es una mujer maravillosa y comprensiva.

—Evidentemente todavía estás enamorado.

—Lo estoy, pero siendo totalmente objetivo, sé que tu madre te entenderá.

—No lo creo, me vive regañando todo el tiempo... Tiene una obsesión con saber dónde estoy en todo momento.

—Porque no le dices que estás con Melissa, ella no puede saber que cuando desapareces es porque estás con tu chica, y piensa en millones de cosas malas que pueden sucederte en tan solo un minuto.

—Solo quiere controlarme, ni siquiera le agrada Melissa, ¿cómo se supone que le voy a decir que salgo con ella?

—Oscar, no es Melissa, será cualquier mujer, porque tu madre se pone celosa; para ella todavía eres un niño... Supongo que siente lo mismo que yo con Elizabeth, es algo absurdo pero incontrolable. Sin embargo, es justo que le cuentes sobre tu relación.

—Lo pensaré, aunque también tengo que hablarlo con Melissa —masculló, seguro de que a la chica le encantaría que por fin la presentara con su familia como novia, aunque verdaderamente no sabía si lo que sentía por ella era amor o era que el sentimiento estaba muy sobrevalorado, porque más allá del sexo, y de algunos momentos compartidos, no era para nada especial, no era como decían las canciones ni como se mostraba en las películas.

—Háblalo con ella, tómate tu tiempo y cuenta conmigo. —Le llevó la mano a la nuca, halándole hacia él y le dio un beso en la sien—. Estás grande campeón..., ya eres un hombre —dijo con nostalgia—. Estoy orgulloso de ti.

—Ya papá, las lágrimas déjaselas a mamá.

Samuel carraspeó y se tragó las lágrimas para mostrarse fuerte delante de su hijo, pero lo cierto era que estaba emocionado hasta el tuétano; los años se le estaban escurriendo como agua entre los dedos y quería que pasaran más tiempo juntos, deseaba disfrutar más de la maravillosa experiencia de ser padre.

Llegaron al polígono, donde se dieron a la tarea de practicar la puntería en medio de risas, camaradería y bromas, hasta que Samuel recibió la llamada de

Rachell, quien le informaba que en media hora podía pasar por ellas al spa.

Oscar no quería marcharse, deseaba superar la puntería de su padre; era inaudito cómo en los videojuegos era un francotirador consagrado, pero en la realidad era un asco.

—Vamos Oscar, que tu madre se molesta si llegamos tarde —dijo al verlo empeñado en seguir.

—Tenemos que venir la próxima semana. —Le pidió a su padre, deseoso de poder mejorar.

—Está bien, vendremos el sábado en la noche. —Le quitó el arma, la descargó y las guardó en el maletín.

Cuando pasaron por las chicas decidieron ir a la casa, descansar un rato y volver a salir, ahora con destino a Coney Island. En el parque de diversiones los padres se olvidaron de que eran adultos y disfrutaron a la par de sus hijos, subiéndose en cuanto aparato había en el lugar.

Rachell estaba renuente a subirse a la montaña rusa, pero Oscar y Samuel terminaron convenciéndola, después de que la retaran por minutos.

Ella ocupó el puesto al lado de su hijo, mientras que Samuel se sentó al lado de Violet.

En cada vertiginosa pendiente Rachell evitaba gritar, pero su pánico lo descargaba enterrándole las uñas a su hijo en el brazo.

—Mamá casi me cercena el brazo —dijo carcajeándose, mostrándole a todas las marcas de las uñas.

—Lo siento cariño. —Se disculpó al ver que verdaderamente lo había lastimado—, lo siento mucho. —Sonreía apenada—. Eso es demasiado para mí.

—Mami, pero si a mí no me dio miedo —confesó Violet sentada sobre los hombros de su padre.

—No te preocupes por mis arañones mamá —dijo Oscar abrazándola—. Gracias por acompañarnos, sé que has hecho a un lado tu miedo solo por complacernos. —Le dio un beso en los cabellos.

Rachell se dejó consentir por su pequeño, mientras se preguntaba mentalmente qué no haría ella por sus hijos y por su marido.

CAPÍTULO 38

Decidieron ir a la playa caminando, después de todo, les quedaba a muy pocas calles y sería absurdo subir a un taxi. Alexandre por primera vez en mucho tiempo se sentía plenamente feliz, iba aferrado a la mano de Elizabeth, tratando de contener el corazón dentro de su pecho y disimulando su felicidad. Mientras que Luana iba a su otro lado, sujetándole la mano a Jonas que extrañamente quería caminar.

Elizabeth, que iba camuflada con lentes oscuros y un gran sombrero, para evitar ser reconocida y que la noticia de su escapada a Río llegara a oídos de sus padres disfrutaba de la seguridad que Cobra le brindaba en el agarre de su mano; sin embargo, necesitaba más intimidad, quería tenerlo más cerca, por lo que lo instó a que le pasara el brazo por la cintura y ella hizo lo mismo; como premio a esa osadía, él le regaló un suave beso en el cuello, haciéndola estremecer.

Alexandre sabía que debía protegerla, por lo que trataron de ir a la parte más sola de la playa, aunque eso representara una tarea titánica; después de caminar hasta Leme, consiguieron un lugar medianamente privado debajo de unas palmeras.

Acomodaron los cangas sobre la arena y se sentaron a descansar; sin embargo, Jonas estaba ansioso por meterse al agua, por lo que entre Elizabeth y Luana le aplicaron el bloqueador.

—Voy a adelantarme —comentó Luana, tomando la mano de su hijo e instándolo a correr.

—Tengan cuidado —aconsejó Alexandre, quien ya estaba en zunga—. Déjame ayudarte. —Le pidió a Elizabeth y empezó aplicarle bloqueador, percatándose de las huellas que su arrebato había provocado en el incitador cuerpo.

Ella llevaba puesto un bikini celeste que cubría lo estrictamente necesario, mientras él paseaba sus manos con infinita dedicación por cada espacio de ese cuerpo que le robaba la cordura.

—Se siente tan bien. —Gimió complacida.

—Podría esmerarme mucho más, si no estuviéramos en público.

—No lo dudo... —Lo miró pícaro y suspiró—. ¿Cuándo regresarás a las rodas?

—No las he dejado.

—Según Gavião no has vuelto desde que yo me fui.

—No es necesario que lo nombres —dijo con un notorio tono de celos.

—Por él es que estoy aquí, si no me hubiese dicho que no habías vuelto a la favela no me habría parecido tan extraña tu ausencia. Imaginaba que conmigo podrías haber jugado, pero sé que jamás olvidarías la capoeira.

—Ni por un segundo has sido un juego para mí. —Se acostó a su lado y le besó el hombro, mientras le acariciaba de arriba abajo con las yemas de los dedos la espina dorsal—. ¿Hablas muy seguido con él? —susurró su pregunta.

—¡Por Dios! —Se carcajeó—. Sé por dónde vienes, ¿qué importa cuánto hable con mis amigos, si mis pensamientos y latidos te pertenecen? Ya te he dicho que te quiero. —Acortó la escasa distancia que los separaba y le dio un beso, uno que él hizo más íntimo, y ella le detuvo la mano justo cuando le apretaba el culo, y lo hizo subirla a su cintura—. Estamos en presencia de tus niños, ¿qué ejemplo les estaremos dando?

—Haces que pierda la razón —dijo en su defensa.

—Te perdono por eso, solo por eso —dijo con una gran sonrisa y la mirada brillante—. No me has dicho cuándo regresarás a las rodas.

—El próximo sábado, en mis planes estaba ir hoy, pero llegaste e hiciste polvo mi rutinaria vida.

—Pero los planes no tienen por qué cambiar en su totalidad, por si no lo has notado, aquí tienes a una contrincante.

—¡No! —Se quejó en medio de una corta carcajada.

—¿Acaso Cobra me teme?

—No lo llares, que ese no vendrá, ¿para qué quieres complicarte la tarde si lo estás pasando bien con Alexandre?

—¡Ay! —Puso los ojos en blanco—. Me salió presumido el señor... Anda Cobra, vamos a luchar.

—¿Para qué luchar si podemos hacer el amor? —Le preguntó acariciándole la cara.

—El amor no podemos hacerlo en público... Bueno, de poder podemos —comentó ante la evidente mirada y sonrisa ladina de él—, pero no es apropiado; en cambio luchar, es menos comprometedor... Anda, di que sí —

suplicaba ante la falta de respuesta—. Si luchamos dejo que me roces.

—Sabes cómo sacar al ruedo a la Cobra.

Ella simplemente le guiñó un ojo y se levantó, acomodándose un poco las tiras laterales de su bikini.

Apenas Cobra se le paró en frente ella se puso en posición con gran entusiasmo, porque sabía que con él sí sería una lucha férrea.

Él se quedó mirándola por varios segundos, hasta que se dio cuenta de que inminentemente Elizabeth quería luchar. No le quedó más remedio que complacerla, aunque era difícil para él, porque por más que la amara, no podía doblegar su orgullo de capoeirista y se enfrentaría como tal.

Caminó en torno a ella con ese aire fanfarrón de un capoeirista seguro de que era muy superior a su oponente, ella quería a Cobra, y Alexandre no pudo retener a su capoeirista por mucho tiempo, así que salió a flote con todo su poderío.

Elizabeth no bajaba la guardia ni por un segundo, tratando de intimidarlo con su seguridad, en un duelo de miradas cargadas de ego que no podía ser disimulado.

En medio de pasos retadores caminaron más cerca de la playa, donde la arena mojada era más compacta y así evitarían una incontrollable lluvia de arena.

Se pararon uno frente al otro y fue Elizabeth quien tendió primero la mano para saludarse e iniciar la lucha. Cobra se aferró a la mano de ella y dejando caer su peso se acuclilló, hasta sostenerse exclusivamente con la punta de sus pies; así mismo hizo Elizabeth.

Entraron a la roda imaginaria que gobernaba sus mentes e iniciaron la lucha, inevitablemente Cobra volvía a sentirse vivo, después de tanto tiempo sin combatir se entregaba en cuerpo y alma en cada movimiento.

Elizabeth estaba segura de que había adquirido más habilidad y potencia en su técnica, gracias a sus encuentros en la favela; el pecho se le hinchaba de orgullo cada vez que esquivaba con maestría los ataques fulminantes de Cobra.

Debido al espectáculo que estaban ofreciendo, empezaron a llamar la atención de algunas personas que desde la distancia seguían la lucha.

Elizabeth resistía, y cuando él estuvo a punto de acercarse más de la cuenta, se impulsó con fuerza y dio un par de volteretas hacia atrás y lo atacó con una patada alta, que Cobra evitó al acuclillarse y balancearse a la derecha; ciertamente, le hubiese quedado muy fácil barrerla con la pierna

derecha, pero simplemente se levantó sin ninguna intención de atacar.

—Para Elizabeth —pidió avanzando hasta ella—. No más capoeira.

Ella agitada se paró, llevándose las manos en jarras y con un gesto de total confusión.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Cobra le pasó un brazo por encima de los hombros y con el otro le cerró la cintura, pegándola a su cuerpo, envolviéndola totalmente en él.

—No puedo luchar porque me distraes cada vez que abres las piernas. — Le dijo al oído con la respiración agitada por el reciente esfuerzo—. Eres mucha tentación para un pobre mortal, y los celos me están matando... Me están matando Elizabeth —confesó, consciente de que más de un hombre tenía los ojos puestos en ella.

Elizabeth se carcajeó al saber la verdadera razón de porqué había dejado de luchar.

—Eres tonto —dijo cerrando sus brazos en torno a la cintura masculina—. No tienes nada de qué preocuparte.

—Para que no pueda preocuparme tendría que sacarle los ojos a todos los que te miran.

—Por el contrario, deberías sentirte orgulloso, porque muchos pueden desearme, pero solo tú puedes tenerme —aseguró mirándolo a los ojos—. En este momento eres la envidia de muchos.

—No quiero ser la envidia de nadie, tenerte es todo lo que necesito.

—Entonces no debes preocuparte por nada más, porque te pertenezco. — Buscó su boca y le dio un beso lento y suave—. Te quiero. —Le dedicó una cálida sonrisa, mientras el rumor del fuego que él provocaba se esparcía por su piel.

—Que lo hagas convierte en realidad mis más anheladas ilusiones. —Le dio un beso en la frente—. Solo te pido que no dejes de hacerlo.

—Por tu bien espero que tú tampoco —amenazó, más seria que divertida—. Y te recuerdo que tenemos que hablar lo de la tal Martina.

—Solo es una vecina.

—Y yo soy novicia... Te la has cogido, no te atrevas a negarlo porque tengo la plena certeza.

—No consigo nada con ocultarlo, sí, he tenido sexo con ella, pero solo sexo... Contigo es distinto, tú haces realidad todas mis fantasías, para mí eres más que un cuerpo, más que un orgasmo... Lo que siento contigo no es lo mismo que he sentido con otras.

—¿Eso es bueno o malo? —interrumpió llevando sus brazos al cuello de él, colgándose juguetona y elevó las piernas hacia atrás.

—Para mí es bueno, porque cuando estoy contigo realmente estoy contigo, lo estoy en cuerpo, mente y espíritu; en cambio, cuando estaba con otras igual estaba contigo, mi mente y mis ganas estaban en Nueva York, en tu cama, entre tus sábanas, haciéndote mía de todas las maneras posibles; has sido mía durante ocho años...

Elizabeth sentía que todas sus mariposas empezaban a suicidarse en el fuego que ardía en su vientre. Ese hombre conseguía despertar su más intenso deseo con pocas palabras; temía que si seguía hablando le hiciera alcanzar un orgasmo.

—¿Por qué no me buscaste antes? ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ahogada en esa mirada—. ¿Por qué tuve que dar el primer paso?

—Por temor, porque era casi imposible que correspondieras a mis sentimientos, porque después de todo, soy un tipo bastante inseguro —respondió avanzando con ella hacia el agua—. Ahora lo único que quiero es recuperar el tiempo perdido y para eso quiero mudarme a tu cuerpo, invadir cada recoveco de tu alma, plantar bandera y colonizar tu corazón.

Ese hombre seguía revolucionando sus sentidos, ¡qué manera de hablar! ¡Qué manera tan inteligentemente de seducirla! Definitivamente, no necesitaba más.

Se lanzó a besarlos mientras sentía el golpe de las olas contra su trasero y una erecta amenaza contra su pubis. Sabía que debía frenar sus desmedidas ganas, porque aunque quisieran, no estaban solos.

—Puedes ser mi amo y señor. —Le concedió—. En este momento deseo amarte mucho hasta quedar exhausta, pero no se puede... —Miró hacia atrás, donde estaba Luana jugando con Jonas—. Por cierto, se te da muy fácil coquetear delante de tu hija, supongo que lo haces muy a menudo.

—Realmente no, es primera vez que Luana me ve con una mujer, pero lo que siento por ti es tan intenso que no puedo disimularlo, no puedo. —Le plantó un beso en el cuello.

—Está bien que no puedas disimularlo, pero por ahora vamos a contenernos. —Lo soltó y él también lo hizo—. Vamos a compartir con los niños. —Le sugirió y se zambulló en el agua, nadó hasta donde estaba Luana y Jonas—. ¡Hola! ¿Cómo lo están pasando? —preguntó sonriente, con la mirada puesta en el niño, que llevaba un flotador.

—Bien —dijo enérgico y sonriente—. Me gusta la playa.

—A mí también, ¿quieres venir conmigo? —ofreció tendiéndole los brazos, y el niño inmediatamente se lanzó a ella.

—Has cautivado a los hombres de la familia —dijo Luana sonriente.

—Disculpa por todo lo que has visto... —Elizabeth no sabía qué palabras utilizar, porque realmente se sentía avergonzada con la chica por las muestras tan efusivas de amor entre Cobra y ella—. Sé que no es la manera..., pero...

—No te preocupes, no tienes que disculparte, también estuve enamorada y sé que es inevitable —confesó mostrándose relajada, de ninguna manera quería hacer sentir mal a Elizabeth—. Y la verdad es que me hace muy feliz ver a mi papá así, pensé que jamás volvería a enamorarse, que viviría amargado toda su vida... Gracias a ti por ser el motivo de sus sonrisas —retribuyó con los ojos llorosos y el corazón saltando de goce.

—Ven aquí. —Le pidió Elizabeth cargando a Jonas con un brazo y ofreciéndole el otro a ella. Luana se acercó, dejándose abrazar y besar el pelo—. No tienes nada que agradecer.

Alexandre decidió quedarse por más tiempo lejos, mientras su excitación menguaba y así poder llegar hasta su hija sin temor a que viera su faceta sexual.

—¿Qué sucede? —preguntó al ver que Luana estaba llorando, la conocía muy bien como para suponer que era el agua de la playa la que le tenía los ojos enrojecidos.

—Solo que Luana está un poco emotiva —comentó Elizabeth.

—No es nada —dijo sorbiendo los mocos.

—¿Cómo que nada? —interrogó Cobra acercándose más a ella.

—Es que estoy feliz por ti —chilló.

—¿Feliz por mí? —Siguió con su cuestionario, sintiéndose confundido—. ¿Por qué?

Elizabeth estaba haciéndole mil y una señas con los ojos, pero bendito hombre que no comprendía a la chica.

—Alex. —Lo llamó captando su atención, ladeó la cabeza hacia la chica y le dijo sin voz y con exagerada modulación: «Abrazala».

Fue entonces que él entendió y cumplió la petición de Elizabeth, regalándole un sentimental abrazo a su hija.

—¿Por qué estás feliz? —Le preguntó con ternura a una pequeña que le llegaba por los hombros.

—Porque tú lo eres.

Alexandre sonrió con el corazón invadido de ternura.

—Pero siempre lo he sido, tú me has hecho muy feliz —confesó plantándole un beso en la frente a su señorita.

—Mentiroso, bien sabes que no lo suficiente; ahora con Elizabeth eres completamente feliz, yo solo te hacía feliz a medias.

—Por mucho tiempo has sido mi total felicidad, la razón de mi vida... No llores princesa, sabes que no me gusta que lo hagas, ¿quieres jugar? —Le propuso acomodándole el pelo mojado detrás de los hombros y observando a su hermosa sonrosada niña de ojos bonitos.

Luana asintió con la cabeza, tratando de contener las emociones que la azotaban; de los que estaban en ese momento ahí, solo ella había sido testigo de la maravillosa transformación de su padre.

—Ven. —Se sumergió un poco, y una vez que Luana se sentó sobre sus hombros él volvió a erguirse—. Dame tus manos, arriba, arriba. —Le dijo mientras que la chica con las piernas temblorosas lograba ponerse de pie sobre los hombros de su padre.

Elizabeth miraba maravillada el momento, comprendiendo porqué Alexandre se había ganado el cariño de Violet; inevitablemente se sobresaltó cuando un grito de Jonas precedió a la contagiosa carcajada infantil, en el momento en que Luana hizo un limpio clavado en el agua.

Permanecieron jugando en el agua por un buen rato, hasta que Jonas pidió comida y Luana tuvo que salir para alimentarlo.

—Quédate —suplicó Alexandre sujetándole la mano a Elizabeth, quien pretendía seguir a su hija.

—No creo que sea conveniente —susurró acercándose a él, mientras la chica se alejaba.

—¿Por qué no? Ven aquí. —La hizo volver y la abrazó por la cintura.

—Porque no vamos a poder controlarnos y no es respetuoso que tengamos sexo delante de tu hija.

—Puedo disimular muy bien. —Le dejaba caer una línea de besos que iba del cuello al hombro.

—Pero yo no, así que no me tientes. —Le pidió, reteniendo una de sus manos, que se hacía espacio entre el biquini y su pubis—. Tampoco puedo broncearme mucho, recuerda que para mis padres estoy en Argentina.

—Está bien, pero no voy a dejarte subir a un avión sin hacerte el amor una vez más... Si es necesario no te permitiré dormir.

—Y yo no me iré sin un par de orgasmos, espero que esta noche la azotea se encuentre libre.

—Hoy lo haremos en la comodidad del apartamento, después de la cena llevaremos a Luana a casa de mis padres.

—¿A casa de tus padres? No..., no es necesario que lo hagas, no la lleves todavía; yo me la arreglo muy bien para tener sexo en cualquier lado.

—Tengo que llevarla, mañana tiene clases a primera hora; si no deseas acompañarme a Niterói está bien, comprendo que todavía no estés preparada para conocer a mis padres.

—¿Preparada? Realmente me aterra —confesó rápidamente.

—No tiene por qué, me gustaría que ellos te conocieran.

—Alex. —Negó con la cabeza—, de verdad me encantaría conocerlos, pero me aterra lo que ellos puedan pensar de mí; quizás dirán que no soy buena para ti... Recuerda lo que pasó con Branca, no la aceptaron, y no quiero que pase lo mismo conmigo.

—Elizabeth, las cosas han cambiado, ya no soy un adolescente, ya no puedo prometer ningún futuro brillante, del cual ellos puedan sentirse orgullosos, para eso ya está Marcelo, ya él les ha dado toda la dicha de sus logros... Sé que soy la oveja negra de la familia y me resigné a eso.

—Pues para mí eres brillante. —Se dio la vuelta y le posó las manos sobre las mejillas—. Eres el mejor capoeirista que conozco, eres perseverante, valiente; no creo que seas la oveja negra, eres el guerrero, mientras que Marcelo... es un simple príncipe. Tú luchas tus batallas, mientras que tu hermano solo da órdenes, y eso te hace muy superior... Eres mi chico malo, el de tatuajes y cicatrices, el que quiero. —Se acercó y se perdió en su boca, dejando que él marcara el ritmo del beso; sin embargo, para Alexandre no era suficiente y empezó a apretarle el culo—. Ya —dijo ella pausando el beso y sonriendo—. Ya... —Volvió a darle la advertencia, pero seguía correspondiendo sus besos—. Alex —chilló casi sin fuerzas y tratando de quitarse las manos de sus nalgas.

Cuando por fin pudo liberarse de ese insaciable hombre puso de distancia algunos pasos, pero él rápidamente la alcanzó.

—Pórtate bien. —Le regañó.

—Lo haré —dijo su palabra y le sujetó la mano.

Salieron del agua con los dedos entrelazados, caminaron hasta donde estaba Luana, dándole de comer unas uvas a Jonas; se sentaron uno al lado del otro.

—Luana, ¿qué dicen tus amigas de que tengas un padre tan guapo? —preguntó Elizabeth para iniciar un tema de conversación.

—Primero tuve que explicarles que no era mi hermano —dijo sonriente—. Después de eso, creo que se cohíben de hacer comentarios inapropiados delante de mí.

—Cierto, siempre a donde vamos creen que somos hermanos. —Estuvo de acuerdo Alexandre—. Eso es lo bueno de haberme convertido en padre tan joven.

Elizabeth no pudo soportar la tentación de pasarle la mano por el duro abdomen, donde se marcaba pecaminosamente cada músculo, con la intención de quitarle algunas gotas de agua. Al tiempo que él se peinaba con los dedos el pelo hacia atrás.

No podía dejar de tocarlo, era como si su piel tuviera demasiado poder sobre ella y la incitara a rozarla.

En ese momento el sonido del teléfono de Elizabeth se dejó escuchar.

—Disculpen —dijo sonriente y empezó a buscarlo en el bolso, esperando hallarlo entre tantas cosas. Imaginaba que era su padre quien necesitaba comunicarse con ella, y por su bien sería mejor contestarle.

Sin embargo, al ver la pantalla y vio la imagen de Paulo prefirió no atenderle, porque no estaba siendo nada oportuno.

—Contesta, no te preocupes —instó Alexandre.

—No, no es importante, después devolveré la llamada —respondió tratando de evitar que vieran la pantalla de su teléfono. Entonces miró a Luana—. ¿Sabes que Luck y Luana se la llevaron muy bien?

—¡Sí! Tienes que conocerlo, es mucho más adorable de lo que imaginaba —comentó la chica emocionada.

—Lo invité a cenar, aunque todavía no sabe si podrá venir. Espero que no haya inconveniente —comentó, observando cómo las cejas de Alexandre se juntaban. Estaba segura de que no le agradaba la situación, pero no tenía opciones, era primordial que Luck y él por lo menos hicieran el intento de llevarse bien. Mientras Paulo seguía insistiendo con la llamada, ya estaba a punto de sacarla de sus casillas.

—Creo que debes contestar —sugirió con un tono de voz particularmente ronco, provocado por los celos; no sabía si habían estallado a causa de haber nombrado a Luck o por el tal Paulo que estaba llamando, pero se esforzaba por parecer normal.

—Sí, voy a hacerlo —dijo y para que el hombre que amaba viera que no tenía nada que ocultar, y que Paulo no era importante para ella, atendió la llamada en el mismo lugar—. Hola.

—Hola Eli, ¿cómo estás? —preguntó el joven al otro lado.

—Bien, muy bien... —Como no tenía ganas de tardar mucho en esa llamada no iba a preguntarle cómo estaba—. Qué sorpresa que llames.

—Sí, es que estoy aquí...

—¿Aquí? —Tragó en seco y miró en derredor, trataba de hallarlo entre tantas personas—. ¿Dónde? —preguntó con el corazón martillándole en la garganta, y sin verlo.

—En Nueva York, acabo de bajar del avión... Dime que nos veremos esta noche —hablaba emocionado mientras esperaba por su maleta.

Elizabeth sintió que el alma le regresó al cuerpo y los latidos desaceleraron.

—Lo siento Paulo, es que no estoy en Nueva York, en este momento estoy en Argentina, por asuntos de trabajo. —Le guiñó un ojo a Luana, quien no sabía que le había tocado mentir para poder estar ahí.

—No puede ser. —Se lamentó, pasándose una mano por la cara, para drenar su frustración.

—Es que no me avisaste que irías... ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Y cuándo volverás?

Elizabeth comprendió que era el momento de librarse de tener que verlo, porque bien sabía cuáles eran sus intenciones, y ella no estaba para andar de flirteo con nadie.

—No lo sé, estamos grabando un comercial y no sé cuánto tiempo nos tome.

—Comprendo —dijo devastado—. De todas maneras voy a quedarme un mes, no creo que un comercial lleve más de una semana de grabación.

—Espero que no —comentó apática—. Me da gusto que estés en Nueva York, disfruta de la ciudad, ahora tengo que dejarte, estoy ocupada.

—Está bien, no quiero interferir en tu trabajo.

—Adiós. —Elizabeth se despidió, ni siquiera le preguntó dónde se hospedaría porque verdaderamente no le interesaba nada de lo que tuviera que ver con Paulo, ni con ninguno de los que pertenecieran a la academia; a excepción de Bruno, que era amigo de su familia y había estado pendiente de la situación.

Terminó la llamada y se obligó a regalar una sonrisa despreocupada.

—Lo siento. —Se disculpó y miró a Luana—. Tuve que mentir porque mis padres no saben que estoy aquí, me escapé. Sé que no es el mejor ejemplo...

—No te preocupes, no tienes que darme explicaciones. —Le sonrió, siendo

empática con ella.

—Voy por agua, ¿quieres? —preguntó Alexandre levantándose.

—Te acompaño. —Se ofreció Elizabeth, agarró la salida de playa, se levantó y se la puso.

Alexandre caminó y ella lo alcanzó, aferrándose a su mano.

—¿Te verás con ese tal Paulo? —preguntó con aspereza.

—La verdad no lo creo... Es un compañero de la academia de aquí, y ya te dije que estoy muy molesta con todos, no me interesa verlo.

CAPÍTULO 39

Después de ir al apartamento de Alexandre, donde se ducharon y cambiaron de ropa, regresaron a la playa para cenar en algunos de los quioscos que franqueaban la emblemática calzada.

Cobra eligió uno donde sabía que servían buena comida y la cerveza siempre estaba helada, también consideraba que la música en vivo era de lo mejor y con un gran repertorio, un sitio muy acogedor para pasar un buen rato en compañía de personas importantes para él.

Tomados de las manos caminaron por la plataforma de madera y se ubicaron en una de las mesas de cuatro puestos, junto a la barrera rústica, creada por troncos barnizados, que delimitaban de la arena el acogedor lugar que estaba al aire libre.

—Supongo que ya habías venido —comentó Alexandre.

—No, por extraño que parezca nunca había venido —respondió levantando la mirada, sintiéndose cautivada por las bombillas que colgaban de las vigas del techo de madera y que el viento mecía sutilmente—. Es muy bonito. —Regresó la mirada al hombre a su lado—. Me parece romántico.

—No sé si sea romántico, pero la cerveza siempre la sirven bien fría.

Elizabeth se carcajeó ante su acotación, provocando que Alexandre sonriera.

—Eso lo veremos, en cuanto la pruebe —dijo entre risas y apartó ligeramente el diario que posiblemente alguien más había dejado olvidado sobre la mesa. Sin embargo, una fotografía en primera plana llamó su atención y no pudo ignorarlo.

Desplegó el periódico para ver mejor al hombre de la fotografía e inmediatamente lo reconoció y las manos empezaron a temblarle, tragó en seco para ver si podía bajar el corazón que parecía habersele instalado en la garganta.

Su memoria eidética no fallaba y estaba totalmente segura de que ese hombre era quien la había secuestrado en la favela, y que Alexandre dijo lo había golpeado hasta dejarlo en coma.

—¿Qué sucede? —preguntó Alexandre al percibir la repentina palidez en Elizabeth.

Mientras ella seguía sumida en la fotografía que parecía pertenecer al documento de identidad, y había otra de un cuerpo desnudo, maniatado y con una funda en la cabeza, que simulaba ser un capirote, pero estaba totalmente ensangrentado y colgado por su cuello de uno de los tubos de electricidad del túnel Rebouças.

Elizabeth empezó a leer la detallada nota que explicaba que le habían cercenado el miembro estando todavía con vida y se lo metieron en la boca, después le dispararon tres veces en la cabeza, para después dejarlo balanceándose en medio del túnel, a espectáculo de quien tuviera la desgracia de pasar por el lugar.

—A... Alex. —Elizabeth, con las manos temblorosas le tendió el periódico, para no alarmar a Luana.

Alexandre, con la mirada fija en la expresión de miedo en Elizabeth agarró el periódico, sintiéndose preocupado por ella y por lo que había visto; no quiso perder tiempo en enterarse, por lo que puso sus ojos en la nota.

—¿Desean pedir algo? —ofreció el mesero que acababa de llegar.

Elizabeth todavía aturdida y con el corazón palpitando desbocado miró al mesero, sin poder pronunciar palabra.

—Yo quiero una batida de coco sin alcohol —pidió Luana, segura de que podría compartirla con Jonas—. Elizabeth, ¿qué vas a pedir? —preguntó al ver que no le había dado respuesta al hombre.

—U... una cerveza —tartamudeó sin quitar su mirada de Alexandre, quien enrollaba el periódico y se lo entregó al mesero.

—Alguien lo olvidó. —Le dijo sin mostrarse en nada perturbado, después miró a Elizabeth—. ¿Qué cerveza quieres?

—Una skol senses —pidió Elizabeth, todavía muy nerviosa, aunque debía estar aliviada no podía.

—Para mí una Antártica.

—¿Desean algo más?

—Por ahora solo eso —dijo Alexandre, ellos ni siquiera habían visto la carta.

—Enseguida les traigo las bebidas —dijo con una sonrisa servicial.

Elizabeth se moría por preguntarle qué opinaba, pero no sabía si debía hacerlo delante de Luana. Al parecer, Alexandre vio la tensión que la embargaba, porque le tomó la mano y se la apretó con cariñosa pertenencia; se

la llevó a los labios y le dio varios besos, para seguir acariciándola.

—Todo está bien amor, no te preocupes... No merece la pena. —Le dijo con tanto cariño y ternura que consiguió disipar un poco la sensación de miedo y preocupación que la embargaba.

—Fue esta madrugada —susurró ahogada.

—Lo sé, ya lo leí... Tranquila —aconsejó manteniendo la calma.

—Aquí tienen las cervezas, en un minuto te traigo la batida de coco. —Le informó a Luana, quien jugaba con su hijo.

—Gracias —dijo sonriente.

Elizabeth agarró la cerveza y le dio un gran trago, para pasar la impresión que la dominaba, confirmando que ciertamente estaba helada.

Alexandre apenas sí saboreó la de él, cuando se dio cuenta de que Elizabeth, en un par de tragos, se había terminado la suya.

—Luana cariño, regresamos en un minuto —informó mirando a su hija y después desvió la mirada a Elizabeth—. Ven conmigo.

Ambos se levantaron y salieron por la abertura de la ingeniosa barrera de troncos, bajaron los escalones y caminaron por la arena, acercándose a la playa mientras el viento les movía con furia el pelo.

—Solo respira y cálmate, no pasa nada. —Le sugirió Alexandre

—¿Cómo que no pasa nada? Dijiste que te estaba siguiendo... ¿Quién pudo haber hecho algo tan espantoso?

—No me interesa quién lo hizo, solo sé que se lo tenía merecido, y me alivia saber que ya no es una amenaza —dijo sin un mínimo de remordimiento—. Aunque por la manera en que lo hicieron, podría atribuírselo a los narcos, y me atrevo a asegurar que están enviando un mensaje... Pero son cosas que solo entre ellos entienden.

—¿Te hace sentir bien que le haya pasado eso?... ¿No te afecta en nada? —comentó, presa de los nervios.

—Te mentiría si te dijera que no me alivia y que pudieron torturarlo más.

—Alexandre, era un ser humano...

—Malvado, un hijo de puta inhumano, eso era... Se dedicaba a llevarse niñas para explotarlas sexualmente, no tienes ni puta idea de cómo se ensañó conmigo, cuando te digo que casi me mata es porque casi lo hace.

Elizabeth se lanzó a rodearle el cuello con los brazos y se puso de puntillas para poder alcanzarlo bien.

—Lo siento, de verdad lo siento... Se supone que no debe afectarme lo que le pasó a ese desgraciado, pero no sé por qué me da miedo...

—Tranquila. —Empezó a acariciarle el pelo—, ya pasó, es lo que importa. Sé que te da miedo, eres muy sensible a este tipo de situaciones, porque en tu mundo solo pasan cosas buenas, cosas fantásticas, no estás preparada para salir al mundo real... No lo estás.

—Pero por fortuna te tengo a ti, te tengo a ti. —Hizo más fuerte su abrazo.

—Siempre me tendrás... ¿Quieres volver a la mesa?

—Dame un minuto y un beso que dure el mismo tiempo; necesito algo que me calme y solo se me ocurre recurrir a la paz que encuentro en tu boca.

—Será mejor que te sientes —aconsejó, seguro de que posiblemente necesitaría más tiempo.

—No te quiero soltar.

—No lo hagas —dijo y la instó a que abrazados se sentaran en la arena, con ternura se liberó de los brazos de ella que le encarcelaban el cuello y se alejó para mirarla a los ojos—. Esta noche luces hermosa.

—Ya me lo habías dicho. —Le dijo, recordando que fueron las primeras palabras que le dijo apenas la vio salir de la habitación.

—No me molesta recordártelo... —Le llevó las manos al cuello y la acercó a su boca—. Quiero que no te preocupes por nada mi vida, solo relájate. —La besó como se lo había pedido.

El beso duró todo el tiempo que ella quiso, solo eran conscientes de la caricia de sus lenguas y labios, siendo acompañados por el sonido de las olas que rompían muy cerca de ellos.

—Ahora estoy más tranquila —confesó bebiéndose el aliento de él—. Podemos regresar.

—Vamos. —Se pusieron de pie, y tomados de la mano regresaron a la mesa.

—Elizabeth, recibí un mensaje de Luck, me dijo que te estuvo llamando —comentó Luana y vio cómo la chica buscó su teléfono en la cartera—. Le dije dónde estábamos, espero que no te moleste.

—No, para nada —dijo y le devolvió la llamada.

Él le dijo que llegaría en unos diez minutos, que se estaba terminando de vestir. Ella le agradeció que la apoyara en algo tan importante.

Alexandre le hizo señas al mesero y pidió otra cerveza para Elizabeth.

—Disculpa —intervino ella antes de que el joven se marchara—. ¿Podrías tomarnos una foto? —pidió, segura de que no se marcharía sin valerosos recuerdos.

—Sí, claro —dijo el mesero y ella le ofreció su teléfono.

—Pero más juntos. Luana, yo cargaré a Jonas y tú puedes sentarte en las piernas de tu papá —sugirió Elizabeth y así se tomaron varias imágenes—. Gracias, eres muy amable. —Lo premió con una gran sonrisa.

—Ahora una de los dos —propuso Luana cuando volvió a su silla.

—¡Sí, por favor! —Se emocionó Elizabeth.

—Ven Jonas, ven con mami —pidió la chica, pero Alexandre lo sentó en la silla desocupada, la que esperaba por Luck.

Alexandre le pasó un brazo por encima de los hombros a Elizabeth y ella puso una de sus manos encima del pecho de él, sintiendo que estaba descontrolado, poniendo en evidencia su nerviosismo, pero si no fuera por eso, creería que ella no tenía el poder para alterar sus latidos.

Se hicieron un par de fotografías, Elizabeth sonreía ampliamente mientras que Alexandre, que no le gustaba hacerlo, permanecía serio, pero locamente enamorado.

—Más íntimas, besándose. —Instó Luana, provocando que su padre se sonrojara.

Era inaudito ver que se intimidaba porque ella se lo pedía, cuando no, se la pasaba pegado a la boca de Elizabeth.

Alexandre miró los ojos y la boca de su novia, deseando besarla, pero no se atrevía, hasta que fue Elizabeth quien le estampó un beso, y como bien sabía que la mejor manera de obtener una fotografía hermosa era actuar con naturalidad, empezó a hacerlo más íntimo; saboreó los labios de Alexandre y se aventuró con su lengua a probar cada recoveco en esa boca, dejándose llevar por las sensaciones hasta perder el sentido del tiempo y del espacio.

Elizabeth se separó extasiada de esa boca, le sonrió con complicidad y con la mirada perdida en las pupilas dilatadas.

—Quedaron hermosas —anunció Luana, regresándole el teléfono a su dueña.

Elizabeth lo revisó y sonrió emocionada de poder tener fotos con Alexandre.

—¿Te gustan? —Necesitaba la opinión de él.

—Sí, quedaron muy bien —respondió mirando sutilmente las huellas de su beso en la boca de Elizabeth.

Al alargar la mirada pudo ver a Luck que llegaba, inmediatamente se puso de pie y fue a buscarlo.

—Gracias por venir —chilló emocionada y le dio un gran abrazo—. Ven, necesito que conozcas al hombre que amo. —Le sujetó la mano y casi lo

arrastró—. Alexandre, te presento a Luck —dijo con la mirada brillante y haciendo un ademán al chico a su lado.

Alexandre se puso de pie y le ofreció la mano, tratando de no ser prejuicioso y borrar de su memoria que ese hombre había tenido demasiada intimidación con Elizabeth.

—Un placer, Elizabeth me ha hablado muy bien de ti.

—Igual, aunque a mí apenas me habló de ti —comentó sin saber que Luana no estaba al tanto de la situación—. Pero ya sospechaba de tu existencia.

Elizabeth cargó a Jonas y le pidió a Luck que se sentara.

—Bueno, hace unas semanas supe de tu existencia, pero no fue hasta ayer que Elizabeth me habló de ti —respondió Alexandre, sintiéndose tenso.

—Creo que es mejor obviar todo eso —dijo Elizabeth sonriente.

—Es lo mejor. —Luck también sonrió y desvió su mirada hacia Luana—. ¿Cómo estás? —preguntó y le plantó un beso en la mejilla.

—Muy bien, gracias. —No podía evitar sonreír como una tonta al ser presa de los nervios.

—¿Es tu hijo? —preguntó mirando al niño que estaba en las piernas de Elizabeth.

—Sí, es Jonas. —Miró a su hijo—. Saluda a Luck cariñoso.

—Es lindo —comentó enternecido.

Alexandre sentía que el chico lo estaba ignorando o posiblemente estaba nervioso, lo que no le gustaba en absoluto era la cercanía que mostraba con su hija.

Luana volvió a pedirle a su tímido hijo que saludara al invitado.

—Hola —susurró agitando ligeramente su mano.

—¿Y cómo se conocieron? —De repente Luck preguntó a quemarropa y clavó sus ojos en Alexandre.

—En una roda —respondió Elizabeth, y por debajo de la mesa le sujetó la mano a Alexandre y se la apretó, eso fue suficiente para que él comprendiera que no debía decir nada sobre la favela.

—Ah, también eres capoeirista. No sé por qué no me sorprende.

—Así es, también soy capoeirista.

—Te imaginé mayor, porque conocí primero a tu hija.

—Te dije que tenía treinta y cinco —intervino Elizabeth.

—Sí, recuerdo que lo dijiste, pero imaginé que físicamente podría estar más cerca de los cuarenta que de los treinta, y aparenta menos de la edad que realmente tiene. —Le argumentó a su amiga y ahora exnovia.

—Supongo que eso es un cumplido —comentó Alexandre.

—Solo una acotación —aclaró Luck, sin poder sentir total empatía por el hombre, pero no podía verlo como un amigo, cuando no era más que un ladrón que había llegado a robarle a su pareja.

—Disculpe. —Llegó el mesero de piel morena y ojos ámbar, que los había estado atendiendo—. ¿Puedo ofrecerle algo?

—Sí..., eh. —Revisó en la carta y después de varios segundos se decidió—. Un amarula por favor.

—Enseguida se lo traigo. —Se alejó en medio de una servicial reverencia.

—¿Y bien? —Suspiró Elizabeth emocionada, tratando de hacer el encuentro más ameno, porque no era ciega y podía darse cuenta de la tensión que se posaba en los hombros de ambos hombres—. ¿Cenamos? —preguntó elevando las cejas.

—Sí, estoy hambriento —respondió Luck, sonriéndole a Luana.

—Yo también —dijo ella, respondiendo a su sonrisa.

Alexandre carraspeó y se removió en el asiento, no sabía si solo era su percepción, pero podía asegurar que el modelo le estaba coqueteando a su hija, y por el bien de esa bonita y respingada nariz, sería mejor que controlara sus avances.

Luana lo miró de inmediato y él le frunció ligeramente el ceño, un gesto que ella conocía muy bien y que esperaba siguiera respetándolo.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Luck, volviendo la mirada una vez más a Alexandre—. Disculpa que esté interrogándote, pero solo quiero lo mejor para Elizabeth.

—No tengo problemas con responder a tus curiosidades...

—Luck. —Elizabeth sonrió avergonzada—, creo que eso lo hará mi papá... No lo agobies.

—No te preocupes —dijo regalándole una sutil caricia circular con las yemas de sus dedos al dorso de la mano de la chica—. Trabajo para la policía científica, soy fotógrafo forense.

—Bueno —masculló Luck—, supongo que eso te sumará algunos puntos a favor con el fiscal, quizá un perito sea más de su agrado que un modelo, porque tu futuro suegro es bastante exigente —anunció con la intención de prepararlo para lo que le esperaba.

—Mi papá es muy buen fotógrafo —dijo Luana con una sonrisa de orgullo por su padre, pero la mirada brillante por la admiración hacia el chico.

—Imagino, pero no estoy apresurado en requerir de sus servicios.

Las chicas estallaron en carcajadas por caer en cuenta de la broma de Luck, pero a Alexandre definitivamente no le agradó.

—Te sorprendería —dijo Luana entre risas—. Realmente estudió paisajismo con sus respectivas especializaciones.

—Entonces, ¿por qué está en el área forense? —preguntó desviando la mirada hacia Alexandre.

—Lamentablemente el paisajismo no da para pagar las cuentas —respondió sin titubeos.

—También estudió Criminología y Criminalística, y Sistemas Policiales de Información e Inteligencia Computarizada —continuó Luana con gran orgullo.

—Veo que ha pasado mucho tiempo estudiando.

—Lo suficiente —argumentó Alexandre y le dio un trago a su cerveza.

—Gracias. —Luck recibió su coctel.

—Vamos a pedir —anunció Elizabeth, quien había estado mirando la carta—. Yo quiero de entrada unas «empanaditas de camarón». —Sabía que estaba excediéndose con las comidas y haciendo malas elecciones, que posiblemente en cuanto llegara a Nueva York iba a arrepentirse, pero por el momento quería disfrutar de lo que a su consideración era una de las mejores gastronomías del mundo.

—Yo también —dijo Jonas, provocando que Elizabeth se carcajeara.

—Unas para ti también. —Le plantó un sonoro beso en la mejilla, realmente estaba enamorada del niño.

—Para mí unos «bollitos de bacalao» por favor —pidió Luana.

—Yo quiero unos «camarones al ajillo». —Alexandre hizo su elección mientras el chico anotaba en una pequeña libreta.

—Unos «quiabo frito con bacón» para mí —solicitó Luck.

Mantuvieron la conversación sin que el ligero ambiente de tensión mermara, al parecer, ninguno de los hombres deseaba empatizar con el otro; sin embargo, se esforzaban por llevar una plática «aparentemente» cordial.

Elizabeth era consciente de que ambos estaban haciendo un gran esfuerzo por mantenerse en la misma mesa, y comprendía que estuvieran celosos y a la defensiva, porque no estaban preparados para ese encuentro.

Disfrutaron de la comida en paz, aunque notaba que Luck quería marcharse no lo hacía y seguía pidiendo amarula, manteniendo su conversación más con Luana que con el resto, indudablemente habían tenido química; quizá era lo que más agobiaba a Alexandre, quien no le quitaba los ojos de encima a la hija. A ella le parecían tontos esos celos paternos, cuando bien sabía que

Luana no corría peligro con Luck.

Alexandre, a pesar de estar atento a su hija, admiraba también a Elizabeth, quien estaba encantada con la música en vivo, y canturreaba cada clásico que la mujer de piel oscura y afro cantaba con tanta pasión, en algunos momentos la vio balanceándose ligeramente en el asiento.

Sabía que a ella le gustaba bailar, así que decidió bajar la guardia de padre y complacer a su mujer.

Sin que Elizabeth lo esperara le ofreció la mano e hizo un movimiento con su cabeza, en un claro gesto que la invitaba a bailar; así que con una gran sonrisa y sin un atisbo de dudas en sus ojos le sonrió y asintió con la cabeza.

—Jonas, ve con tu mami. —Le dijo al niño, que no había querido despegarse de ella.

Luana recibió al pequeño de mirada traviesa, le dio un beso y lo sentó en sus piernas, mientras admiraba cómo Elizabeth se aferraba a la mano de su padre.

Ambos caminaron hasta la pista, donde solo había una pareja de turistas, que por lo íntimo que se mostraban, podían estar celebrando su luna de miel.

El lugar era bastante acogedor y romántico, el techo era una cúpula de madera con una cortina de diminutas luces titilantes, que simulaban una noche estrellada, mientras la dócil y fría brisa de la playa los envolvía con la misma contundencia que lo hacían las notas de la kizomba.

Alexandre la abrazó con pertenencia, envolviéndole la espalda con el brazo derecho, mientras que ella le pasó el suyo por encima de los hombros; sus dedos se escabulleron entre los rizos y se aferraron a la nuca caliente de él.

Mientras que sus manos izquierda y derecha unidas reposaban sobre el pecho latente de Cobra.

La sangre de Elizabeth ardía con cada movimiento, le gustaba demasiado cómo Alexandre le marcaba el ritmo, la llevaba a la perfección; y podía sentir la respiración pesada de él su cara.

Se aventuró a mirarlo a los ojos, donde se perdió por varios segundos; su piel estaba en guardia y cada vez que él se desplazaba con la palma hasta llegar a su espalda baja todos los poros se despertaban.

—Bailas muy bien —elogió sonriente—. ¿Dónde aprendiste?

—En la favela —respondió él sin apartar sus ojos de los de ella.

—Que sepas mover el cuerpo te eleva a la estratósfera. Me encanta bailar, tanto como la capoeira.

—Lo sé.

—Olvidaba que me has estado espiando por mucho tiempo.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos mientras ondeaban sus pelvis sensualmente, hasta hacerlas encontrarse, como si sus cuerpos se besaran, así como lo hacían sus miradas; y se olvidaban de que el mundo seguía girando.

—Eres perfecto —susurró Elizabeth, sin ser plenamente consciente de que había exteriorizado sus pensamientos. Después de haberlo admirado con detenimiento por varios minutos, tuvo la certeza de que era agresivamente guapo; sus rizos cobrizos agitados por el viento, sus ojos grises cargados de misterio y pasión, las pecas que ligeramente le salpicaban la nariz y que podían apreciarse aun tras esa piel bronceada, la barba recortada y de un cobrizo brillante, esa que le hacía una invitación a ser tocada.

—No más que tú «delicia» —murmuró con ganas de desaparecer todo lo que los rodeaba y perderse en esa mujer, en esa niña bonita de ojos soñadores que le había devuelto la sonrisa.

Después de seducirse por varios minutos en medio de la pista, durante un par de canciones, y bajo una lluvia de aplausos solicitados por la cantante regresaron a la mesa.

—Papi baila —comentó Jonas sonriente, impresionado de ver bailando por primera vez a su abuelo.

—Y lo hace muy bien —dijo Luana entre risas.

—Creo que es hora de que nos marchemos —anunció Alexandre, queriendo estar a solas con Elizabeth.

—¡Ay papá! —protestó Luana, quien deseaba seguir disfrutando de ese momento, donde uno de sus más anhelados sueños se había hecho realidad. Realmente no cualquiera podría tener la dicha de conocer y compartir con sus modelos más admirados.

—Tengo que llevarte a casa, mañana tienes clases. —Le recordó las responsabilidades que ella parecía haber olvidado.

—Entonces pidamos la cuenta —dijo Luck, y le hizo una seña al mesero para que se acercara—. ¿Nos traes la cuenta por favor? —pidió.

Alexandre se encargó de pagar, después de haberlos convencido de que él los invitó.

—Eli, ¿nos vamos al hotel? —preguntó Luck al tiempo que se levantaba de la silla.

—Un minuto. —Le susurró Elizabeth a Alexandre, y miró a Luck—.

Necesito hablar contigo.

—Bien. —Sabía lo que ella iba a decirle, su mirada y sus gestos lo gritaban. Sin embargo, fue con ella hasta la calzada.

—¿Me odiarías si te pido que nos veamos por la mañana? —preguntó mordiéndose el labio, sintiéndose un tanto avergonzada con la petición, porque él la había acompañado y prácticamente lo había abandonado.

—Sabes que jamás podría odiarte... Además, se te nota a millas que quieres estar a solas con ese hombre. Ve, disfruta todo lo que quieras, pero llega a tiempo de irnos al aeropuerto. —Le pidió, apretándole la punta de la nariz de manera juguetona.

—Lo haré. —Sonrió agradecida y feliz con su amigo. Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla—. No te vayas, te acompañaremos al hotel. Alex vive muy cerca de allí.

—Bueno, por lo menos me estás dando un perímetro... ¿De cuánto?

—Menos de dos kilómetros —dijo con la alegría burbujeando en ella.

—Será el mismo que le daré a tu padre si no te apareces a primera hora de la mañana.

—Cálmate, que el vuelo sale a las tres, y se supone que tengo que dormir por lo menos un par de horas...

—¡Ah, gracias! —dijo elevando ambas cejas—. Gracias por escupirme a la cara que tendrás sexo hasta que el cuerpo aguante.

—No te quejes, que tú no vienes de rezar precisamente.

—Ya, ve por el señor amargado... ¡Qué cara de culo que se gasta! —dijo sonriente.

—Es más bonito cuando sonrío, se ve más joven.

—No es de mi interés... —Ve. —La giró hacia las mesas.

—Ya voy. —Le guiñó un ojo con pillería y caminó hasta donde estaba Alexandre—. Ahora sí podemos irnos. Vamos a acompañar a Luck hasta el hotel.

Luana bajó a Jonas para que caminara, al tiempo que Alexandre se levantaba.

Salieron del lugar dispuestos a caminar casi un kilómetro, Elizabeth se escurrió entre las personas y se puso junto a Alexandre, a quien le tomó la mano; y él envolvió sus dedos con lentitud y ternura.

Como ella iba por la calzada pero franqueando la carretera, la soltó y se pasó al otro lado, para escoltarla. Elizabeth, con la mirada al frente sonrió como una tonta, al darse cuenta de esa tradición tan antigua que imperaba en

él. Esa en la que el hombre siempre protegía la mujer, por si algún loco se saltaba a la calzada.

—Papi. —Jonas se paró y le ofreció los brazos al abuelo.

Alexandre tuvo que soltar a Elizabeth para cargarlo, pero apenas lo sostuvo con un brazo volvió a tomarle la mano a su chica.

Frente al Belmont Copacabana se detuvieron para despedir a Luck.

—Recuerda que mañana tenemos que viajar. —Le recapituló en medio de un abrazo.

—Lo sé, gracias por ser tan comprensivo, eres el mejor. —Ella hizo fuerte el abrazo.

—Adiós Luana. —Se acercó y le plantó un beso en una mejilla—. Me encantó conocerte, piensa en lo que te dije, tienes mucho potencial, pude darme cuenta con tan solo verte —confesó y le dio otro beso en la otra mejilla.

—Gracias, eres encantador, espero que volvamos a vernos.

—Seguro que sí. —Estaba claro que si Elizabeth seguía con ese hombre volverían a tener la fortuna de encontrarse.

Ella le sonrió con la emoción reflejada en los ojos brillantes, él también le correspondió y después le ofreció la mano a Alexandre.

—Un placer, solo espero que la hagas feliz y la protejas... Merece un buen hombre, alguien que la valore.

—Luck —interrumpió Elizabeth sonriente—. Una vez más te estás pareciendo a Samuel Garnett.

—Puedes estar tranquilo, Elizabeth tiene más valor para mí que mi propia vida —confesó sin temor a perecer cursi.

—Solo espero que sigas manteniendo la palabra. Y ya me largo, antes de que vuelvan a compararme con el ser más intransigente sobre la tierra.

Elizabeth se carcajeó divertida y lo vio marcharse.

—Parece que no le cae muy bien tu padre —comentó Alexandre.

—Es que mi papá le ha hecho la vida imposible —dijo sin pensar, pero al ser consciente tragó el nudo que repentinamente se le atoró en la garganta—. Pero seguro que contigo será distinto. —Inventó rápidamente—. Como dijo Luck, que seas perito te suma puntos.

—Cuando lo conocí me pareció amable, hasta me convidó un cigarro...

—Te lo dije —comentó sonriente entretanto avanzaban. Pero en realidad pensaba «Porque no tenía idea de que te estabas cogiendo a su hija; de hacerlo, te hubiese convidado una paliza».

Cuando llegaron al apartamento de Cobra, ya Jonas había quedado rendido

en sus brazos. Y en el momento que Luana recogía sus cosas, su padre notó todas las ropas y zapatos que Elizabeth le había regalado, e inevitablemente surgió una pequeña discusión. Él no esperaba ni deseaba que Luana quisiera a Elizabeth a cambio de ese tipo de obsequios.

Después de que ambas chicas expusieron sus razones, él aceptó que ella se llevara todo eso, pero con la condición de que Elizabeth no volviera a darle nada, que para eso tenía su padre que cubría sus gastos.

Eso a Elizabeth le entró por un oído y le salió por el otro, porque no dejaría pasar fechas especiales para darle a Luana lo que quisiera, más allá de ser hija del hombre que amaba y de ser su admiradora, era una chica excepcional.

CAPÍTULO 40

El taxi se desplazaba por el puente Presidente Costa e Silva, rumbo a Niterói, donde Alexandre dejaría a los niños y también aprovecharía para presentarle la mujer que amaba a sus progenitores.

Era primera vez que se enfrentaba a una situación como esa, y más que nervioso estaba eufórico, pero también temía que Elizabeth no fuese de su agrado o que lo juzgaran por haber puesto sus sentimientos en alguien tan joven.

Elizabeth iba a su lado y evidentemente estaba muy nerviosa; él intentaba calmarla, y no importaba cuánto Luana le dijera que sus abuelos eran los mejores del mundo, ella no podía ocultar la preocupación que anidaba en sus ojos.

Si no fuera porque él llevaba a Jonas rendido en sus brazos la reconfortaría. Sin embargo, admiraba la valentía que ella trataba de mostrar, posiblemente para no mortificarlo.

Alexandre le dio un par de indicaciones al taxista para que acertara camino y llegara más rápido; entretanto, le apretaba con pertenencia un muslo a su mujer.

Elizabeth lo miró y sonrió, tragando en seco para ver si lograba bajar el corazón que lo tenía retumbando en la garganta, nunca había estado en una situación remotamente parecida, porque a los padres de Luck los conocía desde que era niña, y ambos la adoraban, era como un miembro más de la familia, también influenciaba que su noviazgo siempre había sido una farsa, y eso hacía las cosas menos complicadas.

El taxista se detuvo frente a una casa de dos pisos de líneas rectas con grandes ventanales y un cuidado jardín frontal. No importaba las inhalaciones y exhalaciones lentas que hiciera, no conseguía calmarse.

—¿Hemos llegado? —preguntó ahogada ante lo que era evidente.

—Sí, aquí es.

La familia de Alexandre vivía en el barrio Itacoatiara, a pocas calles de la playa; la estructura había recibido algunas remodelaciones con los años, en el

afán de hacer una arquitectura más moderna, pero seguía siendo su hogar, donde nació y creció.

Elizabeth se dio cuenta de que después de todo, Alexandre no era un hombre de bajos recursos, como lo había imaginado cuando visitó por primera vez la madriguera en la que vive.

Debió imaginarlo, si sus padres eran profesionales que todavía ejercían; tenía las posibilidades de estar cómodo, no entendía por qué vivía como alguien que no tuviera para pagar por algo mejor en Copacabana.

Al bajar, Elizabeth le ayudó a Luana con las bolsas, pretendía que si se concentraba en algo podría conseguir que sus nervios mermaran.

Luana usó su huella digital para que el portón principal les diera acceso, caminaron por la calzada de lajas, enmarcada por un majestuoso jardín, que guiaba a la iluminada vivienda.

—Este jardín es hermoso —comentó Elizabeth, al ver lo cuidado que estaba el lugar.

—Es de mi madre, lo quiere más que a los hijos —comentó Alexandre.

—Lo certifico, mi abuela adora el jardín. Puede pasar un día completo hablándole a las plantas, les da más cariño que a mí —dijo sonriente.

—No lo dudo, se nota que le invierte mucho tiempo.

—Y dinero —comentó Luana.

Por un minuto logró poner su atención en la amena conversación, pero en cuanto estuvieron frente a la puerta principal, los nervios aparecieron de golpe.

—¡Llegué! —Se anunció Luana, apenas pisaron el vestíbulo; segura de que sus abuelos a esa hora debían estar en su habitación, viendo televisión.

Elizabeth recorría con la mirada el lugar, sin duda tenía apariencia de un hogar muy cálido, sin excentricidades pero con las comodidades necesarias.

—Siéntate. —Le pidió Alexandre—. ¿Quieres agua, vino o cerveza? —Le ofreció, al tiempo que le entregaba el niño a Luana, quien había dejado las bolsas en la alfombra.

—No, estoy bien, muchas gracias —dijo sintiéndose ahogada.

—Voy a llevarlo a su habitación —anunció Luana.

Elizabeth se quedó mirando al pequeño que le había robado el corazón.

—¿Puedo darle un beso? Solo si no se despierta.

—Puedes hacerlo, este dormilón es de sueño pesado.

Elizabeth se acercó, le apartó los rizos de la frente y le dio un beso, después le acarició con el pulgar la mejilla.

Luana le regaló una sonrisa de agradecimiento por el cariño hacia su hijo.

—Cariño. —Se dejó escuchar la voz de Arlenne desde lo alto de las escaleras—. Estaba por llamarte, ya nos tenían preocupados... —Se interrumpió al ver que habían llegado con visita, y ella en pijama—. Buenas noches —saludó con la mirada puesta en la joven que estaba junto a su hijo.

—Buenas noches. —Elizabeth se obligó a vencer los nervios y sonreír.

—Mamá, te presento a Elizabeth... —empezó Alexandre, y Luana, que no quería perderse por nada del mundo ese momento, se quedó parada a medio camino—. Mi novia —anunció en el momento que su padre también hacía acto de presencia.

—¿Tu novia? —interrogó sorprendida. Después de Branca no le había conocido a ninguna otra mujer. Hasta ya había renunciado a la posibilidad de que alguien llegara a enamorarlo.

—Sí, es mi novia.

—Mucho gusto señora. —Elizabeth avanzó y le ofreció la mano.

La mujer todavía sorprendida recibió el gesto, percatándose de que apenas era una chiquilla.

—Es un placer y una verdadera... —Sonrió nerviosamente y clavó sus ojos en Alexandre—. ¿Qué quieres que te diga? Estoy pasmada... Disculpa, no es por ti —aseguró, regresando la mirada a la chica, que verdaderamente era hermosa.

—¡Ya era hora! —anunció Guilherme, llegando hasta ellos y le ofreció su mano a la joven—. Mucho gusto señorita, sea bienvenida.

Elizabeth sonrió nerviosa, ya sabía de quién había heredado Alexandre ciertas actitudes tan anticuadas.

—Gracias..., gracias... Es usted muy amable.

Luana llevó con rapidez a su hijo a la habitación, segura de que no despertaría, y regresó a la interesante reunión. Estaba fascinada con las miradas de sus abuelos.

—Tome asiento por favor —pidió el padre de Alexandre.

Elizabeth obedeció y se sentó con precaución, nunca se había sentido tan nerviosa e incómoda, aunque los señores eran amables.

—¿Y desde cuándo son novios? —preguntó Arlenne, sentándose frente a la chica, observando con detenimiento cómo su ermitaño hijo se sentaba a su lado.

—Hace un par de meses —comentó Alexandre, eso puso en muy mala situación a Elizabeth, porque no tenía idea de qué comentar.

—¿Y dónde se conocieron? —interrogó Guilherme.

—En una roda —anunció Elizabeth espontáneamente.

—Capoeira —dijo el hombre consciente del vicio de su hijo por el deporte.

—Elizabeth es muy buena capoeirista, hoy la vi luchando con mi papá —intervino Luana en la conversación, al tiempo que se sentaba al lado de su abuelo, quien inmediatamente le pasó el brazo por encima de los hombros, la pegó a su cuerpo y le besó los cabellos—. También es modelo, ¿recuerdas que hace unos días te mostré algunas fotos de ella? Que sea novia de mi papá ha sido una gran sorpresa... ¡Todavía no lo puedo creer! —dijo emocionada dejándose mimar por su abuelo.

Elizabeth le sonrió con complicidad, y ella retribuyó de la misma manera.

Guilherme no había reparado con detenimiento en las fotografías, realmente casi nunca lo hacía, porque su adorada nieta lo bombardeaba con mucha información de todas las cosas que ella admiraba, y sabía que solo eran cosas de adolescentes.

—Elizabeth. —La madre de Alexandre pronunció su nombre como si intentara aprendérselo—. Si llevan un par de meses juntos, ¿por qué no fuiste a verlo al hospital cuando estuvo en coma? —No pudo contener su curiosidad.

—No lo sabía. —Alexandre respondió por ella—. No hablemos de eso ahora —pidió, porque lo que menos esperaba era que incomodaran a la mujer que amaba.

—Solo preguntaba —susurró la mujer, como si hubiese sido regañada.

—Elizabeth, ¿eres de Río? —Esta vez fue Guilherme quien interrogó, mostrando curiosidad por la jovencita.

—No... Bueno, nací en Noronha. —Trataba de explicar, sin que sus nervios fuesen tan evidentes.

—Ella vive en Nueva York. —Volvió a intervenir Luana, a quien parecía que la conversación le fascinaba más.

Arlenne movió lentamente la cabeza afirmando, tratando de comprender la relación entre su hijo y la chiquilla.

—Así es, pero parte de mi familia vive en Río, mis abuelos y tíos... —acotó sin atreverse a tocar a Alexandre, porque estaba muy tensa—. Por lo que vengo muy seguido a Brasil.

—Supongo que si quieren formalizar algo tendrás que venirte de manera definitiva —comentó Arlene.

Solo entonces Elizabeth se daba cuenta de que no había pensado en ello.

Amaba a Alexandre, eso que sentía por él era extraordinario, para ella él era el ser más maravilloso de la creación, pero no había pensado en dejar su vida en Nueva York. Suponía que solo necesitaba tiempo para analizarlo.

—Bueno. —Suspiró Alexandre, antes de que Elizabeth tuviera que dar una respuesta a esa inoportuna pregunta—. Tenemos que irnos, mañana me toca madrugar. —Se levantó y le ofreció la mano a Elizabeth, ella se aferró y también se puso de pie.

—Está bien, ten cuidado... Espera, ¿cómo se van? —preguntó Arlenne.

—En taxi.

—Ya lo llamo —intervino Guilherme.

—No te preocupes papá, caminamos hasta la parada.

—Por favor, tengan cuidado. Y Elizabeth, vuelve pronto.

—Eso espero señora, muchas gracias por recibirme, y disculpen la hora de mi visita.

—No te preocupes.

Elizabeth se despidió de los padres de Alexandre, dándole un apretón de manos. Luana se ofreció a acompañarlos hasta el portón principal; pero justo antes de salir, Elizabeth vio sobre una mesa una fotografía familiar de años atrás, donde estaban los padres de Alexandre y también estaba Marcelo; no parecían tener más de doce años, y se maravilló de ver esos rizos casi a la altura de los hombros.

Siguió, como si todo fuese irreal; no lograba procesar el momento.

—Te portas bien. —Le dijo Alexandre a Luana, abrazándola con ternura—. Y ve a dormir, que tienes que ir a clases mañana.

—Sí señor mandón —dijo ella apretando el abrazo de su padre—. Te quiero.

Él le dio un par de besos en la misma mejilla y el nudo de nostalgia se le formaba en la garganta, pero se mostraba imperturbable.

Elizabeth y Luana se abrazaron como si fueran las mejores amigas, deseando poder verse pronto.

—Adiós. —Luana se despidió agitando su mano y se quedó mirando cómo ellos caminaban por la calzada, alejándose; después de varios metros de distancia, decidió volver a la casa. Apenas entró vio a sus abuelos sentados en el sofá.

—Están tan sorprendidos como yo, ¿cierto? —chilló de emoción.

—Para qué negarlo, es algo que nos tomó por sorpresa.

—¿Quién es la chica? —preguntó Guilherme.

—Abuelo, la que te mostré en las fotos la semana pasada.

—Luana, recuerdo haber visto una docena de modelos a las que sigues.

—Se llama Elizabeth Garnett, es nieta de Reinhard Garnett.

—¡No puede ser! —Alucinó el hombre.

—¿Estás segura de lo que dices cariño? —preguntó la señora.

—Completamente... ¿Verdad que es increíble?

—Pero ¿cómo Alexandre terminó con esa chica? No lo entiendo... —
Negaba Guilherme con la cabeza, totalmente anonadado.

—Yo tampoco, pero lo importante es que juntos se ven muy lindos, y mi papá por fin tiene a alguien a su lado... Lo vi sonreír en muchas oportunidades, fue el mejor fin de semana que he pasado con él.

—Cariño, sé que estás muy feliz, pero es mejor que te vayas a dormir, y mañana seguimos la conversación —pidió Arlenne, seguía demasiado asombrada.

—Está bien. —Agarró las bolsas—. Por cierto, todo esto me lo regaló Elizabeth, mañana les muestro, todo es hermoso. —Se acercó a sus abuelos y les plantó sonoros besos—. Los adoro.

—Nosotros también, ve a dormir pequeña. —Le pidió el abuelo.

Una vez que estuvieron solos se mantuvieron en silencio por más de un minuto, posiblemente cada uno enhebrando ideas sobre la situación.

—No me gusta para nada —susurró Arlenne—. Presiento que Alexandre va a salir lastimado.

—No digas esas cosas mujer —comentó Guilherme.

—Solo digo la verdad, ¿acaso no viste que es una jovencita? Y por si fuera poco, nieta de Garnett... Creo que mi hijo para ella no es más que un capricho de niña mimada y terminará rompiéndole el corazón.

—Yo creo que nuestro hijo, después de todo, es afortunado —dijo el hombre—. No cualquiera puede tener una relación con una chica como esa, y seamos sinceros, Alexandre no está a su altura, es hermosa.

—No lo entiendes, ¿verdad Guilherme?... —dijo casi molesta por la actitud de su marido—. Esa jovencita es importante para nuestro hijo, después de diecisiete años, viene a presentarnos a una mujer como su novia, ¿eso no te dice nada? —inquirió cruzándose de brazos.

—No seas pesimista, posiblemente la chica sí está enamorada de Alex... ¡Qué poca fe le tienes a nuestro hijo mujer!

—Lo conozco, sé que él sí está enamorado, pero ella posiblemente solo está experimentando... No quiero volver a ver a mi hijo con el corazón

destrozado.

—Cariño. —Entendió la preocupación de su mujer—, Alexandre ya es un hombre de treinta y cinco años como para que le estés cuidándole el corazón, si se ha aventura a querer a esa muchacha, sabiendo los riesgos que corre esa relación es porque tiene sus razones. No debes mortificarte si no lo hace él.

—Entonces, ¿me quedo solo a mirar cómo camina al borde de un precipicio? —dijo la mujer, sin querer dar su brazo a torcer.

—Sí, dejarlo que viva sus riesgos, ya después, si sale lastimado, aquí estaremos para consolarlo, como ya lo hemos hecho; pero no podemos limitarle sus vivencias solo por temor a que pueda derrumbarse.

—Me preocupa —murmuró.

—Lo sé. —La abrazó y se quedaron en silencio.

Alexandre le soltó la mano a Elizabeth y le pasó el brazo por encima de los hombros, en un gesto de infinita pertenencia; en respuesta, ella posó una mano en su cintura y con la otra mano se aferró a sus dedos, que descansaban sobre su hombro.

—Disculpa lo que pasó en casa, suponía que no iban a interrogarte, que simplemente se mostrarían como son..., sin tantas complicaciones —comentó Alexandre mientras caminaban lentamente.

—No te preocupes, supongo que todos los padres son así.

—Creo que su reacción se debe a que es la primera vez que técnicamente alguno de sus hijos le presenta a una novia —explicó, tratando de encontrarle una justificación a la actitud que presentaron.

—Por lo menos fueron menos dramáticos de lo que fue mi padre cuando presenté a Luck como novio, actuó como si me despidiera definitivamente de él. Mi madre me comentó que cuando se fueron a la cama, ella tuvo que consolarlo porque terminó llorando.

—Cuando se trata de hijas es más complicado. —Resopló para drenar toda esa sensación de nostalgia que le provocaba recordar un momento tan difícil —. Luana me dijo que estaba embarazada el día que cumplió sus quince años, y quise morirme... Literalmente me rompió el corazón, me lo hizo polvo. Era la primera vez que me ponía un traje, lo primero que hice fue quitármelo y quemarlo; estaba furioso con el mundo entero... No estaba preparado, de ninguna manera... Culpé a mis padres, la culpé a ella, cuando realmente el único culpable había sido yo, porque es mi hija y es mi responsabilidad, a la cuál descuidé por estar en otras cosas.

—No es tu culpa ni de nadie, Luana cometió un error, quizá enamorarse y entregarse prematuramente a ese sentimiento...

—Ese es el problema, ni siquiera sé exactamente si estaba enamorada o no. No sé nada, me frustra que sea tan reservada.

—Tiene a quién salir —comentó Elizabeth—. Pero ya no te preocupes tanto por el pasado, no se puede hacer nada, solo tienes que esforzarte por el presente, y por favor, sé más cariñoso con ella —refunfuñó.

CAPÍTULO 41

Bajaron del taxi y entraron tomados de la mano al edificio ubicado en Copacabana, saludaron al hombre de seguridad, que parecía estar más dormido que despierto.

Al entrar al ascensor Alexandre la sujetó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¡Por fin solos! —proclamó mirándola a los ojos.

Elizabeth le llevó las manos a la cara, apartando cualquier rizo rebelde e hizo un marco para ese rostro de nariz fileña y puntiaguda, con unos ojos cristalinos que hacían surgir suspiros a borbotones en su pecho. Con sus pulgares empezó a mimar las gruesas cejas cobrizas, percatándose de que a pesar de su atractivo que la cautivaba lucía cansado, aunque él no lo demostrara.

—Pareces cansado —expresó sin poder reservarse su opinión—. Supongo que solo habrás dormido dos horas o menos.

En realidad, él no había dormido ni un minuto, pero no se lo diría.

—Un poco más de una hora, pero eso fue suficiente... Tú eres la culpable de que no haya podido descansar más.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque roncas.

—No lo hago, no seas mentiroso —dijo sonriente—. Estoy segura de que no lo hago.

—Está bien, no lo haces, pero igualmente es tu culpa, porque cuando estás conmigo provocas que mi cerebro produzca cortisol y adrenalina en exceso, lo que me anula el sueño.

—Pero que término tan científico para decirme que te estreso. —Ironizó divertida. Las puertas del ascensor se abrieron y salieron tomados de la mano.

—Me creas ansiedad, no me canso de ti, siento que te necesito a cada segundo; mi necesidad por ti va más allá de mi capacidad humana —confesó frente a la puerta, sin poder prever la reacción de ella.

Elizabeth con una fuerza súbita lo arrinconó contra la puerta y lo besó con desesperación.

A ciegas Alexandre llevó una mano hacia atrás, tanteando hasta que encontró las llaves que habían quedado en el cerrojo y las giró, haciendo que la puerta cediera, y en medio de besos arrebatados, pasos cortos y caricias ardientes entraron al lugar.

—Necesito..., tenemos que... cerrar la puerta —dijo él en medio de besos que no quería parar, pero no era tan confiado como para dejar la puerta abierta.

Logró liberarse de su ansiosa mujer y cerró de un portazo, apenas daba un par de largas zancadas, cuando ella precedió sus intenciones y se le lanzó encima; él la atajó con gran habilidad y volvieron a besarse.

Elizabeth cerraba sus piernas alrededor de la perfilada cintura masculina y se frotaba enérgicamente contra él, mientras Alexandre le apretaba con fuerza el culo.

Dieron tumbo por el lugar hasta llegar a la habitación, donde aparatosamente cayeron sobre el colchón, y ella estalló en carcajadas, provocando que él sonriera y la venerara con la mirada.

Alexandre empezó a repartirle besos cálidos y suaves por la cara, mientras sus manos viajaban acariciando y apretando los muslos torneados, reduciendo la intensidad de las carcajadas hasta convertirlas en suspiros.

—No olvides prender el aire o terminaremos nadando en nuestros sudores. —Le recordó Elizabeth aferrada a su espalda.

El buscó el control donde siempre lo dejaba, pero al no encontrarlo supuso que Luana lo había cambiado de puesto, así que tuvo que dejar de besar el cuello de Elizabeth para buscar el aparato.

Después de buscarlo con la mirada no lo halló, no tenía la más remota idea de a dónde su hija lo había dejado, hizo rodar a Elizabeth para ver si estaba debajo de su cuerpo, quien sonreía al ver la frustración en él.

Sin encontrarlo debajo de su mujer, levantó las almohadas y por fin lo halló; lo prendió y volvió a posarse sobre Elizabeth.

—Ahora sí, voy a desvestirte con mi boca para vestirme con el calor de mis besos —susurró frotando circularmente su pelvis contra el centro latente de ella.

—¡Qué intenso! —elogió con un gemido atorado en la garganta, y empezó a subirle la camiseta mientras les brindaba a las palmas de sus manos el deleite de cada músculo formando en esa espalda.

Alexandre la desvistió en medio de besos que recorrieron cada milímetro de piel, al tiempo que los suspiros de ella llenaban la habitación, acompañando a los susurros apasionados de él.

Fue el turno de Elizabeth para quitarle cada prenda, una vez que le sacó los pantalones al mismo tiempo que arrastró el bóxer inició una caricia con sus pezones en ascenso por sus piernas, sintiendo cómo los vellos le hacían cosquillas, y no se cohibía en sonreír mientras lo miraba con ardorosa malicia.

Se quedó a mitad de camino y con su mano empezó a frotar con delicadeza el pene y los testículos. Sonrió al ver que él suspiró y se cruzó los brazos debajo de su cabeza.

—Pero que cómodo te has puesto —dijo pícara—. Ese gesto dijo más que mil palabras. —Se mordió el labio en señal de provocación, y no iba a perder tiempo, sabía lo que él quería y ella se lo daría.

En su boca el pene pasó de ser suave y cálido a un pilar de acero ardiente, mientras él le regalaba gruñidos del más crudo placer. Satisfecha con el resultado de haber llevado al punto más alto a la potente erección, como un reptil se deslizó por el cuerpo masculino, hasta quedar acostada encima de él.

—Me fascinas Elizabeth —murmuró Alexandre contra los labios hinchados, mojados y sonrojados de ella—. Despiertas en mí emociones que jamás sentí ni pensaba que existían. —Le sujetó la cabeza y le dio varios besos, varios toques de labios—. Y sé que sientes lo mismo, lo sé —aseguró con toda la certeza que poseía en ese momento y le ofreció un beso profundo, uno lento y excitante.

Elizabeth sabía que era cierto, todo eso maravilloso que sentía con Alexandre no lo había vivido antes, ningún otro hombre consiguió brindarle tanta intensidad.

Ella separó las piernas y las flexionó, apoyando las rodillas a la altura de sus fuertes caderas, agarró una de las manos de Alexandre que el apretaban el culo y la condujo hasta su abertura.

—Te quiero dentro de mí. —Le suplicó con los labios tembloroso y el corazón a punto de estallar.

Él se paseó con las yemas de sus dedos entre los pliegues, disfrutando de la humedad.

—Así es como te quiero, lista para mí en todo momento. Y lo estás, ¿no es así Elizabeth?

—Sí, sí... Lo estoy. —Jadeó, balanceándose contra sus dedos.

—Estás tan caliente y mojada... Quiero sentirte apretada y cerrada a mi

alrededor, quiero que gimas para mí... debajo de mí o encima de mí con todas tus ganas —murmuraba roncamente y atacado por la lujuria.

Elizabeth no podía esperar más, lo quería dentro, llenando ese vacío que trémulamente suplicaba atención. Elevó las caderas al tiempo que se aferraba a la erección ardiente y lo condujo a su entrada.

Ella bajaba lentamente cuando él empujó su pelvis hacia arriba, entrando en ella de golpe y retumbó varias veces, deleitándose con los jadeos intensos de su mujer.

Los gruñidos y gemidos eran demasiados como para hablar, solo se miraban a los ojos, mientras Elizabeth con las manos apoyadas en el pecho latente encontraba el impulso para cabalgarlo con energía.

—Sí..., sí —gemía ella con los ojos cerrados. En medio del frenesí le guiaba las manos, enseñándole dónde y cómo debía acariciarla, cuáles eran esos puntos donde más disfrutaba.

Alexandre se incorporó, se aferró a su espalda con delirantes caricias, mientras él, agitado, se movía dentro de ella y jadeaba furiosamente.

—*Delicia...*, eres más de lo que imaginé. —Le hizo saber, colgándose de las generosas caderas femeninas y moviéndolas al ritmo de su preferencia.

—¡Alex...! ¡Alex...! —Su nombre salía de sus labios una y otra vez, mientras él dejaba una lluvia de besos calientes sobre su cuello—. ¡Alex! —Suspiró repetidas veces contra su oreja y le apretaba los rizos, al tiempo que todo su cuerpo zumbaba de deseo.

—No sabes cuánto te he deseado durante estos años —repetía él, porque todavía no podía creer que su sueño se había hecho realidad— Pero jamás imaginé que fuera tan maravilloso.

—No puedo, realmente no puedo saberlo..., pero podrías decírmelo —murmuró ella, permitiendo que su mirada vagara por el rostro sonrojado de él, mientras bajaba la intensidad de sus mecidas.

—No creo que existan palabras que puedan describirlo... No, realmente no existen, millones no serían suficientes.

—Entonces muéstramelo. —Su aliento recorría su rostro caliente y denso como el vapor.

Alexandre aseguró la diminuta cintura y con rapidez la puso contra el colchón, dispuesto a demostrarle cuánto la había deseado.

—Quiero tenerte en cada una de las formas conocidas por el hombre, y luego inventar miles más... —Le dijo con una sonrisa cargada de seducción y perversidad.

—Soy tuya, haz conmigo lo que quieras, inventa en mí todas las formas en las que puedas satisfacerte. —Se ofreció con el corazón a todo galope y con la piel más sensible que nunca.

—Vamos a disfrutarlo, quiero que lo hagamos juntos.

El peso de Alexandre cayó sobre su cuerpo, ahogándola y enloqueciéndola; en respuesta, ella lo envolvió con sus piernas y lo sintió hundirse más, mucho más en su cuerpo.

Él se movió más rápido y más fuerte, y ella comenzó a moverse al mismo ritmo, arqueándose con cada golpe, jadeando de placer y hundiendo los dedos en sus hombros.

Los gemidos de él se confundían con los suyos, el placer que hasta segundos había disminuido su intensidad a consecuencia de las palabras, volvía a resurgir como una avalancha en lo más profundo de ella.

La respiración de Alexandre se volvía más rápida, más áspera y sus empujes eran más rudos, hasta que consiguió llevarla al orgasmo más deseado; ella bramó, se tensó, enterró las uñas en sus nalgas y se rompió en temblores con un explosivo y largo jadeo.

Alexandre se detuvo para permitirle que recobrar el aliento, pero ella empezó a negar desesperadamente con la cabeza.

—No..., no lo hagas, tómate todo el tiempo que desees, aunque me haya corrido igual me encanta sentirte dentro... Así, muévete. —Le suplicaba, no deseaba que interrumpiera su carrera hacia la gloria, por lo que ella todavía temblorosa y sin fuerzas movía sus caderas y apretaba su interior, succionándolo.

Él terminó derrumbado sobre ella, hundiéndola en el colchón con su peso; se quedaron muy quietos, tratando de recuperar el aliento, tan solo estaban concentrados en respirar y en brindarse suaves caricias.

Elizabeth todavía no sabía si se encontraba entera o si Alexandre la había hecho polvo, cuando sintió una sensación muy extraña alojarse en el centro de su pecho; era una emoción desconocida, que empezaba a esparcirse por cada centímetro de su cuerpo. No lo comprendía pero tampoco podía detenerlo. Buscó las pupilas todavía dilatadas de Alexandre, quien todavía le rozaba la nariz con la de él, y su respiración caliente la hacía sudar.

—Te amo. —Esas palabras tan poderosas salieron desde lo más profundo de su pecho—. Te amo Alexandre —repitió, sorprendiéndose a sí misma.

Para Alexandre el tiempo se detuvo en esos segundos, cuando de la boca de su amor salieron esas palabras que le dieron un revolcón a su alma.

—¿Con todo y mis defectos?

—¿Cuáles defectos?

—Los que ya conoces.

—Para mí eres perfecto. —Volvieron a besarse por varios minutos.

La alarma del teléfono de Alexandre los despertó, él estaba plácidamente rendido sobre el pecho de Elizabeth; hubiese dado lo que no tenía para poder permanecer ahí por mucho más tiempo, pero era imposible, debía cumplir con sus compromisos, y ella tenía que viajar.

Se ducharon juntos y volvieron a tener sexo bajo la regadera, ya no le importaba llegar tarde al trabajo, prefería disfrutar el poco tiempo que le quedaba junto a ella. Había pasado muchos años entregado al trabajo, era momento de darle prioridad a sus placeres.

—¿Dónde está tu teléfono? —Le preguntó Alexandre una vez que estuvieron vestidos.

—En mi cartera, ya lo busco —anunció Elizabeth, y una vez que lo encontró se lo mostró.

—Anota mi número y espero que no vuelvas a borrarlo. —Le dijo y se lo dictó.

—Lo lamento, fue un ataque de rabia por no saber nada de ti.

—Anota también el de Luana y el de la casa de mis padres, por si acaso —dictó mientras observaba cómo ella tecleaba—. Y para asegurarnos de que te puedas contactar conmigo anota el de Moreira, no sé si lo recuerdas.

—Sí, el moreno de los tatuajes...

—Sí, mi compañero de trabajo.

—Sé que es policía —dijo sonriente—. Son un par de mentirosos.

—No podemos decir en una favela que somos policías, puede ser peligroso.

—Lo entiendo. —En secreto agradecía tener el número de Moreira, así podría dárselo a Ana.

—Es hora de irnos.

—No. —Hizo un puchero—. Espera, vamos a tomarnos fotos, quiero tener muchas contigo. No haber tenido fotos tuyas fue lo que más lamenté en estos meses.

—Es que no me gustan las fotos —dijo apenado.

—¿Cómo es posible que a un fotógrafo no le gusten las fotos?

—No de mí mismo.

—Bueno, no van a ser de ti mismo, serán de nosotros; así te extrañaré menos. Anoche no lo pensé, pero hubiese sido genial poder llevarme un vídeo de los dos teniendo sexo... Necesitaré mucho material para no extrañarte, ahora tendré que recurrir a la pornografía e imaginar tu cara en el actor.

—¿Ves porno? —preguntó elevando una ceja.

—Sí, claro... A las mujeres también nos gusta —respondió sin tapujos, y al ver su cara de sorprendido soltó una carcajada—. Eres un tanto anticuado —confesó frunciendo la nariz—. Ven, vamos a tomarlas.

Se hicieron varias tomas, algunas más cariñosas que otras, consiguiendo que los besos volvieran a incendiarles la piel.

—¿Seguro que no tienes tiempo para que hagamos el vídeo? —preguntó ella sonriendo con malicia.

Alexandre exhaló ruidosamente para sacar todo el fuego que se lo estaba devorando y atendió a la razón.

—No, no lo tengo, pero puedes venir un fin de semana y lo hacemos... Quizá te lleves unos cuantos.

—Lo pensaré. —Le sujetó la mano y lo arrastró con ella.

Alexandre, con la mano libre agarró las llaves y la pistola que estaban debajo de uno de los cojines del sofá y salieron del apartamento.

—Creo que debemos aprovechar para besarnos aquí, no creo que sea conveniente que lo hagamos en el hotel, si piensan que sigues siendo la novia de Luck —propuso Alexandre, una vez que entraron en el ascensor y que asegurara la pistola en el arnés.

—Tienes razón. —Hizo un puchero, pero realmente sentía un gran nudo de lágrimas formándosele en la garganta, porque inevitablemente esa era la despedida.

Alexandre besó el montoncito que ella formó con sus labios.

—Voy a extrañarte —confesó acariciándole el pelo.

—Yo también, pero sé que va a funcionar si me quieres como yo lo hago, seguro que la distancia no será problema.

—¿Cuándo piensas volver? —preguntó con ganas de que el ascensor se detuviera y pudieran quedarse ahí para toda la vida.

—Regresaré para diciembre, empiezan las prácticas para el carnaval y tengo que asistir.

—Eso es mucho tiempo, ¿por qué no vienes un fin de semana para hacer el vídeo?

—Quisiera, pero tengo muchos compromisos en la agencia.

—Me estás mintiendo, dijiste que habías decidido tomarte un tiempo.

—Así es, pero todavía tengo varios contratos firmados. Aunque si de verdad deseas grabar ese vídeo podemos hacerlo en Nueva York. Puedes venir y quedarte conmigo.

—¿En la casa de tus padres? No creo que...

—¡No! —Se carcajeó divertida—. Mi mamá tiene un apartamento, ella me dijo que puedes quedarte ahí el tiempo que desees.

—¿Tu madre sabe lo nuestro? —preguntó sorprendido.

—Sí, algo sabe... Es decir, sabe que estoy loca por ti, ella te ha visto, de lejos pero lo ha hecho. Mi madre apoya todas mis locuras.

—Seguro que de joven era igualita a ti.

—Uhhh —gimió—. No lo creo, la imagino más centrada, más comprometida con sus sueños. Sé que trabajó mucho para poder ser quien es hoy día, en cambio yo...

—En cambio tú, solo te has dedicado a divertirme.

—Más o menos, no creas que ser modelo es fácil y también trabajo con mi madre...

—Lo sé. —Le sonrió, para que viera que solo la estaba molestando.

En ese momento las puertas del ascensor se abrieron en el estacionamiento.

—Llegamos y no nos besamos —comentó ella con tristeza, al tiempo que abandonaban el aparato.

Alexandre la detuvo y la besó intensamente, demostrándole cuánto le gustaba hacerlo.

Elizabeth se alejó risueña y suspirando.

—¿Es normal que cada vez que me beses me tiemblen las piernas? —preguntó contra los labios de él.

—Lo que pasa entre nosotros es único, no solo me tiemblan las piernas, me haces sentir como un adolescente —confesó él pelándole los dientes al fruncir la nariz—. Gracias por hacerme sentir tantas emociones, por quitarle peso a mi alma.

—Nunca había deseado la felicidad de otro por encima de la mía, y ahora mi misión es hacerte feliz... Muy por encima de mis deseos, quiero que vivas todas esas emociones que dices sentir y más... Te juro... —Le dio un sonoro beso—, que voy a esforzarme para ser la mujer con la que desees envejecer, gato.

—Ya lo eres —confesó él.

Volviéron a besarse en medio de caricias y abrazos, hasta que el aliento

empezó a hacerles falta.

—No quiero que llegues tarde al trabajo —dijo ella, aunque no era verdaderamente lo que deseaba expresar.

—Lamentablemente tienes razón.

Subieron a la moto, Elizabeth se abrazó con fuerza a él, lo peor de todo era que estaba a muy pocas calles de su destino, mientras seguía luchando con el nudo de lágrimas.

Alexandre paró la moto frente al hotel, Elizabeth se bajó y le sujetó la mano, se quedó mirándolo a los ojos y él también vagó con su mirada por sus pupilas.

No quería irse, verdaderamente no quería, juraba que él podía darse cuenta de lo que la atormentaba, porque no podía seguir soportando las ganas de llorar.

—Entra... Ve Elizabeth, entra. —Le dijo con la voz ronca—. Por favor preciosa, entra. —Le suplicó soltándole lentamente la mano.

—Voy a extrañarte mucho —confesó con la mirada ahogada en lágrimas, pero que todavía conseguía retener al filo de los párpados.

Él asintió con la cabeza, ya no podía hablar, porque sabía que su voz estaba completamente rota.

Ella se dio media vuelta, caminó a la entrada y empujó la puerta giratoria; escuchó el motor de la moto y apresuró el paso a los ascensores.

Antes de que las puertas se abrieran ella ya estaba llorando, era desesperante la agonía que sentía en su pecho, esa sensación de vacío que la atravesaba. Sus pies le gritaban que saliera corrieron tras él, pero la razón se imponía y la mantenía clavada en el lugar.

Las puertas se abrieron y dos hombres con la piel, el pelo, las pestañas y cejas casi naranja no disimularon su asombro al verla llorando.

—*Excuse me.* —Se dirigió a ellos en inglés y se hizo espacio entre los hombres que salían para poder entrar, solo deseaba llegar a su habitación.

Todavía dentro del ascensor los hombres «naranja», que no aparentaban más de treinta años se volvieron a verla por encima del hombro, y ella agradeció que las puertas se cerraran.

Cuando llegó a la habitación, Luck estaba rendido; trató de no hacer ruido porque realmente no quería incomodarlo. Dejó la cartera sobre el sofá, se quitó las sandalias y se metió en la cama, dejando una considerable distancia del chico. Se arropó y siguió llorando bajito, hasta que se quedó dormida.

Fue Luck quien la despertó para que se preparara. Ella, sintiéndose abatida

y sin ánimos de nada se fue a duchar.

—¿Todo bien? —preguntó Luck al notar su semblante.

—Sí, todo bien... Solo que no es fácil. —Sin poder más volvió a echarse a llorar y Luck le ofreció sus brazos como refugio—. No quiero irme, pero sé que tengo que hacerlo, no es fácil tener que alejarme de Alex cuando quiero pasar cada minuto a su lado.

—Entiendo, sé que ese hombre se robó a mi Elizabeth y me devolvió a una llorona totalmente dependiente.

—Solo estoy triste, no es primera vez que lloro contigo.

—Lo sé, pero ya no llores, el tiempo pasa rápido, cuando menos lo pienses ya tienes que volver.

—Tengo miedo de que pase como la última vez, prometimos mantener contacto y no fue así...

—Pero esta vez será distinto, ahora cuentas conmigo, y aunque no me haya caído del todo bien, sé que lo quieres y que te hace feliz, eso es suficiente para que te ayude en lo que sea.

—Gracias Luck, gracias. —Lo abrazó fuertemente.

—Esa manía tuya de querer quebrarme las costillas. —Se quejó casi sin aliento—. Termina de vestirte que se nos hace tarde, no quiero perder el vuelo o estaremos en graves problemas con tu padre.

Elizabeth sabía que Luck tenía razón, por lo que buscó fuerzas de donde no las tenía, soltó el abrazo y fue a vestirse, se maquilló lo suficiente para ocultar las huellas del llanto, pero era imposible, por lo que eligió los lentes de sol más grandes que había llevado y se los puso.

Chequearon la salida y el transporte del hotel los llevó al aeropuerto.

—¿Hiciste el chequeo? —Le preguntó Elizabeth a Luck.

—No, lo olvidé... Anoche apenas llegué caí rendido... Disculpa.

—Tranquilo, te has portado muy bien, no me molesta hacer fila —comentó rodando sus maletas hasta la fila de primera clase, con tan solo dos personas por delante.

Elizabeth pasó su documentación y su equipaje, de igual manera lo hizo Luck.

—Gracias. —Le sonrió al joven que le hizo el chequeo y le dio algunas indicaciones, recordándole que ya estaban prontos a abordar. Después se apartó del mostrador, llevando consigo su maleta de mano.

Al voltearse vio a Alexandre a pocos pasos con la mirada puesta en ella, apresuró el paso y llegó hasta él, abrazándolo con fuerza.

—¡Estás loco! ¿Qué haces aquí? —Le preguntó sin soltarlo.

—Aproveché la hora del almuerzo, si sabía que existía la posibilidad de verte una vez más no iba a desperdiciarla.

Él también la abrazó con fuerza y con pertenencia, hundiendo su nariz en el cuello de ella, queriendo poder llevarse su olor con él y que le durara todo el tiempo que iban a estar separados.

Elizabeth sollozó escondiendo la cara en su cuello.

—No quiero irme, no quiero dejarte. —Sollozó, ya no podía seguir siendo fuerte.

—Pero debes hacerlo —dijo aruñando valor en su interior—. Debes hacerlo mi hermosa niña.

—Tengo miedo de que sea como la última vez.

—No lo será, te lo juro.

—Elizabeth, disculpa, pero debemos irnos. —Le recordó Luck, quien no quería ser imprudente, pero tenía que recordarle que estaban a punto de perder el avión.

Ella buscó la boca de Alexandre y lo besó con desesperación, él tardó segundos en corresponder, no sabía si era correcto hacerlo delante de Luck, pero terminó vencido a la boca de su mujer, donde ahogó un sollozo, tratando de disimular en el beso su llanto.

—Te llamaré todos los días, en todo momento —prometió él y ella le limpiaba las lágrimas.

—Me hará muy feliz que lo hagas —dijo sorbiendo los mocos—. Te amo.

—También lo hago, con toda mi alma. Cada parte de mí te ama —murmuró ese secreto que solo a ellos les pertenecía.

Elizabeth se alejó y caminó con rapidez al lado de Luck, se volvió a mirarlo por encima del hombro, pero Alexandre ya se había marchado para no hacerle a ella más difícil la despedida y para él no seguir llorando en público.

CAPÍTULO 42

Una mano enfundada en un guante quirúrgico agarró por el pelo castaño ensangrentado una cabeza femenina, y sin ningún cuidado la tiró en una bolsa de basura. Mientras que otras manos levantaban de la bandeja metálica un torso que había sido abierto de hombro a hombro y luego del espacio supra esternal hasta el área púbica, con incisiones exactamente lineales y perpendiculares; lo habían drenado, pero no se molestaron en suturarlo. También fue a dar a la bolsa, junto con las extremidades.

Los hombres que llevaban a cabo la sanguinaria labor no sentían un ápice de compasión por el cadáver desmembrado, ya estaban familiarizados con lo que hacían. Caminaron por la fría habitación de luz blanca casi ennegecedora, donde solamente se escuchaba el sonido de las ruedas del carrito de implementos quirúrgicos que contenía los restos de Naomi, siendo empujado por uno de ellos.

El que llevaba la pesada carga esperó a que su compañero empujara la puerta trasera que daba al estacionamiento subterráneo, donde esta vez no los esperaba una vans, sino un todoterreno.

La modalidad había cambiado a consecuencia del imbécil de Vidal, ahora no podían simplemente dejar en algún punto de la ciudad el paquete, debían asegurarse de desaparecerlo, si no querían terminar despedidos, o lo que era igual, muertos.

Metieron en una bandeja la bolsa, para evitar derrames dentro del vehículo, y emprendieron el viaje por una ruta ya trazada, cuando apenas la madrugada iniciaba.

Con el todoterreno llegaron hasta donde la espesa naturaleza se los permitió, bajaron el cuerpo desmembrado, un par de neumáticos de repuestos y una garrafa de gasolina; entre maleza caminaron aproximadamente dos kilómetros.

Tiraron la bolsa y la rasgaron para sacar las partes humanas y esparcirlas, la rociaron con gasolina, pusieron encima los neumáticos y volvieron a echar combustible.

Uno de ellos encendió un cerillo y lo lanzó sobre los neumáticos empapados, inmediatamente una gran hoguera cubrió vida ante sus ojos, a la cual también lanzaron los guantes que habían usado.

—Hicieron falta los malvaviscos —dijo uno con sorna y se subió la mascarilla para cubrir su nariz del hedor a carne quemada.

—Y las cervezas —completó el otro con una sonrisa sátira.

Tuvieron que permanecer en el lugar por más de cinco horas, asegurándose de que no quedara pedazo sin que el fuego lo consumiera. Regresaron al todoterreno, conscientes de que debían volver al día siguiente para seguir resumiendo a nada los restos, que después se llevarían y enterrarían en otro punto de la reserva natural.

De regreso al lugar, sacaron la bandeja y la dejaron sobre la plancha de acero, donde habían cortado minuciosamente cada extremidad de la infortunada mujer, y entregaron el reporte para que se lo hicieran llegar a su superior.

Fueron a ducharse para quitarse cualquier rastro de evidencia que pudiera exponerlos, y sobre todo, el desagradable olor a carne quemada; después, se pusieron sus uniformes de guardias de seguridad y salieron rumbo a sus casas, donde los esperaban sus esposas e hijos.

—¡Me encanta! ¡Me encanta! —decía Violet emocionada, besando el tarro de cristal con tapa y etiqueta negra de dulce de leche argentino que le había llevado.

—Y aquí está tu otro pedido. —Le entregó la hermana mayor los alfajores.

—Gracias Eli, eres la mejor hermana del mundo... Gracias. —Le dio un gran abrazo y después se aferró a sus regalos, que estaba segura disfrutaría mucho.

—No quiero que te lo comas en un día —dijo Samuel—. Mejor se lo damos a Esther y que ella te lo dé poco a poco.

—Pero papi, es mi regalo. —Hizo un puchero.

—Yo lo sé, pero no quiero que pase lo mismo que con los brigaderos que te mandó tu abuelo, que solo te duraron un suspiro.

—Me duraron casi una semana —protestó abrazada al tarro.

—Para más de una docena, eso es un suspiro. No puedes comer tanto dulce Violet, te van a salir caries. —Le recordó.

—¿Y puedo comerme por lo menos un alfajor? —preguntó batiendo las pestañas, tratando de convencer al padre.

—Uno, solo uno —concedió, después puso su mirada en Elizabeth—. Parece que solo hicieron locaciones exteriores, porque estás bastante bronceada —comentó sin poder seguir reservándose su opinión.

—Sí... Bueno, no tanto. —Elizabeth pensaba muy bien mientras enhebraba su mentira—. Es que también fuimos un par de veces a la piscina del hotel.

—Pero a Luck pareció no hacerle nada el sol.

—Es que Luck no fue a la piscina, aproveché las mañanas libres y fui en compañía de unas amigas. No pensarás que iba a quedarme encerrada en la habitación, ¿o sí? —comentó sonriente, tratando de ser lo más convincente posible delante de la parte analítica que habitaba en su padre. Se acercó y le plantó un beso en la mejilla—. Me voy a mi habitación, quiero dormir hasta muy tarde... Estoy agotada.

—¿No vas a cenar?

—No, ya comí lo que dieron en el avión.

—Está bien cariño, descansa. —Se despidió y la siguió con la mirada, hasta que se perdió escaleras arriba.

Elizabeth entró a su habitación y lo primero que hizo fue buscar su teléfono, tenía muy poca batería, por lo que lo puso a cargar, y conectado empezó a revisarlo, encontrándose con un mensaje de Alexandre.

Espero que hayas llegado bien a casa.

Solo eso le había escrito, porque ya habían hablado apenas ella pisó el John F. Kennedy, a pesar de que él estaba cumpliendo con su promesa de mantenerse comunicado, seguía sintiendo cierto temor de que volviera a desaparecer.

Con el corazón brincando de felicidad empezó a teclear, al tiempo que se sentaba al borde de la cama.

Sí, llegué hace unos minutos, mi padre sospecha de mi bronceado.

Lo envió y se emocionaba demasiado al ver que él estaba escribiendo su respuesta.

Lo imaginé, sabía que iba a sospechar, no lo subestimes. Los padres

solemos ser demasiado intuitivos. Algunas veces solo pretendemos tragarnos sus mentiras.

Elizabeth sonrió, pero también empezó a sentirse nerviosa, porque si su padre se enteraba de que había estado en Río, iba a tener serios problemas. Decidió dejar de teclear para enviarle una nota de voz.

—No me ayudas en absoluto. ¿Ya llegaste a casa?

—Lo siento, es necesario ponerte sobre aviso... Sí llegué hace un rato.

—Me interesa saber cómo fue tu día, pero dime primero si ya llamaste a Luana.

—No, todavía no hablo con ella, pero antes de acostarme lo haré.

—Bien, hasta aquí llega nuestra conversación, solo la reanudaré una vez que hayas hablado con ella. Se supone que tiene que ser prioridad en tu vida.

—Y lo es, siempre ha sido el motor que me impulsa.

—Pues no lo parece, porque estás hablando conmigo y no con ella. Te amo y me gustaría hablar toda la noche contigo, pero prefiero que Luana sepa que tiene un padre que se interesa por saber cómo fue su día... Si no tratas de acercarte a ella jamás ganarás su confianza.

—Está bien, voy a llamarla. —Se rindió a la petición de Elizabeth.

—Mientras hablas con tu hija, que espero sean más de cinco minutos, voy a ducharme, me pongo el pijama y regreso para que me cuentes cómo fue tu día.

—Está bien, imagino que estarás cansada. Ofrecería mis huesos al diablo con tal de poder pasarte una esponja por la espalda.

Elizabeth gimió en respuesta, deseosa de que los kilómetros se hicieran polvo y poder estar en la bañera de Alexandre o que él pudiera meterse en su jacuzzi.

«No va a ser fácil» pensó con nostalgia y se mordió labio.

—No voy a mentirte, sería maravilloso que pudieras hacerlo, pero ve a hablar con tu hija y no me provoques, que todavía no existe la posibilidad de poder teletransportarnos.

—Bien, no voy a torturarte, ve a ducharte tranquila.

—Te quiero. —Suspiró totalmente enamorada.

—Yo también —susurró él.

Elizabeth se fue al baño, para salir después de varios minutos con las energías renovadas, aunque con mucho sueño.

Con el pijama puesto se metió bajo las cobijas a esperar la llamara, no pasó mucho tiempo para que eso pasara. Le alegraba verlo, aunque fuese a

través de la pantalla.

Estaba acostado en el sofá, con un brazo debajo de la cabeza, y no llevaba puesta camiseta.

—Hola —saludó ella con el corazón saltándole en la garganta y las mariposas haciendo fiesta.

—Se nota que estás agotada —confesó al ver que tenía los ojos pequeñitos.

—Un poco, pero no me iré a dormir sin que hablemos un rato. Cuéntame, ¿qué tal tu día?

—Solo estuve trabajando, no es para nada interesante lo que pueda contarte; no son más que fotografías desagradables por las que siento respeto y que debo analizar.

—Sé de toda la tensión que conlleva lo que haces. Cuando mi papá trabajaba como fiscal adjunto solía traer trabajo a casa y se frustraba constantemente... Por cierto, ya que estás en esa área científica, ¿no te has enterado de lo que pasó con... con el hombre de la favela?

—No, y no me interesa saberlo, supongo que el caso le tocó a otra unidad. Ya no te mortifiques por algo que no merece la pena. —Casi le suplicó.

Siguieron hablando por más de media hora, en la cuál Elizabeth lo vio destapar una lata de atún y verterla junto a unos guisantes.

Quiso dejarlo para que cenara en paz, así que fue ella la que se despidió, porque sabía que él no lo haría. Se lanzaron varios besos y terminaron la videollamada.

Elizabeth antes de dejar su teléfono sobre la mesa de noche se dio cuenta de que sus primas y Ana habían conversado más de la cuenta, suponía que algo bueno había pasado, pero realmente estaba exhausta y necesitaba dormir, se prometía que al día siguiente se pondría al día con las noticias de esas locas.

La alarma que había programado en su teléfono la despertó. Deseaba poder dormir todo el día, todavía se sentía agotada, pero no podía darle la espalda a las responsabilidades y enfrentarse a una demanda.

Sin poder abrir los ojos por lo pesando que sentía los párpados tanteó en la mesa hasta dar con el escandaloso aparato, a duras penas consiguió abrir un ojo y lo silenció.

—¿Por qué tengo que ir a trabajar? —Se quejó, sin hacerse siquiera la esperanza de inventarse alguna excusa para eludir su obligación.

Poco a poco fue espantándose la pereza, lo primero que hizo fue pensar en Alexandre, por lo que fue a revisar si le había escrito, pero la sorprendía con un vídeo.

Sonrió soñadora y sintiendo que los sentimientos hacia ese hombre aumentaban.

Le dio a reproducir y lo vio caminando por un pasillo, que suponía era el edificio donde trabajaba; los rizos los tenía húmedos, y como siempre, una camiseta negra.

—Buenos días *delicia*, supongo que todavía estás dormida, acabo de llegar al trabajo y no creo que pueda atender el teléfono hasta la hora de almuerzo; sin embargo, quiero que sepas que estaré pensando en ti. Espero que tengas un buen día. —Le lanzó un discreto beso y terminó el vídeo.

Elizabeth lo vio en tres oportunidades sin que la sonrisa tonta desapareciera, sintiendo lo que era la felicidad plena, pero también añorando haber podido despertar junto a él.

Quería responderle, pero no se atrevía a hacerlo con la apariencia que debía tener, aunque ya él la hubiese visto recién despierta, no deseaba que se volviera común; temía que eso pudiese interferir en el amor que sentía por ella. Necesitaba siempre estar hermosa para él.

Al ver la hora sabía que podía disponer de diez minutos para ver qué era eso que tenía tan entusiasmada a las chicas; entró a la conversación y se fue al inicio para poder enterarse de los pormenores, a los segundos ya se estaba carcajeando con las ocurrencias de esas locas adorables, hasta que llegó a las fotos que tanto Hera como Helena enviaban, donde estaban con el sexi y salvaje Lucas, el dueño de la isla Josefa, lo que sorprendía era que él estaba en el ático de ellas.

No pudo contener su opinión, porque verdaderamente sus primas estaban burlando sus propias reglas.

—Holaaaa. —Alargó su saludó de voz ronca—. ¡Qué descaradas! Ya veo que se llevan al Tarzán al ático, no abusen tanto del pobre hombre, que ganan por mayoría. —Soltó una carcajada—. En serio, me alegra que lo estén pasando bien, y ya que *avô* no les permite divertirse fuera, tienen todo el derecho de hacer pedidos de muñecos a domicilio... Ana, te escribo... Besos a todas, las extraño. —Envió muchos besos y salió del grupo, aprovechó rápidamente para escribirle a Ana.

Amor, misión cumplida, aquí tienes el teléfono del morenazo. No digas que yo te lo di, pero me cuentas qué tal te va.

Sabía que Ana debía estar practicando y que no le respondería de

momento, por lo que salió de la cama y se fue a la ducha, donde terminó de erradicar cualquier rastro de sueño.

Después de maquillarse, peinarse y estar totalmente satisfecha de su apariencia le hizo un video a Alexandre, informándole que no se preocupara, que aunque lo extrañaba, sabía que él debía trabajar, lo mismo iba a hacer ella. Le tocaba ir a las prácticas, porque esa noche tenía un desfile de una reconocida marca de lencería. Le mandó muchos besos y salió de su habitación.

Todavía no terminaba de desayunar cuando Cristina pasó a buscarla, mientras su agente saludaba a sus padres ella se apresuró con las claras de huevo batidas y el pavo sin sal.

Corrió escaleras arriba para lavarse los dientes y en medio de apresurados besos se despidió.

Estaba segura de que al desfile solo la acompañaría su madre, porque Samuel Garnett nunca había asistido a ninguno de lencería, comprendía que él seguía sin enterarse de que ya era toda una mujer.

CAPÍTULO 43

Alexandre había pasado gran parte de la mañana trabajando en el caso de Vidal, revisaba las imágenes y las clasificaba, todavía habían tres carpetas pertenecientes a víctimas sin identificar. Solo estaba esperando los resultados forenses para poder darle un nombre y no solo etiquetarlas con números.

Las repasó varias veces, poniendo su total atención y experiencia en cada imagen, sin que se lo hubiesen pedido se dio a la tarea de encontrar similitudes entre las víctimas, desde rasgos físicos hasta la forma en la que las habían asesinado.

Le llevó horas descubrir algo inusual, suponía que era algo importante, pero no estaba seguro de contárselo a Souza, por lo que prefirió levantar el teléfono y marcar a la extensión de Moreira.

—Necesito que vengas ahora. —Le pidió sin quitar sus ojos de las fotografías en la pantalla.

—¿Es importante? —preguntó.

—Creo que lo es.

—Dame dos minutos.

Alexandre colgó el teléfono y siguió totalmente concentrado, con la certeza latente de lo recién descubierto, por lo menos para él. Se dio a la tarea de elegir varias imágenes, copiarlas y llevarlas a otra carpeta.

Moreira entró sin tocar y le palmeó la espalda.

—¿Qué sucede?

—Mira aquí —dijo, mostrándole las fotos—. No sé si ya se habrán percatado, pero hay ciertas cosas que no concuerdan... Esto no lo hizo Vidal solo, o nada tiene que ver con estos crímenes, especialmente con el de Mendes. Ella parece ser un caso totalmente aislado... He separado por grupos... Estos son los cuerpos a los que nos llevó Vidal. —Señalaba con un bolígrafo la imagen—. El primero fue el de la mujer que lo rechazó. —Esa información ya la habían confirmado, ciertamente habían estudiado juntos—. Después todas sus víctimas son niños y adolescentes, sin ninguna similitud

física... —hablaba y Moreira movía la cabeza asintiendo, para que viera que estaba comprendiendo—. Entonces, las víctimas de las bolsas no tienen nada que ver con los asesinatos de Vidal, porque le faltaban órganos, aunque tampoco podemos asegurar si a los niños le hacían falta o no, las mujeres eran físicamente parecidas y la forma de cortes es distinta a la de los niños. Vidal escondía sus víctimas, mientras que quien haya asesinado a esas mujeres trataba de burlarse de las autoridades y crear alerta en la ciudad...

—Tienes razón, precisamente eso es lo que nos tiene preocupados, pero no podemos hacerlo público, porque se nos irían a la yugular... Estamos tratando de sacarle información al maldito de Vidal... ¿Qué piensas de Mendes?

—Que fue alguien distinto, es decir, un tercer asesino, porque no encaja en los crímenes de Vidal ni en los de las mujeres que han dejado en las bolsas.

—Es posible... —dijo pensativo mientras miraba las fotos—. Tienes razón, lo que complica más la situación... Lo de las mujeres desmembradas suponemos que puede tratarse de una red de tráfico de órganos, de la que posiblemente Vidal formaba parte. Ya hay un equipo tratando de averiguarlo...

—No creo que tenga que ver con Vidal —interrumpió Alexandre—. Ese hijo de puta es un psicópata y comúnmente las mafias organizadas son sociópatas, no se arriesgarán a contar con alguien tan inestable como Vidal dentro de la organización.

—Sí, solo sigo tratando de entender por qué carajos Vidal asume todos esos crímenes. —Se preguntó rascándose la nuca.

—Por el profundo egocentrismo que lo mueve y que está por encima de toda su inteligencia, porque debemos admitir que el tipo es listo; supo perfectamente cómo mantenerse oculto, pero de nada le servía si pasaba desapercibido. Para él, ser despreciado es excitante, por eso busca más atención...

—Pero Mendes sigue siendo la pieza que no encaja en el rompecabezas, y es por la que más nos están presionando. Sin mencionar a la portuguesa desaparecida... Todo esto es un maldito caos —intervino João sintiéndose frustrado.

—Lo es. —Estuvo de acuerdo Alexandre.

—Voy a comentarle tus inquietudes a Souza. —Le palmeó la espalda una vez más a modo de despedida, sabía que no podía quedarse mucho tiempo, porque debía seguir con sus obligaciones.

—Está bien... Por cierto, se arreglaron las cosas con Elizabeth, pero después te cuento.

—Hablamos en la hora de almuerzo. —Salió de la oficina y Alexandre siguió con su trabajo.

Después de dos horas de ensayos, Elizabeth se encontraba en un spa, preparándose para esa noche; a su lado estaba Cristina, con quien mantenía una amena conversación.

—¿Y qué te dijo tu esposo? —preguntó Elizabeth con los ojos cerrados, mientras le frotaban el pecho y le masajeban los hombros.

—Quiere hacerlo —respondió Cristina, quien también estaba siendo consentida por las prodigiosas manos de la esteticista—. Anoche estuvimos averiguando algunas agencias, verdaderamente estoy muy entusiasmada —comentó sonriente—. Pero temo no encontrar a una gestante.

—Ya verás que sí, las agencias ya cuentan con mujeres para eso.

—Son tantos temores y tantas preguntas... Me pone nerviosa que la gestante cree lazos afectivos con mi bebé y después no quiera entregarlo...

—Pero para eso la vas a contactar a través de una agencia, son mujeres que ya están calificadas para eso, saben perfectamente cómo es el proceso, además de que deben firmar una serie de documentos legales. No temas.

Siguieron conversando hasta que el teléfono de Elizabeth interrumpió el ambiente de paz que las velas, los aceites, la música relajante y los masajes habían creado.

—Lo siento, ¿puedes pasarme el teléfono? Es importante. —Se disculpó, sintiendo que era una triste marioneta de la ansiedad y se emocionó al punto de no poder contener la sonrisa al ver que era Alexandre—. Amor —saludó en portugués al contestar—. ¿Qué haces? —preguntó con un suspiro atorado en el pecho.

—Me dispongo a almorzar, veo que estás muy relajada. ¿Ya comiste?

—Así es, debo prepararme para esta noche... Son exigencias de mi agente —dijo sonriente—. Comí una ensalada.

—Creo que contrataré los servicios de tu agente, si esas son sus exigencias.

Elizabeth se carcajeó y miró a la mujer a su lado.

—Cristina, por aquí tienes a un posible representado.

—Solo le estás mostrando mi parte buena. —Ella, quien también dominaba el portugués, entendía perfectamente la conversación.

—Tiene razón, no te la recomiendo cariño, la mayor parte del tiempo es una maldita —bromeó.

—Lo soy. —Estuvo de acuerdo Cristina.

—¿Cómo ha ido tu mañana?

—Más o menos, las cosas parecen complicarse cada vez más. Cuando creíamos haber deshecho el nudo aparece otro más intrincado, pero son cosas que no puedo contarte... Es la parte confidencial de mi vida.

—Lo entiendo, sé lo bueno que son para guardar esos secretos. ¿Llamaste a Luana? —preguntó.

—No, pero le escribí un mensaje. Sé que debe estar en clases y no quiero que la reprendan por mi culpa.

—Entonces vas mejorando, eso me enorgullece...

—Prometo que voy a poner todo de mi parte para mejorar las cosas con mi hija.

—Sé que lo harás, ella te adora, pero no confía mucho en ti; y no será fácil ganarte su confianza.

Siguieron conversando hasta que Alexandre tuvo que ir por su almuerzo.

—¿Quién es el guapo? —preguntó Cristina, que también se encontraba con los ojos cerrados, disfrutando de la caricia de las yemas de los dedos por sus pómulos.

Elizabeth quiso decirle que era el amor de su vida, realmente su primer amor, porque de eso no tenía dudas, pero bien sabía que no podía, porque apenas se enterara de que iba a terminar con Luck, pegaría el grito al cielo; así que decidió mantener oculta su relación con Alexandre por un tiempo más.

—Es un buen amigo.

—Vaya tono de voz que tiene, es imponente.

—Sí que lo es. —Suspiró y sonrió, sumiéndose en sus propios pensamientos y en la paz que la embargaba.

Salió del spa totalmente renovada, pero con tiempo apenas para llegar a su casa, cambiarse y merendar antes de partir al Lexington Avenue Armory, donde se realizaría el evento.

—Tetê, ¿qué tengo para merendar? —preguntó entrando como un terremoto a la cocina.

—Hoy puedes comer crema de garbanzos o queso cottage —respondió con eficiencia la mujer que se encargaba de llevar su menú.

—Uhhh, queso cottage, tengo ansiedad, ponle un poco de miel y frambuesas.

—¿Te parece si le pongo arándanos deshidratados y le espolvoreo canela? Seguro que necesitarás mucha energía.

—Sí, me parece bien —aprovechó para escribirle a Luck y preguntarle si pasaba por él o se encontraban en el Armory. Mientras esperaba por la respuesta miró la hora—. ¡Por Dios! No me dará tiempo... —Agarró la copa con la medida exacta de su merienda, y le plantó un beso en la mejilla a Esther—. Gracias mi querida Tetê, voy a comerlo en el camino si no quiero llegar tarde.

—Pero te lo comes —dijo ofreciéndole una cucharilla.

—Lo haré. —Corrió al estacionamiento, donde la esperaba el chofer.

Gracias a Dios y a las habilidades de Jeff para esquivar el tráfico llegó a tiempo. Entró al edificio histórico neoyorquino de arquitectura «Beaux Arts», sorteando a algunos reporteros de CBS, quienes se encargarían de transmitir el esperado desfile.

En su camino a los vestidores saludó a varias compañeras y estilistas, corrió y se cambió su ropa por un bata de seda blanca; apenas le echó un vistazo al aparador donde colgaban los conjuntos que debía usar esa noche y salió.

—Estoy lista. —Le anunció al estilista.

—Siéntate en la tercera silla cariño. —Le pidió Michael, quien en menos de un minuto estuvo con ella para encargarse de su pelo, y enseguida se le unió Stella para maquillarla.

—Llegas tarde cariño. —Le dijo a Luck al verlo entrar.

—Stella, ¿me regalas tres segundos para saludar a mi novia? —Le pidió a la maquillista, quien rápidamente y con una sonrisa se hizo a un lado.

—No arruines mi trabajo —comentó la mujer.

Luck le dio un par de toques de labios a Elizabeth, a los cuales correspondió; para ella jamás había resultado incómodo besarlo, porque nunca fue un reflejo sexual, siempre había sido la más pura muestra de cariño.

—Voy a cambiarme. —Le dijo contra los labios y después se alejó.

Los minutos en vestidores parecían volar, cuando menos lo pensaba debía salir a la pasarela, aunque estaba segura de lo que hacía siempre se sentía nerviosa, sobre todo cuando escuchaba los aplausos del público que la invitaban a salir. Suponía que era el peso que le tocaba llevar sobre los hombros ser la modelo que abriera el desfile.

Salió vistiendo un conjunto de encaje gris perla, se paseó con gallardía y una sonrisa encantadora; al llegar al límite guiñó sensualmente y regresó,

viendo en primera fila a su madre junto a Oscar, Cristina y su tía Megan, aplaudiendo con gran entusiasmo.

Corrió al camerino y rápidamente con la ayuda de una asistente se cambió, su próxima presentación fue en compañía de Luck, quien solo vestía un bóxer negro con los laterales de cuero.

Salieron tomados de la mano, vendiéndole al mundo la pareja perfecta que esperaban que fuera; sin embargo, ya habían acordado que para el fin de semana anunciarían su rompimiento.

Cuando por fin terminó el evento ella pudo cambiarse y reunirse con sus familiares.

—Tía, gracias por venir —dijo abrazándola fuertemente.

—¡Estuviste increíble cariño! —dijo sintiéndose orgullosa de su adorada sobrina, a la que quería como si fuese su hija.

Aprovechó también para saludar a la madre y hermana de Luck, con quienes se llevaba muy bien.

Después, todos los acompañaron a la fiesta donde solo un grupo selecto, junto a los reporteros que tenían la exclusiva asistieron.

Elizabeth recordó que Luana era amante de todo ese mundo, por lo que aprovechó la euforia de algunas compañeras para grabarle algunos videos con saludos para ella.

Luck, quien había quedado encantado con la hija de Alexandre, también le envió saludos, pero Elizabeth decidió no molestarla a esa hora, prefirió enviárselos por la mañana.

Al llegar a casa cada uno se fue a su habitación, estaban agotados y debían levantarse en pocas horas para seguir con sus compromisos. Cuando Rachell entró a su habitación se encontró a Samuel y Violet profundamente dormidos y abrazados.

—Usurpadora. —Sonrió al ver a la niña abrazada a su padre.

Se fue al baño a ducharse y salió con el pijama puesto, estaba demasiado cansada como para llevar a Violet a su cuarto, por lo que la dejó tranquila, se metió a la cama y en minutos quedó totalmente rendida.

CAPÍTULO 44

Lo último que hizo Elizabeth, antes de quedar dormida fue hablar con Alexandre, y fue también lo primero que hizo al despertar, a pesar de que lo veía a través de la pantalla y escuchaba su voz, no era suficiente para calmar las ganas que tenía de abrazarlo, de besarlo y disfrutar de su olor.

De los pocos minutos que disponía le dedicó un par a Luana, al enviarle los vídeos, sabía que debía estar en clases y que los vería a la hora del descanso. Verdaderamente esperaba que esa sorpresa la hiciera muy feliz.

Una vez más tuvo que saltar de la cama y correr a la ducha, porque le había prometido a Luck que desayunarían juntos, y no quería hacerlo esperar.

—¡Buenos días! —Le plantó un beso en la mejilla a su padre—. Buenos días mami —saludó a Rachell con un beso también.

Su familia estaba reunida en el comedor.

—Buenos días cariño, ¿dormiste bien? —preguntó Rachell, mientras seguía con la mirada a su hermoso terremoto.

—Sí, muy bien, pero ya tengo que irme —anunció apresurada.

—¿Cómo que tiene que irse la señorita? ¿Acaso no vas a desayunar? —preguntó Samuel.

—Sí papi, pero lo haré con Luck...

—Elizabeth, ¿no crees que estás pasando mucho tiempo con ese joven?... Apenas ayer llegaste de su fin de semana en pareja. Tus padres también te necesitamos —habló Samuel.

—Papi está otra vez celoso —intervino Violet sonriente. Elizabeth la miró y también le sonrió, porque sabía que su hermanita tenía razón.

—Lo sé papá, pero tengo que reunirme con él, no en plan de novios, como imaginas, sino por asuntos de trabajo... Me voy. —Volvió a plantarle un beso—. Te quiero. —Miró a su madre—. Adiós mamá, nos vemos a las once.

—Cuídate cariño. —Rachell le sonrió enternecida.

—Adiós Eli. —Se despidió Violet agitando la mano.

—Nos vemos enana hermosa... Adiós Oscar.

—Que te vaya bien —dijo el hermano que estaba más concentrado en

comer.

Elizabeth salió del comedor rumbo al estacionamiento, ese día tenía ganas de conducir y de cantar a todo pulmón, por lo que se fue en su auto.

—Me parece que está muy feliz desde que regresó de Argentina —comentó Oscar, sin querer lastimar la herida de su padre, simplemente expresó su pensar.

—Será que se quiere casar con Luck, yo quiero que se casen... Papi, ¿Luck se puede venir a vivir con nosotros?

—No, de ninguna manera, y Elizabeth no se va a casar —respondió Samuel sintiendo que su familia se había empeñado en torturarlo.

—Pero no pueden ser novios toda la vida —discutió la niña.

—Eso lo sabemos cariño —dijo Rachell sonriente—. Anda, termina de comer, que debemos irnos.

Elizabeth entró al Starbucks donde Luck la esperaba, lo vio sentado de espaldas mientras se ponía al día con las noticias; trató de hacer silenciosos sus pasos y le tapó los ojos con las manos.

—Buenos días —susurró cantarina. Pudo sentir en sus manos cómo él sonreía.

—Siempre tratando de sorprender —comentó de muy buen ánimo.

Ella le destapó los ojos, le plantó un beso en la mejilla, para después ubicarse en el asiento del frente.

—¿Qué lees? —preguntó apoyando los codos en la mesa y acunó la barbilla entre sus manos.

—La reseña del evento...

—Egocéntrico —dijo divertida.

—Solo me topé con ella.

—Haré de cuenta que te creo. —Le guiñó un ojo—. Dime que por lo menos me nombran.

—Y soy el egocéntrico... —Se burló al verla interesada en el artículo—. Ahora te quedarás con la duda hasta después del desayuno. —Dobló el periódico y lo puso debajo de una de sus piernas.

—Desgraciado —farfulló y agarró la carta, sin pretender ocultar su actitud de niña malcriada.

Luck, quien había lidiado con ella desde que eran niños y que la adoraba con todo y sus berrinches ni se inmutó, también se hizo de la carta.

—¿Has hablado con tu amor? —preguntó irónico paseando su mirada por el menú.

—Sí, hablamos por la mañana, antes de que se fuera a trabajar. Te envié saludos.

—¿En serio lo hizo? —preguntó elevando una ceja, en un claro gesto de que no le creía.

—Sí lo hizo, aunque no lo creas Alex es muy cordial —dijo con orgullo defendiendo al hombre que amaba.

—Pues no lo parece, no fue precisamente cordial cuando nos conocimos.

—Admito que no, y tú tampoco, supongo que estaban a la defensiva, ya predispuestos a odiarse... Luck, en serio, es un buen hombre —dijo ofreciéndole la mano, y él la sujetó.

—No me basta con que tú me lo digas, él tendrá que demostrarlo.

Elizabeth dejó caer la carta sobre la mesa y se tapó la cara con las manos, mientras negaba con la cabeza.

—¡Es inaudito! —Soltó una carcajada que se ganó varias miradas de los clientes del café, pero ella no le dio importancia—. No voy a permitir que vuelvas a juntarte con mi padre, estás actuando igual que él.

—La comparación está de más —comentó Luck—. No he sido ni un atisbo de lo intransigente que ha sido tu padre conmigo.

—Si tú lo dices —masculló divertida—. Voy a pedir una ensalada de frutos rojos y un earl grey.

—Pediré lo mismo, pero con un té youthberry.

Elizabeth le hizo señas a una mesera que estaba cerca, y como era de esperarse, no pudo controlar su vista, que no desamparaba a Luck; sin embargo, consiguió anotar el pedido con éxito y mostrarse amable con ambos.

—Es un alivio saber que no te fijarías en otras chicas, porque seguramente ya tuviese úlceras en el estómago —comentó sintiéndose celosa, pero también segura de que Luck no la cambiaría por otra.

—Eli.

Elizabeth reconoció ese tono de voz mucho antes de mirar a su lado, donde se paraba el hombre.

¡Tenía que ser una puta broma! ¡¿Cómo era posible que estando en una de las ciudades más habitadas del planeta él lograra encontrarla?!

—Paulo —saludó y tragó en seco al verlo parado junto a ella—. ¿Cómo estás? —Fingió sorpresa, aunque ciertamente estaba muy sorprendida, pero no en el mejor sentido. Deseaba que la tierra se abriera y se la tragara, o en el mejor de los casos, que se lo tragara a él.

—Dijiste que no estabas en la ciudad. —No pudo contener su reproche, le

enfurecía que le hubiese mentido.

—Paulo, te presento a Luck, mi novio —dijo evadiendo el interrogatorio.

—Paulo Morais. —Se presentó con tono hosco, no se atrevió a darle la mano, simplemente le regaló un ligero asentimiento de cabeza, mostrándose arrogante.

Luck, que si se proponía ser altivo podría serlo mejor que nadie, simplemente lo miró con desdén, porque ni siquiera iba a gastar palabras en alguien tan mal educado, después fijó sus ojos en Elizabeth.

—Es un compañero capoeirista de la academia de Río —explicó Elizabeth a Luck y regresó su mirada a Paulo, quien parecía sereno, pero esperaba que ella le dijera algo—. ¿Quieres sentarte? —Lo invitó, aunque no lo merecía, por lo grosero que había sido con Luck.

—Realmente no, debo volver al hotel...

—¿Te estás quedando en el Marriot? —preguntó porque sabía que era el que quedaba más cerca de ese café.

—Sí, ¿podemos hablar un momento? —Miró al novio de Elizabeth—. A solas.

—Paulo..., ahora mismo estoy por desayunar —comentó sintiéndose incómoda, porque le pareció que ese tono de voz fue más de mando que de petición—. ¿Te parece si lo hacemos después?

—No sé si confiar en tu palabra. —Empezó a hablar en portugués—. Porque la última vez me mentiste, como si fuese un niño.

—Amigo, ya escuchaste a mi novia... —intervino Luck, quien entendía perfectamente el idioma.

—No soy tu amigo —comentó Paulo.

—Como sea, aléjate —exigió Luck.

—Solo te daré dos minutos —masculló Elizabeth molesta, tratando de evitar cualquier enfrentamiento. Hasta ahora había sido amable con Paulo, pero verdaderamente ya iba a mandarlo a la mierda, le enfurecía que tratara mal a Luck. Lanzó sobre la mesa la servilleta y se levantó, demostrando que estaba molesta—. Enseguida regreso cariño. —Le sonrió a su cómplice e hizo un ademán para que Paulo avanzara.

Inhalaba profundamente y exhalaba con cada paso que daba, porque no era su intención hacer un escándalo en plena vía pública, y para eso necesitaba calmarse.

Salieron del café, pero él siguió avanzando calle arriba.

—¿A dónde vas? —preguntó Elizabeth, quedándose un par de pasos

detrás.

—Vamos al hotel. —Se detuvo y giró sobre sus talones para enfrentarla.

—Tu problema era Luck y no está aquí, así que puedes hablar o reclamarme, porque veo claramente que esa es tu intención.

—No voy a hablar con cientos de personas pasando a nuestro lado y tropezándonos.

—Entonces lo siento, pero no voy contigo a ningún lado; te dije que estoy por desayunar y en compañía de mi novio, del que recuerdo perfectamente ya te había hablado.

—¿Por qué me mentiste? —reclamó, dando una larga zancada para estar más cerca de ella, seguro de que no conseguiría llevarla a su terreno.

—No te mentí, te dije que no estaba en la ciudad y era cierto.

—Dijiste que no sabías cuándo volverías y mentiste, porque ya tenías programado el desfile de anoche.

—¿Me estás espiando? —preguntó indignada.

—Simple casualidad.

—Paulo. —Arrastró su nombre—. Verdaderamente no sé si creer que solo es una casualidad. ¿Qué esperas de mí? —preguntó a quemarropa.

—Tu amistad, pero tú me rechazas y no debes hacerlo —dijo con un tono de advertencia.

—No lo hago, te invité a sentarte con nosotros y fuiste grosero.

—Sentarme junto a tu... tu estúpido novio...

—Para..., detente. No te atrevas a insultar a Luck... ¿Sabes qué? Ya no quiero hablar más contigo, ni siquiera quiero ser tu amiga. —Se dejó llevar por su intuición, que le gritaba que debía finalizar su relación con ese hombre.

Elizabeth notó que él la miraba con fría determinación, e inevitablemente eso le produjo temor.

—Elizabeth, no lo hagas, he venido hasta aquí por ti —susurró y su voz no demostraba la furia que solo había en su mirada.

—Yo no te lo pedí, ni siquiera me avisaste que lo harías —discutió, segura de que no se dejaría convencer.

—Te lo dije cientos de veces... —replicó calmadamente.

—Pero no lo hiciste recientemente... Paulo, no sé con qué intenciones has venido, pero ya no te quiero cerca de mí.

—¿Te arrepientes? —Fingió estar derrotado, cuando verdaderamente estaba a punto de perder el control. Miró en derredor, ganando tiempo para volver a canalizar sus emociones y no explotar frente a ella.

—Sí, en este momento sí... No imaginé que llegarías a este punto, parece estar obsesionado —confesó.

—¿Es lo que piensas?... —Se llevó las manos a los bolsillos delanteros de su pantalón—. Entonces que te vaya bien. —Retrocedió un paso—. Espero que ese que te espera adentro no te decepcione. Después de todo fue un placer conocerte. —Frunció la boca formando media luna, retrocedió otro paso y después de dio media vuelta y se marchó.

Elizabeth se quedó inmóvil, estúpidamente se sentía mal por haberlo herido, pero también una parte de ella estaba totalmente aliviada de haberse librado de Paulo.

Inhaló, sintiendo cómo el aire gélido le reseca las fosas nasales hasta la garganta y después resopló.

—¿Todavía no llega el desayuno? —preguntó volviendo a sentarse frente a Luck, y se obligaba a sonreír.

—Les pedí que esperaran un minuto —anunció y le hizo señas a la chica que babeaba por él, ella casi corrió a su encuentro—. Ya puedes traernos el pedido por favor —pidió con una de esas sonrisas encantadoras que hacían bajar ropa íntima, tanto en mujeres como en hombres.

—Enseguida —asintió con una sonrisa.

—Entonces, ¿vas a decirme quién era ese o tendré que quedarme con la duda? —Fue Luck quien dio inicio a la conversación.

—Se llama Paulo... —comenzó Elizabeth.

—Morais, no se me olvidará... Puto déspota —interrumpió.

—No sé por qué actuó de esa manera, cuando lo conocí era encantador —empezó a contar y Luck se mostró interesado.

—Se cree con derecho sobre ti... ¿Acaso se lo diste? —interrogó.

—Espero que no me estés reprochando.

—No es mi intención, no podría hacerlo.

—Salí con él algunas veces y nos dimos unos cuantos besos, pero no pasó nada más, en ningún momento le hice pensar que quería algo serio con él... Pero me preocupa que haya pensado lo contrario y se haya aparecido aquí sin avisar.

—No me parece un buen tipo... Es atractivo, no se le puede negar, pero su actitud no me gustó para nada.

—A mí tampoco, ya le dejé claro que no lo quiero cerca... Tuve que ser un tanto grosera, para ver si de esa manera terminaba de entender, porque ya se lo había dicho de buenas maneras.

—¿Te preocupa?

—Sí, es decir, parece obsesionado —susurró mortificada.

—En ese caso hiciste bien, no tienes por qué ser cuidadosa con ese tipo de hombres que solo porque le das un beso creen que le perteneces. —Le ofreció la mano y Elizabeth se la sujetó con fuerza; fue imposible no percatarse de que a pesar del frío estaba sudando—. No te preocupes, sé que te incomoda mucho ser perra, pero hay momentos en que no queda de otra.

Elizabeth le sonrió, sintiéndose comprendida por Luck. Agradecía que le diera tanto ánimo.

—Tienes razón, no tengo por qué sentirme culpable. —Le sonrió ya más tranquila.

La comida llegó y se dedicaron a comer.

—Y bien, ¿cuándo se supone que vamos a terminar con lo nuestro? —preguntó Luck.

—¿Ya te quieres deshacer de mí? —Elizabeth fingió indignarse.

—No fui el que se enamoró. —Le recordó.

—No quiero dejar de ser tu novia. —Hizo un puchero.

—Pero debes, a menos que a tu amor no le importe.

—¿Por qué tenemos que complicarnos la vida solo por complacer a la sociedad? —Se preguntó ante tal injusticia—. ¿Qué más da si estoy con ambos?...

—Sabes que te buscaste a un señor de las cavernas, criado a la antigua; sé que te exigirá exclusividad.

—¿Te parece si hablamos de eso en otro momento? Es que sé que será agotador, que los reporteros empezarán a acosarnos —dijo poniendo los ojos en blanco, desde ese instante sintiéndose cansada ante lo que se le avecinaba.

—Está bien, ¿quieres acompañarme el sábado al cumpleaños de Spencer? —preguntó cambiando de tema.

—Sí, sabes que cuentas conmigo. ¿Nos vamos? —propuso—. No quiero llegar tarde.

—Sí. —Luck buscó con la mirada a la chica que los había atendido.

En cuanto Elizabeth terminó sus ocupaciones en la agencia se despidió de Luck y fue a la boutique, como le había prometido a su madre.

Esa tarde almorzaron juntas, pues no tendrían tiempo de ir a casa. Elizabeth aprovechó una escapada al baño para hablar con Alexandre, y después volvieron a la boutique.

—Mamá, me tengo que ir —dijo entrando a la oficina de Rachell—. Tengo

clases en la escuela de idiomas, y después voy a capoeira.

—Está bien cariño —dijo recibiendo un beso de su hija—. Cuídate mucho.

—Te quiero. —Salió de la oficina y partió rumbo a la escuela.

Al salir de su clase de japonés caminaba al estacionamiento, cuando recibió una llamada de su padre.

—Hola papito —saludó cariñosa—. ¿Cómo estás?

—Elizabeth, necesito verte, ¿puedes ir a la casa ahora mismo?

—¿Pasó algo? —De manera inmediata el corazón se le instaló en la garganta, pensando que había pasado algo malo—. ¿Estás bien? ¿Por qué a la casa? ¿No estás en el trabajo?

—Voy camino a la casa, solo necesito hablar contigo.

—¿Pasó algo malo? —preguntó nerviosa.

—No, nada malo. Solo necesito hablar contigo.

—Está bien, voy para allá. —Terminó la llamada y tenía un tornado de pensamientos girando en su cabeza, no tenía idea de por qué su padre deseaba verla. En el peor de los casos pensó que Paulo había ido a verlo a la fiscalía y le habría contado quién sabe qué cosas.

No le quedó más que acatar la orden de su padre, así que dejó para luego sus prácticas de capoeira y se fue a su casa.

CAPÍTULO 45

Elizabeth estacionó su auto en el garaje de su casa, lo apagó y bajó, apenas las puertas que daban al pasillo con paredes de cristal que conducía a la sala se abrieron, un pequeño terremoto de pelaje blanco la interceptó, arremolinándosele en los pies y moviendo enérgicamente el rabito.

—Hola pequeño, ven aquí. —Lo cargó y empezó a llenarlo de besos, mientras disfrutaba de las lamidas de esa lengua morada de su gordito—. ¡Qué bonito! ¡Ay, qué bonito! —hablaba como niña mientras avanzaba; irremediablemente, a su memoria llegó Snow, su fiel amigo y compañero, por lo que la nostalgia le embargó el corazón.

—Cariño. —Le sonrió Esther, dejando de lado el trapo con el que pulía una escultura de plata.

—Hola Tetê. —Se acercó y le dio un beso—. ¿Ya llegó mi papá?

—Sí, te está esperando en su oficina.

—¿En la oficina? Entonces la situación es seria —comentó, segura de que cuando su padre los llamaba a ese lugar era porque tenía preparado un regaño. No pudo evitar que el corazón se le instalara en la garganta, pero no podía adivinar cuál era el motivo para su cita.

—Eso creo —comentó la mujer, quien se había dado cuenta de que Samuel Garnett había llegado con un semblante inusualmente serio.

Suspiró ruidosamente en un acto de valor, no le quedaba de otra que afrontar la situación. Dejó a Blondy sobre el sofá y contando los pasos se dirigió a las fauces de su padre. Inhaló profundamente antes de tocar la puerta, después lo hizo con precaución.

—Adelante —escuchó el mandato, y con el corazón retumbándole en la garganta abrió la puerta.

—Buenas tardes —saludó avanzando lentamente y obligándose a sonreír para que no descubriera que estaba nerviosa—. Es un milagro que estés en casa a esta hora.

—Siéntate. —Le pidió, haciendo un ademán hacia la silla frente al escritorio—. Tuve que suspender algunos compromisos, porque considero que

es más importante hablar contigo sobre un tema que verdaderamente no consigo comprender. —Siguió con la mirada a su hija mayor hasta que se hubo sentado, mientras que él sostenía en sus manos un iPad.

—No sé...

—Elizabeth —interrumpió, porque quería ser él quien tuviera la palabra, antes de que ella intentara manipularlo con sus encantos, como casi siempre lo hacía—. Sabes que es totalmente imposible que vayas a Brasil sin que me entere.

Elizabeth empezó a boquear, no encontraba una explicación, y estaba segura de que si la hallaba se le quedarían atoradas en la garganta, entre los latidos desaforados de su corazón.

—Y antes de que intentes inventar cualquier mentira, quiero que me expliques esto... —Le tendió el iPad, sin quitar su mirada de los ojos asombrados de su hija.

Elizabeth, con mano temblorosa la agarró, sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas y el corazón estaba a punto de vomitarlo, era la sensación más horrible de vértigo que había experimentado en toda su vida.

«Mierda... Oh mierda, necesito que el mundo se detenga mientras pienso en algo realmente convincente». Pensó al ver una fotografía donde ella se estaba besando con Alexandre en pleno aeropuerto.

—¿Cómo es que tienes esta foto? ¿Quién fue el entrometido que te dijo que fui a Río? —preguntó dejando sobre el escritorio el aparato e intentó mirar a su padre, pero no pudo sostenerle la mirada por más de tres segundos. Segura de que alguien le había ido con la patraña, porque Samuel Garnett no era partidario de las notas sensacionalistas.

—Quien fue no importa, aquí lo único que importa es tu explicación, y por tu bien Elizabeth Garnett, no me mientas —dijo muy serio y molesto.

Elizabeth miró a sus rodillas, los nervios no le dejaban hablar, sabía que debía afrontar ese momento con valor, pero no lo encontraba.

—Estoy esperando Elizabeth, ¿qué hacías el fin de semana en Río? Si supuestamente irías a Buenos Aires. ¿Qué significa esa foto en la cual te estás besando con Marcelo Nascimento?

—Ese no es Marcelo. —Salió enseguida de su boca.

—No, no te atrevas a negarlo. —Le advirtió moviendo un dedo índice—. Ya lo averigüé, bien sabes que no voy a enfrentarte sin antes haber investigado.

—Pues lo hiciste mal, porque ese no es Marcelo. —Tragó en seco y

después agarró una bocanada de aire—. Es Alexandre, su hermano... gemelo —confesó y no se sentía mejor, no podía aliviar los nervios que la estaban destrozando.

—Bien, aclarado quién es el sujeto, ¿vas a explicarme...?

—¡Lo amo! —reveló interrumpiendo a su padre, sin ganas de dilatar más la situación que la estaba torturando—. Yo... yo sé que es difícil de comprender... —Samuel le hizo una señal con su mano para que se detuviera, agarró su teléfono móvil y marcó, en pocos segundos habló—. Necesito que me investigues todo sobre Alexandre...

—No papá, ¿qué haces? —protestó Elizabeth—. No lo hagas...

—Alexandre Nascimento. —Le pidió a la persona al otro lado de la línea, ignorando la petición de su hija.

Elizabeth no pudo evitar molestarse por eso, por lo que se reveló y se levantó, dispuesta a salir del lugar y dejar que Samuel Garnett siguiera jugando a ser Dios, como tanto le gustaba.

—Elizabeth, siéntate. —Le ordenó y terminó la llamada.

—No tienes derecho, no lo tienes... Es mi vida papá, no puedes hacer eso —protestó muy molesta.

—¿Que no puedo? ¿Crees que no puedo hacerlo? Claro que puedo, porque has burlado la confianza que te he dado, te has burlado de tu familia, me has mentado... Sabes perfectamente que tenías prohibido ir a Brasil —discutió cada vez más molesto, debido a la actitud de su hija.

—Solo necesitaba verlo, y si te lo decía no ibas a comprender, porque nunca comprendes nada...

—No soy comprensivo, ahora no lo soy... No digas tonterías, te he dado la confianza suficiente y la traicionaste.

—Ya te dije que fui a Río porque necesitaba ver a Alexandre, porque lo amo...

—¿Lo amas? ¿Y qué pasó con Luck? Con ese amor que decías sentir por él.

—Supongo que tu informante te dijo que él también estaba ahí conmigo —habló Elizabeth, con la garganta inundada, ya no solo se sentía nerviosa también estaba molesta.

—Lo hizo, y estoy intentando comprender. Porque yo veo a un hombre besando a tu madre y le parto la cara al infeliz, no vivirá para contarlo... Pero esa no fue la reacción que tuvo el que se supone es tu novio... He tenido que controlarme para no citararlo aquí contigo, porque a pesar de lo que has hecho, quiero darte un voto de confianza.

—No puedes ponerme contra la pared, necesito tener mis secretos, no puedo contarte todo de mi vida, necesito mi privacidad, tienes que respetar eso papá —dijo después de pensarlo. No iba a traicionar a Luck, no podía hacerlo.

Samuel se pasó una mano por la frente, tratando de encontrar paciencia y comprensión, porque eso se estaba tornando muy difícil.

—Elizabeth, no voy a permitir que lleves la vida como se te da la gana, si no quieres decírmelo hablaré con Luck.

—No puedes hacerlo, no tienes por qué involucrarlo en todo esto.

—Créeme que lo haré, y después no lo quiero volver a ver contigo, así que puedes ir despidiéndote de ese jovencito de una vez por todas.

—Como si eso representara gran sacrificio para ti, cuando es lo único que has deseado desde hace mucho.

—Cuida el tono con el que me hablas, que soy tu padre.

—Eres mi padre, no mi dueño, no puedes tomar decisiones por mí, no puedes entrometerte en mi vida. Desde hace mucho que soy mayor de edad.

—¡Ahora la señorita es mayor de edad! —ironizó con rabia—. A mí no me interesa tu mayoría de edad, ser tu padre me da la autoridad para aconsejarte.

—No me aconsejas, me impones —discutió, sintiendo que las lágrimas le ganaban la partida.

—Si así lo prefieres así será, no te quiero cerca de Luck ni del tal Nascimento, ¿acaso no te das cuenta de que eres una niña para estar saliendo con un hombre que casi te dobla la edad?

—¿Desde cuándo te importa la edad? Alexandre me quiere y yo a él, eso es lo único que importa.

—Aquí lo único que importa es que no salgas lastimada, un hombre de esa edad no va a tomarte en serio.

—¿Tú qué sabes papá? Solo pretendes que me quede en casa toda la vida, bajo tu protección; vives cortando mis alas para que no pueda ir más allá de los límites que tú impones.

—Sabes bien que no es así. —A Samuel le dolió en el alma ese injusto reproche que su hija le estaba haciendo—. Has hecho tu vida como has querido, has viajado sola por todo el mundo, te he permitido que experimentes lo que se siente ser independiente... Y ahora juzgas cómo me he portado contigo. Pero esta vez no voy a permitir que te arriesgues, no voy a dejarte en manos de hombres que no van a valorarte y que jamás te amarán como lo hago yo.

—Solo hablas de tu amor, pero ¿dónde queda lo que yo siento papá? —Las lágrimas se le derramaron y eso le daba más rabia—. Es egoísta de tu parte que solo esperes que te ame a ti, porque también amo a Alexandre, de una forma que no puedo hacerlo contigo...

—¡Elizabeth, por Dios! —intervino molesto—. ¿Cómo puedes amar a alguien a quien no conoces?

—No, tú no lo conoces, yo lo conozco lo suficiente, tanto como para saber que es el hombre que quiero en mi vida.

—Pero no es el que te conviene.

—Ninguno es conveniente para ti.

—¿Sabes qué? No voy a seguir discutiendo contigo, no hay una razón para que lo haga. Ve ahora mismo a tu habitación y no quiero que salgas de ahí hasta que lo ordene.

—Ya no tengo ocho años papá. No esperes que corra a encerrarme a llorar. —Se levantó.

—Elizabeth, ve a tu habitación, no quiero ser drástico contigo.

—No hay nada que puedas hacer papá, si no quieres comprenderme...

—¿Comprender que quieres arruinar tu vida?, ¿comprender que solo sabes mentirme?

—Solo porque no haga las cosas como tú esperas no significa que vaya a arruinar mi vida. Quiero hacer las cosas a mi manera, y si me equivoco quiero aprender de mis errores, no de los tuyos. —Se limpió con el dorso de la mano una lágrima que corría por su mejilla, resuelta a salir del lugar.

—Elizabeth, solo intento protegerte, todo lo que hago es por tu bien.

—Es por «tú» bien, no por el mío, solo quiero hacer mi vida. ¿Qué más da si Alexandre solo quiere romperme el corazón? Deja que luche contra eso.

—Pasa que después vienes a buscar consuelo en mis brazos y me parte el alma verlos sufrir... Solo quiero que sean felices y que estén a salvo.

—El dolor, las desilusiones, las traiciones... y muchas cosas más, aunque negativas, son parte de la vida. No puedes evitar que eso pase.

—Puede que tú quieras experimentar todas esas cosas, pero si está en mis manos evitarlo lo haré. Ahora ve a tu habitación, no quiero seguir con esta discusión.

—¿Pretendes que me encierre para que muevas las fichas a tu antojo?... Papá, ya no soy una niña, quiero estar con Alexandre y no vas a impedirlo.

—¡Ve a tu habitación! ¡Ahora! —Le gritó como nunca lo había hecho, sintiendo que la testaruda de su hija había rebasado los límites.

Elizabeth se sobresaltó pero mantuvo el aplomo, sabía que debía revelarse en ese momento o no podría hacerlo después. Adoraba a su padre y sabía que él también la quería; sin embargo, su obsesión por mantenerla alejada de lo que según él era peligroso, estaban provocando que la relación se quebrantara.

—No, lo siento papá, pero no voy a hacerlo... No voy a parar mi vida solo porque tú lo ordenes. Ahora mismo voy a practicar capoeira, como lo tenía previsto antes de que me hicieras venir con la intención de que ponga mis decisiones en tus manos. —Salió de la oficina y cerró de un portazo, y conteniéndose para no sollozar, apresuró el paso hacia el estacionamiento.

—¡Elizabeth! —Salió Samuel de la oficina con la rabia en aumento, al ver que su hija no acataba su orden—. Elizabeth, no te atrevas a marcharte. —La siguió dando largas zancadas, pero ella subió al auto y arrancó—. ¡Maldita sea! —siseó con la impotencia gobernándolo. No podía detenerse a pensar, la impulsividad ponía de rodillas a la sensatez, por lo que regresó a su oficina y buscó en el directorio de su teléfono el número de Luck.

Al primer intento se le fue al buzón de voz, pero él seguía odiando tener que dejar mensajes, así que insistió. Solo esperaba que Elizabeth no lo pusiera sobre aviso, porque él necesitaba entender lo que estaba pasando con su hija, y no descansaría hasta averiguarlo.

—Luck, ¿cómo estás? —saludó tratando de ser amable para poder conseguir su objetivo.

—Hola, bien señor. —Le fue imposible no sentirse extrañado ante la llamada del que todavía era su suegro.

—¿Puedes venir a la casa en este momento? —preguntó caminando en la oficina como si fuese una pantera enjaulada.

—Eso creo, ¿es importante?

—Muy importante.

—¿Pasó algo con Elizabeth? —No pudo evitar preocuparse.

—No, no... Todo está bien con ella, solo que necesito hablar algo contigo.

—Es que en este instante estoy atareado, me desocupo en veinte minutos —hablaba mientras una de las asistentes de fotografía le aplicaba aceite en la espalda y se lo frotaba.

—Está bien, te invito a cenar. —Se mostró afable, cuando solo quería discutir.

—Gracias señor. —Terminó la llamada, sintiéndose realmente perturbado por la inusual calidez de Garnett.

No sabía qué era lo que le esperaba, pero para asegurarse decidió llamar a

Elizabeth, solo que no le dio tiempo en el instante porque debía seguir con su trabajo. Lo haría de camino a la casa Garnett.

La mente de Samuel no podía parar, volvió a sentarse en su escritorio, sintiendo que la rabia e impotencia lo estaban consumiendo, desde ahí escuchó la llegada de Violet del colegio, pero no pudo ir a su encuentro, porque estaba desesperado.

Lo que verdaderamente necesitaba era saber si Elizabeth estaba bien y si había ido a la academia como le había dicho, por lo que llamó al director de la escuela; después de que lo hiciera esperar por varios minutos, le confirmó que Elizabeth estaba en medio de una roda.

Luck salió del estudio de fotografía y subió a su Ferrari rumbo a la casa Garnett, en el trayecto llamó a Elizabeth, pero ella no le contestó, aunque lo hizo en tres oportunidades no logró comunicarse con ella.

Justo acababa de estacionar frente a la casa cuando Elizabeth le devolvió la llamada.

—Hola gata hermosa —saludó sonriente mientras se quitaba el cinturón de seguridad—. Cada vez se hace más difícil comunicarse contigo.

—Hola cariño, ¿cómo estás? —preguntó ella, sacando del casillero su bolso deportivo para tomar su toalla e irse a la ducha.

—Bien, acabo de llegar a tu casa.

—¿A mí casa?

—Sí, tu padre me invitó a cenar.

—Luck, no entres, vete ahora mismo —dijo apresurada, sin poder creer que su padre hubiera hecho eso.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Ahora no tengo tiempo para explicarte, solo que mi padre se enteró de mi relación con Alex y está molesto... Ve a tu casa, yo después te explico.

—¿Le dijiste lo nuestro?

—No, ¿cómo se te ocurre? Sé que eso lo tiene más molesto. Cree que ando con los dos y tú lo consientes... No es que esté muy lejos de la realidad, pero no quiero que te reclame nada, él no tiene derecho a hacerlo. —Se colgó el bolso del hombro y corrió a la salida.

—Está bien, entiendo... —Terminó la llamada y apagó el teléfono.

—¡Luck! ¡Luck! No puede ser —Volvió a marcarle, pero se le fue directo al buzón de voz—. ¿En serio? —Se dijo sin poder creerlo.

Como un vendaval salió de la academia, corrió hasta el estacionamiento que estaba a una calle y partió a su casa, solo esperaba llegar antes de que su

padre pagara su rabia con Luck.

Se pasó durante todo el trayecto esquivando autos y tocando con desesperación la bocina, nunca le había parecido tan congestionado el tráfico como ese día. Maldecía a cada minuto cuando intentaba comunicarse con él y no podía, sentía que solo era la débil marioneta de su impotencia; y las ganas de llorar volvieron a subir a su garganta, al pensar en lo que su padre podría decirle a Luck.

Cuando por fin llegó se encontró con el Ferrari rojo frente a su casa, estacionó al lado y bajó, corrió directamente a la oficina de su padre, donde entró sin anunciarse.

—No tienes por qué meter a Luck en esto —dijo avanzando con largas zancadas.

Luck se volvió a mirarla por encima del hombro y Samuel lo hizo desde su asiento.

—Elizabeth...

—A ti te dije que te fueras —interrumpió a Luck.

—Ya me lo ha dicho —intervino Samuel—. Otra más de tus mentiras, es momento de que las lances todas, ¿cuánto más me has mentido?

—No quiero hablar contigo papá, no lo voy a hacer... ¿Por qué actúas de esta manera?

—¿Por qué lo haces tú? —contrainterrogó—. Entiendo que querían seguir el juego de los medios de comunicación, pero ¿engañar a sus padres también? ... Es inaudito, parecen unos chiquillos, me han visto la cara de estúpido.

—Señor, debía parecer real. —Volvió a hablar Luck.

—Tú ni hables, has perdido la poca confianza que te tenía.

—¿En serio le tenías confianza? —preguntó incrédula—. Porque verdaderamente lo dudo. Vamos Luck. —Lo instó a que se levantara—. Y tú estás haciendo que te pierda el respeto —dijo con la barbilla temblando por las emociones que la golpeaban.

—Pareces una adolescente haciendo berrinche, para y afronta lo que has hecho.

—Lo he afrontado, pero no lo entiendes papá. ¿Ahora qué sigue? Sí, ya sé... Ahora vas a esperar a que tu investigador te pase el número de Alexandre para llamarlo y exigirle que se aleje de mí, pero te voy a ahorrar tiempo con eso, sé que él no se dejará convencer por ti, y antes de que tu secuaz te lo cuente, te informo que trabaja para la policía científica, es fotógrafo..., tiene una hija adolescente y un nieto de un año, es viudo y no

tiene dónde caerse muerto, pero así lo amo y no me importa lo que tú o el mundo opine, me importa lo que yo siento.

Samuel se quedó sin palabras, estaba totalmente perturbado, no lo podía creer y no iba a aceptarlo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Rachell entrando a la oficina, sin tener que anunciarse porque Elizabeth había dejado la puerta abierta.

—Sucede que tengo por padre a un dictador —argumentó Elizabeth, caminando a la salida siendo llevada por la rabia.

—Espera cariño. —Rachell la sujetó por el brazo—. ¿Qué sucede?

—¿Sabes que tu hija se burló en nuestras narices? Resulta que no estaba en Buenos Aires, se fue a Río a verse con un tipo que le dobla la edad, porque según ella está enamorada de ese embaucador. —Señaló sin ningún escrúpulo a Luck—. Y este, ahora resulta que no es más que su amigo, que nunca han sido novios porque es homosexual...

—¡Samuel! —Rachell se mostró alterada por la manera en que su marido acusaba a Luck, posiblemente hiriendo los sentimientos del chico—. ¿Ahora es mi hija? Es «nuestra» hija...

—¿Te vas a poner de su lado? —preguntó incrédulo, sin poder comprender que lo que acababa de decir no asombrara a Rachell, en pocos segundos de silencio analizó la situación—. ¡Lo sabías, ¿cierto?! —Le preguntó, pero ella se quedó callada—. Sí, lo sabías... No eres más que una encubridora, ¿ves que tú hija está rodando hacia un precipicio y no te interesa...?

—¿Puedes calmarte? —preguntó mirando a los ojos inyectados en ira de su marido, y seguía sin soltarle el brazo a Elizabeth.

—¿Cómo pretendes que me calme? Resulta que mi mujer apoya las locuras de mi hija. ¿Es que no puedes ver la importancia del asunto?

—No es para tanto. —Le soltó el brazo a su hija—. Vamos a aclarar la situación en este momento. —Le susurró a su hija.

—¡Sí, lo es! —protestó Samuel.

—Luck, cariño. —Rachell se acercó al chico—. Ve a tu casa, de esto me encargaré yo. No tienes por qué ser parte de este espectáculo... Y no te sientas culpable por nada.

Luck se levantó y ella lo detuvo, plantándole un beso en la mejilla y el acarició el pelo.

—¿Segura que todo va a estar bien? —No podía evitar sentirse preocupado, porque el señor Garnett estaba furioso.

—Sí, ve tranquilo —consoló Rachell.

Elizabeth lo abrazó y lo besó.

—No tenías que hacerlo, no debiste exponerte.

—Ya era hora Eli, gracias a ti por todo... Después hablamos, ¿te parece?

—Le preguntó en susurro, pero Samuel escuchó.

—No habrá un después, no quiero que vuelvas a acercarte a mi hija.

—No es tu decisión, si quiero estar con Luck lo haré... —contestó Elizabeth—. Ve tranquilo. —Le guiñó un ojo y se obligó a sonreír, para quitarle culpa a su gran amigo.

Él solo asintió y salió del lugar, sabía que Elizabeth no la tendría fácil, solo esperaba que su padre pudiera comprenderla, porque ella era una chica extraordinaria.

—Vamos a sentarnos y a discutir esto calmados, como los adultos que somos —razonó Rachell.

—Por lo menos tú me ves como adulta mamá, porque papá piensa que todavía tengo cinco años.

—No, ella no te ve como adulta, te ve como a su cómplice... ¡Por Dios Rachell! ¿Cómo has podido?

—Samuel, ¿puedes serenarte? Porque si no puedes, tendremos que dejar esta conversación para después.

En medio de un resoplido él aceptó calmarse un poco, pero plenamente seguro de que no daría su brazo a torcer. Mientras Rachell se llenaba de valor para afrontar la situación.

—¿Qué tienes para decir? —preguntó Samuel mirando a su mujer.

—Lo de Luck lo sabía, no quisimos contarte nada porque no podíamos exponerlo a él y porque sabía que no ibas a estar de acuerdo... Samuel, tan solo es un pobre chico temeroso, ya suficiente tiene con sus propios demonios como para que tú también lo juzgues.

—No lo juzgo, me da igual su preferencia sexual, lo que no perdono es que involucre a mi hija en toda esta pantomima.

—Fui yo quien decidió ayudarlo, yo se lo propuse porque lo quiero y no me gusta que sufra, es mi amigo, el único que ha estado a mi lado desde niña, el único que no me ha dado la espalda por sentirse envidioso de mis éxitos... Ha estado conmigo en las buenas y en las malas, tanto como para acompañarme a Río porque se lo pedí, me apoya en todo, incluso en las situaciones con las que él no está de acuerdo... —explicó Elizabeth con la garganta inundada en lágrimas—. Porque me quiere, pero no usa su amor como excusa para limitarme, solo me deja ser, permite que descubra por mí misma

las cosas buenas o malas y que aprenda de ellas.

—¿Estás queriendo decir que ese joven te ama más que tu propio padre? —cuestionó escuchando cómo a su corazón se le hacían grietas y empezó a faltarle el aliento.

—No, solo digo que su amor por mí no lo ciega, que no me juzga y no me limita, solo me acompaña en mis experiencias y me hace saber que aunque me equivoque, que aunque no sea la modelo intachable, la chica perfecta siempre estará a mi lado, apoyándome, no encerrándome en un mundo perfecto que cuando menos me lo espere podría derrumbarse. —Se limpió las lágrimas y sorbió los mocos.

—No espero de ti la perfección, pero tampoco voy a permitir que cometas locuras, no voy a quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo haces mierda tu vida. Lo que hoy me reprochas mañana me lo agradecerás. Prefiero mil veces que me odies a perderte.

—Eso lo dices porque tú hiciste tu vida como te dio la gana, *avô* nunca te limitó, nunca te dijo a quién amar y a quién no, tomaste tus propias decisiones y ahora quieres obligarme a hacer las cosas según tu criterio de lo que es correcto, y todos sabemos que no fue así como actuaste... Te fuiste de la casa de *avô* con solo dieciocho años, y yo con veintitrés todavía sigo aquí, bajo tu techo y tus reglas... —chilló cuando debía mostrarse imperturbable, suponía que no debía dar su brazo a torcer, pero toda esa situación la había rebasado, nunca había tenido una discusión tan fuerte con su padre.

—¿Es eso? ¿Ahora quieres irte a vivir sola?... Lo suponía, tanta exageración para decirme que quieres largarte a hacer lo que te dé la gana... Aquí estoy para que me escupas a la cara todos tus reproches...

—Sam —intervino Rachell, tratando de reconciliar la situación. Consideraba que su marido estaba siendo demasiado dramático, pero no podía desautorizarlo delante de Elizabeth—. ¿Por qué no puedes darle un poco de libertad?, ¿que haga lo que la haga feliz?, ¿que se abra camino por su propia cuenta? Pero que sepa que si las cosas no salen como espera, aquí estarán sus padres para apoyarla.

—Por eso está así —acusó Samuel—. Por tu culpa, porque todo se lo permites y se lo celebras... Rachell, creo que verdaderamente no le estás dando la importancia que el asunto requiere, no se trata de dejarla ser, se trata de que nos mintió... Bueno, me mintió, me vio la cara de imbécil, ¿cómo es posible que esté saliendo con un hombre que le doble la edad? ¿Que tiene una hija adolescente y un nieto?... —Dirigió la mirada a su hija—. No tienes la

más remota idea de lo que eso significa, apenas te estamos criando, eres una niña y pretendes ser un ejemplo a seguir para una chica que casi tiene tu edad, y que es madre, cosa que tú no eres... No sabes lo que es el sentido de responsabilidad de una familia, no creo que entre tus planes esté dejar de lado fiestas, viajes... Tendrás que dejar una vida que conoces para madurar de un porrazo.

—Quiero asumir el riesgo —dijo con gran determinación.

—Solo quieres jugar, sin importarte las consecuencias. Si ese hombre no pretende solo divertirse contigo, entonces espera que seas una mujer madura, que le brinde la estabilidad de un hogar; algo que no podrás hacer.

—Gracias por la confianza papá —ironizó molesta.

Rachell no sabía qué decir, porque también estaba impresionada con todo el problema, tan solo sabía la mitad de la historia. Su posición era la más difícil, porque debía estar en medio de esa contienda y tratar de comprender ambas partes.

—No es falta de confianza, solo intento hacerte abrir los ojos jovencita testaruda.

—Papá. —Suspiró ya cansada—. Puedes discutir toda la noche, pero eso no me hará cambiar de opinión, mucho menos de sentimientos. —Se levantó de la silla—. Estoy agotada, necesito dormir.

—Vamos a dejarlo hasta aquí por hoy —pidió Rachell.

—Tampoco voy a cambiar de parecer, mi decisión está tomada. No verás más a Luck, mucho menos irás a Río tras ese hombre del que tu familia no sabe nada.

—Desde que empezaste esta absurda discusión te he recordado que ya no tengo cinco años y que no puedes manejar mi vida. —Salió de la oficina y cerró la puerta.

Samuel resopló y se llevó las manos a la cabeza, en un claro gesto de cansancio y lamentación.

—Todo esto es tu culpa. —Acusó a Rachell—. Le has dado muchas libertades.

—¿Ahora es mi culpa? —Rachell se llevó una mano al pecho, sin poder creer que la acusara—. He hecho lo humanamente posible para ser una buena madre, para ser comprensiva con mis hijos.

—Ese es el problema, que las tratas como si fuesen tus amigas, y no lo son, son tus hijas; tienes que guiarlas, no complacerlas. ¿Cómo es posible que supieras de todo esto y no me lo contaras? ¿Cómo osas verme la cara de

imbécil?

—¿Ahora vas a reprocharme la manera de educarlas? ¡Ahora solo son mis hijas! Te recuerdo que no me las hice con el dedo, aquí ambos hemos tenido participación, porque podría reclamarte el amiguismo que tienes con Oscar, al que le aceptas a la niña esa... La Melissa. ¡Ah! Pero como el niño es hombre, no importa si tiene una o mil amiguitas...

—No se trata de eso Rachell.

—¿Entonces de qué?

—De que Elizabeth dice estar enamorada de un hombre que le dobla la edad...

—No le veo inconveniente... Reinhard le doblaba la edad a Sophia y no por eso nos opusimos a sus sentimientos.

—La situación era totalmente distinta, mi tío es un hombre responsable, íntegro, un ejemplo a seguir... Ese, por el contrario, parece ser irresponsable, que según palabras de Elizabeth no tiene dónde caerse muerto, ¿cómo se supone que va a velar por nuestra hija?... Estoy intentando entender qué tiene Elizabeth en la cabeza y no consigo hallar ni una pizca de coherencia.

—¿Y desde cuándo te importa más una posición económica que los sentimientos? Elizabeth no necesita de ningún hombre para vivir, ella puede mantenerse por sus propios medios, no es necesario que llegue un multimillonario a salvarle la vida.

—Definitivamente, no puedes ser objetiva, estás de su lado —protestó Samuel, ya con dolor de cabeza.

—Solo estoy tratando de ser coherente. Elizabeth tiene suficientes maneras para subsistir, tiene su propio dinero... No necesita del de nadie más, lo que importa es que el hombre la quiera, la apoye y la respete; si cuenta con esos requisitos para mí está bien. Sea millonario o un mendigo.

—Necesita a un hombre que también le brinde estabilidad.

—Estabilidad emocional, la económica ella misma puede dársela.

En ese momento llamaron a la puerta solo por avisar, porque no esperó respuesta para asomar medio cuerpo.

—¿Ya terminó la reunión? —preguntó Violet con una sonrisa entre tierna y pícaro—. Porque ya está lista la cena.

—Sí cariño, ya vamos —comentó Rachell levantándose, pero Samuel siguió sentado.

—Vayan ustedes, no tengo apetito.

—Samuel, por favor —suplicó Rachell ante la actitud de niño malcriado

de su marido, se acuclilló frente a su hija—. Ve a darle un besito a papi.

Violet sonriente corrió hacia su padre, lo que menos le costaba en el mundo era mimarlo.

Rachell salió de la oficina, dejando a la niña con Samuel; sabía que ella podría levantarte el ánimo.

—Esther, pueden ir poniendo la mesa, regreso en un minuto —anunció y caminó hacia las escaleras.

CAPÍTULO 46

Rachell entró a la habitación de Elizabeth sin avisar, no la encontró en la cama, tampoco estaba en la terraza; quiso correr a preguntarle a Esther por ella, pero antes de alarmarse más de la cuenta, abrió la puerta del baño y la encontró duchándose, inmediatamente sintió que el alma le volvía al cuerpo.

—Elizabeth. —A pesar de que el cristal de la ducha estaba empañado por el vapor, podía ver su silueta y escucharla sollozar—. Cariño. —Volvió a llamarla.

—Quiero estar sola mamá —dijo con la voz rota por el llanto.

—Lo entiendo, pero no puedo dejarte en este momento, ven. —Agarró el albornoz y abrió la puerta de la ducha—. Ven conmigo y deja de llorar, que eso no va a solucionar nada.

Elizabeth cerró la llave del agua, le quitó el albornoz a su madre y se lo puso, pero no podía parar de llorar, no era algo que ella pudiera controlar.

Salió del cubículo de cristal chorreando agua.

—Será mejor que te sientes. —Le pidió Rachell al tiempo que agarraba una toalla.

—Papá no entiende. —Sollozó, sintiendo cómo su madre le frotaba la cabeza, sacándole el exceso de agua—. Y no sé qué hacer... Estoy segura de que va a amenazar a Alexandre, no descansará hasta alejarlo de mí.

—Precisamente de eso tenemos que hablar...

—Ya no mamá, por favor... Ya no quiero más reproches...

—Elizabeth, evadir la situación no solucionará nada, necesito saber todo si deseas que te ayude, porque si no, ya no podré seguir apoyándote.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Por qué no me lo confiaste? No me dijiste que ibas a Río y no me informaste acerca de la familia de ese hombre.

—Es complicado...

—Lo sé, pero también sé que sabrás explicármelo, tengo que entenderlo todo para que nada me tome por sorpresa, como lo de hoy —pidió en su tierna tarea de secarle el pelo, dejó de lado la toalla y agarró el cepillo.

—No sé por dónde empezar.

—Pues por el principio cariño —dijo sonriendo ante la ironía—. ¿Por qué te fuiste a Río sin decírmelo?

—Ese no es el principio, todo comenzó cuando Alexandre no se comunicó más conmigo, después de que llegué a Nueva York, solo me llamó apenas llegamos al aeropuerto, después desapareció, no contestaba mis llamadas ni mis mensajes...

—Entonces tu padre tiene razón, si verdaderamente le importaras habría estado pendiente de ti en todo momento —intervino Rachell.

—Espera mamá, todo tiene una explicación, no es como estás pensando, aunque yo también pensé así, pero ¿recuerdas a Wagner? —Le preguntó.

—Sí, el hijo de la senadora, el que fue al aeropuerto.

—Sí, él también es capoeirista y va a las rodas a las que también va Alexandre, donde los conocí... Él me dijo que Alex no había asistido a las rodas desde que regresé a Nueva York... Eso verdaderamente me extrañó, porque por encima de todo, sé que Alexandre ama la capoeira. Fue entonces que me preocupé y quise ir a ver qué había pasado, porque lo extraño no era que dejara de amarme, sino que dejara de amar la capoeira... Había tenido un accidente en la moto...

—¡Oh por Dios! ¿Ves? Por eso te digo que esas cosas son muy peligrosas, y tú encaramada en ellas.

—El accidente no fue por falta de precaución, fue provocado por otra persona... —No quiso explicar mucho, porque bien sabía que no podía entrar en detalles—. En fin, el accidente fue grave, estuvo por más de cuatro semanas en coma, y es cierto mamá, sé que lo es...

—Y su familia...

—Es viudo, tiene una hija encantadora y un nieto hermoso... —dijo con la emoción burbujeando en su pecho—. Su mujer murió cuando tan solo tenía diecisiete años, desde entonces ha estado solo...

—¿Eso lo sabías desde que lo conociste? Porque es difícil esconder a una familia, sobre todo si te la pasabas en su apartamento —comentó mientras le cepillaba el cabello.

—Eso lo supe ahora, antes había temido preguntarle si tenía a otra mujer... No había rastros de su hija en su apartamento, porque vive con los padres de él en Niterói.

—Entiendo, no será fácil que tu padre lo acepte, realmente no creo que lo haga, pero haré lo posible por hacerlo entender. —Dejó el cepillo en la

encimera de cristal—. Ahora cámbiate y baja a cenar.

—No mamá, no quiero; por favor, no me obligues... Sé que mi papá va a retomar el tema y por ahora es mejor dejar las cosas en calma.

—Tienes razón, le pediré a Silvia que te suba la comida.

—Gracias mamá. —Le agarró una mano y se la besó—. Gracias por comprender.

—Eso estoy intentando hacer en este momento, porque deseo lo mejor para ti, pero no sé si apoyarte en esto lo sea, y si no lo es, mi conciencia no me dejará tranquila, mucho menos lo hará tu padre.

—Mamá, te aseguro que es lo mejor para mí, Alex lo es..., lo siento. Nunca antes había experimentado lo que él me hace sentir, verdaderamente lo amo y lo admiro... No me importa que sea mayor, descubrí que no es una cuestión de edad, sino de actitud; mucho menos es algo que tenga que ver con dinero, es él, es su personalidad, es lo que representa... Para mí es perfecto.

Rachell le sonrió al descubrir que efectivamente su hija estaba enamorada, pero no sabía cuánto estaba dispuesto a hacer Samuel por alejarla de lo que para él suponía un peligro; lo que menos deseaba era que su marido y su hija se enemistaran, pero estaba segura de que ninguno daría su brazo a torcer; era la maldición de que ambos poseyeran el mismo carácter.

Le acunó la cara y le dio un beso en la frente, y después le acarició los pómulos con los pulgares.

—Espero que él corresponda de la misma manera a tus sentimientos, que esté dispuesto a todo por ti.

—Sé que sí —dijo con convicción—. Creo todo lo que me dice, tienes que conocerlo mamá.

—De eso hablaremos después, no creo que sea el momento correcto para acordar un encuentro, todo con calma... —aconsejó, mirándola a los ojos enrojecidos y los párpados hinchados por el llanto—. Ahora debo bajar al comedor.

—Gracias mamá, eres la mejor del mundo.

—En este momento tu padre piensa todo lo contrario.

—Para mí lo eres.

Apenas su madre abandonó el lugar, ella quedó mirándose en el espejo, sintiéndose un poco más tranquila al saber que por lo menos contaba con el apoyo de ella.

Solo esperaba que su padre comprendiera, que se detuviera a pensar en las razones por las cuáles amaba a su madre, y se viera identificado en ella, pero

sabía lo testarudo que era y que no iba a compararse con ella ni con nadie.

Salió del baño y vistiendo solo el albornoz se sentó en la cama y agarró el teléfono que había dejado sobre el colchón, empezó a revisarlo, segura de que Alexandre no tardaría en comunicarse con ella.

Le marcó a Luck, porque estaba muy preocupada por él, no sabía lo que su padre le había dicho mientras estuvieron solos en la oficina.

—Hola —saludó tímidamente.

—Hola cariño, ¿cómo estás? Parece que sigues llorando.

—Lo siento Luck, siento haberte involucrado en todo esto...

—No te preocupes, no es nada comparado con todo lo que estoy dispuesto a hacer por ti, verdaderamente te amo Eli y siempre tendrás mi apoyo.

—Pero... pero —Sollozó, no podía evitar sentirse muy mal por todo lo que había pasado—. Tuviste que exponerte delante de mi padre, no debiste hacerlo... No debiste, sé lo difícil que es para ti.

—Ya no te preocupes por eso, estoy pensando seriamente en afrontar mi situación.

—Pero no tienes que hacerlo, a nadie más que a ti debe importarle tu sexualidad, no tienes por qué dar explicaciones.

—Tranquila Eli, sabré cómo hacerlo, ya estoy harto de tener que estar escondiéndome... Lo que importa ahora es lo que pasará contigo, ¿qué te dijo tu padre? ¿Qué piensas hacer?

—Mi padre sigue en su postura de no ceder, y estoy segura de que hará hasta lo imposible porque Alex desista de estar conmigo...

—Si él te quiere de verdad no se va acobardar ante las amenazas de Samuel Garnett, y si lo hace, simplemente no merece la pena. Además, ya no eres una niña, puedes hacer tu vida como mejor te parezca.

—En eso estoy de acuerdo, no voy a permitir que nadie interfiera en mi vida, mi papá no puede manejarla a su antojo, solo porque ahora no hago lo que él dice soy una mala hija, pero cuando lo obedezco sin chistar soy su niña mimada.

—Bueno, tampoco es que te enemistes con él, porque la relación entre ustedes es envidiable.

—Lo sé, lo adoro con locura, lo sabes; pero me entristece mucho que ahora no me comprenda, que no me apoye en una de las etapas más importantes de mi vida. Si contigo fue duro, con Alex será letal, puedo asegurarlo.

—Creo que también tienes que tratar de comprenderlo, no puedes comparar a ese Alex conmigo...

—¿Qué tiene de malo? —interrumpió, saliendo en defensa del hombre que amaba.

—Una hija adolescente, un nieto... Son responsabilidades que aunque no quieran van a interferir en la relación, para ti es mayor...

—La edad es lo de menos, me gustan mayores, a esa edad ya un hombre sabe lo que quiere en la vida, está centrado y no solo va a quererme para jugar...

—Existen las excepciones, pero a pesar de todo y de su cara de amargado me pareció un tipo responsable.

—Te pareció porque lo es... Pero no te llamé para hablar de Alex, sino para saber cómo estabas; debiste hacerme caso cuando te dije que te fueras de casa.

—No podía dejarte sola con el problema, estoy bien. De verdad lo estoy.

—Que me lo digas no me tranquiliza, tenemos que vernos mañana...

—Tu padre dijo que no me quería cerca de ti.

—Ni se te ocurra pensar que vas a hacerle caso a mi papá, así que mañana nos vemos en el mismo lugar de siempre para desayunar.

—Está bien, ahí estaré. Ahora trata de descansar.

—Tú también cariño, te adoro Luck.

—Yo también mi vida. —Le lanzó un beso y terminó la llamada.

Se recostó en la cama, pensando en ser ella la que llamara a Alexandre. Y justo en ese instante le empezó a vibrar el teléfono en la mano. Inevitablemente un remolino de nervios se instaló en la boca de su estómago, no quería contarle sobre lo que había pasado, pero debía hacerlo, porque sabía que solo era cuestión de tiempo que su padre se comunicara con él. Sobre todo si trabajaba con su gran amigo Souza.

Samuel Garnett tenía los medios necesarios para poder llegar a Alexandre sin complicaciones, y entonces le haría la vida imposible; temía que hasta interfiriera en su trabajo y lo despidieran. Si eso pasaba no se lo perdonaría, porque de Alex también dependían Luana y Jonas.

—Hola —atendió la llamada, obligándose a parecer normal.

—Hola *delicia* —saludó metiendo la llave en el cerrojo de la puerta de su apartamento—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Resopló, sabía que era mejor ser ella quien le contara a que lo hiciera su padre, lo más correcto era ponerlo sobre aviso—. Aunque...

—¿Aunque? —La instó él—. Te llamo por video.

—No, ahora mismo no puedo. —Se disculpó, porque no quería que él viera

que había estado llorando—. Sé que tengo que contarte...

—Hazlo. —Volvió a instarla en su camino a la cocina, iba por agua.

—Mi papá se enteró de lo nuestro y de que me escapé a Río el fin de semana...

—Supongo que debe estar furioso, se sentirá traicionado...

—No supones mal, está muy molesto conmigo. No... —hablaba cuando Alexandre la interrumpió.

—No quiere que estemos juntos —concluyó él.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó sorprendida.

—Soy padre, sé cuáles son las sensaciones y pensamientos que invaden a Garnett. No me extrañaría que se suba a un avión y venga a buscarme.

—Por eso quería contarte... Temo lo que pueda hacer, valiéndose de sus influencias para perjudicarte.

—No temo a nada de lo que pueda hacer.

—Alex, no lo entiendes... Papá es muy amigo de Souza, si se empeña, podría conseguir que te despidan.

—No importaría, buscaría otros medios para subsistir, pero no voy a renunciar a ti. Lo comprendo, pero sé que él no podrá comprendernos, y estoy dispuesto a perdonar cualquier cosa que haga en mi contra, porque sé que yo actuaría exactamente igual. No te mentí cuando te dije que si hubiese tenido en frente al que embarazó a Luana lo habría asesinado... Un padre jamás podrá ser racional, pero solo depende de ti demostrar qué tanto puedes soportar.

—Por ti estoy dispuesta a soportar lo que sea, no descansaré hasta que te acepte y comprenda que te amo.

—Eso quería escuchar, entonces no tienes nada que temer, no le tengo miedo a tu padre. Miedo me da perderte a ti —confesó con el corazón latiéndole lentamente y seguro de cada una de las palabras que decía.

—No vas a perderme —aseguró, confiando en la resolución de Alexandre. Si a él no le preocupaba lo que su padre pudiera hacer, entonces se sentía más tranquila, porque por su parte defendería con uñas y dientes lo que sentía.

Después de la cena Samuel regresó a su oficina y pidió no ser molestado, no podía pensar en otra cosa que no fuera en la situación de Elizabeth, le mortificaba saber que su hija estaba arriesgando su corazón y no pudiera darse cuenta.

Tenía muy presente cada palabra dicha por ella cuando salió en defensa de ese infeliz, y no esperaba a que McCallany le encontrara información.

Apenas tecleaba el nombre del tipo cuando recordó que lo conocía, lo había visto y habían trabajado juntos en el caso de Mendes, hasta le había llevado de comer.

—Hijo de puta, mientras se cogía a mi hija..., a mi niña —siseó furioso, apretando los puños.

Agarró su móvil para llamar a Souza, precisaba más información del infeliz; y si tenía que ir a Río a enfrentarlo lo haría. Pero desistió al primer tono, porque era imprudente de su parte involucrar a su amigo en todo eso, dejó su teléfono sobre el escritorio, tratando de hallar la manera de hacer entrar a Elizabeth en razón.

Le dio medianoche maquinando las maneras con un dolor de cabeza intenso torturándolo, sabía que no podía más, por lo que salió de la oficina con la intención de descansar y recuperar fuerzas, porque las iba a necesitar.

Entró a su habitación y Rachell estaba en la cama leyendo, no la saludó porque también estaba muy resentido con ella, por haber tenido el coraje de esconderle que su hija se estaba arruinando la vida y no hizo nada; hasta llegó a preguntarse si verdaderamente a ella le importaba la niña.

Sin decir palabra se fue al baño y duró mucho tiempo bajo la regadera, tratando de ahuyentar el terrible dolor de cabeza y el ahogo en su pecho; estaba muy molesto y no había manera de que se le pasara.

Salió ya con el pantalón del pijama, que era lo único que había usado durante toda su vida para dormir, Rachell seguía sumida en el libro, no podía comprender cómo ella estaba tan tranquila con todo lo que estaba pasando, quería discutirle por eso, pero no deseaba que su dolencia aumentara, por lo que se metió en la cama, se arropó, le dio la espalda y apagó la luz de su lado.

Rachell lo miró de soslayo, no iba a prestarle atención, porque él se estaba comportando como un chiquillo malcriado, siguió con su lectura hasta que terminó el capítulo, cerró el thriller psicológico que estaba leyendo, lo dejó a un lado, apagó la luz y también se acostó, dándole la espalda a su marido.

Cerró los ojos intentando dormir, pero no podía, su cerebro se mantenía activo; sin embargo, no se movía para no incomodarlo, solo deseaba que por lo menos él durmiera, para que drenara un poco de esa tensión que lo torturaba.

Casi una hora después lo escuchó llorar, inevitablemente eso le llegó al corazón y se lo apretujó con fuerza; su marido seguía siendo tan sentimental, él

no podía comprender que ya Elizabeth no era una niña y que no dependían de él las decisiones que ella tomara. Ya no podía elegir por ella ni persuadirla hacia lo que él creía era lo correcto, simplemente debía dejarla vivir para que tuviera sus propias experiencias.

Se dio la vuelta y acortó la fría distancia entre ambos, le pasó la mano por la cintura para abrazarlo, pero él le retuvo la muñeca para que no lo hiciera; no obstante, ella se rehusó, terminó abrazándolo fuertemente y pegó su frente en la fuerte espalda de su marido, que a pesar de los años y gracias a su vida activa con los deportes y el ejercicio seguía manteniéndola musculosa.

Se quedó muy quieta, abrazándolo sin decirle nada, solo dejándolo llorar; sabía que necesitaba un consuelo, pero solo de esa manera, que supiera que ella estaba ahí con él, sin una conversación de por medio que pudiera traicionar a Elizabeth o herir todavía más a su marido.

Esa noche por más que lo intentó Samuel no pudo dormir, Rachell apenas lo hizo un par de horas. Seguían sin pronunciar palabra, porque de hacerlo, desencadenarían la discusión que estaban dilatando.

Él salió de la cama y se fue al baño, Rachell se quedó mirando al techo con el corazón dividido. No podía tomar parte en toda esta situación.

Cuando Samuel pasó al vestidor tan solo llevando una toalla alrededor de sus caderas, ella aprovechó su turno para ducharse y bajar a atender a sus hijos antes de que partieran a la escuela. Esa mañana no tenía ánimos para ejercitarse, y por lo que notaba, su marido tampoco.

Tan solo se lavó la cara, y de regreso a la habitación se puso la bata de seda rosa palo encima de la picardía que llevaba puesta y se hizo una coleta.

—¿Qué quieres desayunar? —Le preguntó a Samuel, que se abotonaba los puños de la camisa—. Samuel. —Volvió a llamarlo al ver que no tenía respuesta, sabía que también estaba resentido con ella.

—Lo que sea está bien.

—Voy a prepararlo...

—¿Ahora pretendes lavar tus culpas?...

—No empieces Garnett, no empieces... Pareces más hormonal que yo —comentó y antes de empezar una discusión decidió salir de la habitación. Se fue a ver a Violet, y al entrar se la encontró rendida, se acercó a la cama y le apartó el pelo de la cara—. Despierta cariño... Arriba dormilona. —Le acariciaba la cara con ternura.

—No quiero ir a la escuela —refunfuñó girando en la cama y poniéndose boca abajo.

—Vamos Violet, debes ir... Te voy a preparar tu comida favorita —dijo cariñosa palmeándole el trasero.

—¿Qué harás? —preguntó con la voz ronca.

—Solo dime qué quieres para desayunar.

—Crepes con frutas y dulce de leche... Y también quiero donas...

—Eso es mucha glucosa para la mañana, pero te haré las crepes y huevos con tocino, ¿quieres eso? —preguntó acariciándole la espalda que la tenía calentita.

—Pero no le echas espinaca a los huevos.

—Está bien, solo por hoy... Anda, levántate.

—Ya me levanto.

—No veo que lo haces. —Sonrió al verla todavía hundida en la cama.

—Un minuto mami, recuerda que mi cuerpo tiene que reaccionar, tiene que enterarse de que ya estoy despierta.

Rachell se carcajeó ante las ocurrencias de su niña.

Terminaron de desayunar, todos elogiaron el desayuno, pero Samuel seguía ignorando a su hija; estaba tan molesto con ella, que creía que eso era un castigo, ya que no quiso obedecerle cuando la mandó a su habitación, sentía que no tenía control sobre ella y deseaba tenerlo, anhelaba hacerla cambiar de opinión y arrancarle ese capricho dañino de la cabeza y del pecho.

—Papi, ¿puedes llevarle a la escuela? —preguntó Violet a ver si corría con suerte.

—No puedo cariño, lo siento, tengo una reunión importante.

—Yo te llevaré. —Se ofreció Elizabeth—. Ve por tu mochila. —Le pidió y la niña salió corriendo.

—Te lavas los dientes. —Le recordó Rachell.

Elizabeth también subió a su habitación, se lavó los dientes agarró su bolso deportivo y bajó.

—Adiós mamá, nos vemos en un rato. —Solo se despidió de su madre, porque a su padre decidió tratarlo con la misma indiferencia con la que él lo estaba haciendo con ella.

Ya en el auto Elizabeth puso música e iba todo el camino platicando con su hermana, moviendo los hombros al ritmo de los instrumentos musicales; apenas se preparaba para esmerarse en cantar cuando una de sus canciones favoritas fue interrumpida por una llamada entrante de Luck.

—¡Ay no! ¿Puedes desconectar tu teléfono?

—No puedo sostenerlo mientras conduzco —respondió contestando desde

el comando a la llamada, mientras se dirigía hacia la salida—. Hola cariño — saludó a Luck.

—Luck, has interrumpido mi música favorita —intervino Violet.

—Lo siento pequeña, prometo que será rápido.

—Llevo a Violet al colegio y después paso por ti, aunque ya desayuné.

—Sí, es que mami preparó la comida. —Volvió a tomar participación Violet.

—Imagino que era imposible negarse a eso. —Se carcajeó—. Eli, te llamo porque no podremos vernos por la mañana, mi fastidiosa hermana requiere de mi ayuda.

—No te preocupes amor.

—¿Te parece si almorzamos?

—Sí, solo dime dónde y ahí estaré.

—No sé, déjame pensarlo y te aviso.

—Está bien, esperaré tu llamada, te quiero.

—Yo también.

—Adiós Violet.

—Adiós Luck.

Dejó a la niña en la entrada del colegio y se aseguró de que entrara, después arrancó, sin saber qué hacer. Finalmente decidió irse al Central Park a correr, posiblemente un poco de naturaleza le haría despejar la mente.

Dejó dentro del auto el bolso, solo se llevó su teléfono y los audiófonos, puso música extremadamente alta y se echó a correr por la pista de más de dos kilómetros que franqueaba el estanque Jacqueline Kennedy Onassis; lo hacía cada vez más rápido, llevando su resistencia al punto más alto, convirtiendo al paisaje en un borrón a su paso, mientras su cabeza era inundada por mil y una preocupaciones.

Tuvo que aplaudir en varias oportunidades para que los turistas que se atravesaban en su camino se apartaran, era la manera de avisarles que estaban invadiendo un espacio de corredores. Sin aliento se detuvo al terminar el tramo, y sentía las lágrimas hacerle remolinos en la garganta, todavía no podía creer que su padre la hubiese ignorado de esa manera, eso le había hecho pedazos el corazón.

Intentaba agarrar un respiro cuando las lágrimas se le derramaron, no podía seguir conteniéndolas. Se cubrió la cara con las manos para esconder su llanto, quería esconderse del mundo, deseaba que las cosas no fuesen tan complicadas, que su padre fuese más comprensivo con sus sentimientos.

No podía simplemente olvidarse de Alexandre, porque era primera vez que sentía algo tan intenso por un hombre, no podía alejarse de ese primario sentimiento que la estaba gobernando, era lo más bonito que le había pasado.

Alexandre le hacía sentir cosas tan especiales, tan maravillosas. Le hizo creer en imposibles, en el amor, eso a lo que ella no le tenía fe, porque se había relacionado y tenido sexo con varios hombres; pero ninguno le hizo sentir esas cosquillas que con Alexandre se replegaban por todo su cuerpo, con él se le erizaba hasta el último poro, los temblores eran interminables, las mariposas en su estómago no dormían, ese deseo de querer hacerlo feliz a costa de lo que sea nunca la había experimentado con otro, y no quería que su padre la obligara a deshacerse de algo que tanto le había costado encontrar.

—¿Estás bien? ¿Te sientes bien? —preguntó un hombre de no más de treinta años acucillándose a su lado, de pelo negro y ojos azules, que tenía pinta de ser atleta.

—Sí, sí —dijo, arrastrándose las manos por la cara para quitarse las lágrimas—. Creo que solo me exigí de más... y estoy mareada.

—Toma agua, aquí tengo una pastilla de glucosa para que te ayude con el mareo.

—Con el agua está bien, gracias. —Recibió el filtro del hombre y bebió del líquido, porque verdaderamente estaba sedienta.

—¿Mejor? —preguntó sonriéndole con una mezcla de ternura y coquetería.

—Sí, mucho mejor... Gracias. —Se levantó—. Debo regresar.

—Ten cuidado, no pretendas dar más de lo que tienes.

—Gracias por el consejo. —Caminó de regreso, antes de que él creyera que estaba dispuesta a intercambiar números telefónicos.

De manera inesperada llegó a su mente su tío Thor, pensó que si hablaba con él, posiblemente conseguiría convencer a su padre de que Alexandre era un hombre bueno, muy conveniente para ella; por lo que buscó en la agenda del teléfono para llamarlo.

CAPÍTULO 47

Thor, desde hacía aproximadamente un año había tenido que empezar a asistir a un gimnasio fuera de casa, porque en el apartamento no importaba la hora que eligiera para entrenar, siempre alguno de los quintillizos presentía su presencia e iba interrumpir su rutina.

Era demasiado celoso con su entrenamiento como para suspenderlo por alguno de sus hijos, a los que ya les daba todo el tiempo posible, así que aprovechaba la primera hora de la mañana solo para él e ir a entrenarse, porque si no lo hacía sentía que su organismo no funcionaba.

Estaba por terminar su rutina de pecho y bíceps; sin embargo, durante el entrenamiento no pudo quitar sus ojos de la diminuta mujer que a pocos metros de él se esforzaba desmedidamente por ejercitar el glúteo y los femorales, llevando su resistencia al límite, por lo que evidentemente era poseedora de un cuerpo fibroso y curvilíneo.

Los disimulados jadeos que ella soltaba cada vez que requería de toda su fuerza para levantar la barra con un peso de noventa libras provocaba sensaciones en él que sabía no debía sentir, mucho menos permitirle a sus ojos la voluntad de fijarse en el generoso culo.

Trataba de disimular su escrutinio, pero no era el único que apreciaba los atributos musculosos de la mujer cada vez que doblaba la parte superior de su cuerpo con el peso muerto.

Inevitablemente sentía una punzada de celos torturando constantemente su orgullo, pero no podía hacer nada.

Terminó su último ejercicio de *press* inclinado con mucho esfuerzo y con los brazos totalmente agotados, dejó la barra descansar y se levantó del banco, agarró la toalla y empezó a quitarse el sudor, mientras su mirada celeste seguía a la mujer, que en ese momento se disponía a hacer sentadillas con barra libre.

No estaba acostumbrado a acercarse a mujeres en el gimnasio, pero esa llamaba desmedidamente su atención, por lo que no sintió remordimiento cuando sus pasos lo guiaron hacia ella.

—Sé que puedes con un poco más. —Fue su manera de iniciar una

conversación con la sonrosada y sudorosa mujer—. Puedo ayudarte. —Se ofreció.

—Gracias, pero no quiero arriesgarme. —Le dijo entrecortadamente por la falta de aliento.

—Si no te arriesgas te quedarás en la zona de confort. —Le echó un vistazo al generoso culo—. Y esos glúteos no van a crecer tanto como quieres.

Ella le miró el pecho y después alzó la vista a sus ojos, mientras en sus pupilas merodeaba la duda. Deseaba aumentar su masa muscular, pero no estaba segura de aceptar la ayuda de ese hombre.

—Está bien. —Resopló.

—Veinte libras más —instó haciéndose de un par de discos de diez libras para ponerlo a cada lado de la barra.

—Pero me ayudas —condicionó todavía con el pecho agitado.

—Eso hago. —Le sonrió seductoramente—. Ahora sí, es toda tuya. —Le hizo un ademán hacia la barra, al tiempo que él caminaba y se posicionaba detrás de ella a un par de pasos.

Ella se impulsó, sacó del *rack* la barra y la dejó descansar sobre su trapecio, dio un par de pasos hacia atrás, soportando el nuevo peso.

—Ocho repeticiones serán suficientes. —Sabía que estaba demasiado cerca de ella, pero no le importaba, pasó sus brazos por debajo de las axilas y aferró sus manos justo debajo de los pechos, para servirle de apoyo.

La mujer descendió y él lo hizo con ella, sintiendo el culo rozar ligeramente contra su entrepierna, trataba de concentrarse en otra cosa para no quedar como un perverso delante de todos en el recinto, pero el jadeo que ella liberó le caló en los sentidos, provocando que los vellos de la nuca se le erizaran.

Tal vez debía dejarla sola, quitarle el peso y que hiciera su rutina como lo estaba haciendo, pero prefería seguir pegado a ese cuerpo y disfrutar de esos roces y jadeos que buscaban fuerza.

—Vamos, vamos, sí puedes, más profundo, baja un poco más. —La alentó cuando ya iba por la cuarta y ella tenía la cara fruncida por el dolor que provocaba el ejercicio—. Tres, dos..., una más, una más. —Le fue de apoyo hasta que volvió a asegurar la barra en su puesto.

Siguió siéndole de ayuda con las siguientes series y tuvo que recurrir a todo su autocontrol para guiarla con profesionalismo y no como un depravado.

—Gracias —dijo sin aliento y furiosamente sonrojada.

—Lo has hecho muy bien.

—No hubiese podido sin ti. —Le sonrió con coquetería, mirándolo a través de sus largas pestañas.

—Para la próxima ya podrás hacerlo sola, dominas muy bien el ejercicio... —Miró en derredor—. Ya debo irme, por hoy terminé.

—Yo también. —Miró su reloj de pulsera—. No me dará tiempo de hacer cardio.

—Te he visto muy poco por aquí, ¿vienes en otros horarios? —Le hizo un ademán para que siguiera a las escaleras, en el piso de abajo estaban los vestidores de ambos géneros.

—Algunas veces, pero solo vengo tres veces por semanas, quisiera entrenar más seguido, pero tengo otras ocupaciones —comentó caminando al lado del rubio fortachón.

—Te entiendo, también tengo muchos compromisos..., pero siempre busco tiempo para entrenar; es una de mis prioridades.

—Se nota —ironizó sonriente y le echó un vistazo a los poderosos brazos, que para la edad que podía tener el hombre intimidaban a cualquier jovencito. Llegó el momento en el que debían separarse, cada uno ir al vestidor que le correspondía.

Thor se duchó y se cambió de ropa, con bolso deportivo en mano salió de los vestidores y caminó al ascensor, al que entró con otras personas que se quedaron en el primer piso, él siguió hasta el estacionamiento, donde lo esperaba su pequeño deportivo del año, un vicio que no extinguía con los años.

Subió al auto, buscó el teléfono y empezó a revisarlo, como no había nada importante lo dejó sobre el tablero y encendió el motor, enseguida las luces iluminaron a la mujer que pasaba frente al deportivo, provocando que se encandilara.

—¡Vaya! No esperaba verte tan pronto —dijo Thor asomando la cabeza por la ventanilla.

—Tampoco yo. —Estuvo de acuerdo la mujer sonriéndole—. Es bonito tu juguete.

—¿Quieres sentirlo? —Más que una pregunta era una propuesta, porque inmediatamente abrió la puerta del copiloto.

—¿Por qué no? —Se dijo avanzando y sintiéndose confiada, no iba a negar que le gustaba el hombre—. ¿Me llevarás a casa? —preguntó una vez que se ubicó en el asiento y ponía sus ojos en esas facciones tan atrayentes.

—A dónde tú quieras. —Le sonrió de medio lado en un gesto estudiado de

sensualidad.

—Entonces vamos... Avenida Madison, calle 77 —indicó con una mirada que le estaba proponiendo muchas cosas.

Thor sabía que estaba realmente cerca; sin embargo, su deseo le gritaba que se dejara llevar, que se diera una oportunidad con esa mujer, solo sería algo sexual nada más, pero no podía arriesgarse a hacer algo estúpido en el estacionamiento del gimnasio, por lo que arrancó para salir cuanto antes del lugar.

—¿Cómo te llamas? —Le preguntó para que la tensión sexual disminuyera.

—Eva —respondió recorriéndolo con la mirada.

Thor pensaba que era realmente conveniente ese nombre, porque lo estaba invitando a pecar. Tragó en seco, mientras se obligaba a que su entrepierna siguiera disimulando su excitación.

—Bonito nombre. —Fue lo único que dijo, le ofreció una mano—. Thor

—Lo sé, Thor Garnett... No te pases —dijo desviando la mirada al camino—. Es justo ahí —dijo señalando un poco más adelante.

Thor miró siguiendo el dedo de ella, eso lo perturbó, era la fachada del hotel The Mark.

—¿Estás segura? ¿Vives en el hotel? —preguntó.

—Provisionalmente, me gustaría enseñarte mi habitación —propuso.

Thor negó con la cabeza, no podía hacerlo, porque sabía que entrar ahí sería hacerlo al infierno, pero de su boca salió un:

—Sí, me gustaría. —Tenía el pecho agitado y sentía que empezaba a sudar.

Ella le regaló una sonrisa triunfante y después se mordió el labio.

—Puedes entrar al estacionamiento.

Como un niño bueno acató la orden, entró al maldito estacionamiento y desde ahí perdió toda voluntad, solo agarró su teléfono y bajó del auto. Entraron al ascensor, todavía él se rehusaba, trataba de comportarse, aunque ambos sabían que eso no sería por mucho tiempo.

Ella le miró el anillo de matrimonio en el dedo anular y él sabía que no conseguía nada con negarlo.

—Estoy casado —confesó lo evidente.

—No me importa. —Se alzó de hombros en un gesto despreocupado—. Tu mujer no lo sabrá.

Una vez que la puerta de la habitación se cerró el estallido del deseo no se hizo esperar, Thor olvidó absolutamente todo con esa mujer entre los brazos, lo único que le interesaba era darse y darle placer.

En medio de tirones se quitaron la ropa, deshicieron la cama con sus cuerpos sudorosos que rodaron por todo el colchón, expresaron el goce en medio de ruidoso jadeos y potentes gruñidos.

Él debía confesar que llevaba tiempo sin disfrutar tanto del sexo, en casa las cosas eran totalmente distintas, debía ser reservado y todo a las carreras, para que sus hijos no se dieran cuenta.

Ahí con esa mujer tenía la libertad para disfrutar cada segundo y alargarlo al máximo, a Eva le besó cada rincón del cuerpo como no había podido hacerlo con Megan en mucho tiempo, se quedó prendado a esa mirada dilatada por el orgasmo recién experimentado.

Tuvo tiempo para quedarse encima de ella, sonreírle cómplice y esperar a que el corazón y la circulación se calmaran y no correr a vestirse, por temor a que llegaran a tocarle la puerta.

Rodó en la cama y se dejó caer acostado al lado de Eva con la mirada al techo y el pecho agitado, en ese momento su teléfono empezó a sonar, no quería contestar, pero debía hacerlo, por si era una emergencia.

Desnudo y todavía debilitado salió de la cama y buscó en el bolsillo de su pantalón de chándal el móvil, al sacarlo vio una llamada entrante de Elizabeth.

Suspiró mientras pensaba si debía contestar o no, pero su corazón que adoraba a esa niña como si fuese propia no tuvo el valor de dejarle la llamada sin contestar.

—Hola cariño —saludó y todavía tenía el pecho agitado, retrocedió varios pasos hasta que se sentó al borde de la cama, dándole la espalda a Eva—. ¿Cómo estás? —preguntó, sintiendo suaves besos que caían en su espalda y no podía negar que los disfrutaba.

—Hola tío, realmente no estoy bien.

—¿Qué pasó? ¿Qué tienes mi vida? —La voz se le tiñó de preocupación.

—Necesito verte tío, no estoy bien... Por favor, necesito tu ayuda —chilló presa de las emociones que la torturaban.

—Elizabeth, ¿qué sucede pequeña? Cálmate, respira..., respira, no llores.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer tras él.

—Es Elizabeth, está llorando... Dice que quiere verme —dijo mirándola por encima del hombro, y volvió a hablarle a su sobrina—. Está bien. Ve al apartamento, ahí podremos hablar... O no, mejor no... ¿Dónde estás? —Le preguntó.

—Estoy en el Central Park, pero necesito hablarte, necesito tu ayuda.

—Lo haré, créeme que lo haré.

—Pásamela —pidió la mujer, pero prácticamente le arrancó el teléfono a Thor.

—Hola, ¿qué pasa fashionista? ¿Qué le sucede a mi princesa? —preguntó preocupada.

—Tía, es mi papá, no me dirige la palabra, está muy molesto conmigo y... no sé qué hacer.

—Está bien, cálmate, dime dónde te recogemos.

—Dijo que está en el Central —intervino Thor, quien se levantó de la cama y se estaba vistiendo.

—Dame un punto de encuentro.

Elizabeth caminó unos metros buscando un lugar que su tío pudiera hallar, hasta que vio sobre la gran base de granito la estatua ecuestre de un victorioso Bolívar montado en su caballo.

—Te esperaré junto a la estatua de Simón Bolívar.

—Está bien cariño, ya vamos para allá. Deja de llorar.

—Gracias tía, te quiero.

—Yo también pequeña.

Megan terminó la llamada, sin duda debían darle fin a la fantasía con su marido, corrió a la ducha simplemente para lavarse rápidamente, regresó y se vistió.

Bajaron al vestíbulo, chequearon la salida, después fueron al estacionamiento y partieron a encontrarse con su sobrina.

Ella estaba sentada en una banca al lado de la estatua, parecía estar aislada del caótico mundo que la rodeaba.

—Eli, cariño. —La llamó Megan.

Elizabeth se levantó abruptamente al escuchar la voz de su tía, corrió hacia ella y la abrazó.

—Gracias por venir —dijo abrazándola fuertemente, y vio que a pocos pasos se acercaba su tío.

—¿Te parece si vamos a un lugar más tranquilo? —Le propuso, porque tanto bullicio y tránsito no era conveniente para conversar.

—Por favor. —Soltó el abrazo de su tía y se aferró a Thor con fuerza—. Tío, tienes que ayudarme. —Sollozó, sin importarle que algunas personas se fijaran en ella.

—Lo haré, prometo que lo haré, pero primero tienes que explicarme qué sucede. —Deshizo el abrazo—. Ven, vamos un lugar donde podamos hablar.

Caminaron por la calzada y se adentraron nuevamente en el parque.

—Creo que es un buen lugar —dijo Megan, señalando el muro de roca que bordeaba el lago The Pont.

Aunque no era un sitio totalmente solitario, por lo menos contarían con mayor privacidad.

—Ahora sí, cuéntame, ¿qué pasa con tu padre? —preguntó Thor una vez que los tres se habían sentado.

—No me habla, esta mañana ni me saludó.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó mostrándose comprensivo, mientras Megan, con infinita ternura le ponía un mechón detrás de la oreja.

—Es que ayer discutimos muy fuerte, porque se enteró de que el fin de semana pasado me fui a Río... Le mentí, le dije que iría a Buenos Aires, pero era que necesitaba ver a alguien en Río y si se lo decía no iba a comprender —gimoteaba mientras Thor y Megan ponían toda su atención en ella.

—Eso estuvo mal hecho, no debes hacerlo, las cosas malas pueden pasar cariño...

—Lo sé tío, sé que estuvo muy mal, yo le pedí perdón por eso, asumo mi error, pero no es solo eso... Es que... —Resopló tratando de calmarse para que ellos pudieran entenderle—. Fui por un hombre, del cual estoy enamorada.

—¿Y Luck? —preguntó Megan.

—Ya no somos novios, solo amigos... Pero eso no es relevante, lo que importa es que amo a Alexandre, de verdad lo quiero... Y mi papá lo odia porque es mayor para mí.

—¿Qué tan mayor? —preguntó Thor.

—Tiene treinta y cinco.

—Eso no es mayor... Bueno, no tanto.

—Mi papá no lo quiere...

—Tu padre no va a querer a ningún hombre que quiera alejarte de su lado —comentó Thor.

—Pero no es justo, amo a Alex, es un buen hombre, tienes que creerme tío, ayúdame a que mi papá comprenda que de verdad lo quiero y que no lo perjudique en su trabajo...

—Ay cariño. —Se lamentó Thor—. Es algo difícil hacer cambiar de parecer a Samuel... Es obstinado, si lo sabré yo, que me hizo la vida imposible cuando se enteró de que era novio de Megan. Me quitó el habla por meses, hasta iba a mudarse del apartamento, literalmente me odiaba... Al parecer, él no puede comprender que el amor también se da entre otras parejas y que no todo se lo llevan Rachell y él... Es algo así como el Grinch del amor.

—Entonces, ¿qué puedo hacer tío? —Lo miró suplicante.

—Ahora mismo él está resentido contigo, pero no dejará de amarte, ya se le pasará. Y si de verdad quieres a ese hombre que no sea tu padre quien se interponga en tus sentimientos, no te alejes de quien amas, porque ese será tu futuro, ya él vivió su vida, es hora de que tú hagas la tuya, sin importarte nada más.

—Pero me hiere que no me hable, es como si no fuera mi padre.

—Solo es un berrinche, te está presionando, está esperando que te des por vencida... Te repito, si quieres a ese hombre demuestra que puedes con la ley de hielo de tu padre y mucho más... Si yo le hubiese hecho caso hoy no estaría con esta hermosa mujer a mi lado —dijo sujetándole la mano a Megan—. Y me habría perdido los mejores momentos de mi vida.

—Tu padre es extremadamente celoso —intervino Megan—. Tú eres la única que puedes saber si ese hombre merece la pena o no, sabrás si como es contigo no lo será con nadie más... Sabrás identificarlo, yo también tuve que ponerme firme con mi padre...

—¿Abuelo no...? —interrumpió Elizabeth.

—Henry me odiaba con todas sus fuerzas. —Le aclaró Thor.

—Odiaba a Thor, me prohibió rotundamente estar con él e hizo hasta lo imposible por separarnos, pero fue el amor por este hombre el que me hizo saber que poseía un gran carácter. Yo le temía a mi padre, pero por Thor me revelé, porque quería defender mis sentimientos y no iba a permitir que los demás eligieran por mí, porque era mi vida y nadie más podría vivirla sino yo.

Thor tenía ganas de decirle a Elizabeth que Samuel jamás se podría comparar con Henry Brockman, porque no lo creía capaz de mandar a asesinar a ese hombre que ella amaba, como lo había hecho su difunto suegro con él, pero prefirió seguir guardándole ese secreto a su mujer.

—No quiero renunciar a Alex, pero tampoco quiero que mi papá esté molesto conmigo —dijo limpiándose en vano las lágrimas porque seguían brotando.

—Lo entiendo, hablaré con él, trataré de hacerlo entrar en razón —prometió Thor apretándole la mano.

Elizabeth se preguntaba por qué su padre no podía ser como su tío, por qué tenía que ser tan complicado, tan desconfiado; deseaba que se tomara las cosas más a la ligera y que dejara de pensar que todo hombre que se acercaba a ella era con el fin de hacerle daño.

No entendía ese temor absurdo, si ella nunca había estado en ninguna

situación de riesgo, realmente estar tan ligado a la peor cara de la sociedad lo había vuelto muy neurótico.

CAPÍTULO 48

Samuel pasó gran parte de la mañana sin poder concentrarse en sus obligaciones, toda su atención la tenía en el teléfono, el cual quería levantar y llamar a Souza, pero una parte en su interior le gritaba que no lo hiciera, que no se mortificara más, porque después de todo, Elizabeth estaba en casa con su familia y no con ese degenerado con el que no solo conversó, sino que también compartió un cigarrillo.

Él, que había contado con la habilidad para reorganizar y consolidar los recursos de la Fiscalía, a través de la creación de diferentes oficinas y unidades, para reducir los multifacéticos problemas delictivos que se presentaban a diario en todas las comunidades de sus áreas de servicio, no podía controlar a su hija, no podía conseguir que lo obedeciera, y eso definitivamente era inaudito.

Debía concentrarse de una vez por todas y llamar a su equipo de trabajo a la sala de juntas, para emitir la citación de todos los documentos de la compañía AIG, tras las denuncias por acoso y abuso sexual contra John Carter, el director de la multinacional. Su oficina necesitaba saber si algún empleado en Nueva York había sido objeto de acoso ubicuo o discriminación en la empresa. En cambio, seguía con la mirada en el teléfono, no pudo seguir resistiéndose, así que agarró su móvil.

—Hola Souza, buenos días —saludó cordialmente a su amigo desde la primaria.

—Buenos días Garnett. ¿Cómo va todo? —preguntó mientras disfrutaba del segundo café de esa mañana.

—Bien, con las responsabilidades aumentando a cada minuto con tantos desgraciados jugando con las leyes y los derechos de la humanidad. Y tú, ¿cómo estás? ¿Cómo va el caso de Vidal? —interrogó verdaderamente interesado.

—Personalmente bien, y con Vidal... Bueno, enfocándonos en el puto rompecabezas. Ahora para empeorar la situación me ha tocado brindarle protección al abogado y al psiquiatra, porque han recibido varias amenazas.

Samuel se reservó su opinión, pero estaba seguro de que Souza también pensaba que esas amenazas hacia el abogado defensor y psiquiatra provenían de los Mendes.

—¿Y eso a raíz de qué? ¿Por qué las amenazas? Las del abogado son entendibles, pero las del psiquiatra...

—Bueno, porque no sabemos cómo carajos se filtró uno de los informes previos del psiquiatra, en el que explica que Vidal es un tipo que tiene el sentido de la realidad inalterado y es capaz de gobernar sus actos...

—No entiendo —intervino Samuel—. No está favoreciendo a Vidal...

—En nada lo favorece, la imputabilidad de Vidal es plena, el tipo posee una inteligencia absolutamente brillante, es un psicópata de frialdad clásica, un hombre verdaderamente hecho para el crimen. El psiquiatra determinó que es un perverso sexual, una máquina de asesinar que distingue perfectamente el mal... Lo que me hace pensar, que lo del psiquiatra solo es para ejercer presión con el caso.

—¿Están investigando las amenazas?

—Sí, ya tenemos a una unidad encargada de eso.

—¿Lograron identificar todos los cuerpos?

—No, todavía faltan tres niños, suponemos que eran niños de la calle, sin ningún registro.

—¿Apareció la portuguesa?

—No, dice que no recuerda dónde está, el último interrogatorio duró cuarenta horas y no hemos encontrado la manera de quebrantarlo para que diga algo más.

—Eso significa que no tiene que ver con él, no sabe nada de ella. No tiene sentido que oculte información, su egocentrismo no se lo permitiría... ¿Crees que esté encubriendo a alguien?

—No lo creo, pero tampoco descarto la posibilidad; mientras, seguimos investigando.

Samuel no quería seguir dilatando la conversación, sí le interesaba el caso de Vidal, pero su principal objetivo era averiguar sobre el infeliz que tenía engañada a su pequeña.

—Souza, ¿qué referencia tienes del fotógrafo forense de tu unidad? —preguntó al fin, tratando de que su voz siguiera imperturbable.

—¿De Nascimento? —curioseó sintiéndose extrañado por esa pregunta, viniendo de Garnett.

—Sí.

—¿Lo conoces?

—Ligeramente, conversé con él cuando hallaron el cuerpo de Priscila.

—Profesionalmente es responsable, cumple sus horarios, es eficiente..., sabe lo que hace. No sé qué más pueda decirte... En lo personal lo conozco muy poco, sé que tiene una hija de unos quince años y no tiene mujer, el tipo es algo solitario, pero no me involucro mucho en el ámbito personal de mis muchachos... Ah, y es como tú, fanático de la capoeira. Es todo lo que sé... ¿A qué se debe esa pregunta?

—No, simple curiosidad.

—No lo creo, pero si no quieres decirme está bien, tendrás tus razones. Aunque si sabes de algo que Nascimento esté haciendo y que pueda perjudicar a la unidad de investigación espero que no te quedes callado.

Samuel se sintió tentado de joder al infeliz en ese momento, inventar cualquier cosa, pero sabía que eso no era honorable; sin embargo, lo mandaría a investigar a profundidad y no lo dejaría hasta encontrar algo de lo cual pudiera arrepentirse, bien sabía que en ese campo todos guardaban sus secretos, todos en algún momento se pasaban las leyes que tanto defendían por el culo y cometían delitos.

—Te aseguro que no, es algo más personal... Souza, te tengo que dejar, voy ahora mismo a una reunión —dijo mirando su reloj de pulsera, ya estaba sobre la hora para llamar a su equipo y poner manos a la obra con la citación a AIG.

—Está bien, que tengas buena jornada.

—Igual, si necesitas algo que esté a mi alcance no dudes en contactarme.

—Lo haré, saludos a Rachell.

—Gracias, saludos a la familia. —Samuel terminó la llamada, dejó el móvil de lado y levantó el auricular del teléfono de su oficina para solicitarle a su secretaria que citara al equipo en la sala de reuniones.

Cobra retornaba a las rodas nocturnas en la favela, le había parecido una eternidad desde la última vez que pudo darle rienda suelta a su pasión, le extrañó encontrar a Gavião a esa hora en el lugar, suponía que desde su ausencia muchas cosas habían cambiado.

El único que sabía el motivo de su falta a las rodas en los últimos meses era el Mestre, al que consideró conveniente comunicarle sobre el accidente,

por lo que casi todos se sorprendieron gratamente al verlo, excepto tres que consideraba sus rivales, entre los que estaba Gavião.

Se moría por ver la cara que pondría cuando llegara con Elizabeth a la roda, no iba a permitir ni que la mirara, porque muy a pesar del imbécil, ella era su mujer.

Solo se limitó a saludar a los que lo hicieron, ahí no se iba a perder tiempo en conversaciones banales, para eso existían las reuniones en la cervecería Bohemia, estaban ahí para luchar, por lo que rápidamente se formó la roda, y al ritmo de la percusión y el vibrar de la cuerda del berimbau, empezó la acción.

A Cobra le concedieron el primer encuentro, y este no lo desaprovechó, se entregó en cuerpo y alma a la lucha, iba más allá de su resistencia física, se concentraba en su oponente y no en el dolor punzante en su pierna izquierda, a la que trataba de mantener a salvo para no empeorar la situación.

Su orgullo de capoeirista seguía latiendo desmedidamente cuando pasó de un oponente a otro, el vapor y sudor que emanaba de su cuerpo era la fiel muestra de ser como un tren que se llevaría por delante lo que se pusiera en su camino.

Otros tenían que luchar, por lo que le cedió su puesto al siguiente oponente, se dio tiempo para recobrar el aliento y esperar su turno para volver, mientras tocaba sus palmas al ritmo del corrido que entonaban.

Intercambió miradas retadoras con Gavião en varias oportunidades, pero no pudieron darle rienda suelta a la rivalidad que existía entre ambos y que surgió desde el momento en que se dieron cuenta de que eran jugadores potenciales; querían demostrar que uno era mejor que el otro, que sus habilidades y contundencia superaba al oponente, no era más que una cuestión de ego, pero que había traspasado al terreno personal, a consecuencia de una jovencita que los cautivó a ambos.

En medio de vulgaridades que cortaban el corrido alentaban a los compañeros. Algunas veces el círculo de hombres sudorosos se movía algunos pasos ante los ataques de los jugadores, pero no se rompía.

La primera roda de la noche terminó, tenían algunos minutos para beber agua y volver a la segunda ronda, Cobra aprovechó para ir a ver su teléfono, que había dejado junto a la camiseta en un rincón; a pocos pasos de llegar vio la pantalla iluminada, por lo que corrió para atender, porque estaba seguro de que era Elizabeth, a la que le había dejado varias llamadas perdidas.

—Hola —saludó y agarró una bocanada de aire.

—Hola gato, siento no haber contestado, estaba reunida con mi agente organizando la agenda de la próxima semana y tenía el teléfono en silencio.

—Imaginé que estarías ocupada, ¿tendrás mucho trabajo? —preguntó interesándose por las cosas de ella.

—Compromisos como modelo ya muy pocos; sin embargo, tengo varios pendientes con la firma de mi mamá.

—Mucha responsabilidad para una chica tan joven —susurró cariñoso, manteniendo la distancia y dándole la espalda al grupo—. ¿Cómo siguen las cosas con tu papá?

Elizabeth no sabía si contarle, porque no quería preocuparlo, después de analizarlo por casi un minuto lo hizo.

—Igual, pero sé que se le pasará —presagió esperanzada, confiaba en la palabra de su tío Thor y esperaba que solo fuese cuestión de tiempo para que su padre volviera a dirigirle la palabra.

—Sí, ahora está dolido, es comprensible...

—¿Te ha llamado?

—No, hasta ahora no lo ha hecho.

—Si lo hace no dejes que te intimide. —Casi suplicó al tiempo que se devoraba una de las uñas.

—No lo hará. Desde le primera vez que dijiste que me querías te pedí que le dijeras que iba a luchar por ti, y es lo que haré, nada ni nadie podrá erradicar lo que siento por ti.

—Creo en tu palabra y en tus sentimientos, por mi parte me mantendré firme... Te extraño tanto Alex, necesito de tus besos, de tus abrazos, de la forma en que me haces estallar de placer... Solo si pudiera hacer polvo la distancia.

—Te extraño con la misma intensidad, no sé si pueda resistir tanto tiempo sin verte... Haré lo posible para conseguir tres días libres, posiblemente pueda en unas dos semanas, pero no quiero prometerte nada hasta que no esté seguro.

Elizabeth, que estaba relajando su cuerpo en la bañera se hundió ante la emoción y volvió a salir con la cara repleta de espuma, por lo que tuvo que pasarse una mano para quitársela.

—¡Te amo! Si logras venir te premiaré de la mejor manera... Y ya sabes que tienes dónde quedarte, estaremos juntos.

—Mi mayor premio es que existas —dijo sonriente al sentir la emoción en ella. En ese momento sus compañeros de roda lo estaban llamando.

—¿Estás en la favela? —preguntó confusa—. ¿A esta hora?

—Sí, entre semana hacen rodas nocturnas. Estoy volviendo al juego.

—¡Qué envidia! Tú en medio de la adrenalina, y yo aquí, aburrida en la bañera, solo dejando el tiempo pasar.

—Yo daría mi vida y todas mis reencarnaciones por estar en esa bañera contigo... Mandaría a la mierda la capoeira.

—¿Por mí? Realmente no lo creo, pienso que estás teniendo un lapsus y que la excitación te está atrofiando las neuronas, o que simplemente lo dices por hacerme sentir bien, porque sé que la Capoeira es parte de tu vida, es como una extensión de ti... Ahora ve a ganar gato, no quiero desconcentrarte —pidió al escuchar que volvían a llamarlo.

—Mi victoria va para ti.

—¡Ay sí! —Se carcajeó—. Porque es tan difícil para ti ganar, se destruye tu ego si no ganas... No me uses como excusa.

Cobra sonrió al escuchar la carcajada de ella, eso para él era la felicidad.

—Está bien, voy a ganar. Te quiero.

—Por favor, llámame cuando llegues al apartamento, solo para saber que estás bien.

—No te preocupes, que Rocinha no es peligro para mí; sin embargo, te avisaré.

—Te amo —susurró ella y le lanzó un beso, después terminó la llamada.

Dejó salir ese suspiro que tenía atorado en el pecho, puso el teléfono al borde de la bañera, mientras una tonta sonrisa no cesaba. Él la hacía feliz, verdaderamente lo hacía, porque esa sensación tan bonita nunca la había vivido.

Nunca le perdonaría a Alexandre su cobardía de no haberla buscado antes. Si por él fuera ni siquiera estarían viviendo ese momento, fue ella la que tuvo el valor de aventurarse a la favela y la osadía de robarle ese beso que prácticamente marcó el inicio de su historia.

La pantalla de su teléfono volvió a iluminarse y vio una llamada entrante de Ana, ya tenía las yemas de los dedos arrugados, pero quería permanecer más tiempo en el agua, por lo que atendió la llamada.

—Hola carioquísima —saludó cariñosa.

—Hola mi vida... ¿Cómo estás?

—Muy bien, cuéntame, ¿llamaste a tu poli? —preguntó curiosa.

—No, realmente ya no quiero hacerlo, no me interesa... —Dejó en evidencia el desánimo que la embargaba.

—¿Qué pasó? Intuyo que las cosas se salieron de control.

—No, ni siquiera eso, solo es un imbécil que sigue enganchado a su ex...

—Supongo que a diferencia de ti, él si estaba clavado con la chica... Solo tienes que darle tiempo.

—Para que te enteres, verdaderamente estaba enamorada de Rodolfo... Pero no es eso, es que los hombres son tan complicados...

—Ana. —Puso los ojos en blanco, porque ella siempre andaba con rodeos y nunca contaba las cosas como debía ser—. Si te explicas mejor, posiblemente te entienda.

—¿Sabes que él está con la investigación de Vidal, el psicópata...?

—Sí, lo sé —interrumpió Elizabeth.

—Bueno, fue al Deodoro por la investigación y yo estaba practicando, le dije que no estaba arrepentida de lo que había pasado, él me juró que tampoco... Entonces volvimos a tener sexo...

—¡Aninha! —reprochó Elizabeth.

—Fue algo inesperado... No lo planeamos, pero al vemos saltaban chispas, y justo cuando terminamos él arruinó el momento al decir que no estaba bien lo que hacíamos, que solo estábamos buscando pagarle con la misma moneda a los desgraciados que nos traicionaron... Y la verdad es que Rodolfo no pasó por mi mente ni por un instante, todos mis sentidos estaban en ese hombre... Pero decidí que no quiero verlo más, esta vez voy a ser precavida y cuidaré mi corazón.

—Ana, sabes que te adoro... y no quiero que sufras por nadie. Si sientes que puedes salir lastimada es mejor que te alejes, y claramente Moreira sigue enamorado de su ex, posiblemente en cualquier momento vuelven... No sería justo para ti enamorarte de alguien que no está dispuesto a hacerlo.

—Eso lo tengo claro, me juré no verlo ni hablarle... Hasta borré su número en cuanto me lo enviaste... Por cierto, no me has dicho cómo lo conseguiste.

—Alexandre me lo dio...

—¿Alexandre?, ¿el hermano de Marcelo?... ¿El gemelo?

—Sí, trabajan en la misma unidad... Alex es fotógrafo forense.

—¡Alex! ¿Sigues saliendo con él? ¿Qué pasó con tu regla de no repetir para no poner en juego al corazón? —preguntó con pillería.

—¡Ay Aninha! Tengo tantas cosas que contarte —chilló emocionada—. Pero quiero hacerlo en persona, tenemos que hacer una reunión... Hera y Helena tienen que estar presentes... ¿Pueden venir el fin de semana?

—Cariño, me encantaría ir, pero tengo una competencia el sábado...

Aunque puedo viajar el domingo y me quedo hasta el miércoles contigo.

—Entonces voy a hacer la invitación en el grupo, espero que las chicas puedan venir, que le suelten la melena de oro al Tarzán.

—Eli. —Rachell se anunció.

—¡Adelante mamá! —dijo alzando la voz para que la escuchara.

—Cariño, en diez minutos se servirá la cena.

—Sí mami, ya bajo.

—Saluda a tía Rach —pidió Ana.

—Mami, saludos de Aninha... Te pongo en altavoz. —Le anunció.

—Hola cariño, espero que estés muy bien. —La saludó Rachell.

—Lo estoy tía, te extraño mucho.

—Yo también pequeña, espero verte pronto. Bueno..., las dejo niñas. Debo bajar.

—Adiós tía, te envío muchos besos. —Empezó a lanzarlos al aire.

—Cuídate corazón, mucho cuidado con los caballos —dijo sonriente, sintiéndose querida por la hija de Thiago.

Se despidieron y Elizabeth quitó el altavoz, pero siguió manteniendo la llamada.

—Cariño, no te quedes mucho tiempo en la bañera, podrías resfriarte.

—Ya salgo mami, en unos minutos bajo.

Rachell salió del baño y casi un minuto después Elizabeth salió de la bañera, al terminar de hablar con Ana.

Se cambió y bajó al comedor, donde ya estaban todos, saludó como era costumbre, pero al igual que la mañana, su padre la ignoraba, irremediamente se le formó un nudo de lágrimas en la garganta, pero tragó grueso para pasarlo y compartir en familia sin mostrarse perturbada.

CAPÍTULO 49

Había pasado exactamente dos semanas sin que su padre le dirigiera la palabra, ni siquiera la miraba, era como si de repente ella hubiese dejado de existir para él, lo que le había hecho pedazos el corazón y se tragaba sola todo ese dolor, pero verdaderamente ya la estaba envenenando demasiado.

Su tío Thor la había llamado para informarle que había ido hasta su oficina para hablar con él, pero que no hubo manera de que intentara por lo menos comprender la situación.

Samuel Garnett estaba decidido a no perdonarla por algo que ella no consideraba tan grave, porque enamorarse no era un delito; que le exigiera que olvidara a Alexandre era el ejemplo más vil de hipocresía a ese sentimiento tan bonito que desde niña le había inculcado.

Con lágrimas en los ojos y en silencio se despidió de su habitación, no quiso despedirse de sus hermanos, porque no quería que interrumpieran su huida.

Solo se llevó una maleta en la cual llevaba las cosas más importantes e irremplazables para ella y salió de su casa rumbo al aeropuerto. Durante el trayecto lo único que hizo fue llorar, a solas y amparada por la oscuridad de la noche podía hacerlo abiertamente.

Dejó el auto en el estacionamiento del aeropuerto y abordó el avión que horas antes había reservado con destino a Río de Janeiro, esa decisión la fue tejiendo durante la semana y se fue reforzando con cada momento que su padre la ignoraba.

Canceló definitivamente todos los pendientes sin decirle a Cristina, ni siquiera se lo contó a Luck, porque no quería levantar sospechas, mucho menos deseaba ser blanco de lástima. Así como en silencio se tragó el dolor que le provocaba el rechazo de unos de los seres que más amaba, también lo hizo con sus decisiones.

Llevaba un par de horas de viaje y las lágrimas no se le agotaban, no era primera vez que estaría fuera de su casa, pero sí que lo hacía de manera definitiva y tan resentida con su padre.

Se decidió a escribirle un correo a su madre, porque ella había sido amiga y cómplice, y no merecía que la preocupara. Resopló en un intento por calmarse, abrió la aplicación en su teléfono y empezó a redactar, mientras las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

Mami.

Para cuando leas este mensaje seguramente te habrás dado cuenta de que no estoy en casa, quizá solo pienses que salí temprano sin avisar, porque me aseguré de no traer conmigo tantas cosas como para que no notaran mi ausencia.

Lo cierto es que me he ido de casa y no creo volver, así le ahorro a mi papá la molestia de verme. Sé que hice mal al no contarle que me había enamorado, al no hablarle sobre el hombre que amo o avisarle del viaje que hice, pero eso no es razón suficiente para que haya dejado de hablarme. No pretendo que mi partida sea una medida de presión para que se obligue a hacer las paces conmigo, solo es algo que debí hacer desde hace mucho.

Ha llegado el momento de independizarme, de hacer mi vida lejos del amparo de la familia, de dejar de ser una niña para ser una mujer; ya no es necesario que me protejan, es momento de que aprenda a enfrentar las cosas por mi cuenta.

Solo quiero que sepas que estoy bien y que voy a estar bien.

Te quiero.

Envió el mensaje y se limpió las lágrimas, no había nada que pudiera hacer para sentirse mejor, por lo que guardó el teléfono en su cartera y se acurrucó en el asiento, sufriendo ese momento de madurez al que tarde o temprano le tocaría enfrentarse.

Ahora se daba cuenta de que haber permanecido por tanto tiempo junto a su familia hacía todo más difícil, pero estaba segura de que superaría esa situación.

Como casi todas las mañanas Rachell y Samuel bajaban al gimnasio, mucho antes de que sus hijos despertaran, para él el día iniciaba con capoeira, para ella con estiramientos seguido de pole dance; después, ambos se dedicaban a las pesas y máquinas, siguiendo esa rutina que habían mantenido por años y que era parte de sus vidas.

Rachell terminó mucho antes que su marido, por lo que fue a ducharse. Sabía que él estaba muy estresado con la situación de Elizabeth, por lo que le dedicaba más tiempo al ejercicio, eso le ayudaba a disminuir esa tensión que lo ponía de tan mal humor.

Acababa de salir de la ducha cuando Samuel irrumpió en el baño, empezó a desvestirse mientras ella se secaba el pelo.

Lo dejó duchándose y fue al vestidor por su ropa, siempre dudaba sobre qué ponerse, pero precisamente esa mañana no sentía ganas de esmerarse, por lo que se puso un clásico pantalón blanco y blusa negra, con unos zapatos nude, se puso algunos accesorios y dejó el maquillaje para después del desayuno.

Salió del vestidor con la intención de ir a despertar a Violet, pero antes de hacerlo agarró su teléfono para escribirle a su secretaria que apenas llegara pidiera el nuevo catálogo de telas. Eso no estaba en la agenda de ese día, lo había recordado por la noche, pero no quiso molestarla, así que aprovecharía antes de que lo olvidara.

Lo primero que vio en sus notificaciones fue el mensaje de Elizabeth, le pareció extraño, pero por curiosidad lo abrió inmediatamente.

No podía creer lo que estaba leyendo, el corazón disminuyó sus latidos de manera considerada; empezó a costarle respirar y el pecho le dolía. Lo primero que quiso hacer fue corroborar si eso no era una broma de su hija, por lo que con teléfono en mano corrió a su habitación.

Entró sin anunciarse y se encontró con la cama ordenada.

—Eli, cariño. —La llamó con voz temblorosa en su camino al baño, al abrir la puerta se lo encontró vacío—. Eli. —Volvió a llamarla al abrir la puerta del vestidor y tampoco estaba—. ¡Ay no! —chilló llevándose las manos a la cabeza.

Sin poder controlar el temblor en sus manos le marcó, pero el teléfono le salió apagado. Volvió a leer el mensaje y la desesperación se le instalaba en el pecho.

Volvió a su habitación dando largas zancadas, en ese momento Samuel salía

del baño con el albornoz puesto, y ella no pudo detener sus pasos ni sus lágrimas.

—Es tu culpa —reprochó golpeándole un hombro, tomándolo por sorpresa, por lo que él se mostró perturbado—. ¿Por qué siempre tienes que ser tan malditamente terco, tan desconfiado..., tan putamente orgulloso?... ¡Es tu hija...! —Sollozó golpeándole una y otra vez el pecho.

—Rachell, detente... ¿Qué sucede? ¿Ahora qué hice? —cuestionó, sosteniéndole las muñecas para evitar las agresiones inesperadas de su mujer.

—Te lo dije. —Casi le estampó en la cara el teléfono—. Te dije que estabas comportándote como un estúpido niño malcriado... Solo a ti se te ocurre ignorar a tu hija, solo por tu maldito orgullo. —Se alejó dejándole el teléfono en las manos y fue a sentarse al borde de la cama, sin poder dejar de llorar.

Samuel se sintió culpable y molesto, muy molesto con la reacción de Elizabeth, ella no tenía por qué irse de la casa; al parecer, le hacía muy feliz escupirle en la cara su desobediencia.

—¿Estás segura de que se fue? —preguntó con la voz ronca, porque a pesar de todo, el alma se le había ido a los pies.

—No está en su habitación... Se marchó, nos dejó, y es tu culpa, ¿por qué no puedes comprenderla?

—Porque no quiero que arruine su vida, porque la amo tanto como para ser duro con ella, aunque por dentro me esté muriendo —confesó con un remolino de lágrimas en la garganta, pero no se atrevería a llorar.

—Lo has hecho de manera equivocada, te lo he dicho millones de veces pero nunca quieres dar el brazo a torcer, eres el único que se cree dueño de la verdad...

—Nada vamos a conseguir con discutir —concilió Samuel—. ¿Te dijo a dónde fue?

—No, ¿acaso no leíste el mensaje?... Solo dice que no va a volver, que quiere hacer su vida lejos de nosotros, y todo gracias a ti...

—¿Puedes dejar de culparme, maldita sea? —estalló molesto—. Esto no es mi culpa, es tuya por darle tantas libertades, por aplaudir todas las tonterías que hace y encubrir las locuras que comete.

—Solo tenías que ser flexible, ¿te costaba tanto intentar comprenderla? No, solo preferiste juzgarla e imponer tu voluntad...

—Ya Rachell, ya basta... Seguramente está con Luck... ¿La llamaste?

—Tiene el teléfono apagado.

—Comunícate con Luck, que te diga si está con él. —Le entregó el teléfono y caminó apresurado a cambiarse, mientras sentía que su cabeza iba a estallar.

La preocupación se iba diseminando por cada rincón de su ser, las manos empezaban a temblarle y la cabeza le pesaba toneladas, e intentaba vestirse rápidamente.

—Está bien cariño... No, no te preocupes. —Escuchó a Rachell hablar por teléfono cuando salió del vestidor abotonándose la camisa—. Sí, yo te aviso.

—¿Qué paso? —preguntó con el corazón atascado en la garganta.

Rachell negó con la cabeza y sollozó.

—No está con él, y no tiene idea dónde puede estar... Ella no le comentó nada.

—Te está mintiendo, él debe saber, seguro que está con ella —aseguró sin poder tenerle una pizca de confianza al joven.

—¡No está! Luck dice la verdad... No sabe dónde está Eli —aseveró y volvió a marcarle a Elizabeth.

—Le preguntaré a Thor. —Caminó con largas zancadas hasta su móvil que estaba sobre la mesa de noche, e internamente suplicaba que su hija estuviese en casa de los tíos—. Hola hermano, buenos días... No te llamo para disculparme, porque tengo mis motivos para no ceder ante los caprichos de Elizabeth, tú no puedes entenderlo porque no estás en mi situación. —Se defendía de los comentarios que su primo hacía al otro lado del teléfono—. No se trata de solo dejarla ser, es mi responsabilidad... En fin. —Cortó el discurso de Thor—, solo te llamaba para saber si estaba contigo, pero veo que no... No, supongo que salió temprano y no avisó, solo eso... Saludos a Megan, todo está bien, no te preocupes, adiós. —Terminó la llamada, sintiendo que la preocupación iba en aumento.

—¿Por qué no le dijiste lo que realmente está pasando? —cuestionó Rachell.

—Porque de nada servirá, no te preocupes...

—¿Que no me preocupe? —preguntó sorprendida—. Eli se fue de casa, quién sabe a dónde... Y no volverá. Se fue de casa Sam, nos dejó, por si no lo has entendido. —A ella no le preocupaba a dónde se habría ido, porque sabía que estaría en un lugar seguro, lo que le dolía era saber que se había alejado de ellos, que ya no quería estar más en la familia y que la casa no sería lo mismo sin su niña ahí.

—Lo sé, pero seguro que volverá. —Le acunó la cara para calmarla—. Sé que es mi culpa, pero voy a solucionarlo —prometió—. Sabes que podemos

saber dónde está, voy a llamar a Cooper para que active el chip y me diga dónde está... —Le comentó, se comunicaría con el hijo de uno de sus grandes amigos, y que lamentablemente llevaba muerto cinco años. Por lo menos William había heredado ese amor por la justicia y era un policía honorable.

—No sigas arruinando las cosas, no sigas presionándola...

—Se fue porque dejé de hacerlo, porque creí que era mejor ignorarla que presionarla...

—Solo tienes que intentar comprenderla, pero no lo haces porque solo pretendes que haga las cosas como tú quieres.

El taxista se detuvo frente al viejo edificio e inevitablemente era invadida por una mezcla de nostalgia y felicidad, nunca se había sentido tan dividida en su vida, se moría por estar en dos partes al mismo tiempo, pero era imposible complacer todos los caprichos del alma.

—¿Llegamos? —preguntó el conductor al ver que después de casi un minuto admirando la fachada del edificio no había dicho una sola palabra.

—Sí, aquí es... —Miró el taxímetro y buscó en su cartera la tarjeta de crédito—. Aquí tiene.

—Muchas gracias señorita.

—No, gracias a usted.

El hombre se cobró el servicio y le devolvió la tarjeta, mientras ella seguía hundida en el asiento, con el corazón desbocado entre el miedo y la emoción por la expectativa de lo que pudiera suceder.

El conductor bajó y le abrió la puerta, fue como si la sacara de un trance que la invitaba a bajar de la seguridad que hasta el momento había representado el auto.

—Aquí tiene señorita. —Le ofreció el único equipaje que había llevado para empezar una nueva vida, jamás imaginó que sería tan poco. Realmente nunca había estudiado la posibilidad de abandonar su hogar de manera definitiva.

—Gracias. —Inhaló profundamente el cálido aire marino y lo soltó lentamente, después le regaló una considerada sonrisa al taxista y se aferró al asa que él había extraído para que pudiera rodarla con mayor facilidad.

—Buenos días —saludó llegando hasta el hombre de seguridad.

—Alexandre Nascimento —aseguró el señor, reconociendo a la joven amiga del inquilino.

—Sí por favor. Elizabeth Garnett. —Se anunció con el aliento contenido.

El hombre de apellido Marques, como decía en su uniforme, levantó el teléfono, y con cada tono que Alexandre no contestaba la ansiedad en Elizabeth aumentaba, sentía que estaba a punto de asfixiarse.

—Nascimento, lo busca la señorita Elizabeth Garnett... Sí, es ella... De acuerdo. —Colgó y miró a la jovencita de ojos grises y cutis hermoso—. Puede pasar.

—Gracias. —Le sonrió con evidente nerviosismo y caminó al ascensor, que con su chirrido aumentaba su angustia.

Alexandre justamente agarraba las llaves del apartamento para irse al trabajo, cuando recibió la sorpresiva llamada de Marques. Estuvo a punto de no contestarle porque ya se le hacía tarde, pero afortunadamente lo había hecho. Apenas colgó el teléfono salió del apartamento y se paró frente al ascensor.

Esperaba que Marques no le estuviera tomando el pelo, porque había descontrolado totalmente sus emociones; los segundos empezaron a parecerles horas, cuando el ascensor no llegaba a su piso suspiró profundamente y apoyó las manos a cada lado de las puertas; bajó la mirada al suelo, esperando calmar la ansiedad que estalló sin más.

El característico anuncio del ascensor le pareció molesto cuando abrió sus puertas, pero justo en frente estaba Elizabeth con una maleta al lado.

No le dijo nada, de una larga zancada invadió el ascensor, le llevó las manos al cuello y la haló hacia él; sin palabras de por medio, solo una fugaz mirada a esos ojos que tanto amaba la besó con arrebató, empezó a devorarle la boca, porque necesitaba corroborar que ella estaba ahí, que no era un sueño.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó sin aliento en medio de besos y sin darle tiempo a responder.

—Acabo de hacerlo. —Logró decir sin dejar de corresponder al efusivo recibimiento, colgada al cuello de él y de puntillas para por lo menos llegar a esa provocativa boca, que le hacía olvidar que el mundo seguía andando.

Alexandre estiró la mano hacia atrás, tanteando en el panel apretó el botón para que las puertas del ascensor no se cerraran mientras seguía besándola; poco a poco el contacto de sus labios fue menguando, las ganas entraban en receso y le daban prioridad a la razón.

Un vistazo más detenidamente le hizo darse cuenta de que ella había estado llorando. Llevó sus labios a la frente y le dio un beso, después le dio un poco de espacio y agarró la maleta.

—¿Por qué no me avisaste que venías? —preguntó al tiempo que le tomaba la mano y la guiaba al apartamento.

—¿Acaso has dejado alguna conquista en el colchón y te estoy sorprendiendo? —comentó tratando de no dar una explicación que volviera a despertar la nostalgia.

—Con lo único que te encontrarás es con las sábanas desordenadas que tú misma dejaste, no he querido cambiarlas para no perder tu olor.

—¿En serio? No puedo creerlo... —dijo sorprendida.

—No tengo por qué mentirte —aseguró.

Elizabeth volvía a reencontrarse con ese espacio en el que solo tenía recuerdos de momentos estremecedoramente ardientes.

Alexandre dejó la maleta junto a la entrada.

—Puedes sentarte —dijo en su camino a la cocina, mientras Elizabeth lo seguía con la mirada.

Buscó una taza y agradecía que el café todavía estuviese caliente, le sirvió y regresó con ella.

—Extrañé mucho este café —dijo robándose el aroma antes de probarlo.

—¿Qué sucedió? —preguntó él, sabiendo que algo grave debió pasar para que ella estuviese ahí.

—¿Puedo quedarme aquí un par de días? Sé que estás acostumbrado a vivir solo, pero prometo no molestarte. Pude haberme quedado en un hotel..., pero no quiero estar sola en este momento. Hoy en la tarde empezaré a buscar para alquilar un apartamento...

—Espera Elizabeth, no entiendo.

—¿Puedo quedarme? —Volvió a preguntarle.

—Claro que puedes, todo el tiempo que quieras.

—Solo será un par de días...

—¿Las cosas con tu padre empeoraron? —interrogó.

—Ojalá hubiese sido eso.

—¿Qué pasó entonces? —curioseó preocupado.

—Nada, no pasó nada; simplemente dejó de hablarme... Está tan molesto conmigo que prefiere ignorarme, y realmente no puedo soportar eso. —De manera inevitable la garganta volvía a inundársele.

—Está dolido —dijo afirmando con la cabeza—. Y no quiere parecer el

malo de la historia, pero para ti lo es... ¿Cierto? —intuyó enarcando una ceja.

—Lo es —aseguró con la barbilla temblando—. ¿Cómo puedes defenderlo? —preguntó bajando a la taza de café la mirada ahoga en lágrimas.

—No lo defiendo, simplemente lo entiendo, pero no voy a darte la espalda ni a obligarte a que tú lo entiendas.

—Él cree que eres malo, un bueno para nada..., que simplemente representas un problema en mi vida.

—Yo pensaría lo mismo.

—¡Vaya! Te tienes en muy buen concepto. —Sonrió y las lágrimas se le derramaron.

—No es eso, es lo que a simple vista la gente puede ver, pero tú y yo sabemos que no es así. No es que no sea un bueno para nada..., porque el café me queda rico, ¿a que sí? —dijo sonriendo, tratando de levantarle el ánimo.

Ella sonrió a través de lágrimas.

—Los besos también... Y eres maravilloso con el sexo oral, creo que en eso te superas —respondió sin sonrojarse.

—Y podría esmerarme en otras cosas, quiero ser ese hombre que mereces...

—Ya lo eres.

—Ambos sabemos que eso es mentira... No tengo para ofrecerte la vida que necesitas.

—Tú no me crees, pero nunca soñé con un príncipe azul, no soñé con un rey que me hiciera su reina, siempre soñé con un guerrero, uno que luche por mí, por nosotros... Y tú lo eres.

—Veo que de niña te leyeron muchos cuentos... Supongo que sabes que los reyes también iban a las guerras.

—Pero siempre se quedaban en la retaguardia, no eran quienes tenían el valor para ir al frente, se escudaban detrás de los guerreros... No quiero un cobarde con corona, quiero un bárbaro con cicatrices —confesó mirándolo a los ojos.

Alexandre le sujetó una mano y empezó a besarla.

—Lucharé por lo nuestro, así tenga que llenar mi cuerpo de cicatrices.

—Yo las curaré todas —dijo mirando su mano entre las ásperas de él.

—Sé que las cosas con tu padre se han puesto difíciles, pero él comprenderá.

—No creo que lo haga, solo no quiero que te perjudique...

—Te ves agotada. —Le puso un mechón de pelo tras la oreja—. ¿Quieres

descansar?

—He intentado dormir, pero no puedo... No dejo de pensar.

—Tengo algo que te ayudará, a mí me funciona —dijo levantándose. Caminó a la cocina y buscó en uno de los cajones un frasco de pastilla, sacó una y se la llevó junto con un vaso de agua.

—¿Qué es?

—Es para dormir... Son naturales, seguro que no te volverás adicta.

—¿Por qué las tomas? —preguntó con el ceño fruncido y la pastilla en la mano.

—Casi no las uso, de hecho, se vencerán en unos meses...

—¿Por qué las tomas? —repitió la pregunta.

—Empecé a tomarlas cuando murió Branca, pasé tres días sin dormir, así que mi suegra fue quien me las dio... Dormí por más de veinticuatro horas, después volví a tomarlas cuando ella murió... Años después me sirvieron para soportar el trabajo, mi vocación no era ser forense y los primeros casos en los que trabajé fueron por muertes violentas, fue bastante traumático para mí y no podía dormir; las pesadillas eran constantes... Pocas veces he tenido que recurrir a ellas —confesó y ella seguía mirándolo aturdida—. Confía en mí, necesitas descansar.

—Está bien. —Se tomó el medicamento.

—¿Te parece si vamos a la habitación para que estés más cómoda?

—Sí. —Dejó el vaso de agua junto a la taza de café, se levantó y caminó a la habitación, siendo seguida por él.

—Quítate esa ropa —dijo ofreciéndole una camiseta.

Elizabeth se desvistió, quedándose solo en tanga, se puso la camiseta mientras Alexandre encendía el aire acondicionado. Confirmó que verdaderamente no había cambiado las sábanas.

Él caminó hasta el colchón y trató de ordenar el remolino de sábanas.

—Ven aquí. —Le pidió de cuclillas al lado del colchón, palmeándolo.

Elizabeth se acostó de medio lado, mirando cómo él se acostaba a su lado.

—¿Seguro que podré dormir?

—En unos minutos estarás rendida, yo me tengo que ir al trabajo, pero prometo volver y traerte el almuerzo.

—Siento importunarte.

—No lo haces —aseguró, acariciándole los cabellos nacientes en la sien, mientras se perdía en los ojos de ella—. No tienes idea de lo bien que me hace tenerte aquí.

—Sé que te estarás preguntando cómo es que estoy aquí...

—Eso me martilla en la cabeza, pero no quiero molestarte.

—Nadie sabe que estoy contigo, no creo que vuelva a mi casa... Voy a quedarme en Río, pero tampoco iré a la casa de mi abuelo o de alguno de mi familia. Quiero independizarme y para eso tengo que salir de la sombra de los Garnett.

—Quédate conmigo —susurró él—. No tienes que alquilar ningún apartamento... Puedes vivir conmigo, quiero que seas mi mujer, mi hogar —propuso.

Ella no le dio respuesta, solo se abrazó a él con brazos y piernas.

—¿Estás seguro? ¿Sin arrepentimientos?

—Completamente seguro de que no voy a arrepentirme. Si me dices que sí, harás que este día sea uno de los más felices e importantes de mi vida.

—Me quedaré contigo, pero... —Iba a condicionar cuando él la interrumpió.

—Odio los peros —confesó.

—Tendré que seguir trabajando, tengo compromisos que atender.

—Solo te quiero como mi mujer, viviendo conmigo no manejando tu vida, podrás hacer todo lo que quieras... Quiero ver todos los días a la chica de la que me enamoré —mencionó mientras le acariciaba la espalda, muriéndose por quedarse así todo el día, pero sabía que tenía que marcharse.

—Gracias —musitó Elizabeth—. Creo que está surtiendo efecto tu medicamento —reveló sintiendo los párpados pesados.

—Dormirás tranquila. —Se quedó muy quieto y no dejó de abrazarla hasta asegurarse de que estaba rendida.

Con cuidado rodó en el colchón y en cuclillas haló la sábana para arroparla, mientras sus pupilas vagaban por ese ser tan perfecto. Con los nudillos le acarició una mejilla y después se despidió con un suave beso.

CAPÍTULO 50

Samuel entró a la boutique con paso acelerado e imponte, llevaba una mano metida en el bolsillo del pantalón y en la otra un folder que contenía una imagen satelital. Apenas correspondió con un ligero asentimiento de cabeza a los saludos de quienes trabajan en el lugar.

Sin tocar la puerta irrumpió en la oficina de Rachell, quien en ese momento hablaba por teléfono. Ella se mostró perturbada por la inesperada invasión.

—Está bien... Janeth, se me ha presentado algo, te llamo luego. —Terminó la llamada sin quitar la mirada de su marido, que a decir por su apariencia estaba furioso, los ojos color mostaza parecían dos faroles que la encandilaban.

Él sacó del folder la imagen y la plantó sobre el escritorio, los ojos violetas de Rachell se posaron sobre el punto rojo, que inmediatamente Samuel apuntó con su dedo.

—Ahí está tu hija... ¿Sabes dónde es eso? —preguntó irónico y muy molesto, pero al ver que ella solo lo miraba perpleja agregó—. En Río, y no precisamente en la casa de mi tío. —Retrocedió un paso e hizo un ademán acusatorio—. Ahí tienes, para que sigas brindándole confianza, esa nota que te envió en la que me culpaba no es más que una excusa para irse con ese hombre, como tanto deseaba. —Empezó a caminar de un lado a otro en la oficina, sintiéndose cada vez más molesto, porque entre más trataba de entender a su hija menos lo hacía.

—A eso la llevaste.

—No, yo no la llevé a nada. —Negó con el dedo moviéndolo enérgicamente—. Era lo que ella quería, ese tipo la tiene cegada... Debiste decirme desde el mismo instante en que supiste de todo esto, las cosas no hubiesen llegado tan lejos. ¿Cómo es que permites que nuestra hija esté con un hombre como ese? Yo lo conocí —dijo tembloroso por la rabia que le provocaba pensar en eso—. Lo vi, al hijo de puta lo vi... No es un hombre que Elizabeth merezca...

—Samuel, para ti ningún hombre la merece... Tus celos no te dejan ver

más allá.

—Ese no es el punto, ese hombre no quiere a nuestra hija, trabaja con la policía. ¿Sabes lo infieles que son?... ¿Sabes que solo se la pasan de bar en bar? Hará la vida de Elizabeth un infierno.

—Era la misma opinión que tenía sobre los abogados —dijo señalándolo—. Y tú no eras precisamente un santo; sin embargo, me arriesgué a quererte y descubrí un hombre bueno, un hombre entregado a su familia, un hombre que cree en lo nuestro... No arruines las cosas con estúpidos prejuicios.

—Entonces, Elizabeth huye a medianoche de la casa, no te dice a dónde rayos va, ¿y todavía la justificas?, ¿sigues defendiéndola?... ¡Es increíble! —Se llevó las manos a la cabeza, pensando que la reacción de su mujer era inaudita. ¿Acaso él estaba tan cegado?

—Estoy molesta con ella, sí. Estoy muy molesta por la manera en que se fue, pero eso no es razón para mandar sobre los sentimientos de mi hija... Analiza la situación Samuel, nadie se entrometió en nuestra relación, nadie nos dijo que estaba mal querernos, no es justo que opines sobre los sentimientos de los demás e intentes frustrar una relación... No seas egoísta.

—Le rompen el corazón a Elizabeth y para ti está bien... Solo intento protegerla, cosa que tú no quieres hacer.

—Algunas veces es bueno experimentar el dolor, una decepción amorosa. Un corazón destrozado nos hace madurar, déjala que se enamore, que se entregue, y si no resulta déjala que sufra, que llore... Lo importante no es mantenerla intacta, lo importante es que estemos ahí para recoger sus pedazos y reconstruirla... Solo si eso llegara a pasar, claro.

—Siento no pensar como tú, no puedo hacerlo... —Negaba con la cabeza sin poder ceder—. Es mi hija y yo decido si sufre o no.

—¡Pues tú la estás haciendo sufrir por si no lo notas!

—Prefiero que me odie a perderla.

Rachell puso los ojos en blanco, sintiéndose cada vez más cansada con toda esa situación. Sabía que Samuel era así, era tan intransigente que le provocaba golpearlo.

—¿Sabes qué Samuel Garnett? Tengo mucho trabajo y supongo que tú también... Ya sabemos dónde está. Se comunicará conmigo en cualquier momento, así que ve a cumplir con tus obligaciones.

—Cumplir con mis obligaciones solo tiene sentido por mis hijos.

—Sam. —Resopló agotada—. No seas tan dramático. Elizabeth solo está experimentando el amor, no seas aguafiestas... Vete a trabajar —dijo con tono

de súplica—, que no es primera vez que tu hija está lejos de casa.

—Siempre consentí sus viajes porque eran de trabajo, no porque iba a lanzarse a los brazos de un hombre que no podemos saber si es un degenerado. ¿No te has puesto a pensar que posiblemente es un abusador? ¿Que podría golpearla?

—Realmente no he tenido mucho tiempo para pensar en eso ni en nada... Pero ya veo que tú sí dispones de tiempo. Además Samuel, si me dedicara a suponer cómo lo está pasando mi hija, prefiero ser más positiva e imaginar que en este momento está disfrutando de un orgasmo explosivo, de esos que borran de la memoria familia y toda mierda que pueda empañar el placer que provoca sentirse entre los brazos del hombre que uno ama... Cosas que a ti se te olvidaron.

Rachell no se acobardaba, aunque veía que la rabia en su marido iba en aumento, el influjo intenso de su pecho y las aletas de la nariz dilatadas cada vez que resoplaba se lo dejaban claro, pero si no era ella quien le escupía sus verdaderas en la cara, entonces quién lo haría.

—Está bien —asintió con contundencia—. Te dejo para que trabajes, porque veo que es más importante mantener tu maldito negocio que tu familia.

—No empieces —rogó, ya conocía a Samuel, sabía por dónde herirla, pero esta vez no iba a caer en sus chantajes, mucho menos se pondría a hacer comparaciones—. No pagues tu molestia conmigo... Admite que solo estás celoso y que estás actuado ridículamente, date cuenta de una vez por todas que Elizabeth es una mujer...

—Es mi hija...

—Pero no de tu propiedad. Es hora de que ella haga su vida como mejor le parezca, sabías que tarde o temprano esto iba a suceder, que extendería sus alas y emprendería su vuelo... Así que deja de llorar sobre la leche derramada, más bien esfuérzate por arreglar tu situación con ella, para que en un futuro no muy lejano tenga ganas de traerte a los nietos.

—Estás loca... ¿Lo sabes? Estás loca. —Le acusó y salió de la oficina como si se lo llevara el demonio.

Rachell se quedó pasmada por casi un minuto, pero después empezó a sonreír, inevitablemente le provocaba gracia la inmadurez de Samuel.

Volvió a intentar comunicarse con Elizabeth, pero su teléfono seguía apagado.

—Ay muchachita, me metes en unos problemas. —Se lamentó e intentó concentrarse nuevamente en sus compromisos.

Elizabeth despertó en medio de la oscuridad, todavía adormecida se sintió confundida y con la nariz congestionada, le llevó casi un minuto recordar dónde estaba, hizo a un lado las sábanas, abandonó el colchón y solo guiándose por la opaca luz proveniente del aire acondicionado caminó hasta donde estaba el interruptor de la electricidad e inmediatamente la luz se esparció por la habitación.

No tenía idea de la hora, pero al levantar las persianas se dio cuenta de que ya era de noche.

—¡Por Dios! ¿Cuánto he dormido? —Se preguntó llevándose las manos a la cabeza, sintiéndose todavía atontada. Salió de la habitación encontrándose el apartamento en penumbras—. ¡Alex! —Lo llamó, pero no obtuvo respuesta.

Era evidente que no estaba, por lo que a su paso fue prendiendo las luces.

Miró en el reloj que estaba en la pared y acababa de marcar las dieciocho, después de todo no era tan tarde, aunque había dormido como diez horas.

Siguió a la cocina para ir por agua, pero antes de que pudiera llenar el vaso, vio sobre la encimera de mármol una nota.

Estuve aquí en la hora de almuerzo, pero no quise despertarte.

Dejé comida en el microondas, sé que superará tus calorías diarias, pero prometo que iré al supermercado para tener en casa algo decente que puedas comer.

Si despiertas y no estoy no te preocupes, salgo del trabajo a las veinte. Puedes sentirte a gusto, cada rincón de este patético lugar es tuyo.

Te quiero *minha gostosa*.

Elizabeth sonrió encantada, era increíble cómo con tan solo leer esa nota las mariposas en su estómago enloquecían, aunque posiblemente también podría ser hambre, por lo que abrió el microondas.

Sacó el recipiente y se encontró con unos raviolis cuatro quesos, eso sí que no estaba permitido en su menú, pero los adoraba y tenía mucha hambre.

Se sirvió agua y bebió casi medio vaso de un trago mientras se calentaba la comida. En eso su cartera en el sofá pareció gritarle.

—Mierda... mierda. —Corrió y buscó su teléfono. Estaba totalmente muerto, la pila se le había agotado, por lo que buscó el cargador y se lo llevó

a la cocina, lo conectó y esperó a que prendiera.

Sabía que su madre ya tenía que haber leído el correo o por lo menos ya se habrían dado cuenta en casa de que no estaba.

Se recordó que debía ser menos dependiente de su familia y que no debía mostrar desespero por informarle dónde estaba, tenía que seguir firme en su decisión, aunque el corazón le gritara que por lo menos se comunicara con su madre.

El microondas le anunció que sus raviolis ya estaban calientes, los sacó y al abrirlo se le agrió la boca. Si ya iba a comer algo que no debía, entonces lo haría como debía, abrió la nevera en busca de más queso parmesano.

Encontró un completo caos, envases con comida a la mitad, trozos de pizzas resacas por el frío, vegetales ya descompuestos. No encontró queso, así que cerró la puerta que daba a la anarquía alimenticia, y con sus manos se impulsó en la encimera para de un brinco sentarse y comer.

Debía admitir que estaba delicioso y se lo disfrutó totalmente, tiró el recipiente vacío en la papelera, miró una vez más la nota mientras sonreía tontamente, empezó a doblarla con cuidado y la guardó en su cartera, como si fuese un preciado tesoro.

Se paseó por el desordenado y pequeño lugar, a pesar de que no era bonito le gustaba, porque le recordaba al hombre que se le había clavado en el corazón.

No quería abusar de su estancia ahí, por lo que no se atrevía a mover nada, pero tampoco quería parecer una perezosa, así que invertiría su tiempo en poner un poco de orden.

—Lo primero que haré será cambiar las sábanas. —Se dijo con decisión y corrió a la habitación—. ¿Dónde guardará la ropa de cama? —Se preguntó mientras quitaba las sucias y las dejaba en el suelo.

Caminó al vestidor, suponía que en alguno de los muebles debía tenerla, pero antes de llegar recordó el pequeño cuarto de lavado al lado de la cocina y corrió.

Ahí las encontró, agarró lo que necesitaba y regresó a la habitación, después de luchar por más de cinco minutos, consiguió dejar perfectamente arreglado el colchón, sonreía satisfecha mientras alisaba con las manos una de las fundas.

Agarró el remolino de sábanas sucias y se las llevó al cuarto de lavado, no sabía qué hacer con ellas, así que las dejó encima de la lavadora.

De vuelta en la habitación organizó las cosas que estaban sobre el

escritorio, que no eran más que unas facturas, unos bolígrafos, unas tijeras y una crema para los calambres musculares. Su curiosidad la llevó a tirar una vez más del cajón, pero volvía a encontrarlo bajo llave.

Había una taza que había usado para tomar café, se la llevó a la cocina, la lavó y la puso en el escurridor, una vez más volvió a la habitación.

Agarró unas Converse ya bastante desgastadas y unas Havaianas, que llevó al vestidor.

En ese lugar sí que no sabía por dónde empezar, no pudo evitar sentir frustración y resopló para liberar la tensión. Abrió las puertas de uno de los clósets, por lo menos las prendas estaban en los ganchos; su mirada se fijó en la parte superior, donde había unas cajas.

La curiosidad empezó a dominarla, no quería fisgonear, hasta se mordió la esquina del labio al contener las ganas, pero no logró vencerla, se puso de puntillas y estiró todo lo que pudo el brazo, pero no alcanzó.

Corrió a la habitación y buscó la silla del escritorio, se subió en ella y logró bajar una de las cajas con mucho cuidado y la puso en el suelo, ella se sentó sobre sus talones, al destaparla consiguió un álbum de fotos.

—No deberías hacerlo Elizabeth. —Se dijo, pero le picaban las manos—, pero Alex no tiene porqué enterarse.

Agarró el álbum y lo abrió, la primera fotografía era de una chica hermosa, de labios gruesos, de tez muy blanca y cabello oscuro... Parecía una linda muñeca.

Pasó a la siguiente fotografía, volvía a aparecer la misma jovencita, con una panza pequeña y redondita.

—Branca —susurró, segura de que era la madre de Luana—. Eras hermosa. —No pudo evitar sentir nostalgia, entonces comprendió lo injusta que había sido la vida con ella, tan solo era una niña.

El sonido de su teléfono la sobresaltó, cerró de golpe el álbum de fotos, volvió a guardarlo en la caja, la tapó y siendo rápida pero cuidadosa subió a la silla y devolvió la caja a su puesto.

Bajó de un brinco y corrió a la cocina, el corazón se le instaló en la garganta al darse cuenta de que era Alexandre quien la había llamado.

Inhaló y exhaló para calmarse.

—Es inútil. —Se regañó y no siguió perdiendo tiempo para devolverle—. Hola.

—¿Te desperté? —preguntó apenado.

—No, estaba lavándome los dientes. —Mintió—. Desperté hace unos

minutos y me comí lo que me dejaste...

—¿Cómo te sientes?

—Bien, estoy bien.

—En un rato estoy contigo. Terminó de trabajar y paso rápido al súper.

—¿Por qué mejor no vienes y vamos juntos al súper? —propuso, no quería estar sola tanto tiempo.

—Está bien.

—Te esperaré lista —dijo emocionada.

—Entonces nos vemos en un rato.

—Nos vemos... Adivina qué —comentó antes de que colgara.

—¿Qué? —curioseó.

—Te quiero gato —dijo sonriente.

Alexandre sonrió encantado, ese calorcito en su pecho se avivaba cada vez que ella le regalaba palabras tan bonitas, como no se lo habían dicho en muchos años.

—¿Adivina qué? —Imitó él.

—Me quieres —aseguró ella.

—Además de eso.

—¿Qué? —indagó, curiosa.

—Prepárate, porque esta noche no te voy a dejar dormir —susurró prometedor.

—Por suerte dormí todo el día, así que estoy dispuesta y ansiosa para lo que quieras.

—Así me gusta.

—Ahora sí, ve a trabajar que no quiero ser motivo para que te reprendan.

—Le lanzó un beso y terminó la llamada.

Corrió al baño para ducharse, él no podía llegar y encontrarla vistiendo su camiseta.

Elizabeth salía de la habitación ya lista para esperarlo cuando escuchó el cerrojo de la puerta y lo vio aparecer, entonces corrió y se lanzó a sus brazos, envolviéndole las poderosas caderas con las piernas.

—Grandioso recibimiento —dijo sonriente, sintiéndose realmente feliz.

—Te extrañé —chilló emocionada, escondió su rostro en el cuello masculino, hundiéndose entre los rizos. Empezó a repartirle besos iniciando por el cuello, después siguió por la mejilla y por último se instaló en la boca con sonoros y rápidos ataques, a los que a él apenas le daba tiempo de corresponder.

—No más que yo, pasé muchas horas más consciente.

—Sé que dormí mucho —dijo sonriente—. Creo que estaba agotada.

—Emocionalmente, lo sé. —Caminó con ella colgada a su cuerpo, nada más divino que soportar ese peso y abrazarse a esas curvas—. ¿Todavía quieres acompañarme al súper?

—Claro.

—¿Alguna vez has ido a alguno? —preguntó con una sonrisa pícaro al tiempo que la sentaba en la encimera.

—Por supuesto, de pequeña iba mucho con Esther... Es mi nana, me encantaba ir con ella porque me compraba helado y snickers, era nuestro secreto —dijo con añoranza, y miraba cómo Alexandre se servía agua—. ¿Cómo te fue en el trabajo? —preguntó acariciándole los rizos.

—Igual que siempre. Después de almuerzo salimos por un tipo que su mujer lanzó por el balcón, fue en defensa propia —aclaró Alexandre—. La estaba golpeando.

—¿Murió? —preguntó ella.

—Cayó desde un onceavo piso. —Vio cómo Elizabeth fruncía el gesto, suponía que imaginando con lo que él se había encontrado—. Siempre que voy a un lugar es porque hay un cuerpo, soy algo así como el escolta de la muerte.

—Entonces la única que te solicita para cosas buenas soy yo.

—Y muy buenas —aseguró él, se bebió toda el agua de un trago—. Bueno señorita. —Le palmeó una nalga—. Vamos a hacer las compras.

Caminaron agarrados de la mano hasta el supermercado que estaba a pocas calles.

A Elizabeth le sorprendía ver que él sabía comprar, sobre todo alimentos sanos.

—No quiero que cambies tus hábitos alimenticios por mí.

—Suelo comer este tipo de cosas, no solo me alimento de pizzas y cervezas. Solo lo hago cuando no tengo tiempo para cocinar o cuando no tengo qué comer en casa —comentó agarrando un par de alcachofas, también metió en el carrito que Elizabeth empujaba Feijoa, cajú, pitanga, maracuyá... Entre otras frutas.

—Si así fuera yo, envidio tu metabolismo —dijo echándole un vistazo al culo y cómo la camiseta negra se pegaba provocativamente a la espalda, dejando ver sus poderosos omóplatos y hombros.

Se pasearon por los pasillos del supermercado y él vio cómo ella empezó a meter algunas golosinas y colados de frutas para niños, también lo hizo con

algunas cremas.

—No sabía que tenías debilidad por este tipo de comida.

—No es para mí, esto es para Jonas, no debemos castigarlo solo con verduras. A los niños les hace feliz el dulce.

—Eli. —Caminó hasta ella, parándose detrás y le detuvo la muñeca, para que dejara la caja de gelatina que estaba agarrando en su lugar—. No es necesario, Luana y Jonas me visitan muy poco; prefiero ir a verlos que traerlos conmigo.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó.

—Porque no están acostumbrados a pasar tiempo a mi lado... Y porque muchas veces mi horario de trabajo no es fijo. Si sale un caso me toca ir sin importar la hora o el día... Así que prefiero no comprometerme.

—Me dijiste que querías arreglar las cosas con tu hija. Entonces empieza por pasar más tiempo con ella, que sepa que verdaderamente es importante para ti. Debes llevarla todos los fines de semana, Luana ya no es una bebé y si te sale trabajo ella comprenderá, lo importante es que sepa que la quieres contigo. Bien puede quedarse sola en el apartamento mientras tú trabajas —comentó y logró meter en el carrito la caja de gelatina—. Además, ahora estaré yo, podré cuidarla... Aunque no lo parezca, soy responsable.

—Lo sé amor, pero ¿has visto lo pequeño que es el apartamento? Y solo tengo un colchón, no quiero que estés incómoda.

—No me preocupa dormir en el sofá y menos si es sobre tu cuerpo.

—A mí mucho menos.

—Entonces no hay razón para que no vayamos a buscar a Luana y a Jonas el fin de semana... Y no quiero que le avises, vamos a sorprenderla.

—Creo que a ella no le gustan las sorpresas.

—Tonterías, a todas las mujeres nos encanta que nos sorprendan.

Terminaron de hacer las compras y tuvieron que regresar al apartamento en taxi.

Elizabeth aprovechó para tirar a la basura todo lo que había en la nevera, entre ambos la limpiaron y ordenaron todo lo que compraron. Prepararon una ensalada con pollo y cenaron, después se acurrucaron en el sofá para ver televisión.

—¿Hoy no vas a la favela? —preguntó con la cabeza apoyada en su regazo y los pies sobre el reposabrazos del sofá.

—No, hoy no hay roda, el sábado.

—¿Sabes que iré contigo? —Le avisó mientras disfrutaba de la suave

caricia de él en su pelo.

—Pero no lucharás conmigo... —advirtió—, porque no voy a perder y no quiero ser rudo contigo.

—¿Por qué eres tan prepotente?

—No lo soy, solo realista... Ni por todo el amor que te tengo te dejaré ganar.

—Tendré que hablar con Wagner.

—No tienes que hacerlo.

—Tengo que explicarle que andamos juntos, no creo justo sorprenderlo... Es mi amigo.

—Él solo quiere cogerte.

—No es así...

—Créeme, es así —aseguró y afirmó con la cabeza.

—Puede, pero a pesar de eso es mi amigo y no quiero herirlo. Hablaré con él.

—Estaré presente.

—De ninguna manera, tendrás que confiar en mí... Y te aviso que no voy a dejar de hablarle.

—Cómo es que mi mujer es amiga de mis enemigos.

—Lo siento cariño, no puedo enemistarme con él porque no me ha hecho nada malo... Además, me cae muy bien.

—No sé por qué te cae bien si es un *viado* egocéntrico que se cree mejor que los demás.

Elizabeth se carcajeó divertida.

—Mira quién lo dice... A quien el ego no le permite perder.

—Pero no alardeo sobre eso, no ando por ahí pavoneándome diciendo que soy el mejor, que pongo a comer mierda a todos los demás y mil tonterías más —dijo con tono de desdén.

—En fin, voy a hablar con Wagner antes del sábado, y no quiero celos, no tienes por qué sentirse inseguro, estoy aquí contigo.

—No voy a pedirte que te alejes de tus amistades, solo ten cuidado con Wagner. No sé por qué, pero no puedo confiar en él.

—No te pido que confíes en él, confía en mí.

—Está bien. —Jugeteaba con las manos hasta que entrelazó sus dedos.

—¿Y qué haces por las noches cuando no vas a la favela? Espero que no me digas que invitas a la vecina.

—Bueno, la vecina vino muy pocas veces... Por las noches, si no estoy

muy cansado subo a la azotea y entreno o leo algún libro.

—¿Solo eso? Es demasiado bueno para ser verdad... Lo siento, pero no te creo —dijo ella convencida de que no podía ser tan aburrido.

—También salgo y me reúno con amigos en algún bar o voy a la playa a jugar *futevôlei*.

—Sigue siendo demasiado bueno..., casi irreal.

—No puedo vivir una vida de excesos si quiero mantener mi trabajo, tengo que levantarme todos los días sí o sí a las cinco o seis de la mañana y enfocarme en lo que hago. Sé que tú haces muchas más cosas que yo, pero es que no tienes un horario fijo que debas cumplir... Sin embargo, esta noche. — La sujetó por la cintura y con la ayuda de ella la sentó ahorcadas sobre él—. Esta noche voy a portarme muy mal contigo, en tu cuerpo —prometió acariciándole la cintura.

Los besos que le dieron vida a las ganas no se hicieron esperar, la pasión explotó y no quisieron perder tiempo en ir a la habitación, aprovecharon el sofá para viajar al cielo. Sudaron, jadearon y se movieron con ímpetu, hasta alcanzar el estado perfecto.

Casi a medianoche se fueron a la habitación, dejando en la sala el reguero de prendas, y en el colchón volvieron a compenetrarse intensamente. Después, en medio de caricias cansadas se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 51

El aroma a café volvió a despertarla, se removió perezosa entre las sábanas, sintiendo cómo el algodón acariciaba su cuerpo desnudo; parpadeó para aclarar la vista, tratando de acostumbrarla a la claridad que se colaba por debajo de las persianas.

Se levantó sin preocuparse por cubrirse, caminó desnuda por el apartamento, llegó a la cocina e iba a servirse una taza de café cuando vio al lado de la cafetera otra nota.

—Es anticuado. —Se dijo sonriente, sintiendo que ese simple detalle le emocionaba más de la cuenta. Adoraba esa caligrafía imprenta algo triangular, o por lo menos la A así la trazaba.

Hola amor.

Gracias por cambiar las sábanas, apenas me percaté esta mañana. No tenías que hacerlo, y no quiero que organices nada. A media mañana irá la señora Irma, ella me ayuda con la limpieza.

Si quieres salir puedes hacerlo, no tienes que quedarte encerrada en un lugar tan aburrido. En el florero que está en la mesa junto a la entrada hay un juego de llaves, son para ti.

Te dejé unas tapiocas en el microondas para que desayunes, no quise prepararte nada más, porque no sé con qué te gusta acompañarlas; de ninguna manera quiero imponerte un menú.

Espero poder ir a la hora de almuerzo, para que podamos compartir.

Buen día *minha gostosa*.

Elizabeth terminó de leer en medio de suspiros y una tonta sonrisa, dobló la nota, la llevó a su cartera y la guardó junto a la otra.

Empezó a sentir ganas de orinar, por lo que corrió al baño, después aprovechó y se fue a la ducha para quitarse las huellas de la noche apasionada que había vivido, porque durante la madrugada apenas se había medio lavado entre las piernas.

Totalmente renovada y energizada salió del baño y envuelta en una toalla regresó a la cocina por su café, se lo llevó a la sala y se sentó en el sofá. No pudo quitar la mirada de su teléfono y se aventuró a revisarlo. Como era de esperarse tenía más de quince llamadas perdidas de su madre, algunos mensajes de ella, otros de Luck y de Cristina, pero absolutamente nada de su padre.

No se tomó la molestia de leer los mensajes de su madre porque sabía que solo serían para reprenderla, así que inhaló profundamente en busca de valor mientras le marcaba.

—¡Por Dios Elizabeth! —exclamó Rachell, sin dejar que su hija la saludara.

—Hola mamá —dijo en voz baja y después tragó en seco—. Siento no haberte llamado antes.

—No, no lo sientes en absoluto, ¿por qué no te habías comunicado conmigo? No tienes ni mínima idea de lo preocupada que estaba... ¿Cómo es posible que te hayas ido de la casa así? ¿Cómo se te ocurre señorita?

—Sé que no fue la manera correcta, pero si te lo decía no me lo ibas a permitir. Fue una decisión que tomé el mismo día de mi partida... No quiero que te preocupes, estoy bien.

—Pedirme que no me preocupe por ti es como olvidar que eres mi hija y eso es imposible. Lo sabes, ¿verdad? —reprochó duramente.

—Lo sé mamá, pero en serio estoy bien.

—Sí, lo imagino. Aunque fue demasiado desconsiderado de tu parte irte sin decir a dónde ni con quién.

—No tienes que preocuparte, estoy en...

—Río —interrumpió—. Con ese hombre, ya lo sé...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

—¿En serio? ¿No te haces una idea? —ironizó Rachell.

—Mi papá —confirmó, segura de que Samuel Garnett había sido la fiel fuente de información de su madre—. ¿Está molesto? —preguntó ahogada.

—No te lo imaginas. Y no hace más que descargarse conmigo... ¿Por qué cometes tantas locuras Elizabeth? ¿Dónde demonios está la chica racional que eduqué?

—Mamá, lamento que papá esté molestándote por mi culpa, pero quiero hacer mi vida lejos de las imposiciones del gran Samuel Garnett...

—Elizabeth, estás siendo injusta con tu padre.

—Él también lo está siendo conmigo.

—Solo quiere protegerte, solo eso... Sabes que ha sido un buen padre, no puedes ahora juzgarlo simplemente porque no confíe en el hombre con el que te has encaprichado.

—No es un capricho mamá, y no solo es Alex. Ha sido así con todos los hombres que se me acercan, apenas aceptó a Luck porque respeta a sus padres, porque sabe que es un buen chico, pero no perdía la oportunidad para hacerlo sentir mal... Mamá, desde que tenía doce años ha sido así. ¿Recuerdas cuánto hizo llorar a Travis cuando se apareció en su casa con dos policías y lo amenazó? Solo era un niño, un compañero de clases, pero él lo vio como un peligro... Y ya me cansé, me cansé de que papá vea demonios donde no los hay.

Rachell no pudo evitar sonreír ante ese episodio con el pequeño Travis. Realmente no había sido una amenaza como tal, Samuel solo estaba jugando, y bueno... aprovechó para hacerle una advertencia.

—Samuel ha sido un buen padre... —Rachell trató de conciliar.

—Lo ha sido, por eso lo adoro. Sé que ha sido el mejor padre del mundo, que solo desea mi felicidad, mi bienestar... Pero no me deja vivir mamá, sus celos irracionales me enfurecen... No es justo que sea tan egoísta.

—Tiene sus razones para ser tan desconfiado, solo tienes que tenerle paciencia. Ha pasado por situaciones difíciles —excusaba a su marido, porque solo ella sabía todo lo que había sufrido. Comprendía que Samuel desconfiara de los hombres que decían sentir amor por su hija, porque fue un hombre quien juró estar enamorado de su madre el que le causó la más terrible tortura hasta acabar con ella.

—Pero no solo existen cosas malas, él no puede estar esperando que algo malo pueda pasarme, porque es como si lo estuviera atrayendo...

—¡No digas eso Elizabeth! Tu padre no soportaría que algo malo te sucediera, yo mucho menos; solo deseamos lo mejor para ti.

—Lo entiendo, lo sé, pero lo de papá ya es algo obsesivo... Imagino que ahora que sabe dónde estoy no tardará en venir a buscarme y amenazar a Alex.

—Supongo que irá a buscarte, no voy a negarlo —confesó porque no ganaba nada con ocultarlo, conocía muy bien a Samuel Garnett y sabía que solo era cuestión de tiempo para que viajara a Río, y nada ni nadie se lo iba a

impedir.

—Vendrá en vano, no pienso volver a la casa. Me quedaré con Alexandre —aseguró, ella no iba a regresar a su casa, por lo menos no en un tiempo, porque si lo hacía le daría más poder a su padre.

—¡Estás loca Elizabeth Sophia! —exclamó alarmada.

—Como lo escuchaste mamá, pero te lo repito, voy a quedarme con Alex, quiero estar con él.

—¿Cómo se supone que harás con tus compromisos? Eli, ¿vas a echar a la basura tu vida por estar con un hombre? ¿Qué pasará con tus clases de japonés? La universidad, ¿no tenías pensado entrar a Harvard?

—Puedo hacer todo eso y vivir con el hombre que amo...

—Elizabeth —chilló entristecida y sorprendida—. ¿Cómo se supone que lo harás?

—Puedo seguir estudiando japonés, hacerlo en línea... Quiero estudiar derecho y puedo hacerlo aquí en Río.

—Sabes que no es lo mismo, jamás podrás comparar la formación de Harvard con la universidad de Río.

—Lo sé, pero quiero quedarme aquí con Alex...

—Hija, el amor no lo es todo, estás sacrificando tus sueños...

—Mamá, tu prioridad siempre fue cumplir tus sueños, ser una exitosa diseñadora, representar tu firma... En cambio, a mí me ilusionan otras cosas. Mi prioridad es estar con el hombre que amo, hacerlo feliz y disfrutar de todo lo bonito que me hace sentir... Aunque parezca cursi así es, ya no tengo sueños que perseguir... A mi edad he hecho de todo. He sido empresaria, modelo, capoeirista, ya conozco cada rincón del mundo, he estudiado todos los idiomas que he podido, he estado con los chicos que me han gustado y nada de eso me ha hecho sentir como me siento cuando estoy con Alex. Él es mi prioridad.

—Es que eres tan joven mi niña. —Se lamentó Rachell—. Apenas empiezas a vivir.

—No hay edad para el amor, es primera vez que lo siento de verdad. Y es un sentimiento más poderoso que yo, sobrepasa toda lógica, todo mi autocontrol.

—Solo quiero que regreses a casa, por favor cariño —suplicó.

—Lo siento mamá, no voy a volver, pero puedes venir cuando desees, y si mi padre acepta podré ir con Alex a visitarlos.

—Las cosas no tienen por qué ser así, no se suponía que debían ser así...

—dijo con la garganta inundada en lágrimas—. Duele saber que tu familia no es tan importante para ti.

—Claro que lo son mamá, no lo dudes ni un instante. Ustedes son mi razón de ser, pero ahora quiero..., «necesito», que Alexandre también forme parte de mi familia.

—Ay mi vida, ¿te has puesto a pensar que automáticamente te convertirás en madre? Y de una chica que es casi de tu edad.

—No tiene por qué ser así, eso es un tradicionalismo anticuado... Luana y yo seremos muy buenas amigas, ya no es una niña a la que se tenga que controlar... Creo que es mejor así, que Luana ya sea mayor.

—Necesito tiempo para poder procesar esto... Todavía me cuesta creerlo. Pienso que debimos ir a Egipto en vacaciones y no a Río... Posiblemente todo esto se habría evitado. —Se lamentó negando con la cabeza.

—Tarde o temprano iba a suceder, estoy segura de que en algún momento iba a conocer a Alex —dijo totalmente convencida—. Mamá, no te preocupes. En serio estoy bien y feliz.

—¿Qué se supone que harás con tus compromisos?

—Algunos los cancelé, los internacionales pienso cumplirlos... Solo tengo que subirme a un avión.

—¿Quieres seguir conmigo o también quieres romper nuestra sociedad?

—Quiero seguir siendo parte de tus sueños... Y puedo hacer mi trabajo desde la sede aquí en Río; claro, si estás de acuerdo.

—¿Cómo no estarlo? Me parece buena idea, llamaré a Mirna para hacer una reunión el jueves; necesito que estés presente... Ya sabes que por ahora no puedo viajar, lo haremos a través de una videollamada.

—Entendido —chilló emocionada—. Gracias mami, me encantará trabajar aquí.

—Voy a extrañarte demasiado cariño. —Sollozó sin poder seguir ocultando que estaba destrozada.

—Yo también, pero tienes que venir pronto. Recuerda, el carnaval.

—Ese es otro dolor de cabeza para tu padre, solo espero que las cosas no empeoren.

—No voy a dar mi brazo a torcer, papá tendrá que aceptar la manera en la que quiero vivir mi vida —dijo convencida de que no cedería ante su padre.

—Corazón, no vayas a herirlo, mira que más que sus ojos tú eres prácticamente su alma —suplicó, sorbiendo los mocos y limpiándose las lágrimas.

—Jamás podría hacerlo mamá. Aunque él no lo crea yo lo amo, es el hombre más importante en mi vida. Solo que sus celos no lo dejan ver ese amor que tanto le profeso.

—Está bien cariño, sé que lo amas... Entonces, ¿hablamos luego?

—Sí, esta noche, ¿te parece si hablas con Alex? Una videollamada, para que lo conozcas mejor.

—Me encantaría, necesito saber más de ese hombre que se llevó a mi ángel.

—Está bien, te quiero mami.

—Yo también pequeña, y si tienes tiempo, ve a ver a tu abuelo y a tu tía.

—Lo haré, pero tengo miedo de que tío Ian se entere y se ponga del lado de mi papá, no quiero tener más discusiones, no por ahora.

—Tienes razón, pero solo ve con tu abuelo, no es justo que estés en Río y no los visites, sabes cuánto te aman.

—Lo sé, te aseguro que iré. Nos vemos esta noche. —Le lanzó un beso.

—Cuídate mucho mi niña. —También le tiró un beso y terminó la llamada.

Elizabeth tomó de su café ya frío, no podía evitar sentir nostalgia por su familia, estaba segura de que iba a extrañarla mucho, pero estaba pasando su prueba de fuego, no podía pretender pasar el resto de su vida junto a sus padres.

Bebió más café y le marcó a Luck, quien también terminó reprendiéndola y diciéndole que estaba completamente loca, suponía que la mayoría siempre tenía la razón, pero no le importaba, era feliz, estaba disfrutando el momento y era lo que verdaderamente le interesaba.

Finalizó la llamada y se fue a la cocina para preparar su desayuno, la tapioca que Alexandre le había dejado la rellenó con atún, rúcula y salsa de yogurt. Justo en el momento que probó su desayuno alabó a Esther, por haberle enseñado a cocinar.

Meticulosamente lavó y ordenó todo lo que había usado, después se fue a la habitación, tendió las sábanas, pero mientras lo hacía su curiosidad estaba a punto de dominarla, quería seguir hurgando en las cosas de Alexandre, ver las demás fotografías que estaban en el álbum de la caja; sin embargo, temía no dejar las cosas como estaban y que él se percatara de su atrevimiento.

Con los minutos empezó a sentirse hastiada, no hacía más que pasear por el lugar, por lo que terminó una vez más en el vestidor, pero no para darle rienda suelta a su curiosidad, sino para buscar en su maleta ropa deportiva, que estaba segura había llevado muy poca.

Se puso un *short* estampado con varios colores, una camiseta sin mangas, se calzó las zapatillas deportivas, se hizo una coleta con su abundante y pesada cabellera, agarró su teléfono y lo guardó en una pequeña mochila, donde llevaba su documentación y una tarjeta de crédito; buscó las llaves en el florero y después salió a correr por la calzada de Copacabana, pensaba llegar hasta Leblon y regresar.

Sin embargo, modificó sus planes cuando llegó a Leblon y recordó que solo había llevado una maleta, por lo que aprovechó para ir al centro comercial y comprar algunas prendas, sobre todo ropa deportiva, que no encontraría en la boutique de su madre.

Ir de compras siempre le hacía olvidar el tiempo, por lo que cuando miró la hora en su teléfono ya era casi mediodía, se apresuró a pagar lo que había elegido, salió del centro y regresó en taxi.

Con gran entusiasmo saludó al señor Marques y siguió de largo hasta el ascensor, cargando las bolsas de las compras que había realizado.

Dejó en el sofá las bolsas, corrió a la cocina, se lavó las manos y buscó en la nevera algo para preparar el almuerzo, no sería justo que Alexandre tuviera que llegar del trabajo a cocinar.

No iba a arriesgarse a inventar con cualquier cosa, se iba por lo seguro, por algo que ya hubiese preparado antes, porque lo menos que deseaba era envenenar a su marido. No pudo evitar sonreír divertida ante las cosas que pensaba, ya lo estaba llamando marido, y realmente le gustaba.

Sacó el salmón y todos los ingredientes que iba a usar, dejándolos en la encimera.

Tanto silencio la hacía sentirse más sola, por lo que buscó su teléfono y el amplificador que había visto en la habitación y lo conectó en la cocina, sincronizó ambos aparatos y puso música a un volumen que no le permitiera escuchar nada más, pero no tan alto como para molestar a los vecinos.

—Un paso me voy para siempre, un paso fuerte, un paso hacia adelante. — Cantaba mientras bailaba, ondulando sensualmente su pelvis y sazonaba el salmón.

Lo dejó marinando un par de minutos, aprovechó el tiempo para picar las batatas dulces en rodajas gruesas, sazonarlas con pimienta y hiervas italianas, le echó un poco de aceite de oliva y lo metió al horno.

Volvió con el salmón y lo puso en el grill, sin dejar de cantar y moviéndose por la cocina al ritmo de la música.

Alexandre antes de abrir la puerta del apartamento pudo escuchar la

música, nunca ese lugar había brindado tanta alegría. Abrió con cuidado y el olor a comida lo sorprendió, eso parecía ser un sueño jamás imaginado.

Vio a su mujer revolotear sensualmente por la cocina, por lo que se acercó lentamente, le posó las manos en las caderas y se acopló al movimiento de ella.

—*Coisa gostosa, apetitosa.* —Le dijo al oído con voz lenta y provocativa, después le mordió ligeramente el lóbulo, sin dejar de moverse al ritmo de ella.

Elizabeth sonreía encantada, sin dejar de preparar la comida, disfrutando de las cosquillas que le provocaba su barba.

—Eso se ve y huele delicioso..., pero no tenías que ponerte a ello.

—Me gusta hacerlo.

—¿En qué te ayudo? —preguntó, alejándose unos centímetros, porque tanto roce lo estaba poniendo como piedra, y por más que la deseara, debía pensar en la responsabilidad que significaba su trabajo.

—En nada, esto ya casi está... Te tengo noticias —hablaba mientras se aseguraba de que nada se le quemara, y pausó la música para poder hablar.

—Supongo que son buenas —comentó parándose a su lado.

—¡Dios! Se te ve tan malditamente sexi ese pasamontaña —exteriorizó al verlo con el gorro de lana negro cubriéndole los rizos.

—Entonces lo usaré más a menudo. —Le guiñó un ojo en un gesto de pura seducción—. ¿Qué tienes que contarme? —preguntó apoyando las manos en la encimera.

La mirada de Elizabeth inevitablemente se desvió al tríceps que se marcaba perfectamente y en lo ajustada que le quedaban las mangas de la camiseta en sus poderosos brazos. Se obligó a apartar su atención del físico de su hombre y lo miró a los ojos.

—Hablé con mi mamá...

—Está molesta.

—Lo estaba un poco, pero logré hacerle entender que contigo estoy bien, y que no volveré a Nueva York, no por ahora. —Le aclaró. En ese momento la alarma del horno le anunciaba que las batatas estaban listas, así que se puso los guantes y las sacó—. Estaba inquieta, pero para tranquilizarla le dije que esta noche haremos una videollamada, para que te conozca; solo si estás de acuerdo.

—Sí, no tengo problema con eso, puedo hablar con tu madre, quiero asegurarle que te cuidaré, que conmigo estarás protegida.

—La próxima semana empezaré a trabajar en la boutique, coordinaré desde

aquí mis compromisos.

—Me parece bien, no quiero que dejes de hacer tus cosas solo porque estés conmigo... Así no tendrás que quedarte encerrada aquí.

—Es lo menos que pienso hacer, hoy fui a correr y compré unas cosas, ya ves que solo traje una maleta. Pero creo que voy a inscribirme en un gimnasio, necesito ganar volumen, sobre todo en mis piernas; creo que no están a la altura de una passista, daré vergüenza.

—Tienes unas piernas hermosas —dijo, echándole un provocativo vistazo—. Pero si deseas más volumen puedo ayudarte con eso... Si quieres te entreno y te creo un menú para que aumentes la masa muscular, posiblemente tendremos que comprar algunos suplementos que te ayuden.

—¿En serio? ¿Seguro que sabes cómo hacerlo?

—Dame quince días de prueba, y si no estás feliz con el resultado puedes buscar un entrenador.

—Está bien, trato hecho —dijo ofreciéndole la mano.

Pero él le dejó la mano tendida y la sujetó por la nuca para estrellarla contra su boca, le dio un beso invasivo, intenso y muy lento, para que ella pudiera sentir plenamente cada roce de su lengua y labios.

—Así es como cierro los tratos —susurró respirando el aliento de ella.

—Creo que haremos tratos más seguidos —dijo sonriente, le llevó una mano al pecho y lo empujó—. Necesito ver el salmón o terminará carbonizado.

CAPÍTULO 52

Para Samuel era un verdadero milagro llegar a casa y encontrarse a Oscar tirado en el sofá jugando con Blondy, y no confinado en su habitación metido de cabeza en los videojuegos o haciendo las tareas a las carreras.

—Hola papá —saludó en medio de la algarabía del cachorro.

—Hola hijo, ¿ya hiciste las tareas? —preguntó al tiempo que se quitaba la chaqueta.

—Sí, terminé temprano.

—¿Ya llegó tu madre? —Siguió con su interrogatorio y le brindaba un cariño al perro, al rascarle tras las orejas.

—Sí, está ayudándole a Violet a practicar para la prueba de francés. Estábamos esperando por ti para cenar.

—Entonces deja de jugar con el perro y ve a lavarte las manos. —Le sugirió, entretanto se dirigía escaleras arriba.

Oscar puso al cachorro en el suelo y se levantó.

—Ven Blondy... Ven muchacho. —Lo llamó para que lo siguiera y se echó a correr rebasando al padre, mientras la mascota lo seguía.

Samuel entró a la biblioteca de los niños, que estaba en el segundo piso de la casa.

—¡Papi! —Se mostró emocionada Violet al verlo.

—Eh, eh...Aquí... —La retuvo Rachell, antes de que emprendiera la carrera hacia Samuel y dejara de lado sus deberes.

—Pero quiero saludar a papi —protestó con un puchero, desplomándose en la silla.

—Deja que él venga por ti. —Le guiñó un ojo—. Mientras, lee en voz alta la frase y después veremos si lo has pronunciado bien.

—*Du moment que le bonheur...* —Levantó la mirada hacia su padre, pero el golpecito de su madre sobre el cuaderno le hizo regresar su atención a la tarea—. *C'est de vivre, on doit le trouver aussi bien dans la douleur que dans le plaisir et parfois jusque dans l'ennui.*

—¿Lo pronuncié bien? —Le preguntó a su padre, quien se acuclillaba a su

lado y le sonreía enternecido.

—Perfectamente.

—Ahora escribe lo que quiere decir esa frase, y no es una traducción literal, es tu percepción sobre la frase que dijo... ¿Quién la dijo? —continuó Rachell ayudándole.

—Marcel Jouhandeau, un escritor, ¿por qué todos son escritores? —preguntó.

—No lo sé, supongo que así lo requiere el plan de estudio. Ahora, ¿qué es lo que entiendes de la frase?

—Creo que dice que la felicidad es vivir, por eso debemos ser felices en todo momento, no importa si estamos molestos, tristes o aburridos... —Chasqueó los labios—. Yo no puedo ser feliz cuando estoy triste, es absurdo —dijo su verdadero punto de vista—. Pero lo escribiré como la maestra espera que lo haga, voy a mentirle —asintió con rotundidad.

Samuel y Rachell se miraron, pero antes de soltar la carcajada prefirieron apartar sus miradas y seguir cada palabra que su hija trazaba en el cuaderno.

—Listo, terminé. —Exhaló como si hubiese corrido una maratón.

—Sabes que no, todavía te falta una. —Le señaló Rachell.

—Lo hará después de la cena —intervino Samuel—. Ven con papi. —La cargó y la refugió en sus brazos, tratando de encontrar el consuelo en su hija menor.

—Por lo que veo tuviste mucho trabajo —comentó Rachell, haciéndole saber que había llegado tarde.

—Estaba con unos pendientes. —Fue lo único que dijo y le plantó un beso en la mejilla a su niña.

Él no sabía que Rachell odiaba esas respuestas tan escuetas, porque su cabeza empezaba a maquinarse mil cosas a la vez, y la que se hacía más poderosa era que posiblemente le estuviese siendo infiel. Sobre todo si llegaba y no le daba un beso.

—Vamos a cenar —anunció ella y se adelantó enérgicamente, bajó las escaleras con la sangre a punto de entrar en ebullición.

Samuel se llevó a Violet a la cocina para lavarse las manos, ella como siempre acostumbraba lo salpicaba con agua en la cara, inevitablemente eso le hacía feliz y olvidaba por momentos la situación que estaba pasando con Elizabeth.

Rio divertido ante las ocurrencias de la pequeña, después se secaron las manos y fueron al comedor, donde ya los esperaban Oscar y Rachell.

—¿Y Eli? ¿No vendrá a cenar? —preguntó Violet al no ver a su hermana.

—No cariño, Eli está de viaje —anunció Rachell—. Ven, siéntate a mi lado. —Le pidió y observó cómo el gesto de su marido inmediatamente se agrió.

—¿A dónde se fue? ¿Por qué no me dijo? —Seguía con su inocente curiosidad.

—Se fue a Brasil...

—¿Se fue con el abuelo y no me llevó? —interrumpió sintiéndose triste.

—No, no fue con el abuelo... Fue a ver a un amigo —explicaba Rachell con cariño.

—¿Un amigo? —participó Oscar, extrañado ante el repentino viaje de su hermana, y no pasó desapercibido el cambio de semblante de su padre.

—Sí —dijo Rachell—. Ahora vamos a comer.

—Mami, ¿puedo llamarla para pedirle que vaya donde *avô* y me traiga unos brigadeiros de los que hace Cléo? A ella le quedan riquísimos...

—Eso no es posible Violet —comentó Samuel—. Todavía tienes muchos dulces.

—Pero papi, yo prometo guardarlos y que me duren mucho días... Un mes, sí..., un mes —dijo suplicante.

—Cariño, es que no sé si Eli pueda visitar al abuelo —comentó Rachell, poniéndole la servilleta en el regazo y le apretó cariñosamente la barbilla—. Estará muy ocupada con su amigo.

—¿Es Wagner, el que tiene el pelo como colas de ratas? —Hizo un gesto de asco—. ¿O es Bruno?

—No, realmente no sé quién es el amigo de Eli...

—Entonces es Alexandre, mi instructor de surf —dijo con los ojos brillantes—. ¡Es Alex! —exclamó emocionada al ver que su madre se quedaba callada, le hizo un gesto con uno de sus deditos índices para que se acercara, y Rachell lo hizo con precaución—. A él le gusta Eli, la miraba enamorado. — Le susurró para que su padre no escuchara.

—Bueno, vamos a cenar... Se acabó el tema. Elizabeth está de viaje y punto —interrumpió Samuel.

—¿En serio está con Alexandre? —Oscar no pudo evitar ignorar el comentario de su padre y mirar a su madre.

—¿Lo conoces? —preguntó Samuel a quemarropa, mirando a Oscar directamente a los ojos.

—Eh... Sí, es mi amigo —respondió despreocupado—. Yo se lo presenté a

Elizabeth, es el surfista que me sacó del rompeolas en Leme —confesó.

Samuel apoyó los codos en la mesa y dejó caer la cabeza en sus manos, sintiéndose derrotado, justo en ese momento quería darle una paliza a su hijo, esa que nunca le había dado.

—¿Qué sucede? —Oscar preguntó con sus pupilas viajando de su madre a su padre, sintiéndose totalmente desconcertado.

Rachell torció la boca, haciéndole saber que había metido la pata. Él, al ver la reacción de sus padres, le fue fácil deducir lo que pasaba.

—Elizabeth está saliendo con Alexandre... ¿Y qué pasó con Luck?

—Cállate Oscar —siseó Samuel, sintiendo que la cabeza iba a estallarle.

—Es que no entiendo papá, Alexandre es mi amigo... ¿En serio Elizabeth está saliendo con él?

Rachell asintió lentamente sin atreverse a hablar para no seguir atizando el fuego en su marido.

—Entonces, ¿Eli y Luck ya no se van a casar? —Violet puso los ojos en su madre.

—No lo creo cariño —susurró y vio cómo Samuel se levantaba de la mesa y abandonaba el comedor.

Violet se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar, sorprendiendo a quienes todavía permanecían en la mesa.

—¿Qué sucede? No llores Violet, ¿por qué estás llorando? —Rachell trataba de consolarla.

Oscar, que todavía trataba de asimilar la situación, sí recordaba que el día que los había presentado, Alexandre miraba constantemente a Elizabeth, pero era lo que hacían todos sus amigos. Eso siempre había sido realmente incómodo para él, saber que sus amigos siempre fantaseaban con su hermana mayor; pero jamás pensó que Cobra terminaría realmente cautivado por Elizabeth, era un hombre mayor, que podía tener mujeres maduras e independientes.

—Es que ya Eli no se va a casar con Luck —gimoteó descubriéndose la cara que estaba sonrojada por el llanto—. Él es mi amigo, es el novio perfecto para Eli, porque él también es modelo..., como ella —aclaró con dos lagrimones corriendo por sus mejillas—. Y los novios cuando ya no se van a casar ya no se hablan, entonces Luck no vendrá más a la casa...

—No cariño, sí vendrá... Elizabeth y Luck ya no son novios, pero siguen siendo amigos.

—Pero era mejor como novios, ahora ella quiere a Alex, que es surfista, no

modelo.

—Violet, para que una pareja sea perfecta y se ame no tienen que tener ambos la misma profesión... —dijo limpiándole las lágrimas—. Mira el ejemplo de tus papis, tu padre es abogado y yo soy diseñadora de modas... Nuestras profesiones no tienen nada en común; sin embargo, tenemos un matrimonio perfecto y unos niños preciosos. —Le sonrió con ternura, y seguía enjugándole las lágrimas con los pulgares.

—Cobra también es capoeirista, como Eli —comentó Oscar mirando a su hermanita—. Por lo menos eso tienen en común... ¿En serio Elizabeth está con Cobra? —preguntó a su madre sin poder creérselo todavía. Rachell asintió lentamente, el corazón no le daba para mentirle a su hijo—. Eso no le agrada a papá, ¿cierto?

—Está furioso... Bueno, ya lo viste.

—No es mi culpa —soltó inmediatamente, quitándose cualquier responsabilidad—. No los presenté con la intención de que se enamoraran, no imaginé que Eli se fijaría en un tipo como Cobra; se suponía que estaba loca por Luck... Tienes que decirle a papá que no tuvo nada que ver con eso.

—No te preocupes pequeño, él lo sabe, pero será mejor no hablar del tema delante de él.

—Eli está loca —susurró sorprendido—. Cobra es un hombre ya mayor, por lo que sé tiene una hija adolescente.

—Así es, pero no hablemos más sobre eso... —hablaba acariciándole los cabellos a su hija.

—Mami, ¿puedes llamar a Luck?... Es que quiero asegurarme de que seguirá siendo mi amigo.

—Sí cariño, prometo que lo haré, en cuanto termines de cenar.

—Gracias. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

La cena fue servida y comieron en silencio, todavía les costaba digerir la noticia de lo que había hecho Elizabeth, cada quien estaba concentrado en sus pensamientos y evitaban compartir lo que pasaba por sus cabezas.

—Ya terminé mami, ¿ahora puedo hablar con Luck? —preguntó clavando sus hermosos e impactantes ojos violetas en los de su madre.

—Sí cariño, no imaginé que quisieras tanto a Luck.

—Es que él es bueno conmigo, solo quiero que siga siendo mi amigo, porque si no, aunque Alexandre me haya regalado mi primera tabla de surf y me haya enseñado a surfear no lo voy a querer.

—Vamos al salón de estudios, porque en cuanto acabes de hablar con Luck

tienes que terminar la tarea. —Rachell le sujetó la mano y se la llevó.

Oscar las acompañó hasta el segundo piso, pero siguió su camino hasta su habitación.

Rachell marcó a Luck, mientras Violet la miraba expectante.

—Hola cariño, ¿te interrumpo? —preguntó saludando con todo el aprecio que le tenía al chico.

—Hola Rachell, no, para nada... ¿Elizabeth se comunicó contigo? —preguntó evidenciando su inquietud.

—Sí, se dignó a decirme dónde está y con quién. Pero no es por esa testaruda que te llamo, alguien más desea comunicarse contigo —avisó y le guiñó un ojo a su pequeña.

—¿El señor Garnett? —curioseó preocupado y tragó en seco.

—No, realmente no creo que mi marido quiera hablar contigo por el momento. Es alguien que le preocupa mucho que Elizabeth y tú ya no vayan a casarse. —Soltó una risita, porque ella bien sabía que eso jamás iba a suceder, pero no iba a romper las ilusiones de su niña, mucho menos su inocencia.

—Está bien, si no es el señor Garnett no temo hablar con nadie más —confesó aliviado.

—Está bien, ya te la paso —avisó y le entregó el teléfono a Violet.

—Hola Luck —saludó cariñosa.

—Hola Violet, qué alegría escucharte.

—A mí también me hace muy feliz escucharte... Quiero que sepas que te quiero, no importa que ya no seas el novio de Eli, igual podemos seguir siendo amigos.

—Claro. —Sonrió enternecido—. Sí seguiremos siendo muy buenos amigos, igual que lo seguimos siendo Eli y yo.

—Pero los novios cuando terminan discuten y se gritan... —Suspiró con sentimiento—. Y se dicen cosas como «te odio» «Ya no quiero verte más» «Eres lo peor que me ha pasado en la vida» y muchas cosas hirientes más...

Luck se carcajeó entre divertido y conmovido.

—Pero Eli y yo no somos de ese tipo de novios, creo que como siempre hemos sido amigos...

—Seguro es por eso... —dijo aliviada—. ¿Odias a Alexandre? Como te quitó a tu novia.

—Como soy tu amigo voy a ser sincero contigo... No lo odio, porque se nota que quiere a tu hermana, pero tampoco puedo quererlo como un gran

amigo. Digamos que lo respetaré... En cambio su hija sí me cae muy bien, ya somos amigos, seguro que se hará tu amiga también.

—Yo conozco a Alexandre, él me regaló mi tabla de surf y adivinó mis colores favoritos —comentó sonriendo, sintiéndose más tranquila—. Pero a ti te quiero más, si me dices que no le hable no lo haré.

—Tienes que hablarle, es un buen hombre..., pero no lo quieras más que a mí.

—Trato hecho, a ti siempre te voy a querer más. Puedes venir a mi casa cuando quieras... ¿Sabes? Cada vez voy mejor con el francés, dentro de poco podremos tener una conversación.

—Genial, es una gran noticia, aprende rápido para que vayamos a conversar al bufé de la torre Eiffel, te brindaré el almuerzo.

—¿Es una cita? —preguntó pícaro.

—Sí *mademoiselle*.

—Entonces voy a dejar de hablar contigo para hacer mi tarea y aprender mucho más rápido... Una pregunta.

—Adelante.

—En esa cita, ¿podré pedir macarrones? —solicitó uno de sus dulces preferidos.

—Todos los que quieras —aseguró sonriente.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana *mademoiselle, fais de beaux rêves*.

—*Fais de beaux rêves, toi aussi*. —Se aventuró a desearle dulces sueños, esperando que lo hubiese pronunciado bien. Terminó la llamada y con una gran sonrisa le devolvió el teléfono a su madre.

El aroma a vainilla de las velas que Elizabeth había encendido invadía la habitación y creaban un ambiente relajante y romántico. Mientras la voz sensualmente varonil de Alexandre se dejaba escuchar.

Él tuvo que retroceder el par de capítulos que llevaba del actual libro de ciencia ficción que estaba leyendo, para poder empezarlo junto a Elizabeth, quien estaba totalmente concentrada en la lectura.

Estaban sentados en el colchón, con las espaldas apoyadas en la pared, pero ella descansaba la cabeza sobre su hombro y le acariciaba con la yema de los dedos el antebrazo; entretanto, él intentaba mantener el hilo de la

historia y no dejarse llevar por la tentación que era la mujer a su lado.

Ambos estaban en pijama, sumergiéndose en la fantástica historia que trataba sobre la evolución humana mutada después de una hecatombe terrestre. Mientras esperaban que Rachell le escribiera a Elizabeth, informándole que se podría hacer la videollamada.

El teléfono de Alexandre que estaba al lado de su muslo izquierdo empezó a vibrar con una llamada entrante, lo que provocó que desviara su atención del libro al móvil.

—Tengo que atender. —Le dijo a Elizabeth, al ver quién preciaba comunicarse con él—. Si quieres puedes continuar.

—No, te espero —respondió ella.

Alexandre le entregó el libro y agarró el teléfono, asegurándose de que ella no pudiera ver el nombre del remitente. Se levantó del colchón, salió de la habitación y cerró la puerta.

Elizabeth lo siguió con la mirada, realmente le incomodaba que Alexandre hubiese salido para contestar, era evidente que la estaba excluyendo; sin embargo, se obligó a pensar que eran cosas de trabajo y que no podía conversar delante de ella.

Alexandre caminó hasta la cocina, que consideraba era el punto más alejado de la habitación; bien podría salir del apartamento para tener más privacidad, pero no quería que Elizabeth se hiciera ideas erróneas de la situación.

—Oscar, ¿cómo estás? —atendió, sospechando que no quería comunicarse con él simplemente para saludarlo.

—Bien hermano... Pero ¿con mi hermana? ¿En serio? —reprochó—. Las hermanas de los amigos se respetan.

—Lo sé Oscar —intervino en son de paz—. Sé que es tu hermana, pero son cosas que pasan, va más allá de una simple decisión... No puedo decirte que voy a alejarme de ella para hacerte sentir bien, porque eso no va a suceder, pero puedo darte mi palabra de que la voy respetar. Mis intenciones son serias.

—Lo jodiste Cobra, no importa cuánto me asegures que vas a tratarla bien, ya las cosas no serán como antes... Es mi hermana. —Le recordó, sintiéndose celoso.

—Sé que esperabas para ella un hombre mejor, con un futuro prometedor, quizá un heredero...

—Eso es pura mierda, no importa la posición social, esto es algo más, es

sobre el honor entre amigos —discutió.

—Oscar, te sigo considerando mi amigo, lo que siento por tu hermana no tiene nada que ver con nuestra amistad, esa sigue intacta.

—Para ti, pero no para mí.

—Entonces, ¿dejarás de hablarme? ¿Ya no seremos amigos?

—No lo sé, de lo único que estoy seguro es de que las cosas ya no serán como antes.

—Lo entiendo..., comprendo que estés molesto. En tu lugar también lo estaría, pero voy a demostrarte que a Elizabeth la quiero de la mejor manera, también quiero que sepas que cuando quieras, cuando sientas que estés menos dolido conmigo podrás buscarme, podremos seguir surfeando juntos y seguirás siendo *meu cara*.

—Ni siquiera voy a preguntar cómo pasó, porque es una estupidez hacerlo, nada lograré con eso. Solo espero que cumplas tu palabra y que no la hagas sufrir, porque juro que encontraré la manera de joderte la vida —amenazó realmente molesto, imposible no sentirse traicionado.

—No tendrás que hacerlo, créeme.

—Eso espero. —Terminó la llamada sin despedirse, no consideraba necesario hacerlo, porque ya Cobra no era un amigo al que pudiera respetar.

Alexandre presentía que las cosas terminarían así desde el momento en que vio la llamada entrante de Oscar, nada podía hacer, no iba a renunciar a Elizabeth, prefería cumplir su palabra y demostrarle cuánto la amaba. Suspiró para que la tensión lo abandonara y poder regresar con Elizabeth sin que sospechara de la amenaza que acababa de hacerle el hermano.

CAPÍTULO 53

Alexandre regresó a la habitación, abrió sin anunciarse y se encontró a Elizabeth con el teléfono en su mano, mirando a la pantalla.

—Aquí viene —anunció y le dedicó una mirada brillante, de esas enamoradas que lo condenaban a amarla por encima de todas las cosas.

Él sonrió, aunque internamente estuviese armándose de valor para lo que debía afrontar, no había transcurrido ni un minuto desde que trató de convencer a Oscar de que verdaderamente quería a Elizabeth cuando ya debía enfrentar a la madre.

Intentaba vivir el momento con la mayor madurez y decisión posible, pero todo eso era totalmente nuevo para él; con Branca solo tuvo que enfrentar a Juliana, y recordaba que lo había aceptado muy bien, considerando que Branca ya estaba embarazada de Luana.

Elizabeth lo invitó a que se acercara al hacerle una seña con su mano; él tragó en seco y caminó hasta el colchón, cuidando cada uno de sus movimientos se sentó al lado de su mujer y le pasó un brazo por encima de los hombros, en un inconsciente gesto de pertenencia.

En la pantalla pudo ver a Rachell Garnett con los brazos cruzados, el ceño ligeramente fruncido y el mentón bajo; su lenguaje corporal le gritaba que estaba molesta pero que momentáneamente se estaba controlando, posiblemente esperando a ver cómo reaccionaba él antes de ponerse a la defensiva. Sin embargo, la elegancia que la caracterizaba casi ocultaba su verdadero estado de ánimo.

—Mami, te presento a Alexandre —anunció Elizabeth sonriendo y posándole una mano en el pecho—. Alex, te presento a mi mamá.

—Buenas noches señora, es un verdadero placer tener la oportunidad. — Su voz sonó tranquila, pero estaba seguro de que Elizabeth estaba sintiendo el golpe de enfurecido de su corazón.

—Buenas noches. —Rachell no podía decir que le era grato conocerlo, porque se estaría mintiendo así misma, lo único que deseaba era tener a su hija de vuelta, pero sabía que no era el momento. Era absurdo apoyarla en eso,

pero prefería tratar de entenderla a perder su confianza—. Mi hija ya me ha hablado de ti, pero no tengo más que la percepción de una jovencita ilusionada, que muestra a un hombre casi perfecto...

—No lo soy señor, nada más lejos de eso —interrumpió, intentando aclarar de entrada la situación.

—Todos tenemos algunos defectos, pero realmente posees más de los que esperaba que tuviera el hombre que según mis deseos era el indicado para mi hija...

—Mamá —chilló Elizabeth, lo que menos deseaba era que hiciera sentir mal a Alexandre.

—Lo siento cariño, pero tengo que ser completamente sincera —dijo determinante—. Que esté intentando apoyarte con esta relación no quiere decir que esté de acuerdo con ella, porque para mí, no es lo que mereces.

—Pero yo lo quiero.

—Sé que ahora lo quieres. —Le dejó claro y puso su atención una vez más en el hombre—. Debes tener claro que mi hija es un tanto voluble, todavía es muy joven, ya tú eres un hombre, que por lo que sé, eres padre y abuelo. Espero que cuentes con la madurez suficiente para afrontar cualquier cambio en Elizabeth y aceptarlo sin dar problemas.

—No voy a cambiar, porque no es una decisión mamá, es un sentimiento —aclaró Elizabeth—. Voy a demostrarles que de verdad amo a Alex...

—Le aseguro que solo quiero lo mejor para Elizabeth, si sus sentimientos llegaran a cambiar..., me apartaría y la dejaría ser, porque su felicidad y tranquilidad está por encima de la mía. También sé que ser padre y abuelo representa una gran responsabilidad, pero jamás la compartiría con ella, es mía y siempre lo será —prometió, apretándole tiernamente el brazo a Elizabeth, para que se sintiera segura.

—Solo espero no arrepentirme de la confianza que en este momento te estoy dando, no pienses ni por un segundo hacerle daño a mi hija...

—Mamá. —Volvió a intervenir Elizabeth, pero Rachell la ignoró.

—Porque le llega a pasar algo, aunque sea una pestaña que le toques, te buscaré así sea debajo de las piedras y te lo haré pagar...

—No pues, mejor dile que me deje ahora mismo —protestó Elizabeth.

—Tranquila. —Le susurró él y le besó la sien, después volvió la mirada a Rachell—. Entiendo su temor y sus amenazas, que no dudo podría cumplir, pero realmente quiero a su hija y juro que la respetaré y la cuidaré.

—Solo quiero que cumplas con tu palabra. Ahora debo terminar la

llamada, porque mi marido ni siquiera está estudiando la posibilidad de una relación entre ambos, él no te quiere para Elizabeth y sinceramente no creo que llegue a cambiar de parecer. Si se entera de que estoy consintiendo esta locura estaré en graves problemas.

—Gracias por intentar comprender, por darme un poco de confianza — habló Alexandre, aunque se sentía ahogado—. No voy a defraudarla.

—Eso espero —determinó y miró a Elizabeth—. Tengo que dejarte cariño, te quiero.

—Yo también mami, aunque has sido muy dura con él.

—Después hablaremos tú y yo. Cuídate en todos los aspectos, sobre todo en el sexual, que todavía sí que no quiero ser abuela. —Eso fue más una advertencia para Alexandre que para su hija. Terminó la llamada antes de que Samuel se diera cuenta de que lo estaba traicionando de esa manera, porque no se lo perdonaría.

—Lo siento amor —chilló Elizabeth con un puchero.

—Tu familia me odia, pero no te preocupes, ya estaba preparado para eso. —Le acunó la cara y la miró fijamente a los ojos—. No creo que el sentimiento que todos tienen en común hacia mí me haga cambiar lo que siento, nada hará cambiar todo lo que despiertas en mí.

—Júrame que te quedarás conmigo contra viento y marea.

—Me quedaré contigo aunque el mundo se esté cayendo... No te soltaré nunca, por nada ni por nadie. —La besó con total intensidad, seguro de que debía aprovechar la oportunidad antes de que las cosas se pusieran difíciles, porque sabía que no pasaría mucho tiempo para que empezaran a interferir en la relación.

Elizabeth apretó los rizos, hasta provocar que el beso menguara su intensidad y él le ahogara un gruñido en la boca; entonces fue ella quien atacó, demostrando que con su lengua podía ser tan intensa como él.

Las bocas se separaron por escasos centímetros, para darle tregua a sus respiraciones y sus latidos. Alexandre la miraba directamente a las pupilas, queriendo traspasarle el alma, deseando que el tiempo dejara de tener sentido, que el mundo dejara de girar.

Elizabeth disfrutaba de la caricia del aliento enturbiándole los sentidos.

—¿Seguiremos con la lectura? —preguntó él acariciándole los pómulos con los pulgares.

—No creo que pueda concentrarme en la historia, ahora mismo solo deseo escuchar de tu boca salir palabras que me hagan enloquecer de deseo. —Sin

que él le diera permiso, ella se subió ahorcajadas y se acercó todo lo que pudo a su cuerpo.

Alexandre la ayudó al llevarle las manos al culo, apretárselo con gran entusiasmo y empujándola hacia él.

En pocos minutos ya estaban desnudos, recorriéndose el cuerpo a besos y caricias, mientras él le susurraba un concierto de palabras sensuales y obscenas.

Una noche más que se entregaban al más carnal de los deseos, pero también disfrutaban de la ternura a la que los llevaban sus sentimientos más puros.

—Buenos días..., despierta, *delicia* —susurró Alexandre palmeándole el culo—. Elizabeth.

—No puedo creer que ya sea de día, tengo sueño —refunfuñó removiéndose en el colchón.

—Técnicamente todavía no es de día, son las cuatro y quince de la mañana, pero tienes que desayunar antes de ir a entrenar.

—¿A entrenar? —A duras penas levantó la cabeza y se apartó el pelo revuelto de la cara.

—Sí, ayer te dije que te iba a entrenar... Ya el desayuno está preparado, así que ven. —Le sujetó las manos y la haló.

—¿Podemos empezar mañana? Hacemos el amor más temprano y dormimos más horas.

—No, debes empezar ahora mismo, tienes muy poco tiempo para aumentar la masa que deseas... Claro, solo si quieres hacerlo.

—Por supuesto que quiero. —Salió del colchón dejando su cuerpo desnudo a la vista del hombre.

—Entonces vamos a desayunar. —La sujetó por una mano y se la llevó a la cocina, donde ya le esperaban dos platos servidos—. Este es el tuyo.

—¿Todo eso para mí? —preguntó al ver leche, avena, banana y huevos.

—Sí, es necesario, y supongo que estarás hambrienta.

—Sí que lo estoy —dijo sonriente.

Desayunaron, se ducharon juntos y salieron del apartamento a un gimnasio que estaba cerca, él hubiese preferido entrenarla lejos de la vista de gavilanes, pero no contaba con las máquinas necesarias.

Tuvo que alentarla demasiado para que se esforzara al límite, necesitaba hipertrofiar los músculos si quería tener unas piernas de Ala, sabía perfectamente que al día siguiente iba a maldecirlo, pero ya después le agradecería los resultados.

Dos horas después caminaron de regreso al apartamento, Elizabeth estaba agotada y tenía las piernas temblorosas, iba apoyada al hombro de Alexandre por temor a caerse de un momento a otro.

Él se encargó de prepararle la comida de recuperación, y se fue a la ducha con el tiempo exacto para vestirse e irse al trabajo. Antes de salir le explicó paso a paso lo que debía preparar para el almuerzo, también fue muy claro al decirle que debía comer a la hora exacta, incluidas las meriendas.

—Ahora puedes ir a dormir, descansa mi cielo. —Le pidió y le dio un beso de despedida.

Elizabeth no quería parecer perezosa, pero apenas Alexandre salió se tiró al colchón, antes de quedar rendida programó una alarma en su teléfono para levantarse una hora antes del almuerzo.

El taxista se detuvo en la avenida Ataulfo de Paiva, frente a la fachada de madera y toldo rojo del café Talho Capixaba, donde esa tarde había concretado una reunión con sus primas y Ana.

—Muchas gracias señor —agradeció al tiempo que recibía de vuelta la tarjeta con la que había pagado el servicio.

Bajó del auto y caminó hacia el café donde mesas de madera se apostaban junto a la calzada, en su mayoría siendo ocupadas por turistas que disfrutaban de las delicatessen del lugar y se entretenían con el congestionado tráfico y la gran afluencia de personas caminando por la calzada.

Entró y se fue directo al segundo piso, donde sabía estaban esperando por ella, al subir los escalones buscó rápidamente con la mirada una de las mesas del rincón que tenía las vistas al florido jardín que se apreciaba a través del cristal.

El color casi rojizo del piso de terracota, el marrón de la madera y el de los ladrillos de las paredes conjugaban perfectamente con el imponente tragaluz del techo, que creaba un ambiente relajante, que adormecía los sentidos con el delicioso aroma a café que danzaba en el ambiente.

Quería sorprenderlas, pero Hera la vio mucho antes de que llegara a la mesa, empezó a hacerle eufóricas señas para que se acercara, como si ella no las hubiese visto.

—¡Hola! —saludó emocionada mientras se paseaba por cada una, plantándole besos en cada mejilla—. ¡Qué alegría verlas! Las extrañé tanto —confesó abrazada a Helena.

—Nosotras también —dijeron al unísono y Elizabeth se ubicaba en su

asiento.

—Cuéntenme, ¿cómo va todo? —preguntó sintiéndose muy feliz de poder estar ahí.

—Antes de que te pongamos al tanto de nuestras vidas, ¿por qué mejor no nos cuentas qué haces aquí? —Preguntó Helena.

—¿Es por trabajo? —interrogó Ana.

Elizabeth no estaba preparada para iniciar la conversación, imaginaba que ellas esperarían a que se pusiera cómoda. Así que para ganar tiempo agarró la carta, ya era hora de su merienda, pero al pasarse por el menú se dio cuenta de que no había absolutamente nada que pudiera reemplazar por lo que Alexandre le había dejado anotado para que comiera.

Dirigió su mirada a los cuadros en blanco y negro colgados en la pared de ladrillo que mostraban paisajes del Río de Janeiro de antaño. Entretanto, pensaba qué decisión tomar.

«Bueno, ya mañana podré cumplir a cabalidad con la dieta» —pensó y regresó la mirada al menú.

—¿Qué van a pedir? —Les preguntó a las demás—. Yo voy pedir una ensalada de quinoa —comentó ya segura de que era la elección más inteligente, por lo menos era lo más sano.

Helena y Ana pidieron tapioca gourmet y Hera solicitó una ensalada griega.

Una vez que le hicieron el pedido al mesero, todas volvieron a clavar los ojos en Elizabeth.

—Entonces, ¿por qué no nos avisaste que venías? —comentó Hera.

—Bueno, es que fue una decisión que tomé de un momento a otro —meditaba muy bien qué palabras iba a pronunciar—. Han pasado cosas muy importantes en mi vida en los últimos dos meses.

—Creo sospechar —canturreó Ana—. Tiene que ver con el hermano de Marcelo... ¿Cierto? —preguntó, pero no recibió respuesta, sino una mirada mortificada—. Es eso.

—Sí, algo tiene que ver —resopló, soltando la bomba.

—¿Y ese quién es? —preguntó Helena, mostrándose totalmente interesada.

—El de la feijoada, el de los rizos —aclaró.

—Que es el mismo que fue a la isla... —completó Hera.

—¿No que no te gustaba porque era un pobretón y que no era tu tipo?... —aguijoneó Helena.

—¿Cómo que es un pobretón? —interrogó Ana sorprendida—. No puede ser, o no estamos hablando del mismo... porque Marcelo, es decir, el

hermano...

—Sí Ana, es el mismo —explicó para no seguir complicando las cosas—. Solo que son polos opuestos, es decir, Alexandre es más sencillo...

—Pobre —aclaró Ana.

—Pero eso no importa, no es su posición social lo que me interesa, sino él como persona, su forma de ser, su forma de ver la vida.

—Estás enamorada —soltó una risita Hera.

—Sí, eso creo...

—¡Ya va! —protestó Ana—. ¿Qué pasó con Luck?

—Terminamos, pero no lo hemos hecho público... Ahora estoy viviendo con Alex.

Helena, que bebía agua se atragantó y le dio un ataque de tos.

—¿Cómo así? —preguntó ahogada y con los ojos ahogados en lágrimas.

—¿Cómo que viviendo? —Quiso saber Hera, con la voz aguda por la conmoción.

—Elizabeth Garnett, explícate ahora mismo, que no estamos entendiendo una mierda —continuó Ana.

—Como lo oyen —explicó Elizabeth mirando a Helena—. Me mudé hace un par de días con él.

—¿Y tío Sam y tía Rachell qué opinan?

—Tío Sam debe estar con un ataque de histeria. —Todas estuvieron de acuerdo con Ana.

—Mi mamá me apoya, mi papá ni me dirige la palabra, está muy molesto conmigo porque... —Resopló sintiéndose en un callejón sin salida ante el interrogatorio de las chicas—. Es que papá descubrió mi amorío con Alex de la peor manera, hace un par de semanas me vine a Río para aclarar unas cosas con él, antes de terminar con Luck quería estar segura de los sentimientos de Alexandre, necesitaba saber si me quería...

—Si viniste a Río sin avisarle al tío eres una estúpida... Solo a ti se te ocurre, ya sabes que los Garnett tienen ojos y oídos en cada rincón de esta ciudad, no me extraña que en este momento ya sepan que estamos aquí.

—No exageres Hera. —Elizabeth puso los ojos en blanco—. Mi papá se enteró por una foto que nos tomaron en el aeropuerto mientras nos besábamos.

—¿Y no le dio un ataque al corazón? —Se carcajeó Ana.

—No, pero sí un ataque de ira, fue bastante duro conmigo... Me hizo sentir como si tuviera ocho años...

—¿Y te dejó venir sin más? —preguntó incrédula Hera.

—No, me vine sin decirle nada... Estoy decidida a hacer mi vida alejada de mis padres...

—Solo quieres lo que te da el ricitos... —dijo pícara Helena.

—Eso también, pero más allá de lo sexual está lo que siento por él...

—Verdaderamente no le veo futuro a esa relación, con lo obstinado que es Samuel —comentó Hera.

—No me importa, esta vez no acataré sus órdenes, solo viviré mi vida —dijo convencida.

En ese momento llegó el mesero con bandeja en mano, trayendo la comida, la cual acompañaron con agua.

—¿Y dónde te estás quedando? No me digas que en una favela —curioseó Helena.

—En Copacabana... Chicas, de verdad necesito su apoyo, siento que me he quedado sola en esto —dijo suplicante.

Ana, Hera y Helena se miraron y después clavaron sus ojos en Elizabeth.

—Sabes que puedes contar con nosotras para lo que sea —dijeron al unísono—. Qué más da lo que sea ese hombre si te hace feliz, si quieres estar con él por encima de todas las cosas cuenta con tus cómplices, para eso somos todas para una y una para todas —completó Helena.

—Las sorpresas no terminan ahí. —Elizabeth se mordió el labio, sin tener el mínimo apetito para probar su ensalada, el nudo de nervios no le permitiría pasar bocado.

—¿Estás embarazada? —Fue lo primero que saltó a la mente de Ana.

—¡No! —respondió contundente, y pudo ver cómo ella suspiró aliviada—. Alexandre tiene una hija adolescente y un nieto.

—¡¿Cómo?! ¡Oh Mierda! Eso jode todo —pronunció Hera casi aterrada.

—Si incluso sabiendo eso quieres estar con ese hombre entonces no estás enamorada, estás loca —argumentó Helena.

—Eso complica todo Elizabeth —dijo con pesar Ana—. La exmujer te va a hacer la vida imposible, aunque no quiera nada con él, solo por joderles la existencia...

—Es viudo, su mujer murió hace muchos años —interrumpió Elizabeth antes de que Ana siguiera explayándose.

—Entonces la familia de ella va a intervenir, no va a querer que la hija te hable, la van a poner en tu contra —siguió Ana.

—No, no tiene familia, la suegra de Alex murió un año después que la hija. Luana vive con los padres de Alex...

—Espera, yo creo que la conozco, es una de pelo castaño y ojos grises.

—Sí, ya la conocí y realmente nos llevamos muy bien.

—La he visto un par de veces con Marcelo, se ve que él la adora, hasta llegue a preguntarle a mi papá si era su novia, pero él me dijo que era su sobrina... De hecho, le tiene un excelente ejemplar árabe...

—Y eso no le agrada mucho a Alex... Me parece tonto, pero ellos no se la llevan bien.

—De eso me di cuenta el día que fue a la isla.

—¿Son gemelos y no se hablan? —preguntó incrédula Helena, segura de que no podía vivir sin Hera, aunque discutieran de vez en cuando, siempre se adoraban.

—Realmente ni siquiera pueden verse —confesó Elizabeth—. Por lo que me ha contado Alex, he llegado a la conclusión de que ambos se enamoraron de la madre de Luana, pero Alex no lo intuyó en ningún momento; según él, Marcelo estaba celoso de que tuviera novia, nada más

—Entiéndelo cariño, los hombres no poseen nuestro sexto sentido... Imposible que deduzca lo que a nuestros ojos es evidente —explicó Hera sonriente.

—Imagino... —Elizabeth estiró sus manos, ofreciéndoselas a las chicas, quienes se las apretaron de manera reconfortante—. Las adoro, gracias por comprenderme.

—¿Cómo no hacerlo? —preguntó Helena.

—Sabes que te queremos —confesó Ana.

—Realmente te adoramos —completó Hera.

—Bueno. —Exhaló ruidosamente—. Ya que me quité un gran peso de encima al contarles todas las locuras por las que he pasado, es momento de que Hera y Helena me cuenten cómo les va con Lucas.

Hera sonrió pícara y Helena reacomodó la servilleta sobre su regazo.

—Genial, Lucas es... es... —Gimió Hera.

—Fantástico... Realmente vale por dos, por tres, por cuatro... Sexualmente es un semental, además de que es muy atento con ambas, es inteligente, atlético... Es perfecto —explicó Helena.

—Sí que lo es... —Repentinamente empezó a carcajearse—. El viernes nos llamó por la mañana, invitándonos a la isla, pero preferimos que viniera al ático; se apareció con vino..., y las cosas se estaban poniendo muy interesantes en la habitación cuando de repente escuchamos la voz de mi papá...

—*Avô!* —exclamó Elizabeth entre impresionada y divertida.

—Así es, no sabíamos dónde meter al hombre de casi dos metros que teníamos sin ropa sobre nuestra cama.

—Y queríamos asesinar al hombre de seguridad que lo hizo pasar sin avisarnos.

—Pero ¿quién le dice que no a Reinhard Garnett? —dijo Ana sin parar de reír.

—Fue el peor bochorno, parecíamos dos adolescentes... Lo peor era que papá quería instalarse toda la tarde...

—Me dio pesar, pero tuvimos que echarlo.

Siguieron conversando con buen ánimo por un buen rato mientras disfrutaban de su comida y fue el turno de Ana para confesarse también con las gemelas, quienes no estaban al tanto de lo que había pasado con Rodolfo, mucho menos de lo sucedido con Moreira; todas le dieron ánimo, le aseguraban que podría superar ese momento, que olvidaría al desgraciado de Rodolfo y encontraría el hombre bueno que ella merecía.

No pudieron marcharse del lugar sin antes saborear el excelente tiramisú que ahí ofrecían, y lo acompañaron con un humeante café.

Después de más de dos horas en el lugar todas se despidieron en medio de besos y abrazos, entretanto se prometían volver a verse.

A Hera, Helena y Ana les hacía mucha ilusión tener a Elizabeth radicada en Río, porque así estaba el equipo completo y podían divertirse como solo ellas sabían hacerlo.

Partieron con distintos rumbos, cuando Elizabeth llegó al apartamento lo encontró impecable y con un aroma realmente agradable.

Suponía que mientras estuvo con sus primas había ido la señora de limpieza, como le había informado Alexandre, lo que le extrañaba era que lo hubiese hecho dos días seguidos, cuando él le había confesado que la mujer trataba de ordenar el lugar una vez por semana.

En realidad, le apenaba que él tuviera que hacer gastos en limpieza solo porque ella estaba ahí. Ya encontraría la manera de ayudarlo, porque no pretendía ser una carga para el hombre que amaba, solo que hasta el momento no sabía cómo ofrecerle su ayuda monetaria sin que él se sintiera ofendido, porque era tan anticuado como su abuelo, era de esos hombres que creía que sobre sus hombros debía recaer toda la responsabilidad.

CAPÍTULO 54

Rachell entró en la habitación, encontrándose la sorpresa de hallarse a Samuel en el lugar, aunque su presencia no era lo que le impresionaba, sino lo que estaba haciendo.

Estaba segura de que lo hacía con toda la intención de mortificarla, porque cuando tenía que viajar era ella la encargada de hacerlo.

No dijo nada, se quedó junto a la puerta con las manos en jarras, observando detenidamente cómo guardada las prendas muy mal dobladas en la maleta.

Se paseaba con energía por la estancia, del baño al vestidor y del vestidor a la cama, donde metía cosas que posiblemente ni iba a usar.

—¿Qué se supone que haces ahí parada? —preguntó sin mirarla, solo concentrado en lo que hacía.

—Nada, esperando a que termines. Presumo que vas a viajar y no me habías notificado —comentó ahora cruzándose de brazos, ya que no movería una mano para ayudarle.

—No es necesario que lo haga, como Elizabeth se fue sin avisarte y no te importó en absoluto, que haga lo mismo no creo que te afecte —ironizó, sintiéndose todavía muy dolido con su mujer.

—Ya veo —saturizó ella también. Ver que Samuel se iba a buscar a Elizabeth no le sorprendía, porque estaba segura de que solo era cuestión de tiempo—. Entonces te comportas como un niño caprichoso, que cree que con su actitud va a hacerme sentir mal... Estás viejo para la gracia Samuel, deberías mirarte al espejo y detenerte en las canas y arrugas que tienes, para ver si asumes tu edad y actúas en consecuencia.

—Actúo acorde a la situación Rachell, voy a tomar cartas en el asunto, yo solo me voy a salvar a mi hija, ya que tú ni te preocupas por ella —dijo con las aletas de la nariz dilatadas ante la rabia que lo consumía.

—Solo vas a ir a hierla más, estropearás la relación entre padre e hija... ¿Puedes entender que Elizabeth está enamorada? Y una mujer cuando se enamora lo pierde todo, tu hija se hará oídos sordos...

—Soy su padre, ha estado toda su vida conmigo, no va a preferir a un recién llegado. Sé que solo tengo que hacerle entender que ese infeliz no le conviene.

—¡Samuel, por Dios! Entiende una cosa... Elizabeth te ama, te adora con toda su alma, sé que lo hace... Pero no va a renunciar a ese hombre, en este momento tú eres el malo de la historia, ella solo va a creer en Alexandre.

—Sé perfectamente que ese hombre la ha puesto en mi contra. —Rachell bufó.

—No le hace falta hacerlo, tu hija ve por los ojos de otro hombre que no eres tú y debes aceptarlo...

—Solo estás persuadiéndome para que cambie de opinión y no vaya por Elizabeth, pero no vas a lograrlo —aseguró cerrando la maleta con energía.

—Por mí puedes ir, sé que eres demasiado testarudo para aceptar consejos, y verdaderamente estoy cansada de esta situación... Puedes hacer lo que te dé la gana, pero no digas que no te lo advertí. —Caminó al baño con la intención de que una buena ducha le quitara el cansancio y renovara sus energías, para luego ayudarle a Violet con las tareas.

Samuel se quedó mirando a la nada, pensando seriamente si Rachell tenía razón; sin embargo, su orgullo se imponía y reforzaba su decisión de ir a buscar a su hija, para eso había trabajado sin descanso, cumpliendo con sus compromisos, para poder tomarse dos días libres.

En cuatro horas pautó con los pilotos la salida de Nueva York, no podía perder tiempo; aprovechó la cena para despedirse de sus hijos, no pudo hacer lo mismo con su mujer, porque ambos estaban muy resentidos.

Muchas veces habían pasado por ese tipo de desacuerdos, las discusiones a lo largo de los años iban y venían, no siempre eran felices, no todo el tiempo estaban enamorados, algunas veces se odiaban, para después volver a enamorarse.

Andressa estaba sentada al lado de la cama, vigilando el sueño de la anciana mujer que cuidaba y al mismo tiempo leía el penúltimo capítulo de la historia de romance histórico que la tenía suspirando.

Escuchó la puerta de la habitación abrirse y automáticamente miró la hora en el reloj dorado que llevaba en la muñeca, el cual marcaba dos minutos para las veintitrés.

—Siempre tan puntual —dijo cerrando el libro. Se levantó de la silla y recibió a su compañera con un beso en cada mejilla.

—¿Cómo ha estado? —preguntó, echándole un vistazo a la anciana en la cama, quien respiraba con la ayuda del oxígeno.

—Bastante tranquila, aunque no quería quedarse dormida porque desea estar despierta para cuando llegue Enzo —dijo sonriendo con ternura—. Le prometí que la despertaría una hora antes.

—Le emociona ver al hijo. —También sonrió—. ¿A qué hora viene? —preguntó Manuella.

—Dijo que a las nueve... Ahora me tengo que ir...

—Sí, ve.

—Aquí tienes, ya te adelanté unos cuantos capítulos. —Le entregó el libro que ambas leían.

—Te alcanzaré, en este momento estoy odiando a Sophia, es tan estúpida...

—Sí, pero después se reivindica, no te cuento para no arruinarte la lectura.

—Está bien —dijo sonriente—. Ten cuidado.

—Adiós. —Se despidió con un gesto de mano. Agarró la cartera y el cárdigan que estaban sobre el sofá junto a la salida de la habitación.

Salió de la casa en la que llevaba catorce meses trabajando como enfermera a domicilio para la familia Raia.

A tres calles se encontraba la parada del autobús, por lo que emprendió su acostumbrado recorrido por la solitaria vía. Estaba tan casada y tan inmersa en sus pensamientos por llegar rápido a la parada que no se percató de la furgoneta negra que se le acercaba con sigilo, fue consciente cuando ya la tenía al lado, conduciendo a la misma velocidad de sus pasos.

—Disculpe señorita. —Le habló un hombre, ella miró de reojo y pudo verlo sentado en el asiento del copiloto con la ventanilla abajo, entonces apresuró el paso—. ¿Podría ayudarnos? Estamos perdidos —siguió con voz de súplica.

Su sentido altruista se impuso, por lo que dejó de caminar y miró al hombre en la furgoneta que se había detenido. Parecía no tener más de treinta, físicamente atractivo y una sonrisa encantadora.

Ladeó un poco más la cabeza para mirar al chofer que tenía la mirada fija al frente, desde ahí solo pudo observar una nariz aguileña y un mentón prominente, muy masculino.

—Gracias por atender la petición. —Volvió a hablar el copiloto para captar su atención.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó abrazándose a sí misma, como un mecanismo de protección.

En el momento que lo vio sonreír más ampliamente, intuyó que algo no andaba bien. Posiblemente le harían algún tipo de proposición sexual o se burlarían de ella.

—Vete al diablo —bufó y emprendió el paso nuevamente, esta vez más rápido, con ganas de echarse a correr, pero no quería mostrarse aterrada delante de ellos.

Escuchaba la furgoneta siguiéndola y las piernas le temblaban, seguía vacilando cuando debía correr a toda velocidad y gritar fuertemente para pedir ayuda.

Repentinamente la puerta de la furgoneta se corrió rudamente; un tercer hombre salió de un amenazante salto y fue mucho más rápido de lo que pudo ser Andressa.

Le envolvió la cintura con un brazo y con la otra mano le tapó fuertemente la boca, ella aterrada empezó a patear, poniendo toda la resistencia posible para evitar terminar dentro de la furgoneta, pero fue imposible, escuchó que la puerta se cerraba de golpe y aceleraba tan bruscamente que tanto ella como su captor fueron a dar al suelo de metal, no era momento para darse por vencida; así que empezó a luchar con todas sus fuerzas, pero el hombre era mucho más fuerte y rápidamente estuvo sobre su cuerpo, dominándola por completo.

—¡Suéltame! —gritó tratando de arrancarle la cara con las uñas. Aunque estaba aterrorizada y con la garganta casi cerrada por el pánico.

Él seguía aplastándola con su peso y la sujetaba fuertemente contra el suelo, no vio venir un puñetazo que le dijo en medio el tabique e inmediatamente le sujetó la cabeza y le dio contra el suelo de la furgoneta. El dolor corrió a cada rincón de su ser y se sintió mareada a punto de perder el conocimiento.

Gimoteó aturdida ante el dolor; no obstante, tiró varios manotazos que no llegaron a alcanzarlo, porque sus extremidades estaban casi desfallecidas.

La mano áspera la amordazaba cruelmente, mientras el peso del hombre seguía ahogándola.

—Será mejor que te calles. —Le susurró dejándole el pesado y caliente aliento en el oído—. O te puede ir peor.

Andressa afirmó con la cabeza, sintiéndose vencida, sin dejar de llorar ni de gritar internamente. Estaba perdida, lo sabía.

De repente todo se puso negro, creyó haber perdido el conocimiento, pero

el hombre le había puesto una funda negra en la cabeza, volvió a tensarse y después desató en temblores cuando sintió las bridas cerrándose en sus muñecas y tobillos, quemándole la piel.

—Por favor..., por favor, no me hagan daño, ¿qué es lo que quieren? No tengo mucho dinero pero les daré todo lo que tengo —gimoteó, sintiendo que la sangre que le bajaba de la nariz se le metía a la boca.

—Cállate. —Volvió a ordenarle el hombre.

—Por piedad, por favor...

—¡Por qué demonios las mujeres nunca pueden tener la boca cerrada, ni cuando están cogiendo cierran la maldita boca! —protestó el que iba de copiloto.

De manera brusca le arrancó la funda, ella volvió a mirarlos con el terror en las pupilas.

—Por favor. —Sollozó, pero enseguida soltó un grito ahogado cuando el hombre a su lado le haló fuertemente del pelo y la zarandeó.

—Cierra la boca.

—No va a callarse —dijo el conductor.

El hombre buscó en un maletín negro un pañuelo y la amordazó fuertemente, después volvió a ponerle la funda y le dejó caer la cabeza pesadamente contra el piso de metal.

El mundo entero de Andressa se redujo simplemente a esa furgoneta, a ella debajo de esa capucha, donde no había más que pánico; sentía el corazón golpetear fuertemente y un dolor de cabeza amenazaba con hacerla explotar. Intentaba calmarse, pero no lo conseguía; las lágrimas corrían por sus sienes, mojándole el pelo castaño, y la mordaza parecía que en cualquier momento podría rajarle las comisuras de los labios.

Estaba confundida y adolorida, con las emociones abrumándole e impidiéndole pensar en una manera de salir con vida de esa furgoneta. Mientras sus captores mantenían una amena conversación y hacían apuestas sobre el campeonato de la UFC en categoría peso pluma que iniciaría en un par de horas.

«Por lo menos en poco tiempo terminará todo.» Pensó resignada.

Elizabeth temía moverse mínimamente en la cama porque sentía que le dolía hasta el alma, estaba segura de que esa tortura nacía de sus piernas, no

era primera vez que experimentaba dolores después de entrenar, pero sí que lo sentía tan fuerte.

No consiguió descansar como suponía debía hacerlo, ir al baño se convirtió en el peor de los desafíos, e iba sujetándose de lo que encontraba en su camino.

Cada vez que veía el inodoro quería llorar y se sujetaba a la barra donde se colgaban las toallas para poder sentarse e inhalaba profundamente en busca de valor cuando debía levantarse.

Si no estuviera tan adolorida hubiese despertado a Alexandre a patadas, odiaba verlo dormido tan plácidamente mientras ella sufría ese espantoso dolor que la tenía caminando como momia.

Estaba nuevamente quedándose dormida cuando lo sintió levantarse.

—¡Te odio! —chilló sorprendiéndolo en su camino al baño, mientras se cubría con el brazo los ojos, en un gesto dramático.

Alexandre regresó al colchón y se sentó a su lado.

—¿Tan rápido se acabó el amor? —preguntó acariciándole con las yemas de los dedos el vientre.

—Todavía te amo, pero también te odio... Me duele todo, creo que voy a morir.

—No morirás. —Le sonrió con dulzura—. En cuanto calientes los músculos pasará, solo es cuestión de ejercitarlos un poco, sin peso.

—¡Estás loco! Tendrás que llamar a los paramédicos, porque de aquí no salgo si no es en camilla.

—No exageres, tampoco es para tanto. Mira el lado positivo, si duele es porque has liberado ácido láctico y tendrás el resultado esperado.

—El resultado es que te quedarás sin sexo esta semana y todo el tiempo que esté tan adolorida.

—Si es para que consigas lo que deseas puedo sacrificar mi deseo sexual... Igual si sigues entrenando con la misma intensidad tu libido aumentará en unos días. —Su caricia casi inocente empezó a tornarse perversa cuando los dedos se hicieron espacio entre el pijama y las yemas se paseaban por la suave piel del pubis.

—Saca la mano. —Le dijo sujetándole la muñeca—. Ya te dije que estás castigado, en serio me duele hasta el alma. —Hizo morro, como una niña caprichosa.

—Lo sé, pero si no te levantas y te pones en movimiento será peor... Supongo que eso ya debes saberlo.

—Sí, lo sé, solo estoy tratando de encontrar el valor. Me estoy preparando física y mentalmente.

—No lo pienses mucho. —Se levantó y le ofreció las manos para ayudarla a ponerse en pie.

Elizabeth se aferró con fuerza a sus manos y volvió a quejarse de dolor.

—Ay, ay... Dios —gimoteaba mientras Cobra tiraba de ella y sonreía con malicia—. ¿Cómo te atreves a burlarte? —protestó.

—No lo estoy haciendo.

—Te estás riendo.

—No lo hago —dijo muy serio—. Ya deja de quejarte, sé que eres mucho más que esto.

Elizabeth caminaba como una momia, tenía las piernas entumecidas y adoloridas; el pequeño apartamento se le hizo inmenso, le pareció una eternidad desde que salió de la habitación hasta llegar a la cocina.

Juntos prepararon el desayuno, Alexandre le ensañaba a usar las porciones justas mientras le daba una variedad de opciones para un desayuno de calidad, que la ayudara en su proceso de aumento de masa muscular.

Desayunaron y se ducharon juntos, con cada paso que Elizabeth daba sentía que los músculos se relajaban y disminuían esa tensión dolorosa que la torturaba.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron se encontraron con un hombre de mediana edad, algo panzón y de barba tupida.

—Buenos días —saludaron.

—Buen día. —También correspondió el hombre.

Ellos bajaron en el vestíbulo ya que caminarían hasta el gimnasio, pero el acompañante siguió hasta el sótano.

—Ese fue el que se comió tus frutas... El que dejó la nota, ¿lo recuerdas? —preguntó Alexandre mientras caminaban tomados de la mano.

—Sí, ¡qué vergüenza! ¿Por qué no me avisaste?

—¿Para qué hacerlo? No creo que haya podido distinguir entre tu salud y tus jadeos... No va a saber que eras precisamente tú la que estaba esos días conmigo.

—Cierto, posiblemente pensará que era la vecina del trece o quizá otra de tantas —dijo con ironía, pero con la espiral de celos creando cizaña en ella.

Alexandre decidió reservarse su respuesta, le pasó el brazo por encima de los hombros y le besó el pelo mientras avanzaban lentamente.

—No importa la cantidad sino la calidad... Ninguna mejor que tú. —Le

susurró y le acariciaba la mejilla con el pulgar.

—Maldita labia —refunfuñó, sin que consiguiera convencerla ni un poco.

Las luces de la ciudad todavía no se apagaban, posiblemente la mayoría de los habitantes de Río apenas estaban despertando para dar inicio a un nuevo día cargado de obligaciones que mantenían a la ciudad en pie.

Otros tantos, como ellos, daban inicio a sus rutinas deportivas, ya fuese por salud o por vanidad; pero ya se apreciaba a la gente corriendo por la calzada de la «Princesinha do Mar», como cariñosamente se le conocía entre los cariocas a Copacabana.

A Elizabeth le gustaba pasar tiempo junto a Alexandre, no podía dejar de mirarlo ni de hablar con él, no solo era buen amante, sino que además era un tipo inteligente, que la sorprendía con su agradable conversa.

Aunque muchas veces la reprendiera porque se quedaba mirando cómo él entrenaba como bestia, y ella sin mover una pesa. No era perezosa para ejercitarse, siempre le había gustado, pero nadie podía culparla de perder la concentración si tenía a semejante distracción en frente.

—¿Quieres ir al cine esta noche gata? —propuso de camino al apartamento.

—Sí, me encantaría, después podríamos ir a cenar o a bailar —dijo emocionada.

—Te llevaré a cenar también, pero iremos a bailar el viernes, que podamos hacerlo hasta el amanecer.

—Me gusta mucho más esa idea —manifestó con una amplia sonrisa—. Si quieres puedes invitar a tus amigos, y yo podré pedirles a unas amigas que también se unan.

—¿Es necesario? —Torció la boca—. Es que quiero solo pasar mi tiempo contigo.

—Lo pasarás conmigo, no voy a permitir que bailes con nadie más, pero me gustaría conocer a las personas con las que te relacionas... Ese que fue a la favela...

—¿Moreira?... No sé, tendría que preguntarle, aunque no está pasando por un buen momento y no creo que se anime...

Elizabeth sabía muy bien que el policía estaba en época de despecho, pero no iba a decirle, porque de hacerlo le preguntaría cómo lo sabía, y por nada del mundo iba a exponer a su fuente.

—¿Y eso por qué? —preguntó haciéndose la desentendida.

—Problemas amorosos... —pensó en no decirle, pero a la final confiaba

en Elizabeth—. Encontró a su mujer con otro... Si sabe que te dije esto me quitará su amistad, y es el único allegado que tengo.

—Te prometo que no diré nada... —Dio su palabra, entretanto pensaba que invitaría a Ana, pero tampoco le diría nada, quería que ambos se sorprendieran. Siempre le había gustado jugar a ser cupido—. ¿Tienes otro que consideres amigo? —curioseó.

—Sí, se llama Juninho...

—¿También es policía?

—Es perito, se encarga de la planimetría forense —respondió.

—¿Y otro? —Siguió rebuscando.

—Que considere amigo no. Por lo menos no donde trabajo, en Rocinha tengo varios.

—¿Y los conoceré? —preguntó con la mirada brillante por la ilusión.

—A su debido momento.

—Está bien, seré paciente... Ahora que llegemos nos ducharnos juntos, porque iré a visitar a mi abuelo.

—Me parece bien que lo hagas, no me creo justo que estando aquí no vayas con tu familia.

—Aunque existe una gran posibilidad de que mi abuelo intente convencerme para que me quede con él.

—Si te quieres ir no voy a retenerte, pero si no quieres y tu abuelo pretende retenerte, me avisas e iré a buscarte.

—¿Lucharías contra Reinhard Garnett por mí?

—Ni siquiera tienes que preguntarlo. Lucharé contra el mundo por ti.

CAPÍTULO 55

Elizabeth tenía el corazón desaforado en la garganta, sus ojos saltaban de los celestes de su abuelo a los azules de su tía Sophia. Ya había soltado la lengua frente a ellos, le había contado todo sobre Alexandre y las incontables discusiones que había tenido con su padre, y cómo él, con su actitud, la había orillado a correr a los brazos del hombre que amaba, en busca del consuelo que necesitaba, pero también se estaba probando a sí misma que podría ser capaz de salir del seno familiar y hacer su propia vida.

Si bien sentía que se había quitado una tonelada de encima, el silencio en ambos despertaba la agonía que provocaba que retorciera insistentemente el cordón del lazo del jumpsuit floreado que llevaba puesto, y se recordaba una y mil veces que no debía comerse las uñas, porque su tía Sophia odiaba que lo hiciera.

Su abuelo carraspeó roncamente, estaba segura de que solo estudiaba las palabras que usaría en su regaño, el cual haría de manera educada, para no lastimarla. No pudo evitar tragar en seco.

—Sé... —Ella también carraspeó para aclarar su garganta casi cerrada por los nervios—. Sé que todos creen que Alexandre no es el hombre que merezco, porque económicamente no puede respaldarme, porque está a años luz de llevar la vida a la que estoy acostumbrada...

—¡Tonterías! —dijo su abuelo, como si esa palabra saliera con todo ímpetu de su ronco pecho—. La posición social es lo de menos, cuando mis padres llegaron a este país huyendo de la segunda guerra mundial apenas tenían un par de semanas de haberse casado, no tenían nada... Mi padre dieciocho y mi madre dieciséis, tan solo unos niños. Él empezó a trabajar como obrero en construcciones y mi madre se pasaba día y noche cosiendo, se esforzaron para criarme, para que yo pudiera estudiar. —Le mostró las manos ya con las evidentes huellas de la vejez—. Durante muchos años mis manos solo tenían el color y el olor de la grasa de las plataformas petroleras, sé lo difícil que es conseguir dinero, así que eso es lo de menos, una cuenta bancaria con una cifra indefinida no tiene nada que ver con la calidad del ser

humano... Tú no necesitas un hombre que económicamente te respalde, porque tú brillas con luz propia, tienes tu propio negocio, eres una chica inteligente, trabajadora...

—Es lo que pienso *avô*, un hombre con dinero no asegura que sea bueno o respetuoso... —comentó y miraba cómo su tía asentía con la cabeza.

—Tampoco creo que tu padre le dé importancia a eso, lo que debes dejarle muy claro a ese hombre es que no podrá limitarte, mucho menos utilizar los ingresos económicos como una excusa para sentirse inferior y pedirte que dejes tu vida para acoplarte a la de él.

—Sé que Alexandre no lo hará, es bueno *avô*. —Trataba de convencer a su abuelo para que comprendiera que Alexandre era el hombre de su vida, y que le ayudara a hacerle entender a su padre que ambos se merecían.

—Otra cosa que debes tener muy en claro es que tu padre no es el villano de esta historia, él solo se preocupa por ti... Para el único hombre que eres totalmente irremplazable es para tu padre, para el único que vales más que su propia vida es para Samuel Garnett, él jamás dejará de amarte. En ningún momento llegará otra mujer que acabe con la ilusión que él siente por ti, como algunas veces pasa con las parejas... Bien sabes que el amor a veces se termina, ese Alexandre podrá buscarse otra mujer, encontrar en otra lo que tú le ofreces, pero Samuel jamás encontrará otra hija... Lo que quiero decir es que es estrictamente necesario que hagas las paces con él —dijo muy serio.

—Entiendo lo que me dices *avô* y en verdad comprendo a mi papa, sé que solo quiere mi bien, pero en esta ocasión no puedo obedecerlo, no puedo ni quiero alejarme del hombre que amo, que me hace inmensamente feliz. Así que prometo intentar arreglar las cosas con él.

—Nada de intentarlo. Tienes que hacerlo —ordenó.

—Pero ¿cómo se supone que lo haga si ni siquiera me dirige la palabra? —Resopló sintiéndose frustrada y triste a la vez.

—Dejando de lado tu orgullo, no esperando a que sea él el que dé el primer paso.

—Lo entiendo... —Hizo un puchero—. Lo haré, esta noche lo llamaré. —Se levantó del sofá en el que estaba sentada y se mudó al lado de Reinhard, para darle un fuerte y cariñoso abrazo—. Gracias por comprenderme mi viejo hermoso.

—¿Acaso me queda de otra? —preguntó sonriente, seguro de que su nieta se parecía cada vez más a su adorada hermana Elizabeth.

—Creo que no —bromeó y le plantó un sonoro beso en la mejilla. Le

encantaba la piel suave y casi traslúcida de su abuelo—. Tía, ¿qué piensas?

—Sé que Samuel es intransigente, pero es tu padre... También sé lo que se siente estar enamorada, pero debes encontrar el equilibrio entre ambas emociones, no puedes ponerte totalmente del lado de uno y juzgar al otro, así que deberás hacer las paces con tu padre. No merece que lo hagas a un lado por un hombre que recién aparece en tu vida.

Elizabeth chasqueó los labios.

—Jamás ha sido mi intención hacer a un lado a mi padre, el problema es que él no logra comprender que puedo querer a otro hombre sin que interfiera con el amor que siento por él.

—Pero ahora mismo no le estás dando el mejor ejemplo.

—Fue él quien me orilló a tomar esa decisión.

—No, tú creíste que esa era la mejor opción, porque realmente necesitabas una excusa para venir a vivir con ese hombre; y no te culpo por ello, cuando una se enamora hace lo que sea para estar con quien ama. —Si lo sabía ella que casi todos los fines de semana hacía el agotador viaje desde Nueva York a Río, solo por venir a refugiarse en los brazos del hombre que tenía al lado, y cuando él le propuso que se viniera de manera definitiva, ni siquiera lo pensó.

Elizabeth decidió dejar de lado todo tema relacionado con Alexandre y sus sentimientos, para mostrarse más interesada en su familia.

—¿Cómo va Renato? Supongo que ya está a la altura de tus conocimientos —comentó sonriente.

—Se esfuerza, pero últimamente lo noto más distraído que de costumbre.

—Seguramente conoció algún sitio nuevo en internet que lo ha absorbido —alegó segura del problema de su primo.

—No, es algo más que eso...

—De hecho, no lo hemos visto tan obsesionado con el teléfono, vive muy pensativo... —intervino Sophia.

—Sin mencionar que cada quince días viaja a Chile. Le he preguntado si se debe a una mujer, pero me dice que no —contó Reinhard—, que solo va a distraerse.

—¿En Chile? Nunca va en esta época a esquiar —dijo confundida.

—Ni siquiera va al apartamento en Valle, se queda en la ciudad... Ya sabes que tu abuelo averigua hasta el más mínimo movimiento de cada miembro de la familia —dijo Sophia con una sonrisa moderada.

—Eso sí es extraño, yo creo que es una mujer, hace un par de meses me comentó sobre una amiga que se había ido a Chile, pero no tengo idea de quién

era; realmente me sorprendió que hablara conmigo sobre eso. Sería fabuloso que encontrara una novia que lo haga alejarse de ese mundo cibernético en el que vive. —Añoró de muy buena gana.

—Eso espero, Renato es un buen joven... Si mis hijos hubiesen sido la mitad de obedientes de lo que es ese chico, me habría ahorrado unas cuantas canas.

—Mi papá dice que desde que nacieron Hera y Helena fue que empezaron a aparecer.

—Cuando mis niñas nacieron ya las tenía, que tu padre no les eche la culpa a mis bebés —defendió Sophia—. Que ellas son unas santas si las comparamos con ellos.

Elizabeth sonrió mientras pensaba que si ellos supieran lo terribles que eran sus primas, solo que al ser mujeres sabían guardar muy bien sus secretos.

—Todos en su momento me han dado terribles dolores de cabeza, pero hasta eso me hace feliz, porque tengo memorias que contar —comentó Reinhard, consciente de que sus niñas también hacían de las suyas—. ¿Te quieres quedar a comer con nosotros? —propuso sujetándole la mano.

Ella sabía que ellos estaban prácticamente solos en la casa, no contaban con su familia, por lo que decidió que era buena idea hacerles compañía esa tarde.

—Sí, pero ahora mismo estoy con un régimen alimenticio muy estricto, porque me estoy preparando físicamente para el carnaval.

—Cierto, olvidaba que participarás como passista, ¿qué ha dicho tu padre sobre eso?

—Tampoco está de acuerdo, hasta el momento se niega a que participe, y cree que necesito de su permiso, pero ya sabes que estaré en el carnaval sí o sí.

—No creo que nadie te haga cambiar de parecer, y a mí me enorgullece que lo hagas; cuando tu abuela participó lucía hermosa, todavía recuerdo su piel toda escarchada de verde y amarillo. Aunque moría de celos... —Se carcajeó roncamente—. Todos mis amigos me molestaban, Elizabeth era hermosa. —Suspiró y los ojos se le llenaron de lágrimas que no derramó. Le palmeó el dorso de la mano a su nieta—. Puedes decirle a Cléo que te prepare lo que debes comer.

Elizabeth no comprendía por qué siempre que hablaban de su abuela todos lo hacían con gran nostalgia, como si todavía les hiciera mucha falta; sabía que nunca era suficiente el tiempo que se pasaba al lado de los seres queridos,

pero ella sospechaba que con su abuela había sido muy poco. No quería herir a su abuelo con preguntas, por lo que prefirió reservarse sus pensamientos.

—Está bien, le escribiré a Alex para que sepa que me quedaré a comer con ustedes, así puede quedarse y almorzar por el trabajo.

—¿Te acompaña? —preguntó Sophia sin poder ocultar la nota de emoción en su voz. Sintiendo como si fuese una jovencita ilusionada.

—Sí, todos los días, aunque apenas llevo cuatro días viviendo con él. Aprovecha su hora de almuerzo para ir a comer conmigo.

—Puedes pedirle que venga —propuso Reinhard.

—¿En serio? —preguntó Elizabeth asombrada—. Si mi papá se entera se molestará contigo.

—Tu padre es intransigente, yo prefiero ver qué fue lo que viste en ese hombre para que te hiciera dejar todo y correr a sus brazos.

—Gracias *avô* —chilló emocionada y lo abrazó—. Espero que no sea una emboscada y solo pienses ponerlo contra la pared.

—Sabes que esa no es mi modalidad —aseguró encantado con las muestras de cariño de su nieta.

—Entonces voy a llamarlo, ya regreso. —Se levantó y salió corriendo al jardín, llevando consigo su teléfono.

—Realmente si Samuel se entera estarás en graves problemas —comentó Sophia—. No pensará que eres un hombre que trata de ser razonable, sino un abuelo encubridor.

—Puede pensarlo, pero sé cómo hacer las cosas, por algo Elizabeth está con él. Ella es una jovencita ejemplar y no alocada.

Elizabeth le tecleó un mensaje a Alexandre.

Cariño,

Necesito hablarte urgente, por favor, avísame si puedo llamarte.

No trascurrió un minuto cuando Alexandre le estaba llamando. Seguramente era tonto, pero le hacía muy feliz que atendiera tan rápido a su petición.

—Hola *gatão* —saludó con entusiasmo, mientras paseaba por el jardín como si fuera un alma perdida.

—Hola *delicia*, ¿sucede algo? —interrogó preocupado.

—No, todo está bien, lamento si te asusté. —Su voz era dulzona—. Iré al grano, porque sé que debes estar ocupado. Mi abuelo quiere que vengas a

almorzar con nosotros.

—¿Tu abuelo? ¿En serio? —No pudo ocultar la sorpresa—. Cariño, no tienes que...

—Fue su iniciativa. —Se adelantó, porque sabía lo que estaba pasando en ese instante por la cabeza de Alexandre—. Él quiere que vengas.

—Está bien, iré... Solo espero que no me aparezca un cadáver descompuesto, porque les arruinaré el apetito.

—¿Por qué lo dices? —preguntó sintiéndose tonta.

—Porque aunque use el traje de protección, el olor se me queda hasta en el pelo.

—Ay, no te preocupes. Cualquiera cosa te duchas aquí y podrás ponerte ropa de Renato.

—¿Tu primo?

—Sí, el que dijiste que no salvarías. —Le recordó.

—Tú eras mi prioridad —respondió con una mueca que quería acercarse a una sonrisa—. ¿Crees que tu abuelo piensa pedirme que me aleje de ti? Seguro va amenazarme.

—No, él solo quiere descubrir qué fue lo que vi en ti.

Alexandre silbó como una muestra de asombro.

—Entonces estás en graves problemas.

—¿Por qué lo crees?

—Se dará cuenta de que tienes muy malos gustos.

Elizabeth soltó una carcajada de esas que eran muy ruidosas.

—Eres apuesto gato... Entre otras cosas que mi abuelo no podrá ver, a menos que no te dé vergüenza desnudarte.

—Aunque no lo creas me gana el pudor.

Elizabeth volvió a carcajearse.

—Está bien, no tendrás que hacerlo, porque eso solo me concierne a mí. Él entenderá las otras cualidades que me tienen atada a ti.

—Ese es nuestro secreto —susurró mientras le hacía señas a Juninho para que se quedara en la entrada y no invadiera su espacio.

—Entonces, ¿vendrás?

—Sí, ahí estaré.

—Otra cosa, no recuerdo el menú, ¿qué puedo comer hoy?

—Ensalada de tres a cuatro vegetales, ciento cincuenta gramos de arroz integral, lo mismo de atún a la plancha. De postre yogurt y una manzana verde.

—Entendido, voy a mandar a prepararlo, ¿lo mismo para ti?

—Sí, recuerda que estamos con el mismo plan, dije que te acompañaría en este proceso.

—De verdad lo agradezco mucho.

—Ya sabes cómo pagarás eso.

—Con sexo.

—Con eso también, pero prefiero que dejes a Brasil con la boca abierta.

—Eso haré —prometió—. Ahora te dejo, no quiero que te reprendan por mi culpa.

Con el control Samuel pasó del canal de noticias al mapa que le mostraba el trayecto recorrido.

Chasqueó la lengua al darse cuenta de que todavía le faltaba más de la mitad del viaje, calculó que en unas cuatro o cinco horas estaría llegando a Río.

Para no impacientarse más de lo que ya estaba siguió tecleando en su Mac, respondiendo al sinfín de correos que siempre tenía pendiente, también se mantenía conectado, atento por si algún miembro de su equipo necesitaba contactarlo.

Elizabeth recibió la llamada de Alexandre, anunciándole que ya estaba por llegar.

—Ya aviso para que te dejen pasar —dijo con la emoción abriendo un hueco en su estómago. Terminó la llamada e inmediatamente le marcó al jefe de seguridad de la residencia—. Buenos días Dominic.

—Buenos días señorita.

—¿Podrías avisar a la garita principal que le permitan el acceso a Alexandre Nascimento?

—Enseguida lo hago señorita.

—Gracias, siempre tan amable —dijo sonriente y terminó la llamada.

No pudo retener sus ganas cuando escuchó el motor de la moto y salió corriendo a la entrada, no podía verlo, pero sabía que estaba cerca, ya que la casa estaba a casi dos kilómetros del portón principal.

Su corazón se desbocó cuando lo vio enteramente vestido de negro, con el

casco en el mismo color; llevaba el cristal abajo, por lo que no podía ni siquiera mirarle los ojos, y eso le daba un aire malditamente misterioso, que provocaba ligeras contracciones en su vientre.

Se mordió sutilmente el labio en un intento de cortar todas esas emociones que él despertaba, era imposible no sentirse más nerviosa de lo normal, debido a la expectativa de lo que sería presentarle el hombre que amaba a su abuelo.

Bajó corriendo los más de cincuenta escalones de concreto para llegar hasta él, quien apenas paraba la moto en la parte baja de la colina.

Antes de que pudiera alcanzarlo ya había bajado de la moto y se había quitado el casco, dejando al descubierto sus rizos brillantes y algo desordenados.

—Gracias por venir —dijo colgándosele del cuello y de puntillas para poder alcanzarlo—. Creo que no tocaste ningún cuerpo descompuesto —comentó hundiendo la nariz en su cuello e inhalando profundamente la mezcla de aromas de la colonia y la crema que usaba para moldear los rizos—. Podría quedarme aquí todo el día.

Alexandre le pasó un brazo por encima de los hombros, abrazándola por el cuello; sintiéndola pequeña contra él la besó en la sien.

Alexandre sonrió ante las cosquillas que le provocaba ella y se alejó para besarle la frente.

—No tienes nada que agradecer, por ti estoy dispuesto a hacer lo que sea —confesó mirando a esos ojos soñadores.

—Verás que mi abuelo es un encanto, mucho más sensato que mi papá.

—Los abuelos solemos ser más permisivos. —Le guiñó un ojo en un gesto de seducción y complicidad.

Ella sonrió y negó con la cabeza, reprochando que Alexandre fuese más estricto con Luana que con Jonas.

—Realmente están enamorados —chilló Sophia emocionada, asomada discretamente por una de las ventanas.

—Deja de espiarlos mujer y ven aquí, que te van a descubrir —pidió Reinhard sentado en el sofá, aunque también sentía algo de curiosidad.

—¡Ya vienen! —Corrió al sofá, al ver que la pareja dejó de abrazarse y caminaron a la entrada de la cochera.

Se sentó al lado de su marido, tratando de parecer normal, lo que menos esperaba era que Elizabeth se diera cuenta de que la había estado espiando. Le había encantado la complicidad que notó en ambos, esas miradas que se

dedicaron, lo compenetrados que estaban en el abrazo, algo que nunca vio con Luck en las tantas oportunidades que los vio juntos.

Cobra miró disimuladamente la galería de excéntricos autos, todos estacionados sobre un piso de mármol perfectamente pulido. Ella se detuvo frente al panel de seguridad de las puertas de cristal que daban a un pasillo, posó la huella de su pulgar derecho y las puertas se desplazaron en medio de una voz robótica femenina que decía: «Bienvenida señorita Elizabeth».

No podía evitar sentir que los nervios empezaban a ser más intensos, no por el lujo que lo rodeaba, sino porque tendría que tratar de convencer a uno de los hombres más influyentes del país de que amaba a su nieta. Sabía que no la merecía, que no estaba a la altura del hombre que ella debía tener a su lado; sin embargo, lo que sentía era tan fuerte como para afrontar con entereza ese momento y luchar por un futuro junto a la jovencita de sus sueños.

—Por favor, no vayas a nombrar nada de la favela —susurró ella.

—Sé que nadie a excepción de Renato está enterado de tus imprudentes escapadas a la favela —imitó su tono de voz.

—Ya sabes cómo es la pasión. —Se alzó de hombros de manera despreocupada.

—Incontrolable —completó él.

Después de atravesar el pasillo con paredes de cristal a ambos lados, lo que les permitía unas relajantes vistas del jardín delantero y del trasero al mismo tiempo llegaron a un gran salón principal, que era iluminado por luz natural y de un techo de por lo menos cuatro metros de alto.

En un gran sofá blanco estaba sentado el imponente Reinhard Garnett junto a su elegante esposa pelirroja. Disimuladamente tragó en seco y avanzaba tomando de la mano de Elizabeth; entretanto, ellos se ponían de pie.

La pelirroja sonreía, el hombre tenía un semblante imperturbable.

—Bienvenido —dijo ella, percibiendo que no era un joven como esperaba, sino que ya era un hombre, posiblemente con los pies bien puestos en la tierra.

—Tía, te presento a Alexandre —anunció con una gran sonrisa que expresaba su emoción. A Cobra le extrañó que le llamara tía y no abuela, supuso que con los nervios se había equivocado.

—Mucho gusto —saludó él, tratando de parecer calmado al ofrecerle la mano.

—Por cierto *avô*, ya lo habías invitado a venir antes —comentó Elizabeth mirando a su abuelo, quien pareció algo desconcertado—. Alexandre es el amigo de Oscar que lo sacó del rompeolas en Leme.

—Un placer señor Garnett —dijo recibiendo la mano un tanto temblorosa del hombre, lo de él no eran nervios, simplemente era producto de los años que había vivido.

—Bienvenido, y gracias por lo que hiciste por Oscar —dijo en serio, al tiempo que hacía un ademán para que tomaran asiento en el sofá del frente.

—No tiene que agradecer, le tengo mucho aprecio a su nieto, es un jovencito admirable.

—Disculpa que te haga una pregunta indiscreta, pero ¿qué edad tienes? —preguntó Reinhard en cuanto la pareja se sentó.

—Treinta y cinco —respondió sin titubeos—. Sé que soy algo mayor para Elizabeth, pero mis sentimientos hacia ella son verdaderos, mis intenciones son las mejores —manifestó mirando directamente a los ojos azules del hombre.

—La edad nada tiene que ver con los sentimientos, eso lo tengo muy claro —alegó Reinhard—. Solo quiero que prometas que vas a cuidar y a respetar a mi nieta.

—Claro que lo haré, Elizabeth es muy importante para mí.

—No basta con que lo digas, tendrás que demostrarlo, y será imposible que lo hagas en este instante; solo el tiempo y tus acciones te darán la razón.

—Gracias *avô* —intervino Elizabeth con una ligera sonrisa. Deseaba que su padre fuese la mitad de comprensivo de lo que era Reinhard Garnett.

—Ya que nos hemos presentado, podemos pasar al comedor... Sé que cuentas con poco tiempo —dijo Sophia mirando a Alexandre.

—Lamentablemente sí, debo regresar al trabajo.

—Entonces almorcemos. —Se pusieron de pie y caminaron al comedor.

Todos parecían diminutas figuras en medio de paredes en su mayoría de cristales, que contaban con vistas privilegiadas hacia el cuidado e inmenso jardín y con el Corcovado de fondo.

—¿A qué te dedicas? —Reinhard siguió con su sutil interrogatorio.

—Soy fotógrafo forense —comentó sin permitir que su atención fuese captada por la mujer que le servía.

Reinhard siguió indagando en la vida de Alexandre durante toda la comida, bien sabía que no podía retenerlo por mucho tiempo, porque tenía responsabilidades que atender.

En ningún momento dijo estar de acuerdo con la relación, solo se mostró comprensivo por Elizabeth, aunque le parecía un buen hombre, de agradable conversa; se expresaba sin rodeos y con gran sagacidad. Lo que le hacía

pensar que era un hombre estudiado, posiblemente más allá de solo fotografía.

CAPÍTULO 56

Elizabeth se despidió de Alexandre con un discreto beso, aunque realmente deseaba comerle la boca; pero debía ser respetuosa con su abuelo y su tía.

Antes de que subiera a la moto prometieron verse en unas horas en el apartamento, recordando que tenían una cita para el cine. Lo vio marcharse y suspiró largamente, sintiéndose feliz porque su abuelo, aunque no lo hubiese dicho, había aceptado a Alexandre.

Sin duda alguna eso era un gran punto a su favor para cuando su padre volviera interferir. Caminó de regreso a la casa, encontrándose a su abuelo y a su tía sentados en el mismo sofá, quienes se callaron cuando la vieron llegar.

—¿Qué les pareció? —preguntó avanzando con paso enérgico hacia ellos.

—Me parece un buen hombre, además de atractivo —comentó Sophia, siendo más cómplice.

—Tendrá que demostrar que lo es.

—Por favor *A vô*, no lo mandes a investigar, que eso ya lo está haciendo mi padre —suplicó Elizabeth.

—No era mi intención...

Sophia sonrió, consciente de que su marido había mentado, porque esa era la manía de los Garnett, excepto de Thor, quien vivía la vida sin tantas complicaciones.

En ese momento el sonido del teléfono de Elizabeth interrumpió lo que iba a decir. Al mirar la pantalla le hizo muy feliz y quiso contestar.

—Permiso. —Se levantó y corrió al jardín—. ¡Hola!

—Vaya, estás viva.

—No seas tonto Wagner... Sí estoy viva, y adivina dónde estoy —habló con alegría.

—No me digas que estás en Río y no me habías informado.

—Pues sí, estoy aquí, pero he estado algo ocupada —mintió.

—Vamos a vernos —propuso él inmediatamente.

—No sé...

—Eli.

—Está bien —cedió, porque verdaderamente tenía muchas ganas de verlo —. ¿A qué hora?

—¿Te parece en media? En nuestro punto de encuentro. Acabo de salir de clases —dijo muy entusiasmado con el corazón desbocado.

—Perfecto, entonces nos veremos en un rato. Me despido de mi abuelo y salgo para allá.

—¡Qué ganas de verte! —expresó sin poder guardarse su más ferviente deseo.

—Nos vemos —dijo ella, le lanzó un beso y terminó la llamada. Regresó corriendo al interior de la casa—. *Avô*, tengo que irme —dijo agarrando su cartera del sofá. Caminó hasta él y le plantó un beso en la mejilla—. Prometo que volveré esta misma semana.

—¿Por qué no te vienes a vivir aquí? Sabes que puedes quedarte — propuso añorando poder tener a su nieta con él, porque lo hacía sentirse más seguro.

—Gracias por la invitación, pero me siento muy bien en el apartamento de Alex. —Le dijo al tiempo que se acercaba a su tía y le plantaba un beso a ella también.

—Ve con cuidado cariño y llévate tu auto.

—No tía, gracias, me voy en taxi.

—De ninguna manera, si no quieres llevarte el auto, entonces que te lleve uno de los choferes.

—Está bien —cedió, no quería que su abuelo la notara intransigente.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—Si te lo dirá el chofer con el que me envíes —dijo sonriente.

—Prefiero que me lo digas tú.

—Voy al mirante en Leblon, me encontraré con un amigo.

—¿Quién es ese amigo?

—Se llama Wagner Ferraz, quizá lo conoces, es el hijo de la senadora.

—Creo que lo he visto, no lo recuerdo bien.

—Estoy segura de que sí, pero después hablamos; tengo media hora para llegar a Leblon, y a esta hora el tráfico es un dolor de cabeza... Te quiero *avô*.

—Ve con cuidado y también prudencia con las amistades masculinas, porque los hombres cuando se enamoran tienden a ser más desconfiados e inseguros.

—Gracias por considerar a Alex, veo que te cayó bien. —Sonrió

sintiéndose muy feliz.

—Nada de eso, lo que no quiero es que te haga pasar momentos incómodos solo por sentirse celoso.

—Gracias por el consejo, lo tendré muy pendiente.

Reinhard levantó el teléfono y solicitó a un chofer en el estacionamiento.

—Mi hermosa niña está loca. —Sonrió Sophia—. ¡Lo que hace el amor! ¿Viste que parece un vendaval?

El auto se detuvo justo frente al quiosco amarillo que la cerveza Skol patrocinaba, antes de bajar pudo ver a Wagner entre tantas personas que deseaban disfrutar de unas las vistas del océano. Él destaca por sus *dreadlocks* rubios, que casi le llegaban a la cintura.

Llevaba puesto unos vaqueros desgastados que se ajustaban muy bien a sus gruesas y fuertes piernas, también le quedaba como un guante al culo de acero que poseía, una camiseta que se adhería a sus brazos y poderosa espalda completaban su atuendo. Él era su amigo, pero ella no era ciega, era consciente de que Wagner poseía un cuerpo totalmente perfecto, de esos que provocaban que las mujeres babearan y fantasearan con escenas realmente escandalosas.

Estaba parado junto a una palmera de espaldas a ella y de frente al hipnótico horizonte.

—Gracias Ramiro, le dices a mi abuelo que lo llamo en unos minutos para que sepa que estaré bien. —Le dijo al chofer que le había abierto la puerta para que ella bajara.

—De acuerdo señora, cuídese mucho por favor. —Le sugirió con ese tono tan ceremonial que lo caracterizaba.

—Lo haré —prometió con una amplia sonrisa, y fue al encuentro con su amigo.

Se echó a correr, tratando de que sus tacones de corcho no la dejaran en evidencia, a menos de un metro supo que conseguiría su objetivo, porque su amigo estaba embobado mirando un dron en el cielo.

—¡Despierta! —Le gritó al tiempo que le pinchaba los costados. Él se sobresaltó y ella estalló en ruidosas carcajadas que captaron la atención de muchas personas.

Wagner se dio media vuelta y al verla tan hermosa con los ojos brillantes, la risa estruendosa e intentando apartarse algunos mechones de pelo que el viento le estrellaba en la cara no pudo evitar amarrarla fuertemente en un abrazo por la cintura, hasta levantarla del suelo. No podía ignorar su corazón

que golpeteaba con tanta fuerza que parecía iba a hacerle un hueco al pecho.

—¡Loca! Me has asustado —dijo emocionado, sintiéndola contra su cuerpo y mirando el rostro de muñeca que lo tenía cautivado.

—Estabas embobado —dijo riendo—. Ya bájame, que me mareo —pidió sonrojada por la felicidad.

Wagner la puso en el suelo y retrocedió un paso para admirarla, realmente lucía muy bien con ese jumpsuits blanco con algunos estampados florales, se veía realmente femenina y sensual, porque estaba acostumbrado a verla con la ropa de capoeira. No podía controlar la sonrisa y su mirada, mucho menos sus temblores que se obligaba a disimular.

—Te ves preciosa —exteriorizó.

—Gracias, gracias... —dijo coqueta moviendo sus caderas—. Ya ves que también uso ropa de chicas.

—Ya lo veo —dijo sonriente—. ¿Quieres sentarte? —Le preguntó haciendo un ademán hacia las mesas.

—Sí. —Ella se le colgó del brazo como lo hacía con su hermano y padre—. Ay, te extrañé tanto —chilló y avanzaban a las mesas.

—Estoy completamente seguro de que no más que yo. —Adoraba sentirla tan cerca.

—No exageres, sé que también estás con tus cosas. —Le sonreía en agradecimiento, porque él le sacaba la silla para que se sentara.

—Bueno, estoy intentando dedicarme más a los estudios...

—¿Con qué te amenazó tu padre esta vez? —interrumpió segura de que algo muy poderoso debía ser para que él le estuviese dando importancia a la universidad.

Wagner se carcajeó, ella se quedó prendida en el movimiento de su garganta y ese sonido tan varonil.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te conozco, sé que odias estudiar.

—No lo odio, solo que no me interesa lo suficiente —alegó muy digno. Elizabeth negó con la cabeza mientras sonreía—. ¿Estás de vacaciones o por trabajo? —No pudo esperar mucho tiempo para preguntar más por ella, que era lo que verdaderamente le interesaba.

—Bueno, todavía no lo sé; por ahora serán unas largas vacaciones, espero quedarme para el carnaval, ya dentro de poco empiezan las pruebas y quiero estar en todos los ensayos —explicó, sintiendo que Wagner deseaba averiguar más de lo que ella estaba dispuesta a contar.

—Eso quiere decir que contamos con mucho tiempo para pasarlo juntos. — La mirada le brillaba, porque vislumbraba la oportunidad que tanto deseaba.

—Más o menos, aunque esté de «vacaciones». —Hizo comillas con sus dedos—. Igualmente tendré que trabajar, voy a coordinar desde aquí todos mis compromisos con la boutique.

—Olvidaba que eres socia de tu madre.

Elizabeth asintió y miró a la chica que se acercaba a ofrecerle la carta.

—Gracias. —Le sonrió a la joven de piel ébano, el pelo tejido con diminutas trenzas que le llegaban al borde del envidiable culo—. Solo pediré algo de tomar, ya almorcé con mi abuelo —comentó más para sí misma que para los presentes—. Quiero un batido de leche de coco con banana y fresa — solicitó.

—Yo quiero el de mango, banana, coco y jengibre —pidió Wagner y le regresó la carta a la afrobrasileña de piel hermosamente brillante.

—Dime que por lo menos tendrás tiempo para escaparnos a la favela.

Habían llegado al punto que ella realmente no deseaba tocar, así que pensó rápidamente en ignorar ese comentario.

—¿Cómo está pirata? —interrogó mostrándose interesada en la mascota de su amigo.

—Bien, mira. —Le señaló una de sus Converse—. Tiene una mandíbula de acero.

—Lo veo. —Se carcajeó admirando la zapatilla deshilachada—. Por lo menos está apasionado con tus zapatos y no contigo, es el precio que pagas por tener una mascota tan adorable.

—Debí hacerle caso a mi madre cuando sugirió un conejo, su reserva de energía es más pequeña.

Elizabeth se carcajeó, volviendo a captar la atención de los turistas que estaban en la mesa de al lado.

—Para que veas que las madres casi siempre tienen la razón —alegó divertida.

Las bebidas llegaron, interrumpiendo el ameno momento.

—Uhhmm, está muy rico —dijo Elizabeth.

—La mía también —comentó Wagner, pasándose la lengua por el labio inferior—. ¿Quieres probarla? —ofreció, y ella asintió con entusiasmo.

Elizabeth sorbió con el pitillo, saboreó la bebida y disfrutó del picor que le proporcionaba el jengibre.

—Es deliciosa. —Estuvo de acuerdo y le ofreció de la suya.

Él también disfrutó de la espesa bebida de Elizabeth.

—¿Y te estás quedando con tus abuelos?

—No, estoy en casa de otra persona. —Se limitó a decir solo eso.

—¿Y tu novio te dejó venir por tanto tiempo sola? —Siguió interrogando sin poder evitarlo, admitía que se moría de celos por haber forjado esa pregunta, pero necesitaba saber si tenía o no esperanza.

—Luck. —Sonrió y pensó que era momento de aclarar las cosas—. Ya no somos novios, terminamos hace un tiempo, solo que todavía no lo hemos hecho público... Ya sabes, «la gente» adora la pareja que formamos y nuestros agentes no quieren que rompamos las ilusiones de quienes nos admiran, no es más que mercadeo —comentó y se podía dar cuenta de cómo Wagner trataba de disimular la sonrisa; sin embargo, el intenso brillo en sus ojos no podía ocultarlo.

—Entonces, si no estás comprometida ni te estás quedando con tus abuelos, podremos ir el sábado a la favela sin complicaciones.

Elizabeth bebió una vez más para ganar tiempo, bien sabía que ya no podía ir a la favela con él.

—Prefiero que podamos practicar en otro lugar.

—¡No! No me digas que ahora le tienes miedo a la favela, sabes que si vas conmigo es seguro.

—Es que no puedo ir contigo... Lo siento Gavião, pero estoy saliendo con alguien más. Es con él con quien estoy viviendo. —Bajó su mirada al remolino que creaba con el pitillo en su bebida.

—¿Y ese hombre no te deja ir a la favela? —dijo desanimado, una vez más su esperanza se estrellaba aparatosamente contra el suelo.

—No es eso.

—¿Entonces qué? —Casi no la dejaba hablar, no sabía por qué necesitaba una respuesta concreta y presentía que muy en el fondo lo sabía.

—Es que... sí iré a la favela, pero con él. Igual podemos seguir compitiendo y siendo buenos amigos.

Wagner lo supo, tuvo la certeza de que su peor pesadilla se hacía realidad.

—¿Quién es? —preguntó con el miedo aferrado a su ser, pero también una gran ira a punto de estallar.

—Ya lo sabes. —Logró decir, aunque sentía que iba a ahogarse con las palabras. Sabía perfectamente de la rivalidad que existía entre Alexandre y Wagner, pero a los dos los quería.

Gavião era ese amigo que siempre había deseado, era divertido, la

escuchaba, la protegía; era como un hermano mayor, y no quería perderlo; sin embargo, el amor que sentía por Alexandre era tan fuerte que prácticamente la había llevado a abandonar a su familia.

—¿Cómo es posible? —Más que una pregunta era un reproche.

—No creo necesarias las explicaciones, las cosas pasaron...

—¿En serio? —inquirió muy dolido, podía aceptar a cualquier hombre, pero ¿Cobra? Eso era un nocaut a su orgullo y sentimientos—. Sabes perfectamente que somos rivales.

—Lo sé, pero eso no tiene nada que ver conmigo ni tiene por qué afectar nuestra relación...

—¿Eso crees? —Se levantó, sacó un billete, lo puso en la mesa y lo pisó con el bazo—. Lo has arruinado todo Elizabeth. —Su voz fue áspera.

—Gavião... Wagner, espera... Tenemos que hablar... —Le pidió, pero él no se volvió. Ella volvió a ser el centro de miradas de algunas personas, solo que esta vez no fue por sus carcajadas.

Wagner se alejó dando largas zancadas y mandó a parar al primer taxi que se le atravesó, necesitaba alejarse lo más rápido de Elizabeth, para que no se diera cuenta de que le había roto el corazón, que había mandado a la mierda su pasión, todo el esfuerzo que había hecho para poder ser aceptado en la favela como un capoeirista más de juego duro, todo el dinero que le había dado a Fabio para que le permitiera el acceso a la favela se había ido al carajo; y todo por culpa de ella, por enredarse precisamente con su rival.

Ya no podía volver a la roda, porque de hacerlo sería enfrentarse a la burla de los demás, a ser el imbécil al que le habían adornado la cabeza y al que habían engañado descaradamente; posiblemente si habría sido con otro él habría enfrentado la situación, pero ¿con su más poderoso rival? Eso sí que no podía perdonarlo.

Estaba furioso y dolido, tanto, que se estaba tragando las lágrimas que retenía en la garganta. Con voz ronca le dio la dirección de su casa al taxista, mientras se preparaba para olvidar a Elizabeth y su pasión por la capoeira en la favela.

Elizabeth se quedó con la mirada perdida, teniendo la certeza que despertaba curiosidad en quienes la rodeaban. Wagner le había dejado claro que nunca tuvo la intención de ser su amigo, sino que esperaba algo más, algo que ella no podía darle.

Odiaba enfrentarse a ese tipo de situaciones, ella anhelada amistad, pero los hombres no veían más que un cuerpo en el cual podrían satisfacer sus más

sórdidos deseos sexuales.

Espabiló rápidamente para que las lágrimas que estaban al filo de sus párpados se derramaran, como autómata se levantó de la mesa, segura de que el billete que había dejado Wagner alcanzaría para pagar las dos bebidas que dejaron a la mitad.

Necesitaba despejar su mente, quitarse esa estúpida sensación de culpa que Wagner le había hecho sentir y el dolor de haber perdido a un amigo, por lo que prefirió caminar, lo hizo por toda la calzada sin ser plenamente consciente de lo que le rodeaba, ni siquiera del viento que le acariciaba la piel como si estuviera brindándole consuelo.

Ya en el fuerte de Copacabana sus pies estaban adoloridos, por lo que mandó a parar un taxi y le dio la dirección del apartamento de Alexandre. Llegó al que se había convertido en su nuevo hogar, se quitó los tacones y con la ropa que llevaba puesta se tiró al colchón, dejando salir por fin su molestia y dolor.

CAPÍTULO 57

Reinhard y Sophia estaban en la biblioteca, cada uno en su rincón favorito, sumergidos en la amena lectura que los llevaba a lugares distintos en puntos remotos del globo terráqueo.

Ambos despegaron las miradas de las páginas de sus libros y se miraron desconcertados al reconocer una voz tras la puerta.

—¿Escuché a Samuel o lo he imaginado? —inquirió Sophia.

—También me pareció escucharlo —respondió, y justo en ese momento tocaron a la puerta—. Adelante —concedió.

—Buenas tardes —saludó Samuel al entrar.

—Hijo, no sabía que venías... —comentó Reinhard, sintiéndose asombrado y sujetaba su bastón para ponerse de pie.

—No te levantes tío, no te molestes —pidió avanzando hasta él—. Hola Sophia, siento interrumpir tu lectura.

—No te preocupes —dijo ella siguiéndolo con la mirada, era realmente extraño que se apareciera sin avisar, aunque ya sabía la razón.

Samuel saludó de beso y abrazo a Reinhard.

—Siento no haberte avisado de mi visita..., tuve que venir de improvisto por un asunto muy importante.

—Es por Elizabeth —intervino Reinhard.

—Sí, imagino que ya te ha contado, y al igual que lo hizo con su madre, me puso en tu contra.

—Siéntate. —Hizo un ademán al sofá—. Ya me contó —habló una vez que su sobrino se sentó—. Estuvo aquí hace un par de horas.

—¿Y la dejaste ir?... —reprochó.

—No puedo retenerla en contra de su voluntad, vino a visitarme, almorzó con nosotros y se marchó... Si te interesa saber, la vi muy bien, tan hermosa como siempre.

—Tío, no debiste dejarla ir, ¿acaso no te contó que está viviendo con un hombre? Me ha mentado y ocultado tantas cosas durante tanto tiempo, que

verdaderamente estoy muy resentido con ella. —Resopló, sintiendo que rememorar todas las traiciones de su hija lo alteraban.

—Es poco lo que sé, no quise presionarla... Ella me lo dirá a su tiempo.

—¿Sabes que el novio nunca fue su novio sino un amigo? Y yo como un estúpido, creyendo en toda esa relación...

—Los chicos a veces mienten —alegó Sophia.

—Pero no de esa manera, no a sus padres.

—A los padres es a los que más nos mienten —aclaró ella.

—Está con un hombre mayor, un hombre que tiene una hija adolescente y un nieto... —parloteaba casi sin aliento.

Reinhard y Sophia se miraron sorprendidos, porque esa parte de la historia no la sabían. Quizá eso hubiese cambiado ante ellos la percepción que tuvieron del hombre.

—Hace un par de semanas estuvo aquí... —Samuel seguía como una metralleta, dando sus explicaciones.

—¿En la ciudad? —preguntó Sophia.

—Sí, se vino detrás de ese tipo, ¿ahora entiendes mi molestia?

—Comprendo —comentó Reinhard—, pero Elizabeth ya no es una niña, no puedes obligarla a que regrese contigo a Nueva York. Lo más sensato sería tratar de dialogar y llegar a un acuerdo con ella.

—Ningún padre debería aceptar los chantajes de sus hijos.

—No hablo de chantajes, sino de un acuerdo... Entiendo perfectamente que en este momento no puedas ver más allá de los celos —razonó Reinhard.

—No son celos tío, es preocupación... Para ti es fácil porque las gemelas siguen solteras...

—La soltería no tiene que ver con la independencia, cuando ellas me dijeron que querían irse a vivir solas me dolió, pero las comprendí... Samuel, tienes que ponerte en los pies de tus hijos.

—Me pongo en los pies de Elizabeth y no puedo entender cómo es que se fija en un hombre mayor y que económicamente no tiene cómo brindarle una seguridad.

—Una cosa es la seguridad, la protección y otra muy distinta el dinero...

—Estás de su lado —asintió dolido—. Claro, Elizabeth se adelantó y te hizo creer que «verdaderamente está enamorada». ¡Tonterías!, solo está deslumbrada, quizá sugestionada por ese infeliz.

Reinhard miraba a su sobrino, no era primera vez que veía esa actitud en él, cuando creía que tenía la razón no había quién le hiciera cambiar de

parecer.

—No lo creo —interrumpió Sophia—. No dudes de la inteligencia de tu hija, Elizabeth no es del tipo de chicas que se deja manipular.

—Creo en su inteligencia, pero ahora misma está cegada..., está perdidamente ilusionada. Y mientras esté en mis manos no voy a permitir que un infeliz le rompa el corazón.

—Ya no es una niña —siguió Sophia—. Déjala que viva la experiencia, si llegaran a romperle el corazón las mujeres somos expertas en encontrar la manera de reponernos. Así que no temas por eso. —Le aconsejó.

—No es tan sencillo... —discutió y miró a Reinhard—. Tío, no podemos simplemente permitir que haga lo que ella cree conveniente, sabes que existen hombres sin escrúpulos, hombres en los cuales no se puede confiar... Quizá si mi abuelo y tú hubiesen actuado como yo lo estoy haciendo en este momento mi madre seguiría con vida —reprochó sin detenerse a pensar en sus palabras.

—Samuel, entiendo que estés confundido, celoso, dolido... —dijo muy serio, porque ese comentario de su sobrino había sido un duro golpe para él—. Pero eso no justifica lo que acabas de decir, no eres quién para juzgar las acciones de tu abuelo ni las mías. Elizabeth se fue de casa solo dejando una nota, no supimos nada de ella hasta que llamaron a mi oficina para que fuera a buscarte... En cambio tú, sabes perfectamente dónde y con quién está tu hija, eso hace una gran diferencia. Tu miedo es irracional, simplemente basado en suposiciones que formas en tu cabeza enferma de tanta violencia a la que has sido expuesto... Deberías saber que estadísticamente es más probable que tu hija consiga a un buen hombre que a un asesino.

Sophia se quedó muy callada pero también muy dolida con Samuel, porque prácticamente había acusado a su marido de la muerte de su hermana, y no había sido para nada justo. Le picaba la lengua por decirle sus verdades, pero se conocía y no quería que las cosas se salieran de control.

—Lo siento tío. —Resopló al caer en su error—. De verdad lo siento, pero es que no puedo quedarme con los brazos cruzados. Entiende que no quiero perder a mi hija. —Se llevó las manos a la cabeza, sintiéndose derrotado.

—La única manera de no perderla es tratar de comprenderla, darle un tiempo. Si crees que lo que siente por ese hombre es una efímera ilusión tarde o temprano se le pasará y regresará con su familia. En cambio, si te la llevas en contra de su voluntad la perderás, dará lo mismo que esté en Brasil o en Nueva York, la habrás perdido, porque te verá como su peor enemigo... Sabes lo irracional que es el amor.

Samuel solo negaba con las manos en la cabeza, realmente no podía seguir las sugerencias de su tío, iba más allá de una decisión, era su corazón, su alma la que le gritaba que debía llevarse a su hija.

—¿Has hablado con el hombre? ¿Lo conoces? —Le preguntó Sophia, posándole una mano en la rodilla, tratando de ser empática al ver la desesperación en Samuel.

—Lo conozco, lo vi... Trabaja con Souza, pero no tenía idea de que estuviera embaucando a mi niña.

—Entonces, ¿por qué no le das una oportunidad? Habla con él, quizá te sorprenda, posiblemente sea un buen hombre.

—Eso ni pensarlo, donde lo vea le parto la cara.

—Bueno —ironizó Sophia—. Con cavernícolas no se puede tratar.

—Parece que nada lo hará cambiar de opinión —comentó Reinhard hablando con su mujer—. No sé para qué vino a contarnos sobre algo de lo que no quiere nuestra opinión.

—Yo necesito hablar con Elizabeth.

—Habla con ella, pero no trates de imponer tu voluntad. Ten en cuenta que algunas veces las cosas que creemos buenas para nuestros hijos no lo son, debemos aceptar que los padres también nos equivocamos.

Vio a Samuel levantarse con los hombros caídos.

—Te sugiero que te des una ducha, renueves energía antes de ir a buscarla, y por favor, trata de no hierla —suplicó Sophia.

En lo único que ella tenía razón era en que debía darse una ducha, porque verdaderamente estaba agotado.

—Permiso —dijo antes de salir de la habitación y se fue a la que siempre había ocupado.

La llamada de Alexandre anunciándole que iba a salir un par de horas antes fue suficiente para elevar el ánimo de Elizabeth, se levantó para que no la consiguiera tirada en el colchón y se fue a la cocina por agua, fue entonces que se percató de que el apartamento estaba limpio y ordenado.

Seguramente él aprovechó que sabía que estaba en casa de su abuelo para pedirle a la señora, de la cual lamentablemente no recordaba el nombre, que

viniera a limpiar.

Él no debía tardar y ella lo deseaba ardientemente, por lo que se fue a la habitación, se quitó la ropa y desnuda regresó a la sala, se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y con control en mano empezó a buscar algo en el televisor que le hiciera más entretenida la espera.

El corazón empezó a latirle desesperado, el calor se esparció por su cuerpo y las cosquillas se instalaron en sus sitios erógenos, como si presintieran que en poco tiempo serian calmadas por el único hombre capaz de provocarlas.

La puerta se abrió y él se quedó pasmado en la entrada, con ese gesto en la cara que ella adoraba; fruncía en ceño, levantaba las cejas y tan solo perceptiblemente elevaba la comisura izquierda, como si no comprendiera lo que estaba pasando.

—¿Esto qué significa? —preguntó dejando junto a la entrada el bolso donde llevaba la cámara y cerró la puerta sin quitar los ojos de su provocativa mujer.

—Quise esperarte lista para que nos duchemos juntos. —Dejó el control a un lado y se levantó con estudiados movimientos que intentaban seducir a su marido.

Caminó hasta él, quien intentó besarla, pero ella esquivó su boca; entonces él le dedicó una de esas miradas que eran tan malditamente seductoras y perversas, esas que le incendiaban la piel y despertaban latidos.

Le quitó la chaqueta de cuero y la dejó caer al suelo, él plegó sus labios más hacia la derecha.

Ella se pasó la punta de la lengua por el labio inferior y le quitó la camiseta. Él se dejaba desvestir mansamente por ella, mientras se la comía con la mirada y se obligaba a estar muy quieto.

Elizabeth abrió la boca en un gesto de sorpresa la bajarle los vaqueros y encontrarse con una naciente erección.

Terminó de desnudarlo, volvió a levantarse, tomó impulso en los hombros de él y saltó. Con gran agilidad Alexandre la atajó y la sostuvo por la cintura.

—Creí que íbamos al cine —dijo él acariciándole la espalda.

—Podemos entrar a la función de las siete —propuso con la mirada brillante y las pupilas dilatadas por la excitación.

—También creí que estabas muy adolorida y yo castigado.

—Y lo estoy, pero soy una chica valiente.

—Solo te estás dejando llevar por tus pasiones. —Sonrió con malicia.

—Posiblemente... Ahora vamos a ducharnos, que quiero llegar a tiempo a la función de las siete.

Tal como estaban se fueron al baño, dejando la ropa y zapatos de Alexandre en el suelo. Bajo la regadera les dieron libertad plena a sus ganas, aunque tuvieron que ser cuidadosos, porque el dolor muscular de Elizabeth los obligaba.

—Solo espero que pase pronto —dijo ella entre jadeos a causa de la mezcla del placer y dolor que sentía.

—Esto te ayudará a que pasen más rápido —argumentó él empujando con lentitud dentro de ella y le mordió el labio.

Salieron del baño totalmente ligeros y satisfechos, Elizabeth se encargó de aplicarle la crema que él usaba para los rizos y el aceite en la barba.

Él le hidrató el cuerpo con total devoción, como nunca lo había hecho.

Se vistieron, pero Elizabeth se estaba demorando más por estar maquillándose; entretanto, él sentado en el colchón la observaba atentamente, se daba cuenta de que hasta haciendo ciertas muecas para delinear los ojos lucía hermosa.

Ella, al darse cuenta bajó el espejo, juntó las pupilas y le sacó la lengua en una graciosa mueca.

Él soltó una carcajada muy corta pero que a Elizabeth enamoró todavía más.

—Me daré prisa o llegaremos a ver los créditos de la película.

—Por mi parte no hay problema, podría quedarme toda la noche solo mirándote.

—Aunque estoy conforme con mi belleza no podría pasar tanto tiempo mirándome —dijo mientras se aplicaba con cuidado rímel—. Prefiero ir al cine y compartir contigo... Ya casi... estoy lista.

Cinco minutos después estaban saliendo del apartamento tomados de la mano, y para no llegar tarde a la función decidieron ir en taxi, porque de regreso deseaban caminar.

Después de ponerse de acuerdo cuál película verían, Elizabeth fue por las entradas y Alexandre por lo que comerían, y se encontraron nuevamente justo en la entrada.

—De beber solo compré agua, no sé si prefieres otra cosa.

—No, agua está bien; creo que solo he tomado unas cuatro Coca Colas en toda vida, Mi padre dice que eso es veneno.

—Y tiene razón.

Elizabeth puso los boletos de cara a la pantalla de escáner, automáticamente una voz masculina computarizada les daba la bienvenida y les deseaba que disfrutaran de la función, al tiempo que las puertas de cristal tintado se abrían, permitiéndoles el acceso al pasillo que los llevaría a la sala.

Se ubicaron en las cómodas butacas color burdeos que le habían asignado. Alexandre dejó la bandeja con el tazón de palomitas y las botellas de agua en la mesa central.

Sabía que comúnmente en el cine se consumía un sinnúmero de golosinas, pero no quería perjudicar a Elizabeth y alejarla de la meta que se había propuesto para el carnaval.

Elizabeth se llevó a la boca por lo menos una docena de palomitas en medio minuto, mientras la sala se llenaba. Sorprendió a Alexandre cuando se le sentó en las piernas y le pasó el brazo por detrás del cuello.

—Nos tomaremos una foto —avisó mientras maniobraba con la mano libre el teléfono.

A él no le gustaban las fotografías, pero no podía decirle que no, por lo que aceptó que lo hiciera.

Inevitablemente terminaba haciéndolo reír con sus muecas, al darle rosetas en la boca o al mordisquearle la barba. Lo hacía sentir un adolescente, que captaba la atención de algunas personas, pero no le importaba, era feliz con ella y eso era lo más importante.

Ella tuvo que volver a su puesto en cuanto empezó la función y se sumergieron en la trama de acción y misterio nacional.

Salieron del cine tomados de la mano en medio de un mar de personas, que al igual que ellos comentaban sobre la película.

El viento de la noche le agitaba el pelo a Elizabeth y movía los rizos de Alexandre. Entraron en un restaurante especializado en comida saludable, para no verse tentados a romper el régimen de ella, quien sabía que el sacrificio que estaba haciendo valdría la pena el día que le tocara conquistar el Sambódromo al presentarse ante millones de personas a nivel mundial.

—Elizabeth —saludó una voz masculina acercándose a la mesa.

Ella estaba sentada al lado de Alexandre en el mueble pegado a la pared, mientras que las dos sillas al otro lado de la mesa estaban desocupadas.

—¡Bruno! —Se emocionó al verlo—. ¿Cómo estás?

—Bien, no sabía que estabas en Río.

—Llegué hace unos días.

—No te he visto por la academia.

—Es que no he ido, y realmente no creo que vuelva a hacerlo... Disculpa —dijo mirando a Alexandre y después a su amigo—. Te presento a mi novio.

—¿Tu novio? —preguntó sorprendido, suponía que todavía seguía con el modelo.

—Mucho gusto, Alexandre —dijo él ofreciéndole la mano.

—Bruno. —Recibió la mano y la apretó gentilmente—. Un placer —dijo y volvió su mirada a Elizabeth, sin poder salir de la conmoción que le provocaba verla con otro hombre que a simple vista era mayor que ambos.

—Alex, Bruno es compañero de la academia... Bueno, realmente es como un primo, porque es muy amigo de mi primo Liam. Nos conocemos desde niños —explicó Elizabeth entusiasmada—. Siéntate por favor.

—Quisiera, pero mi hermana me está esperando —dijo señalando hacia la pared de cristal. Elizabeth pudo ver a Tábata esperando en el puesto del copiloto, totalmente entretenida en el teléfono—. En otra oportunidad estará perfecto.

—Sí, tenemos que encontrarnos... Alexandre también es capoeirista. —Quiso reservarse que realmente era el mejor que ella había visto—. ¿Te parece si hacemos una roda fuera de la academia?

—Buena idea, solo dime dónde y cuándo, y ahí estaré —dijo de muy buena gana, tratando de ocultar lo estúpidamente nervioso que se ponía cada vez que veía a Elizabeth. Se acercó y le dio un beso en la mejilla, después chocó la mano del afortunado que le había robado cualquier posibilidad con la chica de sus sueños, como si fueran los mejores amigos.

—Nos vemos —dijo ella sonriente.

—Adiós. —Se despidió Alexandre.

Vio salir al hombre que evidentemente sentía algo por Elizabeth, pero parecía que carecía del valor suficiente para haberle confesado sus sentimientos.

Se reservó su opinión, por si ella no se había dado cuenta, y prefirió seguir con la cena.

—Pareció no sorprenderse con tu decisión de no regresar a la academia.

—Porque no creo que le sorprendiera, fue el único con el que hablé después de lo de Priscila. Ya le había comentado de mi molestia hacia los demás —respondió ella—. ¿Si organizo una roda vendrías conmigo? —preguntó.

—Claro, prometo contenerme y pretender ser un capoeirista promedio.

Elizabeth le golpeó juguetonamente el brazo.

—Maldito egocéntrico —dijo sonriente—. Para tu información, cuento con buenos compañeros. Él la miró elevando cínicamente una ceja—. Está bien, no son violentos, y la técnica no es tan...

—Perfecta... —completó él.

—¿Vas a seguir? —preguntó sonriente, no podía estar seria con él.

—Voy a reservarme mi opinión... Solo organiza la roda, que iré y sabré comportarme.

Ella le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Entonces el viernes vamos a bailar con tus amigos y la próxima semana iremos a la roda con los míos.

—Buen plan, ¿me acompañarás el sábado a Rocinha? —preguntó.

—No lo sé, no estoy segura... Hoy hablé con Wagner... Gavião. —Le aclaró.

Alexandre inmediatamente hizo el plato a un lado y carraspeó, demostrando que en realidad no le gustaba saber que Elizabeth había mantenido contacto con su rival.

—¿Se puede saber de qué hablaron? —interrogó con voz calma, pero después empujó con su lengua la parte interna de su mejilla izquierda, conteniendo la rabia que se esparcía.

—En verdad nos vimos esta tarde en Leblon —confesó y era consciente de que Alexandre se había molestado—. Las cosas no terminaron bien, creo que ya no seguiremos siendo amigos. Le dije de lo nuestro.

—¿Qué fue lo que le dijiste exactamente? —No podía evitar sentir acidez en el estómago, producto de los infernales celos que sentía.

—Que estamos juntos, que estoy viviendo contigo... No hizo falta decir más —dijo ella.

—Entonces, si ya aclaraste todo, podemos ir a Rocinha.

—No quiero herirlo.

—¿Te importa hacerlo?

—Sí, por supuesto, lo aprecio mucho. Es lamentable que no puedas darte cuenta de que es un buen chico.

—Será porque no soy mujer y nunca fue amable conmigo —ironizó.

—Como sea, no quiero hacerlo sentir mal.

—Eso será inevitable, a menos que no quieras regresar a Rocinha.

—¿Ahora sí estás muy interesado en que vaya? Antes querías evitarlo a toda costa... Supongo que es porque pretendes restregarles a todos que estoy contigo y no él.

—Posiblemente sea eso, pero si no quieres ir no voy a obligarte.

—Solo necesito un tiempo.

—Tómate todo el que quieras.

—Igual tú podrás ir, no quiero que dejes de hacerlo solo porque yo no voy.

—Iré —aseguró.

—Está bien, aclarado el tema, ¿puedes seguir con la cena? —dijo ella.

—Se me fue el apetito —dijo.

—Entonces. —Ella agarró el plato—, me lo comeré yo —aseguró mientras él la siguió con la mirada, sin poder creerlo.

Elizabeth no iba a preocuparse por los estúpidos celos de Alexandre, que solamente se despertaban con Wagner, así que sin ningún remordimiento terminó su comida y empezó con lo que él había dejado; realmente estaba hambrienta, suponía que era porque estaba gastando muchas más energías entre el duro entrenamiento y los días casi consecutivos de sexo.

Él miró cómo ella se acababa su plato y mágicamente su molestia se disipaba, dando paso a la agradable sorpresa de verla con tanto apetito.

—Estaba todo muy rico —dijo limpiándose los labios con la servilleta.

—Me di cuenta —comentó él.

—¿Qué vamos a pedir de postre?

—¿En serio? —preguntó incrédulo, no pudo quedarse mirándola por más de un minuto sin sonreír.

—Claro tonto... —Ella le sonrió y le golpeó el pecho al ver su mirada divertida.

—Si quieres puedo servirte de postre —propuso, queriendo desechar el mal momento, que al parecer, él solo había vivido.

—En realidad deseo algo dulce, pero hago constar que no estoy rechazando la oferta. —Le guiñó un ojo y agarró la carta de postres, paseándose por la gran variedad—. Voy a pedir un mousse de chocolate vegano, ¿vas a querer algo para ti o pido doble ración para mí?

Alexandre la miró de reojo y desplegó los labios hacia la misma dirección.

—Se me antoja la tarta fría de tofu y queso —dijo y cerró la carta.

Compartieron y disfrutaron del postre, Alexandre recuperó el ánimo pedido y volvió a ser completamente feliz a su lado, ya que Elizabeth conseguía hacerlo reír sin mucho esfuerzo.

CAPÍTULO 58

Después de que discutieran porque cada uno quería hacerse responsable por la cuenta, fue el mesero quien plantó la bandera de paz y les dijo que no tenía problemas en cobrar en partes iguales a las dos tarjetas.

Alexandre no lo quiso, pero Elizabeth consiguió vencerlo, así que salieron del restaurante con el gasto compartido. Estaban a pocas calles del apartamento y se habían prometido caminar, por lo que se pusieron a andar tomados de la mano.

—Alex —comenzó ella—, quiero aclarar algo y necesito hacerlo justo en este momento.

—¿Vas a reprenderme? —preguntó, seguro de que algo no andaba bien por el misterio en el tono de su voz.

—No, solo quiero que comprendas que somos una pareja.

—Eso lo tengo claro. —Se detuvo y se paró frente a ella.

—Lo que quiere decir que todo debe ser por igual, incluyendo los gastos.

—No es necesario —aseguró poniéndole las manos sobre los hombros.

—Pues yo no quiero ser una carga, no quiero que me des todo, no soy tu responsabilidad sino tu mujer. Si compartimos cama, baño, apartamento, comida... ¿Por qué haces un drama por compartir los gastos? Eres muy anticuado, ¿lo sabías? —dijo mirándolo a los ojos.

—No es ser anticuado, es que yo hice la invitación.

—No me digas que porque crees que me invitaste tienes que pagar todo.

—Es lo correcto.

—Una mierda —bufó—. Nada de eso es correcto.

—Esa boca —reprendió frunciendo ligeramente el ceño.

—Es que no puedo pensar de otra manera, lo único que quiero que cambies, si quieres estar conmigo, es esa manera tan improcedente de pensar.

—Lo intentaré.

—No vas a convencerme con eso... —Un beso la calló, uno que empezó lento pero que rápidamente se fue tornando apasionado.

—Deja de discutir —suplicó bebiéndose su aliento—. Ya te dije que lo

intentaré.

—Es que ni siquiera tienes que pensarlo —protestó.

—Está bien, una vez más tú ganas. —Ella le cerró el cuello con los brazos, se puso de puntillas y lo besó con ardorosa pasión, a la que él correspondió con gran entusiasmo—. Espero algún día lograrlo también con la capoeira —dijo sonriente, mientras frotaba la punta de su nariz contra la de él.

—Ah no, eso sí que no —dijo con una divertida rotundidad.

—Sé que lo conseguiré. —Se prometió, desenlazó sus brazos del cuello de él y dejó reposar sus talones en el suelo—. Andando, que mañana tenemos que levantarnos muy temprano para ir al gimnasio, tengo que ponerme muy fuerte. —Le dijo sujetándole una vez más la mano.

Alexandre negó con la cabeza al tiempo que sonreía, enlazó sus dedos a los de ella y siguieron avanzando.

—Ceo que comí demasiado —dijo entrecortada por la falta de aliento—. Casi no puedo respirar. —Se quejó.

—Yo también lo creo —confesó él.

—Pensé que yo era la caprichosa, pero tuve que comerme la comida del niño malcriado. Creo que tendré una conversación muy seria con la señora Arlene... —Él se mantenía callado con una leve sonrisa, mientras seguían caminando—. En serio, creo que no podré dar un paso más. ¿Te parece si esperamos unos minutos?

—Creo que es mejor llegar al apartamento y que te tomes un té de manzanilla. Ven, sube a mi espalda. —Le pidió y ella con gran agilidad se encaramó. Él la sujetó por los muslos.

—Gracias. —Le plantó un beso en la mejilla y siguieron con su trayecto por la calzada.

Elizabeth iba a aferrada y de vez en cuando le acariciaba el pecho o la barba.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, tratando de echarle un vistazo por encima del hombro.

—Todavía siento que mi estómago quiere reventar.

—Por golosa.

Samuel se consideraba a sí mismo como un hombre pragmático, frío, razonable y ordenado en su manera de pensar; sin embargo, llevaba más de dos horas esperando, sentado en aquel maldito escalón en plena calzada. No iba a darse por vencido, no se iría de ahí sin llevarse a su hija con él a Nueva York. Aunque todos le dijeran que era una locura, él no podía verlo de esa

manera.

La escuchó reír, podía reconocer esa risa a un kilómetro de distancia, así que se levantó en medio de la calzada, y al verla venir sobre la espalda de ese hombre fue un duro golpe de rabia y melancolía; quedaba claro que ya no era el único que «la cargaba a caballito», irremediamente un remolino de lágrimas se le formó en la garganta, pero se las tragó para darle prioridad a su resolución.

Alexandre y Elizabeth vieron a Samuel Garnett al mismo tiempo, él se quedó parado a pocos pasos del fiscal, sin poder evitar sentirse sorprendido.

—Ba... bájame —pidió ella, palmeándole ligeramente un hombro.

Alexandre la bajó y tragó en seco, en busca de valor. No imaginaba que tendría que enfrentarlo de una manera tan sorpresiva, no se había preparado para ese momento.

Elizabeth tocó el suelo y se paró al lado de Alexandre, con el corazón golpeándole fuertemente por el miedo, pero también una pizca de felicidad brillaba, al darse cuenta de que seguía siendo importante para su padre.

—Vamos a casa —dijo con voz calmada y los ojos fijos en su hija, tratando de ignorar olímpicamente al hombre, porque temía que si aceptaba que estaba ahí, perdería los estribos.

Elizabeth carraspeó antes de hablar, para poder mostrarse firme en sus decisiones; entretanto, Alexandre estaba aterrorizado al pensar en la posibilidad de que Elizabeth se marchara con su padre y lo dejara solo con el maravilloso recuerdo de los últimos días.

—No me voy a ir papá. —Inhaló profundamente, todavía sorprendida de verlo ahí—. Me quedaré con Alexandre —aseguró sujetándole la mano al hombre a su lado.

—Señor, entiendo su preocupación... —intervino Alexandre, porque sentía que debía dar la cara.

—No estoy hablando contigo —rugió disimuladamente, haciendo un ademán de alto hacia él, y con la mirada únicamente en su hija—. Elizabeth, vamos a casa... Te estoy dando la oportunidad de que regreses con tu familia... Violet pregunta por ti, está sufriendo tu ausencia. —Sabía que era estúpido usar a su hija menor, pero debía agotar todos los recursos—. Y en realidad, no estoy molesto contigo.

—No estás molesto, pero me presentas volver a casa como si fuese una opción, cuando no debería ser así —argumentó Elizabeth.

—Está bien, solo vamos a casa y olvidemos todo lo malo que ha pasado...

Olvidemos todo esto —pidió dirigiendo sus ojos al hombre, pero inmediatamente volvió a ponerlos en su hija.

—Papá, ¿te das cuenta de que solo estás tomando en cuenta tus sentimientos?, ¿que estás ignorando los míos y los de Alexandre? —Apretó más sus dedos entorno a los del hombre que amaba—. Todo esto que para ti es tan malo, para mí es maravilloso. En estos días te he extrañado como no tienes idea, pero también lo he pasado muy bien al lado de este hombre que pretendes no tomar en cuenta...

—Soy padre y sé cómo se siente, solo hablemos sobre la situación... —Volvió a intentar Alexandre.

—No hables, no lo hagas maldita sea —dijo con los dientes apretados, la mandíbula totalmente tensada y los puños apretados.

—Ese es tu problema papi, no quieres escuchar... ¿Por qué no escuchas?

—Porque una efímera ilusión no es razón suficiente para ser escuchada... No puedes verlo Elizabeth, estoy evitando que salgas lastimada.

—Tú me estás lastimando —dijo ella sintiendo que las lágrimas le subían a la garganta.

—Porque así lo has decidido, porque has priorizado a ese hombre a tu familia.

—No es así, eres tú el que me está dando la espalda en el momento que más necesito de tu comprensión.

—No puedo ser comprensivo ni apoyar esta locura. ¿No puedes darte cuenta de que eres una chica inteligente? Eres hermosa..., única. Y estás poniendo todo lo que eres en manos de un hombre que no va a valorarte, no te quiere de verdad, solo está jugando contigo, solo desea tenerte en su cama hasta que encuentre a otra jovencita ingenua.

—Está muy equivocado señor Garnett. Amo a su hija más que a mi vida, ella es... —Intentó hablar Alexandre.

—¿Qué sabes tú de querer? —gruñó con el corazón acelerado y a un hilo de perder el control.

—Posiblemente más que usted —puntualizó, ya molesto por la intransigencia del hombre.

—¡Ya! —intervino Elizabeth—. No quiero que discutan. —Miró a su padre—. Papá, ahora no puedes ser razonable; sin embargo, te pido que me escuches.

—¿Procuras que escuche unas razones sin sentido?

—Para ti serán sin sentido, pero para mí lo son todo. Por primera vez no

estoy de acuerdo contigo y entonces mis ideas y sentimientos carecen de cualquier lógica —dijo con las lágrimas quemándole los párpados—. Pero no es así, estoy pasando por uno de los momentos más importantes de mi vida y sencillamente me estás dando la espalda y juzgando mis emociones... Es como si te burlaras de lo que siento, aun así no me haces dudar, porque estoy segura de que amo a Alexandre con todas mis fuerzas; en él encontré lo que no puedo hallar en ti. Pero debes entender que los necesito a los dos en mi vida para ser feliz...

—Eso no es posible —intervino, decidido a no seguir recibiendo más golpes en el alma—. Lo siento cariño, esta vez no puedo apoyarte... —Se tragó las lágrimas—. Si algún día decides regresar con tu familia tendrás a un padre esperándote con el corazón y los brazos abiertos, pero mientras sigas deslumbrada por las mentiras de este hombre no podré respaldarte. Un padre jamás podrá ver cómo su hija se encamina a la desgracia y quedarse de brazos cruzados, prefiero hacer de cuenta... —Se interrumpió sin tener el valor para continuar.

—Que no soy tu hija —completó ella y se limpió con rabia una lágrima que se le escapó—. De acuerdo, es tu decisión y no puedo obligarte a cambiarla, a que le des una oportunidad a Alexandre y lo conozcas. —Su orgullo siguió hablando por ella—. Ya puedes marcharte.

Su padre se quedó mirándola sin poder decir nada más, se dio media vuelta y caminó de regreso a la camioneta que estaba estacionada a una calle.

El corazón de Elizabeth le gritaba que lo detuviera, que volviera a intentarlo porque quizá el comprendería, pero no pudo decir nada.

Alexandre quiso pedirle que fuera con su padre, que él podría esperarla todo el tiempo que fuese necesario, pero las palabras se le quedaron atoradas en la garganta y su mano se apretó más a la de ella.

—Qui... quiero ir adentro —dijo ahogada por las lágrimas que se estaba tragando. No quería ver cómo su padre se marchaba, así que fue ella quien prácticamente tiró de la mano de Alexandre.

Con largas zancadas lo arrastró al ascensor, una vez dentro él se paró frente a ella y le sostuvo la cabeza.

—Llora, puedes hacerlo. —Le solicitó, seguro de que ella estaba obligándose a retener su tristeza.

—No voy a hacerlo. —La voz ronca apenas pudo ser reconocida por sí misma.

Sin embargo, no pudo seguir reteniendo sus emociones y las lágrimas le

ganaron la partida, dándole paso a los sollozos. Alexandre la abrazó fuertemente, sintiéndose triste e impotente por verla así; ella no merecía que su padre la renegara de esa manera, simplemente porque se había enamorado.

Entendía que Garnett se sintiera molesto, que deseara protegerla a toda costa, pero decirle a una hija en la cara que no iba a tomarla en cuenta si estaba con un hombre era demasiado, no podía entender de dónde había sacado el valor para decir eso; él verdaderamente no lo tendría, no podría hacerlo, prefería poner de rodillas a su orgullo antes que pensar siquiera en decir algo como eso, y en ese momento lo odiaba, verdaderamente lo hacía, por haberle roto el corazón de esa manera a Elizabeth.

—Creo que es mejor que vayas con él —dijo, aunque estaba molesto con Garnett y este no merecía en absoluto que le estuviera pidiendo algo como eso a ella—. Te llevaré —dijo, tratando de soltar el abrazo.

—No, no iré a ningún lado —dijo aferrada a su cuello—. Me quedaré contigo mi amor, quiero quedarme a tu lado. No voy a dejarme vencer por las manipulaciones de mi padre, él solo intenta chantajearme... Lo sé..., lo sé —dijo entre sollozos.

—Puedes ir a solucionar los problemas con tu padre, yo te esperaré toda la vida.

—No quiero que me esperes, quiero que me tengas contigo. Mi papá en algún momento se dará cuenta de que se está equivocando, que ha cometido un grave error. —Las puertas del ascensor se abrieron en el décimo piso, salieron dando pasos cortos, pero en el vestíbulo él la cargó como si fuese una bebé, y ella le rodeó el cuello con los brazos y escondió allí su rostro.

La llevó hasta el colchón y se acostó abrazándola por la espalda y acariciándole el pelo mientras se quedaba en silencio, permitiéndole llorar.

Samuel subió a la camioneta, cerró de un portazo con un intrincado remolino de lágrimas ahogándolo, miró a través del espejo retrovisor y ya no pudo ver a Elizabeth.

Se sentía furioso y con el corazón destrozado, no pudo seguir conteniendo sus emociones, por lo que terminó con la cabeza contra el volante y llorando desconsoladamente como un niño, como no lo había hecho en muchos años.

No quería darse por vencido, deseaba con todas sus fuerzas salir de la camioneta e ir por su hija, llevarla con él, así tuviera que usar la fuerza y explotar a golpes al desgraciado que se la robó, pero muy en el fondo de su corazón no deseaba crear una brecha incurable en la relación tan bonita que

había tenido con su hija.

Sabía que ella no era la culpable, simplemente estaba deslumbrada por ese tipo, al que deseaba tanto asesinar en ese momento, maldita la hora en que se le metió en la cabeza haber cambiado el destino de las vacaciones familiares, posiblemente si se hubiesen ido a Egipto nada de eso estaría pasando.

Después de casi media hora de dudas y de lágrimas se pasó la mano por la cara para borrar las huellas del llanto, encendió la camioneta y la puso en marcha. Seguro de que Elizabeth solo necesitaba aprender la lección, posiblemente cuando se diera cuenta del error que estaba cometiendo regresaría con su familia, y él la estaría esperando, se juraba que no le reprocharía nada, únicamente la consolaría.

Andressa se despertó con la sensación de haber dormido por días, seguramente había sido el efecto de la droga disuelta en el poco de agua que le permitieron beber después de horas y horas de sequía.

A pesar de haber abierto los ojos seguía en una oscuridad total por la funda que no le permitía visualizar dónde estaba, lo que aumentaba ese miedo que se había instalado en cada nervio, hasta el estómago lo tenía lleno de miedo, por lo que no sentía apetito, pero sí una constatación de fatiga.

Tenía los hombros adoloridos y las manos dormidas por tenerlas atadas hacia atrás, todavía le ardían las muñecas por el roce de la correa de cuero. Con gran esfuerzo se sentó sobre sus talones, volvió a concentrarse en el mínimo sonido, esperando obtener alguna pista del lugar donde estaba encerrada, pero una vez más solo lograba escuchar sus latidos, su respiración y la cadena de aproximadamente dos metros de largo que la ataba a la pared.

Todo tipo de cosas pasaban por su imaginación, cada una era peor que la anterior; sin embargo, se esforzaba demasiado para no pensar en nada, creía que dejar la mente en blanco era la solución. Suponía que dentro de la capucha todo podría parecer absurdo, pero por lo menos estaba respirando y eso era una esperanza. No podía y no quería dejarse vencer, no importaba cuántos días llevara en ese desconocido lugar, envuelta en la total negrura, ella seguiría luchando.

«Por lo menos no me han violado» —pensó, queriendo ser positiva—. «Quizá no pase mucho tiempo para que suceda». —La desesperanza la golpeaba.

Mentalmente se preguntaba si la estarían buscando, su madre ya habría puesto la denuncia al darse cuenta de que no había llegado a casa; imaginó que el primer sospechoso de su desaparición sería Mauro, porque la mitad de su familia escuchó la amenaza que le hizo.

—¿Y si esto me lo está haciendo Mauro? —murmuró, sintiendo que la garganta le ardía. Seguía teniendo mucha sed, se pasó la lengua por los labios y prefirió no haberlo hecho, porque los tenía tan agrietados que la mínima humedad le ardía.

Ante la posibilidad de pensar que su exnovio le estaba haciendo eso gritó de la impotencia que la arrasaba, quería que su grito viajara más allá de la capucha que la aislaba del mundo, más allá de las cadenas que la mantenían atada a esa pared; anhelaba que traspasara los muros de esa habitación y llegara hasta Mauro.

Ese grito dio paso a una cascada de sollozos, volvía a sentirse aterrada y desesperada. Cientos de preguntas reaparecían para torturarla, segura de que no encontraría la respuesta.

Sudor y lágrimas era lo único que la acompañaba tras esa funda, donde su miedo se hacía cada vez más intenso. Quedó agotada después de ese grito, su respiración se tornó muy agitada y su pulso se disparó.

Su cuerpo empezó a ser atormentado por espasmos cuando escuchó que la puerta se abría, era el único sonido distinto que diferenciaba; los estremecimientos resultaban imposibles de controlar, porque el pánico la dominaba y los pasos hacían eco en sus oídos.

Se quedó muy quieta, con los ojos cerrados suplicaba al cielo, a cualquier deidad que nada malo le pasara, que la piedad hubiese tocado el corazón de esos hombres y solo estuvieran ahí para darle de beber y alimentarla.

Podía sentir la presencia de varios hombres en la habitación, una más demasiado cerca, por lo que apretó fuertemente los ojos y trataba de calmar a su corazón para que soportara tanto miedo.

Las correas en sus muñecas se aflojaron y escuchó las cadenas caer al suelo, quiso llevar sus manos hacia adelante y mimárselas un poco, pero temió que cualquier movimiento hecho por ella hiciera estallar la ira en sus captores.

—Levántate. —Le ordenaron.

Andressa no sabía si podría hacerlo, realmente estaba muy débil; apretó sus labios agrietados y se tragó el grito de dolor.

—Levántate ahora. —El tono fue más determinante.

Ella apoyó las manos en el suelo para que le sirvieran de impulso, y con

mucho cuidado empezó a levantarse, sintiendo un terrible dolor en las muñecas, tobillos y rodillas, era como si alfileres se le enterraran en las articulaciones.

Sus piernas temblaban, todo su cuerpo era estremecido por espasmos. Sintió cómo le quitaban la capucha de un tirón, sin importarles arrancar algunos de sus cabellos, por lo que un jadeo fue su expresión de dolor y sorpresa.

Un impulso más poderoso que ella la obligó a abrir los ojos, pero se arrepintió de haberlo hecho, porque la luz le hirió las retinas, parpadeó muchas veces, hasta acostumbrar la vista; lo primero que pudo ver fueron los dedos de sus pies y los cabellos que le caían sobre el rostro.

Siguió reconociendo su cuerpo desnudo, como si fuese primera vez que lo veía; al llegar a las muñecas comprendió porqué le ardían tanto, las correas le habían quemado la piel, entonces vio algunos moretones en sus antebrazos. Ella, que era enfermera, sabía que eran producto de las agujas, pero realmente no había estado consciente y no podía saber si le habían inyectado alguna droga o le habían tomado algunas muestras.

Entonces no entendía nada, porque no tenía sentido que Mauro quisiera hacerle algo como eso, estaba luchando para entender lo que estaba ocurriendo, y no se atrevía a mirar a los hombres, no podía porque no quería encontrarse con alguna cara conocida.

—Andressa, mírame —pidió el hombre que estaba en frente, el otro lo sentía respirándole en la nuca, ya no le daba vergüenza saberse desnuda delante de ellos, porque el miedo era más fuerte que el pudor.

Ella no quería enfurecerlos, por lo que levantó la mirada y logró verlo a través de los mechones que le caían sobre la cara; que ese hombre no tuviera un rostro conocido no la consolaba en absoluto.

—Por favor. —Sollozó ahogadamente su súplica, pidiendo un poco de compasión, aunque en el fondo sabía muy bien que ya no saldría de ese lugar con vida, porque les había visto la cara a cinco de ellos. Aunque desde el momento en que la subieron en aquella furgoneta perdió toda esperanza.

Su mirada pasó por la cara del hombre que no podía tener más de treinta años, con la cabeza rapada, unas cejas muy triangulares, casi malignas, y justo en el párpado superior izquierdo una cicatriz.

Sus pómulos altos eran los que más predominaban en el rostro perversamente masculino, que posiblemente podría resultar muy atractivo. Un perfecto anzuelo para cualquier mujer, un anzuelo para arrastrarlas al infierno.

Lo siguiente que llamó su atención fue la pistola que tenía en una mano, eso inevitablemente le heló la sangre, lo que le provocó un terrible escalofrío que fue evidente para todos; en la otra mano tenía una hoja de papel doblada.

—Toma. —Extendió la mano, ofreciéndole la hoja.

Él no se lo acercó, a ella le tocaba dar un par de pasos y no estaba segura sin conseguiría darlos, porque probablemente terminaría cayendo de lo débil y aterrada que estaba—. Agárralo. —La instó una vez más.

Andressa se obligó a luchar contra el impulso que la hundía en el más crudo terror, necesitaba obedecer o podía pagar las consecuencias, así que inspiró y expiró lentamente, en un intento por calmarse.

Arrastró con lentitud y pesadez sus pies y sentía como si los alfileres se ensañaran contra sus tobillos, gimió bajito para soportar el dolor; cuando estuvo segura de que podría alcanzar la hoja, estiró la mano y la agarró, dejándoles claro a los hombres que era un cúmulo de temblores.

—Mírala, revisa lo que dice.

Andressa titubeó, pero terminó desdoblando y dándose cuenta de que eran dos hojas, ella conocía muy bien lo que era, vio su nombre en el encabezado, sus ojos revisaron uno a uno los resultados.

*Hemoglobina

*Eritrocitos

*HDL Colesterol

*Triglicéridos

Así miró el sinfín de pruebas médicas que le habían hecho, y ella ni enterada; hasta que llegó a un resultado que la aterrorizó más que la misma situación que estaba viviendo, inmediatamente levantó la cabeza y miró al hombre frente a ella.

—¿Por qué no nos dijiste que eras VIH positivo? —Más que una pregunta era un reproche.

—Esto no... no puede ser..., esto no está bien..., no lo está —dijo ahogándose con el pánico. Pensando que ellos ni siquiera le habían dado tiempo para hablar, mucho menos podría contarles sobre algo de lo que no estaba enterada.

En realidad, ella no podía tener el virus, no podía. Quizá sí, posiblemente ella estaba pagando las consecuencias de la promiscuidad de Mauro, pero darse cuenta así, en ese momento. No pudo evitar que las lágrimas se le derramaran.

—Está muy bien, créeme, no hay error.

—Yo... yo... —Sollozó fuertemente—. No lo sabía, ¡ay por Dios! —Dejó caer las hojas al suelo y se llevó las manos temblorosas a la cabeza, porque sentía que caería a sus pies, todo le daba vueltas.

—Voy a ahorrarte tantos malos momentos —dijo tendiendo la mano en la que tenía la pistola.

A ella no le dio tiempo de reaccionar, ni siquiera consiguió que alguna súplica saliera de su boca cuando el hombre disparó, incrustando certeramente una bala en medio de la frente de Andressa, quien se desplomó en el suelo.

Le llevó algunos segundos que del orificio dejado por la bala saliera un hilo de sangre, que poco a poco fue siendo profuso.

—Sácala de aquí y disuélvanla en ácido —ordenó a su compañero, y con paso decidido salió del lugar.

**NO DEJES DE LEER LA
CONTINUACIÓN DE ESTA HISTORIA**

CONTACTA A LA AUTORA



@Lily_Perozo



Lily Perozo



Lily Perozo



Perozolily@gmail.com



<http://www.lilyperozo.com>